DAVID ORANGE

ROMPERÁS LA NOCHE CON UN GRITO



Lectulandia

Cuando Ignacio despierta en mitad de la noche y descubre que alguien ha secuestrado a su bebé, todo cuanto ama se derrumba.

La inspectora Bru, víctima de un brutal asalto en el pasado, y el teniente Israel, que convive con un grave problema familiar, deberán sobreponerse a sí mismos y cooperar entre ellos para encontrar al niño antes de que sea demasiado tarde. Los primeros pasos de la investigación y una oscura leyenda les harán pensar que este secuestro no es como otros. Detrás se esconde algo terrible y doloroso, una verdad difícil de asimilar.

Este frenético *thriller* reflexiona sobre la infancia y el origen de la personalidad mientras policías y criminales recorren los lugares más sombríos de Valencia, la ciudad donde nunca se pone el sol. Olvida lo que sea que hayas leído hasta ahora y contén la respiración: en breve comenzarás a gritar.

Una herida mal cerrada nunca deja de sangrar.

David Orange

Romperás la noche con un grito

ePub r1.0
Titivillus 25-01-2022

Título original: *Romperás la noche con un grito*
David Orange, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Olivia, a Noah, a Sonia,
gracias por dejarme formar parte de vuestro maravilloso mundo
y por permitirme ser quien realmente soy.


Burjassot
Paterna
Alboraya
MAR MEDITERRÁNEO
0 500 m
RASCANYA
BENICALAP
BARONA
LES ORRIOLS
BENIMACLET
CAMPANAR
Quart de Poblet
Mislata
Río Turia
EL CARMEN
CIUDAD UNIVERSITARIA
MALVARROSA
CIUDAD VELLA
EL PLA DEL REAL
MESTALLA
CABANYAL
LA OLIVERETA
LA ROQUETA
GRANVIA
CAMINS AL GRAU
PATRAIX
RUZAFA
EL GRAO
Xirivella
MONTOLIVET
EN GORIS
CIUDAD DE LAS ARTES Y LAS CIENCIAS
Río Turia
QUATRE CARRERES
NAZARET
JESUS
LA FUENTE DE SAN LUIS
Puerto de Valencia
LA PUNTA
cauce actual del río Turia
Paiporta
Sedaví
EL TREMOLAR
Acequias
Fainatar
Favara
Mestalla
Mislata
Montcada
Rascanya
Rovella
Tormos

Nota del autor

Según los datos reflejados en el último Informe de Personas Desaparecidas en España, realizado por el Ministerio del Interior, desde el año 2010 hasta el 31 de diciembre del 2020 se han registrado 219.425 denuncias por desapariciones. De ese total, 4.685 permanecen activas, lo que significa que no han sido resueltas y que el paradero de dichas personas, la mayoría menores de edad, continúa siendo un misterio.

De las denuncias registradas solo en el año 2020, 75 han sido clasificadas como «forzosas», de las cuales hay 27 que han sido tipificadas como correspondientes al «ámbito delictivo», quiere decir que la participación de terceros se considera un hecho o que no existe ninguna posibilidad de que la persona desaparecida haya podido irse por voluntad propia. Una cuenta rápida refleja que cada trece días desaparece alguien en España.

Dada la alta incidencia del delito, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado cuentan desde 2019 con un nuevo protocolo de actuación establecido por el Ministerio del Interior. Ya no es necesario esperar veinticuatro horas para denunciar la desaparición de una persona. De hecho, las primeras horas son absolutamente cruciales. La UCO (Unidad Central Operativa) de la Guardia Civil y la UDEV (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta) de la Policía Nacional son los encargados de investigar las desapariciones. De la clasificación que hagan de la denuncia, la rapidez con la que actúen y el nivel de coordinación entre los diferentes implicados depende en gran medida la resolución satisfactoria del crimen.

Estos datos corresponden al registro de Personas Desaparecidas y Restos Humanos sin identificar (PDyRH), habilitado en el año 2010.

En su apartado «Cadáveres sin identificar», se afirma que desde entonces han sido registrados por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado los restos humanos sin identificar de 751 personas. Se desconoce su identidad y no ha sido posible asociarlas a una denuncia previa. No se aportan datos correspondientes a sus edades ni a la causa probable de sus muertes. Dicha información no se considera de carácter público.

Oficialmente son solo «restos humanos sin identificar».
Nada más.

Madre, tú me tuviste, pero yo nunca te tuve a ti.
Yo te quise, pero tú no me quisiste a mí.
JOHN LENNON,
Mother

No nacemos neuróticos o psicóticos. Simplemente nacemos.
ARTHUR JANOV,
Primal Scream (Terapia del grito primario)

1

LA PANTALLA DEL VIGILABEBÉS

Las cosas más sencillas son a menudo las más difíciles de apreciar.

Y en cierta manera es normal.

La gente valora lo que tiene en función del esfuerzo que le ha supuesto conseguirlo, o, a veces, por desgracia, por el tamaño del agujero que deja en el alma cuando lo pierde, cuando ya es tarde. Ambas circunstancias no tienen por qué ser independientes la una de la otra.

A Ignacio Durán, médico de familia, le ha costado un gran esfuerzo tener un hijo, y es con enorme diferencia lo que más ha anhelado en su vida; perderlo dejaría en él un agujero tan grande como su propia existencia. Primero le costó llegar a esa decisión, a ese consenso interior: «Quiero ser padre». Y después le costó todavía más encontrar la forma de serlo sin tener pareja, algo a lo que había renunciado tras una serie de experiencias fallidas que le mellaron su autoestima. Tampoco quiso recurrir a la adopción, deseaba que su hijo o su hija tuviese sus genes. La solución estaba clara; de hecho, no había otra opción: maternidad subrogada.

Pero tener un hijo nunca es como uno se imagina. Lo que genera y lo que envuelve y lo que desata es algo que, por mucho que se intente, no se puede explicar. Es algo que conlleva un sentimiento nuevo para el que no existen entrenamientos previos.

Se dice: tengo un hijo, aunque ser padre no te convierte en propietario de nadie. Ser padre es ser responsable de alguien. En este caso, de alguien que lleva tu sangre. Y si hay algo que Ignacio se toma en serio son sus responsabilidades. Y más si aquello que más quiere está por medio.

Cuando Ignacio Durán se deja caer en la cama no son ni las diez de la noche, está tan cansado que no se siente con fuerzas para hacer otra cosa. Es viernes, pero la semana en el centro de salud ha sido tan dura que en ese

momento solo quiere tumbarse, cerrar los ojos y relajarse mientras oye los ronquidos de su hijo a través del altavoz del vigilabebés.

Le dijeron que cuando introdujese los cereales y la llamada «dieta complementaria», Samuel empezaría a dormir mejor. Hace casi un mes de eso, pero de momento el hábito de sueño de su hijo sigue siendo igual de malo que cuando nació. Incluso es posible que haya empeorado. A sus siete meses recién cumplidos, el pequeño Samuel todavía no ha conseguido enganchar más de dos horas seguidas durmiendo, y eso hace que Ignacio esté siempre cansado. Terriblemente cansado. Y cuando está así, su nivel de atención se ve tan mermado que ni tan siquiera es consciente del todo de lo que sucede a su alrededor. A veces, cuando el bebé se despierta berreando en mitad de la noche, consigue solucionar el asunto dándole un biberón, eso lo relaja y hace que vuelva a coger el sueño, pero otras veces se niega a comer, le dice con sus ojillos parduscos: «No quiero», y entonces tiene que dormirlo en brazos, y eso suele llevarle no menos de veinte minutos.

Y Samuel se duerme, pero Ignacio se ha despejado.

Tampoco ayuda el calor que hace en Valencia en agosto, sobre todo en el centro de la ciudad, donde el aire llega lento, tarde, asfixiado y muy pesado. Son las sobras hirvientes que nadie quiere. Podría decirse que en verano se anda siempre como cubierto con una sábana húmeda que se arrastra desde que te levantas y que solo te quitas cuando llega la noche porque al fin te deshaces de esa ropa pegajosa y pringosa y aprovechas para darte una ducha bien fría. Es entonces cuando descansas un poco. Además, esa noche en concreto es una de viernes, y los viernes toca pizza y película. Él se ha comido una de pepperoni con extra de queso, y eso tampoco está ayudando a que pueda descansar. Le ha caído mal en el estómago. A veces le pasa, pero esta vez el dolor abdominal es más intenso. Su digestión es una *despertá* fallera con un sinfín de *trons de bac* explotando en su interior. Tiene la sensación de que sus intestinos están siendo perforados por un taladro. Se encuentra un poco mareado. Antes de empezar a ver la película de los viernes, decide esperar en la cama hasta que el dolor cese y el mareo pase. Se acuesta de lado con un cojín entre las rodillas y observa cómo su hijo cambia de postura a través de la pantalla del vigilabebés. Cuando el niño duerme, la unidad de vigilancia está siempre con él, le gusta verlo, tenerlo controlado, saber que se encuentra seguro. Es como una de esas manías que con el paso de los años devienen en necesidad.

En apenas un par de minutos, los falleros que están haciendo ruido debajo de su barriga se empiezan a calmar y él se relaja. Los párpados se le cierran e

incluso experimenta un amago de sueño lúcido, uno que tiene como protagonista a una madre dando de mamar, pero esa tímida calma se interrumpe cuando oye un ruido que proviene del altavoz del vigilabebés.

El ruido es más bien como un crujido.

Abre los ojos de forma automática y solo ve a Samuel abrazado a su inseparable peluche: un osito panda al que él también quiere mucho; si le preguntaran, diría que con toda su alma.

El micro de la cámara es tan sensible que cualquier pequeño ruido que se produce en esa habitación o llega a ella se amplifica de un modo desproporcionado, más si se tiene en cuenta que las paredes de la casa son muy altas, y eso hace que la reverberación y el eco aumenten.

Todo aquel que haya utilizado un vigilabebés sabe que a veces se oyen ruidos raros que no siempre se corresponden con lo que está sucediendo en el lugar donde está instalada la cámara. Por eso Ignacio no le da mucha importancia cuando oye alguno. Él es un hombre que ama y respeta sus rutinas, todavía no ha olvidado que es viernes noche, y que eso implica que además de pizza también toca película. Su idea era volver al salón y navegar por sus tres plataformas de televisión de pago en busca de un buen *thriller*, pero en ese momento, así de lado y con el estómago aparentemente en calma, algo en su interior le dice: «Qué demonios, hoy estás agotado». Y esta vez es él quien ordena a sus párpados que se cierren. No piensa en nada, solo disfruta del corto y placentero trayecto que lo separa del sueño, y se deja llevar mar adentro. Pero nuevamente, un sonido procedente de la unidad de vigilancia lo despierta. Los ojos de Ignacio vuelven a abrirse y localizan la figura de su hijo en la pantalla monocromática. Se ha dado la vuelta, antes Samuel estaba bocabajo y ahora está bocarriba, con los brazos y las piernas bien abiertos. A Ignacio se le cae la baba con solo mirarlo. Sonríe con ternura y vuelve a cerrar los ojos.

Pero no transcurren ni dos minutos cuando un nuevo ruido, uno parecido a una fuerte respiración, vuelve a despertarlo de ese estado de duermevela en el que se tambalea cada noche su consciencia. Sus ojos se abren con pesadez y, tras verlo inmóvil y en la misma postura, se dice que debe haber algún vecino haciendo más ruido del acostumbrado. Normal, los viernes la gente hace cosas diferentes. Él se come una pepperoni y luego ve un *thriller*, pero otros salen, beben, ríen, bailan y hablan más alto que los lunes o los miércoles o los domingos. La noche del fin de semana valenciano nunca es tranquila, menos en verano, cuando todo es música, luces y ruido. Así que, viendo que tal vez se pase toda la noche abriendo y cerrando los ojos por culpa de un vecino que

ha dejado sus rutinas diarias a un lado, decide bajar el volumen del vigilabebés al mínimo. No es algo que le guste hacer, más que nada por no perder parte de ese control que quiere tener sobre su hijo, pero tampoco es la primera vez. Piensa que si Samuel se despierta llorando, como es costumbre en él, lo oirá igualmente, pero de este modo los ruidos del vecino dejarán de molestarlo durante un rato. Y podrá descansar.

Aplaude su propia decisión y no tarda en caer profundamente dormido después de contemplar con veneración cómo el niño succiona el chupete en un acto reflejo. Tiene dibujadas unas mariposas que brillan en la oscuridad, como las luciérnagas, pero con algo menos de intensidad. Se lo compró para que fuera más fácil encontrarlo en mitad de la noche. Y mientras Ignacio vuelve a caer rendido en los brazos de un poderoso sueño, se dice que Samuel es encantador, que nunca ha amado tanto a alguien, que su vida es ahora la vida de su hijo, para siempre, que ahora es cuando tiene sentido.

La siguiente vez que Ignacio se despierta no es como consecuencia de un ruido, como por ejemplo el que hace su bebé al llorar. Se ha despertado porque se está meando, y es extraño, porque eso solo le pasa después de las tres de la madrugada, nunca antes, y normalmente Samuel se debería haber despertado ya un par de veces desde que se durmió a las diez de la noche, y el caso es que no se ha despertado ni una sola vez. «Entonces —se pregunta Ignacio—, ¿qué hora es?». Piensa esto en milésimas de segundo mientras se aclara los ojos, mira el reloj y ve que, en efecto, son las tres de la madrugada, se da la vuelta en la cama y localiza la pantalla de la unidad de vigilancia, que está sobre la mesilla del lado derecho de la cama. Y todo se resquebraja.

En la pantalla del vigilabebés solo se ve una cuna vacía.

Samuel no está.

2

DESESPERACIÓN

Ignacio baja de la cama y se cae antes de dar un solo paso. Acaba de tropezar con sus propios zapatos, que olvidó guardar cuando se acostó. Siente un fuerte dolor en el dedo meñique de la mano derecha, pero no lo suficiente como para gritar, porque la realidad es que hay otro dolor en su interior infinitamente más intenso que el que produce un dedo roto o dislocado y que le impide pensar en nada más. Un dolor que se está abriendo paso con rapidez. Como los rayos de sol en el cielo una mañana de verano.

No atina a encender la luz de la habitación y al tratar de salir se golpea con el marco de la puerta. Esta vez parece que se ha abierto una brecha. Debe haberse partido una ceja. Nota algo húmedo y espeso que empieza a rodar por el lado izquierdo de su cara.

Cuando consigue salir de la habitación con el corazón desbordado, apenas unos segundos después de haber visto que su hijo ha desaparecido, encuentra la fuerza suficiente para romper el nudo de su garganta:

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel!

Grita el nombre de su hijo con lágrimas en los ojos y la voz estrangulada esperando oír su llanto angelical. No hay normas ni límites cuando se habla de esperanza. Corre hasta su habitación y al llegar comprueba que lo que ha visto en la pantalla del vigilabebés no son imaginaciones suyas, la pesadilla es real: su hijo no está. Tampoco su chupete con mariposas fluorescentes ni su inseparable osito panda de peluche. Y es entonces cuando es consciente de que nunca, por mucho que uno lo piense o se prepare mentalmente, se está preparado para lo peor.

Mira a su alrededor tratando de localizar la figura de Samuel por algún lado, cuando la realidad es que sabe de sobra que es imposible que su hijo haya podido salir solo de la cuna. Todavía no se sostiene de pie, acaba de empezar a gatear tímidamente. Sus brazos y piernas aún no tienen fuerza. Así

que no, no puede ser que Samuel haya salido él solo. Alguien lo ha sacado y se lo ha llevado.

De todas formas, en un acto reflejo, Ignacio sigue buscando. Mira en el armario de su habitación. Mira en su estudio. Mira en el cuarto donde guarda los juguetes. Mira en el amplio salón. Mira en la cocina y en la alacena. Mira en los baños. Mira en todos y cada uno de los rincones de los más de doscientos metros que tiene su céntrico piso para comprobar lo que ya sabe: su hijo no está.

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Samuel!

Ignacio vuelve a gritar el nombre de su hijo en un acto irracional. Más que llamarlo, lo invoca, solo quiere que vuelva, no han pasado ni dos minutos desde que ha visto que no estaba y la vida ya le está resultando insoportable.

Grita y llora a la vez mientras vuelve a recorrer la casa entera. La angustia que tiene es colosal, siente ganas de morir. Es como un impulso autodestructivo que lo quiere proteger de lo que está por llegar: el sufrimiento más inmenso. La sangre rueda por su mejilla izquierda y el meñique de su mano derecha se ha empezado a hinchar de un modo alarmante, debe habérselo fracturado. Pero la triste realidad es que aún no siente nada de eso, porque ese otro dolor, ese insoportable dolor interior que lo cubre todo de negro y que lo está invadiendo, le impide sentir nada más.

A continuación, hace lo único que puede hacer en ese momento para encontrar a su hijo, y que tal vez ya debería haber hecho hace dos o tres o siete minutos: llamar a la Policía.

3

LOS PRIMEROS EN LLEGAR

Los oficiales de la Policía Nacional Francesc Agulló y Yolanda Bernisz llegan tan pronto como pueden. Han recibido el aviso por radio, como el resto de las unidades que esa noche están patrullando en Valencia ciudad, pero ellos han sido los primeros en responder: «Estamos cerca, nosotros nos encargamos». Y eso han hecho sin titubear ni un solo segundo después de atravesar en tiempo récord la zona más humilde del barrio de Camí Fondo y cruzar el antiguo cauce del río Túria por el Puente del Reino. Es su cuarto año como policías y todavía no han visto ni vivido lo suficiente como para haber aprendido a escaquear marrones, que es como llaman en el gremio a lo que se les viene encima. Sencillamente no saben ver venir los avisos que acaban dando problemas de más. De hecho, lejos de huir, cuando hay uno cerca, suelen lanzarse de cabeza porque piensan que es lo que hay que hacer. El problema es que a veces se estrellan. En cierta manera es normal, son jóvenes y hay algo en su interior que los empuja con fuerza hacia la llamada de la adrenalina, hacia las experiencias nuevas. Algunas veces, cuando acaban de patrullar y la noche ha sido intensa, se van a celebrarlo a casa de uno de los dos. Beben cerveza, juegan a la PlayStation y practican sexo desinteresado. Sin ningún tipo de amor. No son pareja y tampoco se lo plantean.

Tanto Francesc como Yolanda gozan de una condición física espectacular y no dudan en subir a pie los cuatro pisos que tiene el edificio número 15 de la calle Martí. Es de ahí de donde procede la llamada de emergencia, donde vive Ignacio Durán, a unos cuantos metros del cruce con la avenida Reino de Valencia, en el distrito del Ensanche, una de las zonas más revalorizadas y caras de la ciudad.

—Por favor, señor Durán, empiece otra vez desde el principio. ¿Está seguro de que se han llevado a su hijo? —En la cabeza de Francesc no termina de cuajar la idea de que alguien haya podido hacer algo así. ¿Qué tipo

de persona es capaz de secuestrar a un bebé mientras su padre duerme? No, los monstruos así no pueden existir, se dice desde el plano más profundo de su consciencia.

—¿Cómo que si estoy seguro? ¡Mi hijo no está! ¡Ya se lo he dicho! ¿Por qué si no iba a llamar? Y antes de que lo pregunte, no sé quién se lo ha llevado, de lo contrario yo mismo hubiese ido a buscarlo.

—Señor Durán, cálmese, yo no he dudado de su palabra. Solo le he hecho una pregunta.

—Pues esa pregunta es estúpida.

—Señor Durán, lo que mi compañero está intentando decirle es que es importante que nos diga exactamente lo que ha pasado para ponernos en marcha cuanto antes, y para eso es necesario que se tranquilice, y que no nos grite. —Yolanda interviene porque sabe que su compañero suele perder los nervios con facilidad, sobre todo cuando alguien pone en duda su competencia en cualquier campo, en especial sus capacidades intelectuales.

Ignacio asiente con resignación, se pasa una mano por la cara y nota la textura arenosa de la sangre reseca. Con la tensión del momento había olvidado la herida de la ceja.

—Tiene usted una herida muy fea en la ceja, señor Durán, ¿podría decirnos cómo se la ha hecho? ¿Se ha peleado con alguien? ¿Con la persona que se ha llevado a su hijo, tal vez? —pregunta Yolanda arqueando las cejas.

La joven oficial de Policía tiene el pelo de un tono rojizo y muy rizado. Las uñas de negro y los labios rojos. La espalda ancha y los nudillos agrietados. Usa sujetadores reductores debido al tamaño de su pecho, algo que, además, es la causa de su eterno dolor de cuello.

—Me he dado un golpe mientras buscaba a mi hijo. Y ya les he dicho que ni sé ni he visto quién se lo ha llevado, estaba durmiendo cuando ha sucedido. ¿Cree que de lo contrario me hubiese quedado de brazos cruzados?

—De acuerdo, pero debe saber que no está siendo nada claro con lo que nos está contando, no lo está poniendo nada fácil —replica Yolanda.

—¿Que no estoy siendo claro? ¿Ustedes son lo mejor que tiene la Policía? ¿Se puede saber en qué clase de academia se graduaron? ¡Mi hijo podría estar ya a cien kilómetros de aquí mientras ustedes no paran de hacerme preguntas estúpidas!

—Cuidado con sus palabras, señor Durán, le advierto que si sigue hablándonos en ese tono nos veremos en la obligación de detenerlo —dice el agente Francesc alzando un dedo admonitorio. Las duras palabras del médico

de familia hacen que vuelva a sentir ese pinchazo en la parte posterior de la cabeza, el que zarandea toda su autoestima.

—Pero ¿qué tipo de broma es esta? ¡Se han llevado a mi hijo estando en mi propia casa, por Dios! ¡Y ustedes son incapaces de hacer nada! ¡Búsquenlo de una maldita vez!

La voz de Ignacio es un lamento ahogado, pero muy agudo y emitido a una intensidad difícil de soportar. Los jóvenes policías se miran con cara de bobalicones cuando Ignacio Durán rompe a llorar y se deja caer en el suelo.

En ese momento, tanto Francesc como Yolanda son conscientes de sus grandes limitaciones policiales. No llevan allí ni tres minutos y la situación ya se les ha descontrolado. Francesc siempre ha tenido dificultades en lo concerniente al uso del intelecto, él lo sabe, como también sabe que su punto fuerte es su físico y que a fuerza de voluntad no le gana nadie. El problema de Yolanda, en cambio, es que tiene la cabeza en otra parte, no se centra. Siempre piensa en que no debería estar allí donde está, sea cual sea ese lugar, y eso hace que pierda la concentración con facilidad. Se dice a todas horas que está transitando por el camino equivocado, y que solo lo sigue porque piensa y cree que es el único posible y que existe, el mismo que ha recorrido su padre. Lo único positivo es que los dos policías no tienen problema en hacer autocrítica, entienden a la perfección por qué se respeta tanto a determinados agentes especiales, sus cualidades, su sangre fría en situaciones límite. Sobre todo, comprenden que no están a la altura de algo tan delicado como es el secuestro de un bebé. Se han lanzado de cabeza, se han estrellado, y ahora se hacen a un lado. Por eso llaman a su jefe y le piden que envíe con urgencia a un profesional que de verdad pueda ayudar al señor Durán a recuperar a su hijo.

La inspectora Elísabet Bru tarda exactamente dieciséis minutos en llegar.

4

ELÍSABET BRU

Precepto n.º 1. Primero se hace lo que se ve. La imitación es la base del aprendizaje. Después es cuando se empieza a pensar lo que se hace. Finalmente, se acaba haciendo lo que siempre se ha hecho. Es inevitable.

Cualquier otro día, la inspectora Elísabet Bru se hubiera presentado con el subinspector Ángel Císcar. Pero Ángel está atravesando una mala racha con su novia Rebeca.

Elísabet ha pensado que, si puede evitar molestarlo a horas intempestivas, mejor para él y para su pareja. Porque ella siempre piensa en los demás antes que en sí misma, siempre se preocupa por lo que necesitan, se dice que está ahí para ayudar, y Ángel necesita ahora apoyo en lo sentimental. Elísabet siempre hace «lo correcto», lo que cree que debería hacer, aunque a veces eso suponga justo lo contrario de lo que le gustaría. Es así como la han educado.

En cuanto entra al piso de Ignacio Durán, los agentes Agulló y Bernisz no tardan en avasallarla con sus explicaciones. Están nerviosos. No paran de repetirle que el padre del bebé desaparecido está histérico, que les ha sido imposible hablar con él y que presenta signos de haberse peleado con alguien, hecho que él ha negado. También afirman que la cerradura de la única puerta de entrada no está forzada, así que insinúan que se lo puede estar inventando todo.

Elísabet apenas los escucha. Tan solo se fija en lo alterados que están, en su tono de voz y en lo interesados que se muestran en que ella sepa que les ha sido imposible hacer nada más. Se están justificando desde que ella ha llegado, y eso no suele ser buena señal. Se fija en su actitud corporal y en el olor a desodorante ultraconcentrado que desprenden. Pero sobre todo se fija en sus caras. En cómo están conformados sus rostros. Porque si hay algo de lo que Elísabet sabe es de cómo se conforma el rostro humano y por qué alguien termina teniendo la cara que tiene. Qué significan cosas como la proporción

entre ojos, nariz y boca. O las arrugas que van apareciendo en la cara a lo largo de los años. Elísabet lleva estudiando fisiognomía desde hace más tiempo del que puede recordar. Ella cree en que todo cuanto es el ser humano, sus inquietudes, su moral, su personalidad, su carácter, incluso su intelecto, se ve reflejado tarde o temprano en su cara. Tan solo es cuestión de tiempo que la verdadera naturaleza de cada uno emerja y salga a la luz. Antes de hablar con Ignacio les pide a los dos jóvenes policías que no toquen nada de lo que hay a su alrededor, que se estén quietos, porque a partir de ese instante, y hasta que la Policía Científica y Judicial diga lo contrario, todo cuanto los rodea es el escenario de un crimen.

—Señor Durán, mi nombre es Elísabet Bru, soy inspectora de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. No imagino el sufrimiento por el que debe estar pasando en estos momentos, pero las primeras horas tras una desaparición son cruciales, nos tenemos que poner en marcha de inmediato, ¿le parece bien?

Ignacio asiente con el rostro congestionado. La inspectora Bru es justo lo opuesto a la otra mujer que está en el salón de su casa. No lleva ni un ápice de maquillaje. Su pelo es rubio y liso, de un tono claro y con poco brillo, similar al color de las espigas de trigo. Su pecho es de tamaño medio, pero parece pequeño al lado del de Yolanda Bernisz. La inspectora Bru también es bastante más alta. Debe rondar los ciento setenta centímetros; Yolanda puede que llegue muy justa a los ciento sesenta. También hay una diferencia en la edad. Elísabet acaba de cumplir treinta y cuatro, y Yolanda tiene veinticinco. Pero el rasgo que más las distingue es la mirada. La de Elísabet está llena de inteligencia, es azul y fría, profunda, pausada. Está donde tiene que estar y da la impresión de que no piensa en nada más que en lo que ha pasado en el lugar donde se encuentra. En cambio, la de Yolanda parece un campo de artillería. Es superficial como el amor de una noche de verano en una discoteca. Un extraño brillo revolotea en sus oscuros ojos verdes y parece tener problemas para fijar la vista. La mente de Yolanda no está allí en realidad, la de Elísabet, en cambio, está allí con atención plena. Y eso Ignacio lo nota.

—¿Le importaría darme una fotografía reciente de su hijo? Es necesario que la escanee y la difunda cuanto antes.

—Claro, por supuesto.

Ignacio se dirige hacia una curiosa vitrina posmodernista. Escoge una de las fotos más recientes y, tras sacarla del marco, regresa al sofá y se la tiende a la inspectora. Las manos le tiemblan.

—Esta es de la semana pasada.

Elísabet se queda mirando el rostro del bebé y siente algo que muy pocas veces ha sentido estando de servicio: unas ganas terribles de llorar. Esa fotografía acaba de recordarle dos cosas muy feas. La primera es que a ella también se la intentaron llevar de pequeña, aunque por suerte su padre lo consiguió evitar. La segunda es más trágica y, a pesar de que nunca la ha olvidado ni la olvidará, ahora la vuelve a sentir con intensidad. Una fuerte ansiedad, «esa ansiedad», empieza a crecer en su interior, pero antes de que se haga demasiado grande, hace lo habitual cuando algo no le gusta, lo que tan bien se le da: llevar la mente a otro lugar. Se dice que ahora tiene que trabajar, que ya llegará el momento de llorar y de gritar. Y que la mejor forma de hacerle frente al miedo es cerrar los ojos, darse la vuelta y salir corriendo.

El bebé tiene los mofletes carnosos y sonrosados. Apenas sin cuello, sonríe con una alegría desbordante, contagiosa. Su piel se ve sana, pura, sin un ápice de las marcas que la polución ambiental y la mala alimentación deja en algunas personas. Aún tiene muy poco pelo y sus ojos son de color marrón oscuro, como los del padre. Elísabet busca algún rasgo que pueda diferenciar con claridad a ese bebé de cualquier otro, y no tarda en encontrarlo: tiene una pequeña marca de nacimiento en la parte más alta de la frente. No es que sea llamativa, en realidad es muy pequeña, del tamaño de un céntimo y con una forma irregular y difusa. Pero, si se observa con atención, se puede distinguir esa pequeña isla de piel más pigmentada de lo normal.

—Bien, a continuación voy a hacerle una serie de preguntas, usted responda lo mejor que pueda. Lo importante es que sea lo más preciso posible, sobre todo con los pequeños detalles. Si hay algo que no sabe o no recuerda bien, dígalo. Diga claramente: no lo sé. Prefiero información en blanco que información equivocada. ¿Empezamos?

Ignacio asiente nervioso y espera con impaciencia la primera pregunta.

La inspectora Bru, que lleva el pelo recogido en una coleta, se echa por detrás de la oreja ese mechón que siempre se le rebela. Tiene el pelo tan lacio que es difícil sujetarlo. Luego saca una grabadora no más grande que un mechero y la pone en marcha sin pedir permiso. También saca una pequeña libreta encuadernada en piel y un boli de metal.

—Para empezar, ¿podría decirme cómo se llama su hijo para dirigirme a él debidamente, señor Durán?

—Samuel, y tiene siete meses recién cumplidos.

La inspectora Bru anota algo sin apartar la mirada del hombre que tiene delante.

—¿Y a qué hora vio por última vez a Samuel?

—Eran las diez de la noche. Lo vi a través de la pantalla del vigilabebés, yo estaba tumbado en mi dormitorio descansando, no me encontraba muy bien, la semana había sido muy dura y la cena me había sentado mal. No era mi intención acostarme tan pronto, solo quería descansar un rato antes de volver al salón y ver algo en la tele, pero el sueño me venció y supongo que no tardé demasiado en quedarme dormido. —Ignacio está algo más calmado, pero sigue moqueando. Ese intenso dolor interior parece que ha dejado de crecer, pero eso no significa que ya no siga ahí, ni tampoco que se esté acostumbrando a él. Nadie se acostumbra a algo así. Algunas personas, si acaso, como le ha ocurrido a Elísabet, aprenden a mirar hacia otra parte.

—¿Y cuándo se dio cuenta de que su hijo no estaba?

—Hace un rato, sobre las tres de la madrugada. Me desperté para ir al baño y fue entonces cuando…, Dios… —Ignacio estalla en un pequeño llanto que trata de controlar como puede. Aprieta los dientes y sus párpados se pliegan en una infinidad de arrugas. Esconde la cara tras las manos y entre dedo y dedo se puede ver cómo la piel de su rostro se vuelve de un rojo aún más intenso.

Elísabet mira el reloj. Son casi las cuatro. La ventana de tiempo en la que podrían haberse llevado al niño es bastante amplia. Entre las diez de la noche, que es cuando Ignacio se durmió, y las tres de la madrugada, que es cuando se dio cuenta de que su hijo no estaba, hay una diferencia de cinco horas, y la inspectora Bru sabe que en este tipo de desapariciones las primeras seis horas son cruciales. Pasado ese periodo la estadística de rescates positivos se empieza a poner muy cuesta arriba. Como una pendiente vertical imposible de alcanzar, de llegar al final.

—Bien, continuemos. ¿Hay alguna persona de su entorno que podría haberse llevado a su hijo por algún motivo? ¿La madre del niño, tal vez?

Ignacio cabecea con tristeza.

—No, que yo sepa. Y en cuanto a la madre de Samuel…, la mujer que lo llevó nueve meses en su interior no es su verdadera madre. Mi hijo es fruto de un vientre de alquiler. Esa mujer es de Canadá, dudo que haya venido hasta aquí para llevárselo. Firmamos un contrato, ¿entiende? La maternidad subrogada es legal allí, y la gente que hace este tipo de trabajos es muy seria, está acostumbrada al proceso. Lo tienen muy claro y nunca van más allá.

La mirada de Ignacio es ligeramente inculpatoria, llena de remordimientos, es como si se sintiese avergonzado de haber tenido un hijo de ese modo, pero Bru no está allí para juzgar las decisiones de nadie. De

hecho, nunca suele hacerlo. Ni siquiera a ninguno de los padres de los niños que hay en el centro de acogida donde trabaja como voluntaria dos tardes por semana.

—¿Hay alguna otra persona de su entorno que podría querer hacerle algo así? ¿Tal vez alguien a quien le deba dinero?

—No, en absoluto. Si apenas me relaciono con nadie, aparte de con mis compañeros de trabajo, mi actual estilo de vida no da para más. Y tampoco tengo deudas, no tengo ni hipoteca. El dinero nunca ha sido un problema en mi familia —dice Ignacio con algo de soberbia.

Elísabet asiente y observa con disimulo la forma de la cara de Ignacio. Es redonda y blanca como un yogur natural. Apenas tiene pelo, pero da la impresión de que se esfuerza por conservar un pequeño montículo justo en el centro de la cabeza, el último refugio antes de la calvicie completa. Sus ojos están bastante juntos y sus labios son finos como el palo de una piruleta. Su nariz es estrecha, con las aletas abocinadas. Lo que más le llama la atención es la ausencia de arrugas en la frente, porque un hombre que se encuentra próximo a los cuarenta, edad que debe tener Ignacio Durán, suele tener la cara «terminada»; en cambio, esa frente todavía está por hacer.

—Según me han dicho los agentes, es usted médico, ¿verdad?

—Sí, trabajo en un centro de salud de atención primaria.

—¿Y ha tenido problemas con algún paciente en fechas recientes? Ya sabe, alguien que se haya mostrado especialmente molesto con alguna de sus decisiones y que quisiera asustarlo por algún motivo.

—No, no, eso es imposible, la mayoría de mis pacientes son gente mayor, y la última vez que salió alguien enfadado de mi consulta fue hace…, no lo recuerdo con exactitud, pero sí que hace al menos un año. Tendría que consultar el libro de incidencias del centro para decírselo con seguridad. Este es un barrio tranquilo, con gente tranquila.

—De acuerdo, señor Durán. ¿Y qué me dice de sus vecinos? ¿Sabe de alguien que podría querer hacerle algo así?

Ignacio niega con la cabeza. En su rostro se dibuja una expresión de repugnancia.

—Tampoco, no lo creo. Ya le he dicho que este es un barrio tranquilo, aquí la gente no es de la que tiene dificultades para llegar a fin de mes. Este no es un barrio de delincuentes, inspectora. Aquí la gente no hace ese tipo de cosas.

Elísabet toma buena nota del detalle que acaba de dejarle Ignacio Durán en cuanto a lo que piensa acerca de qué tipo de gente hace qué tipo de cosas y

en qué tipo de lugares. Elísabet se dice que Ignacio es de los que piensan que el crimen y la delincuencia son inherentes a un determinado lugar, y no a las personas que son responsables de dichos actos.

—¿Ha visto usted a alguien sospechoso en su entorno en los últimos días? Ya sabe, cerca de su casa, en los lugares que usted suele frecuentar, en el transporte público. Alguien que se haya acercado a usted de forma desinteresada, o simplemente alguien que no conocía y que le haya llamado la atención por algún motivo.

Ignacio vuelve a negar con su corto cuello. Elísabet se queda medio segundo estudiándolo. A veces, cuando se fija en una persona, cree poder ver al niño que un día hubo en ella. Y eso es importante, porque los restos de la niñez son a menudo la parte más auténtica y genuina de un adulto y, a veces, también la base de sus problemas. Es como el centro alrededor del cual gira todo lo demás.

—Disculpe las molestias, señor Durán, pero cuando quiera responder no, diga no. ¿Le parece? Es por la grabación, y por aquello de los detalles y de la información certera. No quiero espacios en blanco.

Ignacio asiente y dice con seriedad:

—Sí, me parece bien.

—De acuerdo, así está mejor. Según me han informado los agentes Agulló y Bernisz, la cerradura no está forzada, y según yo misma he podido comprobar al entrar, es *antibumping*, eso me hace suponer que la persona que se ha llevado a su hijo pudiese tener una copia de la llave de su casa o bien ha entrado por una ventana, algo que me parece imposible debido a que usted tiene rejas de seguridad instaladas. Así que eso nos deja casi como única opción que tuviese una copia de sus llaves, que a su vez nos plantea dos nuevas posibilidades. Últimamente ha cobrado bastante fuerza la técnica del *impressioning*. Los criminales usan una lámina de aluminio que introducen en la cerradura para realizar una copia exacta de la llave. Este copiado no es tan fácil como parece, requiere una preparación previa y al menos dos visitas antes del asalto. La otra posibilidad es que alguien cercano a usted haya podido tener acceso a las llaves de su casa o que directamente tenga una copia que usted le haya dejado.

Ignacio frunce el ceño. Se retira el pañuelo con el que tapona la herida de su ceja y lo observa, la sangre sigue brotando, pero en menos cantidad. Dobla el pañuelo y vuelve a presionar. En su cabeza dan vueltas las diferentes opciones que le ha planteado la inspectora. Le aterra pensar que alguien haya merodeado cerca de su casa durante días o, quién sabe, durante semanas o

meses. Y le aterra aún más pensar que alguien cercano a él haya sido capaz de hacer algo así.

—No había oído hablar de esa técnica en mi vida. Ni tampoco he visto a nadie husmeando en mi puerta.

—Suelen ser muy cuidadosos.

—Ya me imagino. Yo no he perdido mis llaves y no creo que alguien haya podido tener acceso a ellas sin que yo lo sepa. Las únicas dos personas con una copia son mi madre y Aurelia, mi vecina de aquí al lado, pero, créame, ninguna sería capaz de hacer algo así.

—¿Por qué está tan seguro?

—Las dos sobrepasan los setenta años y lo último en lo que deben estar pensando es en llevarse al hijo de otra persona. Ya le he dicho que la gente de aquí no hace esas cosas.

—Sí, ya me lo ha dicho, pero de todos modos, y mientras no haya forma de demostrar que se haya utilizado el *impressioning*, algo que suele ser complicado, le adelanto que voy a tener que hablar con ellas para corroborar que siguen teniendo el juego de llaves en su poder y que nadie se las ha sustraído sin que se den cuenta, ¿de acuerdo?

Ignacio coge aire con fuerza, pero sus pulmones solo se llenan a medias. Cuando trabajaba en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico Universitario de Valencia nadie le decía lo que tenía o no que hacer, ni mucho menos le hacían tantas preguntas. No está acostumbrado a tener que responder, no le gusta. Siempre ha sido muy reservado, pero ahora lo es más. Ciertas manías o propensiones tienden a agravarse con la edad.

—Sí, por supuesto, hable con ellas. Yo solo quiero recuperar a mi hijo —dice Ignacio con la voz trémula.

—Está bien, señor Durán, no tengo más preguntas por el momento. Vamos a ponernos manos a la obra para localizar a su hijo lo antes posible, usted trate de mantener la calma y esté pendiente del teléfono; podría ser, aunque eso no lo podemos saber con seguridad, que en las próximas horas reciba una llamada de alguien pidiendo un rescate. Si se da el caso, usted solo diga sí a todo lo que le pidan, después me lo cuenta. De todos modos, también le adelanto que en cuanto podamos, si usted nos da su consentimiento, pincharemos su línea de teléfono para que podamos escuchar y, con un poco de suerte, localizar esa posible llamada.

—Sí, por supuesto que tienen mi consentimiento, pero ¿un rescate, por Samuel? —Las cejas de Ignacio se arquean. Su rostro se constriñe. El blanco de su cara se llena de pequeños rodales rojos.

—La mayoría de los casos como el suyo, si se confirma que no hay nada personal de por medio, suelen ser secuestros con la intención de obtener un rescate, una suma de dinero.

—¿Y por qué no me han llamado ya?

—Cada rescate es distinto, todo depende de la estrategia de los secuestradores. Pero normalmente se rigen por la siguiente norma: cuando la suma de dinero que van a pedir es pequeña, piden el rescate inmediatamente o a las pocas horas. Cuando la suma de dinero es grande, dejan pasar más tiempo. Su intención es ir desgastando a los padres y hacer que su ansiedad crezca para que accedan al pago sin poner demasiados impedimentos. Tratan de no parecer nerviosos, de no tener prisa por cobrar, de aparentar que todo está controlado, que no tienen miedo a que los atrapen. Aunque, como le he dicho, lo del rescate es solo una posibilidad, todavía no tenemos ninguna prueba que nos haga pensar en ello seriamente.

Ignacio asiente mientras piensa en lo primero que le ha dicho la inspectora, que la mayoría de los casos como el suyo son secuestros con rescate, pero ¿qué pasa con los otros casos?, ¿qué pasa con esa minoría que no son debidos a un secuestro con rescate? ¿En qué terminan? No quiere ni pensar en ese escenario, aunque lo cierto es que se lo puede imaginar, ha visto mucha tele, demasiada, y sabe de algunas cosas que a veces pasan. Así que se dice que, dadas las circunstancias, el rescate no le parece tan mala idea, y ya solo piensa en recibir esa llamada de ese alguien que le diga que tiene a su hijo, que está bien, que solo quiere dinero y que se lo va a devolver. A continuación, rompe de nuevo a llorar.

La inspectora Bru ha eludido contarle al señor Durán que el caso de su hijo no es algo habitual. Es una desaparición de las conocidas como de «muy alto riesgo» y que rara vez acaban bien.

5

LOS PERROS

Tras completar un primer análisis de la situación, la inspectora Bru ha llamado a su superior, Julio March, el inspector jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, más conocida por su sigla, la UDEV. Le ha pedido que envíe a la Policía Científica de inmediato y todos los refuerzos que pueda, empezando por los cuatro miembros de su unidad básica dentro de la Brigada, porque la búsqueda se presenta muy compleja. Si a Samuel se lo llevaron a una hora cercana a las diez de la noche, podrían estar cerca de rebasar la temible barrera de las seis primeras horas.

Julio odia que lo despierten por la noche, pero sabe que cuando es Elísabet la que llama, el asunto es serio. Con la inspectora Bru suele rebajar el tono y ser mucho más amable que con el resto de los policías de su unidad. Es posible que influya el hecho de que él y ella se acuestan de tanto en tanto. Julio siempre ha querido algo más serio, acaba de cumplir los cincuenta, hace tres años que se divorció, y ve en Elísabet el último gran tren al que poder subirse antes de adentrarse en el bosque espeso y lleno de sombras de la vejez, algo que teme por encima de todo. Pero Elísabet nunca ha tenido ningún interés en tener una relación seria con Julio. En absoluto. Ella está bien como está, sola, ya estuvo casada y se dijo que jamás volvería a estarlo. Además, en cuestión de hombres no puede evitar pensar que, en cuanto la conozcan en profundidad, les dejará de gustar. Nunca ha encontrado a nadie con quien se haya sentido a gusto al cien por cien, ni tan siquiera con su ex. Si tiene sexo ocasional con su jefe es porque siempre se ha sentido atraída por personas mayores que ella y con cierta autoridad, y porque el sexo es de lo poco que consigue hacerla desconectar de vez en cuando. Porque Elísabet, como todo el mundo, necesita hacer un paréntesis cada cierto tiempo para no terminar explotando o para que esa ansiedad interior que a veces la consume, ese monstruo que se sienta en el alféizar de su ventana a esperar a que se

duerma, no termine devorándola. Pero cada vez la acecha desde más cerca. Hace tiempo que no está bien. Es como si se hubiese ido vaciando poco a poco hasta quedarse hueca. Como el caparazón de un caracol muerto.

Ser inspectora de la UDEV y estar adscrita a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos es sinónimo de ser una policía de élite, y eso supone un compromiso y una implicación máxima con el trabajo, estar sometida constantemente a una tensión y a una presión extrema. Y es una verdad incuestionable que cuando algo está sometido durante mucho tiempo a una tensión mayor de la que es capaz de soportar, tarde o temprano termina por romperse. En la UDEV, cuando se asume un caso, se asume hasta el final, hasta que se resuelve de un modo u otro. No hay peros que valgan. No importa nada más. Ni las horas que se hagan, ni las puertas que se toquen ni el resto de los compromisos personales, y eso incluye a la familia, la pareja, los animales de compañía y las amistades. Por encima de todo está el caso. Y eso es algo que todos los que forman parte de la UDEV saben desde el primer día. Cuando llega un momento en que alguien no puede darlo absolutamente todo, tiene que renunciar.

A la espera de los cuatro miembros de la Brigada que la inspectora Bru le ha pedido a Julio March, llegan tres patrullas que darán soporte al operativo de búsqueda inicial. No ve a ningún miembro de la Guardia Civil e intuye que su jefe ya está otra vez mezclando lo personal con lo profesional. March no soporta a los guardiaciviles, y a veces se olvida de darles el aviso. Sabe de sobra que la Unidad Central Operativa, la UCO, participa en la mayoría de los casos de secuestros que se producen en la ciudad, y también sabe que cuando la Policía Nacional no les dice nada, no se lo toman precisamente con buen humor.

La inspectora Bru da la orden de empezar a rastrear cada metro cuadrado del entorno de Ignacio Durán. Sus instrucciones son claras: la implicación ha de ser máxima, hay que tocar las puertas que hagan falta. Tiene claro que, a menos que se trate de un fantasma, es posible que alguien haya podido ver a la persona que se ha llevado a Samuel. Por otra parte, tal y como Agulló y Bernisz le han insinuado, tampoco puede descartar que el padre haya tenido algo que ver en la desaparición de su hijo. Aunque de momento no ha encontrado ningún indicio que le haga sospechar algo así.

A pesar de la hora, los agentes Agulló y Bernisz empiezan a llamar a todas y cada una de las puertas del viejo y señorial edificio de la calle Martí. Son las cuatro de la madrugada, pero la temperatura se mantiene estancada en los veintisiete grados. Se limitan a preguntar exactamente lo que la inspectora

Bru les ha ordenado: si han visto a alguien saliendo del edificio con un bebé en brazos o, en su defecto, con un bulto sospechoso envuelto en una manta o una sábana. También si han oído algún llanto de bebé entre las diez y las tres de la madrugada.

Ningún vecino de Ignacio Durán dice haber visto u oído nada raro, la mayoría son ancianos que bien podrían ser de los que acostumbran a utilizar somníferos para dormir profundamente y, por tanto, de los que no oyen nada. Todos se muestran horrorizados ante la desaparición, todos matizan que nunca antes había pasado nada parecido en ese edificio. Es como si en el fondo tuviesen el convencimiento, al igual que el propio Ignacio, de que la maldad estuviese domiciliada y confinada en los barrios pobres.

La inspectora Bru se encarga de hablar con Aurelia Sáez, la vecina de rellano que tiene un juego de llaves de la casa de Ignacio. Debe rondar los ochenta años, y en cuanto Elísabet la observa, no tarda en suponer que no ha tenido una vida difícil, que proviene de una buena familia y que no ha pasado apuros económicos ni tampoco ha sufrido grandes desgracias. Todo eso lo puede ver en su cara, en la expresión de sus ojos, en el deterioro de sus manos, en su actitud postural. También cree ver, tras todas esas arrugas, surcos, manchas solares y pequeñas cicatrices, a la niña que un día fue. Y eso le provoca una pequeña sonrisa interna.

Aurelia, tras llevarse las manos a la cabeza y después a la boca ante la trágica noticia de la desaparición de Samuel, no tarda en localizar el juego de llaves y mostrárselo a la inspectora Bru. Le tiembla la mano. Afirma no haberlas perdido de vista en ningún momento. Dice que siempre están en el colgador que tiene en el recibidor, y a su casa hace muchísimo tiempo que no va nadie, así que asegura con rotundidad que esas llaves no han podido estar nunca en manos de una persona desconocida.

Teniendo en cuenta que Aurelia dice la verdad y que su memoria no ha sufrido ningún desliz, solo queda comprobar que la madre de Ignacio, Rafaela Iturbi, tampoco ha extraviado su copia, algo de lo que se encarga el propio Ignacio con una rápida llamada telefónica. Rafaela tampoco ha perdido de vista su juego de llaves. Y tras gritar algo ininteligible y mostrarse a punto de sufrir un ataque de histerismo, sale en dirección a la casa de su hijo. No quiere que pase solo semejante horror. Ignacio se muestra muy reacio a que vaya hasta allí, no quiere a su madre cerca porque su mera presencia lo irrita, pero ella hace lo que siempre ha hecho: lo que le da la gana, sobre todo en lo concerniente a su único hijo.

Dos horas más tarde, los agentes Agulló y Bernisz y las tres patrullas de apoyo han tocado a todas las puertas del edificio, a las de los dos contiguos y a las de los dos que hay justo en la acera de enfrente. El resultado ha sido en todos ellos el mismo: nadie ha visto nada. Caras de pánico, cansancio, sorpresa, angustia y, ante todo, de una gran pena. Pero ni un indicio sobre la persona que se ha llevado a Samuel, y así la búsqueda se vuelve complicada, el rastro se diluye como la estela de un avión en el cielo. Elísabet sabe que necesita encontrar alguna pista cuanto antes, o de lo contrario ese rastro no tardará en difuminarse hasta volverse insignificante.

En poco más de media hora, a eso de las siete de la mañana, llegarán los primeros trabajadores a la sucursal de Bankia que hay a unos veinte metros del portal del número 15 de la calle Martí. Son los encargados de poner en marcha los equipos informáticos y de revisar que todos los sistemas están en orden antes de abrir al público, entre ellos, si la información que ha recibido Elísabet no es falsa, suele encontrarse el director de la sucursal. Y tendrán que localizar a los propietarios de los otros dos comercios de esa calle en los que hay cámaras de seguridad apuntando en la dirección deseada, porque esos abrirán bastante más tarde. Si los sistemas de vigilancia no han sufrido ningún tipo de contratiempo y han estado grabando, es posible que hayan captado el momento en el que el presunto secuestrador ha salido con el pequeño entre los brazos. Pero hasta que puedan comprobar las cintas, la investigación debe continuar.

Desde que Elísabet ha entrado en casa de Ignacio no ha dejado de pensar ni un solo segundo en quién y cómo podría haberse llevado al bebé. Haga lo que haga, cuando trabaja en un caso de responsabilidad máxima, en su cerebro siempre está funcionando en un segundo plano un proceso que sigue su propio curso y que no se detiene a no ser que haya encontrado algún tipo de respuesta. Es como un motor en continuo movimiento que no le permite relajarse ni un instante. Por un lado, sigue dándole vueltas al tema de la llave, a si el secuestrador realizó una copia con la técnica del *impressioning* o si la hizo acercándose a alguien próximo al entorno de Ignacio. Y por otro lado, se pregunta cómo la persona que se llevó a Samuel fue tan osada de entrar en el piso sabiendo que Ignacio estaba dentro. Nadie que parece haber planificado tan bien un secuestro dejaría al azar algo tan importante como la posibilidad de encontrarse cara a cara en medio del pasillo con el padre del bebé, con un más que considerable enfado y quién sabe si con un arma entre las manos. Así que se dice que dicha circunstancia también debe encerrar algo que de momento no ha sabido ver, algo importante. No solo es el cómo, el quién y el

por qué; en la cabeza de la inspectora también importa mucho el cuándo. El momento exacto.

Y para terminar con el primer análisis del caso, Elísabet piensa en cómo es posible que nadie haya visto salir del edificio al presunto secuestrador con un bebé en los brazos. Sí, es cierto que la mayoría de la gente duerme por la noche, sobre todo a partir de las doce, pero el rastreo está siendo tan exhaustivo que le parece extraño que no hayan obtenido ningún resultado. En la cabeza de la inspectora Bru está teniendo lugar una intensa confrontación de ideas, y es entonces cuando piensa en una nueva posibilidad: que tanto Samuel como la persona que se lo ha llevado todavía permanezcan en algún lugar del edificio.

Eso explicaría por qué nadie lo ha visto salir. Lo siguiente en lo que piensa es en el modo de saber si eso es así realmente, y la respuesta le llega rápida y clara: utilizando a los perros de la UDEV.

Elísabet no tarda ni dos minutos en hacer una llamada para que traigan una unidad de perros de rastreo. Después, volviendo al asunto del quién, el cómo y el cuándo, le dice a Ignacio Durán que necesita hablar con él otra vez, porque está segura de que hay algo que se les debe haber escapado. Necesita repasar al milímetro la secuencia de los hechos, qué hizo durante las últimas horas, y también que le haga un listado exhaustivo de todas las personas con las que ha tenido contacto personal y profesional en los últimos días. La inspectora Bru tiene claro que, razones personales o económicas aparte, o es alguien de su entorno cercano, o es alguien con quien ha tenido contacto últimamente y que ha puesto el punto de mira sobre él y su hijo por alguna razón.

Antes de que dé el siguiente paso, llega la Policía Científica, con más de dos horas de retraso.

6

TE CREÍA CON MÁS PERSONALIDAD
Elísabet Bru

Es 18 de junio, y como todos los 18 de junio, es un día especial. Es el cumpleaños de Elísabet, concretamente el número once, y sus padres han preparado una celebración espectacular.

Las fiestas patronales en El Tremolar han terminado hace pocos días, y como siempre, el pequeño barrio de Alfafar se ha vuelto a quedar desierto. Sus apenas cien habitantes vuelven a vivir en el más completo silencio.

La residencia de los Bru ha sido decorada y engalanada por todo lo alto. De las ramas de los árboles cuelgan multitud de globos de colores, en el suelo han esparcido pétalos de flores rojas y blancas, en las rejas de las ventanas han pegado bonitas figuras geométricas hechas con papel crepé, y justo en el centro del bonito jardín penden de un hilo un montón de globos con forma de letras. A lo lejos puede verse perfectamente: «Feliz 11 cumpleaños, Elísabet».

También han contratado a una persona que después de comer hará un espectáculo de magia, además de las dos animadoras que se encargarán de los diferentes juegos con los que pondrán a prueba las habilidades individuales y grupales de los invitados.

Todo está preparado, solo falta una cosa: sus amigas.

Todavía no ha llegado nadie y ya son cerca de las dos del mediodía. La paella que está cocinando su tío Braulio ya está casi lista, así que, si la situación no cambia radicalmente en los próximos minutos, el cumpleaños número 11 de Elísabet se convertirá oficialmente en el más desastroso de su corta historia.

—¿Y si no vienen, mamá?

Su madre la mira con cariño. Acaricia su rostro deteniéndose con dulzura en su barbilla. Le recoloca con todo el amor que puede reunir un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vendrán. ¿Por qué no iban a venir?

—¿Y por qué iban a hacerlo?

Esa respuesta le arranca una sonrisa a su madre.

—Por una sencilla razón, hija, porque son tus amigas. Y porque dijeron que vendrían. Y porque tú eres el ser más maravilloso de la Tierra. —Su madre ve cómo el rostro de su hija se ensombrece y baja la mirada—. Elísabet, mi vida, ¿qué es exactamente lo que te preocupa?

Elísabet se encoge de hombros. Levanta la mirada, la tiene empañada. Sus labios tiemblan.

—No sé lo que me pasa, mamá. De verdad que no lo sé.

En realidad, sí sabe lo que le pasa, pero no se atreve a decirlo. Su madre la abraza con fuerza y le da un tierno beso en la frente.

—Elísabet, acabas de cumplir once años, estás en una edad crucial, tu cuerpo está cambiando a un ritmo muy rápido. Es normal que a veces te sientas un poco extraña, un poco triste tal vez. A todas nos pasa, mi vida, tú en particular estás a punto de abandonar la infancia, pero no tienes por qué preocuparte por eso, porque todo está bien, te lo prometo. Tú solo déjate llevar, y sé tú misma. Nada más.

Las palabras de su madre hacen que Elísabet rompa a llorar, y en medio del llanto, sí se atreve a preguntar parte de lo que tanto la preocupa.

—¿Y si no les gusta cómo soy, mamá? —Pero se guarda para ella algo importante: «¿Y si no sé cómo ser yo misma? ¿Y si no sé quién soy?».

Ahora es su madre quien responde con otra pregunta:

—¿Por qué no ibas a gustarles?

—No lo sé. ¿Y por qué sí?

Elísabet lleva mucho tiempo echa un verdadero lío. La educación de su padre, siempre tan estricta, tan férrea y asfixiante, ha terminado haciendo de ella alguien que actúa de un modo automático. Alguien cuya verdadera esencia todavía es una incógnita. Y tiene claro que eso los demás lo notan. No sabe quién es, solo que no es feliz, y también sabe que las chicas y chicos de su edad no quieren a alguien así a su lado. Y he aquí una de las

grandes verdades de la humanidad: a nadie le gusta la tristeza, ni la gente triste.

Su padre irrumpe en su habitación como un vendaval y se detiene de golpe al verlas abrazadas. Elísabet todavía está llorando.

—Pero ¿se puede saber qué pasa aquí? La paella ya va a estar lista.

—No pasa nada, Álvaro. Enseguida bajamos —dice Patricia tranquilizando a su marido.

—¿Cómo que no pasa nada? Y entonces, ¿por qué está llorando Elísabet?

Álvaro no soporta ver a su hija llorar. Menos aún cuando lo hace por algo «sin importancia». Por eso siempre se ha encargado de estar muy encima de ella, para impedir a toda costa que las lágrimas mojen sus mejillas. Es el presidente del AMPA de su colegio, la lleva y la recoge cuando queda con sus amigas para hacer algún trabajo, le dice qué libros están bien para leer, y siempre ha estado presente en todas y cada una de las actividades deportivas o extraescolares que ha hecho en su vida. Su padre siempre ha sido literalmente su sombra.

—Ya van a ser las dos y sus amigas aún no han llegado. Y se ha preocupado un poco por si no vienen, solo eso.

Álvaro resopla con fastidio. Odia que alguien o algo ajeno a él y a su familia interfiera de esa forma en su hija, en su educación, en su vida, en su estado de ánimo.

—¿Y llorabas por eso, Elísabet? Te creía con más personalidad. Abajo están tus tíos Braulio y María, están tus primos, está tu hermano Jorge, están los abuelos, estamos nosotros. ¿Para qué necesitas a nadie más?

Las palabras de Álvaro percuten con fuerza en el interior de su hija, que empieza a llorar todavía con más intensidad.

—Tiene once años, Álvaro, es normal que…

—Por eso mismo, Patricia, ya tiene la edad suficiente como para que le empiecen a preocupar las cosas importantes de verdad, y no estas estupideces. Lo único que le tiene que preocupar ahora es estar abajo, con su familia, es su cumpleaños y les está haciendo un feo muy grande a todos estando aquí arriba todavía. Así que haz lo correcto y baja ahora mismo y pídeles perdón a tus tíos y abuelos. ¿Me has oído?

Elísabet alza la mirada, anegada de lágrimas, y asiente mientras se limpia la cara con una mano. Sabe por

experiencia que es mejor sorber y tragar lágrimas que enfrentarse a lo inevitable. Obedece a su padre sin rechistar y baja la escalera aguantándose lo que le queda de llanto.

—Álvaro, no me gusta que seas tan duro con ella, es solo una niña…

—Precisamente por eso, Patricia, es ahora cuando se aprende todo sobre la vida, y te puedo asegurar que, si no es ahora, no será nunca. ¿Qué te crees, que a mí me gusta verla llorar? ¿Que yo no sufro cuando la veo así o cuando la tengo que corregir? Sabes de sobra que ella es lo que más quiero en el mundo, y que si a veces soy un poco duro es porque es lo mejor para ella, para su educación, para su futuro.

Patricia empieza a toser con estruendo. Otra vez esa tos fea. Luego llega el dolor en el pecho. Después la sensación de mareo. No le apetece seguir hablando.

—Ya lo sé, Álvaro, bajemos, anda, ya hablaremos de esto en otro momento.

Patricia sonríe con esa dulzura infinita, con ese halo de tristeza que aún perdura. Luego se da la vuelta y pone rumbo a las escaleras, por donde apenas unos segundos antes ha perdido de vista a su hija.

—Eh, Patricia, ¿te encuentras bien? —Álvaro, siempre tan pendiente de sus dos hijos, cae en la cuenta de que no es la primera vez que ve a su mujer toser así.

—Sí, cariño, estoy perfectamente.

7

LA LUZ

Elísabet se fija en los ojos de Ignacio Durán. Son pequeños y saltones. Antes de informarle del resultado de sus últimos pasos y de cuáles serán los próximos, también se fija en las arrugas que se le forman a ambos lados de los ojos, las llamadas «patas de gallo». Por lo poco desarrolladas que están para su edad, la inspectora Bru diría que la persona que tiene delante sonríe poco en su día a día.

—De momento, no hemos encontrado a ningún vecino que haya visto algo que nos dé alguna pista acerca de la persona que se ha llevado a Samuel, y ahí es donde los perros nos pueden ayudar, como también esperemos que lo hagan las cámaras de seguridad de Bankia y los otros dos negocios que hay en esta calle cerca de su casa, si es que la Científica no nos sorprende con su rapidez y nos da alguna pista.

A Elísabet todavía le dura el enfado por lo mucho que ha tardado la Policía Científica. Levanta su espigado cuello y observa cómo cuatro agentes enfundados en monos blancos despliegan sus maletines con parsimonia. No llevan ni diez minutos y ya tienen las pantallas faciales parcialmente empañadas, pronto no podrán ver nada. La temperatura no deja de subir y la ropa de protección biológica es como una de esas bolsas de cocción al vapor. Pero todo eso Elísabet no lo ve, como tampoco ve su propia tensión interior, ella solo se centra en que hay que encontrar como sea a un bebé.

—Lo bueno de los perros es que pueden seguir un rastro a distancias inimaginables. Es muy posible que la persona que se llevó a Samuel tuviese un coche esperándolo en un lugar muy próximo de aquí, ahí perderíamos el rastro, pero si podemos saber cuál es ese lugar exacto desde el que huyó y en qué dirección, sería un paso muy importante para seguir investigando. Los perros aún tardarán un rato en llegar, mientras tanto me gustaría hacerle más preguntas, si no le importa.

Elísabet elude contarle que piensa que es posible que Samuel aún esté en algún lugar del edificio, como también evita el uso de palabras como «secuestrador», «rapto» o «captor». Para ella es importante informar a los familiares del transcurso de la investigación, pero solo lo justo y necesario. No es bueno tener a los familiares desinformados, eso provoca un exceso de histeria y nervios, pero tampoco es bueno darles demasiados datos, porque eso puede hacer que quieran implicarse demasiado y terminen por obstaculizar la investigación.

—Claro, pregunte lo que quiera —responde Ignacio. Vuelve a mirar el pañuelo con el que lleva presionando su ceja desde hace horas y nota que todavía sangra. Se dice que, si quiere que esa herida deje de sangrar, en algún momento la tendrá que cerrar.

Antes de empezar a hablar, Elísabet se queda paralizada durante un segundo debido al fuerte pinchazo que acaba de sentir en la boca del estómago. En los últimos tiempos no solo ha perdido el apetito, también ha empezado a sufrir calambres intestinales de forma regular.

—Bien, señor Durán, mientras llega mi equipo, quisiera que retrocediese un poco en el tiempo y que me lo contase otra vez todo desde el principio.

Ignacio asiente entre gimoteos y ve cómo la Policía Científica trabaja a su alrededor. Coge aire con dificultad. Empieza a ser consciente de un fuerte dolor de cabeza que lo atraviesa desde la nuca hasta la frente y que tal vez lleve ahí más rato del que recuerda. Un dolor que, disipada la tormenta de adrenalina inicial, está empezando a emerger como se cuela la luz entre las nubes cuando llega la calma.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por la tarde de ayer. Dígame, a qué hora volvió a casa del trabajo. —La inspectora Bru vuelve a poner en marcha la pequeña grabadora. El procesador interno de su cerebro, en cambio, no se ha detenido ni un solo momento.

Los labios de Ignacio dibujan una línea irregular, como el perfil asimétrico de una cordillera. Se lleva las manos a las sienes y las presiona con movimientos circulares fuertes y continuos.

—Ayer terminé la consulta sobre las tres y cuarto, más o menos. Hubiese querido salir antes, pero entraron un par de urgencias a última hora. Dos ancianos con un fuerte catarro, nada fuera de lo normal. Después me fui directo a recoger a Samuel.

—¿A qué hora fue eso exactamente?

—A las tres y media, más o menos. Normalmente lo suelo recoger sobre las cinco de la tarde, así me da tiempo a descansar un poco a mí también, pero

después de una semana de trabajo muy dura, tenía ganas de estar con mi hijo, lo echaba mucho de menos. Así que avisé a Mariola de que iba a ir a por él antes. —Además del fuerte dolor de cabeza, Ignacio también está empezando a paladear un regusto amargo en la boca, como si le hubiese dado un trago a una botella de limpiamuebles.

—¿Mariola es la cuidadora de Samuel?

—Sí. Es la que lleva a los menores de un año. Y le puedo asegurar, antes de que haga la siguiente pregunta, que es la persona más dulce que he conocido en mi vida, jamás le haría daño a un niño ni permitiría que nadie se lo hiciese.

—¿Y qué tal son el resto de los padres del grupo, los conoce?

—Apenas. Tenga en cuenta que Samuel solo lleva un par de meses en la guardería. A veces coincido con otras madres y padres en la puerta, pero no he entablado una conversación de más de cuatro palabras con ninguno. Es posible que ni siquiera pudiera reconocer sus caras si los viese por la calle. De todas formas, tenemos un grupo de WhatsApp, por si le interesan sus contactos. Se pasan el día enviando memes y vídeos y diciendo tonterías; lo siento, pero no suelo prestar mayor atención a lo que escriben.

—Está bien, Ignacio, quizá más tarde un agente le pida esa relación de contactos. Dígame, ¿qué hizo después de recoger a su hijo?

—Vinimos a casa, comí y me tumbé un rato en el sofá mientras Samuel se echaba la siesta. Cuando despertó, le di un biberón y a eso de las cinco salimos a dar un paseo por el barrio.

—¿Tuvo contacto con algún desconocido, se acercó alguien a ver al bebé, pasó algo que le llamase la atención por algún motivo?

Ignacio suspira. Cuando le hacen preguntas, no puede evitar pensar que lo están supervisando, controlando, como cuando vivía en casa de sus padres. Eso lo desencaja.

—No. No vi que se acercase nadie que me llamase especialmente la atención. Por lo demás, estuve tomando un capuchino en el café Bali, luego dimos una vuelta por la tienda de Dideco que hay muy cerca de aquí, compré un par de libros de esos con canciones, y creo que sobre las siete o así volvimos a casa. Y a partir de ese momento empezamos con nuestras rutinas diarias de la tarde noche: baño, cremas, masaje intestinal para los gases, y después un poco de música relajante. Y creo que eso es todo.

Elísabet repasa la secuencia y se dice que, tras esas rutinas con su hijo, debieron pasar más cosas hasta las diez de la noche, que es cuando él se quedó dormido.

—Discúlpeme, señor Durán, pero ¿podría decirme qué hizo tras esas rutinas, a qué hora acostó a su hijo exactamente?

Ignacio vuelve a resoplar. Siente un profundo hastío.

—Dejé a Samuel en la cuna que tengo en el salón y le puse música clásica para bebés. Fue cuando llamé a Domino's y pedí una pizza pepperoni, como hago todos los viernes. Como puede ver, yo también soy un hombre de rutinas. Padre e hijo suelen ser parecidos, ¿no cree? Vino el repartidor. Creo que eran las ocho y media o así, luego se fue la luz durante un rato y tuve que lidiar con los diferenciales para conseguir que volviese, dormí a Samuel, cené, vi un poco la tele y después me tumbé en la cama porque me estaba doliendo la tripa y estaba algo mareado. Y ahí ya fue cuando me quedé… dormido… viendo a… mi hijo.

Tras su relato, que había comenzado acelerado, casi de memoria, Ignacio rompe a llorar cuando revive el momento en el que vio a su hijo por última vez. Hunde la cara entre las manos y empieza a balbucear algo inentendible. Elísabet se queda mirándolo y duda entre si pasar una mano por su espalda para consolarlo o hacer lo que debe hacer alguien de su posición: no implicarse emocionalmente. Finalmente hace «lo que debe». Cuando Ignacio se calma un poco, le hace la última pregunta. Una que tiene que ver con el único elemento extraño de toda la secuencia.

—Perdone, señor Durán, ha dicho que se fue la luz durante un rato, ¿cuándo pasó eso exactamente y con qué frecuencia se va la luz en esta casa?

Los ojos de Ignacio se mueven a izquierda y a derecha con rapidez. Está pensando. Su frente se arruga. Elísabet se fija en la cantidad de venas rojas que tiene en la parte externa del globo ocular, algo propio del síndrome de ojo seco, frecuente en personas que pasan muchas horas frente al ordenador.

—El repartidor llegó sobre las ocho y media, dejé la pizza en el salón y en ese momento se fue la luz. No le di mayor importancia. Quiero decir, no es algo frecuente, pero ocurre de tanto en tanto, como una tormenta de verano. —Por la expresión atenta de la inspectora, Ignacio intuye que a pesar de no haberle dado importancia, ese hecho podría ser clave, aunque no tiene ni la más remota idea de por qué.

—Continúe, por favor. ¿Qué pasó luego?

—Supuse que habían saltado los diferenciales generales. Esta casa apenas tiene ventanas, con excepción de las del salón, así que no hay mucha luz natural, sobre todo en el pasillo y en el recibidor. Lo primero que hice fue localizar mi móvil para encender la linterna e ir en busca del cuadro eléctrico para revisar el diferencial general. Todo estaba en orden, no había saltado. Me

asomé por una de las ventanas que dan a la calle por si era un problema del suministro eléctrico, pero no era el caso, las farolas estaban encendidas. Luego abrí la puerta principal y vi que tanto en mi rellano como en la escalera había luz, eso me hizo pensar que el problema solo estaba en mi vivienda. Llamé a la compañía eléctrica para que me dieran algún tipo de solución y me dijeron que mi contador les aparecía apagado. Me preguntaron si lo había manipulado por alguna razón, y les respondí que obviamente no. Me dijeron que a veces los contadores eléctricos se paraban de buenas a primeras, que no le diera importancia, pero que para solucionar la incidencia tenía que reiniciarlo o esperar a que viniese un técnico. Y como ya se puede imaginar, me decidí por la primera opción. No me gusta dejar a Samuel solo, pero estaba en su cuna y fueron a lo sumo un par de minutos. No había peligro. Bajé corriendo a la planta baja, reinicié mi contador y volví a casa. Y eso fue todo. Tal vez fueron cuatro minutos, no más. La luz volvió de inmediato y pude cenar tranquilamente mientras Samuel cogía el sueño. —Ignacio hace un inciso para enjuagarse las lágrimas que ruedan por sus mejillas. Aparte del dolor de cabeza y el regusto amargo en el paladar, ahora también lo embarga una sensación extraña. Una sensación de no haber sido el padre que debía ser.

En ese instante, el procesador interno de la inspectora Bru que nunca se detiene hace un alto en el camino y arroja una posible respuesta: el repartidor de pizzas. Él se ha llevado al bebé. Eso explicaría también el dolor de estómago y la sensación de mareo de Ignacio Durán, por eso se durmió antes y con mayor profundidad de lo normal. Quien haya sido el que llevó esa pizza debió echarle algún somnífero y acaba de convertirse en el principal sospechoso.

8

ESCONDIDO

Precepto n.º 2. Las primeras experiencias son siempre las más difíciles de olvidar. Por eso la infancia es tan importante, está llena de primeras experiencias. Algunas serán buenas. Otras serán malas. Y en algunas ocasiones, serán trágicas.

—¿Podría describirme cómo era el repartidor, señor Durán?

—No era el que viene habitualmente. Este era un chico alto, joven, con una gorra deportiva que le tapaba media cara, más o menos como la mayoría de los repartidores de este país. Qué quiere que le diga, era un chico normal. ¿Cree que fue él? —Antes de que Elísabet responda y, solo con ver el rictus sombrío de la inspectora, Ignacio empieza a imaginarse la respuesta. Aprieta las mandíbulas y las venas rojas del interior de sus ojos aumentan de tamaño. Se dice a sí mismo que no es posible, que no puede haber sido el repartidor, que no es posible que haya sido él mismo quien haya dejado al lobo entrar en casa.

—Espere aquí un momento, señor Durán, necesito comprobar algo.

Elísabet se levanta del sofá y se dirige al cuarto de Samuel. Ignacio, que hace caso omiso a sus indicaciones, la sigue. La posibilidad que gana enteros en la cabeza de la inspectora es que apenas Ignacio salió de su casa para reiniciar el contador, el repartidor aprovechó para entrar con una llave que podría haber copiado con la técnica del *impressioning* o por medio de alguien cercano a las personas que tienen un juego de llaves. Después se ocultó, esperó a que tanto el bebé como su padre se quedaran dormidos y aprovechó para llevárselo. Pero el cerebro de la inspectora Bru necesita pruebas sólidas para corroborar su teoría, evidencias. Así que lo primero que se pregunta es cuál sería el lugar donde podría haberse escondido el repartidor. Lo más lógico sería ocultarse en la propia habitación del bebé, eso evitaría tener que recorrer parte de la casa para raptarlo, además de que así podría controlar mejor cuándo se dormía el niño. La inspectora no tarda en localizar al menos

un par de posibles sitios en la habitación de Samuel. Bajo la cama de noventa, cuyas sábanas estampadas con una alegre decoración espacial llegan hasta el suelo, y en el armario empotrado de cuatro puertas.

Elísabet observa que todo el cuarto está decorado con detalles y motivos espaciales. Las constelaciones de Escorpio, Taurus, Casiopea y Orión pueden verse entre algunas otras en el techo. Todos los embellecedores de los enchufes e interruptores tienen pegatinas con forma de estrellitas y astronautas. Sobre una pared hay un vinilo de un metro de alto y medio de ancho con un cohete espacial. La lamparita de noche tiene forma de media luna, y también hay una alfombra en cuyo centro hay una estrella fugaz. La inspectora se sobrecoge un poco porque ella también tuvo una vez una habitación en casa decorada de un modo parecido. El monstruo se acerca de nuevo hasta su ventana, y ella, antes de que la ansiedad crezca, prefiere no darle ni un metro de ventaja, se da la vuelta y le da la espalda.

Elísabet se asoma bajo la cama y al interior del armario. No ve nada fuera de lo normal, pero da la orden al resto de los policías y al propio Ignacio de que nadie entre en ese cuarto. Y en cuanto a la Científica, que aún están en la zona de la puerta, pasillo y recibidor, les pide que, aparte de revisar bien la cerradura para ver si pueden encontrar algún tipo de prueba de que alguien empleara el *impressioning*, se centren en el cuarto del bebé. Si la persona que se lo llevó se ocultó allí, es posible que haya dejado algún rastro. Por último les pide que revisen el contador eléctrico de la vivienda que hay en la planta baja. Si también fue el repartidor quien lo apagó para que Ignacio se quedase sin luz y tuviese que bajar a encenderlo, es posible que también haya dejado alguna huella.

Antes de darle paso a la Científica, Elísabet ve otra cosa en el cuarto de Samuel: un diminuto rastro de sangre cuyo inicio parece estar en el marco de la puerta, a una altura similar a la que tiene Ignacio. Sus ojos siguen ese rastro, se van directos al suelo y ve una hilera de gotas que siguen por el pasillo y luego se pierden por el resto de la casa. Eso hace que recuerde lo que Ignacio ha contado acerca de cómo se hizo la herida en la ceja: no tiene motivos para dudar de esa parte de la historia, aunque lo hubieran hecho los agentes Bernisz y Agulló. Aun así, ordena recoger muestras para hacer las comprobaciones pertinentes y poder descartar al padre como sospechoso. Luego comprueba que también es cierto eso de que, a pesar de estar en verano, el recibidor se queda a oscuras cuando se va la luz.

Solo necesita saber una cosa más para cerrar esta teoría y ponerse a trabajar en ella de verdad: comprobar si el repartidor vertió algún tipo de

somnífero en la pizza. «Alguien con un buen plan no se arriesgaría a que el padre del bebé estuviese despierto hasta bien entrada la madrugada, ¿verdad?», se pregunta Elísabet cuando Ignacio le pide permiso para ir al baño y cerrar la herida de su ceja. Todavía no ha dejado de sangrar, y los contornos están adquiriendo un tono pálido, un tono muerto.

Los cuatro agentes de la brigada de la inspectora Bru llaman, por fin, a la puerta. Y aunque no lo dice, y se prepara para recibirlos con una buena cara, Elísabet no puede evitar pensar que ya hace rato que deberían estar allí. Mientras suben, aprovecha para llamar al subinspector Ángel Císcar, contarle lo que ha pasado y pedirle que acuda a la calle Martí de inmediato. A continuación llama a la pizzería Domino’s para preguntar por el repartidor que se hizo cargo del pedido de la calle Martí, pero la respuesta que obtiene la desconcierta: en el programa informático de la pizzería no consta ningún reparto al señor Durán la noche anterior.

9

LA PIZZA

Cuando Ignacio sale del baño y regresa al salón, puede ver cómo la inspectora Bru parece haber montado allí su campamento base. Está hablando con los cuatro agentes de élite que Julio March le ha enviado. Son tres hombres y una mujer, impecablemente uniformados. A pesar de las horas, no muestran ni un ápice de cansancio. A simple vista gozan de una condición física impresionante, con la excepción de uno de ellos, que tiene algo de tripa. José Raya, Carlos Gallach, Eduardo Boj y Aitana Enguix saben que hasta que todo termine estarán a las órdenes de la inspectora Bru.

Esta resume el caso a sus cuatro subordinados y da las primeras directrices. La máxima prioridad es analizar al detalle la teoría que señala al repartidor de pizzas como principal sospechoso, por qué ningún vecino lo ha visto salir del edificio y, sobre todo, por qué en el programa de la pizzería no consta ningún reparto a la calle Martí. Todo ello sin olvidar lo que pueda encontrar la Científica, lo que puedan mostrarles las cámaras de seguridad de Bankia y lo que puedan averiguar de todo el círculo cercano a Ignacio y a su familia. Porque, aunque el repartidor sea la persona que se lo ha llevado, es posible que él solo sea eso, «un repartidor», alguien que lleva cosas a otro alguien. En este caso, un bebé.

Los cuatro miembros de la Brigada adoran trabajar con la inspectora Bru no solo porque los trata bien y se preocupa por ellos, sino porque es realmente buena en su oficio, y eso despierta un sentimiento de admiración y respeto. Piensa, decide y actúa rápido. La mayoría de los policías que ha trabajado con ella coincide en que es la jefa ideal, una de esas personas que hace sentir bien e importante al resto. Aunque la cruda realidad es que ser así no es del todo natural, no es gratis, requiere un esfuerzo continuo que, con el paso del tiempo, ha ido desgastando física y emocionalmente a Elísabet, quien también necesita una válvula de escape para no explotar. Ninguno de sus subordinados

sabe que, tristemente, lleva mucho tiempo al límite, demasiado, tambaleándose sobre el fino cable de acero que la separa del precipicio, un cable que se ha ido estrechando con los años y volviendo cada vez más inseguro y resbaladizo.

Ignacio escucha cómo la inspectora da la orden de ponerse a rastrear con urgencia los rincones más sucios de la ciudad en busca de alguien que haya podido oír algo; sus tripas se revuelven con solo imaginar que su hijo pueda estar ahora en un sitio así.

Quieren encontrar al repartidor de pizzas, pero también a las personas con las que debe colaborar; que ese chico quisiera al bebé para él es algo que de momento no contemplan. Y eso significa hacerles una visita a los peores delincuentes de los peores barrios. Eso implica pedir audiencia con las bandas y mafias de la ciudad, de las cuales tienen perfecto conocimiento, tanto de su actividad como de sus principales jefes y lugartenientes. Y eso implica emitir una orden para montar controles de vigilancia en carreteras, aeropuertos, estaciones de tren y estaciones de autobús. La idea es la de parar a todo aquel que lleve un bebé de aproximadamente siete meses en los brazos y ver si por casualidad tiene una pequeña marca de nacimiento marrón en la parte alta de la frente. Elísabet sabe que si la persona o personas que se han llevado al bebé tenían pensado huir de Valencia, podrían haberlo hecho ya, o todo lo contrario, podrían hacerlo cuando haya menguado la intensidad inicial del operativo policial, pero esa no es razón para no intentarlo, para que también exista la posibilidad de que estén huyendo justo en ese instante. La cuestión es que aunque todo apunte hacia el repartidor de pizzas, mientras no tengan una imagen de él ni sepan por dónde huyó, ni tan siquiera conste dicho reparto en la base de datos de Domino’s, el rastreo debe continuar de igual forma. No se plantea la posibilidad de que dicho reparto no haya existido ni que todo forme parte de una gran mentira por parte del padre.

Cuando Elísabet termina de dar sus instrucciones se dirige de nuevo a él. El semblante de Ignacio es más serio, pero también menos lacrimógeno. Ha escuchado cómo la joven inspectora apuesta por el repartidor como el principal sospechoso. Y lo cierto es que, tal y como ella lo plantea, y a falta de poder obtener algún tipo de prueba, es bastante posible que todo haya ocurrido como ella cree.

—Bien, señor Durán, como ya ha oído, pensamos que el repartidor podría haber aprovechado el momento en el que usted abandonó su vivienda para entrar con una copia de la llave. Después podría haberse ocultado y esperado a que tanto usted como su hijo se durmiesen. Sobre todo usted, que es quien

podría haberle causado más problemas. Eso me lleva a pensar que, de igual modo que esperó a que usted abandonase su casa para reiniciar el contador de la luz que él mismo habría apagado, también esperó a que se durmiese con relativa rapidez y profundidad porque también sabía que lo haría.

Elísabet hace una pausa y observa cómo el rostro de Ignacio se llena de ira. En ese momento, el exmédico de Cuidados Intensivos sabe perfectamente hacia dónde se dirigen los razonamientos de la inspectora, y la sola idea de que sean ciertos hace que sienta unas terribles ganas de vomitar. El repartidor sabía que se dormiría porque fue él quien hizo que se durmiera.

—Eso me ha llevado a pensar en la pizza. No solo no consta entre los pedidos que Domino's despachó ayer, sino que le dio dolor de estómago y se durmió antes de lo habitual. Si usted nos da su consentimiento, procederemos a tomarle una muestra de sangre para buscar restos de algún tipo de droga anestésica. También sería interesante analizar la pizza, si es que quedó algún trozo. Todo indica que ni la persona que vino ayer a su casa trabaja para Domino's ni la pizza que le trajo era lo que parecía.

Ignacio tiene la boca seca, le cuesta tragar saliva, le sorprende la rapidez mental de la inspectora Bru. Su capacidad de análisis y deducción en una situación de máxima tensión es admirable, en cierta manera le recuerda al trabajo en la UCI, donde hasta el más mínimo detalle debe ser tenido en cuenta porque podría ser crucial para salvar la vida de un paciente. Que le pusieran droga en la pizza tiene sentido, eso explicaría lo mareado que se sintió, el dolor de cabeza y el regusto amargo que siente ahora. Muy propios de los medicamentos anestésicos. Se odia de nuevo no solo por abrirle la puerta de su casa al lobo, sino por dejarse drogar por él. Debería haberse dado cuenta de que le habían suministrado un medicamento anestésico, él los conoce perfectamente de su etapa en medicina intensiva.

—Hagan ese análisis de sangre, por supuesto, y en la nevera hay un par de porciones que me sobraron, llévenselas también, faltaría más. —Ignacio lleva de nuevo su mirada hacia la nada. Los párpados le tiemblan y sus finos labios sufren pequeños espasmos que hacen que se retuerzan arriba y abajo. No hace mención al dolor de cabeza que siente ni al regusto amargo porque cree que, como médico, eso le haría quedar como un idiota. Ignacio siempre ha tenido miedo de que la gente lo vea como un idiota—. No puedo entenderlo, inspectora, ¿cómo ha podido pasarme algo así?, y por qué a mí, ¿eh? ¿Por qué?

—Señor Durán, no se culpe, nadie podía prever algo así. Por lo que sospechamos, el repartidor lo tenía todo muy bien planificado, le podría haber

pasado a cualquiera, créame. Más aún teniendo en cuenta la rapidez con la que ha hecho desaparecer cualquier registro del pedido que usted hizo anoche.

—Usted no lo entiende, inspectora, no lo entiende. —Ignacio mueve el cuello a izquierda y a derecha con energía, quiere negar la evidencia.

—¿El qué no entiendo?

—No sé si ha utilizado alguna vez un vigilabebés.

Elísabet tarda un segundo en responder. Niega con la cabeza. De nuevo esa ansiedad se agarra bien fuerte de su interior, porque ella sí llegó a tener un vigilabebés en casa, pero no lo utilizó. Los calambres estomacales vuelven con mucha violencia y hacen que, inconscientemente, su pared abdominal se ponga dura como una piedra.

—Esos trastos a veces transmiten ruidos extraños, ruidos que proceden de las tuberías, de las instalaciones generales del edificio, incluso de la casa de algún vecino. Las primeras veces que los oyes te asustas, pero cuando descubres que el ruido no procede de la habitación de tu hijo porque estás viendo a través de la pantalla que se encuentra perfectamente, empiezas a bajar poco a poco la guardia, te acostumbras y dejas de darles demasiada importancia, son ruidos que capta la unidad de vigilancia de algún lugar, así de sencillo, nada más. Así que bajas el volumen del vigilabebés cuando quieres descansar un poco.

A Ignacio Durán se le hace un nudo en la garganta. Localiza una botella de agua que hay sobre la mesa del salón y le da un trago. Es Vichy Catalán. No deja de sudar. La temperatura y la humedad están subiendo muy rápido, como su nivel de desesperación.

—¿Qué está queriéndome decir exactamente, señor Durán?

—Lo que le quiero decir es que lo oí, maldita sea. Oí a ese malnacido respirar en varias ocasiones a través del vigilabebés, pero pensé que eran ruidos sin más, así que le bajé el puto volumen al trasto para poder dormir un poco, ¿lo entiende ahora? Podría haber evitado todo esto, debería haberlo evitado, pero no lo hice, porque soy un mierda que nunca hace nada bien. —Ignacio habla entre lamentos. El llanto se apodera de él, la angustia que siente es indescriptible. Se siente culpable de lo que ha pasado, porque si hay algo que Ignacio se toma en serio son sus responsabilidades, y su hijo estaba bajo su entera responsabilidad. Podría haberlo evitado. No debió bajarle el volumen al vigilabebés. No debió quedarse dormido. No debió haber permitido que alguien se colase en su casa y se llevase a su hijo, lo más importante de su vida. El dolor, ese insoportable dolor interior, parece haberse puesto de nuevo en movimiento y estar creciendo más aún. Sin ser del todo

consciente, siente otra vez ese extraño y fugaz impulso de quitarse la vida. Como el que salta por la ventana de un rascacielos por miedo a morir quemado en un incendio.

No solo la inspectora Bru es testigo de la desolación y la desesperación de Ignacio, los cuatro miembros de la Brigada presencian la escena y ninguno de ellos, a pesar de su profesionalidad, se muestra ajeno. José Raya, el sevillano que ha echado barriga, aprieta los puños con fuerza. Aitana Enguix se lleva una mano a la boca, la historia del secuestro le está afectando más de lo normal. Eduardo Boj, que es el mayor de la unidad y ha visto de todo en la vida, contempla la escena con entereza y solemnidad, él ha visto cosas realmente feas en sus casi cuarenta años de servicio, empezando por el atentado que le causó quemaduras de primer grado en toda la espalda. Pero quien peor lo está pasando, aunque no lo transmita y la procesión vaya por dentro, es Carlos Gallach, el más joven. Se le ha encogido varias veces el lado derecho de la cara, el mismo en el que sufrió de niño una parálisis debido al enorme estrés al que fue sometido durante años por su propia madre. Aquello condicionó para siempre su carácter y el modo de relacionarse con los demás. Aunque también hizo que se centrara aún más en su gran virtud: el estudio del comportamiento de las personas. Prever sus movimientos y adelantarse a ellos es algo que se le da estupendamente bien. Es gran maestro de ajedrez y tiene una mente privilegiada, a pesar de que casi nadie lo sabe. La gente vive tan deprisa que acostumbra a pensar y a creer única y exclusivamente en aquello que tiene delante, en aquello que puede ver. No tiene tiempo para mucho más. Por eso luego llegan las sorpresas.

En cuanto son las siete de la mañana, la inspectora Bru se dirige a la oficina de Bankia para solicitar las grabaciones de las cámaras de seguridad del día anterior. Los cuatro agentes de su equipo ya han localizado a los propietarios de los otros dos negocios de la calle Martí que cuentan con cámaras de vigilancia exterior: una joyería y una *boutique* de ropa italiana. En estos momentos se están dirigiendo hacia sus propios comercios y no deberían tardar más de diez minutos en llegar.

A pesar de que nadie en el equipo de Elísabet lo dice, todos son conscientes de que ya han traspasado la barrera de esas cruciales seis primeras horas. Samuel podría estar a cientos de kilómetros. Las probabilidades de encontrarlo, aunque localicen al repartidor con rapidez y comprueben que fue él quien se lo llevó, acaban de derrumbarse estrepitosamente.

10

EL BANCO

Cuando la inspectora Bru sale de nuevo a la calle Martí queda deslumbrada por el fuerte impacto de los primeros rayos de sol. Amanece intenso en Valencia, y más para alguien con fotofobia. Siente dolor alrededor de las cuencas orbitales. Cada día que pasa es más sensible a la luz en general y a la radiación solar en particular, tal vez debido a su desordenado estilo de vida, que la descontrola internamente y hace que su percepción, poco a poco, haya dejado de ser lo que solía. A veces se siente como una persona de setenta años encerrada en el cuerpo de una de treinta y cuatro. Parece joven, pero algo en su interior le dice que ya no lo es, que el tiempo se acabó.

La temperatura está empezando a subir otra vez. Veintinueve grados y solo son las siete de la mañana. Se avecina un día de mucho calor, sofocante. Lo único bueno es que en pleno mes de agosto apenas hay tráfico, y eso se nota especialmente en el centro, donde lo habitual es el incesante y turbulento trasiego de coches y peatones que parecen dirigirse a ninguna parte.

Antes de cruzar a la acera de enfrente se encuentra con el subinspector Ángel Císcar. Acaba de aparcar su nuevo y llamativo coche subiendo dos ruedas sobre el bordillo. Elísabet observa con rapidez que tiene mejor cara que la última vez que lo vio, y eso la hace sentir bien, porque todo indica que al menos esa noche no ha tenido bronca con Rebeca. Así que se reafirma en su decisión de no haberlo molestado de madrugada, y eso hace que por un momento se sienta menos muerta por dentro.

El subinspector Císcar tiene el pelo ligeramente ondulado, con un estilo que se asemeja al del *David* de Miguel Ángel. No necesita ningún tipo de fijador para llevarlo siempre en su sitio, es un tipo de cabello grueso y poco sedoso, pero con un aspecto señorial, aristócrata. Su color es de un tono rubio similar al de la propia Elísabet, aunque con más brillo. Los dos policías tienen un ligero parecido. Incluso en la Brigada bromean con que si no serán

hermanos. No obstante, cualquiera que los observe con detenimiento no tendrá dificultades para ver que las diferencias entre los dos son evidentes. Ella tiene los ojos de un tono azul celeste, y los de él son marrón verdoso. Ella es alta para ser chica, y él, a pesar de ser casi de su misma altura, se considera bajo para ser chico. Bru tiene la cabeza con forma de lágrima al revés, más ancha en la zona de la frente que en la de la barbilla, mientras que la de Císcar es rectangular. El rostro de la inspectora es de rasgos estrechos: nariz estrecha, boca estrecha y frente estrecha, mientras que los de él son más bien anchos.

De camino al banco, ella le hace un resumen de lo sucedido y la teoría de que fue el repartidor de pizzas quien se llevó al bebé. Y lo único que hace Ángel, sin objetar nada, es sonreírle de esa forma que tan bien domina y que logra que ella se sienta por un segundo como lo que nunca ha pensado que es: alguien importante. Después roza su mejilla con delicadeza para quitarle ese mechón de pelo que siempre se le escapa, y ella no puede evitar sentirse un poco como una idiota, como la primera vez que quedó a solas con un chico. Y ese es justo el momento que Ángel escoge para decirle lo que más le importa a él:

—Gracias por haberme dejado dormir toda la noche, pero la próxima vez avísame antes, no me gusta que te enfrentes tú sola a este tipo de casos.

Elísabet asiente y se dice que la próxima vez hará lo que crea que tenga que hacer en ese momento.

En cuanto entran al banco, Ramón Castells, que es el director de la oficina, no duda en ofrecerse a colaborar. Invita a los dos policías a que tomen asiento en el cuarto de seguridad mientras revisa las grabaciones de las cámaras de vigilancia del día anterior.

En poco menos de cinco minutos, la inspectora Bru y el subinspector Císcar pueden ver cómo a las ocho y media de la tarde un joven vestido con la indumentaria de los repartidores de Domino’s Pizza que responde a la descripción física que les ha dado Ignacio Durán entra en el portal de su edificio. De momento, todo cuadra. Ya tienen una imagen más o menos decente del presunto secuestrador y la hora a la que llegó, aunque la definición de la cámara de vigilancia no alcanza para diferenciar los principales rasgos de la cara. Ahora solo falta ver a qué hora salió del edificio con Samuel entre los brazos y hacia dónde se dirigió.

El problema es que, tras revisar un par de veces a cámara rápida las grabaciones de las siguientes nueve horas y media, no encuentran ninguna imagen de ese repartidor saliendo del edificio.

Y tanto Elísabet como Ángel se preguntan: si no ha salido por la misma puerta por la que entró, en un edificio con acceso desde esa única calle, ¿dónde demonios está ahora? Elísabet vuelve a pensar en la idea de que todavía podría estar escondido en el edificio, y eso le hace pensar en los perros y en por qué no han llegado todavía.

—Los perros no están allí porque hasta que no terminen los de la Científica no te los puedo enviar. ¿Qué quieres, que se carguen todas las huellas y contaminen la escena? Te dije que te los enviaría lo más rápido que pudiese, pero no de inmediato. Las cosas no siempre son como a ti te gustaría que fueran, Elísabet. —La respuesta de Julio March es contundente.

El tono amable con el que le descolgó el teléfono a las cuatro de la mañana parece haberse esfumado, como era de esperar que sucediese antes o después. Su estado de ánimo es como una moneda que lanzas al aire: unas veces sale cara y otras sale cruz. Desde que se divorció ha ido a peor. Aunque el verdadero problema de su jefe es que no sabe separar lo profesional de lo personal. Cuando hay algún asunto personal de por medio, ese asunto domina su comportamiento. Y entonces la inspectora recuerda que él le propuso cenar ese sábado por la noche y que ella ni tan siquiera recordó responderle. Si el inspector jefe March está de mal humor es posible que haya algo personal detrás. La inspectora Bru se dice que debe cortar con sus encuentros esporádicos de inmediato, porque de lo contrario la cosa acabará mal. Él siempre quiere más. Como la mayoría de las personas a las que conoce. Piden, piden, piden. Pero rara vez dan. Eso hace que recuerde que esa misma tarde también había quedado con los chicos y chicas del centro de acogida. Así que tendrá que llamar para decirles que no puede ir. Y algunos se lo tomarán a mal. Sobre todo, Ric, ese chico malo e incomprendido al que tanto esfuerzo le ha costado que empiece a confiar en ella.

Lo siguiente que hacen es volver a llamar a la única pizzería Domino’s del distrito del Ensanche, pero en esta ocasión no preguntan por el pedido, sino por la persona concreta que, según las imágenes, hizo ese reparto. Tienen la vaga esperanza de que tal vez el chico pudiera haber olvidado registrar el envío en el programa informático. Pero esa esperanza se esfuma con rapidez cuando responden que tampoco tienen en nómina a ningún repartidor con las características de la persona que puede verse en los vídeos de seguridad. Lo siguiente que hacen es ampliar el radio de acción y preguntar en la franquicia de la cadena de pizzerías junto a la plaza de toros y en la del barrio de Monteolivete, las dos más cercanas a la calle Martí. Pero el resultado es el mismo. Oficialmente, ese reparto y ese repartidor nunca han existido.

11

LA BRIGADA DE HOMICIDIOS Y DESAPARECIDOS

José Raya, al que muchos conocen como Hacha, es natural de Sevilla y, a diferencia de lo que mucha gente piensa y de lo que muchas veces es, él no es ni *salao* ni chistoso. Tampoco tienes coleguis y nunca está para bromas ni saraos. Vive a la defensiva, podría decirse que la mayor parte del tiempo está de mal humor. Aunque la realidad es que José tampoco tiene muchos motivos para sonreír. Su vida no se parece en nada a lo que a él le gustaría que fuese, y tampoco se siente demasiado a gusto consigo mismo, pero hace lo posible por soportarlo y soportarse. Para él la vida es una sucesión de cargas que se han de aguantar y que tarde o temprano te terminan por aplastar. La inspectora Bru, que cree conocerlo bien, piensa que lo único que le pasa es que la vida no le ha sonreído demasiado hasta ahora. Así que siempre que puede lo empareja con su opuesto, que en lo laboral se traduce en su compañera Aitana Enguix. Ella es valenciana de pura cepa, de Onteniente, y siempre tiene una bonita sonrisa en el rostro o un gesto amable. Es posible que sea la única que le encuentra la gracia a los no chistes de José. Ella equilibra la balanza y evita que el fuerte carácter de su compañero lo arrastre hacia comportamientos y actitudes impropios de un policía de élite.

En el fondo, la inspectora Bru siempre está tratando de equilibrar las cosas de algún modo, no solo empareja agentes, sino muchas otras cosas, como los sentimientos o las emociones. Es algo que hace desde hace mucho tiempo y parece estar impreso en su código genético. Siente esa necesidad desde su yo más profundo y constituye la base de sus principios. Por eso trata en todo momento de hacer el bien, porque es consciente de que hay mucho mal en el mundo, y alguien tiene que hacer algo por mejorar el balance.

José tiene dos hijas en Sevilla viviendo con su exmujer, y Aitana lleva casi un año y medio intentando quedarse embarazada, ha empezado a tomar

hormonas y está más sensible que nunca. Tanto es así que casi se echa a llorar cuando su compañero ha empezado a subir el tono con el dependiente de la joyería de la que acaban de salir. Aitana se encuentra justo en ese punto en el que tal vez debería empezar a plantearse abandonar la Brigada de Homicidios y Desaparecidos y la UDEV, porque está demasiado sensible y porque anda todo el día llevándose inconscientemente las manos al abdomen, sobre todo cuando hay problemas o situaciones tensas. Es un acto reflejo que muchas mujeres desarrollan durante el embarazo; cuando perciben un peligro o amenaza en el horizonte, lo primero es proteger la vida que está creciendo en su interior. Es la fuerza de la naturaleza, y es imparable. Aitana aún no está encinta, pero en muchos aspectos hace tiempo que se comporta como tal. Ella nunca ha querido ser madre, eso es algo que ha tenido claro desde siempre, pero a veces las circunstancias, ciertas cosas que pasan, hacen que se produzca un radical cambio de opinión.

—¿Y se puede saber qué narices te pasa a ti? —pregunta José con el ceño fruncido.

—No me pasa nada, Hacha, es solo que hoy estoy un poco cansada.

—Aitanita, tú sabes igual que yo que ese tío era para darle de comer aparte y que estaba embobado. ¿Sí o no? ¿A quién se le ocurre tener cámaras sin grabar? —José tiene la voz ronca. Grave como el rugido de un oso. Sabe que a su compañera le pasa algo y está tratando de sacarle una sonrisa con sus no chistes, pero no le está funcionando. No se atreve a decirle abiertamente que le gustaría ayudarla en lo posible, que la aprecia y que no quiere verla triste.

—Sí, Hacha, lo que tú quieras, pero ahora lo que nos urge es encontrar a ese bebé, no discutir ni ponerse machito con dependientes a los que les sacas una cabeza y al menos cincuenta kilos.

José aprovecha el comentario de Aitana para echarle un vistazo a su propio perímetro abdominal, que ha crecido de un modo desproporcionado durante los últimos dos años. Nunca se ha preocupado por la estética. Jamás ha comido otra cosa que no sean carnes rojas, grasas y azúcares. Tampoco ha pisado un gimnasio ni se ha puesto ropa deportiva o ajustada. Pero, a pesar de todo eso, su condición física siempre ha sido óptima. Por eso nunca se ha fijado en si tenía más o menos barriga. Siempre ha destacado en lances de fuerza y de resistencia, es como un jabalí salvaje de ciento veinte kilos de carne magra.

Todo el mundo, tanto en las calles como en la comisaría, le tiene cierto temor a Hacha, cuya principal actividad deportiva es la tala de árboles, de ahí

su apodo. Una gruesa cicatriz en la cara, fruto de una fractura abierta en el tabique nasal cuando solo era un niño, y una descuidada barba de dos dedos de larga le confieren un aspecto aún más temible. José se adentra en la sierra de la Calderona no menos de tres días por semana y se pone a talar árboles compulsivamente con la sola ayuda de un hacha, un hacha grande, como él insiste en matizar. Siempre ha dicho que, si no fuese policía, sería leñador, que es su verdadera vocación y que no descarta dedicarse a ella a tiempo completo algún día. José tala árboles como actividad desestresante, como deporte, y como terapia contra su mal humor y sus múltiples problemas personales. Es su remedio para todo, lo hacía en Sevilla y lo sigue haciendo en Valencia. Un amigo suyo del SEPRONA le va informando de tanto en tanto de las zonas que van a ser o están siendo taladas como consecuencia de algún tipo de plaga y él aprovecha la situación para dar rienda suelta a su válvula de escape y no terminar siendo lo que no quiere ser, lo que más teme en el mundo: alguien como su padre. Porque si hay algo a lo que José le tiene miedo es a terminar por darle la razón a aquello de que la historia siempre se acaba repitiendo. En su caso, la historia que se repite es una mala historia. Una historia de tristeza.

Cuando llegan de nuevo a la altura del número 15 de la calle Martí, se encuentran con Eduardo Boj y Carlos Gallach; ellos sí parecen haber tenido suerte con las cámaras de seguridad de la tienda de ropa.

—El problema es que la imagen del repartidor tampoco es nítida, y la gorra de Domino’s tapándole media cara no ayuda, pero al menos sí se le ve caminar durante más rato, y según Carlos se aprecia un patrón al andar un tanto peculiar —dice el agente Boj con sobriedad.

Eduardo Boj conoce a una parte importante de la gran familia que constituyen las Fuerzas de Seguridad del Estado, tanto de la Policía como de la Guardia Civil, y todos lo llaman el Viejo por una razón más que evidente. Es muy viejo para ser un policía de élite, pero él insiste en que está bien, en que todavía le quedan unos cuantos cartuchos en la recámara y aún tiene unas cuantas cosas por hacer. Cosas importantes. Y nadie se atreve a discutirle, porque todo el mundo lo respeta. La inspectora Bru, siempre que las circunstancias lo permiten, lo trata de emparejar con Carlos Gallach, por aquello de mantener el equilibrio. Carlos solo tiene veinticinco años, y aparte de presentar evidentes secuelas de la parálisis facial que sufrió de niño, tartamudea al hablar; eso hace que casi nunca diga nada. De hecho, hay quien piensa que es mudo. El tartamudeo suele ser una proyección de otra cosa, como un problema neurológico, psicológico, una fobia o, como en el caso de

Carlos, una timidez extrema debido a lo que la gente suele ver cuando lo mira a la cara. Poca gente se detiene a mirar en lo que hay debajo de lo que se ve. Y lo que se ve, a simple vista, es su parálisis de Bell.

—¿Y cómo es ese patrón, Niño? —le pregunta Hacha con interés, pero el Niño mira al Viejo y le pide en silencio que conteste por él. No tiene un buen día, tartamudea más de lo normal, así que no tiene muchas ganas de hablar.

—Apenas balancea los brazos al andar, tiene el hombro derecho un poco más alto que el izquierdo y cada tres o cuatro pasos hace un movimiento extraño con la espalda, como si sacara pecho o algo así. Es posible que se deba a una manía, a alguna dolencia en la columna vertebral o, sencillamente, a que el chaval es así —dice Eduardo.

—¿Podemos saber quién es solo con eso? —En los ojos de José se ven las ganas de entrar en acción. De talar árboles o de dar caza a un secuestraniños. No puede evitar pensar en las dos hijas que tiene en Sevilla. En qué haría si alguien se las llevara. En lo que le haría a ese secuestrador. De pronto ya no se siente pesado, ni cree que tiene que empezar a cuidarse, se siente como ese jabalí salvaje que solo conoce una ley, la del más fuerte.

—Es posible, si el chaval es de la ciudad a lo mejor tenemos suerte, aunque intuyo que será difícil. Hablaré con algunos de mis contactos, tal vez Raimunda o Josele sepan algo.

Eduardo Boj, como otros policías que llevan mucho tiempo en el Cuerpo, tiene sus propios contactos fijos no oficiales. Personas con las que ha establecido un vínculo que no responde a ningún tipo de procedimiento ni de parámetro reglamentarios. La relación con cada contacto es única y diferente al resto. Carlos, en silencio, piensa en otro posible candidato. Alguien a quien el Viejo también ha ido a ver en alguna que otra ocasión y que alardea de conocer a todas y cada una de las personas que viven en su ciudad. Todos lo llaman el Gato, vive en Nazaret, uno de los barrios más desfavorecidos de Valencia, y realmente sí conoce a muchísima gente.

Cuando los cuatro agentes de la Brigada suben de nuevo al piso de Ignacio Durán, ven cómo la inspectora Bru supervisa minuciosamente el trabajo de la Científica. Tiene prisa por que acaben de una vez para que puedan enviarle los perros.

Cinco policías con una bata blanca de usar y tirar se afanan por encontrar huellas, tejidos y fibras que puedan conducirlos a la persona que se ha llevado a Samuel. Según el jefe de la Científica, las peores escenas son estas, en las que parece que no ha pasado nada, porque no saben por dónde buscar, así que lo buscan todo en todas partes y eso lleva tiempo. Al menos, puede

adelantarles algo importante que reafirma su teoría: han encontrado restos de aluminio en el interior de la cerradura, algo propio de la técnica del *impressioning*. Eso descartaría la posibilidad de que el repartidor se hubiese hecho con una copia de la llave a través del entorno de Ignacio. Y eso podría significar que, aunque lo conocen bien, los responsables de la desaparición de su hijo no son *a priori* personas cercanas a él.

Algo es algo.

Ignacio Durán está tirado en el sofá del salón con una infusión calentándole aún más las manos y parte de la cara. Tiene los párpados hinchados de tanto llorar, a su lado hay una mujer que rondará los setenta tratando de consolarlo con muy poca maña. Parece ser su madre.

Durante la última hora, Elísabet Bru y Ángel Císcar, con la ayuda de Ignacio Durán, no han dejado de darle vueltas a cómo podría haber escapado el repartidor con Samuel entre los brazos.

La inspectora Bru, en su fuero interno, todavía no ha descartado la posibilidad de que aún esté escondido en algún lugar del edificio. Pero debe volcar sus esfuerzos en lo más lógico, que es pensar que ha escapado de algún modo y por tanto ella debe encontrar cuanto antes la forma en la que lo ha hecho para tratar de seguir ese rastro. La buena noticia es que, tras hacer varias comprobaciones, creen tener una teoría más o menos firme acerca de cómo y por dónde podría haber escapado. Algo que no hace más que confirmar que no solo están ante alguien cuya planificación va mucho más allá de un simple secuestro exprés, sino también que es muy probable que ese alguien ya esté muy lejos de allí.

12

LAS COSAS QUE NO SE PUEDEN TAPAR
José Raya

José Raya está contento. Es viernes, el mejor día de la semana, y ese día en concreto, la partida al Spectrum 128k es en su casa. La última vez fue en casa de Esteban, y la anterior en la de Luis. Esteban se ha traído su nuevo *joystick*, y Luis, sus dos mejores juegos. La tarde se avecina apasionante. Pero lo que aún no sabe es que también será inolvidable.

Su madre ha preparado sándwiches para merendar, tal y como él le rogó. También ha puesto Coca-Cola a refrescar. Nada puede fallar. De fondo se oye a su hermana Rosa canturrear una canción de Los Chunguitos.

Primero empiezan con uno de fútbol: el Kick-off. Calientan las muñecas. Después siguen con uno tipo arcade: el Double Dragon. Entrenan la velocidad de sus movimientos. Y después se van a por el plato fuerte de la tarde, el que demanda una mayor coordinación óculo-manual, el rey de los juegos tipo *shooter*: Operation Wolf. Luis dice que los juegos de Taito son los mejores. Esteban se queda con los de Ocean. Y José siempre defiende los de Erbe. A nadie le gustan los juegos de Erbe, solo a él.

El ambiente está cargado. Los tres están en plena adolescencia y sudan más de la cuenta. Los sándwiches de Nocilla no ayudan. El exceso de azúcar sumado a la descarga continua de adrenalina ha convertido sus cuerpos en motores de combustión. Generan calor. Pero están felices, más que nunca, están juntos y ese es el único lugar en el mundo en el que quieren estar. ¿Se puede pedir algo más?

Un fuerte ruido los saca a los tres de la partida. Pero solo uno se gira. José puede imaginarse perfectamente lo

que está pasando a solo unos cuantos metros de su cuarto: su padre acaba de llegar otra vez borracho, cuando prometió que no volvería a pasar. Se está poniendo violento, cuando juró que nunca más lo haría. Su madre grita, su padre grita más.

José le cede el *joystick* a Esteban, que lo mira con tristeza. Luis agacha la cabeza y hace como que no se entera de nada. José sale de su cuarto y cierra, no quiere que sus amigos oigan lo que está pasando a solo unos cuantos pasos de distancia, aunque todos saben que hay cosas, y ciertos ruidos, que por mucho que se quiera no se pueden tapar.

En un extremo del pasillo está su madre. Se le ha empezado a hinchar un ojo y tiene el labio inferior roto. Le está suplicando a su padre que se marche de una vez, que los deje en paz, que ella no se casó con un hombre así, que sus hijos no se merecen tener un padre así.

José siente cómo algo parecido a un volcán explota en su interior. No puede soportar lo que está viendo, ni oyendo ni sintiendo. Sabe que no tiene absolutamente nada que hacer contra su padre, debe pesar como cuatro veces más que él, pero eso no importa, lo que importa es que su madre está sufriendo, su madre llora, y él tiene que hacer algo. Así que se acerca, aprieta los puños con fuerza y dice:

—Déjala en paz de una vez, métete conmigo si eres hombre.

Su padre se gira. Tiene los ojos rojos. El rostro desencajado. Su madre le dice que vuelva a su habitación. La voz de Enrique Salazar, vocalista principal de Los Chunguitos, se detiene en alguna parte de la casa. La música deja de sonar y, con su vacío, con su ausencia, todo se vuelve más dramático, más real. Su padre, por primera vez en mucho tiempo, está de acuerdo con su madre:

—Ya has oído a tu madre, vuelve a tu habitación. Esto no es asunto tuyo.

—No, sí que lo es. Y ya la has oído tú también, márchate de aquí y déjanos en paz.

Su padre suelta a su madre y trata de aclararse los ojos. Cuando está muy borracho le cuesta un gran esfuerzo abrir los párpados, más aún cuando no puede creer lo que está viendo y oyendo. Se acerca a su hijo y lo coge por una oreja. Para él, un hijo jamás debería hablarle así a un padre. Su madre grita que lo suelte, que no le haga

daño. Pero a pesar de los gritos, y del dolor, José no tiene ningún tipo de miedo, porque por encima del dolor y de la humillación hay algo allí que le importa mucho más.

—No te tengo miedo, ¿qué vas a hacer?, ¿pegarme? Vamos, atrévete.

Su padre se enfurece. Tira de la oreja izquierda de su hijo y levanta su puño derecho en alto. Es tan grande que casi tapa el contorno entero de la lámpara del techo; de pronto, José piensa en un eclipse total de sol. Se acabó la luz. Desafía a su padre con la mirada, en el fondo piensa que no se atreverá, nunca lo ha hecho.

Pero siempre hay una primera vez para todo. También para lo doloroso.

Su padre deja caer el puño con fuerza y lo golpea justo en el centro de la cara.

Lo golpea.

Lo golpea.

Lo golpea.

13

TEMBLAR DE MIEDO

Elísabet Bru y Ángel Císcar han hecho un rápido análisis de las posibles rutas de salida por las que ha podido escapar el repartidor. Son especialistas en eso. En pensar cómo pensarían las personas a las que persiguen, en detectar los puntos fuertes y débiles de un perímetro de seguridad. En localizar, abrir y cerrar todo tipo de puertas.

Tras descartar que saliera por la misma puerta por la que entró, después de haber revisado las cámaras de Bankia y sin saber todavía que dicha teoría se verá reforzada con lo que el Viejo y Carlos han podido ver en las cámaras de la tienda de ropa, lo primero que han contemplado es una vía de escape a través de las terrazas. El secuestrador podría haber subido a la terraza del edificio para después saltar a las de otros edificios contiguos y terminar saliendo a la calle por el portal de otro inmueble de esa misma manzana.

El barrio de Gran Vía forma parte del distrito del Ensanche, ideado a finales del siglo XIX para permitir el gran crecimiento que estaba experimentando la ciudad expandiéndose más allá de sus antiguos muros. Y esa planificación dio lugar a una trama de calles perfectamente rectas y delineadas, con grandes manzanas cuadradas muy similares en dimensiones, tanto es así que, vistas desde el cielo, parecen piezas de Lego. Pero lo que a la inspectora Bru y al subinspector Císcar les interesa es que esa cuadrícula supone un montón de piezas de Lego por las que saltar de una a otra, pudiendo recorrer una distancia considerable por las terrazas. Además, no sería la primera vez que inician una persecución por esa vía.

Tras echar un vistazo a las calles que delimitan el perímetro de dicha manzana —Conde de Altea, Burriana, Maestro Gozalbo y, tangencialmente, la avenida del Reino de Valencia—, han llegado a la conclusión de que, si el secuestrador ha podido llegar a hacer algo tan bien planificado, no habrá sido tan descuidado como para no saber que en todas esas calles hay negocios con

cámaras de vigilancia que podrían haberlo grabado saliendo con un bebé en brazos. Así que aparcan la idea, y se dicen que, si no ha sido por arriba, habrá sido por abajo, por el subsuelo.

Valencia es una de las ciudades con una red de túneles, colectores, acequias y otro tipo de vías subterráneas más grandes de España. Prácticamente toda la ciudad se asienta sobre un lecho de cemento bajo el cual se estima que hay unos mil quinientos kilómetros de redes de diferente naturaleza y por las cuales cabe perfectamente una persona. Hay miles de pasadizos cuyo origen o sentido ni siquiera se recuerda, más de trescientos refugios que se construyeron durante la Guerra Civil, decenas de búnkeres antibombas, una red de metro en continuo crecimiento y el alcantarillado de la tercera ciudad más habitada del país, pero, sobre todo, hay algo más que la diferencia del resto de las ciudades: cientos de kilómetros de acequias y azudes.

Desde la Edad Media, en la época musulmana de la ciudad, el agua del Túria se empezó a utilizar para dar alimento a la extensa huerta que rodeaba a la urbe. Valencia era una isla de cemento en medio de un océano de abundante tierra fértil, hortalizas, legumbres, cereales y árboles frutales. Algo que definiría durante siglos su economía y su estilo de vida, su identidad.

Ocho grandes acequias nacen del río Túria para abastecer de agua al perímetro agrícola de la ciudad. Estas se fueron ramificando en vías cada vez más pequeñas, dando lugar a un inmenso entramado subterráneo cuyo alcance se extendía hasta las comarcas de L'Horta Nord, L'Horta Sud y L'Horta Oest.

Elísabet Bru y Ángel Císcar, como la mayoría de los valencianos, conocen la existencia de esa increíble red de canales que se extiende bajo sus pies, aunque no así el recorrido, utilidad real o dirección de muchos de ellos. Porque la mayoría de esas acequias se encuentran en desuso en la actualidad. El famoso Plan Sur del 69, que desvió el cauce del río Túria para sacarlo de la ciudad y evitar nuevas inundaciones como las de las grandes riadas, hizo que murieran la mayoría de las arterias que partían de ese cauce. Y ese es el motivo de la complejidad que tiene una huida o persecución por esa vía. Nadie sabe ya lo que hay bajo la ciudad ni lo que se esconde en la más completa oscuridad. No hay mapas ni señales con los que orientarse allí abajo, ni tan siquiera hay luz. Solo problemas.

Así que, si el repartidor ha huido por ahí, es prácticamente imposible saber qué ruta ha seguido a no ser que encuentren a alguien con amplios conocimientos en la historia hidrológica de la ciudad. El subsuelo de Valencia es un auténtico laberinto con múltiples entradas, salidas y vías muertas por

donde perder los nervios, la paciencia y la esperanza. Pero al menos, si consiguen saber que el secuestrador de Samuel lo ha utilizado para escapar, será un paso importante para acercarse un poco más a él, porque significará tres cosas:

Que es alguien que conoce mucho mejor que la mayoría esa red de acequias, y eso implica que, a su vez, debe conocer a alguien que lo haya asesorado de algún modo.

Que tal vez, hablando con el Tribunal de las Aguas de Valencia, constituido por los nueve mayores expertos de la ciudad en esa red de acequias, consigan establecer las posibles rutas de huida. Y eso implica que podrían tener acceso a un listado de los lugares de destino a los que habría llegado. Y ahí podrían seguir un débil rastro.

Que es posible que alguien de la Unidad de Subsuelo de la Policía Nacional, encargada de velar por la seguridad subterránea de la ciudad, lo haya estado ayudando. Y en ese caso se encontrarían con un problema serio, porque implicaría que la persona que se ha llevado a Samuel tiene amigos importantes. Y amigos grandes, problemas grandes.

Cuando la inspectora Bru y el subinspector Císcar inspeccionan cada metro del sótano del edificio número 15 de la calle Martí y encuentran una tapa de alcantarilla con evidencias de haber sido movida recientemente, llegan a la conclusión de que, en efecto, es más que probable que esa debe haber sido la vía de escape.

Ahora solo falta saber qué ruta ha seguido y quién lo ha estado ayudando.

Nadie habla de si Samuel estará bien o mal en esos momentos. Todos dan por hecho, o tal vez no se atreven a pensar en ninguna otra opción, que, lo tengan donde lo tengan, se encontrará bien. Todos menos la inspectora Bru, que últimamente lo ve todo más oscuro de lo normal y no puede sacarse de la cabeza una terrorífica posibilidad más, una cuya historia viene de muy lejos. Piensa en los llamados «restos humanos sin identificar», en la forma de la muerte de algunos de ellos, sobre todo los pertenecientes a los más pequeños, algo que nunca se ha hecho oficial. También vuelve a recordar a aquel a quien todo el mundo llamaba el Ogro cuando ella solo era una niña y de quien se decía que era un asesino de niños. El mismo que, con tan solo siete años, se la intentó llevar a ella y cuyas características se parecían mucho a las de las figuras folklóricas del Sacamantecas, el Hombre del Saco o el Saginer en Valencia. Empieza literalmente a temblar de miedo. Tras sentir otra vez esa molesta sensación de oquedad interna, de caracol muerto, Elísabet pide permiso para ir al baño porque su estómago no solo se está estrangulando a sí

mismo, sino que parece haber empezado a escalar por su garganta. Va directa a la taza del váter, levanta la tapa con prisa y vomita.

Al subir la cabeza para coger algo de aire, ve que la porcelana blanca está manchada de sangre.

Y entonces, tras sentir un potente escalofrío interno, piensa: «A lo mejor no soy un caracol muerto, a lo mejor es que me estoy muriendo de verdad».

14

VÍCTOR ISRAEL

Son aproximadamente las nueve de la mañana cuando se marcha la Policía Científica y llegan los perros de rastreo. Izan Ansotegi, uno de los mejores adiestradores de la Policía, trae consigo a sus dos mejores *agentes*: Guante y Saco. Dos pastores belgas malinois de tres años que no tardan ni diez minutos en certificar que, efectivamente, el rastro de Samuel se pierde por la tapa de alcantarilla que hay en el sótano del edificio número 15 de la calle Martí. A la pregunta de Elísabet de si los perros podrían seguir ese rastro más allá de esa alcantarilla, Izan Ansotegi responde:

—No. No pueden. Ahí abajo hay muchos olores y muy intensos, no solo perderían el rastro en unos pocos metros, sino que podrían conducirnos a un rastro falso. Y a ti no te gusta la información equivocada, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Ansotegi.

—De todas formas se puede intentar. Si alguien puede hacer algo así, esos son Guante y Saco, aunque si tienes otra opción, yo te la recomendaría antes que esta.

Elísabet asiente y le contesta al adiestrador que se fía de su criterio y que está de acuerdo en que lo último que necesitan es seguir un rastro falso. Se dice que hay otras formas de lograrlo, y es hablando con las personas que mejor conocen las tripas de la ciudad.

La inspectora Bru organiza a su equipo para continuar buscando a Samuel sin perder ni un segundo. El subinspector Císcar, siempre tan atento, tan galán y tan dulce, parece haberse dado cuenta de su malestar físico y mental, y cuando tiene ocasión aprovecha para coger su mano y apretarla con fuerza, luego le frota la espalda con delicadeza. Ninguno de los dos dice nada, pero eso, como en otras ocasiones, la tranquiliza sin saber muy bien cómo. Ángel es terriblemente bueno en echarle un poco de agua al fuego aun cuando todavía no se aprecian ni las primeras llamas.

El Viejo insiste en proponer las dos primeras opciones en las que pensó para tratar de identificar a la persona que se ve en las grabaciones de seguridad de Bankia y de la *boutique*: hacerle una visita a Raimunda, de los Bloques Portuarios del barrio del Cabanyal, o a Josele, del barrio de La Fuensanta. Son dos de los delincuentes que más años llevan en activo en la ciudad y a los que el Viejo conoce muy bien. Es posible que hayan oído algo porque sus tentáculos llegan a todos los estamentos y rincones de la sociedad.

Pero el Niño sigue pensando que la mejor opción es hacerle una visita al Gato, del barrio de Nazaret. Además, el Gato también ha tratado con el Viejo en más de una ocasión, así que no tendrían por qué tener problemas para acceder a él.

La inspectora, tras valorar las propuestas de ambos policías, se decanta por la opción que plantea el más joven de su unidad. En sus adentros piensa que por esa misma razón lo emparejó con el más antiguo de todos. La experiencia de Eduardo está muy bien, pero la visión de Carlos es un soplo de aire fresco, es la chispa que necesita esa sabiduría de Eduardo que, muchas veces, parece marchita. Así que irán al último rincón de Valencia, a la espalda de la ciudad.

Hacha y Aitana se pondrán en contacto con alguno de los miembros del Tribunal de las Aguas. Son gente mayor, agricultores valencianos con una sabiduría tan grande como grandes son los callos que surcan su piel de arriba abajo.

El subinspector Císcar, a petición propia, se pondrá en contacto con la Unidad de Subsuelo de Valencia y coordinará con ellos una búsqueda bajo tierra con todos los efectivos de los que dispongan. Una búsqueda que dependerá en gran medida de la información que puedan conseguir Hacha y Aitana. La Unidad de Subsuelo conoce a la mayoría de los delincuentes que utilizan parte de dicha red para operar, tal vez haciendo algunas preguntas puedan obtener algo de información útil. O tal vez puede que hayan visto u oído algo.

Y por último, diferentes patrullas de la Policía Nacional rastrearán los barrios más conflictivos de la ciudad en busca de alguien con ganas de soltar la lengua. A veces, agitar el panal es la forma más fácil de dar con la abeja reina.

Los agentes Agulló y Bernisz, que fueron los primeros en acudir tras la llamada de Ignacio, no han recibido ninguna orden más porque ellos no pertenecen a la UDEV, así que se irán a descansar y después, si acaso, podrán formar parte de las patrullas encargadas de rastrear los barrios peligrosos. Se

dirán a sí mismos que han cumplido, que han obtenido la dosis de realidad que andan buscando cada vez que salen a patrullar. Que han estado a la altura a pesar de un inicio dubitativo, y que puede que la inspectora Bru cuente con ellos como ayuda extra para formar parte de su equipo. De hecho, Francesc Agulló se ha ofrecido directamente en varias ocasiones, sin ningún tipo de indirecta ni filtro. Incluso le ha dado su teléfono a la inspectora y casi le ha suplicado que le deje formar parte de su equipo más cercano. Sabe que no puede incluirlo ni en la Brigada ni en la UDEV porque ese proceso de selección no depende de ella, pero está facultada para pedir la colaboración de alguien concreto para una investigación concreta, y él quiere ser ese alguien. Han disfrutado con la experiencia y se han sentido realmente importantes, sobre todo Francesc, quien ha visto en ese caso su gran oportunidad. Esa que lleva tanto tiempo esperando. La oportunidad de demostrar que vale, que también puede llegar a ser alguien admirable.

La inspectora Bru, por su parte, se dará un pequeño respiro después de estar casi toda la noche en vela. Se irá a casa, se dará una ducha relajante y abrirá un poco esa válvula por la que deja escapar tanta tensión acumulada. La ansiedad creciente, la oquedad interna, y ahora la sangre con la que ha manchado la taza del váter de Ignacio Durán hacen que piense en hacer una llamada, *esa* llamada. Porque no solo se siente mal, o vacía, se siente muy sola. Se siente con más ganas que nunca de escapar.

Pero justo cuando todos los policías van a salir del piso de Ignacio Durán, llega alguien al que no esperan, alguien que está muy enfadado y que los entretendrá un buen rato más con sus preguntas y sus reproches. Esa persona se llama Víctor Israel, es teniente de la Guardia Civil, concretamente de la UCO, y es el encargado desde hace más de diez años de comandar cualquier búsqueda relacionada con una desaparición de alto riesgo, o al menos de colaborar en la investigación. Por mucho que le intentan explicar que todo ha sido muy rápido y que no han tenido tiempo de dar aviso a la Guardia Civil, no entiende por qué ninguno de esos policías ha tenido la delicadeza de decirle algo. No le vale ningún tipo de excusa ni de explicación.

Se ceba con la inspectora Bru, que es quien está al mando y con quien ya ha coincidido en alguna otra ocasión muy de pasada, aunque más en el terreno administrativo, de intercambio de expedientes y otro tipo de documentación que durante el transcurso de una investigación conjunta.

Elísabet apenas se justifica, se calla. Está demasiado cansada para discutir, su cabeza solo piensa en desconectar por un rato, no puede más. Aunque su silencio también se debe a que sabe que el teniente de la UCO tiene parte de

razón. Pero es Julio March quien debería haber dado parte a la Guardia Civil, y no ella. Puede imaginarse perfectamente a su inspector jefe olvidándose a propósito de hacer esa llamada a «los verdes», como él los llama. Y a Bru le molesta tener que pagar las consecuencias de las intenciones personales de alguien. Él no le ha enviado los perros con rapidez porque ella no le respondió a su petición de cenar juntos, por mucho que se excuse con lo de que podrían contaminar la escena del crimen. Y si tampoco ha querido avisar a la Guardia Civil cuando debía es porque él y el jefe de la UCO mantienen una extraña rivalidad que hace que estén siempre compitiendo por ver quién resuelve más y mejores casos.

Víctor Israel, que a nadie le pasa desapercibido que emana olor a alcohol, tiene sus más y sus menos con José Raya, quien no se amilana ante la impotente figura del teniente de la UCO. Incluso llegan a darse un par de empujones. El agente Francesc Agulló, que todavía no se ha marchado a montarse la fiesta con Yolanda, también le enseña los dientes. Y Víctor, que parece poder con todos y no tenerle miedo a nadie, no deja de soltar exabruptos como «Me cago en mi puta madre», «Me cago en Dios», o «No me toquéis más los cojones porque al final me vais a hacer enfadar de verdad, pandilla de inútiles». Víctor mide un metro noventa, tiene cuarenta y dos años, el pelo moreno corto y engominado, y una perilla tupida en su base y fina por sus extremos que le da un aire muy macarra. Además, sus brazos y sus manos son tan grandes como la imaginación de un niño de ocho años con pánico a los monstruos y a los gigantes.

Elísabet, que a cada minuto que pasa se encuentra más cansada y pesada, entiende el enfado del teniente Israel, pero eso no significa que esté dispuesta a pasar por el aro que le acaba de enseñar: quiere, ni más ni menos, que empiece otra vez la investigación desde el principio. Quiere restructurar la búsqueda de Samuel y pide que nadie mueva un dedo hasta que él dé su conformidad. Y ahí es donde Elísabet, a pesar del profundo malestar en el que está sumergida, de llevar días y semanas caminando sobre el alambre y de haber tenido que dar lo mejor de sí durante las últimas horas, se planta y dice que no piensa retroceder ni un milímetro, porque por encima de los egos, los errores y las opiniones de cada uno de ellos, hay un niño que lleva ya más de diez horas desaparecido, y eso es lo único que le importa.

—La investigación no puede volver a empezar de ninguna de las maneras, teniente Israel, lo siento mucho, pero si tiene algo que objetar hágaselo saber a mi superior. Y no pienso discutir nada más al respecto.

Tras hablar acaloradamente durante al menos quince minutos más, Víctor Israel da parcialmente su brazo a torcer. No se anularán las directrices de búsqueda que acaba de impartir la inspectora Bru, pero a partir de ese momento no se hará nada ni se dará ningún paso sin que él lo sepa y esté conforme. También podrá estar presente en las diferentes actuaciones de la inspectora y su equipo, empezando por la que están a punto de acometer los agentes Boj y Gallach en su visita al Gato, en el barrio de Nazaret. Y tendrá acceso a toda la información que obtenga cualquier miembro de la Policía Nacional. Víctor Israel puntualiza la necesidad de averiguar de forma prioritaria cómo demonios el repartidor se las arregló para llevarle una pizza a Ignacio Durán cuando los registros de la pizzería dicen que nunca fue pedida, aunque el cliente asegura haberla encargado por teléfono. También urge a investigar cómo el secuestrador sabía que en el sótano había una tapa de alcantarilla por la que poder escapar, eso sin olvidar que, si utilizó el *impressioning* es porque ya había estado allí en al menos dos ocasiones más, una para introducir las tiras de papel de aluminio y otra para recogerlas. En cualquier caso, tiene claro que él u otra persona cercana a él deben haber estado en el edificio con anterioridad. Nadie se opone a que el propio teniente se haga cargo de investigar dichas cuestiones, que las destina de inmediato a sus dos mejores agentes. Según él, sus rastreadoras. Laura Sabater y Carolina Micó.

Después de esa tensa discusión, todos los policías abandonan el piso de Ignacio Durán, que no tarda en despedir también a su madre, al menos por un rato. Necesita calma, un poco de soledad. Está emocionalmente deshecho y no para de pensar cosas horribles acerca de lo que le podría estar pasando a su hijo, porque él sabe que a veces pasan cosas trágicas, fatales. Siente de nuevo ese impulso de saltar al vacío para esquivar el abrazo del fuego. Y se dice que no lo va a poder soportar durante mucho más tiempo. Se dice que, si Samuel no aparece, todo dejará de tener sentido.

15

LA NATURALEZA ES SABIA

La inspectora Bru tarda algo más de veinte minutos en atravesar en coche la avenida Peris y Valero, cruzar el antiguo cauce del Túria por el Puente del Ángel Custodio, continuar recto por Eduardo Boscá, seguir por Cardenal Benlloch y Clariano, y salir de Valencia ciudad para llegar a su casa, ubicada en la huerta de Alboraya, un municipio de la comarca de L'Horta Nord muy próximo a la playa.

Para acceder a la alquería en la que vive, que está rodeada de huertos de chufa, tomates y alcachofas, tiene que atravesar por senderos y caminos rurales el manto multicolor que conforman los casi tres kilómetros de campos y huertos en los que pueden verse y olerse algunos de los frutos y de las flores más emblemáticas de la ciudad. Elísabet siempre aprovecha ese momento para bajar las ventanillas y dejarse invadir por esas intensas fragancias que lleva oliendo desde niña. Que la atan a esa tierra y que la hacen sentir en casa. Valencia siempre ha sido una ciudad de olores y de colores, pero en la huerta lo es más.

La inspectora Bru vive en una alquería con más de ochenta años de historia, y como todas ellas, tiene su propio nombre: L'Alquería de Bru. Fue un regalo de su padre, Álvaro Bru, quien a su vez también lo heredó de su padre. Tiene las principales características de este tipo de construcciones: un conjunto de dos o tres edificaciones rodeadas por una gran extensión de terreno, y para alguien con el estilo de vida de Elísabet, le ofrece justo lo que necesita: tranquilidad y silencio. Las alquerías, junto con las barracas, son los dos tipos de vivienda que los labradores de Valencia, en la época en la que todo era huerta, construían para vivir y trabajar la tierra. También era la época en la que vida y trabajo eran términos inseparables e intercambiables.

La inspectora aparca su Toyota Prius bajo el cobertizo de teja mora que hay en la parte posterior del edificio principal, justo enfrente de la antigua

cuadra. Cuando el motor híbrido se apaga, y antes de salir del coche, siente cómo ese pequeño depósito interior que le permite funcionar tiene cada vez menos cabida. Es como si estuviese agujereado y cada día se le acabase antes la gasolina. La noche ha sido larga, y algunas emociones se han depositado precisamente en su herida, en su gran herida. Necesita más que nunca respirar, darse la vuelta y mirar un poco hacia ese otro lado, el opuesto al de su realidad, al de su vida. No deja de ver el rostro de Samuel en su cabeza, no deja de pensar en cómo será el rostro de la persona que se lo ha llevado, más allá de esa imagen difuminada que han conseguido captar las cámaras de seguridad.

Antes de irse a descansar, se dice que no estaría de más hacer algo lúdico para variar y se dirige a lo que un día fue la capilla, un edificio secundario donde tiene su particular patio de recreo, un improvisado taller de escultura. Allí moldea rostros con arcilla. Justo cuando va a abrir la puerta, se detiene un instante al ver a unos quince metros las figuras de Josep y Miquel, los dos labradores que tiene contratados para el cultivo de unas tierras que apenas le dejan beneficios, pero que le permiten mantener con vida una huerta con cientos de años de historia y, de paso, darles un trabajo a dos personas que lo perdieron todo en la crisis de la burbuja inmobiliaria.

Los dos se han quitado la camiseta y se la han enrollado en la cabeza para protegerla de un sol que a esas horas de la mañana ya empieza a ser insoportable. Sus cuerpos, con el tronco inclinado hacia delante y la frente muy próxima a la tierra, se asemejan a lo lejos a un compás de dibujo técnico. Elísabet los saluda con un gesto y ellos le devuelven el saludo con timidez, como siempre.

La antigua capilla es ahora un espacio diáfano lleno de humedades entre cuyas gruesas paredes, sobre estanterías de madera de un metro y medio de alto, pueden verse los más de cincuenta bustos de terracota que Elísabet ha moldeado. Forman parte del incesante y obsesivo estudio del rostro humano que desde hace años lleva a cabo. Los bustos incluyen solo la cabeza y el cuello, miden aproximadamente unos cuarenta centímetros de alto por unos veinte de ancho, y están muy lejos de ser perfectos. Elísabet Bru no es Lorenzo Bernini ni mucho menos. Las esculturas no están hechas con detalle, incluso sería difícil que alguien pudiese reconocer la identidad de la mayoría de los representados, pero lo importante no es eso, lo importante es lo que transmiten, lo que expresan. Es su particular museo del crimen. Uno en el que trata de recoger las diferentes formas de maldad que conoce el ser humano y su posible relación con el rostro de las personas que la ejercen. De entre

todos, hay dos que tienen reservado un lugar especial. Uno es aquel a quien llamaban el Ogro, el mismo que se la intentó llevar a ella de pequeña y de quien se decía que asesinaba a niños. Pero su imagen ha estado siempre en un continuo ir y venir de formas porque Elísabet apenas lo recuerda bien, era muy pequeña, lo único que recuerda es que cuando le vio la cara, no vio al monstruo que esperaba. El otro que ocupa un reservado especial está cubierto por una sábana blanca, porque a ese sí pudo verlo bien y, por norma general, no le suele apetecer verlo otra vez: es el del Estrangulador del Jardín Botánico, la persona que tanto le quitó y que le dejó su vida rota.

Se sienta frente a su mesa de trabajo y coloca un nuevo bloque de arcilla en el centro. Le quita el envoltorio de plástico y, cuando está frente a él, cierra un momento los ojos para evocar el rostro que quiere empezar a crear, el que ha sido capaz de arrebatarle un bebé de siete meses a su padre. Pero rápidamente percibe que no está en condiciones. Demasiado cansada y apagada, demasiado intoxicada de tensión, de malos humores, de malas palabras. Y se dice que necesita otra cosa, desconectar de otra forma. Como siempre que se encuentra tan cansada, se acuerda de su madre, y se vuelve a preguntar por enésima vez por qué se tuvo que marchar tan pronto, por qué la abandonó en este mundo de locos. Luego se acuerda de Pau, su exmarido. Lo mucho que se amaron, lo mucho que se prometieron, lo mucho que perdieron.

Un par de espesas lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas. Y antes de que la cosa vaya a más, se levanta. Envuelve de nuevo el bloque de arcilla y lo guarda en el frigorífico para evitar que se seque. La arcilla y el aire valenciano en verano no se llevan bien.

Sale de la capilla y va al edificio principal de la alquería. Entra en la *llar*, la estancia central, y pone el aire acondicionado a veintiún grados.

Coge el teléfono y sin ni siquiera pensarlo, como la mayoría de las veces que lo hace, llama a Brandon. Y como suele ocurrir, él tarda en responder, tal vez piense que así resulta más interesante.

—Hola, Elísabet, hacía tiempo que no sabía nada de ti.

Ella resopla. El sudor ha cesado gracias al aire acondicionado, y ahora percibe cierto frío en axilas y cuello, su estómago está tranquilo, habrá que ver qué sucede cuando coma algo.

—¿Puedes venir?

—¿Ahora?

—Sí, por favor, ahora.

—No es un buen momento para mí.

—Te pagaré el doble.

—No es por eso.

—Pues entonces te pagaré el triple.

—Nunca vas a cambiar, ¿verdad? Cuando dices ya, tiene que ser ya.

—Es así como funciona, y a ti no tengo por qué darte explicaciones.

Brandon suspira. Elísabet se arrepiente al instante de lo que ha dicho.

—De acuerdo, pero después tendremos que hablar de algo.

—No hay problema.

—Tardaré unos veinte minutos.

—Me parece perfecto.

Brandon carraspea y cuelga sin decir nada.

Elísabet se toma un Lexatin y se sienta en el sofá a esperar a que Brandon llegue. Pero antes de eso recibe un mensaje en el móvil. Es de su padre, y le dice que no se olvide de que al día siguiente, domingo, es el cumpleaños de su hermano. Que no se olvide de ir, matiza.

Y eso no hace más que ponerla todavía más nerviosa.

A continuación, recibe un segundo mensaje de su padre, este es de otra índole:

«Adivina adivinanza: la naturaleza es sabia».

El mensaje pertenece al particular juego al que padre e hija llevan jugando desde que Elísabet era una niña: figuras retorcidas. Un juego que empezó justo después de que el Ogro se la intentara llevar. Apenas recuerda lo sucedido, solo que la metieron en el maletero de un coche tras las palabras «No voy a hacerte daño». Y lo siguiente que recuerda es a su padre abrazándola con todas sus fuerzas tras rescatarla de los brazos del Ogro. Pasados los días, ella le preguntó por qué a ese hombre que había intentado llevársela lo llamaban así, cuando su cara no se parecía en nada a la imagen que mostraban de ese ser en las películas, a menudo con los rasgos prominentes y grotescos; su rostro solo era el de un hombre, nada más. Su padre, siempre tan preocupado por su educación y por hablarle más como a una adulta que como a una niña, le explicó que el lenguaje puede ir mucho más allá del uso que se le da habitualmente. A veces adquiere una forma o estructura distinta a la utilizada a diario con el fin de enfatizar o destacar algo que se desea transmitir, o simplemente como forma de embellecer las frases variando el orden de las palabras. Le explicó que a esas distintas formas de modificar, moldear y jugar con las palabras se las llama «figuras literarias» o «retóricas», aunque ellos dos siempre se refirieron a su juego como «figuras retorcidas», haciendo alusión a las continuas equivocaciones que cometía Elísabet cuando quería mencionar alguna de ellas. Su padre le explicó todo

eso para que ella entendiese que un ogro, o un monstruo, no tiene por qué dar miedo a simple vista, ni tampoco tener unas características determinadas, ni siquiera tiene por qué ser una persona. Un ogro, en realidad, es un símbolo, una representación de una idea concreta, en este caso, una idea de lo malo, del terror más profundo, de la maldad humana. Y los símbolos son una de las formas expresivas más importantes que existen. A la persona que intentó llevársela la llamaban el Ogro por lo que representaba: un hombre muy malo.

«Prosopopeya», se dice la inspectora Bru. Esa es la figura literaria que ha empleado su padre en la frase que le ha enviado, y se utiliza para personificar o atribuir características y cualidades humanas a algo inerte o inanimado, a un animal o también a algo abstracto, como es este el caso. La naturaleza es sabia.

Se supone que ahora ella debería contestarle con la respuesta, en eso consiste el juego, y es una forma de continuar con algo que es de ellos dos solos y que los mantiene juntos de algún modo allá donde estén. Pero no le apetece contestar. Sabe la respuesta, por supuesto, pero el mero hecho de contestar ya la pone a prueba, como casi todo aquello que proviene de su padre. Y no quiere más tensión en su interior.

El Lexatin no tarda en hacer efecto y su relajante principio activo empieza a recorrer su cuerpo. Pero ni tan siquiera eso evita que la imagen que su cerebro proyecta en bucle desde hace horas siga martilleando su cabeza, esa en la que se ve a Samuel llorando y cruzando Valencia por el interior de las acequias en brazos de un desconocido.

Y de nuevo, ese monstruo que de tanto en tanto se sienta en el alféizar de su ventana, ese que simboliza su vacío interior, sus miedos, inseguridades, preocupaciones y todas y cada una de las heridas que aún tiene abiertas, vuelve a hacer acto de presencia. Ella trata de cerrar los ojos para no mirarlo a la cara; dicen que cuando miras al abismo, el abismo también te mira a ti. Así que aprieta los párpados con todas sus fuerzas, pero eso tampoco evita que se haga otra vez esa pregunta que lleva tantos años acechándola:

«¿Y si no les gusta cómo soy, mamá?».

Por suerte, Brandon no tarda en llegar.

16

NAZARET Y EL GATO

Precepto n.º 3. Cometer errores no es malo. Lo malo es no saber verlos. Pero lo verdaderamente importante es saber corregirlos. La corrección es la base de la buena educación.

El Viejo y el Niño, con la inesperada compañía del teniente de la Guardia Civil, Víctor Israel, llegan a Nazaret por una de las pocas vías de acceso que tiene: el Puente de Astilleros. No tardan en observar el fuerte contraste que hay entre este antiguo barrio de pescadores que se quedó sin mar, que creció alrededor del extinto lazareto de la ciudad, donde se aislaba a las personas con enfermedades contagiosas, y el Grao, justo al otro lado del río, donde ha caído una mayor inversión financiera.

Apenas median palabra mientras se adentran en el corazón del barrio. Atraviesan la zona donde un día estuvieron las Casitas de Papel, que se hizo famosa por su ocupación ilegal masiva y por ser uno de los epicentros del trapicheo de drogas de Valencia. En el horizonte de la estrecha carretera por la que transitan pueden ver las múltiples grúas y dársenas de un puerto en continua expansión. Es como una enorme bestia que lo devora todo a su paso y que extiende sin fin sus tentáculos de acero y hormigón. Ni hay castillos de arena, ni sombrillas junto a la orilla, ni tampoco mesas plegables llenas de latas de mejillones, aceitunas partidas o patatas fritas. En 1986 el puerto cubrió de alquitrán y óxido una playa que fue uno de los parajes más hermosos de la ciudad y que ya nunca más volverá.

El teniente Israel respira ruidosamente, parece que todo en él es muy intenso, que todo cuanto lo rodea le es molesto.

El Viejo se fija en las caras de las personas que consumen de pie y junto a la puerta de los emblemáticos bares Casa Jomi, Casa Aquilino y Los Tetes, en sus expresiones antiguas y cansadas, y eso hace que sienta cierta pena y nostalgia. Para él hace tiempo que toda esa cultura de alegría, mar, huerta y

calle en la que se crio ha entrado de lleno en el ocaso de su existencia, en un peligroso declive. Ahora solo quedan algunos testigos de lo que fue. Recuerda que cuando era pequeño, durante los meses de verano, su padre lo llevaba todos los domingos a la playa de Nazaret, se quedaban hasta que se hacía de noche, y recuerda todos y cada uno de esos días como momentos inolvidables, incomparables, pero eso tampoco existe ya. Ya no hay días inolvidables, parece que ya todo es igual, nada destaca sobre nada, y los constantes cambios de todo hacen que los recuerdos también lo tengan cada vez más difícil para mantenerse en pie, para seguir vivos, es como si el mundo en el que un día vivieron estuviese dejando de existir. El problema es que, sin recuerdos, todo parece perder el sentido, porque los recuerdos son la luz que ilumina el camino.

—Odio este asqueroso barrio, ¿falta mucho para llegar? A quién cojones se le ocurre vivir aquí —dice Víctor Israel con desgana.

El Viejo se toma un par de segundos antes de contestar. Observa la expresión del teniente a través del espejo retrovisor central. No le gusta lo que ha dicho, ni tampoco él.

—Ya casi estamos —responde sin apartar los ojos de la carretera.

El Gato vive en una de las zonas más aisladas y pobres del barrio, en la Carretera de la Punta al Mar. Su vivienda es una especie de casa de campo en ruinas. Parte del tejado y de la fachada están hundidos. Prácticamente tienen que echar la puerta abajo para conseguir que alguien responda.

Una chica de unos dieciocho años con el pelo morado y grasiento se asoma por un ventanuco que tiene el marco hinchado por la humedad. En cuanto los ve, vuelve a esconder la cabeza con rapidez.

Víctor Israel, cuyo aliento a alcohol parece haberse difuminado un poco, y con él, algo de su fuerte carácter, aporrea la puerta con la mano abierta. Todo el marco tiembla.

—¡Gato! ¡Soy yo, el Viejo, abre! ¡Necesito hablar contigo! —exclama Eduardo Boj antes de que lo haga el teniente. Conoce de sobra al Gato, y sabe que no le gusta que vaya alguien sin avisar, pero le gusta aún menos recibir a alguien a quien no conoce.

El Gato nunca sale de casa. Vive en el interior de esas cuatro paredes que cada vez parecen estar más cerca de masticarlo y engullirlo como a una patata frita. Y eso es así principalmente por culpa del accidente de tráfico que tuvo en el 89 volviendo de la discoteca Puzzle, camino de Barraca, tras haber estado dándolo todo en Espiral y en Distrito 10. Eran los tiempos de la Ruta del Bacalao, de la pérdida del miedo al peligro o a las consecuencias. Fue un

choque frontal en el que hubo tres muertos, su novia y su hermano incluidos. Él sobrevivió, pero una fractura vertebral le seccionó la médula espinal a la altura de la zona lumbar. Ya hace más de treinta años de aquello, los mismos que el Gato lleva en silla de ruedas y también sin salir a la calle. Todos saben que en aquel accidente el Gato perdió mucho más que sus dos piernas, perdió a las dos personas que más quería en el mundo, y por eso guarda luto desde entonces. También hay quien dice que el verdadero Gato se quedó para siempre en Puzzle, que su fantasma todavía merodea por la carretera de Sueca, al otro lado de L'Albufera, y que la persona que ahora vive encerrada en su casa es otra muy distinta a la que bailaba al son de New Order, Camouflage, Cretu, T99, Boytronic o Information Society, la música que pinchaba Luís Bonías bajo el amparo de Carlos Simó.

La chica del pelo morado vuelve a asomarse. En esta ocasión le lanza un manojo de llaves a Eduardo.

—Es la de color rojo. Dice el Gato que subas tú solo.

El Viejo mira al Niño, que se encoge de hombros y después asiente. Le parece bien. El teniente Israel, en cambio, deja escapar una sonrisa burlona que resulta un poco grotesca. Mueve el cuello hacia ambos lados y le da a entender al Viejo que él no se queda ahí abajo, algo que este lamenta, pero no es momento ni lugar para empezar una discusión que sabe de sobra que no los va a llevar a ningún lugar.

Los tres terminan subiendo al primer piso de la casa de campo sin el consentimiento del Gato, así que la situación se prevé tensa.

—Tú dirás, Viejo —dice el Gato encendiéndose un porro con total naturalidad e ignorando la presencia del teniente de la Guardia Civil y del joven policía.

—Necesito encontrar a esta persona. —Eduardo le muestra la fotografía del repartidor de Domino's que ha impreso de una captura de la cámara de vigilancia de Bankia.

El Gato la sujeta con las dos manos a un par de centímetros de sus ojos.

—¿No tienes nada mejor?

—Si lo tuviera, te lo habría dado.

El Gato hace una mueca con los labios. Apenas le queda pelo y el poco que tiene se lo ha echado hacia atrás, a lo ejecutivo de Wall Street. En lugar de gomina, es el aceite de sus propias glándulas sebáceas lo que le da ese aspecto mojado. Una camiseta de tirantes negra deja la pelambrera de sus sobacos al aire, también la musculatura de sus hombros y brazos. Un antiguo

y ruidoso ventilador no para de remover el pegajoso y viciado aire del salón. Las persianas están rotas y bajadas.

—¿Puedes traerme las gafas, Mariví?

La chica del pelo morado se levanta a regañadientes, últimamente es la desidia quien gobierna su vida. No tarda en volver con unas gruesas gafas de pasta marrón. Al pasar frente al teniente Israel se reajusta un tirante del top que deja buena parte de sus pechos a la vista de todos.

—¿Saben tus padres que estás aquí, niña? —dice el guardiacivil cuando Mariví le alarga las gafas al Gato.

—Sí, por supuesto —responde Mariví sonriendo.

—¿Por qué no te haces un favor, sales de aquí, te pones algo de ropa encima y haces algo decente con tu vida? —La sugerencia del teniente, que es más bien una orden, los deja a todos descolocados.

Mariví se pone roja como una fresa. El Gato abre mucho los ojos y mira a Eduardo con dureza.

—Te lo diré claramente: porque no me sale del coño.

Víctor Israel sonríe y mueve el cuello.

—Ándate con cuidado, niña, esto no es ningún juego. Esto es tu vida, la única que tienes, yo que tú no la desperdiciaría.

Mariví resopla, se deja caer en el sillón, enciende un cigarro y expulsa el humo en dirección al teniente. Ahora no solo deja ver ese gran escote, sino que también ha abierto bastante las piernas y los diminutos *shorts* dejan entrever sus dos ingles. Parece divertirle la provocación.

—No sé quién es este, y ahora ya podéis marcharos —dice el Gato devolviéndole la foto a Eduardo.

El Viejo mira al Niño, que parece decirle que insista un poco. El joven agente sabe por experiencia que, como en el ajedrez, en la vida no vale retroceder, solo ir hacia delante. Si retrocedes, te empiezan a comer las piezas, te acorralan y después te matan. Víctor Israel tensa la postura. Con una mano se acaricia la perilla.

—Vamos, Gato, es muy importante que encontremos a esta persona, haz un esfuerzo y te deberé un favor, uno bueno. Sabes de sobra que siempre cumplo. Dime lo que sepas, por poco que sea.

El Gato infla el pecho. Detesta la presencia del picoleto, y tal vez sea ese el motivo por el que se ha cerrado en banda.

—No me ha gustado nada cómo ha tratado a Mariví —confiesa el Gato mirando a Eduardo, pero dirigiéndose a Víctor, quien se cruza de brazos con chulería.

—Lo siento, Gato, no era nuestra intención ofender a nadie —responde el Viejo para sorpresa de Víctor, quien ve esa disculpa como una ofensa para él.

—Mariví es la que me lleva las cuentas. Es un portento con los números. Lo que pasa es que siempre juzgáis con antelación, por lo que os imagináis, y no por lo que realmente somos. Os adelantáis, y falláis.

—De verdad, Gato, lo siento, ya te he dicho que no era nuestra intención ofender a Mariví.

La chica mira hacia el techo de forma desinteresada mientras da caladas a su cigarro. Víctor maldice a Eduardo internamente. Y Carlos siente cómo su lado malo se tensa. El Gato suspira y parece relajar un poco los trabajados músculos de sus hombros.

—Déjame otra vez la foto.

Eduardo intercepta un gesto de Carlos y entiende lo que le sugiere su joven compañero: que le hable de los peculiares andares del repartidor.

—Apenas balancea los brazos al andar, y cada tres o cuatro pasos saca un poco el pecho, tal vez tenga jodida la espalda. Llama bastante la atención. Debe medir un metro ochenta, quizá más, y tendrá unos veinte años —dice Eduardo antes de volver a entregarle la foto.

El Gato la mira ahora más de cerca. Los tres han notado cómo le ha cambiado la expresión a Mariví cuando Eduardo ha descrito sus andares, el patrón en el que se fijó el Niño.

—¿Qué ha hecho? —pregunta el Gato sin apartar los ojos de la foto.

—Algo muy feo.

—¿El qué?

—¿Importa eso?

—Puede.

Víctor Israel se cruza de brazos y resopla. El salón está lleno de humo. Todo apesta. Las aspas del ventilador hacen cada vez más ruido y las moscas revolotean alrededor de un vaso de agua. Eduardo Boj se debate entre decírselo o no. Sabe que el Gato vive en cierta manera de eso, de la información. Allí va gente que quiere saber cosas, y sí, también a comprar drogas, pero el Gato se nutre de todas esas personas que pasan por su casa, de lo que le cuentan, es como un peaje que tienen que pagar. Así que cuando pide una información a cambio de la suya, hay que dársela. Es el trato.

—Ha robado algo, una cosa muy delicada.

—¿Y esa cosa es…?

—No es bueno que lo sepas, Gato, hazme caso.

—Yo creo que sí.

Víctor carraspea a menos de un metro del Viejo. Este mira el reloj, ya son las diez de la mañana. No pueden entretenerse más en Nazaret. Samuel podría estar ya en cualquier parte.

—Ha secuestrado a un bebé. Y ahora dime quién es de una vez —dice Eduardo con sobriedad.

Las cejas del Gato se juntan y su entrecejo desaparece. Su rostro se contrae y sus orejas se reorientan hacia atrás. Le devuelve la foto a Eduardo. Carlos lanza un reproche silencioso a su compañero: «Mal jugado, Viejo. ¿Por qué se lo has dicho? Ahora ya no dirá nada».

—Lo siento, pero no sé quién es, no puedo hacer nada por vosotros. —El Gato los invita a que se vayan.

Víctor Israel se tensa y le exige explicaciones al Viejo con su actitud postural. Le está diciendo que no se pueden ir de allí sin nada.

—Gato, sé que sabes quién es la persona que se ve en la foto, y ya te he dicho lo que ha hecho, algo muy feo, necesitamos dar con él cuanto antes, así que te lo voy a pedir por favor, dime quién es y te aseguro que me sentiré muy en deuda contigo.

—No, no, no. Ya te he dicho que no lo sé, Viejo. No es no. Y ahora, por favor, marchaos.

Eduardo asiente mientras digiere la decisión del Gato.

Todos son testigos de que, al escuchar lo del secuestro del bebé, el confidente de Nazaret se ha llenado de miedo. Ahora ya no pueden estar seguros de si sabía algo o no, solo de que ya no va a hablar. El Viejo se levanta y le hace un gesto con el cuello a Carlos diciéndole que se marchan, que tratarán de probar suerte con Raimunda o Josele, los otros contactos.

Pero Víctor Israel sigue opinando que no han ido hasta Nazaret para disfrutar en Casa Aquilino del clásico almuerzo valenciano, así que, sin mediar palabra, se levanta, coge al Gato por los tirantes de su raída camiseta y de un empujón lo tira al suelo de espaldas con todo, silla de ruedas incluida. Al Gato se le escapa un maullido. Todos contienen la respiración, excepto Mariví, que empieza a gritar.

—Dame un nombre o sales de esta cochambrosa casa a hostias. —Víctor se agacha y sujeta la boca del Gato con la mano derecha y se la aprieta con mucha fuerza, como si quisiera evitar que se terminase de tragar esas palabras que tanto necesitan.

El Gato, cuyo rostro se ha llenado de ira y de vergüenza con suma rapidez, trata de incorporarse, pero Víctor se lo impide poniendo un pie sobre su hombro derecho y después el otro sobre el izquierdo. Va a decir algo

relacionado con los antepasados, la madre y los familiares de Víctor, algo feo, pero este se lo impide dándole un fuerte tortazo con la mano abierta. Luego vuelve a apretarle la boca con tanta fuerza que se oye cómo una muela se desprende de la dentadura.

—Te lo digo por última vez, hijoputa, dime un nombre o tú y la putilla esa salís de aquí a guantazos, y te juro que esta noche hago que te echen esta mierda de casa abajo.

—Pero ¿tú de qué coño vas, eh? ¿Quién cojones te crees que eres para llamarme puta? ¡No tienes ni idea de quién soy yo, cabrón, te vas a cagar! —grita Mariví acercándose a Víctor.

El Viejo lamenta la situación. Lo lamenta y mucho. Sabe que ya está fuera de su control, que no es así como a él le gusta hacer las cosas, no es así como ha llegado a viejo. Pero tampoco va a permitir que esa jovencita se tire encima de un teniente de la Guardia Civil en su presencia. Eso tampoco estaría bien. Así que se lo impide sujetándola por un brazo, algo que hace que Mariví se irrite aún más y que también empiece a insultar a Eduardo. La cara del Niño parece estar sufriendo una transformación, su lado malo se retuerce de forma grotesca. Los nervios le han ganado la batalla. Piensa en los próximos movimientos y casi intuye lo que está a punto de escuchar.

—¡Ivooooaaannn! —El Gato grita algo ininteligible.

—¿Cómo dices? —pregunta Víctor aflojándole un poco la boca.

El Gato aprovecha para soltar un par de muelas en medio de un escupitajo de sangre.

—¡Iván! ¡Se llama Iván, joder! ¡Y ahora ya está, largo de mi puta de casa, cabrones!

—No, ya está, no. Iván qué más. ¿Dónde vive? ¿Con quién se relaciona? ¿Para quién trabaja? ¿A qué puta mierda se dedica esa basura?

—¿Y cómo quieres que sepa yo todo eso? —El Gato habla gritando y escupiendo babas sanguinolentas. Nadie lo ha humillado nunca de esa manera. Incluso parece que se le hayan escapado un par de lágrimas.

—¡No le digas una mierda a ese hijo de puta, Gato! —grita Mariví tratando de zafarse de Eduardo—. ¡Y tú deja de tocarme ya, viejo de mierda, te voy a denunciar por acoso y por abuso sexual, conozco mis derechos y se te va a caer el poco pelo que te queda, maricón!

Eduardo mira a Mariví con cierto aire paternal. No entra en sus provocaciones. Le han dicho cosas mucho peores en esta vida. Y se dice que esa chica solo necesita un severo correctivo, un poco de educación. Y entonces sí sería una buena chica. Pero no dice nada de eso, solo la observa.

—Venga, dime lo que quiero saber de una vez o te prometo que no vuelves a masticar un trozo de carne.

—Se llama Iván, no tengo ni idea de dónde vive, solo que va siempre con un chaval chino o japonés o no sé qué cojones que se llama Aoki y que sale con una chica que se llama Claudia. Pero no sé ni a qué se dedica, ni si trapichea, roba o trabaja en la obra, solo lo que os he contado. No sé nada más, joder. Os lo juro por mi hermano, ¿os vale así? Por mi hermano, coño.

Ese juramento, y también las lágrimas de rabia e impotencia que brotan de los oscuros ojos verdes del Gato, parece que terminan de convencer al trío visitante.

Ya tienen un nombre, que, unido al de las otras dos personas que les ha nombrado, puede ser suficiente para dar con el falso repartidor. Así que salen de allí entre las amenazas de muerte de Mariví y del propio Gato. Este se ha recompuesto lo suficiente como para asomarse por el ventanuco del piso de arriba, sacar la cabeza y cagarse en los muertos de los tres agentes con todas sus fuerzas.

—¡Ni se te ocurra volver por aquí en tu puta vida, Viejo! ¡Tú y yo ya hemos terminado! ¿Me oyes? ¡*Asín* no se hacen las cosas, Viejo! ¿Me oyes? ¡Para mí ya estás muerto!

Las palabras del Gato son lo último que oyen cuando salen del viejo camino del barrio de Nazaret.

Y Eduardo Boj piensa: «No, Gato, así no deberían haberse hecho las cosas».

Víctor Israel sonríe satisfecho en el asiento del copiloto, lo único que le importa es dar cuanto antes con ese tal Iván y apretarle las muelas para que les diga dónde está Samuel. Qué ha hecho con él.

17

PIEL DE CERA
Iván Teruel

El timbre suena fuerte, como siempre. Son las dos del mediodía. Último día de junio. El curso acaba de terminar y eso significa que las vacaciones de verano acaban de empezar. Menos mal, porque en el colegio público Salvador Tuset no hay aparatos de aire acondicionado, y el calor ya empieza a apretar de verdad. El aire se hace difícil de respirar.

La señorita Lola comienza a repartir las notas. Llama a los alumnos por sus apellidos en orden alfabético, y como pasó el año anterior, cuando ya casi ha terminado, le dice a Iván Teruel que espere, que quiere hablar con él a solas. Iván siempre es de los últimos, y eso es algo que le molesta profundamente, la paciencia no es una de sus virtudes. Detrás de la T solo hay dos alumnos, Vidal y Zúñiga, y en cuanto salen por la puerta con el sobre de notas bajo el brazo, la señorita Lola se acerca hasta la mesa de Iván. Él levanta la cabeza de las figuras geométricas que ha estado dibujando durante los últimos minutos de la clase. Un cuadrado. Un círculo. Un triángulo. Cierra su puño derecho con fuerza hasta sentir cómo las uñas se le clavan en la palma de la mano. Siempre hace eso cuando está nervioso.

—Enhorabuena, Iván, todo sobresalientes, como el año pasado. El mejor de la clase.

El niño agacha la cabeza con una extraña vergüenza. No le gusta hablar de ese tema. Pero enseguida la vuelve a levantar y contempla el sonriente rostro de su tutora. Vestido floreado de gasa y pañuelo al cuello. La señorita Lola vive con un omnipresente dolor de garganta, según ella, padece afonía crónica. Y lo cierto es que el aliento

le huele a medicamento, pero no importa, en sus ojos siempre hay lugar para un brillo muy particular, uno que hace que algo en el interior de Iván se agite con fuerza. Es una emoción para la que no tiene explicación; es lo que se siente cuando se tiene la certeza de que alguien te quiere.

—Gracias. —Iván se guarda el sobre con las notas en su mochila.

—¿No vas a abrirlo?

El niño se encoge de hombros. Tiene ganas de irse de allí. Empezar el verano. Llegar a casa y que su hermano mayor lo lleve al parque de Benicalap, a su enorme piscina con toboganes. Siempre y cuando su hermano no esté enfermo ese día, últimamente siempre lo está.

—¿Para qué quiere que lo abra? Ya me ha dicho las notas que tengo.

—Pero dentro hay algo más, algo que me gustaría que leyeses tú, y tu madre.

La señorita Lola espera a que Iván vuelva a sacar el sobre, lo abra y lea lo que con tanto cariño le ha escrito en una hoja aparte. Y eso es exactamente lo que hace. Primero saca las notas, después lee las cinco líneas que en rotulador rojo le ha escrito en una hoja tamaño cuartilla. Por último, ve el folleto publicitario que también hay dentro del sobre.

—¿Qué es esto? —pregunta Iván frunciendo el ceño.

—Eso es el mejor colegio de la ciudad, Iván. ¿Y sabes qué? He estado hablando con ellos y me han dicho que pueden darte una beca. No tendrías que pagar nada.

Iván se queda mirando el folleto publicitario. Todas las caras son sonrientes. Los padres y las madres abrazan a sus hijos. El campo es verde.

—Pero yo no me quiero cambiar de colegio. Aquí están mis amigos.

La señorita Lola sonríe con ternura. Ha escuchado esa respuesta en otras ocasiones. Acaricia el rostro de Iván, que aparta la cara con cierto aire defensivo. Esa emoción para la que no tiene explicación crece en su interior.

—Ya sé que aquí están tus amigos, pero cambiar de colegio no significa que vayas a perderlos, ellos seguirán estando aquí y tú podrás seguir viéndolos después de las clases y durante los fines de semana. Sinceramente, Iván, este colegio te iría muy bien.

—¿Por qué? —pregunta Iván con nerviosismo. Su puño derecho vuelve a cerrarse con fuerza.

—Porque creo que tienes altas capacidades y porque allí podrían atender mejor tus necesidades. Hay que aprovechar lo que se nos da, Iván, y a ti te han dado una oportunidad. Una buena.

Iván vuelve a guardar el folleto en el sobre, y el sobre en la mochila. Ya ha tenido suficiente, debe volver a su realidad, donde las emociones que agitan su interior no son bonitas.

—Me tengo que ir, señorita, se está haciendo tarde.

—Por supuesto, tú solo dale el sobre y el folleto a tu madre, y dile que venga a hablar conmigo esta semana.

Iván asiente sin decir nada más. Antes de salir del aula, la señorita Lola, esta vez con algo de tristeza en la cara, le dice otra vez que espere.

—Iván…

—¿Qué…?

Lo mira con melancolía, con pena.

—Que pases un feliz verano, y no olvides ponerte el corsé para tus problemas de espalda, que últimamente nunca lo llevas. La desviación de tu columna aún es corregible.

—Lo haré, señorita Lola, feliz verano a usted también.

El camino hasta su casa se le hace corto. Su paso es rápido. Apresurado. Por delante tiene más de tres meses de vacaciones. Tres largos meses para salir por ahí con Aoki, Claudia y los demás. Tres meses para no pensar en nada.

Sube las escaleras de su edificio de dos en dos y cuando llega a la puerta de su piso se encuentra cara a cara con Rodrigo. Se está terminando de subir la bragueta; la frente sudada, la camisa por fuera. Rodrigo es uno de los fijos, suele ir los viernes por la tarde, pero al parecer ese viernes ha cambiado el horario y ha ido por la mañana.

—Cuida de tu madre, chaval —dice Rodrigo pasando una de sus gruesas manos por la cabeza de Iván. Él reacciona echándose para atrás. Lo que acaba de hacerle le pone de muy mal humor—. Ten, esto es para ti, no te lo gastes todo en caramelos. —Rodrigo le enseña una moneda de un euro y espera a que la coja, pero Iván entra en su casa sin ni siquiera mirarlo a la cara. Da un portazo y va directo a ver si su hermano ya está mejor.

Odia encontrarse con los hombres que van a ver a su madre, pero aún odia más encontrarse a su madre después de

uno de esos encuentros. Pasa junto a su cuarto y la ve tirada en la cama. Desnuda y tosiendo de un modo escandaloso. El cuarto apesta, toda la casa apesta.

No le dice nada, tampoco se plantea darle el sobre con las notas ni con lo que hay dentro. Sabe de sobra que su madre no le dará la menor importancia. «Que se joda», piensa. Pero lo que no sabe es que quien se está jodiendo es él. Su madre ya está jodida. Se va directo al cuarto de su hermano y se lo encuentra en la cama tumbado de lado, cara a la pared. Tapado hasta la cabeza. No se le ve ni un centímetro de piel. Se queda mirando como siempre los pósteres de Antonio Flores y de Robe Iniesta que tiene en la pared. Contemplando los torsos desnudos y delgados de los dos conocidos cantautores. Sus rostros surcados de arrugas llenas de tristeza. Durante un segundo se queda escuchando la melancólica voz de Antonio Vega que sale por los altavoces del radiocasete cantando aquello de que se dejaba llevar.

—Adrián, Adrián. —Iván zarandea el cuerpo de su hermano un par de veces. Pero no responde—. Adrián, soy yo, ¿me llevas al parque de Benicalap?

Su hermano ni siquiera se mueve. El corazón de Iván empieza a latir con fuerza. Solo tiene diez años, pero sabe de sobra que eso no es normal. Así que, con un nudo en la garganta y un extraño temor abriéndose paso en su interior, se arma de valor y lo destapa un poco.

Su hermano hace tiempo que tiene mal aspecto, pero jamás lo ha visto como en ese momento. Su piel parece de cera. Sus ojos están como hundidos en las cuencas. La boca entreabierta y los labios cubiertos por una baba seca.

Iván tarda unos segundos más en procesar la información, después se va corriendo al cuarto de su madre.

—Mamá, mamá, a Adrián le ha pasado algo, hay que llamar a una ambulancia —dice sin acercarse demasiado. No le gusta tocar a su madre después de sus encuentros.

Ella resopla y le da una calada al cigarro que se ha encendido. Tose y arranca moco.

—Joder. A ver, qué le pasa a tu hermano.

—No lo sé, pero no se mueve. No responde.

—¿Cómo que no se mueve? Porque estará durmiendo, joder. A ver, ¿tenía los ojos abiertos o cerrados?

Iván traga saliva.

—Abiertos.

Su madre lo mira con dureza. Después apaga el cigarro con fastidio. Carraspea.

—Joder. A ver qué coño le pasa a tu hermano esta vez.

Iván camina tras su madre, todavía desnuda, en dirección al cuarto de su hermano. Y entonces observa sus reacciones. Primero ella se queda mirando el cuerpo de Adrián en silencio. Después lo mira a él de un modo que nunca lo ha hecho. Con miedo. Como queriéndole decir y preguntar algo al mismo tiempo. Luego se acerca más a la cama y termina de destaparlo.

Adrián está acurrucado. Tumbado de lado. Se ha cagado encima. En uno de sus brazos tiene atada una goma que estrangula su piel. Bajo esa goma puede verse una jeringuilla. Todavía la tiene clavada en una vena, su interior está lleno de sangre. Adrián continúa sin moverse.

Su madre se lleva las manos a la boca. Se acerca un poco más a la cama, pone dos dedos sobre el cuello de su hijo mayor, cerca de la garganta, y después empieza a gritar como nunca pensó que sería capaz.

Iván jamás olvidará estos gritos.

18

EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS

En las relaciones, todas las personas tienen un depósito que mide lo que pueden llegar a soportar. Cuando este recipiente se llena, la tensión se vuelve inaguantable y, después, la relación se acaba.

Una de las cosas que peor lleva José Raya, aparte de no ver a sus dos hijas, es haber dejado a su mujer antes de que ese depósito, el de ella o el de él, estuviera lleno. No quiso esperar a ver qué pasaba; cuando las cosas se empezaron a poner un poco cuesta arriba, tuvo miedo y se marchó antes de ver cómo terminaba la película. Y eso es algo en lo que piensa día tras día. Un pensamiento que, esté donde esté y haga lo que haga, siempre va con él.

José Raya y Aitana Enguix han tardado más de lo esperado en dar con una de las personas que más conocimientos tiene acerca del recorrido de las acequias que atraviesan el subsuelo de la ciudad. Esa persona se llama Carmelo Miralles, es el presidente del Tribunal de las Aguas de la Vega de Valencia, la institución de justicia más antigua de Europa.

Todos los jueves a las doce del mediodía se reúnen sus nueve síndicos para juzgar las acusaciones que se han presentado a lo largo de la semana entre labradores de la Huerta de Valencia. Normalmente son acusaciones sobre quién le ha robado el agua a quién, de ahí el nombre del tribunal. Dichos juicios orales, en los cuales se escucha a los acusados y a sus acusadores por igual, y se emite un veredicto tras una breve deliberación, tienen lugar en la plaza de la Virgen, el antiguo foro de la Valentia romana, concretamente en la puerta de los apóstoles de la Seu y a muy pocos metros de uno de los símbolos más reconocidos de la ciudad: la Torre del Miguelete.

Carmelo Miralles es de Rafelbunyol, un pueblo de L’Horta Nord, y han tardado en dar con él porque no estaba en su casa. Había acudido a ver con sus propios ojos y solucionar con sus propias manos un problema de la acequia de la cual él es síndico, la de Rascanya, una de las ocho grandes de la

ciudad y que, junto a las otras siete, está representada por una mujer con un cántaro en la Fuente del Túria, en cuyo centro se encuentra el dios del agua: Neptuno.

Carmelo tiene ya ochenta años, y no quiere oír hablar de teléfonos móviles ni otros aparatos de nueva tecnología. No es que se niegue a aceptar que el mundo a su alrededor está cambiando, es que no le gusta hacia dónde se dirige. Así que ha sido su mujer quien ha tenido que darles a los policías las indicaciones de los lugares donde podría encontrarse su marido. Por suerte, Hacha y Aitana han dado con él tras visitar el segundo de los destinos sugeridos: el Molino del Sol del barrio de Campanar.

Carmelo es un hombre de contrastes. A lo lejos se ve que es alguien de edad avanzada, pero cuando los dos policías están cara a cara con él, advierten que tiene un vigor y una energía propias de un hombre veinte años más joven, aunque a su vez, por su rostro y por su forma de vestir y de hablar, recuerda a un señor del siglo XIX.

—Vicente Colomer —dice Carmelo en cuanto le cuentan que necesitan saber el recorrido de la acequia que pasa bajo el barrio de Gran Vía.

—¿Cómo dice? —pregunta Hacha arqueando las cejas. Los pulgares hundidos bajo el cinturón de nailon. La espalda mojada, igual que la de Aitana.

Carmelo se fija en la cicatriz de su cara, pero no dice nada, tan solo piensa: «Yo tengo cicatrices iguales o peores que esa». En Valencia hay muchas personas que compiten por ver quién tiene más y peores dolencias, y eso Hacha lo aprendió al poco de llegar al Reino de las Flores.

—Vicente Colomer. Es quien lleva la acequia de Rovella, la del centro de la ciudad. Hablen con él.

—Ya, socio, pero el caso es que acabamos de hacernos unos kilómetros para dar con usted, no con el tal Vicente Colomer. ¿No podría ayudarnos aunque fuese un poco? —sugiere Hacha con cara de pocas bromas.

Carmelo se pasa una mano por la frente y arrastra una buena capa de sudor. Se limpia en el pantalón de paño. La piel de su cara está cuarteada como una raqueta de tenis recién tensada. Tostado como un grano de café. Se enciende un trozo de puro que saca de detrás de su oreja y deja caer la ceniza con un duro golpe del dedo índice. Restriega un poco las alpargatas de esparto para quitarse el barro de la suela de hilo de cuerda. Tras ellos se extiende un hipnótico trazado de líneas rectas que dibujan los caballones de tierra recién sembrada.

—¿Qué quieren saber exactamente?

—Necesitamos saber hacia dónde se dirige la acequia que pasa por debajo del barrio de Gran Vía, concretamente a qué lugares podría haber llegado alguien si hubiese utilizado esa gran acequia que comenta para…, no sé, hacer un viaje en barca.

Carmelo arruga la cara y chupa un poco el puro. Mira al cielo y suelta un penacho de humo oscuro que desprende un intenso olor a leña húmeda quemada, es como si se estuviese fumando los restos de su propia huerta. Se dice a sí mismo que las últimas veces que alguien le ha preguntado por el recorrido de una acequia ha sido porque algo malo había pasado allí abajo y que en sus tiempos eso no pasaba. Pero por experiencia prefiere no preguntar, así que levanta un poco la cabeza y hace un cálculo rápido.

—La acequia de Rovella tenía un trazado paralelo al Paseo de la Pechina, en la Edad Media era el foso de la muralla de la ciudad y, además de acequia, también hacía la función de gran colector de aguas residuales, pero todo cambia con los años, y las acequias también. Pero qué sabré yo. Ahora Rovella va hasta Guillem de Castro. Luego a la calle Corona, plaza de Mossén Sorell, San Miguel y Moro Zeid. —Carmelo coge aire y arruga aún más la raqueta de su cara. Le da una calada al puro.

Hacha y Aitana tratan de seguir mentalmente el trayecto que está describiendo el octogenario agricultor, pero no es sencillo.

—Sigue por la calle Santa Teresa y tuerce hacia el Ayuntamiento. De ahí va hacia Ribera y Ruzafa, luego Correos, Juan de Austria y Cirilo Amorós, donde llega al Ensanche y termina, si no me equivoco, en la huerta de En Corts, que hoy es meramente testimonial, como seremos todos nosotros algún día. Pero qué sabré yo.

Los dos policías piensan en el trazado que Carmelo los ha obligado a recorrer a toda velocidad. Si no se equivocan, parece que sí les ha dado la información que andaban buscando.

—Entonces, ¿el barrio de En Corts es nuestro lugar? —pregunta Hacha.

Carmelo se encoge de hombros.

—Puede. Pero no es seguro. Yo no soy el responsable de esa acequia, que además tiene varios ramales, yo solo les he nombrado uno, el más importante y el que mejor conservado está para dar un paseo por allí abajo; el resto de los trazados, si no recuerdo mal, o son muy angostos o están tapiados. Pero hablen con Vicente Colomer para mayor seguridad, ya se lo he dicho.

—Gracias, socio.

Los dos policías salen de Campanar y lo primero que hacen es llamar a la inspectora Bru para informarle que el barrio de En Corts podría ser el lugar

por donde salió a la superficie el falso repartidor con Samuel. Esta teoría no les resulta para nada descabellada porque ese barrio se encuentra muy próximo al de Gran Vía, y no sería lógico que el secuestrador hubiese optado por hacer una ruta bajo tierra de muchos kilómetros con un bebé de siete meses en brazos. Así que se dicen que ese recorrido que les ha planteado Carmelo Miralles podría ser el que están buscando. Pero tras tres llamadas a su casa, móvil y teléfono corporativo, la inspectora no responde, algo impropio en ella.

En su defecto, llaman al subinspector Císcar. Porque la búsqueda no se puede parar y tienen que agarrarse con todas sus fuerzas a cualquier pista. El subinspector, que en esos momentos está teniendo una importante conversación, sí va a responder a su llamada.

19

TONI BLASCO

—Sé que eres una persona con la mente muy abierta, Toni, que tú no eres como los demás, no formas parte de la manada, tú eres quien dirige la manada, por eso estás al frente de una de las mejores unidades de la Policía. Eres el jefe de la Unidad de Subsuelo de Valencia, y tú decides qué es lo que se debe o no hacer, lo que se puede o no hacer. Tú eres quien marca las reglas del juego… —El subinspector Císcar tiene ciertas habilidades en el trato con las personas que lo hacen especialmente persuasivo. La programación neurolingüística es para él una religión, y aprovecha casi cualquier ámbito de su vida para ponerla en práctica.

Toni Blasco, que no es ajeno a los halagos que está recibiendo, duda por un momento si cambiar de opinión, se tambalea sobre la brújula que marca sus decisiones, pero finalmente se aferra a su postura inicial.

—Lo siento, Ángel, pero no puedo enviar a nadie allí abajo; aunque quisiera, te juro que no podría. Somos cuatro gatos, cada año me quitan más recursos, y los pocos que me quedan me los reservo para esta noche, para las dos *raves* que me han chivado. —Toni tiene la voz nasal y una incipiente calvicie que ya ha arrasado con el setenta por ciento de su pelo. Acaba de reservar un billete para Turquía para un implante capilar masivo, a ver si así encuentra pareja de una vez. Primero era su timidez, después su sobrepeso, ahora es la falta de pelo. Toni siempre encuentra una excusa para justificar que no tiene pareja, su propósito estrella en cada Nochevieja.

—¿Me quieres decir que dos *raves* son más importantes que el secuestro de un bebé? ¿No le vas a dar la oportunidad a ese inocente niño?

Blasco sacude la cabeza hacia ambos lados con fuerza.

—No sigas por ahí. Yo no le estoy quitando la oportunidad a nadie, ni tampoco he dicho que las *raves* sean lo más importante en este mundo, he dicho lo que hay. De mí depende lo que pasa cada fin de semana aquí abajo

—dice apuntando con el dedo índice el suelo. Luego, tras aguantarle un poco la mirada al joven subinspector, le da un buen mordisco a su bocadillo de magro con tomate y se mancha un poco el bigote con el sobrante. Adora la cocina del bar Patraix—. ¿Sabes cómo se ponen los críos últimamente? ¿Sabes lo peligroso que es ir hasta el culo de maría, DM, cocaína, éxtasis o alcohol por las entrañas de la ciudad? ¿Sabes cómo llaman a estas fiestas últimamente? No hace falta que respondas, ya lo hago yo: el Túnel del Terror, ¿y sabes por qué?

—Me lo puedo imaginar.

—No lo creo. En la última *rave* murieron dos chicos que no llegaban ni a los dieciocho. Y en la anterior fueron tres las víctimas, por no hablar del gran número que acabaron en urgencias por un coma etílico, una paranoia delirante o un brote psicótico, y todo eso por no meternos en el tema de las denuncias de violación o abuso sexual. En serio, aquí abajo, cuando hay *raves*, pasan cosas malas. El subsuelo de Valencia es el peor escenario para montar una fiesta clandestina, y desgraciadamente es algo que se está poniendo cada vez más de moda. ¿Y sabes qué? Estás hablando con el responsable de que no pase nada bajo el asfalto, así que…

Ángel Císcar se pasa una mano por el nacimiento del pelo y se echa los tirabuzones rubios hacia atrás, uno de ellos rebota como muelle y vuelve a su sitio con elegancia. Dos chicas al otro lado de la barra hablan entre sonrisas mientras lo miran, y Ángel, como siempre hace, dice sí a ese juego de miradas y les devuelve la sonrisa. Toni Blasco aprovecha para darle otro buen mordisco al bocadillo. Más tomate se esparce por sus mejillas. La camarera que hay tras la barra, arremangada hasta el codo y cuya atención al cliente roza la perfección, seca unas cuantas copas con un trapo blanco ribeteado en rojo.

—Toni, cariño, ¿te voy preparando ya el cafetito?

—Sí, Fernanda, por favor, pero no me lo cargues mucho, que últimamente tengo la tensión por las nubes y el médico me ha dicho que vaya pisando un poco el freno.

—A mandar, guapo.

Toni tiene tantas ganas de agradar que, cuando Fernanda u otra mujer se dirigen a él en esos cariñosos términos tan propios del pueblo valenciano, tiende a pensar que se lo están diciendo de verdad, es decir, con evidente intencionalidad. Así que se sonroja.

—Mira, Toni, sé que en el fondo eres como yo, alguien a quien no le gusta que le pisen el terreno ni le digan lo que tiene o no que hacer. Lo sé, y

lo entiendo. Pero esto no tiene nada que ver con eso. Esto tiene que ver con hacer algo maravilloso para variar, no digo que evitar que esos chicos se hagan daño no sea algo grandioso, pero encontrar a ese bebé de solo siete meses, y devolvérselo a su padre sano y salvo…, eso es algo que recordarás toda tu vida, créeme. Es algo que le contarás con orgullo a la mujer de tu vida, quién sabe si a tus hijos. Envía dos hombres, por favor, ¿qué son dos hombres? Yo iré con ellos —dice Císcar sacando a relucir su mejor sonrisa. Sus dientes son perfectos y su mirada es convincente y embaucadora. Entre eso y sus palabras, Blasco vuelve a bajar la guardia. Sobre todo, le ha gustado la parte de que en el fondo ellos dos son iguales, y también la parte sobre la todavía inexistente mujer de su vida. Pero aun así…

—No, Ángel, lo siento. La Unidad de Subsuelo es muy pequeña, somos doscientos hombres en toda España, siete en Valencia contándome a mí, ¿sabes qué es eso? No hace falta que respondas, ya lo hago yo: una mierda. Tengo a un hombre de baja y a una mujer de luna de miel. Los otros cuatro están descansando para estar a *full* esta noche, dos para cada *rave*, y yo para coordinar y apoyar. Y ya no tengo por qué darte más explicaciones. No es no.

Ángel, que sabe que lo tiene a punto desde hace rato y que las leyes de la atracción trascienden a todo género, raza o condición, asiente con una sonrisa cordial y mira al jefe de la Unidad de Subsuelo como miraría a una mujer a la que quiere conquistar. Y eso hace que Toni se sienta extraño, que se sienta bien.

—Está bien, Toni, lo entiendo, ya buscaré otro modo. En el fondo, creo que, si yo estuviese en tu lugar, es posible que hubiese decidido lo mismo que tú. Creo que tú y yo somos muy afines, así que… Te queda bien ese bigote y, por cierto, te veo más en forma que nunca, ya me contarás cuál es tu secreto para mantener la línea —dice Ángel levantándose de la mesa del bar Patraix y apoyando con sutileza una mano sobre el hombro de Blasco. Luego mira hacia las dos mujeres que han estado jugando con él a las miradas y sonríe a la espera de que Toni observe bien todo el conjunto de la situación, de la escena. De que tome por fin la decisión que él quiere que tome. Porque ellos dos son iguales en el fondo.

Antes de salir de ese bar, que antiguamente fue una casa de pueblo, Toni lo interpela:

—Ángel.

—¿Qué?

El responsable de la seguridad de las entrañas de la ciudad cabecea tragando lo que le quedaba de bocata. Se remoja la garganta con un trago de

Coca-Cola y eructa hacia dentro para no hacer ruido. Estira la cabeza hacia atrás para engullir mejor y sus ojos se encuentran con las viejas vigas de madera color caoba.

—Mira, te puedo dejar un hombre y que te haga de guía, es lo único, de verdad, y ya es mucho.

Ángel sonríe y de nuevo hace que a Toni se le aflojen los calzoncillos. El jefe de la Unidad de Subsuelo nunca se ha sentido atraído por un hombre, pero no importa, eso no parece ser un impedimento para que Ángel lo haya terminado seduciendo de algún modo extraño y desconcertante.

—Eso está muy bien, Toni, muchísimas gracias. ¿Cuándo podría contar con él?

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ya, vamos con mucho retraso.

—De acuerdo, ahora lo llamo y en media hora como mucho lo tienes donde tú me digas.

—Perfecto, dile que empezaremos por la calle Martí. Y gracias de nuevo, me acabas de hacer un gran favor.

—De nada.

Cuando Ángel está a punto de salir, Toni vuelve a decirle algo con el rostro cubierto por la vergüenza. Rojo como una cereza.

—Ángel, perdona, yo también te quería comentar una cosa.

—Tranquilo, dime.

—Si una noche de estas sales por ahí a tomar algo y te acuerdas, me pegas un toque si eso, ¿vale?

Ángel asiente y, lejos de hacerlo sentir mal, o avergonzado, lo hace sentir bien.

—Que no te quepa la menor duda de que así será, Toni, en cuanto resolvamos esto te pego un toque y salimos por ahí a celebrarlo.

Ángel sale del bar Patraix dejando a Toni con el cuerpo muy extraño. Al final de la barra, las dos chicas le dicen adiós con la mano, y el joven y atractivo subinspector les responde de la misma manera. La seducción es algo que ha estado ligado a él desde siempre. Para bien y para mal.

El móvil del subinspector empieza a vibrar en el bolsillo del pantalón en cuanto toma asiento en el Toyota C-HR. Hacha le informa de la conversación con el presidente del Tribunal de las Aguas. Y esa información, sumada a la que han obtenido el Viejo, el Niño y el teniente Víctor Israel en el barrio de Nazaret, y a la espera de que Elísabet dé señales de vida, le dan motivos

suficientes para ordenar que rastreen cada centímetro cuadrado del barrio de En Corts en busca de tres jóvenes: Iván, Claudia y Aoki.

Cuando corta la llamada con el sevillano, ve que ha recibido unos cuantos mensajes de Rebeca. En el último de ellos le dice que la llame inmediatamente, o se va a enterar, que ya está harta.

Y Ángel sonríe; después la llama.

20

UN SILENCIO ENSORDECEDOR

—Lo siento, Elísabet, pero me temo que no voy a poder volver a quedar en un tiempo. Voy a estar un mes fuera como mínimo, mi familia me necesita ahora más que nunca y por el momento no tengo fecha de regreso. Pero de todos modos, me puedes llamar cuando quieras y podemos hablar si lo necesitas, te lo he dicho antes, y te lo he dicho de verdad. —Brandon siente pena por la mujer que tiene delante. Le gustaría decirle que puede recomendarle a un amigo, pero no puede. Entre otras cosas porque todavía no termina de entender qué servicio contrata exactamente Elísabet cada vez que lo llama.

Elísabet asiente con tristeza. Hace tiempo que dejó de pensar en el significado real de sus encuentros con Brandon, solo sabe que los necesita cada vez más. Estar con él es una forma de que ese vacío interno, que tan rápido avanza, se pare por un momento. Tal vez, si acaso, estar con él la acerque un poco a ella misma, alguien que desde hace tiempo tiene la impresión de que está a punto de desaparecer.

—Claro, Brandon, lo entiendo, no te preocupes. Pero me avisas cuando estés otra vez por aquí, prefiero que nos veamos en persona, ¿vale? Las llamadas no me van mucho.

Brandon asiente. Él también prefiere que se vean. Los dos se quedan mirándose durante unos instantes y tienen esa extraña sensación de que, por mucho que digan y se prometan, esa va a ser la última vez.

Cuando Brandon ha terminado de recoger sus cosas, se detiene junto a la puerta y piensa en hacer algo que nunca ha hecho, preguntarle por qué no busca ayuda de verdad, ayuda profesional. Pero no lo hace. ¿Quién es él para decirle algo así? Solo le dice adiós con la cabeza. En cambio, sí le dice otra cosa con la que sí se atreve, otra cosa que le preocupa:

—Creo que te iría bien comer un poco más, te estás quedando muy delgada. Has perdido bastante peso desde la última vez que te vi, y de eso no

hace mucho. Cuídate, por favor.

Después de eso, Brandon se marcha.

La primera vez que Elísabet contrató sus servicios y le dijo que solo quería hablar, y que la abrazara, le pareció raro. Muy raro. Nunca nadie le había pedido algo así, él prestaba otro tipo de servicios a mujeres. La segunda vez, en cambio, se sintió a gusto, incluso como si estuviese en una cita de verdad. Sin artificios ni fingimientos. Sin diferencias en el color de piel de por medio. A partir de la tercera vez empezó a sentir algo que hacía muchos años que no sentía, se sintió necesario, como si de algún modo le hiciera falta a esa mujer. Pero ahora se tiene que marchar porque su familia lo necesita, y no sabe a quién recurrirá ella cuando se encuentre otra vez mal, algo que, no tiene la menor duda, ocurrirá.

En cuanto Brandon se marcha, Elísabet prefiere no pensar en qué hará la próxima vez que necesite a alguien con quien hablar de verdad, con total sinceridad sobre cómo se siente, alguien que la abrace, porque los psicólogos que ella conoce no dan abrazos, solo invitan a llorar, algo de lo que ella es incapaz. De momento, se dice que ahora lo que importa es Samuel, no lo que pase o deje de pasar con ella o con Brandon. Cuando mira su teléfono móvil ve que tiene varias llamadas perdidas de su equipo y también algunos mensajes de Ángel en los que la informa de los últimos avances.

Antes de responder al subinspector y ponerse otra vez en marcha, se toma un Adderall para contrarrestar los efectos del Lexatin que se ha tomado al llegar a casa. Su intención era descansar un poco antes de continuar, aunque al parecer eso no va a ser posible, y ahora lo que necesita es que su corazón remonte y sus pulsaciones vuelvan a subir. Así que se asea y se pone ropa limpia. Cuando está a punto de salir en dirección a la calle Martí vuelve a sentir cómo su estómago la somete otra vez a su particular tortura. No tarda ni treinta segundos en llegar hasta el inodoro para vomitar el vaso de agua que se ha bebido con el fármaco estimulante. Cuando termina, entreabre los ojos con miedo y ve lo que se estaba temiendo. La porcelana está salpicada de sangre. Pero se dice que tampoco es ese el momento para pensar en ella, ya habrá tiempo para eso. Siempre hay algo más importante que ella, pero ahora más. Ahora hay un bebé de siete meses al que hay que encontrar, y ha de ser ella porque, de lo contrario, ¿quién lo hará?

Cuanto se termina de poner el cinturón de seguridad, recibe otro mensaje de su padre:

«Este silencio es ensordecedor».

Elísabet sonríe ante el nuevo reto. Su padre acaba de matar dos pájaros de un tiro, le ha propuesto una nueva figura retorcida y de paso le ha recriminado entre líneas que no le haya respondido a su anterior mensaje, algo que siempre le ha molestado mucho.

«Oxímoron —se dice Elísabet—. Es una forma de crear contradicción, incoherencia o ironía juntando dos palabras o ideas contrarias; en este caso, “silencio ensordecedor”».

Le envía a su padre la respuesta a las dos figuras y después la que su padre está esperando realmente, la de la confirmación:

—No te preocupes, no se me ha olvidado el cumpleaños de mi hermano. Allí estaré.

Por lo demás, Elísabet no incluye en el mensaje emoticones de besos ni de corazones. Porque no siente nada de eso. Solo angustia y ansiedad.

A continuación, sale en dirección a la calle Martí sintiendo cómo el Adderall empieza a sacudir las válvulas de su corazón, que se abren y se cierran con la fuerza de un vendaval.

21

UN MUNDO HORRIBLE

Precepto n.º 4. El lugar más oscuro no es aquel en el que hay menos luz, sino aquel en el que se ha perdido toda esperanza.

Ignacio Durán deambula por su casa como un fantasma. Se ha tomado cinco tranquilizantes desde que la Policía salió en busca de su hijo y de eso no han pasado ni tres horas. Pero ni aun así ha conseguido quitarse de la cabeza a Samuel un solo momento. Su madre, antes de marcharse, le ha dicho lo mismo que en muchas ocasiones a lo largo de su vida. Ocasiones en las que él ha tenido dificultades para sobrellevar un problema: que hay cosas que no se pueden eludir, que la única manera de superarlas es experimentándolas. Si tiene que sufrir, tiene que sufrir; si tiene que llorar, tiene que llorar; eso no se puede esquivar ni saltar. A veces la vida te atropella, no hay más.

Pero Ignacio no puede, no quiere, no se ve capaz de superar algo así. La agonía y el dolor son insoportables. De nuevo siente ese impulso de saltar al vacío para evitar morir abrasado por las llamas.

Ha entrado en la habitación de Samuel una infinidad de veces para ver si por obra de magia había vuelto y se lo encontraba ahí, tumbadito en su cuna, intentando hacer la croqueta con su osito de peluche entre las manos y el chupete de las mariposas en la boca. En el fondo guarda la extraña esperanza de que todo sea un mal sueño, de que nada de lo que está pasando sea real y el mundo sea un lugar en el que los deseos se hacen realidad. No lo quiere afrontar, porque no lo puede soportar.

Se toma otro tranquilizante, pero enseguida comprueba que, lejos de calmarlo, hace que esté más nervioso. Se pone un poco de la que para él es la mejor música del mundo, la de los años ochenta, la que siempre ha conseguido evadirlo y devolverlo a la época en la que «todavía tenía toda la vida por delante». Bananarama, Pet Shop Boys, Depeche Mode, Ultravox, Chicago, Nick Kamen, Talk Talk, A-ha, Culture Club. Pero eso tampoco lo

calma. Toda esa música solo le está recordando lo lejos que está de esa época en la que los problemas parecían tener solución en algún punto lejano del horizonte. Ahora, en cambio, ya no hay horizonte. Es como si frente a él, y a tan solo un par de pasos, estuviese situado el más grande y profundo de los precipicios.

Se va directo al baño y lo vomita todo. Se tortura diciéndose que se supone que debería estar a la altura, que es su hijo el que ha desaparecido y que tal vez, Dios no lo quiera, podría estar pasándolo muy mal. Él debería estar atento por si llaman los secuestradores, no venirse abajo, por si puede aportar algún tipo de información útil para encontrarlo. Y durante los siguientes quince minutos es exactamente lo que hace, concentrarse en todas las personas que conoce: vecinos, familiares, amigos, pacientes. Trata de buscar entre sus recuerdos si ha habido alguien que se haya sentido muy ofendido por algo que él haya hecho, pero no encuentra nada. Así que se desespera y se frustra.

Hasta que sus pensamientos se interrumpen de golpe cuando llaman al timbre.

Corre nervioso, con el corazón en ambos puños, con la esperanza de que haya algún tipo de ángel de la guarda con su hijo entre los brazos, con la ilusión de que todavía pasen ese tipo de cosas en el mundo, y el mundo no sea un lugar tan horrible como el que él mismo conoce de primera mano.

Pero cuando abre la puerta solo ve a dos policías frente a él: la inspectora Bru y un joven que no debe tener ni treinta años. Ninguno lleva a Samuel entre los brazos. Y piensa que ya nada volverá a ser igual. Todo irá a peor. El mundo se llenará de oscuridad. El precipicio ya no está a un par de pasos delante de él, ahora es todo cuanto hay a su alrededor.

Rompe otra vez a llorar.

22

PROPOFOL

La inspectora Bru y el subinspector Císcar intentan transmitirle a Ignacio Durán que la investigación avanza, y eso siempre es positivo, lo malo es cuando se queda quieta, cuando se estanca. Tratan de convencerlo de que lo último que puede hacer es perder los nervios y la calma, porque eso no favorece en nada.

Pero el señor Durán, que no está en disposición de escuchar, no para de repetir que no entiende por qué se han tenido que llevar a su hijo, por qué alguien querría hacer algo así, por qué nadie lo ha llamado aún pidiendo un rescate, por qué no hay más policías buscándolo y por qué ninguno de sus vecinos ha oído nada.

La inspectora prefiere no entrar en detalles y logra esquivar con elegancia cada una de las preguntas. Reconduce la conversación sin tener que decir lo que realmente piensa: cuando desaparece un niño y no es un caso de secuestro, ni tampoco es obra de alguien con ganas de darles un susto a sus padres, suele ser debido a otra cosa mucho más fea y, generalmente, muy bien planificada. Pero hablarle de eso al señor Durán no tiene sentido. Como tampoco lo tiene contarle los casos de éxito y de fracaso en las desapariciones de bebés. Él no para de recordarle que ella dijo que las primeras horas eran cruciales y que esas horas ya han pasado. «Y entonces, ¿ahora qué?», pregunta.

Ahora vamos hacia el lugar donde la curva de la estadística empieza a coger fuerza rumbo al fracaso absoluto, es lo que piensa la inspectora Bru, pero tampoco lo dice.

—Lo importante es que ya tenemos un nombre, señor Durán, bueno, en realidad tenemos tres nombres, el del individuo que pensamos que se llevó a su hijo y el de dos personas cercanas a él. También estamos casi seguros

acerca de cómo se fue de aquí, cuál fue su ruta de huida y el lugar al que se dirigió primero, y todo ello lo estamos rastreando en este momento.

Ignacio golpea los nudillos de una mano contra la otra. No tiene buen aspecto. Y observa cómo la inspectora desvía la mirada cuando su teléfono empieza a sonar.

Es el jefe de la Científica, Roberto Soto.

Elísabet atiende la llamada y asiente mientras escucha la información que le transmiten. Ignacio y el subinspector Císcar observan sus reacciones durante el escaso minuto que dura la conversación.

—De acuerdo, Roberto, si encontráis algo más, me llamas inmediatamente, por favor. Y muchísimas gracias otra vez, eres un cielo. —La inspectora mira a los dos hombres que tiene enfrente—. Han encontrado presencia de propofol tanto en su sangre como en los restos de pizza, señor Durán. El propofol es un anestésico con un efecto muy rápido y una duración muy corta, se utiliza en quirófanos para inducir a los pacientes al sueño antes de inyectarles otro tipo de somníferos.

—Sé lo que es el propofol, inspectora —responde Ignacio con arrogancia golpeándose de nuevo los nudillos. Sus finos labios desaparecen en el interior de su boca. Mueve el cuello a izquierda y a derecha. Todo en su cabeza da vueltas.

—Todo indica que, tal y como supusimos, el falso repartidor vertió ese anestésico en su comida y esperó a que se durmiera.

Ahora el que suena es el móvil de Císcar; es Toni Blasco, y le informa de que el agente de la Unidad de Subsuelo ya está abajo esperándolo. Luego le recuerda que lo llame cuando salga por ahí a tomar algo, y Ángel vuelve a decirle que lo hará, y que está deseando que llegue ese momento.

—También han encontrado un montón de huellas, tanto en la puerta principal como en otras partes de la casa, pero en el cotejo hasta ahora ninguna coincide con las de nuestra base de datos; de todas formas, siguen buscando. —Elísabet no le cuenta al señor Durán que también le han dado los resultados de las gotas de sangre que había por el pasillo de la casa y que ella pidió que analizaran. Efectivamente, la sangre pertenece al propio Ignacio, así que esa parte de la historia, la del golpe en la ceja con el marco de la puerta, también se confirma que es cierta. De momento toda la reconstrucción de los hechos cuadra, ahora solo falta acelerar un poco y hallar al secuestrador antes de que dé su próximo paso.

Cuando ya van a salir de casa de Ignacio Durán, llegan el Viejo, el Niño y Víctor Israel; este último vuelve a exigir que se le informe de «absolutamente

todo». La inspectora Bru no pone ningún impedimento.

—De acuerdo, bombón, pues vayamos a ver qué encontramos bajo el suelo de nuestra ciudad —dice el teniente de la UCO mirando a Bru con cierta vulgaridad lasciva.

Por su parte, José Raya y Aitana Enguix empiezan a preguntar por Iván, Aoki y Claudia en el barrio de En Corts, el que el señor Carmelo Miralles sugirió como posible destino de la ruta de huida del secuestrador.

La noche ha sido larga, pero la mañana se está haciendo eterna. Todo es más fácil cuando sucede en la cabeza, con la imaginación uno puede hacer lo que quiera. Pero la realidad es que muy pocas veces salen las cosas como uno espera.

Nadie ha caído todavía en la cuenta de que Samuel podría ser un problema en sí mismo. Cuidar de un bebé de siete meses no es como guardarle el coche a un amigo. Es más difícil, porque un bebé es delicado, y porque se puede hacer daño.

A veces lloran, otras gritan, y muchas otras moquean y gimotean.

Hasta que se queda completamente callado, deja de llorar, y entonces todos saben que algo malo ha pasado.

23

EL SOHO VALENCIANO

El barrio de En Corts está en el distrito más grande de la ciudad, Quatre Carreres, conocido por albergar uno de los lugares más visitados de Valencia: la Ciudad de las Artes y las Ciencias, el gigantesco complejo arquitectónico diseñado por Santiago Calatrava.

Lo primero que hacen Hacha y Aitana es ir a la imponente comisaría de Zapadores. Todos los aparcamientos reservados que hay frente al monumental edificio de origen militar están ocupados, así que aparcan a un par de calles, en la avenida Doctor Waksman.

De camino a la comisaría no dicen nada, todo a su alrededor está en calma. Solo oyen sus propios pasos y, cada uno en su interior, sus múltiples preocupaciones. A pesar de que el origen del barrio se remonta al siglo XV, cuando los artesanos de la seda, conocidos como *velluters*, iban hasta allí a curarse los callos de las manos, la imagen actual apenas se diferencia de la de otros barrios que, como En Corts, se empezaron a urbanizar de forma masiva entre los años sesenta y setenta. Bloques de viviendas tipo colmena, de alturas dispares y, ocasionalmente, con cierta dejadez en su estado de conservación. En sus fachadas no se aprecia ningún tipo de esfuerzo arquitectónico por agradar. Toldos de color verde o naranja en los balcones y un cierto aroma a los apartamentos de playa de la costa de la Comunidad Valenciana.

La visita a esta comisaría es especial para Aitana; su padre, José Ramón Enguix, estuvo destinado allí durante la mayor parte de su vida profesional, hasta que perdió la vida estando de servicio.

Los dos agentes de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos saludan a un par de conocidos antes de entrar en materia. Aitana se acerca a tres antiguos compañeros de su padre que ya están al borde de la jubilación. Incluso uno le pregunta: «¿Y para cuándo…?», dibujando con ambas manos una curva encima del abdomen. Y Aitana se muerde la lengua y responde:

«Ya veremos». Y a continuación se dedica a lo que realmente han ido a hacer allí: peguntar por Iván, Aoki y Claudia. Tras tantear a unos cuantos compañeros, nadie parece conocerlos, hasta que llega Manuel Subirats, un agente valenciano de pura cepa, al que todos llaman Manu.

—Del oriental sí he oído hablar; de hecho, sé más o menos quién es. Del otro chico y de la chica, ni idea. —Manu habla con los pulgares metidos en la cintura y los hombros echados un poco hacia delante. Apenas mueve la boca. Lleva las gafas de sol sobre la parte alta de la frente. Masca un chicle que ya se antoja algo duro.

—Aoki, ¿no? —pregunta Aitana.

—Exacto. Se le ha visto últimamente con Jamonyqueso, también ir de aquí para allá con un antiguo Seat Córdoba rojo de competición. Tiene un tubo de escape que hace un ruido tremendo, se puede oír como a cinco manzanas de distancia. Creemos que ha empezado a traficar a baja escala. De momento solo le hemos hecho seguimiento, aún no lo hemos tanteado.

—Perdón, agente, ¿quién es Jamonyqueso?

—Un viejo conocido del barrio. Se ha pasado más de media vida entrando y saliendo de Picassent por delitos no demasiado graves, ya sabéis, robos, estafas, tráfico menor, amenazas, intentos de agresión, escándalo público. No se considera peligroso, pero su adicción a las drogas sí lo es. Dudo que algún día llegue a ir por el buen camino, es una de esas personas que nacen y mueren con una mala vida, ¿entendéis? —Manu se dirige casi exclusivamente a Hacha, a pesar de que es Aitana quien le está haciendo las preguntas.

—¿Sabes dónde podríamos encontrarlo? —pregunta de nuevo ella.

—¿A quién? —Manu responde con otra pregunta. Su boca está llena de una soberbia cercana al insulto.

El agente es alto y fuerte gracias al gimnasio. Apenas tiene expresividad en la cara. Permanece con la boca entreabierta cuando no habla ni masca chicle, como si tuviese una congestión nasal permanente.

—A mi tía de Jaén, no te jode, al oriental, al Jamonyor ese, a quien sea, cojones —responde Hacha con cierto enfado. No le gusta Manu, no le gusta cómo está tratando a su compañera. No soporta ver que un hombre trate con desprecio a una mujer.

Subirats le saca media cabeza al sevillano, pero cuando se ve reflejado en la furia de sus ojos, se siente pequeño.

—No sé dónde vive Aoki, de Jamonyqueso sí tenemos un domicilio, pero nunca está en casa, prueba con el bar Toribio o el Ceina, suele tomar cerveza por allí, los dos están en la calle Plus Ultra. Puedo acompañaros si queréis.

—No hará falta, si ese pájaro te ve a ti, puede que salga corriendo sin haberse terminado el rebujito.

Cuando salen de la comisaría y, tras ver el expediente policial de Jamonyqueso para ponerle cara, José no puede evitar fijarse en que su compañera se lleva las manos otra vez al estómago. También ha observado que está más sensible de lo normal, que no responde a los comentarios y actitudes machistas, como hubiese hecho cualquier otro día, y que las indiscretas preguntas de los antiguos compañeros de su padre le han sentado como un trago de leche cortada, cuando él ha visto cómo en otras ocasiones ha salido airosa y con cierta gracia de situaciones así. Y eso le recuerda a Rocío, su exmujer, concretamente le recuerda a cómo le cambió el estado de ánimo en sus dos embarazos, y entonces se pregunta si Aitana no estará…, pero tampoco ahora se atreve a decirle nada. Solo se promete que estará alerta para protegerla si hace falta, aun a sabiendas de que Aitana no es de las que buscan ni quieren que alguien la proteja.

Llegan al bar Toribio y aparcan igual que lo ha hecho medio barrio, en doble fila.

—Aitanita, no me acostumbraré nunca a esta ciudad, ¿los valencianos no sabéis aparcar bien?

—Los valencianos no sabemos salir de casa sin el coche.

Hacha sonríe al ver que su compañera remonta un poco el vuelo. Va tras ella y observa cómo la trenza con la que se ha recogido el pelo se balancea con gracia.

Antes de entrar al bar Toribio, buscan con la mirada un viejo Seat Córdoba rojo de competición entre los coches en doble fila, pero no tienen esa suerte.

Sobre sus cabezas, como esa insidiosa preocupación que siempre decora el fondo de todas las cosas, oyen los incesantes zumbidos que emiten las unidades exteriores de los equipos de aire acondicionado que cuelgan de cada uno de los balcones, como molinos de viento agitando sus aspas sin cesar y generando todavía más calor a una ciudad que se ahoga con su propio aliento. Valencia, verano: ruido y calor.

—Lo que yo que te diga, *nano*, no has visto una tía más buena en tu puta vida.

—Cómo flipas…

—¿Que cómo flipo? Mira, *nano*, pregúntale al Aceite y a ver qué te dice, a ver si el Constan miente o no miente.

—Del Aceite me voy a fiar yo…

Hacha y Aitana se acercan a un par de jóvenes dentro del bar que no tardan en interrumpir su animada conversación cuando los ven.

—¿Qué hay, zagales? ¿Cómo va la mañana de sábado?

—Aquí, un poco a la sombra, agente, sufriendo.

—Demasiado calor para trabajar, ¿no?

—Demasiado calor para vivir, agente —responde Constan con simpatía, que es quien dice haber conocido a la mujer más atractiva que ha visto en su vida.

—¿Os dice algo el nombre de Jamonyor?

Los dos jóvenes se quedan en modo pausa medio segundo. Luego cabecean con cierta alegría a izquierda y a derecha y una media sonrisa delatora.

—¿Y qué me decís de Jamonyqueso? ¿Ese os suena?

—Ese sí me suena, agente, es la tapa estrella del Toribio, ¿a que sí, Toribio? —dice Constan alzando el cuello en busca del dueño del bar-restaurante.

Pero este parece estar en su mundo y no se muestra muy interesado en lo que puedan o no decir en ese extremo de la barra. Solo está sacando del lavavajillas los cubiertos que se han utilizado durante los desayunos. Su cara se llena de vaho con olor a detergente y restos de comida.

Hacha le ríe el chiste a Constan y se acaricia la barba, algo que suele hacer cuando algo le hace gracia de verdad. Después levanta una mano y pide una caña, como hacía todos los días en Sevilla al mediodía. Le pregunta a Aitana si quiere algo, pero ella le responde que no. Su cara de angustia lo dice todo. «De un momento a otro, me echa la pota», se dice Hacha para sus adentros.

En cuanto Toribio le sirve la caña, Constan y su amigo dejan unos cuatro euros sobre la barra y hacen ademán de marcharse, pero el sevillano agarra fuerte a Constan de un brazo. La sonrisa ha desaparecido por completo del rostro de Hacha. Ahora solo se ve esa cicatriz que divide su cara en dos. En la de Constan, en cambio, se acaba de dibujar una mueca de dolor.

—Socio, mi compañera y yo llevamos mucha prisa y no estamos para gilipolleces, así que me vas a decir dónde se encuentra el pájaro ese que buscamos, ¿estamos? ¿O me tengo que poner a repartir hostias?

Constan traga saliva y su bocado de Adán se mueve con aparatosidad, como un viejo montacargas.

—A mí no me metas en líos, *nano*, yo no sé dónde está Jamonyqueso, solo estaba tomando una caña con un amigo, ¿acaso también vais a prohibirnos eso?

—Ni *nano* ni hostias, yo no soy tu *nano*, ¿me oyes? Ni tampoco voy a prohibirte nada siempre y cuando colabores como un buen ciudadano, ¿entiendes eso? A ver si al final voy a tener que hablar con tu madre y con tu padre y contarles lo mal que te portas en clase —dice Hacha con ironía.

Pero antes de que Constan responda, se hace el silencio entre las pocas personas que hay en el bar. Alguien acaba de entrar. Ese alguien se lleva un pañuelo de tela a la nariz y hace un ruido parecido al de la bocina de una bicicleta. No parece ser consciente de lo que está pasando a su alrededor. Hasta que por fin sale de su mundo, levanta la vista y ve a los dos policías uniformados. Y entonces es cuando empieza a correr.

Ese alguien, según la ficha policial que han visto en la comisaría de Zapadores, es Jamonyqueso, y Hacha, incluso con los kilos que ha cogido en los últimos tiempos, no tarda ni siete segundos en alcanzarlo, ya en la calle.

—Yo no he hecho nada, agentes, se lo juro, no he hecho nada —dice Jamonyqueso visiblemente nervioso.

—Y si no has hecho nada, ¿para qué mierdas corrías?

—No corría.

—Ya, claro. Mira, Jamonyor, no queremos nada de ti, solo que nos eches una mano con algo. Luego puedes volverte a ir a malvivir con tranquilidad.

Tanto Aitana como José aprecian el estado de nerviosismo paranoide en el que se encuentra Jamonyqueso, algo muy propio de los cocainómanos de largo recorrido. Se lleva una mano a la boca para morderse las uñas de forma compulsiva, pero apenas tiene uñas que morder, tan solo un reborde carnoso humedecido. Le faltan la mitad de los dientes y su mirada no se detiene ni un momento. Sus ojos están ligeramente hundidos, sus labios agrietados y sus mejillas excavadas en los huesos de la cara, rasgos que denotan un importante grado de malnutrición y deshidratación.

Hacha, viendo que Tomás Vidal, nombre oficial de Jamonyqueso, está a punto de sufrir un microinfarto, decide asustarlo aún más. Así que lo agarra por el cuello de la camisa y se lo acerca hasta casi rozarlo con los pelos de la barba.

No hace falta que diga nada, solo lo mira mal, muy mal, y el yonqui empieza a llorar. Hacha le pregunta por Aoki, le dice que sabe que son

amigos y que necesitan saber todo lo relacionado con el japonés: dónde vive, a qué se dedica, quiénes son sus amigos y si se ha metido en algún lío últimamente. José Raya tiene algo de salvaje, de animal indómito, algo que da miedo. Aitana lleva una mano hasta el fornido brazo de su compañero cuando ve que Jamonyqueso está cada vez más aterrado, verlo llorar con ese desmedido pavor le está afectando más de lo normal.

Y cuando el yonqui está a punto de decirles todo lo que sabe, los dos agentes pueden oír perfectamente cómo se aproxima el estruendo de un motor de competición. Jamonyqueso, que también lo ha oído, levanta las cejas sin ningún disimulo.

—¿Es él? —pregunta Hacha.

Jamonyqueso asiente con energía, como el conejito de las pilas Duracell. Se mordisquea el labio inferior porque Hacha lo tiene maniatado de tal forma que no le permite morderse las uñas. Parece un zombi a punto de comerse a sí mismo.

José y Aitana tratan de reorientar sus oídos hacia ese potente ruido en movimiento. Y se dicen que, casualidades de la vida, Aoki está en el barrio, de eso no cabe duda, pero es posible que solo esté de paso. El ruido se hace más fuerte, se acerca, Aoki acelera y decelera, frena y, de pronto, como una estrella fugaz, los dos agentes y el propio Jamonyqueso lo ven pasar con su Córdoba rojo al final de la calle Plus Ultra, en la intersección con la Carretera de la Fuente de San Luis.

No hace falta que digan nada, los dos policías saben lo que han de hacer. Corren a su coche y, sin ni siquiera ponerse los cinturones de seguridad, empiezan una peligrosa persecución por el centro de la ciudad.

—Pon las luces y la sirena, Hacha, no vayamos a tener un susto —dice Aitana llevándose las manos al abdomen.

—Y un carajo, no voy a poner la chicharra para que el pájaro sepa que llegamos.

José sigue el rastro del Seat Córdoba y tuerce por La Plata, después por la avenida Ausiàs March, saltándose un par de semáforos en rojo, momento en el que Aitana, frunciendo el ceño, enciende la sirena y las luces sin pedir permiso. Hacha la mira de reojo, pero no dice nada, porque de nuevo ve que ella se sujeta el bajo vientre con la mano derecha. Y vuelve a prometerse que a partir de ahora estará más atento. Si estuviese embarazada, y le pasase algo por su culpa…

Los dos policías ven cómo el doble tubo de escape recortado del Córdoba se aleja esquivando coches a lo largo y ancho de los cuatro carriles en sentido

oeste, aunque por suerte, llegando a la fuente de la Pantera Rosa, tiene que frenar para no ser arrollado por un autobús de la escuela del Villarreal C. F. que se ha saltado un semáforo en rojo. Y ahí es donde los dos agentes de la Brigada consiguen por fin recortar la ventaja que el japonés les llevaba.

La persecución continúa por las calles Filipinas, Literato Azorín y Sueca, en pleno barrio de Ruzafa, el llamado SoHo valenciano. El problema de ese barrio, meca de los *hipsters* y lo *underground*, es que muchas de sus calles son tan estrechas que apenas cabe un solo coche; las aceras ocupan casi más espacio que la calzada y algunas no tienen ni bordillo. A pesar de no ser peatonal, está pensado para transitar andando, no en coche. En el cruce de Sueca con Puerto Rico, más o menos a la altura de la mítica bocatería El Rus, las ruedas traseras del Córdoba de Aoki derrapan con violencia cuando trata de hacer un giro de noventa grados a la izquierda. Todo el lateral derecho del viejo Seat se incrusta con fuerza en los bolardos del chaflán ante la atenta mirada de dos jóvenes italianas que están haciendo el Erasmus en la ciudad.

Tras un par de segundos de ligera desorientación, Aoki intenta salir de allí pisando a fondo el acelerador, pero su coche se ha quedado atrapado entre dos bolardos de un metro de alto. Cuando abre la puerta para salir corriendo, su cara se encuentra de frente con la de José Raya.

—Vale, zagal, el paseo se acaba ya.

A pesar de los gritos del oriental y de que tiene la nariz rota debido a un probable golpe con el volante, Hacha no tarda ni un minuto en ponerle las esposas, tiempo que Aitana emplea en pedir refuerzos antes de llamar a una grúa. En cuanto llega una patrulla de apoyo, y sin esperar a la ambulancia para que atiendan la fea herida de Aoki en la nariz, se lo llevan a la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Valencia para empezar cuanto antes con el interrogatorio y que les diga todo lo que sepa sobre su amigo Iván, a quien todo el mundo se refiere ya como el Repartidor.

—En comisaría tenemos muy buenos médicos, verás qué bien te atienden, socio —dice Hacha cuando introduce a la fuerza la cabeza de Aoki en la parte trasera del coche patrulla.

24

EN LAS ENTRAÑAS DE LA CIUDAD

Lo primero que sienten al introducirse en el estómago de la ciudad es un fuerte olor a podrido. Un hedor que penetra en sus fosas nasales con rapidez y que se asienta en la base de la garganta como una amenaza de vómito. Lo segundo es un frío húmedo parecido al que producen los síntomas gripales. La red de acequias y alcantarillado a la que acaban de acceder es más intransitable e inhóspita de lo que imaginaban.

El agente de la Unidad de Subsuelo que los acompaña se llama Alberto de la Huerta, pero todos lo llaman Papi porque es padre de cinco hijos, algo inusual en los tiempos que corren. Es quien va primero, quien alumbra el camino, tras él van la inspectora Bru, Víctor Israel, el subinspector Císcar, el Niño y el Viejo.

—Por mucho que diga Miralles, yo no las tengo todas conmigo de que podamos llegar hasta En Corts desde aquí —dice el Papi introduciéndose hasta media rodilla en el interior de un colector.

—Tú inténtalo, a ver hasta dónde llegamos —responde Víctor alzando la voz.

—No, si lo intento…

El chapoteo en las aguas residuales del colector por el que tratan de avanzar, sumado a la escasa iluminación, hace que todos sientan cierto estremecimiento y que guarden silencio, que a su vez es uno de los mejores amigos del miedo.

—¿Va a ser todo el camino así? —pregunta el teniente Israel con cierto reproche.

—¿Por qué no os habéis traído botas? ¿No os ha dicho Toni Blasco que aquí se viene con botas de agua?

—El problema no es el agua, Papi, yo diría que más bien es la oscuridad —dice el Viejo desde la cola de esa improvisada expedición.

Nadie se opone a esa impresión. A pesar de que cada uno lleva una linterna, el baile de luces y de sombras que ellos mismos producen, sumado a los continuos ruidos de procedencia desconocida, no crea un entorno precisamente agradable.

Tras unos cuantos metros más a lo largo de ese putrefacto colector, el Papi los conduce hasta uno de los brazales más importantes de la acequia de Rovella, conocido como el Tros Alt, el cual tiene las aguas estancadas y negras como el petróleo.

Para acceder a él tienen que subir un murete de un metro de altura. Primero lo hace el Papi, y luego la inspectora Bru, momento en el que Víctor Israel aprovecha para tocarle el culo cuando se ofrece a ayudarla sin esperar respuesta.

—¿Se puede saber qué ha sido eso, teniente? —dice Bru con enfado.

El Papi sigue avanzando por el Tros Alt, ajeno a lo que pasa tras él.

—¿Qué ha sido el qué? —Israel responde con una sonrisa burlona, con chulería. Sus ojos parecen brillar mucho más en la oscuridad, es como si la cloaca fuese su hábitat natural.

Elísabet se fija en los duros rasgos de su cara. Sus prominentes cejas. Su frente ancha y de bordes rectangulares. El marcado tabique de la nariz. Su mandíbula cuadrada.

—¿Qué pasa, Eli? —dice Ángel viendo que su superiora rara vez reacciona así.

Tanto el Viejo como el Niño tratan de saber qué ha pasado y también se acercan hasta su jefa. Los dos intuyen que el teniente de la Guardia Civil ha hecho algo indebido, aunque no imaginan el qué.

—¿Se encuentra bien, inspectora? ¿Un poco mareada, tal vez? —dice el guardiacivil con ironía.

Bru, tras valorar rápidamente los pros y los contras de empezar una discusión que muy probablemente acabará mal, se dice que lo último que necesitan es ralentizar aún más la complicada investigación. Y lo último que necesita ella es un enfrentamiento de ese calibre. En el fondo teme que, si alguien golpea con fuerza ese frágil cascarón bajo el que se cobija, se romperá en mil pedazos como una vieja figura de porcelana, y entonces todo el mundo verá que, bajo él, no había nada. Pero, por otra parte, hay algo en ella que ya empieza a cansarse de retrasar lo inevitable, y ese algo le dice a veces que no debe esquivar «el gran golpe», que tal vez debería dejar que ocurriese de una vez. Y a ver qué pasa después.

—No ha sido nada, sigamos. Pero por si alguien lo ha olvidado, hace solo unas horas alguien utilizó estos túneles para escapar después de haber secuestrado a un indefenso bebé. Solo espero, por su bien, que nadie esté tratando de obstaculizar la búsqueda. —Cuando la inspectora Bru dice esto, se dirige al teniente Israel. Sabe que está intentando desestabilizarla porque todavía le dura el enfado por no haber sido informado de todo inmediatamente. Esa parece ser su forma de dejar patente que cuando es ignorado, él es capaz de hacer cosas que duelen.

Tras unos cuantos metros más en los que todos guardan silencio, el teniente vuelve a acercarse todo lo que puede a la inspectora Bru y, pegando la boca a su oreja para que nadie más lo pueda oír, vuelve a contratacar:

—Me ha encantado, inspectora, lo tiene duro, como me gusta, cuando quiera quedamos. Le prometo que la dejaré satisfecha, más que su amigo el negro.

Bru no responde en esta ocasión, pero siente cómo arde su interior al ver que el teniente ya ha tenido tiempo de averiguar que Brandon la visita de tanto en tanto. Solo espera que no sepa lo que ella y Brandon hablan. Eso no solo implicaría que Brandon, en quien confía, la hubiese traicionado, sino también que el teniente sabría cómo es ella en realidad. Su única respuesta es el fuerte codazo que le da al teniente en la boca del estómago para quitárselo de encima. Víctor Israel aúlla y después ríe como al que le están haciendo cosquillas.

—¿Todo bien, Eli? —vuelve a preguntar el subinspector Císcar al ver la extraña reacción del teniente a un par de metros delante de él.

—Tranquilo, Ángel, todo bien.

La expedición continúa sin más contratiempos hasta que llegan al barrio de En Corts, donde se supone que termina la acequia de Rovella, y avanzar a partir de ahí es prácticamente imposible.

—Pues al parecer tenía razón Carmelo —dice el Papi enfocando con la linterna los peldaños de acero de la escalera de pared que conduce al exterior —. Si no me equivoco, estamos ahora mismo bajo una pequeña calle del barrio de En Corts.

Mientras el Papi mira si la tapa que hay sobre sus cabezas ha sido abierta hace poco, algo que no tarda ni treinta segundos en constatar, el resto de los policías continúa inspeccionando el suelo buscando algún tipo de prueba de que el Repartidor huyera por ahí con Samuel, con cuidado de no caer en el interior de las oscuras y estancadas aguas de la acequia.

No tardan en descubrir dos cosas de vital importancia. Primero, un par de colillas de la marca Fortuna con muestras de llevar allí muy poco tiempo. Y muy cerca de esas dos colillas, una diminuta pelotita de papel. Es un tique de Mercadona cuya fecha es de solo hace dos días. Pero lo mejor de todo es el contenido de la compra, que aún se lee borrosa: cervezas, patatas fritas, queso en lonchas, pan de molde, salchichas enlatadas y, lo más importante, un paquete de pañales Deliplus de la talla tres y un bote de leche en polvo de continuación tipo 2, la que se usa con los bebés mayores de seis meses.

En el tique también pueden leer la dirección de ese Mercadona: calle del Pintor Matarana, en pleno barrio de Benicalap.

El equipo se llena de optimismo, las pruebas que han encontrado son mucho mejores de lo que habían imaginado cuando bajaron al estómago de la ciudad, y entonces piensan: «Ya es nuestro».

Pero ese optimismo desaparece con rapidez cuando ven que, flotando en la acequia, emerge un bulto de algo parecido a un cuerpo. Durante los siguientes dos segundos a todos se les para el corazón. Todos se preguntan: «¿Es eso el cuerpo de Samuel?».

Y todos se responden: «Por Dios, que no lo sea».

Cuando el teniente Israel, con el corazón en la tráquea, se acerca lo suficiente hasta ese bulto menudo y difuso para darle la vuelta, todos respiran con alivio al comprobar que no se trata del cuerpo de ninguna persona, tan solo es un osito panda de peluche. El inseparable amigo con el que Samuel duerme cada noche.

25

AOKI HAYASI

La Jefatura Superior de la Policía Nacional de la Comunidad Valenciana ocupa una manzana entera, y se encuentra en una de las zonas de mayor tránsito de la ciudad, justo en el punto en el que la Gran Vía Ramón y Cajal pasa a denominarse Gran Vía Fernando el Católico, en el barrio de La Roqueta.

El gigante arquitectónico es como unos grandes almacenes dedicados a las Fuerzas de Seguridad del Estado. Alberga desde una academia para suboficiales hasta un acuartelamiento, por no hablar de las oficinas administrativas y el espacio destinado a detenciones, calabozos e interrogatorios. Aoki acaba de estrenar la sala de interrogatorios número siete, ubicada en la planta baja, y su nariz todavía sangra.

Lo han sentado en una silla de metal, la más incómoda que han encontrado en los grandes almacenes policiales, porque lo último que desean es que Aoki esté a gusto. También han apagado el aire acondicionado por ese mismo motivo. Le han quitado las esposas porque no consideran que haya riesgo ni de agresión ni de autolesión, luego le han ofrecido un cigarro, tal y como él mismo ha pedido una infinidad de veces, pero no se lo han dado. Sus ganas de fumar aumentan al sentir que tiene tan cerca aquello que desea, y su nerviosismo también crece segundo a segundo. Todo forma parte de una estrategia de desgaste, de maduración.

—No podéis retenerme aquí, va contra mis derechos, quiero un abogado ya, os voy a denunciar a todos y se os va a caer el pelo, maderos de mierda.

Aoki Hayasi acaba de cumplir veinte años, sus dos padres son japoneses y ambos trabajan en su propio restaurante, él nació en Valencia, odia el sushi y habla el castellano perfectamente, así que es y se siente tan español como cualquiera de sus amigos de padres valencianos.

José Raya, que es quien está haciéndole compañía hasta que llegue Elísabet Bru, ríe con cada uno de sus comentarios.

—Para empezar, socio, sí podemos retenerte aquí; por si no lo sabías, en este país la conducción temeraria agravada es un delito que puede estar penado hasta con cinco años de cárcel. Te recuerdo que has estrellado tu coche a casi cien kilómetros por hora en una vía que no permite ir a más de veinte; no has atropellado a alguien de puro milagro.

—Tú flipas…

—No, el que flipas eres tú, zagal.

Aoki se ha ofendido al escuchar la referencia al país. España es lo único que ha conocido en su vida, pero desde que tiene uso de razón, la gente a su alrededor nunca lo ha considerado de su misma nacionalidad, tanto de forma consciente como inconsciente, para ellos será extranjero hasta que se muera. Siente el impulso de decir algo, pero antes de responder, ve cómo su nariz empieza a gotear sangre de forma más abundante.

—Joder, me cago en la puta, mira cómo tengo la nariz, ¿no me iba a ver un médico?

—Y te va a ver.

—¿Cuándo?

Hacha está cruzado de brazos, de pie, apoyado sobre una pared de la sala de interrogatorios, se encoge de hombros y sonríe sin responder. En la sala contigua están Aitana Enguix y el inspector jefe de la UDEV, Julio March, presenciando en una pantalla de cuarenta y dos pulgadas de alta definición cómo el policía sevillano hace tiempo hasta que llegue la encargada de interrogar a Aoki.

—¿Puedo saber a qué esperamos? ¿Me vais a denunciar o qué coño pasa aquí? Vale, iba un poco rápido, ¿y qué? Tampoco es para tanto, denúnciame o haz lo que te dé la puta gana, pero deja ya que me vaya, coño, tengo un montón de cosas que hacer. —Aoki está cada vez más nervioso.

Hacha no ha tardado en comprobar que no contestar a sus preguntas lo lleva peor que si estuviera dándole explicaciones, así que permanece callado en una esquina, solo lo mira.

Elísabet Bru, junto con el teniente Israel, el subinspector Císcar y los agentes Eduardo Buj y Carlos Gallach, llegan a la Jefatura y se dirigen directamente a la zona de detenciones. Antes de empezar con el interrogatorio, la inspectora da la orden de analizar las colillas y el tique de Mercadona con la mayor rapidez en busca de huellas dactilares y de restos de ADN, el osito de peluche solo les ha servido para confirmar que,

efectivamente, era igual al de Samuel. También le pide a su jefe que llame a Tráfico para que revisen las grabaciones de la noche anterior de todas las cámaras de vigilancia en el barrio de En Corts en busca del coche de Aoki. La teoría es que Iván, antes de subir a la superficie con Samuel en brazos por Alberola, que es una de las calles más oscuras y menos concurridas de En Corts y el lugar bajo el que han encontrado esas presuntas pruebas, estuvo esperando unos cuantos minutos a que llegase Aoki para recogerlo con su Seat Córdoba de competición y se lo llevase rápidamente de allí. Y mientras esperó, no pudo evitar fumarse un par de cigarrillos, y en algún momento de esa espera, quién sabe si sacando el mechero del bolsillo del pantalón, el paquete de tabaco o el teléfono móvil, se le cayó el tique de la compra que guardaba probablemente sin ni siquiera ser consciente de ello. El osito de peluche se le podría haber caído o, quién sabe, tal vez lo tiró él mismo por algún motivo que desconocen. Pero para que todo eso deje de ser una suposición y adquiera el peso de la evidencia, necesitan encontrar algún resto de ADN o de huellas en esas pruebas, y después cotejarlas con las del propio Iván, suponiendo que lo encuentren, y también necesitan alguna imagen que muestre que ese Seat Córdoba estuvo por el barrio a esas horas. Tampoco pueden descartar que, por muy amigos que sean, Aoki y el Repartidor podrían no haber colaborado en el secuestro. A lo mejor Aoki no lo recogió en la calle Alberola y fue Iván quien salió a la superficie sin ningún tipo de ayuda, corriendo el riesgo de ser visto por alguien. Aunque esa posibilidad no se correspondería con un secuestro tan bien planificado.

Tanto la inspectora Bru como el teniente Israel coinciden en que, suponiendo que el tique de Mercadona sea de Iván y teniendo en cuenta lo que compró, es probable que Samuel esté todavía con él, de lo contrario no necesitaría ni pañales ni leche en polvo. Y eso significa que, si pueden dar con él rápidamente, es posible que puedan recuperar a Samuel y devolvérselo a su padre sano y salvo antes de que cambie de manos. Todavía no se puede descartar que vayan a pedir un rescate, pero tras la cantidad de horas que han pasado sin haber tenido noticias, todo parece indicar que Iván va a entregar a Samuel a otras personas. Y cuando llegue ese momento será casi imposible seguirle el rastro. Así que tienen que darse toda la prisa del mundo y hacer que Aoki hable, que confiese que participó de algún modo en el secuestro del bebé.

La inspectora Bru ya ha dado la orden de desplegar varias patrullas por Benicalap, barrio de donde procede el tique de Mercadona, para que pregunten, busquen y encuentren a Iván. No pueden permitirse depender

exclusivamente de lo que diga Aoki. Una de las patrullas en las que piensa para esa tarea es la formada por los agentes Francesc Agulló y Yolanda Bernisz, los primeros en acudir al domicilio de Ignacio Durán tras la desaparición de su hijo. A Elísabet no le causaron muy buena impresión, pero vio en ellos una gran voluntad de ayudar, y a veces eso es lo que se echa en falta en gente más preparada: voluntad.

—Me da igual lo que me digáis, quitadme el carné si queréis, no me importa, de todas formas sé de sobra que no iré a la cárcel por esto —dice Aoki con chulería cuando la inspectora Bru y el teniente Israel empiezan mostrándole el serio aprieto legal en el que se encuentra.

Víctor Israel se ha negado a permanecer al margen del interrogatorio, y Elísabet Bru ha preferido que entre con ella a tener que perder más tiempo discutiendo.

—Yo te digo que pisas la cárcel, y que con un poco de suerte, igual ni sales —dice el teniente con contundencia.

Aoki tiene el pelo negro azabache y el flequillo largo, como la cortina de un probador de ropa, que le tapa media cara. A veces se lo echa hacia atrás moviendo el cuello a la derecha. Lleva varios anillos de plata en ambas manos. Las uñas largas. Complexión delgada. Cuando sonríe, como hace cada vez que sus interrogadores tratan de pintarle un futuro inmediato muy oscuro, deja ver la mayor parte de su dentadura, incluidos los dos implantes metálicos que tiene en sustitución de los dos premolares derechos.

—Flipáis mucho en esta comisaría, se os va mucho la cabeza, no sé qué tipo de mierda os metéis en el cuerpo, pero es buena.

Israel le ríe la gracia con una sonora carcajada; Bru, en cambio, no dice nada, solo observa sus rasgos. Solo trata de ver al niño que un día fue. Y siente pena por él porque cree que la persona que tiene delante todavía no se ha perdido del todo, piensa que todavía guarda algo bueno en su interior y que podría hacer algo honorable con su vida, pero eso nunca llegará a pasar si no cambia su actitud desde ya.

—¿Podrías decirnos dónde estuviste ayer por la noche, Aoki? —pregunta la inspectora con educación.

—Ayer por la noche…, déjame pensar…, en casa, estuve en casa.

—En casa, ¿eh?

—Sí, lo que ha oído, preciosa, en mi casa, con el aire acondicionado a tope viendo una peli de artes marciales mientras mis padres servían sushi a raudales, porque es eso lo que pensáis que hacemos todas las personas de ascendencia asiática, ¿verdad?

Ella asiente en silencio y saca una de las fotografías que capturaron de las cámaras de seguridad de Bankia en la que puede verse a Iván con el uniforme de Domino’s Pizza. Elude hacer comentario alguno a las insinuaciones racistas de Aoki.

—¿Conoces a esta persona?

—¿A cuál persona?

—A la de la foto.

—Yo solo veo una mancha borrosa, nada más. —Aoki mueve el cuello a izquierda y a derecha y echa la espalda hacia atrás. Ahora ya no se ríe, ni tampoco se aparta la cortina de pelo de la cara.

—Mira, Aoki, te voy a explicar con claridad cuál es la situación y qué es lo que queremos. Me parece que no tienes ni un pelo de tonto, y creo que hay una parte de ti que quiere hacer lo correcto y escoger bien, escoger lo mejor para ti y para todos. —Elísabet se toma medio segundo y nota cómo, detrás de ella, el teniente Israel resuella con fuerza.

Aoki la mira con seriedad. Su nariz por fin ha dejado de sangrar, la gran tumefacción que presenta se ha encargado de taponar la hemorragia.

—Anoche, tu amigo Iván, ese mismo que aparece en la foto, entró en casa de una persona después de haberla drogado y secuestró a su hijo, un bebé de solo siete meses. —Elísabet pone énfasis en la edad de Samuel y deja que sus palabras vayan calando en el interior de Aoki—. Después huyó con él por la red de acequias y alcantarillado hasta llegar a En Corts, concretamente a la calle Alberola; una vez allí, esperó a que tú llegases con tu Seat Córdoba, lo recogiste y os largasteis habiendo cometido un delito muy grave, pero, sobre todo, un delito que lleva camino de convertirse en algo todavía más grave. Tenemos pruebas suficientes para que tú no vuelvas a pisar la calle en mucho tiempo, y ya no solo la conducción temeraria, es otra cosa mucho más seria de lo que imaginas, aunque a lo mejor todavía podemos llegar a algún tipo de acuerdo si empiezas a colaborar desde ya y nos dices dónde están ahora el bebé y tu amigo Iván. A lo mejor podemos evitar que todo empeore aún más. —Elísabet sabe que no tiene ningún tipo de prueba que incrimine al cien por cien a Iván, ni mucho menos a Aoki; la cuestión es, ¿lo sabe él?

El joven coge aire con profundidad y se cruza de brazos. Su rodilla derecha sube y baja compulsivamente, golpeando el tablero de la mesa.

—¿Puedo fumar?

—Sí, claro, faltaría más. —Elísabet se gira en dirección al teniente Israel, que saca con desgana un paquete de tabaco arrugado del bolsillo derecho del pantalón.

Coge un cigarro y se lo lanza a Aoki, luego se acerca y, tras mirarlo con dureza y cierta solemnidad, enciende el mechero a una distancia tal que el detenido se ve obligado a estirar el cuello para llegar a la llama. Son trucos de intimidación, se dice la inspectora Bru, como los que ha intentado conmigo en los túneles. Ese es el juego del teniente, entre lo sucio y lo chabacano. Aoki estira el cuello y pone su pescuezo a merced de las grandes manos de Israel. Todos saben que no va a pasar nada, como también saben que si el teniente quisiera, en ese mismo instante podría… Son solo juegos de intimidación; algunos de los cuales, todo hay que decirlo, son muy buenos.

—¿Y bien? —pregunta la inspectora tras dejar que Aoki le dé un par de caladas al Ducados.

—Lo siento, pero no puedo hablar sobre algo que no sé, os juro que os ayudaría si pudiese, secuestrar a un bebé no me va, yo no sé nada de esa movida. Lo siento.

—No sabes nada —repite Víctor con ironía. Su voz es grave como la de un actor de cine de los años cincuenta.

—Efectivamente, no sé nada.

—Y tampoco conoces a la persona de la foto, a Iván.

Aoki mueve la cabeza hacia ambos lados.

—¿Y se puede saber por qué huías de la Policía si no has hecho nada?

—Yo no huía de la Policía, me gusta correr, nada más. Pueden multarme, ya se lo he dicho, o quítenme el carné, ya puestos, pero no van a endilgarme el marrón de otro, conmigo no tienen nada que rascar.

La inspectora y el teniente se buscan con la mirada, el chico no lo va a poner fácil. Ambos, desde su particular experiencia y punto de vista, intuyen que les está mintiendo, demasiadas horas frente a personas como Aoki. El teniente resopla como el que está a punto de hacer algo por pura obligación, algo que le produce hastío. Se quita los dos anillos de oro de la mano derecha y el reloj de titanio de la izquierda. Se guarda todo en el bolsillo y se sienta sobre la mesa, apenas a medio metro de Aoki, que evita mirarlo a la cara y sigue fumando como si nada. La inspectora Bru reanuda su discurso antes de que el teniente le arruine el interrogatorio con sus trucos de intimidación.

—Aoki, me gustaría que reconsideraras tu postura, te aseguro que tenemos pruebas que os sitúan tanto a ti como a tu amigo en la escena del crimen, y también te puedo asegurar que hay veinte de los mejores agentes de esta ciudad buscando a Iván por Benicalap. Es posible que incluso en estos momentos estén entrando en su casa y poniéndole las esposas, es solo cuestión de tiempo que eso suceda, y entonces todo habrá acabado para

vosotros dos. Tu amigo Iván lo tiene realmente mal, es quien se llevó al bebé después de haber drogado a su padre, pero tú aún puedes hacer lo correcto, aún estás a tiempo de rectificar y escoger bien. Por favor, Aoki, dinos dónde está tu amigo y a lo mejor podemos hacer que tu implicación se quede en solo un apercibimiento. Supongo que tampoco está de más que sepas que he pedido que se revise el contenido de las cámaras de Tráfico que hay en todo el barrio de En Corts, y en cuanto tenga los resultados y vea que efectivamente no estuviste en casa ayer por la noche, la cosa se te va a poner fea de verdad.

Aoki sigue moviendo la rodilla derecha de forma compulsiva. Da la impresión de que se lo está pensando. Quién sabe. Le da una buena calada al cigarro y lo apaga en el cenicero. La inspectora Bru ha lanzado un órdago nombrándole el barrio de Benicalap a sabiendas de que no es seguro que Iván viva allí, a pesar de que la lista de la compra de Mercadona les sugería que sí. Aoki no parece haber desmentido tal cosa, ni con palabras ni con su comunicación no verbal.

—¿Tiene otro cigarro? —pregunta Aoki.

—Sí, por supuesto —responde Elísabet con cierta esperanza en la voz. Después mira a Víctor, que no le quita el ojo de encima al interrogado y tarda un par de segundos en darse por aludido y volver a llevarse la mano al bolsillo en busca del paquete de tabaco.

En cuanto Aoki le da un par de caladas a su segundo cigarro, mira hacia el techo, luego habla:

—Lo siento, pero ya os he dicho que no sé nada.

La inspectora Bru lamenta en el alma esa decisión.

El teniente Israel le da el primer tortazo al joven de solo veinte años. Uno tan fuerte que consigue tumbarlo de la silla.

Y Bru se dice que su equipo va a necesitar toda la ayuda que les sea posible reunir para buscar a Iván por Benicalap, porque Aoki ya no les va a decir nada, al menos no ahora.

26

LA VERDADERA BATALLA
Francesc Agulló

Por primera vez en mucho tiempo, Francesc se siente orgulloso de sí mismo. Su tutora le ha dicho que va por el buen camino, que si se sigue esforzando así, tal vez consiga mejorar su situación escolar y pueda encauzar sus estudios; terminar de una vez la ESO y, después, quién sabe, plantearse el bachillerato.

Hace tiempo que a Francesc nadie le dice que ha hecho algo bien, tanto que le cuesta recordar cuándo fue la vez anterior. Tanto que se siente extraño, como si la cosa no fuera con él.

Su rendimiento escolar siempre ha sido malo. Y en casa eso siempre ha sido un motivo de discusiones, gritos, llantos y desilusiones, por eso es tan importante para él y para sus padres la palmadita en la espalda que acaba de recibir por parte de Susana, su tutora desde hace tres años. Pero a pesar de todas las limitaciones para el aprendizaje que pueda tener, él también sabe que si hay algo a lo que nadie le gana es a fuerza de voluntad. Cuando se propone algo, va a por eso hasta el final, a pesar de que, muchas veces, para llegar al cinco necesite ser un diez.

Así que Francesc tiene motivos de sobra para sonreír, ha llegado al cinco y quiere ver la alegría en el rostro de sus padres. Necesita que lo feliciten, que le digan que lo está haciendo bien; necesita que, por una vez, se sientan orgullosos de él. Porque sabe que, de lo contrario, se vendrá abajo. En cierto modo es normal, solo tiene quince años, y lo que digan, piensen y opinen sus padres, para él es lo más importante. Aunque Francesc tiene una gran fuerza de voluntad, su autoestima se

resiente con facilidad, y eso es algo que él también sabe. Cuando llega a casa y se dirige al salón, oye algo que hace que todo cambie. Sus padres están hablando con seriedad, y él se acerca con sigilo a la puerta. No entra. Quiere oír lo que dicen, pero no quiere que sepan que está ahí, no quiere que lo vean porque entonces se acabó la sinceridad, se acabó la verdad. Y la verdad es que están hablando de él, y por el tono, y por la intensidad, y por las palabras, la cosa no pinta nada bien.

Su padre dice que se acabó. Que está harto, que su hijo nunca llegará a nada en la vida. Dice que solo es una mula de carga, que cuanto antes lo acepten todos en esa casa, mejor. Dice que jamás llegará a nada en la escuela, su inteligencia es muy justa, y harían bien empezándolo a acostumbrar a que para vivir se ha de trabajar. Trabajar de verdad.

Lo peor de todo es que su madre, que siempre lo ha defendido, a pesar de que emplea un tono distinto y con cierto aire de lamentación, le da la razón. Incluso propone algún que otro oficio de carácter puramente físico que podría irle bien.

Su padre responde que no, que para todo eso se han de tener ciertos conocimientos que su hijo no tiene, se ha de ser meticuloso, y su hijo no lo es, se ha de ser habilidoso, y su hijo es muy torpe. Así que la propuesta de su padre es que sea peón de obra. Cargar sacos de arena y preparar pasta de cemento puede que sea algo que no haga del todo mal.

Y su madre, de nuevo con ese tono de lamentación, dice que le parece bien. Así que, de mutuo acuerdo deciden que, en cuanto su hijo cumpla los dieciséis, dejará el instituto y empezará a trabajar. Deciden su futuro como si estuviesen firmando un contrato de por vida y la vida fuese algo con lo que poder negociar.

Las lágrimas empiezan a brotar con fuerza de los ojos de Francesc. Se da media vuelta y sale de casa tratando de no hacer ruido.

Lo que más le ha dolido no ha sido lo que ha escuchado, ya le han dicho cosas mucho peores en la vida. Tampoco lo que han decidido sus padres sin haberle consultado, a pesar de que no es eso lo que él quiere. Lo que más le ha dolido, sin duda alguna, es que hayan dejado de creer en él. Han tirado la toalla e incluso han abandonado el

estadio sin ni siquiera haber oído el pitido final del árbitro.

Y tras derramar unas cuantas lágrimas, Francesc se dice que es ahora cuando empieza la verdadera batalla.

27

SU GRAN OPORTUNIDAD

El agente Francesc Agulló se levanta con un terrible dolor de cabeza. Las cejas y otros músculos de la frente se le retuercen de tal forma que hace que su rostro se desfigure. Pero el dolor pasa a un segundo plano cuando ve el mensaje de su teléfono móvil que lo ha despertado. Es la inspectora Bru, y les está pidiendo a él y a su compañera su colaboración expresa para continuar la búsqueda del bebé secuestrado. En caso afirmativo, le dice, ella misma se encargará de arreglarlo con sus superiores para que no tengan problemas con los turnos de trabajo, las competencias profesionales por pertenecer a otra unidad y ese tipo de flecos burocráticos.

Francesc responde antes de siquiera habérselo comentado a Yolanda, que todavía duerme a su lado. Esa es la gran oportunidad que estaba esperando, la que lleva media vida buscando.

—Vamos, Yolanda, despierta, tenemos trabajo, nos han llamado. —Francesc la zarandea a la altura de las caderas. A su cabeza llegan recuerdos en forma de destellos de la juerga que se corrieron tan solo unas horas antes. Contempla el cuerpo desnudo de su compañera y se asusta porque tiene la impresión de estar viéndolo por primera vez de verdad, por primera vez estando sereno. Y eso le hace sentir vértigo. Se pregunta: «¿Tanto me he estado pasando?».

—¿Qué quieres? Déjame dormir, es muy pronto —responde Yolanda con los ojos cerrados.

—La inspectora Bru nos ha pedido que la ayudemos con la investigación, Yolanda, y ya le he dicho que sí.

Yolanda ladea un poco la cabeza y abre el ojo izquierdo con mucho esfuerzo. Le duele todo. Su gran oportunidad no tiene que ver con ir detrás de un bebé. Su gran oportunidad, la verdad, es que no tiene ni idea de cuál es.

—Ve tú, yo no puedo ni con mi alma.

—Ni hablar, de eso nada, vamos los dos, formamos un equipo. Voy entrando en la ducha, allí te espero.

—Pero ¿qué hora es? Si acabamos de acostarnos, no puedo ni abrir los ojos…

Antes de que Yolanda pueda decir algo más, Francesc sube las persianas de la habitación y deja que entre la escasa luz que llega a esas horas hasta la calle Roteros. Yolanda no tarda en sentir las molestias que le ocasionan los débiles rayos de sol que llegan hasta sus ojos, y maldice a su compañero, primero internamente, luego a voz en cuello.

Francesc vive de alquiler en uno de los barrios con más historia de Valencia, el milenario barrio del Carmen, en pleno distrito de Ciutat Vella, el casco antiguo de la ciudad. Se mudó allí cuando consiguió el traslado a Valencia, tan solo tres años después de haber aprobado la oposición de policía nacional, y escogió ese barrio en concreto porque, según él, quería vivir la vida en todo su esplendor, vivir al máximo, y el barrio del Carmen es y siempre ha sido uno de los más concurridos a nivel artístico, social y cultural. Un lugar en el que vivir experiencias únicas.

Pero tras casi un año viviendo a tan solo unos cuantos metros de las imponentes torres de Serranos, una de las antiguas puertas fortificadas de la Valencia medieval amurallada, empieza a sentir que esa etapa ya hace tiempo que ha acabado, que lejos de estar viviendo la vida, la está desperdiciando. Porque a veces, y eso es algo que él ve todos los días como policía, la gente confunde pasarlo bien con meterse veneno en el cuerpo, y para cuando se dan cuenta ya está el daño hecho, y él hace tiempo que quiere acabar con eso y empezar de nuevo.

Se da una ducha rápida y se siente mejor. Cuando vuelve a la habitación, Yolanda, que al menos ha logrado sentarse al borde de la cama, está terminando de esnifar una raya de cocaína.

—¿Estás de coña, Yolanda?

—¿Qué pasa, no puedo? Habló el santo. ¿Cómo quieres que me levante con la tralla que nos dimos anoche? —Yolanda observa la tensa actitud postural de su compañero, que la mira con reproche sin decir nada.

—Quedamos en que nunca trabajando, ¿o no?

—Sí, pero se supone que hoy no trabajábamos, así que me parece que puedo permitirme hacer una excepción, digo yo.

Francesc, que nunca ha sido bueno con las palabras y sí con lo de perder los nervios con facilidad, prefiere no decir nada, aunque su cara lo dice todo. Tampoco fue nunca de tomar drogas, y sin embargo…

Se empieza a vestir con rapidez y Yolanda se acerca poco a poco a él tratando de hacer las paces. Cuando Francesc se sienta en la cama para calzarse las botas, Yolanda lo abraza cariñosamente por detrás.

—¿Por qué no nos quedamos un ratito más y después vamos a desayunar al 16? —dice Yolanda acariciando los hombros y los pectorales de Francesc.

—Mira, Yolanda, por si no te has enterado, alguien secuestró anoche a un bebé, y la inspectora Bru nos ha pedido ayuda para encontrarlo, ¿qué parte no entiendes de todo esto? ¿Qué parte de la cabeza no te funciona?

Yolanda se toma a mal el comentario de su compañero y se aparta de él con desprecio.

—¿Qué pasa? Es porque te pone la inspectora esa, ¿no? Y quieres quedar bien con ella, ¿verdad?

—No digas tonterías.

—Di la verdad, ¿te la follarías?

Francesc resopla y se lleva la mano derecha a la cara. Se está empezando a poner nervioso.

—Venga, di, ¿te la follarías o no?

—Eso a ti no te importa.

Yolanda ríe con ironía.

—Lo sabía, se te ve a la legua que babeas por esa pija de mierda, el que decía que no le gustaban las rubias, y ahora mira…

Francesc vuelve a hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar, para no caer en las provocaciones de Yolanda.

—Haz lo que te dé la puta gana, Yolanda, pero que te quede bien claro que yo a ti no tengo que darte ningún tipo de explicación sobre quién me gusta y quién no. Si no recuerdo mal, entre tú y yo no hay absolutamente nada, así que deja de comportarte como si fueses mi novia o algo, joder, y vístete ya, coño.

Ahora es Yolanda quien le apunta con un dedo y lo señala un par de veces antes de hablar.

—Te juro aquí y ahora por mi madre muerta que no vas a volver a follarme en tu puta vida, subnormal, ni lo sueñes. Por supuesto que no somos nada, nada de nada. Y como te atrevas tan solo a rozarme un pelo desde hoy, te prometo que te denuncio por acoso.

Antes de que Francesc pueda responder, ve cómo Yolanda se encierra rápidamente en el cuarto de baño. A continuación, oye el agua de la ducha y acto seguido la oye llorar.

Esa es su gran oportunidad, la que siempre ha estado buscando, no le cabe duda, pero no a nivel profesional, por supuesto que no, sino a nivel personal. Esa es su gran oportunidad de hacer algo realmente bueno para salir del oscuro túnel en el que está metido, para alcanzar ese reconocimiento paterno que nunca ha tenido. Le costó un esfuerzo titánico aprobar la oposición de policía, y durante un tiempo creyó ver que, por fin, sus padres creían en él, que era alguien capaz de hacer lo que se propusiese. Pero los días, meses y años fueron pasando, y las malas miradas y los descréditos poco a poco volvieron. Hace tiempo que está al borde de perder la esperanza, y por primera vez desde que tiene uso de razón, ha pensado en tirar la toalla, en rendirse. Se dice que esa batalla por conseguir el respeto y la admiración de sus padres nunca la va a ganar. Y de ahí su tendencia a las drogas. Al refugio en la evasión. Por eso se ha dicho que, si consiguiese hacer algo grande de verdad, algo tan grande como rescatar a ese bebé de siete meses, entonces, tal vez…

En menos de media hora, tanto él como Yolanda, que se ha subido al coche sin decir nada, pero con los ojos todavía humedecidos, ponen rumbo a Benicalap. Ninguno hace mención a la fea discusión que acaban de tener, algo que no es la primera vez que pasa. No hablar las cosas es la forma que conocen de no tener que pedir perdón por una mala contestación o de no enfrentarse a tener que reconocer que han cometido un error.

28

BENICALAP

Nadie dice conocer a Iván en Benicalap, al menos no al Iván que puede verse en la foto de Bankia. Pero de todas las personas con las que han hablado, al menos media docena antes de responder han incurrido en la pregunta del millón: «¿Qué ha hecho?». Esa pregunta provoca que los policías sospechen que esas personas sí lo conocen, pero no saben si delatarlo será cosa buena o no. Obviamente, ningún policía ha dicho que Iván es sospechoso de haber secuestrado a un bebé, pero ni con esas han conseguido que alguien dijese algo.

Los cuatro agentes de la Brigada, además del subinspector Císcar, han ido personalmente al Mercadona donde se supone que Iván hizo la compra la víspera del secuestro, el jueves. Han hablado con el jefe de tienda para preguntarle si el establecimiento dispone de las grabaciones de las cámaras de seguridad y también si podría decirles quién estaba atendiendo la caja registradora que figura en el tique de compra.

El jefe de tienda les ha dicho que sí tienen cámaras de seguridad, pero solo guardan las imágenes durante un día; luego, si no ha habido incidencias, las borran. Mala suerte. Habla como si el problema fuese de la Policía. También les informa que las cajas registradoras son utilizadas de forma indistinta por varios trabajadores durante la jornada, que lo único que puede darles es el listado de los que estaban de turno el jueves por la tarde.

Ninguno de los cinco trabajadores que pudieron estar en la caja registradora en el momento en el que se efectuó esa compra dice estar seguro ni de haber visto a ese joven ni de conocerlo. Aunque tampoco lo niegan con rotundidad. «Podría» es la palabra que más utilizan. «Podría haber hecho aquí la compra, ¿por qué no?», o «Podría ser del barrio, quién sabe, es difícil saberlo en un lugar donde todos los chicos de esa edad parecen cromos».

Benicalap fue en sus orígenes una alquería árabe cuya actividad principal era el cultivo de la tierra, como gran parte del resto de Valencia. A medida que fue creciendo, se convirtió en un pueblo independiente y, ya en el siglo XIX, fue anexionado por la ciudad pasando a ser uno de sus distritos, el número dieciséis.

Hoy Benicalap es uno de los barrios que más ha sufrido la crisis del ladrillo. El precio de la vivienda lleva cayendo en picado desde hace más de una década, dando lugar a zonas desfavorecidas y con pocos recursos. El resultado final ha sido el paulatino aumento de problemas sociales como las drogas, la ocupación ilegal, la prostitución, los robos y la suciedad en las calles. A todo ello se le suma que es un barrio de cuarenta y cuatro mil habitantes con una extensión geográfica considerable. Todo en conjunto lo convierte en una zona difícil de abarcar en una investigación.

Y todo se complica aún más porque es sábado, y los sábados por la mañana tiene lugar en el barrio uno de los mercadillos ambulantes más importantes. Cerca de quinientos puestos repartidos en más de diez calles en los que la ropa *vintage* o las imitaciones de las marcas más conocidas son el principal gancho comercial. Miles de personas danzan arriba y abajo en un incesante trasiego de personas que, muchas veces, van hasta allí sencillamente porque les gusta ir allí, es algo que forma parte de su cultura y llevan haciéndolo toda la vida, es una bonita forma de relacionarse con la gente del barrio en un ambiente festivo, sin prisas, mirando de cara el ansiado fin de semana.

No es hasta las tres del mediodía, tras el cierre del mercadillo, cuando empiezan a desembozarse las calles y se quedan solo los que viven allí. Es entonces cuando los más de veinte policías que se han desplazado hasta allí pueden desplegar sus recursos con más comodidad.

Los cuatro agentes de la Brigada se dividen como siempre en dos parejas. El Viejo y el Niño por un lado, y Hacha y Aitana por otro. El subinspector Císcar prefiere ir por libre, como siempre que no está con la inspectora Bru.

El Viejo y el Niño visitan las zonas más humildes: corrillos de vecinos jugando a las cartas sobre una mesa plegable, bares donde suele haber más gente fuera que dentro, bancos de piedra con chicos sin camiseta sentados sobre el respaldo y hablando más alto que claro.

Eduardo Boj ha echado mano de un par de antiguos contactos, pero los dos se han cerrado en banda rápidamente, como los cuernos de un caracol cuando alguien los toca. El Gato, tras la humillación sufrida a manos del teniente Israel, debe haber corrido la voz de lo que le han hecho para que

todos le den la espalda al Viejo. El Niño, por su parte, que ve que la partida no termina de desencallarse y aun se está jugando en el centro del tablero, teme sufrir el síndrome de Kótov: cuando un jugador se pasa mucho tiempo pensando en una misma jugada, termina por precipitarse y escoger la peor opción. Así que decide tomar la iniciativa, como el que adelanta los dos alfiles hasta la misma línea de defensa del enemigo, aunque ello haya supuesto dejar una columna abierta. Sugiere ir directamente a una de las peores zonas del barrio, la de la antigua sede de la Iglesia Cristiana Redimida de Dios, la congregación religiosa de origen nigeriano. Carlos Gallach, que debido a su tartamudeo se comunica más por señas y por lenguaje de signos que con su propia voz, dice que en esa zona hay un alto índice de viviendas desocupadas, y que Iván podría estar escondido en alguna. Al Viejo, que ya ha visto de todo en esta vida, le basta con que algo guarde cierta coherencia para que le parezca bien, así que se dirigen a esa zona, aún a sabiendas de que puede ser peligroso.

Hacha y Aitana preguntan en las zonas del barrio donde se supone que se reúne la juventud, pero siendo las horas que son, en agosto, y encima sábado, apenas se encuentran con dos o tres jóvenes que dicen no saber nada. Muchos deben estar refrescándose en la piscina municipal, una de las más grandes de la ciudad, tirándose por sus toboganes y llenando el agua de crema solar. Ambos han rehusado entrar allí a preguntar para no convertirse en la atracción del día.

El problema de una investigación de ese calibre en un barrio que aún conserva la cercanía, la familiaridad y el hermanamiento de los habitantes es que rápidamente se corre la voz de que la Policía anda a la búsqueda de alguien, y ese alguien suele enterarse de que van tras él antes de que lo encuentren, disponiendo de tiempo suficiente para huir o esconderse. Así que a medida que pasan los minutos, el llamado factor sorpresa va desapareciendo, y entonces solo queda seguir insistiendo por aquello de ¿y si…?, aunque las probabilidades de éxito disminuyan minuto a minuto.

Todos preguntan por Aoki, por Iván y por Claudia, con la excepción del subinspector Císcar, que ha decidido emplear otra estrategia y preguntar solo por la chica. Y lo ha hecho empleando una de sus mejores armas de seducción y persuasión: su belleza, algo que siempre ha ido con él y que desde que tiene uso de razón ha hecho que la gente baje la guardia. «Lo bello es siempre bueno». El efecto Halo es uno de los sesgos cognitivos más estudiados en psicología: defiende la tendencia de gran parte de la población a pensar bien

de alguien únicamente por su belleza. Y ese efecto, en el caso de Ángel Císcar, alcanza sus mayores cotas.

Y es así como consigue que alguien hable.

—No se habrá metido en ningún lío, ¿verdad, agente? —pregunta Purificación Bellido con un lamento en el rostro.

Puri, que así es como todos la llaman en el barrio, debe rondar los sesenta y ha dejado en el suelo las dos pesadas bolsas que contienen los «cuatro trapitos» que ha comprado en el mercadillo para poder manosear con total libertad los brazos del joven subinspector, que como es natural en él, se deja querer.

—Nada de eso, mi querida señora, precisamente necesito hablar con ella cuanto antes para evitarle problemas. Le puedo asegurar que no hay nada que me preocupe más que evitar que algo malo le pase a una jovencita como Claudia.

—Claudia es una buena niña, ¿sabe? La conozco desde que nació, es hija de mi amiga María José, que en paz descanse, y le juro que es muy buena, se lo juro, pero desde que su madre murió a manos de un desalmado, no es la misma.

—Vaya, eso debió ser terrible. Imagino que no debió ser fácil para Claudia.

—No lo fue, créame. Pero lo peor de todo es que poco tiempo después se empezó a juntar con malos chicos, y ellos son los que al final la llevarán por el mal camino.

—Pero eso no pasará si me dice dónde puedo encontrarla y hablo antes con ella.

—¿De verdad?

—Tiene usted mi palabra, señora. Y yo siempre cumplo con mi palabra, y más cuando se la entrego a una dama. —Ángel inclina ligeramente su torso hacia delante como un caballero del siglo XIX.

Y entonces Purificación Bellido, que siente cómo se le afloja el bajo vientre, le dice al subinspector Císcar lo que quiere oír, la dirección de su difunta amiga María José, el problema es que hace tiempo que Claudia ya no vive allí. La información de Purificación Bellido está desactualizada, su padre vendió la casa hará cosa de un año.

29

LA CIUDAD MÁS CALUROSA DEL MUNDO

«Para tu información, y por si aún no te has dado cuenta, vivimos en la ciudad más calurosa del mundo. No te olvides de traerte mañana el bañador».

Hipérbole: Exageración de la realidad para guiar la atención del lector hacia un punto concreto o enfatizar una idea determinada.

Cuando Álvaro Bru tiene ganas de jugar es capaz de pasarse horas y horas tratando de captar la atención de su hija, pero Elísabet no tiene el cuerpo para figuras retorcidas, no tiene el cuerpo para las cosas de su padre, no tiene el cuerpo para nada, así que elude responder aun a sabiendas de que, si no lo hace, pronto recibirá otro mensaje.

Aprovecha para ir al baño y tomarse otro Adderall. Durante las últimas dos horas las náuseas parece que han remitido y alberga la vana esperanza de que no vuelvan nunca más. Necesita dar un poco más de sí, porque de momento no está siendo suficiente. Cuando se mira al espejo, tras remojarse el cuello y la cara, ve algo que no le gusta: a ella misma en alta definición. Su piel se ve más pálida de lo normal, sus ojeras tienen un color más azulado y sus facciones están más marcadas que nunca. Tal y como le dijo Brandon, es posible que haya perdido peso. Se mira la cintura del pantalón vaquero y nota que, a pesar de llevar el cinturón apretado hasta el último agujero, le sobran un par de dedos. Luego se recoloca ese mechón de pelo rebelde y, como siempre, niega la evidencia.

La discusión con el teniente Israel ha sido muy intensa tras los dos guantazos que Víctor le ha dado al joven de origen japonés. Elísabet lo ha amenazado con denunciarlo si vuelve a hacer algo parecido. El teniente se lo ha tomado a broma al principio, pero después ha visto que la inspectora iba en serio y que estaba más que dispuesta a pedir que le abriesen un expediente disciplinario por aplicar técnicas de tortura y maltrato.

Julio March, el inspector jefe de la UDEV, acompañado por dos agentes, ha presenciado lo ocurrido a través de las cámaras de la sala de interrogatorios. Le ha ofrecido a la inspectora su respaldo por si decide denunciar al teniente de la Guardia Civil y pedir que lo aparten del caso, incluso se ha ofrecido a denunciarlo él mismo, mostrándose especialmente interesado en asestarle ese duro golpe indirecto al jefe de la UCO, pero al final ha sido la propia inspectora la que ha pedido que le dé una segunda oportunidad.

Aoki tiene el lado izquierdo de la cara hinchado. El ojo de ese mismo lado no lo puede abrir del todo, la nariz continúa presentando un aspecto horrible, y también dice que el «imbécil» de la Guardia Civil le ha reventado el tímpano, que tiene pitidos en ese oído. La buena noticia es que, según ha dicho Julio, le acaban de comunicar que ya hay al menos un par de cámaras de Tráfico cercanas al barrio de En Corts que vieron pasar a un Seat Córdoba como el de Aoki la noche del viernes, aunque por desgracia no se aprecia si dentro había una o varias personas. No obstante, parece que Aoki no estuvo viendo una película en su casa.

La inspectora Bru, tras haberle dado un descanso largo al interrogado y haberle dejado un paquete de tabaco entero y una botella de agua para compensar los daños ocasionados por Víctor Israel, vuelve a la sala de interrogatorios, pero esta vez, por razones obvias, entra sola. Ya son más de las tres de la tarde. El tiempo vuela.

—No sé si eres del todo consciente de la gravedad del asunto, Aoki, pero lo que habéis hecho es algo muy serio, y puedo asegurarte que las consecuencias serán muy malas para ti y para tus amigos si esto no se resuelve pronto. Tenemos las grabaciones de varias cámaras de seguridad en las que se te ve a ti y a tu coche perfectamente, algo que te deja en evidencia: anoche no estuviste en tu casa.

Aoki niega con la cabeza.

—Me la suda lo que digas. Quiero hablar con mi abogado, os voy a denunciar a todos y se os va a caer el pelo, no tienes derecho a retenerme aquí durante más tiempo, y no te voy a decir ni una puta mierda. —Aoki le apunta con la mano con la que sujeta el cigarro. Está muy enfadado. Incluso ha estado llorando un rato cuando lo han dejado a solas.

—Para empezar, no sé dónde habrás estudiado Derecho, pero has sido detenido por conducción temeraria agravada, hay dos jóvenes que afirman haber estado a punto de ser arrolladas por tu coche. Como ya te he explicado, la conducción que pone de manifiesto un desprecio a la vida de los demás se

considera un delito grave. Pero eso no es lo peor de todo, ¿verdad que no? La principal razón por la que estás sentado frente a mí es porque estás implicado en el secuestro de un bebé de siete meses y porque estás obstruyendo una investigación policial de alto nivel. Así que desde luego que te puedo retener, y desde luego que no vas a salir hasta que hables. ¿Quieres un abogado? ¿Quieres que se te asigne uno de oficio o ya cuentas con uno de tu confianza? Estás en tu derecho, faltaría más, pero eso no hará más que empeorar las cosas para ti y para tus amigos, te lo puedo asegurar.

Aoki vuelve a mover su rodilla derecha arriba y abajo. Se pregunta qué hacer. Nunca antes lo habían detenido. Está asustado.

—¿Por qué me ha tenido que pegar ese hijo de puta, eh? ¿De qué coño va ese tío? ¿Es subnormal o algo?

—Lamento el comportamiento del teniente, y él también lo lamenta, nada de eso tendría que haber pasado, lo asumimos y te pido disculpas. Tienes mi palabra de que no volverá a ocurrir. —Elísabet hace una pausa para dejar que el cerebro de Aoki procese la información, ella es buena con las palabras, con los tiempos y con lo que expresan las facciones de la gente.

La frente de Aoki se contrae y le enseña unas arrugas que se dirigen ligeramente hacia arriba. Sus labios, en cambio, se arquean hacia abajo. Está receptivo, reflexivo, pero también muy confundido.

—Creo que sería bueno para todos empezar otra vez de cero, ¿no te parece? Reconducir la situación.

Aoki cruza y descruza los brazos de forma compulsiva. Está enganchando un cigarro detrás de otro. No dice nada, pero se muestra más abierto.

—No sé qué tipo de relación te une a Iván o a esa otra chica, Claudia, tampoco sé lo que pensáis que vais a ganar, pero te puedo asegurar que no vale nada comparado con la vida de un bebé o con el sufrimiento de un padre que está desolado. Tampoco vale nada comparado con la cantidad de recursos que estamos movilizando por vuestra culpa, y no quiero ni pensar en que al bebé le haya podido pasar algo, eso sí sería una terrible desgracia cuyas consecuencias no te puedes llegar ni a imaginar, pero tú puedes hacer que todo esto termine ya y que el daño no sea mayor, tú puedes hacer que esto pare, Aoki. Tú. Sé que en el fondo sabes que ha sido un error, que no está bien, que te arrepientes y que no ves la forma de salir del atolladero, que tampoco quieres traicionar a tus amigos y que incluso volverías atrás en el tiempo y borrarías todo esto si pudieses. —Elísabet vuelve a hacer una pausa y puede ver cómo el labio superior del joven empieza a temblar. Una lágrima desciende con lentitud por el lado hinchado de su cara—. Pero

desgraciadamente no podemos, nadie puede volver atrás en el tiempo y cambiar lo que no le gusta, te juro por mi vida que yo misma lo haría si pudiese, y cambiaría muchas cosas. Pero solo soy una persona, como tú, y solo me queda tratar de enmendar los errores que cometo. Dime, Aoki, ¿quieres que te ayude a enmendar tu error? Te prometo que, si me dejas, puedo.

Aoki alza la cabeza con timidez, se aparta de nuevo la cortina de pelo que le tapa media cara y la inspectora puede ver que está a punto de venirse abajo. Se enciende otro cigarro y aprieta los dientes. Luego niega con la cabeza y se da un par de golpes en la frente con el talón de su mano izquierda. Por un momento le ha parecido ver al niño que un día fue, pero ya se ha ido otra vez.

—De verdad, no sé qué cree que he hecho yo, pero dígame qué quiere saber. No tengo ningún problema en decirle lo que sé. Aunque le adelanto que no he hecho nada, que no he tenido nada que ver con ningún secuestro, y exijo que no se me relacione con nada de lo que hayan hecho esos dos.

Elísabet sonríe internamente, Aoki ya no niega conocer a Iván y a Claudia, y eso es un primer paso. No puede evitar decirse que, tal vez, ella también se encuentre más cerca de enmendar su propio error, ese que tanto le gustaría corregir. Aunque también es cierto que ella sabe que, por mucho que se quiera, hay cosas incorregibles.

—Tienes mi palabra, Aoki, te aseguro que no se te acusará de nada de lo que no seas responsable.

—Vale, acabemos con esto de una vez. Usted dirá.

—En primer lugar, dices que no has tenido nada que ver con ningún secuestro, de acuerdo, te creo, pero ¿tenías conocimiento de que Iván sí fuese a hacer algo así?

—Negativo.

—¿Podría saber dónde estuviste anoche?

—Estuve en casa casi toda la noche, salí a comprar tabaco, no me acuerdo a qué hora, y ya puestos, di unas cuantas vueltas por ahí, luego volví a casa. Si tanto dice saber de mí, sabrá que me gustan los coches, me gusta conducir, me gusta correr, pero cuando revise esas grabaciones que dice tener verá que anoche había una sola persona en el interior de mi coche: yo. Eso prueba que de lo que se me está acusando no es verdad.

La inspectora asiente, recoge su mechón de pelo rebelde y se lo coloca tras la oreja con delicadeza. Se dice que, a pesar de que en las cámaras de seguridad se pueda confirmar que efectivamente solo se ve a una persona en

el interior del Seat, tal y como está diciendo Aoki, Iván podría haberse ocultado de algún modo en la parte de atrás.

—De acuerdo, Aoki, sigamos. ¿Has notado algo diferente en Iván en los últimos días? ¿Recuerdas que te haya hablado de algún nuevo trabajo que iba a hacer o lo has visto con personas con las que no suele estar?

—Negativo. Lo vi como siempre y con la gente de siempre, la del barrio.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él?

Aoki da golpecitos con el cigarro sobre el cenicero. Está nervioso. Está pensándose qué decir.

—Ayer, creo.

—¿Ayer, cuándo?

—Por la tarde.

—¿Recuerdas haberlo visto en algún momento a partir de las ocho de la tarde?

—Negativo. Lo vi antes, seguro, y después me fui a mi casa a ver una peli, como ya he dicho.

Elísabet deja descansar un poco al cerebro del joven y anota unas cuantas cosas en su libreta.

—Bien, Aoki, lo estás haciendo muy bien. Háblame de Claudia.

—¿Qué quiere saber de Claudia?

—¿Sois muy amigos?

—Bah, algo amigos, nos vemos a veces.

—Según tengo entendido, es la novia de Iván, y tú vas mucho con Iván.

—¿La novia de Iván? ¿Quién le ha dicho tal cosa?

—No lo sé. Entonces, ¿no son novios?

—Bah, follan a veces…, pero poco más.

—¿Y cuándo fue la última vez que la viste?

Aoki vuelve a cruzar y descruzar los brazos, luego pliega los párpados con movimientos espasmódicos.

—Hace un par de días o así, estuvimos dándonos un baño en la piscina del parque de Benicalap, y Claudia estaba.

—¿Crees que ella podría haber tenido algo que ver con el secuestro del bebé?, ¿crees que podría haber ayudado a Iván de algún modo?

Aoki medita la respuesta, le da una calada al cigarro.

—No lo sé, aunque no lo creo. No los veo haciendo algo así, pero tampoco sé qué hicieron ayer por la noche, aunque supongo que si hubiesen hecho lo que dice habría oído algo, pero ya le he dicho que ni he notado nada raro en ellos ni tampoco he visto nada fuera de lo normal.

Elísabet continúa anotando en su libreta.

—¿Cómo definirías a Claudia?

—¿Que cómo la definiría yo?

—Sí, tú.

—No sé, supongo que es una buena tía que tiene grandes ideas, un poco inocente a veces, y muy servicial, demasiado. Yo siempre le digo que en este mundo no se puede ser tan bueno, porque los buenos siempre acaban perdiendo. Pero ella es…, no lo puede evitar, es sensible, y dulce, nunca se mete con nadie y siempre te ayuda cuando lo necesitas, o te escucha cuando estás de movida en casa. Es una buena tía.

—¿Te gusta?

—¿Qué?

—Que si te gusta Claudia, ¿estás enamorado de ella?

—No, para nada, ¿qué gilipollez es esa? Es la novia de un amigo, eso no se hace —responde mirando hacia abajo, y ahora sí emplea la palabra «novia» para definirla como pareja de su amigo. También se sonroja un poco.

—Gracias, Aoki, ¿y qué me dices de Iván?

El joven se echa un poco hacia atrás en la silla. Apaga el cigarro y se enciende otro. Tose. Elísabet también se enciende un cigarro.

—Vaya, no sabía que fumase.

—Fumo a veces, sí, aunque sé que no debería, igual que tú.

—Bah, de todas formas no creo que llegue a viejo, para cuando el tabaco me afecte estaré muerto.

—Háblame de Iván.

El rostro de Aoki se ensombrece de nuevo al escuchar el nombre de su amigo.

—Nos conocemos desde niños, desde siempre, diría.

—¿Sois de la misma edad?

—Sí, yo cumplí los veinte la semana pasada, y él hace un par de meses.

—Y Claudia, ¿también es de vuestra edad?

—Sí. Aunque ella los cumple en diciembre, es unos meses más pequeña.

—¿Y cómo es Iván?

—No sé, muy inteligente, tiene un montón de cultura. Sabe mucho de geografía y de historia, y de un montón de cosas más que no sé ni dónde las aprende. También es un poco nervioso a veces. Y se le dan bien las mujeres, tiene labia, paliquea mucho cuando quiere, aunque también es un poco agresivo cuando se enfada.

—¿Agresivo, dices?

—Sí, se le va un poco la olla, a veces. Se pone violento cuando algo le mosquea, pero enseguida se le pasa, en el fondo es un trozo de pan, como yo y como Claudia.

—¿A qué te refieres con que se le va un poco la olla?

—A que salta con muy poco y sus reacciones son exageradas, es como si dentro de él hubiese algo que lo mantuviese siempre como enfadado, y cuando algo se lo recuerda, salta. Siempre ha sido así, pero yo creo que empeoró después de lo que le pasó a su hermano.

—¿Qué le pasó a su hermano?

—Murió de una sobredosis cuando teníamos unos diez años, el propio Iván lo encontró.

La inspectora sufre un pinchazo en el corazón, siente esa pena, ese dolor. Imagina que no debió ser fácil crecer con algo así.

—Debió ser horrible.

—Sí.

—¿Y a qué se dedica Iván?

—¿A qué se refiere?

—¿Estudia o trabaja?

—Ninguna de las dos.

—¿Y de qué vive?

—De lo mismo que yo, vive en casa de sus padres y hace algún trabajillo en la obra cuando puede, todo legal, no se preocupe. Supongo que está esperando a encontrar su gran oportunidad, como todos.

Elísabet anota un par de cosas más en su libreta y después la cierra.

—Muchas gracias, Aoki. Y por último, ¿podrías decirme dónde encontrar a tus dos amigos?, ¿podrías decirme dónde viven?

El rostro del chico se vuelve blanco como el de una primera nevada. En el fondo sabía que en algún momento le preguntarían eso, pero lo que no sabía es cómo iba a enfrentarse a esa pregunta.

—¿Qué les va a pasar?

—De momento, solo queremos hablar con ellos, tienes mi palabra. Si no han hecho nada, no les pasará nada, así de sencillo.

Aoki sabe que darle la dirección de sus dos amigos ya puede considerarse un acto de traición, pero por otra parte se dice que igualmente lo averiguarán tarde o temprano, así que mejor tener a la Policía contenta, y que lo dejen marchar, que cerrarse en banda y lo retengan todavía más horas.

—Está bien, anote.

—También necesito sus números de teléfono, y el tuyo, por favor.

—¿Los números de teléfono? ¿Para qué? —Aoki arquea las cejas.

—Para llamarlos, puede que no estén en casa.

—Ya —dice Aoki con una sonrisa irónica—. Está bien, anote y terminemos con esto de una vez. —Aoki intuye para qué quiere la inspectora los números de teléfono. No es para llamarlos, y por razones obvias, tampoco a él. Quiere geolocalizarlos, quiere geolocalizar dónde han estado desde la noche anterior.

Aoki le da los números de teléfono, las direcciones de sus dos amigos y también sus apellidos: Iván Teruel y Claudia Gascó, y después le pregunta a la inspectora si ya se puede marchar. Elísabet le responde que en cuanto encuentren a sus dos amigos y hablen con ellos, se podrá marchar. Y entonces el rostro de Aoki se convierte en la viva imagen del miedo y la contrariedad.

30

EL REPARTIDOR

Durante el resto de la tarde y noche del sábado sucederán muchas cosas, algunas de ellas muy importantes para el transcurso de la investigación; otras, en cambio, serán difíciles de soportar.

Varios agentes, entre los que se encontrarán Hacha y Aitana, y también Francesc y Yolanda, se movilizarán con rapidez hasta los domicilios de Iván y de Claudia. Pero allí no encontrarán a ninguno de los dos. Los padres de Iván dirán que lleva un par de días sin pasar por casa, pero que no les extraña, que es normal en su hijo ausentarse varios días sin haber dicho nada, sobre todo en fin de semana. El padre de Claudia, en cambio, está muy preocupado, pero no porque esa noche tampoco haya ido a dormir a casa, algo que de tanto en tanto también hace, sino por su extraña forma de comportarse durante los últimos dos días. Solo sabe que algo le pasa a su hija, y está muy preocupado por si se ha metido en un lío. Ninguno de los teléfonos de los tres jóvenes dará ningún tipo de señal aparte de «el móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». La geolocalización que la inspectora ha exigido en tiempo récord en cuanto Aoki le ha largado los números revelará que ninguno de los tres ha estado conectado a la red durante las últimas veinticuatro horas y, por tanto, no es posible saber ni dónde están, ni dónde estuvieron en el momento del secuestro.

Las dos rastreadoras que el teniente Israel envió para que investigasen a fondo cómo Iván conocía de antemano la vivienda y el edificio de Ignacio, y cómo se hizo con el pedido de Domino’s Pizza cuando ni su descripción física ni su nombre figuran en la base de datos de la cadena de pizzerías, descubren dos cosas importantes. Laura Sabater y Carolina Micó son auténticas fueras de serie, pero no por las cualidades que cada una tiene por separado, sino por las que tienen cuando trabajan juntas. Es como si la una potenciara a la otra.

Al parecer, Sergio Calatayud, un chico tímido de buena familia que acababa de cumplir los dieciocho años y estrenaba trabajo, fue abordado a una manzana del domicilio de Ignacio Durán por un joven, según él, muy agresivo, muy alto y muy violento. Ese chico le dijo que le diese esa pizza, su camiseta y su gorra con los logos de Domino's, que él haría esa entrega y a cambio le daría cincuenta euros. Sergio Calatayud, que en realidad no necesita el dinero y solo trabaja para impresionar a su padre, asegura que se negó a aceptar dichas órdenes, pero que todo cambió cuando el joven le sacó una navaja y lo amenazó con matarlo a él y a su familia. Y bajo una amenaza de tal calibre, a veces las cosas se ven de un modo distinto.

El agresor le dijo que si le contaba algo a alguien o si guardaba el registro de ese envío en el programa de gestión de la pizzería, tanto él como su familia sufrirían una muerte agónica, sobre todo su hermana pequeña. Y Sergio, aterrado de miedo, hizo exactamente lo que le ordenó, después fue a por un nuevo uniforme de la pizzería, anuló el pedido que había ido a hacer y terminó su turno sin contarle nada a nadie. Hasta que Laura y Carolina, tras hablar personalmente con todos los trabajadores del Domino's que se encargan de hacer los envíos a la zona que incluye la calle Martí, dan con él y, tras observar un principio de duda en su testimonio inicial, que negaba rotundamente haber atendido un pedido para la calle Martí, consiguen crear el clima idóneo para que hable y les cuente la verdad. Incluso han sabido convencerlo para que preste declaración por escrito en la comisaría y colabore en la identificación de su asaltante en una posible rueda de reconocimiento. En estos momentos, Sergio todavía no sabe si ha hecho bien o mal contando lo que sabe y ofreciéndose para tales cosas, solo sabe con certeza que tiene mucho miedo y que lo único que él quería era ganarse el respeto de su padre.

La otra de las cosas que las dos agentes de la Guardia Civil descubren es cómo Iván sabía de antemano que Ignacio iba a pedir una pizza para cenar, dónde estaba el contador del suministro eléctrico de su piso y que, cuando cortase la luz, la casa se quedaría medio a oscuras y tendría la necesidad de arreglar el problema cuanto antes. Y la respuesta a todas esas preguntas también la obtienen de Domino's Pizza. Entre sus repartidores, hay uno en concreto que se llama Jaime Benavent, y es quien se ha encargado de hacer la mayoría de los repartos a casa de Ignacio durante los últimos meses. Lo más curioso es que el tal Jaime también vive en Benicalap, y que incluso compartió clase en el colegio con Iván Teruel. Eso podría considerarse solo una curiosidad si cuando han ido a hacerle una visita y le han preguntado por Iván, no hubiese salido corriendo como alma que lleva el diablo. Todavía no

han podido dar con él, pero no les cabe la menor duda de que es la persona que informó al Repartidor acerca de cómo era el piso de Ignacio, cuándo pedía sus pizzas, y quién sabe si también fue la persona que se encargó de colocar las tiras de aluminio en la cerradura de su puerta para hacer una copia de la llave con la técnica del *impressioning*.

En algún momento de ese día, Iván Teruel, el chico al que todo el cuerpo de Policía ya conoce como el Repartidor, se dejará caer en el suelo de rodillas roto por el dolor. Luego hará una llamada con un móvil que no es el suyo, dirá lo que tiene que decir y alguien le responderá:

—¿Y cómo ha ocurrido?

—Todavía no lo sé, le juro que no lo sé, solo que no paraba de gritar, y después…

—¿Y dices que estás seguro?

—Sí, completamente, de verdad que no sé cómo ha podido pasar, pero se ha muerto. ¿Qué hago ahora con… el cuerpo?

Le darán unas instrucciones muy precisas y colgarán el teléfono sin decir nada más.

Y luego Iván estará llorando durante un buen rato más, lamentándose por todo y sintiendo lo mismo que sintió cuando era niño y descubrió el cuerpo sin vida de su hermano: miedo.

Hacia el final de la tarde, el Viejo y el Niño se encuentran con algo que no esperan, con algo que los llena de turbación y de pesar. Después de haber estado yendo puerta por puerta buscando a Iván y a Claudia por la zona de la antigua sede de la Iglesia Cristiana Redimida de Dios, incluso de haber trabajado por separado durante un buen rato, dan con una vivienda que, según les dicen, es algo así como un picadero que muchos jóvenes utilizan como si fuese un parque público de puertas abiertas. En esa vivienda, sobre una cama sucia y pegajosa, encuentran el cuerpo sin vida de una joven. En su DNI se lee perfectamente su nombre: Claudia Gascó Cremades.

Tanto la inspectora Bru, acompañada por el subinspector Císcar, como el teniente Israel irán hasta el lugar donde han encontrado el cuerpo de Claudia y permanecerán allí en busca de pruebas hasta que se produzca el levantamiento

del cadáver, ya pasadas las diez de la noche. La causa probable de la muerte es un golpe en la parte de atrás de la cabeza, no se observan otro tipo de signos de violencia. Los agentes de la Policía Científica recogerán muchas huellas y presuntas pruebas, pero no será hasta el día siguiente cuando obtengan los resultados.

Esa noche, el inspector jefe March, cuando vea que la inspectora Bru se retira a su casa, se ofrecerá para acompañarla, para volver a decirle si le apetece cenar con él, para poder hablar con calma del caso, de cómo van a gestionar los recursos de los que disponen, porque los dos saben que se van a ver reducidos si no consiguen algo rápido. Y Elísabet, que sabe lo que quiere Julio, algo que en absoluto le apetece, pero también que, si le dice que no, se lo tomará a mal y que habrá represalias a nivel profesional, le acabará diciendo que sí, porque no quiere estar sola, porque no quiere que la investigación del secuestro de Samuel sufra ningún contratiempo, y porque no puede más; esa tensión interior, que como en una olla a presión es cada vez mayor, está a punto de resquebrajar por completo su quebradizo cascarón.

Estarán un rato hablando, comerán algo y después, en L'Alquería de Bru, tendrá lugar una triste sesión de sexo. Elísabet no podrá evitar tener que volver a decirle a Julio que sí, que lo ha pensado bien, que no quiere ninguna relación seria y que si se lo vuelve a decir, no volverán a tener sexo otra vez, que ya está cansada de hablar del tema. Ya pasadas las tres de la madrugada, le pedirá que la deje sola, principalmente porque las náuseas, después de la cena y el vino que ha tomado, han vuelto con fuerza. Y Julio, arrepentido por su insistencia, se marchará sin añadir nada más y se dirá que tal vez el *look* que lleva a lo Pep Guardiola a él no le queda bien, porque ni es tan guapo ni es tan alto, ni tampoco habla tan bien. Ese último tren llamado «juventud» lo ve cada vez más lejos. Cuando llegue a casa, antes de meterse en la cama, se dirá que se acabaron los privilegios para la inspectora Bru. A partir de ahora, todo lo que le pida será mirado con lupa.

Minutos después de que Julio se haya ido, Elísabet mirará su móvil y verá que un par de horas antes ha recibido un extraño mensaje de su ex:

«Ya sé cómo arreglar lo que nos pasó, he encontrado la forma de enmendar TU error. Llámame, y no hagas como la última vez. Te quiero».

Sentirá cierto estremecimiento al leer el mensaje de Pau, después se llevará la mano al bajo vientre, se palpará con cierto temblor la cicatriz horizontal que tiene sobre el pubis y eso hará que esté a punto de romper a llorar con todas sus fuerzas, pero en lugar de eso se tomará dos Lexatines y, aunque de forma artificial, descansará, solo un poco.

El teniente Israel, antes de irse a su casa en el acomodado barrio de Mestalla, pasará a tomarse una copa al Black Note Club, en la calle Polo y Peyrolón, a tan solo un par de manzanas de donde él vive. Esa noche hacen un tributo a Elvis Presley, el cantante favorito de su mujer, y varios grupos tocarán en directo lo mejor de su repertorio.

El problema es que Víctor no se tomará solo una copa, se tomará varias, algo que hará que se le remueva todo por dentro, algo frecuente en él, y que acabe discutiendo con un grupo de moteros. La cosa terminará en pelea callejera y Víctor llegará a su casa tambaleándose, tirando al suelo más cosas de lo normal y con una brecha en la parte de atrás de la cabeza fruto de un botellazo de Jack Daniel's.

Cuando vea a Yasmina, la empleada y cuidadora ecuatoriana que tiene interna en su casa, le preguntará como siempre por su mujer, insistiéndole en si ha habido algún cambio en su estado, en si ha notado algo diferente a lo largo del día. Y Yasmina, con algo de miedo en el cuerpo por si el señor se enfada, le dirá que no, que su mujer no ha dado ninguna muestra de despertar del coma en el que se encuentra desde hace diez años, que al menos no se ha agitado ni ha convulsionado, como le pasa muchos días, que tal vez al día siguiente la cosa mejore, nunca se sabe porque los caminos del Señor son inescrutables.

Víctor se sentará un rato a los pies de la cama donde su mujer duerme. Observará los cables que la rodean y las múltiples almohadas que Yasmina se encarga de ir cambiando de sitio de tanto en tanto para que el cuerpo de Elena no se llague en exceso. Le dirá nuevamente que la quiere, que no ha querido a nadie tanto en su vida y que la vida sin ella no tiene ningún sentido, que él no se rinde y que pronto habrá conseguido el dinero suficiente para pagar el tratamiento experimental del que le habló. Un tratamiento que tal vez consiga que despierte, y que haga que todo vuelva a ser como antes. Después de eso, Víctor se tumbará un rato al lado de su mujer, con cuidado para no aplastarla ni hacerle daño, y allí se quedará dormido hasta que el móvil del trabajo lo despierte a la mañana siguiente.

Francesc Agulló y Yolanda Bernisz seguirán insistiendo y buscando, porque tienen voluntad, sobre todo Francesc, y él siempre dice, o al menos eso quiere pensar, que con voluntad todo se puede. Ella no cree en eso de la gran oportunidad, pero él sí.

Con los primeros rayos del caluroso amanecer levantino, completamente exhaustos, y gracias a una información que les ha dado alguien a quien han conocido esa misma noche y al que todos llaman Mediodía, echarán abajo la puerta de un antiguo taller de coches que lleva cerrado desde hace años, y allí dentro se encontrarán cara a cara con Iván Teruel, el Repartidor.

31

GENTE NORMAL

La inspectora Bru se ha tenido que tomar tres Adderalles para poder centrarse. El caparazón que la protege es cada vez más frágil, y ha perdido la cuenta de las veces que ha vomitado desde que cenó con Julio. Al menos parece que la sangre de la última vez era menos roja, menos intensa. Apenas ha dormido una hora, y cada vez tiene más dificultad para activarse y desactivarse. Tiene la sensación de estar perdiendo poco a poco el control sobre sí misma. Como si se encontrase en el vagón de una montaña rusa y lo único que pudiese hacer es agarrarse bien fuerte a la barra de seguridad y esperar a que el trasto pare o, quién sabe, se estrelle en alguna parte. Se dice que tal vez debería ir al médico, sobre todo por la pérdida de apetito, de peso, y por los vómitos con sangre. Pero también se dice que no es el mejor momento para eso estando en medio de esta investigación, que ya habrá tiempo para ella cuando todo termine.

Gerard, uno de los tutores del centro de acogida de menores, la estuvo llamando varias veces la tarde anterior. Y con razón. Elísabet se olvidó de que había quedado con él para pasar la tarde del sábado con su grupo. Gerard le ha dicho infinidad de veces que agradece su ayuda, su apoyo, pero que si no puede ir por alguna razón, lo avise. Porque los chicos se lo toman muy mal cuando alguien los deja tirados. Les cuesta mucho volver a confiar. Todavía están aprendiendo a lidiar con la frustración, incluso hay muchos que todavía no aceptan su situación.

Elísabet se disculpa efusivamente y le promete que no volverá a pasar. Y lo dice en serio: «No puede volver a pasarte algo así, Elísabet», piensa mientras se mira al espejo del cuarto de baño y trata de ver algo más allá del azul de sus ojos. Se ha pasado tantos años tratando primero de ser quien debía ser, y más tarde, tratando de ser la persona que los demás creían que era, que apenas ha tenido tiempo para descubrir quién es ella en realidad. Esa

sensación de vacío, de oquedad, retumba en su interior cada vez con más fuerza, y aquello realmente genuino que hay en ella prácticamente ya ni se aprecia. «Aún hay algo, pero cada vez queda menos», se dice. Luego se hace una coleta y comprueba que su pelo está dejando de ser lacio para ser cada vez más frágil y quebradizo. Cuando termina de peinarse, ve que el lavabo está lleno de pelos rubios que, por su textura, se asemejan a los de un perro callejero. En ese momento no siente miedo, solo algo de pena por sí misma.

Casi en piloto automático, sube a *l'andana*, el piso superior de la alquería, donde antiguamente se guardaban las cosechas de trigo y se criaban gusanos de seda. Ahora, en cambio, solo acoge montones de libros y cajas llenas de recuerdos, cosas viejas. La ansiedad tras su pecho golpea con fuerza cuando se acerca a las cajas donde guardó todo lo que había en la habitación de su hijo. Su hijo, que no llegó a nacer por culpa de su error. Se acuclilla delante de ellas y se dispone a abrir la primera. Las manos le tiemblan. Un par de lágrimas ruedan por sus mejillas. No sabe si es buena idea. No en ese momento. No sabe si está preparada. Y entonces decide hacer lo que siempre ha hecho: cerrar los ojos, darle la espalda al miedo y salir corriendo.

Todavía no está preparada. Todavía no se siente con fuerzas para decirle adiós. Debe centrarse en la búsqueda de Samuel. Sabe que encontrar a ese bebé no le devolverá a su hijo, y sin embargo…

En cuanto vuelve a la *llar*, saca el paquete de tabaco que guarda para «las emergencias» y se enciende un cigarro. El pequeño mareo que siente tras las dos primeras caladas no hace que se olvide de las cosas, solo le permite hacer una pausa, tomarse un respiro, y conseguir la fuerza suficiente para centrarse en otro pensamiento. Para su sorpresa, el tabaco también hace que por un momento se olvide de las náuseas.

Y su mente se va hacia una de las aficiones que descubrió cuando perdió a su hijo: los foros literarios de novela negra. Participar con un *álter ego* en esos foros empezó a ser una especie de terapia. Nunca ha sido una gran lectora, apenas ha leído un par de novelas en los últimos años, y también sabe que las conversaciones que tienen lugar en esos foros giran en torno a personas y tramas que no son verdad, que son pura ficción, pero descubrió que de algún modo participar de forma activa en esos encuentros virtuales, a pesar de no haber leído ni una sola de las novelas sobre las que charlaban, le servía para hablar abiertamente de su trabajo como policía y expresar cómo se viven desde dentro situaciones que, en la vida real, no son tan fáciles de asimilar como mucha gente piensa. Y todo ello sin miedo a ser identificada o

señalada, algo fundamental para alguien acostumbrada a vivir ocultando sus emociones y sentimientos, alguien con un miedo atroz a ser ella misma.

Un par de días antes de la desaparición de Samuel, accedió a uno de sus foros predilectos y entró en discusión con un par de chicos que estaban echándole en cara a la última novela que acababan de leer que estaba llena de clichés y estereotipos, sobre todo en cuanto a la protagonista, curiosamente una inspectora de Homicidios de la UDEV. Decían que ya estaban cansados de ver policías con las vidas rotas, con adicciones raras, con aficiones que nadie entendía. Decían que la gente normal no es así, que no hace ese tipo de cosas, y que los escritores siempre repiten la misma fórmula buscando suscitar el morbo, lo anómalo.

Mientras Elísabet escoge el sujetador deportivo más cómodo que tiene, unos vaqueros elásticos y una camisa sin mangas un poco holgada, recuerda los comentarios que leyó en ese foro y piensa:

«¿Gente normal? ¿Y qué se supone que es ser normal? Nadie en su sano juicio es capaz de llevar una vida "normal" viendo las cosas que vemos a diario.

»Las personas como nosotros nunca seremos "normales", porque no tenemos horarios normales, porque no podemos comprometernos con nada ni con nadie, porque para resolver los casos importantes, los casos duros de verdad, el trabajo tiene que ser la única prioridad, el único objetivo. No vale decir que tu turno ya ha terminado porque son las tres del mediodía, ya que la cruda realidad es que a lo mejor tu turno está increíblemente lejos de terminar. Tú no eres quien manda, sino las circunstancias.

»Ningún ser humano puede aguantar este ritmo de vida si no es con algún tipo de ayuda; ya sean fármacos, ya sean excitantes, ya sea algún tipo de droga.

»Nadie es capaz de quitarse de la cabeza por sus propios medios toda la brutalidad y la degeneración de la que el ser humano es capaz y que tenemos que ver y soportar a diario. A eso hay que sumarle la tristeza de las familias rotas, el desconsuelo de los inocentes. De ahí viene lo de las aficiones raras, el sexo fácil y vacío, o las adicciones atípicas, la necesidad de escapar, de evadirse todo lo posible pero durante el menor tiempo posible, de desviarse hacia caminos que nadie más transita porque, sinceramente, no quieres encontrarte con nadie que conozcas. También de ahí surge la necesidad de no atarse nunca emocionalmente, porque sabes que tu trabajo no te permite amar de verdad, ni unirte a nada ni a nadie que no sean los casos en los que trabajas. Y solo así se consiguen resultados, de ningún otro modo. En un

mundo en el que el crimen nunca descansa, no puedes permitirte bajar la guardia ni un solo segundo.

»Y por último, está el enorme desgaste emocional que supone tratar con las personas con las que nos las tenemos que ver a diario. Nunca son amables. Las conversaciones son siempre tensas. Nadie dice la verdad. Todo el mundo dice ser inocente, aun con las manos llenas de sangre y un millar de testigos. Hay insultos. Hay amenazas personales y familiares. Hay esputos en la cara. La gente con la que tenemos que tratar a diario nunca es amable, y eso desgasta.

»Y todo esto es algo que cualquiera que haya convivido con un policía de este nivel durante un tiempo sabe a la perfección. Como también sabe que la sociedad está mal. El mundo está mal».

Después de pensar todo esto, Elísabet empieza a sentir los efectos de los tres estimulantes. Se pone las Ray-Ban clásicas, mira al cielo y observa el sol durante un momento. Ese abrasador sol de Valencia que se mueve tan despacio, que apenas avanza y que, tarde o temprano, termina por quemarlo todo. Todo arde al final, y eso es algo que nada ni nadie puede remediar. Y con ese sentimiento de fatalidad, coge aire, entra en su Toyota Prius y pone rumbo a la comisaría dejando atrás las perfectas líneas rectas que dibujan las plantaciones de sus campos de chufa. Esos que tan bien arados han dejado Josep y su hijo Miquel.

32

ESO TE MATA

Cuando la inspectora Bru llega a la Jefatura de Policía y entra en la zona de las salas de interrogatorios, ve que ya ha llegado su jefe, con quien intercambia una mirada un tanto esquiva. Julio la mira «de esa forma» otra vez, con cara de cordero degollado. Ella resopla, y con eso basta para que él entienda que lo que le ha dicho tan solo unas horas antes es inamovible: no quiere mantener ninguna relación seria con él.

El teniente Israel también ha llegado. Tiene un ojo un poco morado y el labio inferior partido. El pelo moreno engominado como siempre, corto y con la raya al lado. La inspectora Bru no se molesta en preguntarle qué le ha pasado, por su olor corporal y el color de su esclerótica se lo puede imaginar. Por lo demás, ofrece el mismo semblante imponente de siempre, con esa rectitud en la mirada, en la posición de la cabeza, en todo el tabique nasal, algo propio de personas muy seguras de sí mismas, con fuertes convicciones morales y, por lo general, honorables. Con su atuendo verde militar: camisa de manga corta perfectamente planchada y pantalón de tela ajustado. Sin olvidar las dos estrellas amarillas correspondientes a su rango.

—¿Ha dicho algo? —pregunta la inspectora mirando la pantalla en la que se puede ver la imagen de la sala contigua, donde está sentado Iván Teruel.

—No, aparte del mismo discurso que empleó el chino de mierda cuando llegó aquí. Que quiere un abogado, que no ha hecho nada, que no tenemos derecho a retenerlo, que nos va a denunciar, que se nos va a caer el pelo, y un largo y tedioso etcétera más. —El teniente habla de brazos cruzados y no se molesta ni en mirarla a la cara. Tiene la vista clavada en el joven de veinte años que no parece tener ningún tipo de preocupación.

La inspectora ha cruzado una mirada con su superior cuando el guardiacivil ha usado la expresión «chino de mierda», pero no dicen nada.

—¿Sabe Aoki que ya hemos detenido a Iván y que hemos encontrado el cuerpo sin vida de Claudia? —le pregunta ella a su jefe.

—No, está durmiendo en uno de los calabozos individuales, teníamos pensado darle los buenos días cuando llegases tú. Según me han dicho los agentes que han estado esta noche de guardia, ha montado un buen follón. No ha parado de gritar y de decir que lo soltásemos, que no teníamos derecho a retenerlo más, que habíamos faltado a nuestra palabra y que por nuestra culpa se iba a buscar más problemas. ¿Vas a entrar ya o quieres ir primero a tirarle de las orejas al piloto de carreras?

Antes de que Elísabet se pronuncie, llaman a la puerta de la sala y, sin esperar a que respondan, asoma la cabeza el agente Francesc Agulló.

—Disculpen, mi compañera y yo pedimos permiso para descansar un rato, no hemos pegado ojo en toda la noche y necesitamos un respiro.

—Agente Agulló, tengo entendido que ha sido usted quien ha detenido al principal sospechoso. Le felicito por ello, ha hecho un gran trabajo —dice la inspectora Bru tendiéndole la mano con una cordial sonrisa.

Francesc le estrecha la mano y no puede evitar emocionarse. Tiene la impresión de que su esfuerzo sobrehumano no le ha valido para llegar al cinco, sino al siete. Y entonces desea con todas sus fuerzas que su padre o su madre pudiesen presenciar ese momento. Pero sabe que para eso aún le falta un poco.

—Muchas gracias, inspectora. La agente Bernisz también estaba conmigo.

—Sí, lo sé, dele la enhorabuena también de mi parte. Esta noche han hecho algo importante, algo grande. Pueden irse a descansar, ya les avisaré si los necesito. Muchas gracias.

En cuanto Francesc Agulló sale, la inspectora saca su bloc de notas y, como siempre, comprueba en la última hoja que el boli funciona.

—Entraré primero a hablar con Iván, después lo dejaré descansar un rato y hablaré con Aoki, a ver si conseguimos hacer que uno de los dos confiese cuanto antes. —La inspectora mira el reloj y ve que ya son más de las nueve de la mañana del domingo. Han pasado treinta horas desde que tuvieron conocimiento de la desaparición de Samuel. En su cabeza no deja de imaginarse dónde estará ese bebé ahora, si habrá alguien acunándolo cuando llore, si habrá alguien cantándole canciones bonitas para ir a dormir. Sabe que no debe implicarse de esa manera. Pero no lo puede evitar. Le sucede lo mismo que cuando perdió a su hijo. Aun a sabiendas de lo que pasó, durante muchos días se preguntó: «¿Dónde estás?».

—Querrá decir que entraremos, inspectora, ¿o acaso piensa que me voy a quedar fuera otra vez? —dice el teniente Israel desafiante.

Ella coge aire y lo suelta aliviando un poco toda esa presión interna.

—No tengo ningún problema en que usted me acompañe, teniente, el único problema es la actitud que pueda tener ahí dentro. Espero que le haya quedado claro que en esta Jefatura no aceptamos la tortura ni los comportamientos violentos. Puede que estemos colaborando en este caso, pero, por si lo ha olvidado, nosotros llegamos primero, y es en la Jefatura de Policía donde se llevan a cabo las detenciones y los interrogatorios, es nuestro deber hacer todo eso con arreglo a la ley.

El teniente sonríe con menosprecio, aunque sabe que lo que ha dicho la inspectora es cierto, así que prefiere no reavivar la discusión acerca de quién lleva el timón del barco.

—Entremos —dice mientras repasa con la mirada y un desagradable descaro el cuerpo de la inspectora, nuevamente tratando de provocarla y de hacer que se sienta insultada. Ninguneada. Como un objeto.

En cuanto entran a la sala de interrogatorios pueden comprobar que Iván no es ni de lejos Aoki, es muy diferente. En todos los aspectos.

Para empezar, a Iván sí lo tienen esposado; en cambio, no está ni la mitad de nervioso que su amigo. Ha estado soltando escupitajos a ambos lados de donde está sentado y ha dejado el suelo hecho un asco. Cuando ellos entran, los mira con detenimiento durante un instante, primero al teniente Israel, después a la inspectora Bru, a quien le dedica una sonrisa mellada. Tal y como podía verse en el vídeo, el chico es alto como un árbol, pero en persona impresiona más. Es posible que pase de los ciento noventa centímetros, y sus hombros son más anchos de lo que parecían y también bastante más musculados, aunque sin llegar a tener el aspecto de alguien que frecuenta el gimnasio. Podría decirse que está delgado, pero a la vez es fibroso. Y lo cierto es que impone bastante.

La inspectora se sienta frente a él y el teniente se queda de pie, de brazos cruzados y un poco más atrás, repitiendo el mismo esquema posicional que con Aoki.

Ella observa las facciones de Iván antes de empezar con las preguntas. Por la asimetría y diferencia de altura de sus hombros, no tarda en llegar a la conclusión de que ese extraño movimiento de la espalda al andar puede ser debido a una escoliosis, algo que puede ocasionarle frecuentes dolores y exigirle un esfuerzo continuo. El pelo corto, al tres o al cuatro, castaño claro y con el nacimiento muy bajo. La forma de su cara es alargada, y todos sus

rasgos tienen acabados duros, sin elegancia. La frente prominente en sus extremos y a la altura de las cejas, que casi se juntan en el centro. La cuenca orbital, muy pronunciada, parece un pozo ciego en el fondo del cual se observan dos pequeños y oscuros ojos negros. El arco cigomático es abovedado, pero el malar es casi insignificante, y eso hace que Iván apenas tenga pómulos, y las personas que no tienen pómulos, a veces y según la fisiognomía, tienden a carecer de filtros morales. La nariz torcida en el tramo medio, algo que suele ser sinónimo de lo primero que ha visto: una persona con una desviación en la columna vertebral. Por lo demás, su nariz es un poco cóncava en el tránsito que la une a la frente, con la punta afilada, que suele indicar que es una persona con poco espacio para el amor en su vida. Sentimientos fríos, vacíos, carentes de apego hacia otros. La mandíbula angulosa a ambos lados y también a nivel de la barbilla, partida en el centro por un hoyuelo. Algo propio de la impulsividad, la agresividad y la fuerza bruta.

La fisiognomía dice que el cincuenta por ciento del rostro de una persona viene determinado por su herencia genética, y esa herencia, a su vez, puede ser buena o mala. El otro cincuenta por ciento de las facciones de una persona lo determina su forma de pensar, su moralidad, sus experiencias y su estilo de vida, y es algo que está en constante evolución hasta más o menos los cuarenta años, cuando prácticamente se estabiliza y el rostro se termina de configurar.

En los más de diez años que la inspectora Bru lleva estudiando el rostro humano, pocas veces ha visto uno que reúna tantos rasgos negativos como el de Iván. Ni tan siquiera el del Estrangulador del Jardín Botánico. El mismo que le partió la vida.

Tras este análisis, pone sobre la mesa que hay entre ella y el joven de veinte años un par de fotos en las que se le ve a él con el uniforme de Domino’s y una pizza en la mano. A su lado pone una foto de Samuel. Luego lo mira y estudia sus reacciones: Iván Teruel permanece tranquilo como un monje budista.

—¿Sabes por qué estás aquí, Iván?

El Repartidor levanta ambas manos y niega con la cabeza.

—Ni la menor idea.

La inspectora asiente y le sostiene la mirada. Quiere dejarle ver que no le tiene miedo.

—El viernes por la tarde fuiste visto entrando en el domicilio de Ignacio Durán después de haber amenazado a un joven para que te diese su ropa de

trabajo y la pizza que iba a entregar. Luego esperaste a que la droga que le habías puesto en la pizza al señor Durán hiciese efecto y se durmiera para poder llevarte a su hijo de solo siete meses. Y luego…, luego estuviste todo el sábado escondido con dicho bebé, dándole tú mismo de comer y cambiándole los pañales a la espera de entregarlo a la persona para la que trabajas. —Hace una pausa para dejar que fermenten sus palabras, pero el joven que tiene delante no parece haberse inmutado lo más mínimo—. Bien, Iván, mi pregunta es muy sencilla, ¿dónde está Samuel ahora?

Iván le aguanta la mirada y continúa ignorando al teniente, que poco a poco se ha ido acercando y ya está prácticamente al lado de la inspectora.

—No sé de qué me está hablando. Pero si pudiese decir algo, le diría que quiero hablar con mi abogado, cosa que por supuesto no tengo porque nunca lo he necesitado. Le diría también que no pueden retenerme aquí porque no tienen pruebas contra mí, sencillamente porque yo no hecho nada. Le diría que me dejen ir, pero lo cierto es que no tengo nada que hacer hoy, así que me da igual estar aquí o en cualquier otro lugar. Le diría que lo que están haciendo conmigo es ilegal, pero luego sacaría a relucir no sé cuántos artículos del Código Penal y del procedimiento policial que nadie más conoce y que afirman lo contrario, y yo tendría que resignarme como un idiota. Le diría muchísimas más cosas, pero nada de eso importaría porque al final, dijese lo que yo dijese, usted, la policía, seguiría haciendo lo que le diese la puta gana, como siempre hace la madera. Así que, visto lo visto, solo diré una cosa: comedme bien todos la polla, empezando por usted, inspectora.

Elísabet agacha un poco la cabeza, se lleva dos dedos a los lagrimales y recuerda aquello de que la gente con la que trabajan nunca es amable, nunca es nadie culpable de nada. Aquello de que la gente te insulta, te amenaza, o incluso a veces, también, acaba con la vida de lo que más quieres. Y eso no solo te desgasta, eso te mata.

33

SENTIR A UN HOMBRE DE VERDAD

—Te tenía por alguien más inteligente, Iván.

—Pues siento decirle que estaba equivocada, inspectora. Lo que ve es lo que hay, nada más.

—De todas formas, supongo que a estas alturas ya debes saber que si estás aquí es porque tenemos pruebas contra ti, bastantes pruebas, de hecho. Pensé que no haría falta tener que explicártelo todo, porque, como te he dicho, pensé que eras algo más inteligente que tu amigo Aoki, al cual le ha faltado tiempo para abrir la boca y largarlo todo. Por cierto, si te portas bien, de aquí a un rato te dejamos verlo y así podéis hablar de todo el asunto en la intimidad. Según él, todo es culpa tuya, tú eres el único responsable de todo. —Elísabet escribe un par de anotaciones con la intención de dejar trabajar un poco a la conciencia de Iván—. También pensé que podríamos ahorrarnos algo de tiempo e ir al grano, porque, como ya sabes, hay un bebé ahí fuera que lleva demasiadas horas sin estar con su padre, alguien que está sufriendo lo inimaginable. Pensé que a lo mejor te interesaría saber que tu colaboración, tu confesión y tu buena fe por enmendar lo que has hecho serían muy bien vistos por el juez, tal vez incluso todo esto podría acabar como quien dice en nada, nunca se sabe. Pero para ello necesitamos que empieces a colaborar desde ya, porque si no conseguimos rescatar a Samuel hoy mismo, me parece que va a pasar mucho tiempo hasta que vuelvas a pisar la calle.

Iván sonríe antes de hablar, dejando ver los huecos de los tres dientes que le faltan.

—¿Y cómo verá ese juez las heridas de mi cara?

—¿Qué heridas? Yo no veo ninguna.

—Las que me va a hacer el teniente de la Guardia Civil que hay detrás de usted cuando empiece a perder los nervios.

Elísabet niega con la cabeza.

—Nada de eso va a suceder, Iván, te aseguro que nadie te va a tocar un pelo mientras yo esté aquí.

—¿Y cuando no esté? Porque la dama también tendrá que ir a hacer sus necesidades, ¿no cree? Como por ejemplo, ir a tocarse un rato el coño o a comerle el rabo a su novio.

Por encima de todos los rasgos, de todas las facciones y de toda la herencia genética, siempre hay algo que lo gobierna todo, y ese algo es el conjunto que forman el semblante y la mirada. La mirada de Iván es estremecedora, y su semblante es frío como una noche de invierno en el interior de un cementerio.

—Mira, chaval, de toda la mierda que has dicho, hay una cosa en la que no te falta razón, antes o después te juro que vas a acabar con la cara hecha un puto mapa. Y me importa una mierda lo que diga el juez. Así que, por tu bien, yo empezaría a hablar cuanto antes. —El teniente Israel coge a Iván por la nuca y aplasta su cara contra la mesa, evitando golpearlo con fuerza.

—Teniente, no —dice la inspectora con la boca más pequeña de lo normal.

Israel lo suelta y vuelve a su posición. Se enciende un cigarro y le ofrece otro a Bru, que lo acepta.

—Creí que con la ley antitabaco no se permitía fumar en los edificios públicos —dice el Repartidor con soberbia.

—Hay excepciones para todo, Iván —dice la inspectora mientras saca una cuarta foto, con el rostro de Claudia—. ¿Conoces a esta persona?

El Repartidor la mira tras hacer una pequeña pausa y dedicarle una sonrisa al teniente.

—Cómo olvidar esos labios, ese culo respingón y esas tetitas tan redonditas y tan bien puestas, esa niña es una guarrilla de mucho cuidado, no os imagináis lo que es capaz de hacer con su…

Antes de que termine de hablar, Israel se acerca a él, deja el cigarro sobre la mesa y coge al joven de la oreja derecha, se la retuerce y empieza a tirar hacia arriba, algo que ya no le resulta tan divertido al Repartidor.

—Otro comentario más como ese y te arranco la puta lengua a bocados, ¿me has entendido?

—Suéltame la oreja, ya.

La oreja derecha de Iván, como el resto de su rostro, adquiere rápidamente un color rojo intenso. La ira y la explosión de agresividad no han tardado en llegar.

—¿Has entendido lo que te he dicho?

—Que me sueltes la puta oreja te estoy diciendo.

—Y yo que si me has entendido.

—¡Que me sueltes la puta oreja te digo! —Iván hace ademán de levantarse, preso de la rabia, pero Israel se lo impide sujetándolo por un hombro.

—Vale, teniente, ya está bien, pare —dice la inspectora levantando la voz.

Israel suelta la oreja del Repartidor, que ahora tiene un tono entre el rojo intenso y el morado. Tampoco ha podido ocultar que el tirón de oreja le ha hecho enfadar de verdad. Ya no se ríe. No es solo el dolor, es la humillación. La inspectora vuelve a pensar en esos juegos de intimidación que usa el teniente, esos que, algunas veces, a pesar de las formas, son muy buenos.

La puerta de la sala de interrogatorios se abre y se asoma el inspector jefe March.

—¿Pueden salir un momento, por favor?

La inspectora recoge sus cosas y abandona la sala a la espera de que el teniente también lo haga. Este le aguanta la mirada al Repartidor, que se la devuelve de un modo muy desafiante.

Lo que el inspector jefe de la UDEV tiene que decirles no tiene nada que ver con lo que acaba de pasar en la sala de interrogatorios.

—Agentes, me acaba de llamar Roberto Soto, de la Científica. Hay novedades.

—¿Tienen los resultados ya de las colillas y de las huellas del tique de Mercadona? —pregunta la inspectora con urgencia. Necesitan algo que incrimine cuanto antes a Iván o a Aoki; de lo contrario, y si no consiguen hacerlos hablar, tarde o temprano los tendrán que soltar.

—Sí, y no es lo que esperábamos. Tanto las huellas en el tique como en las dos colillas pertenecen a Claudia Gascó, ya sabéis, la chica que encontramos ayer muerta.

—Joder… —dice Israel con algo de frustración en la voz.

Se suponía que cuando llegasen las pruebas de la Científica, podrían situar al Repartidor en la ruta de huida por En Corts, así como también vincularlo a una compra de productos para un bebé que se supone que él no tiene, pruebas más que de peso para acusarlo frente a un juez, pero eso ahora ya no es posible. En cambio, sí parece ser que Claudia tenía una implicación mayor en el caso.

—Bien, no pasa nada, no perdamos la calma, todavía tenemos el testimonio del chico que dice que Iván le quitó la pizza y el uniforme y lo amenazó si contaba algo, además de las cámaras de grabación del banco y la

joyería; eso debería ser suficiente. Esperemos que la autopsia de Claudia también pueda revelarnos algo importante —dice la inspectora Bru tratando de ser optimista—. De todas formas, todavía confío en que alguno de los detenidos se decida a contarnos algo.

Todos los presentes son conscientes de que no pueden retener a ningún detenido durante más de 72 horas. Transcurrido ese periodo, el sospechoso debe pasar a disposición judicial o, en caso de no tener pruebas de peso contra él, salir en libertad. Así que necesitan esas pruebas que señalen a Aoki Hayasi y a Iván Teruel como los responsables del secuestro de Samuel.

Antes de regresar a la sala de interrogatorios, el teniente Israel aprovecha para hablar con sus dos rastreadoras, Sabater y Micó, que acaban de llegar con Sergio Calatayud, el chico de familia bien que quería curtirse trabajando como repartidor de pizzas y que acabó siendo partícipe de un horrible secuestro. El teniente felicita personalmente a las dos agentes y después mira al joven a la cara, le pregunta si está seguro de lo que pasó y si podría identificar a la persona que lo amenazó. Sergio no duda en responder afirmativamente. Después dejan que lo vea a través de la pantalla, sentado en la sala donde lo tienen, y le pregunta: «Es él?». Y Sergio Calatayud no tarda en responder: «Sí, es él».

El teniente Israel también aprovecha para decirles a sus dos agentes lo que quiere que rastreen ahora, algo que al parecer la inspectora Bru ha dejado en un segundo plano y que, según su experiencia investigando desapariciones, siempre acaba resultando importante: el entorno inmediato de Ignacio Durán. Y ese entorno incluye su trabajo, sus amigos, sus aficiones, su situación económica y sus familiares. Que tengan delante al presunto secuestrador todavía no significa que algo relacionado con el padre haya podido tener que ver con la desaparición de su hijo. Y también les pide que, de forma extraoficial, sigan investigando a fondo la situación actual de la inspectora Bru, así como su pasado; siempre ha pensado que, para conocer bien a alguien, ha de conocer de dónde viene y a dónde va. Y él quiere conocer a la inspectora Bru en profundidad porque se teme que los problemas entre ellos no han hecho más que empezar.

Cuando el teniente y la inspectora entran de nuevo en la sala de interrogatorios, Iván Teruel vuelve a ser el chico al que todo le resbala, su oreja ya no está tan roja. Tiene las manos entrelazadas por detrás de su cabeza, que tapa completamente las esposas. Más que un preso parece alguien que está tomando el sol en la playa. Ha empezado a silbar la famosa *Marcha*

del coronel Bogey, la misma que silbaban los presos ingleses en la película *El puente sobre el rio Kwai*.

—Empezaremos de nuevo si no te importa, Iván —dice la inspectora cuando se sienta otra vez frente a él.

El detenido deja de silbar y vuelve a poner sus manos sobre la mesa.

—No me importa en absoluto, empecemos de nuevo si quiere, ya le he dicho que hoy no tengo nada que hacer.

—Bien, te diré lo que sabemos, lo que tenemos, y después tú decides el camino que quieres seguir.

—Adelante, inspectora, soy todo oídos.

Ella puede sentir cómo, detrás de sí, el teniente resopla y vuelve a encenderse otro cigarro.

—En la tarde del viernes interceptaste a un repartidor de Domino's que se disponía a realizar una entrega en la calle Martí. Lo amenazaste con hacerle daño a él y a su familia y acabó dándote lo que le pedías: la pizza y su ropa de trabajo. Después fuiste hasta el domicilio de Ignacio Durán, que como tú ya sabías previamente gracias a tu amigo de la infancia Jaime Benavent, que trabaja en Domino's desde hace tiempo, estaba esperando la misma pizza que se come todos los viernes a la misma hora. En cuanto hiciste la entrega y bajaste a la planta baja, apagaste el contador de su piso y esperaste pacientemente, tal vez en un lugar próximo a la puerta de su casa, a que Ignacio bajase a encenderlo. En ese momento entraste con la llave que, si no me equivoco, copió el propio Jaime con la técnica del *impressioning*, y te escondiste. Esperaste a que Ignacio se comiera la pizza a la que tú habías añadido una buena cantidad de un anestésico de acción rápida. Dejaste pasar una hora u hora y media, hasta que Ignacio dejó de hacer ruidos y todo estuvo en calma, incluido su bebé, y ese fue el momento que aprovechaste para llevártelo. Luego bajaste hasta el garaje, abriste la tapa de una alcantarilla y te metiste allí abajo con Samuel. Y después de recorrer algo más de un kilómetro entre colectores y brazales de acequia, te encontraste con… —La inspectora trata de encajar a Claudia en la historia, y dice lo primero que se le ocurre—: con Claudia, que estaba esperándote en esa red de acequias y alcantarillado, concretamente bajo la calle Alberola. En cuanto te vio, se hizo cargo del bebé y tal vez comprobó si necesitaba algo; tenemos constancia de que tu novia compró la víspera leche en polvo y pañales. Después de eso subisteis a la superficie cuando Aoki os hizo la señal que estabais esperando, os fuisteis en su Seat Córdoba y os escondisteis en un piso abandonado de Benicalap a la espera de realizar la entrega. Aunque por lo que hemos podido

saber, las cosas se empezaron a torcer muy pronto, empezando por Aoki, y siguiendo por Claudia, ¿no te parece? Te lo voy a pedir por favor, Iván: dime dónde está ahora Samuel. Como ves, yo no escondo nada, te he dicho lo que sabemos y te puedo asegurar que tenemos pruebas de todo. Esto es mucho más serio de lo que crees, y vas a ir a la cárcel de cabeza si no empiezas a contarnos todo lo que sabes inmediatamente. Y no sé si alguna vez te han contado cómo tratan en la cárcel a los secuestradores de bebés.

Tanto la inspectora Bru como el teniente Israel han sido testigos de cómo las facciones de Iván se tensaban cuando ella ha utilizado la expresión «las cosas se empezaron a torcer muy pronto», y esa reacción del sospechoso hace que la inspectora, lejos de creer que ha dado en el clavo, piense que es posible que algo muy malo haya pasado.

Iván se ensaliva un poco la boca haciéndose el interesante, después deja ver el *piercing* que tiene en el centro de la lengua. Es una bola de color negro rematada con una especie de punta triangular a cada lado.

—No sé qué decir, inspectora, menuda historia se ha montado, la verdad. Y no sé qué tipo de pruebas dice tener, pero permítame que dude de ellas. Si quieren saber cuál es mi sincera opinión es que, sin comerlo ni beberlo, me he visto metido en todo este embrollo por pura equivocación.

—¿Quieres decirme que el de esta foto no eres tú?

—Podría ser cualquiera.

—Ya, claro, y entonces el chico que asegura que lo amenazaste para quitarle la pizza y la ropa ¿también miente? ¿Se lo ha inventado todo?

—No lo sé, eso pregúnteselo a él, que tan seguro parece estar de lo que vio. Me pregunto si cuando llegue el juicio todavía seguirá pensando lo mismo…

—Eres consciente de que eso es una amenaza velada, ¿verdad? Y de que podría considerarse como una prueba más de que tú eres el principal responsable del secuestro.

—Piense lo que le dé la gana, inspectora, yo solo digo que a veces la gente se confunde, se equivoca, es normal, la vida moderna es muy estresante y todos somos humanos, todos cometemos errores. Ese chico, por ejemplo, ¿quién no le dice que no es el responsable de esos horribles actos de los que me está acusando y no yo? ¿Quién no le dice que no está tratando de incriminarme? Porque, seamos francos, inspectora, ¿tiene realmente alguna otra prueba de algo aparte del testimonio de un chico confundido que probablemente ya se esté arrepintiendo de lo que ha dicho? —Ahora es Iván Teruel quien hace una pequeña pausa para observar cómo reaccionan la

inspectora y el teniente—. No hace falta que responda ni que continúe poniéndose en ridículo, todos aquí sabemos que no tiene nada. Así que, hágase un favor, suélteme e invierta este valioso tiempo en buscar al verdadero culpable.

Algo en el interior de Elísabet se ha empezado a agitar. Es como una horrible sensación de que todo va a salir mal, de que esa balanza que nivela lo bueno y lo malo está completamente virada hacia lo malo, hacia el lado de Iván.

El teniente Israel, que observa cómo la inspectora Bru se ha quedado parcialmente noqueada, da un paso al frente, abre la carpeta que ella tiene delante, y saca una nueva foto. Otra de Claudia, pero esta es la imagen que tomaron de ella sin vida en el piso de Benicalap. La coloca frente a Iván, quien no puede evitar apretar los labios un poco. Solo un poco. La cuarteada y curtida piel de sus nudillos también se tensa.

—¿Podrías decirme qué estuviste haciendo ayer por la tarde? —pregunta el teniente con seriedad.

El detenido lo mira con cierto desafío.

—Estuve por ahí, no sé, en casa, supongo, haciendo los deberes y esas cosas.

—Déjate de gilipolleces, en casa no estuviste.

—¿Ah, no? ¿Y usted eso cómo lo sabe? ¿Estaba allí para verlo?

—No, pero tus padres sí, y aseguran que no te han visto el pelo en varios días.

—Ya les he dicho que la gente a veces se confunde, y no recuerda bien las cosas. Puede que mis padres digan lo contrario si les vuelven a preguntar ahora, no sé, esas cosas pasan.

—Y yo ya te he dicho antes que te dejases de gilipolleces. Hostia, al final vas a conseguir hacerme enfadar de verdad. —El teniente eleva la voz y, casi inconscientemente, se acerca poco a poco a Iván.

—¿Lo ve, inspectora, como el juez verá mi cara llena de feas marcas y heridas?

—Desde luego que lo va a ver si no empiezas a hablar de una vez, niñato engreído. ¿Quién cojones te crees que eres para secuestrar a un bebé, matar a una chica y encima reírte en nuestra cara?

Iván abre los ojos y mira a la inspectora Bru con una expresión de sorpresa.

—¿Ahora también me están acusando de asesinar a la tía que me follaba? Lo del bebé podría entenderlo, de verdad, no sé, se les puede haber pasado

por la cabeza que yo haya podido hacer algo así por culpa del testimonio de alguien que no sabe ni dónde tiene la bragueta, pero ¿asesinar a un bombón como Claudia? Por favor, nadie en su sano juicio mataría a la mujer que lo colma de besos todos los días…

Antes de que Iván explote en una sonora carcajada, que es lo que está a punto de hacer, el teniente Israel le da un fuerte tortazo con la mano abierta. Le gira la cara, y para cuando Iván vuelve a mirar al frente, se encuentra con un segundo tortazo que se la gira todavía con más violencia. El detenido no puede reprimir un aterrador grito de rabia mientras aprieta los dientes con fuerza.

—Teniente, ya es suficiente —dice la inspectora levantándose.

—Vamos, hijo de puta, dame otra vez si tienes huevos, venga, tan hombre que te crees ahora —Iván lo desafía con el rostro cubierto por la rabia.

—Por favor, teniente, no lo haga —dice la inspectora Bru, que sabe perfectamente que, si además de no tener pruebas suficientes, el juez ve que ha habido maltrato, no tendrán absolutamente nada que hacer y quedará libre.

Y el teniente Israel, tras levantar la mano y hacer ademán de soltarle otro tortazo, consigue controlarse, sonríe de manera forzada y vuelve a bajar el brazo.

—Te crees muy listo, y supongo que entre la bazofia con la que te mueves tal vez puede que lo seas, incluso a lo mejor te has llegado a imaginar que vas a salir libre de esta, pero tú y yo sabemos que no eres más que una basura, un deshecho más de la sociedad que yo me encargaré de que no vuelva a pisar el nido de escombros del que ha salido.

Primero Iván se pone muy serio, pero enseguida rompe en una ruidosa carcajada.

—No sé qué cojones te hace tanta gracia, pero te aseguro que de aquí a muy poco voy a borrar esa risita de tu cara.

—Me ha hecho gracia eso que ha dicho, eso de que soy…, ¿cómo me ha llamado? Ah, sí, un desecho social, y… —Iván mira al infinito y sus aletas nasales se abren con parsimonia— ciertamente, teniente, no podemos estar más de acuerdo con eso. Mi padre se ha tirado más de media vida en el talego, mi madre ha sido puta profesional hasta que ya nadie quiso pagar para follársela, así que ahora solo pasa marihuana, ya ve, algo humilde que le da para sus vicios. Mi hermano mayor murió de una sobredosis de heroína, lo descubrí yo, por cierto; a mi otra hermana mayor el juez le acaba de quitar la custodia de sus dos hijos e incluso tiene una orden de alejamiento de ellos y de su exmarido. Tengo un tío ingresado en un hospital psiquiátrico y una

prima que pesa más de cien kilos y se mete cosas en el coño mientras se graba con la *webcam*. Ah, y se me olvidaba, mi abuelo por parte de madre tiene el honor de ser uno de los primeros en haberse hecho la Ruta del Chocolate en un seiscientos. Traía decenas de kilos del mejor hachís del momento directamente desde Marruecos. Al final lo acabaron pillando, claro, el pobre no era muy listo, pero durante un tiempo hizo un buen dinero, hasta tuvo su propio puticlub, el mismo en el que, casualidades de la vida, se estrenó mi querida madre. —Iván hace una sobrecogedora pausa. Su mirada es reflexiva, es dura, como el que profundiza sobre el sentido de la vida—. Como ve, teniente, no podemos estar más de acuerdo en lo de que soy un auténtico deshecho de la sociedad, aunque yo emplearía mejor el término «víctima de la sociedad», pero… supongo que no estamos aquí para hablar de semántica, ¿verdad que no?

La inspectora Bru y el teniente Israel salen de la sala de interrogatorios con una horrible sensación de contrariedad.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado ahí dentro? —pregunta él con enfado.

—Eso mismo le iba a preguntar yo a usted, creí que habíamos dejado claro que nada de violencia.

—Y yo que la Policía sabía cómo hacer hablar a alguien que lleva el cartel de culpable colgando del pecho. No ha dejado de reírse de usted desde que hemos entrado.

—¿De mí? —pregunta la inspectora apuntándose a sí misma con un dedo.

—Sí, de usted. Incluso he tenido que defender su honor en más de una ocasión, ¿es que ni siquiera se ha dado cuenta? ¿Qué coño le pasa, inspectora?

—No me pasa nada, es a usted a quien le pasa algo. Y yo no necesito que ni usted ni nadie salga en mi defensa, y no sé cómo tiene el valor de hablarme a mí de honor o de faltarle al respeto a alguien. Como tampoco sé si no se ha dado cuenta de que no estamos aquí para defender el honor de nadie ni ver quién manda más, estamos aquí para salvar la vida de un bebé que aún no tenemos ni idea de dónde está. Pero, por lo que veo, eso a usted es lo que menos le importa.

—Le recuerdo que la única prueba de peso que tenemos hasta ahora es el testimonio de un joven del cual hemos podido tener conocimiento gracias a mis agentes.

—Y yo le recuerdo que tanto la persona que está ahí dentro, como Aoki y como el cuerpo sin vida de Claudia Gascó han sido hallados por gente de mi equipo.

—Bueno, ya es suficiente, ¿no creen? —dice Julio March interrumpiendo la discusión entre los dos—. Me parece que no es momento ni lugar para este tipo de discusiones, sino de mover el culo y no dejar que ese niñato nos saque de nuestras casillas. ¿Está claro? ¿Acaso no veis que lo que ha estado tratando de hacer desde el principio es provocaros para que perdáis los nervios? Mostrad un poco más de profesionalidad, por Dios.

El inspector jefe espera a que los dos, que todavía continúan mirándose muy seriamente a la cara, le confirmen que la discusión ha terminado. Una discusión que poco a poco se ha ido adentrando en un terreno pantanoso y de la cual ninguno se siente orgulloso.

Es ella quien da el primer paso.

—Sí, inspector jefe, está claro. Le pido disculpas por mi comportamiento.

Víctor Israel no dice nada, solo aprieta los labios.

—Y ahora tómense los dos un descanso. Mientras, llevaremos a Iván Teruel junto con su amigo Aoki Hayasi, a ver si entre los dos se calientan un poco y después están más receptivos.

—De acuerdo, inspector jefe. ¿Le importa que sea yo quien lleve al detenido al calabozo? —pregunta la inspectora.

March observa al teniente Israel para ver si también se va a oponer a tal petición, pero no es ese el caso.

—Yo iré a tomar un poco el aire, esto está muy cargado esta mañana —dice el guardiacivil.

De camino al calabozo, Iván Teruel no dice nada, solo avanza al lado de la inspectora con una enorme sonrisa.

Cuando están llegando a las celdas más apartadas, y en un lugar donde no hay ni micrófonos ni cámaras de seguridad, Iván se acerca con mucho sigilo a la inspectora, pega su boca a su oreja y, con un susurro, le dice:

—Si quiere saber lo que es sentir a un hombre de verdad, a uno que la empotre y que la haga sentir otra vez mujer, llámeme, pero deje de perder el tiempo ya con ese bebé, porque puedo decirle, y creo que nunca he estado más seguro de algo en la vida, que nunca lo encontrarán.

Tras esas palabras, por segunda vez en su vida, la inspectora Bru piensa en hacerle mucho mucho daño a una persona.

34

NO HE DICHO NADA

Antes de meterlo en la celda donde Aoki ha pasado la noche, dos agentes se encargan de cachear a Iván. Le piden que se quite el *piercing* de la lengua, los dos anillos que lleva en la mano derecha y el reloj de pulsera marca Festina. Es el procedimiento habitual. Lo último que quiere la Policía es que los presos se hagan daño entre ellos o a ellos mismos.

Los calabozos de la Jefatura tienen celdas individuales, para dos personas y para grupos. La que comparten ahora los dos principales sospechosos del secuestro de Samuel es de las más pequeñas de las dobles. Tiene tan solo un par de metros más que una celda individual, pero precisamente eso es lo que buscan, que haya contacto, que pasen calor, que no se puedan evitar.

De fondo se oyen los berridos de otros presos que han pasado allí la noche. Gente que maldice. Gente que dice que quiere hacer una llamada. Gente que dice tener todo tipo de molestias y que necesita un médico. Pero sobre todo hay gente que insulta, que amenaza, que se excluye de toda culpa.

Iván mira de reojo a Aoki, que está sentado en un banco de obra sobre el que hay una pequeña colchoneta como las que se usan en los gimnasios para hacer pilates o yoga. A su lado también hay una pequeña manta que ha enrollado para utilizar como almohada. Demasiado calor como para taparse. En cuanto se ha despertado, Aoki se ha quitado la camiseta y ahora luce su delgado y pálido torso al aire.

Traga saliva al ver entrar a su amigo, no hace falta que le diga nada, ese silencio es suficiente. Iván evalúa los siete metros cuadrados que debe tener esa celda y después se tumba bocarriba en la segunda de las camas disponibles, también de obra fija, también con una colchoneta de pilates como las que venden en Carrefour y una manta sucia.

Aoki lo mira y vuelve a tragar saliva. En el fondo siempre le ha tenido miedo, desde pequeños, pero ahora más.

—¿Qué te han dicho? —pregunta viendo que Iván no dice nada.

Pero Iván continúa en silencio.

—¿Te han preguntado por…?

—Cállate.

Aoki sabe que su amigo está muy enfadado, puede verlo en su mirada, en su forma de moverse, de respirar, y eso lo llena de pánico.

—Te juro que no he abierto la boca, te lo juro. Sobre nada.

—Que te he dicho que te calles de una puta vez. ¿Tengo que repetírtelo? —Iván habla en un tono monocorde, con los ojos entrecerrados, tumbado bocarriba.

—¿Sabes algo de Claudia?, ¿ella también está aquí?

—Más te vale no haber dicho ni media palabra sobre nada, más te vale no decir ni media palabra sobre nada más. —Iván se incorpora y se sienta sobre la cama de piedra—. Tú y yo ya no tenemos nada que ver con nada, y tampoco Claudia. Ella está ahora en otra celda para mujeres, no te creas nada de lo que te cuente la Policía, son solo tácticas para ponerte nervioso. Y ahora cállate la puta boca de una vez, espera a que pasen las 72 horas de arresto y después a que te digan lo que tienes que hacer. Y ya se acabó la conversación.

Aoki tiene la boca seca, solo le han dado una botella de medio litro de agua desde que llegó, y él es de mucho beber, sobre todo en verano. Asiente a lo que le ha dicho su amigo y observa cómo se vuelve a tumbar en la cama. Iván ya no le volverá a hablar, ya le ha dicho lo que tenía que decirle, que es más de lo que tendría que haber dicho allí abajo. Y así, en ese tenso silencio, estarán hasta que llegue un agente y le pida a Aoki que lo acompañe.

35

MAMÁ

Ignacio Durán no soporta a su madre. Nunca lo ha hecho. Pero ahora menos. Desde que tiene uso de razón ha sentido que lo asfixiaba. Que estaba siempre encima de él diciéndole lo que tenía que hacer en cada momento de su vida, anulando su voluntad. También piensa que anuló la de su padre, el cual, tras años tomando antidepresivos, logró encontrar la fuerza suficiente para pedir el divorcio y escapar de allí. El problema es que el hombre, desquiciado, olvidó que, aparte de su mujer, también dejaba en aquella casa a un hijo.

—¿Qué te ha dicho la Policía? ¿Y no ha llamado nadie pidiendo un rescate?

Rafaela Iturbi es una mujer fuerte, que imprime carácter a todo lo que dice y hace. A pesar de que ya sobrepasa los setenta, se conserva muy bien. Siempre va arreglada, de peluquería y dejando a su paso un rastro a perfume caro. Las uñas pintadas y pulseras relucientes.

—Mamá, la Policía no me ha dicho nada nuevo, solo que siguen buscándolo, ¿qué quieres que te diga? Y ya te dije que no hacía falta que vinieras, prefiero estar solo.

Rafaela se fija en la falta de limpieza del piso de su hijo. Algo que desde siempre le ha molestado.

—Me da igual lo que pienses y lo que me digas, soy tu madre y voy a estar a tu lado te guste o no. Es lo que hay. Lo que ha de hacer una madre por sus hijos lo sabe ella y nadie más. Y se acabó hablar del tema.

Ignacio no ha conseguido pegar ojo desde que se llevaron a Samuel. Ha llorado hasta que, literalmente, se ha quedado sin lágrimas. No come, no bebe, solo entra al baño de vez en cuando, a su baño. La cabeza le va a estallar, y cada vez tiene más claro que no lo va a soportar durante mucho más tiempo. Si la Policía no encuentra pronto a su hijo, va a cometer una locura.

—¿Por qué no te das una ducha, hijo? Te vendría bien adecentarte un poco, ¿no crees? ¿Y ya no viene Lucrecia a limpiar? Pensé que estabas contento con ella.

—No, no estaba contento con ella. Tú querías que lo estuviese, pero no lo estaba. Y tampoco me da la gana ducharme, lo único que quiero es estar solo, ¿tan difícil es eso de entender? —Ignacio levanta la voz y mira a su madre con el rostro desencajado. Tiene los párpados amoratados, su pequeña nariz acabada en una minibola redonda está roja como el interior de una sandía. Los pliegues que se le forman en su corto y carnoso cuello se han ido irritando con el paso de las horas y la alta temperatura ambiente. Tiene las tiernas manos reblandecidas por la humedad, y los labios con restos de saliva seca.

—Yo lo único que quiero entender es por qué alguien se ha llevado a mi nieto, ¿por qué alguien querría hacerte algo así? ¿Es que le debías dinero a alguien, hijo mío? ¿Es que estás metido en algún lío?

Las preguntas de Rafaela hacen que, definitivamente, algo en el interior de Ignacio explote.

—No sé por qué se han llevado a mi hijo y no al de otra persona, no lo sé. ¿Acaso te crees que soy estúpido y no me lo he preguntado? Y por supuesto que no se trata de ninguna venganza personal ni nada de eso, ¿no oíste a los policías? La mayoría de las veces que se llevan a un niño es para pedir un rescate, y si no, es para… ¡No sé para qué! ¡Solo que se lo han llevado y que no está aquí, joder! ¡Y deja ya de culparme por todo de una vez, maldita bruja!

Los ojos de Rafaela se inundan de lágrimas. Sus cejas se elevan y su boca dibuja un arco. Su hijo nunca le había hablado así.

—No sé por qué me hablas así, hijo, soy tu madre, y lo único que estoy intentando es que estés mejor, ayudarte a superar esto. Estar a tu lado…

—Pues si de verdad quieres ayudarme, por favor, mamá, déjame solo, ¿vale? Lo único que quiero es estar solo, y no tener que hablar ni dar explicaciones de nada. Solo estar aquí, y esperar, ¿vale? Y si puede ser, en silencio.

El semblante de Rafaela Iturbi se oscurece como un repentino anochecer. Las lágrimas desaparecen casi de golpe. La tristeza parece haber sido desplazada por otra cosa bastante más poderosa: su ego. Se levanta y mira a su hijo con cierto desprecio. Luego se queda pensando, y los pensamientos de Rafaela rara vez son alegres.

—Tengo que ir a comprar un par de cosas al Mercado de Colón, luego tomaré algo por allí. Volveré más tarde.

En cuanto Rafaela se marcha, Ignacio vuelve al cuarto de su hijo, se queda pasmado viendo las constelaciones que surcan el cielo de la habitación, luego mira la colección de libros de El Barco de Vapor que él mismo leyó de niño y en un arrebato de furia los tira todos de la estantería. No tarda en romper de nuevo a llorar preguntándose, como decía su madre, por qué se han llevado precisamente a su hijo y no al de otra persona. Preguntándose si se habrá metido en un lío, si alguien quiere hacerle daño a él, y no a su hijo.

Y con la terrible duda de si el secuestro de su hijo es culpa suya, va en busca del maletín médico que utiliza cuando tiene que hacer algún domicilio, y escoge el bisturí más grande de los que dispone. El momento de saltar ha llegado.

36

TODO ESTO ES POR TU CULPA
Ángel Císcar

Nicolás Císcar y Gloria Bahamontes tardan en aparcar más de lo normal. Es 16 de marzo, acaban de hacer la plantà de las fallas y el colegio San José de Calasanz, ubicado en la calle Micer Mascó, se encuentra muy próximo a la falla de la Sección Especial Exposición-Micer Mascó. Y eso es sinónimo de calles cortadas, aglomeraciones de gente, vallas publicitarias de Arroz La Fallera por todas partes, vaharadas de pólvora y ruidos de cornetas y vuvuzelas de plástico.

Aun así, consiguen llegar al despacho del director del prestigioso colegio justo a la hora a la que han sido citados. Y eso es así porque Nicolás y Gloria siempre salen con tiempo. Les gusta hacer las cosas bien, y no dar nunca que hablar.

Ya es la segunda vez en el último mes que don Lucas Corbí los llama para tener una reunión personal. Y eso no es bueno.

Los dos minutos que tienen que esperar hasta que llega el director se hacen largos. Y cuando aparece, ven que la expresión de su rostro es esquiva. Se sienta tras su mesa de roble sin decir nada, y eso tampoco es bueno. Todo él desprende un agradable olor a incienso y un desagradable semblante que huele a problema serio.

—¿Qué ha pasado esta vez, don Lucas? —Gloria no puede esperar a que el director exponga el asunto de la reunión. Aunque todos allí saben perfectamente cuál es.

Don Lucas se afloja un poco el nudo de la corbata. Después da unos golpecitos sobre la mesa con la parte inferior de su elegante pluma Montblanc.

—¿Recuerdan las pautas que les di la última vez que nos vimos?

—Sí —responde Gloria con decisión.

Su marido Nicolás, en cambio, tan solo asiente con timidez.

—¿Las pusieron en práctica?

Nicolás y Gloria se miran embargados por la culpa.

—Más o menos —responde la madre.

—Pues ese es precisamente el problema. Ángel ha ido un poco más lejos esta vez. Ya no es solo esa tendencia a la manipulación de la que hablamos, sino que ahora también… —Don Lucas coge aire con agobio. No le gusta hacer ese tipo de juicios, pero a veces tiene que hacerlos. En eso consiste la responsabilidad de su cargo. En asumir ese tipo de tragos. Los malos tragos—. Ahora también hemos empezado a ver que tiene muy poca empatía. Saben a qué me refiero, ¿verdad?

—¿A qué? —esta vez es Nicolás el que responde.

Gloria gimotea llevándose las dos manos a la cara. Ella sí sabe a qué se refiere.

—Me refiero a que no le importa lo más mínimo lo que puedan sentir las demás personas. No le importa si alguien sufre, llora o lo pasa mal. Le resbala completamente. Tanto yo como el resto de los profesores hemos detectado que no solo es cada vez más egocéntrico, sino que no tiene ningún problema en pasar por encima de quien haga falta para conseguir lo que quiere. Si hay que pisar un par de cabezas, él las pisa.

Nicolás aprieta las cejas y alza las manos con las palmas abiertas. Su mujer sigue gimoteando.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? —pregunta ella con urgencia en la voz.

—Lo que ha hecho es convencer a una compañera de clase para que se mostrase ante él completamente desnuda, momento en el que su hijo ha aprovechado para sacarle unas fotos con una de esas modernas cámaras digitales. Después de eso le ha dado una serie de instrucciones a la chica y le ha dicho que, si no las cumple, todos verán sus fotografías. Como pueden entender, esto es muy embarazoso para nosotros. La chica se lo ha dicho a sus padres, que no han tardado en venir a pedirme explicaciones. Les seré franco, quieren denunciar a su hijo, quieren denunciarlos a ustedes, quieren denunciar al centro, y puedo asegurarles que esa familia no se anda con tonterías.

Nicolás no puede evitar que se le escape una pequeña sonrisa. Gloria lo mira horrorizada.

—Venga ya, don Lucas, son solo cosas de niños. ¿Acaso usted no deseaba ver a las chicas desnudas a esa edad? Yo no veo nada de raro en eso. Además, ha dicho que la chica se desnudó voluntariamente, ¿no? ¿Quién dice que no se lo está inventando todo? Me refiero al tema ese del chantaje. —Nicolás, como siempre, no va a dejar que alguien le diga cosas malas de su hijo. Porque, entre otras cosas, piensa: «¿Qué tiene de malo querer ver a una chica desnuda?». Si su hijo tiene esa capacidad para convencer, bienvenida sea.

—No son solo cosas de niños, señor Císcar, Ángel ya tiene doce años, y en cuanto a lo de que la chica se lo esté inventando…, por favor, todo el mundo sabe de sobra el poder de seducción que tiene su hijo y cuál suele ser su estrategia: «Tú haces esto y yo no digo esto otro; tú haces aquello y yo te doy esto a cambio». Siempre está igual. Vale que la chica se desnudó voluntariamente, eso es verdad, pero también es verdad que eso no le da derecho a chantajearla de ninguna forma, y menos aún con un asunto tan delicado como la desnudez de una persona. Además, en este colegio nos tomamos muy en serio este tipo de asuntos. No admitimos ningún tipo de presión, acoso, chantaje ni otras formas de hostigamiento, menos aún todo aquello que tenga que ver con la pornografía. Y cuando somos conocedores de que algo así está ocurriendo…

—¿Qué? ¿Qué hacen? —pregunta Nicolás con chulería.

Su mujer lo mira avergonzada.

—Esto funciona así: si su hijo Ángel, además de borrar todas esas fotos y disculparse ante esa chica y sus padres, no cambia radicalmente de actitud desde ya, nos veremos obligados a expulsarlo y a dar parte de lo sucedido al órgano judicial competente. Así que eso es lo que hacemos, tratar de reconducir la situación. No mirar hacia otra parte. Y si la situación es irreconducible, entonces emprendemos otro tipo de acciones para que el colectivo no se vea afectado por la desviación.

—¿Qué? —Nicolás arquea las cejas atónito. Pero, a la vez, con una ligera sonrisa emergiendo entre los labios. No da crédito a lo que está escuchando, pero tampoco puede evitar que le parezca una extraña broma. Él ha visto y hecho cosas bastante peores en la vida que lo que dicen que ha hecho su hijo, y nunca ha pasado nada.

—Lo que has oído, haremos lo que ha dicho don Lucas, y Ángel seguirá en este colegio. Todo esto es por tu culpa, toda la vida consintiéndolo —dice Gloria exaltada y fusilando a su marido con la mirada.

Nicolás cabecea con incredulidad. Su sonrisa emergente se hace grande.

—No me lo puedo creer, ahora resulta que el culpable soy yo.

—¿Y quién si no?

—Me parece que deberían discutir esto en su casa, me esperan ahora en otra reunión —dice don Lucas con educación, y le tiende la mano al matrimonio Císcar-Bahamontes.

Gloria se la estrecha llena de vergüenza, Nicolás mira hacia otra parte.

—Háganme caso, hablen con su hijo, que borre esas fotos, y que se disculpe ante esa familia. Ese es mi consejo. Aún estamos a tiempo, pero hay que ponerse muy serios desde ya, y para eso hace falta voluntad.

Don Lucas Corbí sale de su despacho dejando allí a Nicolás y a Gloria. Se avecina tormenta en el matrimonio Císcar-Bahamontes. Otra más.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Nicolás y Gloria tienen una conversación mucho más razonable y madura de lo que acostumbran. Y llegan a un punto de acuerdo intermedio. Su hijo Ángel destruirá esas fotos y se disculpará ante esa familia, empezando por la chica, pero después de eso lo cambiarán de colegio. Según Nicolás, bajo ningún concepto va a estar su hijo soportando el peso de la vergüenza sobre sus hombros. Disculparse por lo que ha hecho es admitir que ha hecho algo malo, cosa que Nicolás no comparte de ninguna de las maneras. No va a permitir que nadie vaya por ahí señalando a su hijo o a ellos y acusándolos de algo semejante. No, no, no.

37

Y TU MEJOR SONRISA

—Ya sé que lo haces con la mejor intención del mundo, Eli, pero te agradecería que cuando pasasen cosas importantes me llamases un poco antes. ¿Qué crees que pensará de mí Julio cada vez que me ve llegar el último? —Ángel rara vez muestra disconformidad ante una decisión que haya tomado Elísabet, pero le ha molestado enterarse por una filtración que ha habido en la prensa de que había sido detenido el principal sospechoso del secuestro, Iván Teruel.

La noticia ha sido emitida por CV Radio y ahora ya toda la ciudad sabe lo que ha ocurrido.

—Julio no me ha dicho nada malo de ti, Ángel; de hecho, están todos muy contentos contigo. Yo soy la responsable de este caso y es a mí a quien piden cuentas cuando las cosas no van bien. Es normal que haya agentes haciendo otras cosas mientras otros estamos aquí. Como ves, tampoco he querido molestar a ningún otro agente de la Brigada. La única razón por la que no te he llamado ha sido porque pensaba que a Rebeca y a ti os iría bien contar con algo más de tiempo, sé perfectamente el daño que puede llegar a hacerle este trabajo a una relación.

El subinspector Císcar sonríe con elegancia al escuchar las palabras de su jefa. Todo en él está impregnado de una distinción sublime. Luego recoge con dulzura ese pequeño mechón de pelo que a Elísabet siempre se le escapa y se lo coloca detrás de la oreja con delicadeza. A ella le da un pequeño escalofrío al sentir el agradable tacto de su compañero.

—Lo sé, Eli, lo sé. Eres un cielo, la mejor persona con la que he trabajado nunca, pero lo que pase entre Rebeca y yo es cosa nuestra, de nadie más. Quiero estar contigo al cien por cien en este caso, y si te llaman a las tres de la madrugada, me llamas a las tres de la madrugada. Además, me parece que tú tampoco estás pasando por tu mejor momento, no quería decírtelo, pero cada

día te veo más delgada, y no creo que sea debido a que has empezado a hacer deporte, tú ya me entiendes. Soy consciente de que llevas mucho tiempo acumulando cansancio y, si no paras, al final te va a dar algo. Así que deja que te ayude con esto, no te lo cargues tú todo encima. Somos un equipo, y por si no lo sabes, yo también me preocupo por ti, por tu vida personal.

—Eres un gran hombre, Ángel, no sé qué haría sin ti. No te preocupes, a partir de ahora te llamaré cada vez que se requiera nuestra presencia o haya cualquier avance.

Ángel asiente y pone sus manos sobre los hombros de Elísabet, que no le permitiría ese acercamiento físico a nadie, pero él tiene un verdadero don para erradicar cualquier tipo de mala intención que pueda suponerse de sus actos, todo en él adquiere un tono de naturalidad casi al instante.

—Mira, ¿por qué no hacemos una cosa? Hoy tenías comida familiar por el cumpleaños de tu hermano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no te vas ya, descansas un rato y luego acudes a esa comida familiar más relajada?

—No, eso es imposible, todavía tengo que entrevistar otra vez a Aoki y después quiero volver a ver a Iván. Samuel podría estar en cualquier sitio, y tengo que encontrarlo como sea. —«¿Y si no, qué?, ¿qué pasará si no lo encuentras?», se dice Elísabet. Una desagradable sacudida tensa su piel desde la nuca hasta los pies.

—Yo interrogaré a Aoki, y a Iván puede interrogarlo Hacha o el Viejo, e incluso yo, o tú misma esta tarde, cuando ya hayas descansado un rato. Te prometo que te avisaré si se produce cualquier novedad. No te preocupes, yo seré como una proyección tuya, seré tus oídos, nariz, ojos y boca. Estarás al tanto de cualquier cosa que pase.

Elísabet mira el reloj. Son las once de la mañana. Le duele la cabeza, el estómago, y se siente cada vez más débil. Ya ha perdido la cuenta de los Adderalles que se ha tomado para conseguir estar a todo, pero las anfetaminas tampoco le funcionan ya, así que ¿qué más puede hacer para ser quien debe ser? Tal vez el plan de Ángel no sea tan malo. Pero aun así…

—Te lo agradezco, pero quiero entrevistar yo a Aoki, puedes entrar conmigo si te apetece.

—Como quieras, la oferta estará sobre la mesa por si la reconsideras.

—Gracias.

—Me ha dicho el inspector jefe que Iván te ha confesado en privado que él es el responsable.

La inspectora Bru se sobrecoge un poco al recordar el episodio de camino a los calabozos.

—No estoy segura, la verdad. Iván es muy extraño y todavía no sé muy bien cómo interpretarlo, ya lo verás por ti mismo. No lo ha dicho de forma explícita, aunque sí parecía querer darlo a entender. No sé si para vacilarme, reírse de mí o provocarme. Lo que ha dicho es que estaba seguro de que no íbamos a encontrar nunca a Samuel. ¿A ti eso a qué te suena?

Ángel Císcar se dice que eso no le suena nada bien. Luego se le está a punto de escapar una sonrisa, más bien es una carcajada, que reprime sin dejarla salir de su interior.

Antes de hacer que Aoki Hayasi vuelva otra vez a la sala de interrogatorios, la inspectora Bru llama a su Brigada y les da órdenes de seguir rastreando y buscando por todo Benicalap y sus alrededores alguna pista de dónde podría estar Samuel, de con quién se relacionaban Iván, Aoki y Claudia; todavía no han recibido los resultados de la autopsia de la chica. A continuación recibe un mensaje de su padre:

«Si puedes, cuando vengas trae algo de pan y cerveza fría y vino, y tu mejor sonrisa. Te echo de menos, hija. Espero que estés bien. Te quiero. Papá».

Polisíndeton. Consiste en la repetición dentro de una frase de la misma conjunción para darle más fuerza a lo que se expresa.

Y tras responder a su padre, Elísabet se dice que tal vez el plan de Ángel no sea tan malo. Cuando acabe de entrevistar a Aoki, se irá a descansar un rato y después a pasar algo de tiempo en familia.

38

LOS JARDINES DE VIVEROS

La inspectora Bru, esta vez acompañada por el subinspector Císcar debido a que el teniente Israel se ha tenido que marchar por un asunto personal urgente que no ha querido contar, no tarda en observar el radical cambio en la actitud de Aoki Hayasi en cuanto lo sientan de nuevo en la sala de interrogatorios. La táctica de haberlo juntado con Iván Teruel para ponerlos nerviosos no ha servido de nada. Todo lo contrario.

Aoki se ha quedado sin palabras. Como si alguien le hubiese arrancado la lengua durante la noche. Las múltiples formas con las que la inspectora Bru y el subinspector Císcar lo intentan abordar no sirven. Hay preguntas directas, hay preguntas trampa, hay amenazas con lo que puede pasarle cuando se descubra lo que ha ocurrido. Pero Aoki solo se cruza de brazos, esta vez sin descruzarlos de forma compulsiva. Los avances que creían haber hecho con él han desaparecido.

En la expresión del joven, la inspectora puede ver que si antes predominaba la chulería, la rabia o el pasotismo, ahora predomina el miedo.

Ni las amenazas de acusarlo de presunto culpable de la muerte de Claudia, de quien la inspectora Bru piensa que Aoki estaba en realidad enamorado, hacen que su actitud cambie. Todo el equipo de policías es conocedor de la conversación que ha mantenido con Iván en la celda, y a pesar de no resultar útil como prueba porque ni hay grabaciones ni tampoco dijeron nada concreto, sí son más que suficientes para que no les quede ninguna duda de que están directamente implicados en el secuestro de Samuel en menor o mayor medida.

—¿Por qué lo proteges, Aoki? ¿Crees que él haría lo mismo por ti? ¿Crees que Iván es del tipo de persona que iría a la cárcel por defender a un amigo? —La inspectora, que de tanto en tanto ve cómo la rodilla de Aoki adquiere voluntad propia y golpea el borde inferior de la mesa, cree que la mejor forma

de convencerlo para que hable es haciéndole ver y creer que confesarlo todo es su mejor opción—. Ya has podido ver que lo que te dije ayer que pasaría está pasando. Hemos cogido a Iván y hemos encontrado a Claudia, bueno, su cuerpo sin vida. Hemos visto en las grabaciones de Tráfico que tú mismo estuviste en el barrio de En Corts el viernes por la noche, lugar por donde huyó Iván con el bebé. Sabemos que tu difunta amiga, y creo que ya va siendo hora de que reconozcas que para ti era algo más que una amiga, estuvo en la ruta de huida, también que compró ciertas cosas para el cuidado de un bebé. Ahora mismo están haciéndole la autopsia, y te puedo asegurar que, como encuentren algo que pueda relacionarte con su muerte, lo vas a tener realmente crudo.

El joven deja de mover la rodilla y agacha la cabeza. En ese momento está más perdido y desorientado de lo que lo ha estado nunca.

—Mira, Aoki, es tu última oportunidad de hacer bien las cosas. Sabemos que el perpetrador principal de los hechos no fuiste tú, sino Iván, sabemos también que es más que probable que tú no hayas tenido nada que ver con la muerte de Claudia, sino el propio Iván, y, por último, también tenemos sospechas de que es posible que Iván os haya amenazado o empujado de algún modo a hacer algo que no queríais, pero esto es muy serio, y te recuerdo que aún puede ir a peor si no encontramos a Samuel. Así que te lo voy a pedir por última vez, Aoki, por favor, cuéntame lo que pasó y te prometo que haré todo lo posible para que tú quedes libre, y te aseguro que puedo hacerlo.

Aoki levanta la vista con los ojos suplicantes. Todo él tiembla de un modo casi imperceptible. Hay un fugaz momento de duda, de apertura, pero solo dura un par de segundos, después vuelve a cerrarse sobre sí mismo, sobre su centro.

—Está bien, Aoki, tú solo piénsalo, ¿vale? Pero recuerda que en cuanto sepamos toda la verdad, y falta muy poco para eso, ya será demasiado tarde para ti. Ah, otra cosa, a partir de ahora ya no compartirás celda con Iván, creo que funcionáis mejor por separado.

Sus últimas palabras hacen que el detenido se cubra de turbación. Si no vuelve a la celda en la que estaba, Iván puede pensar lo que no es, que ha hablado. Y nadie le gana a Iván pensando mal.

En cuanto se lo llevan a su nuevo calabozo, el inspector jefe March recibe una llamada del Instituto Anatómico Forense de Valencia. Le comunican los resultados de la autopsia que le ha sido practicada a Claudia Gascó. La causa probable de la muerte fue un golpe en la parte de atrás de la cabeza. Presumiblemente casual, aunque eso no puede asegurarse al cien por cien. Es

posible que tuviese lugar algún tipo de discusión y que, durante ella, alguien la empujara con mucha fuerza y acabase cayendo de espaldas al suelo, golpeándose con una piedra u otro objeto. También es posible que el golpe se lo diese contra una pared en esas mismas características, y no contra el suelo. Y también puede ser que el golpe no fuese accidental y que alguien hizo que su cabeza impactara con contundencia contra algo a propósito. En cualquier caso, el aplastamiento en la parte de atrás del cráneo no es excesivamente grande, y lo que la mató no fue el golpe en sí, sino el derrame masivo intracraneal que se produjo a continuación.

Otra de las cosas que revela la autopsia es que el cuerpo de Claudia no tenía signos de haber luchado ni de haber sido golpeada, no hubo pelea; tampoco han encontrado signos de violación. Aunque sí restos de semen en su interior que todavía están siendo analizados. Y en cuanto a la hora probable de la muerte: entre las siete y las ocho de la tarde del sábado.

Elísabet les transmite personalmente al Viejo y al Niño que rastreen de nuevo el barrio de Benicalap en busca de ese lugar donde podría haber muerto Claudia. Es muy posible que haya restos de sangre u otro tipo de residuos que puedan darles información acerca de lo que pasó y cómo pasó. Y también es muy posible que, si cuando ellos la encontraron tan solo habían pasado de dos a tres horas desde que había muerto y ese lugar no es donde murió, el verdadero lugar de la muerte estuviese muy próximo.

Ya son más de las doce del mediodía cuando Elísabet abandona la Jefatura para darse un respiro y descansar un poco antes de ir al cumpleaños de su hermano. Y para ello escoge uno de sus rincones preferidos de la ciudad, uno al que iba de niña con su familia. Uno que ahora tan solo es un almacén de recuerdos: los Jardines de Viveros.

Recorre con paso lento sus largos e hipnóticos senderos sin apenas pensar en nada. A sus pies, grava, césped y tierra. A lo lejos puede ver a unos quince o veinte niños disfrutando en bicicleta o en patín del parque de educación viaria. Sus padres los controlan a distancia mientras se esfuerzan por socializar entre ellos. También hay parejas de enamorados y artistas que aprovechan la sombra que dejan los grandes ficus para inmortalizar un momento de luz, de la eternidad en la tierra de las flores. Y así camina un buen rato más, solo camina y deja que los potentes rayos de sol acaricien su piel. Cuando ya casi ha conseguido olvidarse de todo y trasladar su mente hasta otra parte, se dirige hacia uno de los lugares más bonitos de los jardines: la Rosaleda del doctor López Rosat. Una vez allí, se sienta en un solitario banco de madera, y contemplando los incesantes géiseres de la fuente que hay

frente a ella, deja que una lágrima en llamas se abra paso entre sus párpados mientras piensa: «Es verdad lo que ha dicho Iván. Nunca lo vamos a encontrar. Al menos, no con vida».

39

EL MOMENTO HA LLEGADO

Cuando el móvil de Hacha empieza a sonar, está a punto de tumbar su tercer pino de la mañana. Se suponía que a esas horas tendría que estar descansando, pero su conciencia, su mala conciencia, ha hecho que se levante a primera hora del domingo y haya puesto rumbo hacia el lugar exacto donde su amigo del SEPRONA le dijo que había marcados unos cuantos árboles malos. Árboles que necesitan ser talados antes de que el mal se extienda. Ese lugar es el bosque que rodea el antiguo monasterio de Santo Espíritu, en el borde externo de la sierra de la Calderona.

Hay veces en las que José tiene dificultad para respirar, en ellas lo único que ve es que se ha convertido en una reproducción exacta de la única persona que odia: su padre.

¿Qué tipo de persona no lucha por su familia cuando las cosas se tuercen? ¿Qué tipo de persona no llama a su exmujer por puro y absurdo orgullo, aunque eso suponga también no hablar con sus dos hijas? ¿Y qué pensarán ellas? ¿Cómo crecerán sin un padre a su lado?, ¿qué tipo de infancia es esa? ¿Se sentirán abandonadas? ¿Que no las quiere? ¿Que les ha tocado el peor padre del mundo, lo mismo que piensa él del suyo?

José Raya necesita talar árboles para que esa sensación de rabia, impotencia y frustración desaparezca durante un tiempo y no se lo acabe comiendo.

Todos los días se queda pasmado mirando el número de Rocío, su ex, pero nunca encuentra el valor para llamar. Hay algo que se lo impide, y ese algo es él mismo, su peor enemigo. Y ese absurdo y venenoso bucle se repite y perpetúa cada maldito día.

Cuando Hacha mira la pantalla de su móvil, ve que es el subinspector Císcar quien lo llama. Le comunica que la inspectora Bru se ha ido a un evento familiar, pero que la búsqueda debe continuar. Él y la agente Enguix

han sido asignados para hablar con los familiares de Iván Teruel, Aoki Hayasi y Claudia Gascó. La idea es tratar de conocer al máximo el entorno de los tres jóvenes, ver quiénes eran sus amigos, si dijeron o hicieron algo en los últimos días que pudiese darles alguna pista acerca de lo que iban a hacer, o si tienen alguna propiedad en la que los jóvenes pudiesen haber estado escondidos esos últimos días.

A José Raya no le gusta nada tener que ir mendigando puerta a puerta, y menos aún si la tarea en cuestión se la ha ordenado el Guapito, como él llama para sus adentros al subinspector Ángel Císcar. Sencillamente, nunca ha tenido *feeling* con él, a lo mejor es porque tiene la impresión de que por ser tan guapo y atractivo siempre lo ha tenido todo más fácil que el resto, y a él no le gusta la gente que lo ha tenido fácil en la vida. Siente algo de envidia hacia esas personas, cierta rabia por ese reparto en la suerte tan caprichoso, tan arbitrario. Pero por delante de todo eso está su trabajo, está el José Raya de la Brigada, la persona que trabaja incansablemente para cambiar las cosas, para hacer de este un mundo mejor, a pesar del cansancio, a pesar de los años. Piensa en sus viejos amigos, en Luis y en Esteban, en sus interminables partidas al Spectrum, y se siente mejor. Luego llama a su compañera Aitana para ponerse en marcha cuanto antes.

Aitana está de rodillas cuando siente vibrar el móvil en el bolsillo del pantalón. Frente a ella está la Virgen de Nuestra Señora del Buen Parto, anteriormente conocida como la Virgen del Coro, o de la Cadira. Es una de las capillas más visitadas de la catedral de Valencia. Existe una tradición muy antigua que dice que, para tener un buen parto, las embarazadas que ya están casi a término deben dar nueve vueltas al interior de la catedral pasando por delante de la Virgen, rezando en cada una de ellas un padrenuestro, un avemaría y un gloria. En la primera y en la novena vuelta, también se ha de rezar la oración a Nuestra Señora del Buen Parto. Para finalizar con el rito, la embarazada o alguien cercano a ella ha de encender un cirio cuando llegue el momento del parto, un cirio que te entregan en la propia catedral a cambio de una donación.

Tras haber dado las nueve vueltas a la catedral, la embarazada y las personas que hayan ido con ella suelen ir a tomar un chocolate caliente a la histórica Horchatería de Santa Catalina, a unos cinco minutos andando si han salido por la puerta de la plaza de la Almoina, la más antigua de la ciudad.

La agente Enguix ni siquiera sabe si está embarazada, a diferencia de las cuatro chicas que ha visto encomendarse a la Virgen esa mañana. Pero es

domingo, está desesperada y ha pensado que, si la Virgen ayuda a tener un buen parto, ¿por qué no iba a ayudar a quedarse también embarazada?

Aitana fue educada en la religión católica, pero nunca ha sido practicante. Digamos que es católica como el que dice que es del Betis y no ha visto ni un solo partido en su vida. Pero sus ganas por ser madre han ido creciendo día a día desde que se lo prometió a su padre por complacer sus deseos justo antes de que muriese, y ahora son tan grandes que es capaz de creer y de hacer lo que haga falta por conseguirlo. Los años pasan, y eso hace que cada vez piense más en el pasado. Es como si en algún momento de la vida, en lugar de caminar mirando hacia delante, hubiese empezado a caminar girándose constantemente, como si cada vez tuviese más miedo de alejarse del punto de partida y tratase de no olvidar lo que ha andado, no sea que tenga que ir de nuevo marcha atrás y no encuentre la manera de hacerlo.

Pero José Raya ha interrumpido su reconciliación litúrgica con sus constantes llamadas telefónicas.

Al salir de la catedral, Aitana Enguix camina por las calles empedradas y se topa de lleno con las terrazas que ofrecen tapas de calamares, ensaladilla rusa y patatas bravas a un alto precio. Están llenas de turistas. También hay puestos que venden flores, pulseras y llaveros de la suerte. Llegando al aparcamiento privado de la plaza de la Reina donde ha dejado su coche, vuelve a notar ese cosquilleo tan agradable en el bajo vientre. Solo lleva un día de retraso, todavía es demasiado pronto para siquiera soñar con que el momento podría haber llegado tras año y medio buscándolo, pero eso no quita para que, antes de zambullirse en el subsuelo valenciano, y casi como si de una autómata se tratase, se meta en una farmacia de guardia y compre el mejor test de embarazo del mercado.

40

SOLO UN DÍA MÁS, POR FAVOR

Cuando Víctor Israel ha visto que Yasmina lo había llamado cuatro veces en los últimos cinco minutos, ha sabido de inmediato que algo malo había pasado, tanto como para no dudar en ausentarse de una investigación tan importante.

Sus peores pronósticos se han confirmado cuando ha llegado a su casa, el número 12 de la calle Bélgica, y ha visto un SAMU aparcado frente al bar A lo Alto, donde suele desayunar cada mañana con vistas al estadio de Mestalla.

En su habitación hay dos personas junto al cuerpo de Elena. En el pecho de una de ellas, en el de la mujer, está escrita la palabra «médico», y en la de la otra persona, que es un hombre, la palabra «enfermero».

—¿Es usted su marido? —pregunta la médica quitándose los guantes de nitrilo.

Víctor asiente con un fuerte nudo estrangulándole la garganta. No le salen las palabras.

—Su mujer ha sufrido un infarto masivo de miocardio, uno muy grave…

—Pero ella está…

—Está en estado crítico, señor. Cuando hemos llegado llevaba unos cuantos minutos en parada, y aunque hemos conseguido reanimarla… —La médica hace una pausa porque no sabe qué palabra utilizar a continuación. Se ha enfrentado a muchas situaciones como esa y sabe diferenciar cuándo un familiar está preparado para la pérdida y cuándo no. Cuándo acepta y cuándo no. Cuándo lo va a soportar y cuándo no. La persona que tiene delante no está preparada para nada de eso.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? La han reanimado, ¿no?

—Sí, la hemos reanimado, pero sus latidos son muy débiles, señor. Su corazón está muy deteriorado y no vamos a conseguir remontarlo. Apenas llega a los veinte latidos por minuto…

—¿Y eso qué significa? —Víctor está cada vez más nervioso.

—Eso significa que su corazón no tardará mucho en pararse, señor, lo siento, pero no podemos hacer nada más por ella.

—¿Y no la van a llevar ni siquiera a un hospital? —Tanto los labios de Víctor como su mano derecha han empezado a temblar.

El enfermero y la médica se miran.

—De eso precisamente íbamos a hablarle ahora. Podemos llevarla al hospital, por supuesto, pero no podemos asegurarle que llegue hasta allí con vida, y los cuidados y el tratamiento que allí recibiría van a ser los mismos que está recibiendo aquí. Su mujer lleva muchos años en estado crítico y es casi un milagro que haya llegado hasta aquí. De todos modos, la decisión es suya.

Víctor sabe perfectamente lo que la médica le está insinuando, y no le gusta nada. En un rincón de la habitación, Yasmina observa la situación con lágrimas en los ojos.

—De acuerdo, bien, en ese caso, se queda, esta es su casa. Y ahora, si no es molestia, déjenme a solas con mi mujer, por favor.

—Como usted quiera, señor, estaremos por la zona, trabajamos todo el día. Llámenos si necesita cualquier cosa y vendremos lo antes posible.

Víctor asiente sin fuerzas y alza su mano derecha en signo de agradecimiento y despedida.

Cuando la pareja de sanitarios abandona su casa, Víctor, completamente aterrado, más de lo que lo ha estado en toda su vida, se tumba una vez más junto a su esposa y, acariciando su rostro, estalla en un mar de lágrimas.

—No te vayas todavía, Elena, por favor, te dije anoche que estaba a punto de reunir el dinero que necesitaba para ese tratamiento experimental, por favor, aguanta solo un día más, sé que puedes oírme, aguanta un día más y te juro que haré que vuelvas otra vez a mi lado. Un día más, solo uno.

Yasmina, desde el pasillo, no puede evitar estremecerse cuando oye los aterradores lamentos de Víctor. Se asemejan a los de un temible y feroz animal herido. El más temible y feroz que jamás ha visto.

41

EL TREMOLAR

Precepto n.º 5. Por encima de la confianza, la amistad, el amor o las promesas está la familia. La familia es lo único que nunca se termina.

Elísabet recorre el último tramo del trayecto que la dirige hasta la casa de su padre con las ventanillas de su Toyota Prius completamente bajadas. Con su mano izquierda acaricia el viento, el verano. Las Ray-Ban le permiten que la intensa luz del mediodía no la prive de las maravillosas vistas que tiene ante sí.

El Tremolar es una pedanía de Alfafar, un pueblo situado al sur de Valencia, concretamente en la comarca de L'Horta Sud, en pleno Parque Natural de l'Albufera. Y eso significa dos cosas: que es uno de los lugares más bellos de la zona, pero también de los más aislados.

El olor a cañas, acequias, arrozales y tierra húmeda llega hasta ella cargado de recuerdos. Allí pasó su infancia y parte de la juventud, hasta que ingresó en la facultad de Psicología y sus padres le permitieron compartir piso en el centro de Valencia, a pesar de que su padre insistió varias veces en que aún no estaba preparada, pero ya era mayor de edad, así que tampoco se pudo negar. Allí pasó momentos realmente buenos y, también, algunos no tanto.

El Tremolar es cultivo de arroz, agricultura, especies de peces endémicas de la Comunidad Valenciana como el fartet, el mujol o el samaruc, colonias de garzas, patos colorados, gaviotas, cigüeñas y anátidas. El Tremolar es folklore, como *les albaes*, uno de los cantos urbanos tradicionales más representativos de la costa levantina. La voz de uno o dos *cantaors* aprovechan las horas más avanzadas de la madrugada para cantar, muchas veces de forma improvisada, unos versos cargados de humor, sátira y a veces también de amor. *Els cantaors* suelen estar acompañados por dos instrumentos musicales autóctonos, el *tabalet*, un instrumento de percusión

similar a un tambor, y la *dolçaina*, un instrumento de viento fabricado en madera, muy parecido al clarinete.

El Tremolar es muchas más cosas, como antiguas leyendas y tradiciones, procesiones, fiestas, celebraciones en la calle y un gran apego por la vecindad y la tierra que los ha visto crecer. Pero ante todo, el Tremolar es la casa de su padre.

Elísabet aparca junto al que debe ser el nuevo coche de su hermano Jorge, porque el de sus tíos y el de su padre, que también están aparcados, siguen siendo los mismos. Por lo que puede ver, su hermano ha cambiado el Citroën C4 por un Nissan Qashqai. «No está mal para un parado de larga duración», se dice Elísabet para sí. De fondo ya puede oír las escandalosas risas de su novia, Soraya.

Están dándose un baño en la piscina y Jorge juega a que la ahoga. Su hermano tiene treinta y ocho años, y su novia treinta y dos, y ni el uno ni el otro trabajan, solo juegan a divertirse y cuando se cansan, se quejan de todo.

La casa de su padre está rodeada de huertos que hace tiempo que ya nadie cultiva. A Álvaro Bru nunca le gustó la tierra, al contrario que a su abuelo, quien se pasó toda la vida hundido en el barro hasta la rodilla haciendo la ruta desde su casa al marjal. A Álvaro lo que siempre le ha apasionado, aparte de la educación de sus hijos, es la carpintería, y a eso es a lo que siempre se ha dedicado desde que Elísabet tiene uso de razón. Concretamente a la fabricación artesanal de *albuferencs*, las embarcaciones de vela con las que los pescadores salían a navegar por L'Albufera.

De hecho, cuando Elísabet ve a su padre, es eso exactamente lo que está haciendo, terminando el casco de un *albuferenc* de más de seis metros de largo. De fondo, en el artesanal astillero donde su padre trabaja, que se encuentra en la parte de atrás de la casa, puede ver que hay varados tres *albuferencs* más, entre ellos el suyo, el que lleva escrito su nombre en un lateral. Ya nadie compra esas embarcaciones. Ya no hay mercado para ese medio de transporte que un día fue un bien muy preciado. Sin embargo, su padre sigue fabricándolos. A veces la gente todavía le hace algún encargo, a veces esos encargos nunca se recogen porque, para cuando el velero está terminado, los que se suponen que iban a ser sus nuevos propietarios son tan mayores que o ya se han muerto, o ya no tienen fuerzas ni para salir de la barraca. Otras veces, simplemente, Álvaro Bru construye *albuferencs* porque es lo que siempre ha hecho en la vida.

—¿Me ayudarás a darle la vuelta más tarde? —pregunta su padre cuando percibe la presencia de su hija a sus espaldas.

Los *albuferencs* siempre se construyen al revés, con el casco apuntando al cielo. Cuando esa parte está terminada, se necesitan varias personas para darle la vuelta y continuar trabajando con la cubierta superior.

—Claro —responde Elísabet contemplando cómo su padre termina de lijar con ambas manos un lateral de la barca para que no quede ni una sola arista.

La superficie ha de ser perfectamente lisa. Cuando termine con esa fase, empezará con el calafateado. Introducirá brea y cáñamo entre las juntas de los listones de fresno y roble para evitar que entre agua en la embarcación. Elísabet se lo ha visto hacer un millar de veces y, como siempre le ha pasado, se queda medio hipnotizada. En ese momento se siente otra vez la niña que un día fue.

—Jorge y Soraya ya han encontrado un nuevo techo donde vivir, ¿ya te lo han dicho? —Álvaro todavía no ha terminado con el lijado, pero, al parecer, está a punto de hacerlo.

—Todavía no he hablado con ellos, pero ¿lo pueden pagar? Por lo que veo, Jorge también ha cambiado de coche.

Álvaro deja de lijar y mira a su hija con cierta tristeza. Nunca ha podido entender que sus dos hijos no se lleven bien. Con todo lo que él se ha esforzado para que eso no pasase. Pero también piensa que, por mucho que uno lo intente, no siempre se puede, o no del todo.

—Tu hermano ha encontrado un trabajo, Elísabet, no seas tan dura con él, sabes que lo ha pasado muy mal con ese tema.

Elísabet resopla mirando hacia el despejado cielo valenciano. No hay ni una sola nube sobre sus cabezas. Todo es azul. Todo son rayos de sol. Calor.

—¿Te has traído el bañador? ¿Por qué no te das un baño? Por cierto, te noto más delgada, ¿estás bien? —Álvaro frunce el ceño y su rostro se llena de un montón de músculos que parecían dormidos y que han despertado para expresar preocupación.

Elísabet se encoge de hombros y se pregunta: «¿Lo estoy?».

—Estoy bien, papá, últimamente he tenido mucho trabajo, nada más. Cuando termine con el caso que tengo entre manos, me tomaré unos días de descanso. Por cierto, ¿falta mucho para comer? —Elísabet elude responder a lo del bañador. Tiene claro que no se va a bañar y prefiere evitar el tema que salir con excusas baratas. No le apetece bañarse, y no hay más que hablar.

—Creo que tus tíos acaban de echar el arroz, no creo que tarde mucho en estar lista la paella. ¿Es que también hoy has venido con prisa? —Ahora sí, Álvaro deja la lija en el suelo y se acerca a su hija. Se sacude las manos en el

delantal de piel que lleva puesto. A pesar de sus setenta años, conserva una figura muy erguida. Sus hombros son prominentes y sus manos todavía se ven fuertes. Con la piel tostada por el sol y endurecida por la sal marina. Su pelo es blanco amarillento, y en su rostro se puede apreciar cómo los rasgos propios de la sabiduría no han dejado nunca de crecer.

—Estoy trabajando en un caso muy importante, papá, ya te lo he dicho, apenas me deja tiempo ni para comer. ¿Crees que no me gustaría quedarme aquí con vosotros todo el día? ¿Crees que a mí me gusta estar trabajando en domingo, estar de aquí para allá sin parar?

—Pues a veces tengo mis serias dudas, hija, qué quieres que te diga. Parece que siempre tengas algún tipo de excusa para huir de nosotros a la mínima.

—Pero ¿qué dices? —Elísabet siente que vuelve a los dieciocho años, a los quince, a los trece, a los siete. Vuelve a sentirse una niña, pero esta vez no en el buen sentido.

—Lo que oyes. ¿Es que te avergonzamos o algo? ¿Es que no estás a gusto con nosotros, con tu familia?

—No digas tonterías, papá. Claro que lo estoy.

—No son tonterías. Digo lo que pienso, lo que siento desde hace años.

Elísabet cabecea y resopla. Vuelve a llevar su mirada a ese inclemente cielo azul celeste, como pidiéndole explicaciones por todo. Y se dice para sí: «No es que me avergoncéis, papá, es que aquí nunca me he sentido del todo a gusto, a lo mejor hay algo en mí que no funciona bien, siempre le has consentido más a Jorge que a mí, conmigo has sido mucho más duro y estricto, y desde que murió mamá, esto ya no es lo mismo. Pero, sobre todo, tengo la impresión de que a medida que pasa el tiempo, allá donde vaya, no veo nada de mí en ningún lugar. Es como si ya hubiese empezado a desaparecer». Pero no dice nada de eso, porque sabe que le haría mucho daño a su padre. Y ella no quiere eso porque siempre mira por el bienestar de los demás.

—Ya hablaremos en otro momento de esto, ¿te parece? Estoy cansada, llevo muchos días durmiendo poco. Y ya sabes que te quiero, y a Jorge, y a los tíos, y a los primos, y al abuelo. Quiero a mi familia, pero a veces las circunstancias son las que mandan.

Álvaro, que es testigo de cómo el rostro de su hija se cubre de abatimiento, se acerca a ella y le da un fuerte abrazo. Bajo sus manos siente sus costillas y su columna vertebral. Eso le arranca una lágrima del lugar más profundo y genuino de su alma. La gran lágrima. Se dice que, si después de

todo, ha fracasado con su hija, que es donde ha depositado lo mejor de él, entonces nada tendrá sentido. Porque se supone que su hija debería ser su mejor obra, su obra maestra.

—Yo también te quiero, hija, te quiero con todo mi corazón, no lo olvides nunca, por favor. Eres mi vida, lo que le da sentido.

—No lo olvido, papá. —Elísabet siente el abrazo de su padre y deja que su fuerte olor a madera llegue hasta ella y haga que por un momento se olvide de todos sus quebraderos de cabeza.

Cuando se separan, su padre saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se le caen al suelo un par de hojas dobladas sobre sí mismas, se da mucha prisa en agacharse y recogerlas, algo que no pasa desapercibido para su hija.

Braulio, que es el hermano de su padre, y María, su mujer, no tardan en tener lista la paella. La han hecho al más puro estilo tradicional. Todo con productos frescos de la *terreta*. Con *batxoca* y *garrofó*, unas ramitas de romero, pimentón, unas hebras de azafrán, tomate del Perelló, aceite de oliva virgen extra, pollo y conejo. El resultado, como siempre que sus tíos son los cocineros, es espectacular.

La comida transcurre a base de copas de vino tinto de Fontanars dels Aforins, de la comarca de la Vall d'Albaida, donde la combinación de los viñedos, los huertos y los campos de árboles frutales dibuja un paisaje lleno de tonalidades verdes, amarillas y moradas que impregnan el viento de levante con aromas cítricos y florales. También hace acto de presencia la cerveza artesana socarrada de Xàtiva.

Los dos hijos de sus tíos, Héctor y Adriana, llevan unos años viviendo en Canadá y solo vuelven a Valencia un par de veces al año, y eso es algo que María no llevaba nada bien y que siempre echa en cara a su marido. Según ella, su duro carácter es el motivo de que sus dos hijos decidieran irse tan lejos. Según él, el único motivo es «la mierda de país en el que vivimos». Y esa misma discusión, medio en broma, medio en serio, no falta en ninguna de las comidas. El abuelo Bernardo, que lleva años postrado en una silla de ruedas, a pesar de ser consciente de todo, apenas dice ya nada a sus noventa y cinco años.

Todo va bien hasta que Soraya, la novia de Jorge, da la noticia: está embarazada.

Todos les dan la enhorabuena, incluida Elísabet, quien no puede evitar, sin ánimo de hacer daño, decir lo que piensa:

—Me ha dicho papá que has encontrado trabajo, ¿no? —interpela a su hermano.

Y este cambia su sonrisa por un rictus agrio.

—¿Qué pasa ahora, Eli? ¿Qué insinúas? ¿Que no me puedo permitir tener un hijo?

—No empecemos, Jorge, yo no he dicho eso.

—Sí, lo has dicho, y no me tomes por idiota, sabes lo mucho que eso molesta.

—Yo no te he tomado por un idiota, me parece que has malinterpretado mi pregunta y que a lo mejor eres tú el que tiene un problema de autoestima y ve fantasmas donde no los hay. Papá me ha dicho antes que os ibais a mudar y que habías encontrado un trabajo, solo me estaba interesando por ti.

—Sí, ya, claro, como si no nos conociéramos.

—¿Qué problema tienes, Elísabet? —La intervención de Soraya, alguien con quien Elísabet no ha tenido nunca demasiado *feeling*, coge a todos por sorpresa. Ella nunca suele intervenir. Siempre sonríe. Siempre pegada a Jorge —. ¿Todo esto es por lo que te pasó? Porque, si es por eso, me parece que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que los demás dejemos de sentir miedo a ser felices, ¿no crees?

Elísabet se levanta de la mesa.

—Me parece que esto no es asunto tuyo, Soraya, estaba hablando con mi hermano. Y perdona que te lo diga, pero tú no tienes ningún derecho a decir cuándo tengo que pasar o no página, ni mucho menos insinuar que has tenido algún tipo de reparo en ser feliz por miedo a qué pensaría yo.

—Te agradecería que no le hablases así a Soraya, Eli, te recuerdo que es mi pareja, y ahora también la madre de mi hijo —dice Jorge muy serio.

Soraya se cruza de brazos ofendida e indignada.

—Bueno, ya está bien, ¿no? ¿Es que no vais a dejar nunca de discutir? ¿Es que ni siquiera vais a respetar una celebración familiar? Toda la vida igual, por Dios. —Álvaro levanta la voz y todos callan.

Elísabet aprieta los dientes y, tras pensárselo un segundo, se vuelve a sentar. Braulio se encarga de rellenar las copas de vino.

—Que haya paz, venga, un brindis por esa nueva personita que muy pronto formará parte de esta familia. Venga, levantad todos vuestras copas, ya está bien de discutir —dice Braulio levantando la suya primero.

Álvaro levanta también su copa, y después lo hacen María y Soraya, por último lo hacen Jorge y Elísabet.

—Elísabet, tu hermano va a trabajar conmigo, ha quedado un hueco en el puerto y de momento estará un tiempo a prueba. Era una ocasión que no podía

dejar escapar; como ya sabes, es un buen trabajo, bien pagado y con tiempo libre. Ojalá pueda consolidarse y quedarse mucho tiempo.

La explicación de su tío no hace más que molestar todavía más a Elísabet. Braulio es capataz en el puerto de Valencia, como lo fue antes su tío abuelo, y Jorge siempre ha estado tras él a la espera de que algún día pudiese enchufarlo. En teoría, era Héctor, o incluso Adriana, los que debían acabar trabajando en el puerto, una empresa en la que tener un familiar dentro es una buena baza para entrar. Pero ni el uno ni la otra mostraron nunca deseos de seguir los pasos de su padre ni de su tío abuelo, y eso no hizo más que aumentar el deseo de Jorge de poder optar a esa oportunidad, algo que al parecer ha llegado.

Lo que a Elísabet le irrita es que su hermano se ha dedicado siempre a vivir y a aprovecharse de los demás, y nunca ha mostrado interés por conseguir algo por sí mismo. Nunca ha trabajado en nada ni se ha esforzado por construirse un futuro. Y siempre ha criticado a la gente que sí lo hacía. Como a su propia hermana. Y ahora, como recompensa a todos esos años zanganeando, saliendo de fiesta y riéndose de todos, encuentra un buen trabajo y deja a su novia embarazada a la primera. Elísabet se siente mal porque se supone que debería alegrarse por su hermano, y sin embargo… La cruda realidad es que siempre ha sentido algo de celos de él.

Una llamada a su teléfono corporativo hace que la celebración del cumpleaños de su hermano termine para Elísabet. El agente Eduardo Boj la llama para decirle que acaban de encontrar el presunto lugar donde murió Claudia. La voz del Viejo suena fea, Elísabet lo nota por su lánguida forma de terminar las frases. Pero no le pregunta por los detalles, prefiere verlos ella misma.

Antes de marcharse, Álvaro vuelve a abrazar a su hija y le pide por favor que vaya a verlo más a menudo, que nada dura eternamente y que a veces las cosas se acaban antes de lo que se espera. Y a Elísabet eso le deja muy mal cuerpo. Pero prefiere no preguntar. De lejos puede ver cómo su tío y su hermano están más unidos que nunca. Cómo ríen, brindan y se pasan los brazos por los hombros.

Elísabet abandona El Tremolar con una sensación rara en el cuerpo, como casi siempre que hay reunión familiar. La sensación de oquedad, lejos de mejorar, ha empeorado. En esta ocasión, lo que se supone que debería ser el remedio ha agravado la enfermedad. Se toma dos Adderalles para contrarrestar los efectos somníferos del vino y el arroz y tarda algo más de veinte minutos en llegar a Benicalap y dejar atrás su vida personal.

Cuando llega, ve que ha recibido otro mensaje de Gerard, del centro de acogida de menores. Le pide por favor que lo llame, que necesita su ayuda urgentemente.

La sensación de no llegar a nada se hace cada vez más grande en el interior de Elísabet. Necesita escapar, gritar, porque ya no puede más.

42

MENTIRAS

El Viejo y el Niño han tenido que tocar muchas puertas y visitar más de una decena de viviendas supuestamente desocupadas para dar con el lugar donde Claudia Gascó perdió la vida. Es un bajo abandonado que tiempo atrás fue el supermercado Pepita. En su día iba allí mucha gente a comprar, pero con la llegada de los Mercadonas y los Consums tuvo que cerrar.

De nuevo ha sido la persona a la que llaman Mediodía quien les ha dado la valiosa información. Mediodía está ciego de los dos ojos, y lleva así desde que hubo una explosión de gas en su casa cuando solo tenía quince años; ahora tiene sesenta. En teoría lleva como cinco años muriéndose, pero según él, ahora sí, ha llegado el momento. Por eso ya no tiene miedo a contar todo lo que lleva años oyendo. Dice que la gente se cree que los ciegos, aparte de no ver, tampoco pueden oír, por eso dicen más de la cuenta en su presencia. La gente se cree que los ciegos forman parte del paisaje, pero que no interaccionan con él.

Mediodía suele levantarse a diario pasadas las dos, de ahí su nombre. Y lo primero que hace, tras asearse un poco, es salir a la calle a dar un paseo por su zona del barrio, la cara B de Benicalap. Entre las calles Mondúber, Cerdà, Beniatjar y Ceramista Bayarri, apenas circula el aire. Hay gente de muchas nacionalidades que rara vez se juntan entre ellos. Los trazados de las vías de circulación están mal diseñados, se atraviesan unos a otros dibujando ángulos tan cerrados que es casi imposible realizar un giro en una intersección sin maniobrar. Los tendidos eléctricos destensados y muchas veces en desuso se entremezclan con las cuerdas de nailon de los sofocantes y angostos patios interiores donde el vecindario tiende la ropa. La cantidad de horas que Mediodía pasa de bar en bar, a veces en una mesa solitaria, a veces sentado fuera junto a la puerta, depende directamente de a qué hora cierren esos bares, momento en el que vuelve a su casa, y otra vez a empezar.

Obviamente, nunca ha visto ni a Iván, ni a Aoki ni a Claudia, pero sí sabe quiénes son y sí los ha oído hablar. Y lo que ha escuchado en los últimos días es que se han metido en algo «chungo, chungo, chungo». Lo del supermercado donde presuntamente ha muerto Claudia lo ha sabido porque les ha escuchado decir más de una vez que «luego se veían donde Andrés». Andrés era el verdadero propietario del supermercado Pepita, pero eso es algo que ya no se recuerda, con la excepción de un ciego en el que nadie repara nunca.

Lo primero que observa Elísabet al entrar en el antiguo supermercado, tras aparcar junto a un par de coches con aspecto de llevar meses abandonados y en una calle llena de agujeros en el alquitranado, es la impactante imagen de un local en el que alguien olvidó hacer el último día de la mudanza. Es como si lo hubiesen recogido todo deprisa y corriendo, con excepción de las últimas cosas. Como las estanterías deterioradas y vacías. Como algunos productos no perecederos que ya han perecido. Como los calendarios y pósteres publicitarios de casi dos décadas de antigüedad que decoran las paredes. Como las cajas de material de oficina, marcos fotográficos y libros de cuentas que nunca se llevaron.

El Viejo mira a Elísabet con seriedad. El Niño está con él y mantiene el rostro limpio y despejado, con el pelo engominado y la raya al lado.

—¿Dónde es?

—En la trastienda —responde el Viejo con solemnidad. Se pasa una mano por la frente y recoge un poco de sudor que se limpia en el pantalón. Su pelo cano está húmedo a la altura de las sienes.

—Gran trabajo, Eduardo.

Para Elísabet, el Viejo es el auténtico modelo a seguir. Siempre noble y profesional. Es de los pocos agentes que después de tantos años conserva su familia intacta. En este caso, mujer, dos hijos y una hija.

—Dale las gracias a Carlos, es él quien ha sabido tirar de la lengua a Mediodía y quien ha insistido en que entrásemos aquí.

Elísabet se queda mirando un instante el rostro del Niño y le sonríe con ternura.

—Has hecho un gran trabajo, Carlos. Te felicito.

El miembro más joven de la Brigada piensa en comentarle otra cosa a la inspectora, algo que ha visto y que le ha resultado sospechoso. Pero en el último momento, y teniendo en cuenta el lugar y la situación en la que se encuentran, decide dejarlo para más tarde.

Lo primero que ve la inspectora Bru en la trastienda del supermercado es al teniente Israel. Está fumando un cigarro, lo observa todo con una expresión de angustia en la cara que ella no le había visto todavía. Víctor continúa siendo un gran enigma para ella.

—Hola, teniente.

Él la mira con seriedad, pero no responde.

Elísabet se fija en el viejo y raído sofá que hay en un rincón de la trastienda y al que se le sale la espuma amarilla por todas partes. La pequeña televisión con una antena de cuernos encima. Los ceniceros llenos y una pequeña mesa camilla. Las paredes blancas, pero llenas de manchas y zonas ennegrecidas. También hay algunas pintadas, intentos de grafitis inacabados. Pero lo importante es que junto al sofá, en el suelo, hay un par de tetinas de silicona y un biberón medio vacío que no presenta signos ni de moho ni de putrefacción, es evidente que ha sido utilizado hace poco. También hay restos de polvo blanco en el suelo. La inspectora se agacha y lo olfatea un momento. Recoge un poco con la yema de su dedo índice y se lo lleva a la lengua. Es leche en polvo.

Esa trastienda debió ser el lugar donde Iván, Claudia y Aoki llevaron a Samuel tras escapar por la red de acequias. Y allí debieron estar parte de la madrugada del viernes y parte del sábado. Hasta que algo pasó. Luego detuvieron a Aoki a media mañana del sábado en Ruzafa, encontraron a Claudia muerta por la tarde noche de ese mismo día y detuvieron a Iván con los primeros rayos de sol del domingo. Elísabet trata de reconstruir mentalmente lo que pudo suceder y se le ocurren muchas cosas, y en todas ellas, obviamente, Samuel cambia de manos en algún momento de ese sábado. La cuestión es quién lo tiene ahora y por qué.

Le llama la atención que alguien ha escrito en una pared con un bolígrafo azul la letra de una antigua canción valenciana:

> *Saginer, saginer, ací no vingues que ja no hi ha cap xiquet.*
> *Saginer, saginer, ací no vingues que els xiquets ja dormen bé.*
> *Saginer, saginer, ací no vingues que els xiquets ja menjen bé.*
> *Saginer, saginer, torna per on has vengut, que ací no eres venvolgut*[1].

El Saginer es una figura del folklore valenciano similar al Hombre del Saco, la bruja Baba Yaga o el Sacamantecas. Elísabet recuerda perfectamente cómo su abuelo Bernardo le cantaba esa misma canción cuando ella era pequeña y no quería irse a la cama, y no puede evitar sentir lo mismo que sentía entonces: un fuerte estremecimiento que hace que por un momento se olvide del calor del verano y sienta frío. A los niños que no duermen ni comen bien

el Saginer se los lleva. Eso decían para asustarlos. El Saginer era alguien abominable que se llevaba a los niños de sus casas y, después de unos cuantos días en una jaula, se los comía. ¿Puede haber algo peor? Que esa vieja canción de cuna esté escrita precisamente ahí es una broma de muy mal gusto.

Por otra parte, y eso ya es cosa suya, también le recuerda a aquel que se la intentó llevar cuando ella era una niña, ese al que llamaban el Ogro y que, tras tres meses de terror y de cuatro víctimas mortales menores de edad, desapareció para siempre. Estuvo en busca y captura durante mucho tiempo, pero, como todo en la vida, la gente lo fue olvidando a medida que pasaron los años sin obtener ningún tipo de rastro ni que diera nuevas muestras de seguir vivo en algún lugar. Y tras casi tres décadas después, ahora es solo uno de esos misterios sin resolver que afean la cara más triste y siniestra de España.

Los ojos de la inspectora Bru buscan la mancha de sangre que debe haber en alguna parte. La que habla de la muerte de Claudia. El teniente Israel, antes de apagar el cigarro en el suelo, exhala una buena cantidad de humo, y ella puede ver cómo esa vaharada tóxica se va directamente hacia una segunda estancia. Hacia lo que parece ser un cuarto de baño.

Se va hasta allí y no tarda en encontrar lo que está buscando. Sobre la taza del váter, y también en el suelo, bordeando el perímetro del inodoro, puede verse una buena mancha de sangre seca que, según el color de un par de coágulos, da la impresión de estar aún un poco tierna. También hay pelos largos impregnados en sangre. Del mismo color negro que lucía Claudia. Pero lo más significativo es que a esa taza le falta un trozo del tamaño y forma de una empanadilla. Es evidente que ha recibido un fuerte impacto, y todo parece indicar que ese impacto fue con la cabeza. Pero eso no es todo. A un par de metros de ese váter hay un cubo de basura. La inspectora, que ya se ha puesto los guantes de vinilo, escarba en su interior y no tarda en ver un par de pañales mal cerrados y un montón de toallitas húmedas con restos de heces y, algunas de ellas, también de sangre, una sangre más oscura que lleva allí bastante más tiempo de la que hay junto a la taza del váter.

Y es entonces cuando la inspectora empieza a entender el porqué de la voz fea del Viejo. No solo hay un par de toallitas húmedas con restos de sangre; cuando empieza a mirar con atención, ve que hay muchas, algunas en el fondo del cubo. Y entonces llega a la misma conclusión a la que probablemente han llegado ya sus compañeros: si esa sangre, junto a los pañales y toallitas húmedas, no es la de Claudia ni, por lo que han podido deducir de su estado físico, tampoco pertenece a Iván ni Aoki, ¿de quién es? Ante ella solo queda

un nombre: Samuel. Puede que durante el trayecto por los túneles y acequias Samuel sufriera algún tipo de herida, o puede que el accidente hubiese tenido lugar allí mismo, y que ese fuese el motivo de la presunta discusión que acabó con la cabeza de Claudia aplastada en el váter.

Una terrible náusea, mucho más intensa que la anterior, se apodera del interior de la inspectora y tiene que salir corriendo de ese baño. Pasa por la trastienda y accede a lo que era la tienda. El teniente esboza una sonrisa desencajada, como si se alegrara de su malestar. Y allí, tras una estantería y ante las miradas de desconcierto del Viejo y del Niño, la inspectora vomita en el suelo todo el arroz de la paella y, también, como ya empieza a ser costumbre en ella, un poco de sangre.

—¿Estás bien, Elísabet? —Eduardo apoya una mano sobre la espalda de su superiora, que asiente con la cabeza mientras se incorpora.

Con un pañuelo de papel se limpia la boca y con un par más se apresura a tapar su propio vómito envuelto en sangre. No quiere que nadie lo vea, no quiere que nadie lo sepa. Carlos no tarda en acercarle una botellita de agua que debe haber sacado de alguna de esas estanterías que nunca fueron vaciadas del todo.

—Estoy bien, vengo del cumpleaños de mi hermano y, entre lo cargado que está esto y toda esa sangre…

—Ya, tranquila, no te preocupes. La Científica debe estar al caer, ya he dado yo el aviso. El teniente Israel creo que también ha llamado a sus dos agentes de confianza para que rastreen todo esto.

—Sí, el teniente Israel ha llamado a sus dos agentes de confianza —dice el propio Víctor cortando al Viejo. Se ha acercado sigilosamente y se acaba de encender otro cigarro. También saca una vieja petaca del bolsillo del pantalón y le da un buen trago, allí, delante de todos, que no dan crédito a su estado de ebriedad—. Acabaríamos antes si esos dos mierdas que tienes en la ratonera abrieran la boca de una puta vez.

—Sí, teniente, por supuesto que sí, pero no la quieren abrir. Todo sería más fácil si la gente dijera la verdad, si la gente confesara sus crímenes, pero no lo hacen. O mejor aún, todo sería más fácil si la gente no hiciese este tipo de cosas, pero las hacen, y es nuestro trabajo encontrar a los responsables y hacer que cumplan condena por ello con arreglo a la ley.

—Todo sería más fácil si el chino y el otro pedazo de basura abriesen la boca. Todo sería más fácil si tú no estuvieras todo el día sobándoles los cojones y la polla. ¿Qué pasa, que te ponen los tíos que te dan caña, no es así?

—Pero ¿a ti qué cojones te pasa?, ¿qué puto problema tienes? —dice el Viejo dándole un empujón al teniente. Nunca suele mostrarse así, beligerante, ni mal hablado, excepto cuando la situación le está pareciendo muy indignante.

Víctor le devuelve el empujón a Eduardo y lo señala con un dedo.

—Tú no te metas, Viejo, esto no va contigo.

—Ya lo creo que sí.

—Ya está bien los dos, ya. —La inspectora alza la voz y, como suele ocurrir cuando lo hace, el resto calla. Tal vez sea que nadie espera que de ese angelical rostro salga una voz así, tan potente, o tal vez porque tenga algo que los haga entrar en razón—. Teniente Israel, su comportamiento me parece del todo inapropiado y voy a pedir que le abran un expediente disciplinario y que le aparten de la investigación, me parece que no está en condiciones de aportar nada.

—Inténtalo —responde con chulería.

—Puede estar bien seguro. —Ella ya no cree que sus recursos sean buenos, no de ese modo. Está casi segura de que en el fondo solo es alguien que sufre, pero también sabe que alguien que sufre tanto es peligroso.

El inspector jefe March y el subinspector Císcar interrumpen la discusión cuando entran al supermercado.

—Me acaban de llamar del Instituto Anatómico Forense —dice March mirando a la inspectora.

—¿Qué te han dicho?

—La cosa se complica. Ya tienen los resultados de la muestra de semen que obtuvieron del cuerpo de Claudia. Al parecer, la chica no solo mantenía relaciones sexuales con Iván, también lo hacía con Aoki, y con otro más. Hemos encontrado el semen de ambos chicos en su interior y el de una tercera persona cuya identidad desconocemos por el momento.

Víctor Israel estalla en una molesta carcajada.

—Lo sabía, joder, sabía que el puto chino de mierda mentía, como también miente la otra escoria. Se han estado riendo de usted todo este tiempo, inspectora, pero le aseguro que hoy van a hablar, se lo juro por todos mis putos muertos.

Abandona el supermercado y, a pesar de que la inspectora le da el alto, no se detiene. Llega a su coche y sale de allí.

—Déjalo, no va a hacer absolutamente nada —dice el inspector jefe presenciando el estado de zozobra de la inspectora—. Los agentes que

custodian los calabozos tienen instrucciones de no sacar a ninguno de los involucrados si no es bajo mis órdenes.

La Policía Científica llega al supermercado, con Roberto Soto a la cabeza, y no tarda demasiado en recoger las muestras de sangre, de heces y de todo aquello que pueda guardar alguna partícula de ADN.

Elísabet imaginaba que Aoki sentía algo por Claudia, aunque no percibió que ya hubiese una relación entre ellos, como las pruebas de ADN han demostrado. Y eso, lejos de pensar que Aoki se ha estado riendo de ella, le molesta por el hecho de no haberlo sabido ver, por el hecho de no haber sabido leer bien en las expresiones del joven, y eso le duele en esa parte de ella que creía intacta: su competencia profesional. Ahora se pregunta en qué más cosas le habrá mentido Aoki; luego su mente se va hacia los restos de las toallitas llenas de sangre y la pintada en la pared invocando al Saginer, y eso hace que tema que todo lo peor, mucho peor que aquello por lo que ya ha tenido que pasar en esta vida, esté por llegar.

43

SU ÁNGEL DE LA GUARDA
Laura Sabater

Lo que más le ha costado a Laura es encontrar la forma de decírselo a su padre.

—¿Dejar la carrera? ¿Estás mal de la cabeza?

Laura tenía pensado aguantarle la mirada, pero no puede evitar bajarla.

—No quiero ser médica, papá, no es eso lo que quiero para mí.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿qué quieres ser?

—Todavía no lo he decidido, pero médica desde luego no.

—Ya, claro. Dime una cosa, Laura, esto lo haces para fastidiarme a mí, ¿verdad?

—Pero ¿qué estás diciendo, papá? No todo gira en torno a ti. Las demás personas también tenemos nuestros sueños, también tomamos nuestras propias decisiones.

—Ya, claro. Entonces, aquello de que querías dedicarte a algo para ayudar a las personas, ¿era mentira?

—No, yo no he dicho eso. Yo solo digo que…

—¿Qué?

—Que estudiar Medicina no me hace feliz.

—¿Que no te hace feliz? Pero ¿qué estupidez es esa?

—No es ninguna estupidez. Es la verdad, no quiero ser médica como tú, papá. No quiero pasarme la mitad de mi vida en un hospital, ni trabajando de noche ni perdiéndome los cumpleaños de mi familia. No quiero eso para mí.

—¿Y qué quieres entonces? Te atreves a burlarte de mi trabajo, pero ¿te has parado a pensar de dónde sale el dinero para pagar todo esto?

—Yo no me he burlado de tu trabajo, solo he dicho que no lo quiero para mí.

—¿Por qué? ¿Acaso insinúas que yo no soy feliz?

—No…

—Y entonces, ¿qué? Explícate.

Laura siente que está a punto de perder el control. Su padre es la única persona en el mundo que consigue borrarle su eterna sonrisa.

—Vale, sí, pienso que no eres feliz. Siempre estás serio, cansado, no tienes ilusión por nada que no tenga que ver con tu trabajo. Apenas te vemos el pelo en casa, y cuando lo hacemos es para discutir. Ni tan siquiera te sientas ya conmigo y con mamá a ver la serie de los domingos. No te das cuenta, papá, pero hace tiempo que estás muy lejos, muy lejos de aquí, de tu familia.

Laura ve cómo el rostro de su padre se cubre de rojo. Como el cielo en un atardecer en otoño. Luego la apunta con un dedo.

—Te voy a decir algo que espero que no olvides nunca. En esta vida, sobre todo si eres mujer, o eres inteligente y brillante, o eres guapa. Y tú no eres guapa, hija, eres demasiado alta. Tus hombros son estrechos, tus caderas anchas, y tu nariz…, en fin. Yo quería hacer de ti una mujer brillante, inteligente, pero ya veo que… Espero que pienses en lo que te he dicho. Ya no eres una cría, ya te habrás dado cuenta de que los hombres no te rondan, claro que no. Porque los hombres buscamos a una mujer que sea brillante o que sea guapa. Pero si tú no eres ninguna de las dos cosas, entonces, ¿qué eres?

Laura siente que su corazón se acaba de partir. Nunca nadie le había dicho algo tan horrible. Nunca antes se había sentido tan triste.

Sale de casa desesperada sin responder a su padre. No tiene fuerzas. Su respiración se acelera. Corre por la avenida de las Cortes Valencianas sin mirar atrás, sin ni siquiera saber hacia dónde va, los rascacielos con zonas verdes y piscina comunitaria se pierden a sus espaldas y pasan a formar parte de un decorado que se le antoja trágico. Nunca antes se había sentido tan mal. Llega a la monumental rotonda de la Dama Ibérica y cruza sin mirar sus más de ocho carriles. Los coches pitan. Frenan. Incluso oye un golpe tras ella.

Ve la parada de metro de Beniferri y, casi arrastrada por una intuición, baja corriendo las escaleras y, cuando llega al andén, ve que el metro se acerca. Su corazón sigue latiendo con mucha fuerza. Su cara se ha llenado de lágrimas. Está triste. Y está sola. No es guapa. Ni

tampoco brillante. Y lo que hace a continuación no lo piensa, es como un impulso, uno muy triste. Salta al andén, cierra los ojos y espera.

El ruido del metro acercándose se hace grande. Insoportable. Las luces, a pesar de tener los ojos cerrados, la deslumbran. Y ella, mentalmente, cuenta hasta tres.

Uno.

Dos.

Y tres.

Unas manos, quizá las manos más fuertes que jamás ha visto, tiran de ella justo cuando una potente ráfaga de aire acaricia su pelo. A su alrededor la gente grita. No sabe muy bien lo que ha pasado. Durante una fracción de segundo, no sabe si está viva o está muerta.

Todavía tarda un poco en abrir los ojos, está en *shock*. Alguien jadea muy cerca de ella. Cuando Laura abre los ojos, ve a un hombre de rasgos duros que parece enfadado. Aunque ella intuye que solo está asustado. Su mirada se ha empañado. La apunta con un dedo, va a decirle algo, pero se lo piensa y, en lugar de eso, la abraza como si le fuese la vida en ello. Tras unos segundos arropándola como si fuese su propia hija, sí le dice algo. Su voz es grave, pero bonita.

—Que no se te ocurra volver a hacer una estupidez así nunca más, ¿me has oído? Nunca.

Laura se abraza a él de nuevo y rompe a llorar con todas sus fuerzas.

Ese hombre acaba de salvarle la vida. Ese hombre se acaba de convertir en su ángel de la guarda. Ese hombre es teniente de la Guardia Civil. Y se llama Víctor Israel.

44

CINESTUDIO D’OR

Las agentes de la Guardia Civil Laura Sabater y Carolina Micó contemplan atónitas el avanzado estado de ebriedad en el que se encuentra su jefe. Se han sentado en la terraza de la bocatería Melocomo, en plena acera de la calle Almirante Cadarso, en el barrio de Gran Vía. Las melias o cinamomos, los llamados «árboles del paraíso», esparcidos en las amplias aceras a unos cuatro o cinco metros de distancia, han crecido y se han inclinado tanto hacia el centro de la calle que, si se mira al cielo, es difícil distinguir la silueta del sol entre las ramas repletas de hojas verdes y flores blancas y violetas. A muy pocos metros está el único cine de reestreno que queda en la ciudad, el Cinestudio d’Or, uno de esos lugares que están desapareciendo y que al teniente le recuerdan a su vida con Elena.

Sabater y Micó se han pasado las últimas diez horas poniendo patas arriba el entorno cercano de Ignacio Durán y hurgando un poco en el pasado de la inspectora Bru, tal y como Israel les pidió. Laura Sabater es alta como una casa, metro ochenta, de figura delgada y algo descompensada. Estrecha de hombros y ancha de caderas. Carolina Micó, en cambio, apenas llega al metro cincuenta. Y es justo lo contrario que su compañera: bastante más ancha de hombros que de caderas. Llaman la atención de lejos y de cerca, pero hacen su trabajo como nadie.

De quien primero le hablan a su superior es de la inspectora Bru. Le cuentan que está divorciada y que tres años antes perdió de un modo atroz y en acto de servicio al hijo que esperaba. Escuchar eso hace que el teniente sienta un fuerte pinchazo en la base del cráneo, y que piense: «Soy el gilipollas más grande de la Tierra». No se esperaba algo así. En ese momento siente verdadera pena por ella, pero está tan aturdido por el alcohol y su situación personal que apenas reflexiona sobre ello. La siguiente cosa que le cuentan del pasado de la inspectora también lo deja algo desconcertado; de

todos modos, decide dejar ese tema aparcado, todavía no sabe qué relevancia darle, y se centra en lo que tienen sobre Ignacio Durán, que es quien importa para el caso que les atañe.

Ignacio Durán es una persona solitaria que ha ido dejando de ver a los pocos amigos que tenía. Tanto en el trabajo como en ese reducido círculo privado, coinciden en que es muy taciturno, introvertido, sin aficiones, sin vida personal, sin anécdotas de fin de semana que contar. Todo muy plano y anodino hasta que tuvo a Samuel, de quien sí hablaba constantemente. Todos están de acuerdo en que su hijo lo ha cambiado por completo y lo ha convertido en alguien más normal. Pero las agentes Sabater y Micó encuentran a una persona que parece conocerlo un poco mejor que la mayoría, una expareja, alguien de su pasado que les cuenta algo diferente.

—Bien, pues entonces habladme de esa antigua novia —dice el teniente Israel en medio de un eructo.

—Se llama Estrella Marhuenda y trabaja como enfermera en el Clínico, concretamente en la Unidad de Cuidados Intensivos —dice Laura Sabater mirando con preocupación cómo el teniente se bebe de un trago la copa de whisky con hielo que se acaba de pedir.

Con un gesto le dice al camarero que le rellene la copa. Para Laura, Víctor es casi como un padre, un referente, alguien a quien querrá y respetará mientras siga con vida, y el aprecio que le tiene es directamente proporcional a la preocupación que siente al verlo así, tan a la deriva, tan mal.

—Estrella fue novia de Ignacio hará unos diez años. Entonces él tenía unos treinta y dos o treinta y tres, y era uno de los médicos intensivistas más jóvenes con plaza en propiedad y una jefatura de sección. Estrella dice que no eran pocas las mujeres que habían intentado salir con él, por el rollo ese de ser un buen partido y tal, pero con ella fue con la única con la que mantuvo una relación seria. Algo que les chocó a casi todos.

—¿Por? —pregunta el teniente con interés.

—Porque Estrella, por aquel entonces, acababa de terminar la carrera y tiene unos diez años menos que Ignacio. Nadie se imaginaba que Ignacio escogiese precisamente a la más joven.

—¿Y qué pasó luego?

—Que el tío era bastante particular en la intimidad. Estrella cuenta que al principio no iba del todo mal, incluso se llegó a ilusionar bastante, pero Ignacio empezó a pedirle cosas raras —añade Carolina Micó.

—¿Cosas raras?

—Empezó a pedirle que simulara que él era un bebé y que ella era su madre y tenía que darle de mamar, cosillas así. También compró una cuna de grandes dimensiones en la que a veces se metía y se vestía con un pijama de bebé, chupete incorporado. Ella tenía que ir por la casa con sujetadores de lactancia y camisetas de tirantes con clic y *darle el pecho* de vez en cuando. Obviamente, ella no tenía leche, pero él simulaba que sí, y según ella, succionaba de lo lindo. Al final se fue cansando del cuento. Sobre todo cuando Ignacio empezó a decirle que invirtieran los roles, solo para jugar y pasarlo bien, quería que ella hiciera de bebé y él de padre. También le sugirió en una ocasión que podía tomar unas hormonas y así tener leche de verdad. Y que fuese todo más real. Ignacio le llegó a plantear que quería que interpretaran dichos roles durante las veinticuatro horas del día, al menos los fines de semana o los días de libranza. Y ahí fue cuando ella lo dejó.

Víctor se pasa las manos por la cara para intentar despejarse, la gente nunca deja de sorprenderlo. «Así que Ignacio tiene gustos raros, ¿eh?», se dice para sí mismo.

—Gracias, chicas, sois las mejores. Me parece que el doctor Durán y yo vamos a hablar un rato.

—¿Quiere que lo acompañemos? —pregunta Laura preocupada por el estado de su jefe.

—No hace falta, agente Sabater. Vosotras centraos ahora en la escena donde Claudia perdió la vida, en Benicalap. Seguro que veis bastantes más cosas que el equipo de la inspectora Bru.

—De acuerdo, como usted quiera.

—Por cierto, se me olvidaba. ¿Qué sabemos del chico que trabajaba en el Domino’s y que debió informar a Iván Teruel de todo lo relacionado con la vivienda de Ignacio Durán y sus costumbres?

—¿De Jaime Benavent?

—El mismo.

—Nada nuevo, solo que salió corriendo cuando fuimos a verlo y, como ya sabe, se nos escapó por muy poco. ¿Quiere que sigamos buscándolo?

—Sí, pero después de rastrear bien el supermercado.

Las dos agentes de la Guardia Civil ven cómo su superior se tambalea seriamente al ponerse en pie. El teniente Israel, con una marcha serpenteante, pone rumbo al domicilio de Ignacio Durán, a tan solo un par de manzanas de allí.

Antes de tocar a la puerta del doctor mira su teléfono móvil y ve que no ha recibido ninguna llamada de Yasmina, eso debe significar que no ha

habido cambios en el estado de su mujer. Y mientras hay vida, hay esperanza.

45

MEJOR SIN ÉL

Cuando Aoki Hayasi se ve de nuevo en la sala de interrogatorios, sabe que se ha producido algún cambio desde la última vez que vio a la inspectora Bru. Ahora está seria de verdad, no finge estar seria, como hacía antes. Junto a ella está el subinspector Císcar. Él en cambio sigue con la misma expresión tranquila.

—¿Podría decirme qué hora es, por favor? —pregunta Aoki con nerviosismo. Tiene el pelo grasiento. La camiseta humedecida por el sudor. Ya no se molesta en echarse la cortina de pelo hacia atrás ni da golpes con su rodilla en la mesa. Está cansado, a punto de derrumbarse.

—¿Para qué quieres saber la hora?

Aoki tiene la boca seca y siente la lengua muy áspera sobre su paladar. Como si le hubiese pegado un bocado a un trozo de tierra.

—Me gusta saber en qué hora vivo.

—No, lo que quieres saber es cuánto te queda hasta llegar al límite legal de las 72 horas de arresto, momento en el que crees que, si no tenemos nada, el juez no tendrá motivos para ordenar la prisión preventiva y quedarás libre, ¿me equivoco?

Aoki controla la respiración, se echa un poco hacia atrás para ganar algo de distancia.

—Solo quería saber la hora que era, nada más.

—Bien, no hay problema en que sepas la hora, son las seis de la tarde del domingo, enseguida cumplirás tus primeras 36 horas de arresto, pero me parece que no vas a aguantar hasta las 72, ¿verdad que no? —La inspectora Bru se está mostrando mucho más agresiva con él. Tanto en el tono como en la forma de mirarlo. Se dice que tal vez el teniente Israel tenía parte de razón en que a lo mejor era demasiado amable con toda esa gente que miente, que hace cosas malas, como secuestrar a bebés o matar a chicas con las que

mantiene relaciones sexuales. De nuevo siente cómo su moral se tambalea peligrosamente sobre el fino cable de acero en el que se asienta. Y recuerda aquello de que la parte genuina que hay en ella es cada vez más pequeña.

—¿Puedo fumar?

—No, no puedes. Se acabó el tabaco, el agua y cualquier otro tipo de gesto que pueda considerarse amable. Yo me porto bien con la gente que se porta bien, Aoki, no con los que mienten y hacen cosas horribles.

Al escuchar la palabra «mienten», Aoki arquea las cejas. Sus labios tiemblan.

—Mira, te seré franca. Lo tienes mal, muy mal. Acabamos de recibir los resultados de la autopsia de Claudia y lo primero que hemos visto, y que creo que al juez le resultará muy interesante, es que tu semen estaba en su interior, tanto el tuyo como el de Iván, y el de una tercera persona. ¿Puedes explicármelo? Porque lo último que recuerdo es que solo erais amigos y que ella no era la novia de Iván, solo la chica que se follaba. En cambio, Iván sí que se ha referido a ella como su novia en más de una ocasión, ¿en qué quedamos?

Aoki alza la vista y traga la poca saliva que sus glándulas generan. Le vienen a la cabeza multitud de imágenes de la infancia, de los veranos interminables junto a Claudia e Iván, en la piscina de Benicalap, en las laberínticas galerías de Nuevo Centro, o la primera vez que fueron juntos al cine ABC Park. Mira a la inspectora Bru y después mira al subinspector Císcar, que está sentado a su lado de brazos cruzados. El joven abre la boca y hace ademán de decir algo, pero en lugar de eso mueve el cuello a izquierda y derecha. Se dice que si saben que él se acostaba con Claudia es porque a lo mejor sí es cierto que le han hecho la autopsia y, por tanto, lo que es peor, que está muerta.

—¿No? No ¿qué? ¿No te la follabas? ¿Alguien metió por ti tu semen en su interior? Eres un puto mentiroso, Aoki, que te vas a pudrir en la cárcel el resto de tu vida por secuestrador de bebés y por matar a una mujer a la que es posible que incluso violases porque estabas perdidamente enamorado de ella y ella lo estaba de tu mejor amigo, ¿no es así?

—¡No!

—No ¿qué?

—¡Yo la quería, joder! ¿Ya estás contenta? Estaba enamorado de Claudia, desde siempre, ¿vale? Y no la violé, jamás le haría daño. Teníamos una relación a escondidas. Para Iván solo era un objeto al que utilizar a su antojo,

en cambio yo… —Aoki cambia el miedo por la rabia, a menudo dos sentimientos concatenados. Y de la rabia pasa al llanto.

—En cambio ¿tú qué, Aoki?

—Yo veía a la persona, yo veía quién era Claudia en realidad, te-teníamos un plan de futuro y…, ¿de verdad está muerta? ¿No es una estrategia de la Policía para que hable? Ustedes no harían eso, ¿verdad? —Las lágrimas ruedan por el abatido rostro de Aoki. Retuerce los dedos y la voz se le quiebra. Se masajea las sienes mientras coge aire. Ahora lo que le viene a la mente es la imagen de sus padres diciéndole que estudie, que no desperdicie su tiempo, o que trabaje con ellos en el restaurante, que sea bueno. Ahora lamenta no haberlos escuchado nunca.

—No, Aoki, por supuesto que no haríamos ese tipo de cosas, a nosotros no nos van ese tipo de juegos, nosotros somos sinceros, y es lo mismo que os pedimos a vosotros, sinceridad. —Elísabet le hace un pequeño gesto al subinspector Císcar.

Ángel capta el mensaje rápidamente. Abre la carpeta que llevan consigo y saca una foto del cuerpo de Claudia sin vida. La pone sobre la mesa muy cerca de Aoki, que rompe a llorar cuando reconoce su rostro y es consciente de que lo que le están diciendo es cierto. Sin ella, el plan deja de tener sentido. Y entonces piensa: «Iván, ¿qué coño has hecho?».

—Sé que esto está siendo muy duro para ti, y te prometo que lo siento. Sé lo que es perder a un ser querido y enfrentarse a una nueva realidad en la que esa persona ya no está, pero créeme si te digo que ese panorama será infinitamente peor si no nos cuentas la verdad y acabas en la cárcel por algo que no has hecho. Te prometí que, si colaborabas, yo haría todo lo posible para que los cargos contra ti fuesen insignificantes, pero la oferta dejará de estar sobre la mesa si no hablas ahora mismo.

Aoki levanta la mirada y se esfuerza por contener sus lágrimas. Respira por la nariz, aún muy hinchada, todo son ruidos.

—¿Qué quiere saber? Me importa ya todo una mierda.

La inspectora se templa y durante una fracción de segundo saborea esa pequeña victoria. El monstruo que se sienta a observarla en el alféizar de su ventana se aleja un poco.

—Bien, Aoki, muy bien. Veamos, según las pruebas que hemos podido reunir, Iván fue la persona que entró en casa de Ignacio y, tras haberlo drogado, se llevó a Samuel. Después huyó por la red de acequias y alcantarillado, se encontró en el subsuelo con Claudia, y cuando tú viste el camino despejado en la calle Alberola, salieron a la superficie y fuisteis los

tres juntos en tu coche hasta el antiguo supermercado Pepita, donde os escondisteis y esperasteis hasta el momento de la entrega. ¿Es así cómo ocurrió?

Elude hacer comentario alguno sobre que el bebé podría haber sufrido algún tipo de daño, no quiere ni plantearlo, le da la espalda a esa posibilidad, como ahuyentándola.

—¿Puedo fumar? —pregunta Aoki con los párpados hinchados. Por un instante vuelve a sentir la primera vez que Claudia lo besó, y se dice que, efectivamente, la vida le va a resultar insoportable sin ella.

—Sí, puedes fumar —responde la inspectora Bru, que le vuelve a hacer un gesto a Ángel.

El subinspector trae una cajetilla y Aoki enciende un cigarro; tras darle tres largas caladas, logra serenarse lo suficiente para hablar:

—Sí, más o menos fue así. Iván se lo llevó, Claudia lo ayudó y yo hice de chófer. Iván y el bebé se ocultaron en los asientos traseros, Claudia en el maletero.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Después estuvimos haciendo tiempo en esa trastienda, aunque no demasiado, todos sabemos que amanece muy pronto en verano. Se suponía que teníamos que permanecer allí hasta la hora de la entrega, el plan era no salir ni una sola vez para evitar cualquier tipo de problema, pero…

—Pero ¿qué?

Aoki la mira con preocupación. Con la cara llena de angustia. Agacha la cabeza. La respiración del subinspector Císcar se acelera.

—Pasó algo con el bebé, y tuve que salir corriendo en busca de un médico…, y ahí fue cuando esos dos policías me detuvieron.

El corazón de la inspectora Bru se queda momentáneamente parado, y acto seguido empieza a latir con mucha fuerza. De pronto, lo ve todo negro. El miedo a no encontrar a Samuel con vida se hace grande como una pesadilla que nunca termina. La posibilidad que quería ahuyentar no hablando de ella es ya una realidad.

—¿Cómo que pasó algo con el bebé? ¿A qué te refieres?

—No lo sé bien, la verdad, el bebé se hizo un corte, no sé cómo, o se dio un golpe en la cabeza, creo que lo tenía Iván en ese momento, pero el caso es que no paraba de llorar ni de sangrar. Luego se quedó como muy débil. Después se durmió. Y ahí fue cuando yo salí en busca de…

—¿En busca de qué? —La inspectora Bru tiene los ojos anegados en lágrimas.

—En busca de un médico para el bebé, ya se lo he dicho. Pero entonces me detuvisteis, y desde entonces, como se pueden imaginar, ya no he sabido nada más.

Elísabet siente que está a punto de sufrir un ataque de ansiedad, que la situación la supera; se levanta de la silla para coger aire. Su cada vez más débil moral da un traspié, y se dice que tal vez debería empezar por hacerle daño a la gente que hace daño. Pero Ángel, que sabe perfectamente que nunca hay que perder ni la calma ni los nervios en una negociación, toma el relevo con mucha sangre fría.

—Bien, Aoki, sigamos. Volvamos de nuevo al principio. Antes has dicho que teníais que esperar a que llegase la hora de la entrega, supongo que eso significa que vuestra intención no era pedir un rescate. ¿A quién teníais que entregárselo?

—No lo sé, a mí esa información nunca me la dieron. Yo solo sabía que íbamos a ganar un buen pellizco y que después… Claudia y yo empezaríamos una vida decente en otra ciudad…

—Así que ese era tu plan, escapar con Claudia y dejar a tu amigo Iván tirado —dice el subinspector Císcar con una media sonrisa.

—Iván no se merecía a una mujer como Claudia. Además, no la quería, no echaría de menos su ausencia, y probablemente tampoco la mía. Pronto encontraría a otras dos personas a las que… humillar.

—Creí que erais amigos desde la infancia…

—Sí, pero eso no quita para que Iván sea como es, te guste o no. Tiene sus cosas buenas, pero también tiene sus cosas malas, que han ido a peor con los años. Ya os dije el primer día que era alguien muy agresivo y que saltaba a la mínima. Supongo que Claudia y yo nos terminamos cansando de estar siempre en alerta o atemorizados por si se enfadaba. Y me parece que todo el mundo busca en algún momento su oportunidad, ¿no cree? Su oportunidad para mejorar y para prosperar. Iván hacía tiempo que ya no era la persona con la que íbamos al colegio.

El subinspector Císcar se queda meditando las palabras del detenido. «Mejorar y prosperar, por supuesto que sí, Aoki —se dice antes de continuar —. Todos buscamos nuestra oportunidad». La inspectora se enciende un cigarro y vuelve a sentarse. El pequeño mareo que le produce la nicotina hace que se olvide de su ansiedad y vuelva a centrarse.

—Bien, hace un momento has dicho que tú no sabías a quién le ibais a entregar el bebé, ¿quién tenía esa información? ¿Iván? ¿Fue él quien os metió

en todo esto? ¿Era él quien trataba con las personas a las que teníais que entregarle a Samuel?

—No, el plan era de Claudia, ella fue quien lo ideó todo, quien contactó con las personas a las que teníamos que entregar al bebé.

—¿Claudia? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, completamente. Primero me lo contó a mí, y después a Iván, aunque Iván se cree que él fue a quien se lo contó primero. Da igual, el caso es que Iván era quien correría con la mayor parte del riesgo, el que más se expondría, y eso nos dejaba a Claudia y a mí en una posición más cómoda.

—Antes te hemos dicho que en el cuerpo de Claudia han encontrado semen tuyo, de Iván y de otra persona más. ¿Sabrías quién podría ser esa tercera persona y si también está implicada en el secuestro?

Las cejas de Aoki se retuercen de pura tristeza. Si Claudia, además de con él y con Iván, se acostaba con un tercer hombre, entonces lo que creía que había entre ellos ¿era mentira?

—No tenía ni idea de que tuviese relaciones con alguien más, solo que hay otra persona que nos echó un cable y que toda la vida ha estado babeando detrás de Claudia, se llama Jaime Benavent, venía con nosotros al colegio. Tal vez si hablan con él…

—Sabemos quién es Jaime Benavent. Por curiosidad, ¿cuánto os iban a pagar por esto? —pregunta la inspectora Bru llena de indignación. Al menos puede cerrar otra parte de la investigación; tal y como habían supuesto, es muy probable que Jaime fuese el encargado de informar a Iván y al resto de cómo era la vivienda de Ignacio.

—Unos treinta mil más o menos, a repartir entre los tres. Una buena cifra, como puede ver.

—No sé si eres consciente de lo miserable que es eso, Aoki, la vida de un bebé a cambio de treinta mil asquerosos euros, de un padre a quien le habéis destrozado la vida.

—No se crea, inspectora.

—¿El qué no me tengo que creer?

—El padre del bebé no es tan bueno como cree.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente, solo lo que Claudia me contaba.

—¿Y qué te contaba Claudia?

—Que el bebé estaría mejor sin él.

Y la inspectora Bru, tras agradecer a Aoki su colaboración y antes de volver a entrevistar a Iván, se replantea quién es de verdad Ignacio Durán y si

es posible que el secuestro de su hijo se deba a un motivo personal. A pesar de que Aoki no sea precisamente alguien de fiar, como tampoco lo es su amigo Iván, se pregunta si ha hecho bien su trabajo, si ha investigado el círculo cercano del doctor Durán como debía; se pone en duda a sí misma y a sus métodos. Ha estado tan centrada en seguir la pista del secuestrador que no ha investigado lo suficiente el porqué. De nuevo experimenta esa sensación de exceso de peso sobre sus hombros, de no poder con todo, de estar a punto de ser aplastada por la propia realidad, su realidad.

Antes de pedir que suban a Iván a la sala de interrogatorios, llama a José Raya y a Aitana Enguix para que vayan de nuevo al domicilio de Ignacio Durán y traten de averiguar algo que no les haya contado todavía. Les dice que hablen con él y que le aprieten de verdad. Y esa es una orden que la inspectora Bru nunca da. Pero cada minuto que pasa se encuentra más desesperada; las manos del Estrangulador del Jardín Botánico, que en realidad nunca se han ido, parecen estar apretando su cuello cada vez con más fuerza.

Hacha y Aitana dejan a medias el trabajo que estaban haciendo: rastrear a fondo el círculo cercano de Iván, Aoki y Claudia. De todos modos, no habían encontrado nada relevante, solo que Claudia es huérfana de madre y que su padre lleva toda la vida trabajando en una pescadería, que los padres de Aoki no tienen ningún tipo de antecedente y, por último, que, en el caso de Iván, tal y como él mismo les contó, toda su familia ha tenido problemas con la Justicia de una manera u otra, aunque nunca con algo semejante al secuestro de un bebé.

La inspectora Bru se dice que, si hay algo importante que Ignacio Durán no les ha contado y ese algo está tras el secuestro de su hijo, no se lo perdonará en la vida.

Aprovechando ese estado de turbación, el subinspector Císcar vuelve a sugerirle que necesita un descanso, que la ve muy al límite, y muy pálida, que tal vez le vendría bien irse un rato a casa, que él se podría hacer cargo hasta que volviese.

Elísabet piensa en ello seriamente y, durante una fracción de segundo, se pregunta: «¿Tanto se me nota?».

46

Y EL CÉSPED VERDE CRECÍA ALREDEDOR
La pequeña Ángela

—Siéntate ahí, yo ahora vuelvo.

—Ahí, ¿dónde?

—Donde siempre, en la cama, ¿dónde va a ser?

Ángela obedece a su padre y se sienta donde le ha indicado, donde siempre, a los pies de la cama.

Es su padre quien se lo pide, su héroe, la persona que siempre ha estado ahí cuidando de ella. Pero la realidad es que hace tiempo que no es el mismo. Hace tiempo que ya no sonríe. Que ya no bromea con ella. Que no corre tras ella. Hace tiempo que su padre ya no es su padre. Hace tiempo que le pide que haga cosas feas. Cuando vuelve a entrar en la habitación, ella levanta la mirada y ve lo que lleva en su mano derecha: el vestido azul.

—Ten, póntelo. —Lo dice sin mirarla a la cara.

Ángela coge el vestido y siente cómo las lágrimas brotan de sus ojos. Piensa en decirle otra vez a su padre que eso no le gusta. Que ese juego no es divertido. Pero tiene miedo a que se enfade. Y le grite. Su padre antes nunca le gritaba. Ni se enfadaba. Tiene miedo a que luego le diga que por su culpa la familia entera se acabará muriendo de hambre. Porque no tienen dinero. Y ella no quiere que pase eso. Lo único que quiere es que todo vuelva a ser como antes. Que vuelvan a ser una familia. Y su padre le dice:

—Sí. Si te portas bien y haces lo que papá te dice, todo volverá a ser como antes.

Así que, con la vaga esperanza de que realmente esté haciendo lo correcto y de que pronto todo acabará, Ángela se quita el pijama y empieza a ponerse la ropa que su padre le ha dejado a su lado. Primero se pone ese conjunto

de ropa interior parecido a los que usa su mamá. Después se pone los calcetines altos con bordados, luego se ajusta el vestido azul y, para finalizar, se pone los zapatos de charol negros y la diadema blanca.

—¿Te has tomado el jarabe? —pregunta su padre con nerviosismo.

—Sí —responde Ángela mientras empieza a notar cómo se le duerme la lengua.

El jarabe es para que no tenga ningún tipo de dolor. Aunque la realidad es que el dolor solo se puede tapar durante un tiempo; después, cuando todo ha pasado, aparece de nuevo. Y lo hace con más fuerza.

Su padre se queda parado en el umbral y, antes de salir otra vez, la mira con los ojos tristes.

—Solo será un momento, Ángela, tú solo piensa en esa canción que tanto te gusta, después tendrás todo el día para jugar a lo que tú quieras.

Ángela asiente y en su cabeza empieza a escuchar esa canción que tanto le gustaba: «Y el césped verde crecía alrededor, y el césped crecía alrededor». Pero a su alrededor hace tiempo que ya no crece el césped. A su alrededor ya no hay flores de colores.

Frente a ella, ve cómo se enciende la pequeña luz roja. Después vuelve a abrirse la puerta de su cuarto, pero el que entra ya no es su padre, es un señor mayor que no ha visto en la vida. Le sonríe con nerviosismo. Está sudando. Se quita la chaqueta. Se atusa el pelo. Se afloja la corbata. Se baja la bragueta, y después se acerca a ella.

47

LAS PROMESAS ESTÁN PARA CUMPLIRSE

Bronski Beat, Breakfast Club, The Hollies, Crowded House, Europe, Modern Talking, Level 42. La música de los años ochenta ya no le funciona. Ya no le hace sentir bien.

Ignacio Durán se pasea por casa arriba y abajo con ese bisturí de diamante en la mano. Poco después de que desapareciese Samuel se dijo que, antes que morir calcinado por las llamas, saltaría al vacío para que el dolor durase solo un instante. Y ya está empezando a sentir el calor del fuego bajo sus pies. Es cuestión de tiempo que la Policía descubra ciertas cosas, y cuando lo haga, ya no habrá tiempo para pensárselo, para decidir si salta o no salta al vacío. Así que el momento ha llegado, es ahora o nunca.

Entra en el cuarto de su hijo y repasa algunas de las constelaciones que hay dibujadas en el techo: Hércules, Lyra, Virgo, Capricornio, Águila. Observa con nostalgia los planetas de nuestro sistema solar y la Vía Láctea. Se suponía que las cosas iban a cambiar, que con su hijo encontraría por fin la paz. Quiere un recuerdo bonito, quiere rescatar algo de esos momentos en los que fue tan feliz. Siempre ha sabido que ese estado es pasajero, que lo que realmente dura no es la felicidad en sí, sino su recuerdo. Pero eso no hace otra cosa que angustiarlo aún más, porque esos recuerdos ya están muertos, esa sensación pasajera de bienestar, de plenitud, ya no volverá. En esos momentos solo puede pensar que su hijo ya no está con él, que alguien se lo ha llevado, que ahora lo estarán tocando otras manos, viendo otros ojos, oyéndolo reír y llorar otros oídos. Siente un estremecimiento tan grande que tiene la impresión de estar a punto de romperse en mil pedazos. Apoya la frente en una pared y se da pequeños golpes, como tratando de medir la intensidad del impacto que lo matará.

Desde que Samuel no está, ha entrado muchas veces al cuarto de baño, concretamente a la habitación contigua que se esconde tras una de sus paredes

y que nadie más conoce. Pero eso tampoco lo ha aliviado.

Su madre lo ha llamado una infinidad de veces para estar con él, incluso ha intentado entrar con sus propias llaves, pero Ignacio ha rehusado su compañía y ha dejado sus llaves puestas en la cerradura para que no pueda entrar. No la quiere allí, ya no, no quiere en su casa a una persona que se ha pasado toda la vida rectificándolo, criticándolo, corrigiéndolo, que nunca le ha dado lo que él realmente ha necesitado, el verdadero amor incondicional de una madre.

Cuando tocan al timbre con insistencia y reconoce por la pantalla del portero automático al teniente de la Guardia Civil Víctor Israel, un rayo de esperanza ilumina parcialmente el oscuro lugar en el que se encuentra: su interior. Él siempre ha pensado que su corazón ha estado abierto a la esperanza, pero es la esperanza la que nunca ha encontrado el hueco por donde entrar. Él siempre ha estado abierto al amor, pero es el amor el que nunca lo ha querido a él.

El teniente Israel está tan borracho que apenas se tiene en pie. Cuando entra en la vivienda del doctor Durán tiene que hacer un esfuerzo para centrarse. Cuando se imagina a la persona que tiene delante disfrazada de bebé y pidiéndole teta a una mujer diez años más joven que él, siente náuseas.

—¿Hay alguna novedad? ¿Saben ya dónde está Samuel? ¿Han dicho algo los detenidos? —Los párpados de Ignacio están llenos de agua. Su mirada baila. Todo en él son nervios. Pero su olfato no le falla, y no tarda en apreciar el fuerte olor a tabaco y alcohol que desprende el teniente de la Guardia Civil.

—¿Le importa si me siento? —pregunta este.

—En absoluto, faltaría más.

Cuando Israel se sienta ve que junto a la ventana hay una de esas cunas de viaje llena de peluches, y eso no hace más que recordarle la imagen que Sabater y Micó le han transmitido: un adulto vestido de bebé, en una cuna de bebé y mamando como un bebé. Y se pregunta: «¿Qué demonios le pasa a la gente? ¿Por qué y cómo alguien acaba desarrollando esos gustos?». Pero no es momento ni de preguntas importantes ni de respuestas trascendentes. Solo de conocer la verdad.

—Los detenidos todavía no han dicho nada, pero creo que muy pronto lo harán.

—¿De verdad? —El rostro de Ignacio se abre como una flor en primavera.

—De verdad. Su resistencia está llegando al límite, y cuando eso sucede, la gente se desmorona, y entonces es cuando está en disposición de decir toda la verdad. Yo siempre digo que no se le pueden poner vallas al campo, señor

Durán, y la verdad es un campo de grandes proporciones. —Al teniente se le escapa un eructo. Después siente una fuerte presión en la vejiga. En breve tendrá que ir al baño.

—¿Y usted cree que fueron ellos?

—No me cabe ninguna duda, pero no he venido aquí por ese motivo.

—¿No?

—No. He venido aquí para hablar con usted de otra cosa.

Ignacio se queda mudo por un instante. La bolsa que tiene bajo los párpados se llena un poco más. El calor del fuego bajo sus pies empieza a ser muy molesto. Se pregunta si debería saltar al vacío justo en ese momento.

—¿De qué cosa?

—De usted.

—¿De mí?

—Sí, verá, le seré franco, hay una persona que nos ha contado alguna cosilla de usted que se sale un poco de la norma, ya sabe, alguna cosilla rara, y no lo juzgo, de verdad que no, pero la experiencia me dice que a lo mejor tiene algo que ver con el secuestro de su bebé. Y en ese caso habría que replantearse algunas cosas del curso de la investigación. Cosas que ayudarían a encontrar a su hijo, por supuesto.

Ignacio vuelve a quedarse mudo. Su piel pierde el poco color que tenía. Sus párpados se retraen. No lo puede evitar. Tiene miedo. En su cabeza, a pesar de que llevaba un par de días pensando que podía pasar, que se podían enterar, se resiste a la realidad y empieza a repetirse que no es posible, que no pueden haberse enterado. Eso no puede ser. Como tampoco puede ser que el secuestro de su hijo tenga que ver con *eso*. Porque nadie conoce la existencia de *eso*. Se lo dice una y otra vez sin dejar de sentir cómo sus pies se están empezando a quemar.

—¿A qué cosas se refiere? Yo no le he hecho daño a nadie en mi vida.

Víctor Israel levanta una ceja.

—Yo no he dicho eso, señor Durán, solo que hay alguna cosa rara. Usted era médico intensivista antes de ser médico de familia, ¿no?

La respiración de Ignacio se vuelve ruidosa. Como el ronroneo de un lobo malo. No le gusta hablar de su pasado. No le gusta hablar de él. No le gustan las preguntas para las que no tiene preparada una respuesta. No le gusta la época que pasó en la UCI.

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—¿Por qué lo dejó? Quiero decir: ¿por qué cambiar una especialidad médica con tanto peso por otra mucho más…, no sé cómo llamarlo, más fácil?

Ignacio mueve hacia ambos lados sus ojos redondos y saltones. En su cabeza no deja de preguntarse qué sabe exactamente el teniente. Tal vez aún tenga algo de tiempo y todavía no conozcan lo que hay tras su cuarto de baño, estuvieron revisando bien todos los rincones de la casa y no vieron nada. «Si hubieran visto algo o se hubiesen enterado de algún otro modo, habría aquí más gente, más policías, ¿no?», se dice para serenarse.

—Lo hice porque necesitaba un cambio profesional, y permítame que le corrija, ninguna especialidad médica es sencilla. Aun así, es cierto que la Unidad de Cuidados Intensivos no te permite relajarte ni un solo segundo. El nivel de estrés es muy alto. Allí la vida de los pacientes pende de un hilo, y en las manos del médico y del resto del equipo sanitario está la responsabilidad de que ese fino hilo no se corte. Si habla con cualquier profesional de la Unidad, le dirá lo mismo que yo, que ese trabajo desgasta muchísimo y que tarde o temprano acaba pasando factura. Nadie se queda allí toda la vida. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con el caso de la desaparición de mi hijo?

—Tiene que ver, señor Durán, tiene que ver. Usted estuvo saliendo con una mujer que se llamaba Estrella cuando era médico intensivista, ¿no es así? Una chica más joven que usted.

Los finos párpados de Ignacio se esconden tras los globos oculares. Sus labios se aplastan entre sí. Se rasca la papada y se queda parado durante unos segundos. Piensa: «Definitivamente, el teniente algo sabe; de lo contrario, ¿por qué sacar este tema?». El origen de su afición secreta.

—Sí, ¿qué pasa con Estrella?

—No pasa nada, está estupenda. Sigue trabajando en la Unidad de Cuidados Intensivos, por si le interesa. Y sale con otro hombre, uno de su edad. Lo que ocurre es que ella nos contó algo acerca de usted que nos llamó un poco la atención.

—¿Qué le contó esa bruja? Supongo que si ha estado haciendo preguntas sobre mí, cosa que todavía no entiendo, también se habrá interesado por la fiabilidad de la palabra de Estrella. Por si no lo sabe, se ha tirado a medio hospital.

El teniente sonríe al ver el estado de nerviosismo en el que se encuentra Ignacio. Esa es una de las partes de su trabajo que más le gustan. Cuando está a punto de desenmascarar a alguien, de sacar a la luz sus trapos sucios, y los nervios lo empiezan a traicionar.

—Iré al grano, señor Durán, a mi edad, uno aprende a no perder el tiempo con rodeos. Estrella nos contó que a usted le gustaba vestirse de bebé y simular que lo era, con todo lo que ello implica. También que después le pidió

que intercambiaran los roles. Incluso le dijo que su deseo era el de que dicho juego se convirtiese en algo así como su estilo de vida. No tengo especial interés en conocer los detalles de su vida privada, pero necesito saber ciertas cosas sobre usted, sobre todo si esas cosas tienen que ver con bebés, sobre todo si ese tipo de aficiones todavía continúan o, quién sabe, las ha intercambiado por otras que se les parecen mucho. Así que mi pregunta es muy sencilla: ¿es cierta esa historia?

Ignacio se levanta como un resorte. Está lívido. El teniente vuelve a sentir cómo la vejiga se tensa aún más tras la hebilla de su pantalón. Todavía no sabe si ese extraño juego de interpretación podría tener algo que ver con el secuestro de Samuel, pero desde luego esconde algo que el señor Durán no quiere que se sepa, algo que lo ha perturbado.

—Lo que hiciéramos Estrella y yo en nuestra intimidad es cosa nuestra y de nadie más. No veo nada malo ni prohibido en querer probar cosas nuevas con tu pareja.

—Ni yo tampoco, señor Durán, pero, dígame, ¿es cierto o no lo es?

Los dientes de Ignacio rechinan. Está muy nervioso. A pesar del calor, siente un sudor frío recorriendo su espalda.

—No pienso contestar a más preguntas indiscretas, agente.

—Si no le importa, teniente.

—¿Cómo dice?

—Que mi rango es el de teniente de la Guardia Civil. Y le recuerdo que estoy aquí porque han secuestrado a su hijo, y si pregunto por algo de su pasado y por su entorno es porque muchas veces en ese pasado y en ese entorno es donde se encuentran las respuestas a todas esas preguntas que nos estamos haciendo, ¿lo entiende?

—¿Qué preguntas?

—¿Quién se ha llevado a su bebé y por qué?

Ignacio traga saliva con mucha dificultad. Algo en su interior le dice que a lo mejor eso podría ser cierto, que él y su entorno podrían ser los responsables del secuestro de Samuel, y ahora ese teniente borracho está a punto de descubrirlo. Pero eso es algo que no puede dejar que ocurra. Porque, si no, está perdido.

—Con su permiso, iré un momento al servicio. Enseguida vuelvo, luego le contaré todo lo que usted quiera, no tengo ningún problema —dice Ignacio desapareciendo del salón antes de que el otro reaccione.

En cuanto el teniente Israel se queda solo, el recuerdo de su situación personal emerge y él aprovecha para consultar el teléfono móvil. Sin noticias

de Yasmina. «Eso es bueno. Situación crítica pero estable», se dice para consolarse. Si no pasa nada, esa misma noche se lo jugará todo a una carta y conseguirá el dinero que le falta para pagar el carísimo tratamiento experimental que espera que pueda revertir la situación de su mujer. En realidad, lleva mucho tiempo jugándoselo todo a una carta, demasiado, solo espera que esa noche la suerte no le dé la espalda.

Han pasado cinco minutos desde que Ignacio se ha levantado para ir al baño, mucho tiempo teniendo en cuenta que hay un teniente de la Guardia Civil en el salón de su casa buscando respuestas incómodas. El instinto de Víctor le dice que algo no va bien, aunque todavía no alcanza a ver qué es exactamente lo que está mal. Se levanta del sofá y, sintiendo de nuevo una fuerte opresión en la vejiga, enfila despacio el pasillo por el que ha desaparecido el señor Durán. Apenas tres metros después, ve la puerta de un cuarto de baño abierta, en su interior no hay ni rastro del señor Durán, y entonces se pregunta: «¿Por qué no ha ido a este baño, estando más cerca? ¿Y si en lugar de al baño ha ido a otro sitio de la casa?». Aun así, se dice que, ya que está allí, podría aprovechar para mear él también, pero justo cuando está a punto de levantar la tapa del inodoro, oye un ruido extraño, como un chirrido muy agudo, un ruido atípico. Proviene del fondo de la casa, de lo que parece ser la habitación de Ignacio.

El teniente siente un desagradable pálpito en el fondo de la garganta. Ya no es el instinto, ahora es casi una premonición, una mala. El ruido vuelve a producirse más cerca y le parece que se asemeja a algo muy pesado que está siendo arrastrado. Se lleva una mano a la cadera derecha y libera el pasador de la funda de la pistola. Se acerca lentamente hasta la habitación del médico y, una vez allí, ve que la puerta de lo que parece ser el baño privado está cerrada; es de ahí dentro de donde procede el ruido raro. Con la mano derecha palpa la culata de la pistola y la saca con delicadeza. Se coloca junto a la puerta del baño y gira el pomo despacio. Pero no se abre. Ignacio ha echado el pestillo. El ruido cesa de golpe, y el teniente no duda en echar la puerta abajo de una fuerte patada. Le cuesta un poco asimilar la escena. No es demasiado normal.

Ignacio Durán tiene una mano apoyada en una pared y mira al teniente con el rostro desencajado. Entre dicha pared y la del lavabo puede verse una abertura de un palmo, a través de la que se cuelan destellos de colores.

Aunque le ha costado entenderlo, el teniente Israel no tiene ninguna duda de que tras la pared que Ignacio estaba intentando mover, o mejor dicho cerrar, hay un cuarto oculto.

—Sepárese de esa pared y ponga las manos donde pueda verlas. —Su voz adquiere contundencia.

—Pero ¿qué está diciendo? Usted no tiene derecho a estar aquí. Esta es mi casa. —Ignacio intenta parecer ofendido, pero lo único que transmite es un pavor inmenso, inocultable.

—Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí, ponga las manos detrás de la cabeza y hágase a un lado, no me obligue a repetírselo. —La voz de ultratumba del teniente, sumada al clic del seguro de su pistola, hace que Ignacio, que siempre le ha tenido un miedo atroz a las armas y, en general, a cualquier tipo de autoridad, se retire poco a poco y ponga las manos detrás de la cabeza, a la altura de la nuca. Está sudando a mares. Ahora sí está perdido.

El teniente se acerca con cuidado a esa pared que el señor Durán no ha podido cerrar. Con una pistola en la mano y mucho alcohol en el cuerpo, no es difícil sentir una falsa sensación de seguridad, así que se olvida por completo de Ignacio y se centra solo en esa puerta. No tiene ni idea de lo que hay tras ella, pero por alguna razón, tal vez una que proviene directamente del instinto primario, siente cómo lo empieza a invadir el miedo. El gran y terrible miedo a lo desconocido.

Empuja con fuerza la pared alicatada en bonitos azulejos blancos en la dirección opuesta a la que lo estaba haciendo el médico y, tras conseguir vencer el exceso de polvo y arenilla acumuladas en las bisagras de esa pesada puerta secreta, consigue ver lo que se esconde detrás: es una especie de estudio en el que hay un par de mesas formando un ángulo recto y un enorme sillón ergonómico de piel, uno de esos que incluso te recogen el cuello. Sobre las mesas hay varias pantallas de ordenador de un tamaño bastante grande, y a un lado, una de esas torres metálicas refrigeradas en cuyo interior hay un montón de servidores informáticos que no dejan de emitir lucecitas de colores. En dos de las esquinas de ese extraño estudio secreto, colgando del techo, hay un par de altavoces del tamaño de un microondas.

No hay duda de que lo que se esconde en esa habitación es una especie de central informática, aunque el teniente todavía no sabe de qué tipo.

—Esto no tiene nada que ver con la desaparición de Samuel, yo nunca le he hecho nada malo a nadie, lo juro, esto es solo… mi estudio, no tiene derecho a estar aquí. —Ignacio Durán habla entre lamentos, está detrás del teniente y tiene el bisturí de diamante que iba a utilizar para «saltar del incendio» en la mano. Nunca se le ha dado bien mentir, sobre todo cuando ya lo han pillado. Para mentir se necesita premeditación, pero para fingir la

evidencia se necesita mucha sangre fría, algo que Ignacio no tiene, y esa fue una de las razones por las que abandonó la medicina intensiva.

—¿Qué hay en esos ordenadores? ¿Para qué tantas pantallas y servidores? —El corazón le palpita con fuerza, y eso que todavía no ha visto el bisturí. Habla mirando lo que hay delante de él, y no lo que hay detrás.

—Ya se lo he dicho, es mi estudio, usted no tiene derecho a estar aquí. Salga inmediatamente o me veré obligado a denunciarlo.

La respiración de Ignacio es cada vez más ruidosa. Se acerca por detrás al teniente, que está medio embobado moviendo el ratón arriba y abajo a la espera de que se active alguna pantalla, algo que no tarda en suceder.

Los cuatro monitores se empiezan a encender uno a uno. Y tiene que aclararse los ojos porque la retroiluminación de led orgánico lo deslumbra. En la primera pantalla ve un listado de carpetas amarillas. Es como un directorio de archivos muy extenso ordenado alfabéticamente. No se detiene a leer los títulos de las carpetas porque su mirada se va al segundo monitor. En él ve la barra de estado de un proceso activo. Es un proceso de borrado de documentos al que le quedan una hora y cincuenta y cinco minutos para eliminar seiscientos setenta y nueve mil archivos. Ahora ya sabe lo que había ido a hacer Ignacio a esa habitación. La cuestión es: ¿por qué ahora?

En el tercer monitor ve la imagen congelada de una niña de unos cinco años en ropa interior de encaje. A sus pies hay un vestido azul con ribetes blancos. La imagen corresponde a un fotograma de un vídeo que estaba siendo reproducido. El nombre de ese archivo de vídeo puede leerse en la parte superior de la pantalla: «La pequeña Ángela n.º 10».

En el cuarto monitor puede verse un mosaico de unas treinta o cuarenta fotos de niñas y de niños bajo las cuales están escritos sus nombres. A simple vista, parecen las carátulas de un videoclub. En la parte inferior de la página lee: «Página 1 de 180».

Y entonces el teniente Israel lo entiende todo.

Efectivamente, son las carátulas de un videoclub. Lo malo es que todo indica que es un videoclub de pornografía infantil, y quién sabe si no es algo peor.

Hace un doble clic en la carátula titulada «La pequeña Ángela», de la cual parecía proceder el vídeo que estaba siendo reproducido por Ignacio; ante él aparecen dos nuevas carpetas. Una se llama «Fotos» y otra «Vídeos». Clica en la carpeta «Vídeos» y ante él aparecen diez iconos más numerados del uno al diez. Clica en uno cualquiera y no tarda en abrirse el QuickTime; los altavoces del tamaño de un microondas empiezan a emitir un sonido muy

casero, muy *amateur*, lleno de moscas y zumbidos. A continuación, sale la niña que se veía en la carátula, Ángela; lleva puesto un vestido azul. Cuando un hombre entra en escena, se quita la chaqueta, se baja la bragueta, se acerca a ella y conduce la mano infantil a su entrepierna, la pantalla del ordenador se funde a negro. En ese momento el teniente ya estaba a punto de vomitar todo el alcohol que había estado bebiendo durante los últimos días. Quizá durante los últimos años.

Y el ruido de los ventiladores, refrigeradores y procesadores también se apaga. Todo se queda en un frío y tenso silencio. Cuando el teniente se da la vuelta, se encuentra con el rostro de Ignacio a tan solo medio palmo de él. En el suelo varios enchufes acaban de ser arrancados de cuajo de la toma de corriente, caja embellecedora incluida.

—No debería haber hecho eso, teniente, le dije que este era mi estudio y que no tenía ningún derecho a estar aquí.

El teniente va a decir algo, pero nota en su cuello el frío filo del bisturí. Ignacio tiene el dedo índice estirado y apoyado sobre el cuerpo de la hoja de corte quirúrgico. Y en su mano, esa hoja, aunque sea muy pequeña, adquiere un aspecto temible.

—¿Se puede saber qué está haciendo? Suelte ese bisturí inmediatamente. —El miedo que Víctor Israel siente en ese momento es de los peores que ha sentido nunca, pero no porque tema por su propia vida, sino porque, si a él le pasa algo, ¿quién cuidará de su mujer? El miedo a no poder proteger aquello que más se quiere es, además de doloroso, una de las más grandes torturas.

—No voy a soltar el bisturí, *agente*, es usted quien va a soltar la pistola.

—¿Sí? ¿Y qué hará después? ¿Matarme?

—Todavía no lo he pensado, pero suelte esa pistola ya si no quiere adelantar acontecimientos. —Ignacio aumenta la presión de la hoja quirúrgica sobre el cuello del teniente, quien no tarda en percibir cómo la punta del bisturí empieza a hundirse en la carne. Una gota de sangre resbala por su cuello.

—Está bien, pero no hace falta que lleguemos a esto. —El teniente levanta la mano derecha un poco y hace ademán de dejar la pistola en el suelo, pero no va a poder si el doctor no separa un poco el bisturí—. ¿Puedo? —pregunta mirando su pistola y después al suelo.

Ignacio frunce el ceño y arruga la nariz. Sus abocinadas aletas se abren y se cierran con fuerza.

—Déjela caer.

—Podría dispararse.

—No importa.

—De acuerdo, como usted quiera.

Deja caer la pistola y tanto él como el doctor sienten cómo sus corazones se aceleran cuando el acero del arma de fuego impacta contra el suelo. Una bala perdida en un cuarto pequeño no es la mejor de las compañías. Pero por suerte el arma no se dispara, y ahora descansa tranquilamente sobre una baldosa.

—¿Le parece si hablamos y negociamos? —pregunta el teniente con la sangre fría de la que Ignacio carece.

—No hay nada que negociar ni que hablar.

—Yo creo que sí, señor Durán, su hijo, ¿recuerda? Estoy aquí por él, y estoy cerca de encontrarlo, pero me temo que eso no va a poder ser si usted sigue hundiendo el bisturí en mi cuello.

La mano de Ignacio tiembla un poco. Traga saliva. Niega con la cabeza. Pestañea. Su interior está completamente resquebrajado.

—No. Usted no me va a ayudar, nadie puede, ya no.

—Le aseguro que yo sí puedo, y le prometo que no diré nada de lo que hay en esos ordenadores si me suelta ahora mismo. Sé lo que es aguantar cada día la enorme presión de tener la vida de otras personas en tus manos. Sé que a veces es difícil conciliar el sueño y que todos necesitamos escapar de vez en cuando. Lo sé, y no lo juzgo, ni lo culpo.

La respiración de Ignacio se agita aun más. Solloza.

—Usted no tiene ni la menor idea de lo difícil que ha sido siempre para mí. No tiene ni idea de lo que es esto, mi vida. No tiene ni idea de lo que ha sido vivir y crecer junto a una persona como mi madre. Y le juro que, desde que llegó Samuel, dejé de ver y de intercambiar vídeos, lo juro, hace tiempo que había decidido eliminar todo esto, y si no lo he hecho antes ha sido por falta de tiempo.

—Le creo, señor Durán, de verdad que le creo. ¿Por qué no hacemos una cosa? Usted separe el bisturí de mi cuello, y yo no digo nada de los vídeos ni de las fotos, es más, si quiere le ayudo a borrarlos, ¿qué me dice? ¿Hacemos trato?

La mano de Ignacio tiembla cada vez más. Las gotas de sangre resbalan por el cuello del teniente con más rapidez.

—Le juro por mi vida que jamás he tocado a nadie, se lo juro, solo eran fotos y vídeos, yo no conozco a ninguna de las personas que salen, ¿qué hay de malo en ello?

—Nada, por supuesto. Que yo sepa, no hay nada de malo en mirar, el delito está en la acción, y no en el pensamiento.

—¿De verdad?

—Por supuesto que de verdad.

—¿Y cree que podría encontrar a Samuel? ¿Cree que esos vídeos podrían estar relacionados con…?

—¿Las personas que se han llevado a su hijo?

—Sí.

—Es más que probable, y le aseguro que, en cuanto me suelte, será lo primero que haga. Encontrar esa relación y dar con los responsables.

Ignacio se queda pensando un par de segundos. Está muy cansado. Lleva dos días sin dormir. Le duele todo. Y la vida sin Samuel ya no tiene sentido. Está decidido a separar la hoja de corte del cuello del teniente, pero en ese momento suena el timbre de la puerta y eso hace que se sobresalte. Sus ojos se van hacia la cámara del teleportero que tiene instalada en ese estudio. En la imagen en blanco y negro ve a dos agentes de Policía. Un hombre y una mujer. Su respiración se vuelve a acelerar y su corazón bombea con más fuerza. No ve venir el rápido movimiento del teniente de la Guardia Civil, que lo desplaza un par de metros de un fuerte empujón. Ignacio tiene que hacer un gran esfuerzo para no caerse de culo y pierde el control de la situación.

El teniente se agacha para recoger su pistola y, cuando recupera la posición, apunta a la cabeza de Ignacio, que ahora parece estar a punto de sufrir un ataque al corazón.

—Lo iba a soltar, estaba a punto de soltarlo, se lo juro —dice levantando las manos con timidez.

—Lo sé, por eso no debería tener ningún problema en soltar ese bisturí ahora. —El teniente alarga un brazo y le da al botón de la llavecita que hay en el teleportero.

Los agentes José Raya y Aitana Enguix empujan la elegante puerta del número 15 de la calle Martí y entran al edificio.

—¿Encontrará a Samuel, teniente? ¿Puede encontrarlo?

—Por supuesto que sí, señor Durán, yo siempre encuentro a las personas, pero suelte ese bisturí ya, por favor. No haga esto más difícil.

—¿Y cuidará de él? ¿Me promete que Samuel estará bien? ¿Que tendrá una buena vida? —Las lágrimas del doctor ruedan por su cara. Todo él tiembla. Las piernas parecen estar a punto de fallarle.

—Por favor, señor Durán, suelte ese bisturí, me parece que ya es suficiente. Luego hablaremos de todo.

—Prométamelo, por favor, prométame que cuidará de Samuel.

—De acuerdo, como quiera, se lo prometo, pero suelte el bisturí.

—Gracias, teniente, y recuerde decirle también que no he querido a nadie tanto en mi vida. Que él es mágico, que haga lo que quiera con su vida y que no deje nunca que nadie le diga cómo tiene que vivir, cómo tiene que ser feliz, que nadie trate de imponerle nada ni de manipularlo a su antojo. Que él es libre para buscar su felicidad allá donde se encuentre. Y que jamás lo he tocado si no es para acunarlo en mis brazos. Jamás he tocado a ninguna de las personas que salen en esos vídeos. Solo eran vídeos, nada más, solo eso.

El timbre de la puerta suena otra vez. Los dos agentes, que ya están arriba, esperan a que les abran.

Víctor vuelve a darle al botón de la llave, pero la puerta del piso no se abre, ese botón solo abre el portal.

Cuando vuelve a mirar a Ignacio Durán, el doctor ha puesto la hoja del bisturí sobre su propio cuello.

—Recuerde lo que me ha prometido, y que las promesas están para cumplirse.

Antes de que el teniente sea consciente de lo que está a punto de suceder, Ignacio hace un rápido y certero movimiento de un lado a otro de su cuello. La sangre empieza a brotar con mucha fuerza de la garganta del señor Durán. El teniente de la Guardia Civil, en sus más de veinte años de servicio, no ha presenciado nunca nada igual.

Trata de socorrerlo, pero no tiene ni idea de cómo empezar, y duda mucho que una ambulancia pueda llegar a tiempo. Así que hace lo primero que se le ocurre. Abre la puerta a los dos agentes para ver si ellos pueden hacer algo.

Cuando José Raya y Aitana Enguix se encuentran con el cuerpo de Ignacio Durán agonizando sobre un charco de sangre, tienen la impresión de haber entrado en el interior de una película gore. A José Raya le sale con naturalidad: «Pero, socio, ¿aquí qué ha *pasao*?», como si la herida de Ignacio fuese fruto de un pequeño accidente doméstico que podría ocurrirle a cualquiera. Aitana Enguix, en cambio, tras quedarse unos segundos conteniendo la respiración, se lleva las dos manos al abdomen tras sentir un fuerte pinchazo. A ese le sucederán más pinchazos, y después tendrá la sensación de que le está bajando la regla, aunque desgraciadamente no será exactamente eso.

Ninguno de los tres puede hacer nada por Ignacio Durán, que no tarda ni dos minutos en morir desangrado.

48

SIN CUERPO NO HAY DELITO

—Me importa una mierda lo que le haya dicho el chino ese mentiroso de Aoki, yo no puedo hablarle de algo que no sé. —Iván Teruel, que está sentado frente a la inspectora Bru y el subinspector Císcar en la sala de interrogatorios, sigue reafirmándose en su testimonio. Continúa jurando que él no ha hecho nada relacionado con los hechos de los que se le acusa.

—Claro, Iván, como tampoco sabías que Aoki y Claudia tenían una relación y que te estaban utilizando para que tú te hicieras cargo de todo el trabajo sucio y después dejarte tirado como a un memo con una mano delante y otra detrás. —El semblante de Iván cambia al escuchar las palabras de la inspectora Bru—. ¿O sí lo sabías y esa fue la razón por la que te peleaste con Claudia y acabaste matándola en el cuarto de baño de la trastienda del supermercado?

Iván trata de controlar la ira. Esa ira que a veces se adueña de él. Y para ello piensa en una de las canciones preferidas de su hermano, *El sitio de mi recreo*, de Antonio Vega.

—Mire, inspectora, ya se lo dije ayer un par de veces, y mi oferta no siempre estará en pie: si quiere sentir a un hombre de verdad, aquí estoy para lo que necesite.

Allí donde Iván se recrea es un lugar hostil, salvaje y lleno de palabras ofensivas.

La inspectora suelta una sonrisa irónica, burlona. Algo que hace que la ira de Iván vuelva con fuerza.

—Por favor…, ¿por qué no cortas ya el rollo ese de machito que tratas de aparentar? ¿Acaso crees que me impresionan tu chulería y tu mala educación? ¿Sabes lo que me trasmites? Que no tienes ni la menor idea de cómo satisfacer a una mujer, que lo más probable es que la tengas de un tamaño muy inferior al de la media, que no se te ponga dura si no es viendo las fotos

en ropa interior de algún chico del gimnasio y que seas tan sumamente incompetente en la cama que incluso Claudia tuvo que buscarse a otro para sentirse satisfecha.

Iván no puede reprimir un nuevo acceso de ira. Se levanta con fuerza y tira con sus muñecas de las esposas que lo tienen anclado al suelo. La mesa entera tiembla.

—He dado en el clavo, ¿verdad que sí?

—Esa perra de Claudia tuvo lo que se merecía. ¿Y sabe qué? Nunca encontrará al bebé si continúa haciéndome preguntas a mí, ya se lo dije, nunca, nunca, nunca.

—Siéntate ahora mismo —dice el subinspector Císcar mirando a Iván con seriedad.

—Claro, guapito, a sus órdenes.

—Te crees muy listo, ¿verdad? Pues te diré que no lo eres, porque de lo contrario habrías empezado a colaborar. Créeme, sé cómo funciona una negociación infinitamente mejor que tú. Y te diré que, de las dos partes, siempre hay una que tiene que perder más que la otra. Siempre hay una a quien le interesa más que las negociaciones lleguen a buen puerto. La cuestión es: ¿sabes qué parte de la negociación eres tú? Porque ese debería ser el primer paso antes de siquiera empezar a hablar, conocer cuáles son tus cartas y saber cuáles faltan por salir del mazo de la baraja. Saber qué quieres y saber qué pueden querer de ti.

Iván vuelve a sonreír con las palabras del subinspector.

—Conozco perfectamente cuáles son mis cartas, y también lo que quiero. Mis cartas son mi inocencia, y lo que quiero es recuperar mi libertad.

Ahora es el subinspector el que sonríe, una sonrisa que a Iván ya no le hace tanta gracia.

—Permíteme decirte que te equivocas. Tú solo tienes una carta, y es decirnos dónde está ahora Samuel. El resto de la baraja la tenemos nosotros, te lo puedo asegurar. Tú eres quien tiene más que perder, tú mismo lo has dicho, tu libertad está en juego. Nosotros, en cambio…, el bebé ni siquiera es nuestro. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo. Si no eres tú, será otro. Si no encontramos a este bebé, encontraremos a otro. Así que ya ves, tú decides. Para mí esto no tiene nada de personal, ¿y para ti?

La inspectora siente un fuerte ardor recorriendo su estómago. La frialdad de las palabras de Císcar cala hondo en su interior. Para ella sí es personal. Para ella, aunque jamás se atrevería a decírselo a sí misma de ese modo, encontrar a Samuel con vida es decirle adiós a su hijo. Encontrar a Samuel es

decirle a su hijo que lo siente, es pedirle perdón, es decirle que jamás debería haberlo dejado marchar.

Pero si lo que les ha contado Aoki es cierto y cuando lo detuvieron iba en busca de un médico para atender a Samuel, tal vez lo que esté diciendo Iván no sea del todo mentira. Que no lo van a encontrar nunca porque, por culpa de no haber podido conseguir un médico, no llegaron a tiempo de salvarlo. Después de eso, tal vez ya no hubo entrega y lo hizo desaparecer para siempre. Es una posibilidad, aunque por salud mental escoge creer que algo así no pasó. Así que decide controlar otra vez el tono y reanudar el interrogatorio:

—Solo te pido que lo pienses una vez más, Iván. Crees que continuar negando los hechos te sacará de aquí, crees que confesar la verdad es dar un paso atrás, pero deja que te recuerde que tenemos pruebas suficientes para meterte entre rejas y que no salgas en tu vida. Así que te lo voy a pedir amablemente una vez más, dime a quién le has entregado a Samuel, y te juro que haré todo lo posible para que tu pena sea reducida al mínimo, es posible que incluso quedes libre de los cargos de asesinato. ¿Qué me dices?

Iván, que por un momento ha dado muestras de estar a punto de decir algo distinto a que él no ha hecho absolutamente nada, vuelve a sonreír con sorna.

—El chino puede decir lo que le dé la gana. Es su palabra contra la mía. El chaval ese que dice que me ha identificado, bien, ¿y qué? Eso no prueba que yo me haya llevado a ningún bebé, solo que me he llevado una pizza, ¿tiene alguna foto mía con un bebé en brazos? No. Pues ya está. Solo hay una foto borrosa mía con una pizza. Y me parece que lo de que en el cuerpo de Claudia había restos míos tampoco prueba nada, era mi novia, ¿recuerda? Lo raro sería que no los hubiese. A lo mejor son las otras personas cuyos restos biológicos también encontraron en el interior de Claudia de quienes deberían estar desconfiando, y no de mí. Y volviendo de nuevo a lo del bebé, por lo que yo sé, si no hay cuerpo, no hay delito. Así que, si no aparece, no pueden acusarme de absolutamente nada, ¿no es así?

La inspectora vuelve a sentir esas irrefrenables ganas de hacerle algo malo a la persona que tiene delante, porque la triste realidad es que tiene parte de razón en lo que dice. No tienen pruebas suficientes para demostrar prácticamente nada. Solo un par de confesiones que podrían dar marcha atrás y en ningún caso le devolverían a Samuel, que es lo que ella quiere.

El inspector jefe March entra en la sala de interrogatorios sin previo aviso.

—Inspectora Bru, necesito hablar con usted un momento.

Por el semblante de Julio, Elísabet sabe que ha pasado algo malo.

En cuanto sale de la sala de interrogatorios, su superior le cuenta lo que acaba de pasar en la calle Martí. Y lo que acaban de descubrir.

49

EL MUNDO ESTÁ MAL

Analizar con detalle los diez servidores web que había en casa de Ignacio Durán llevará mucho tiempo. Haciendo cálculos rápidos, han estimado una cantidad aproximada de dos mil *terabytes* de fotos y vídeos compartidos virtualmente en una red privada de la que todavía no saben cuál podría ser su alcance, aunque por el tamaño de los archivos y su alto nivel de encriptación, podrían estar frente a una de las redes de pornografía infantil más grandes de Europa. Julio March ya ha dado parte al Ministerio de Defensa para que estudie si ha de dar aviso a la Interpol y empezar ya una investigación a nivel internacional.

Independientemente del tamaño y alcance de esa red de intercambio de pornografía infantil, han podido saber que Ignacio Durán era uno de los web másteres. Una de las personas que se encargaba de ir subiendo material nuevo a la nube para proveer de contenido actualizado a sus usuarios. También parece ser que era el moderador de varios grupos y el que se encargaba de decidir quién podía tener acceso. Es posible que, además, esa red no solo fuese de intercambio y venta de archivos de fotos y vídeos, sino que también actuase de puente para acceder a contactos reales con menores. Falta por ver si Ignacio también ejercía de productor, realizador, o si tenía cualquier otro tipo de vinculación personal con la grabación de vídeos nuevos.

Han podido ver páginas enteras en las que se hacía alusión al coste y a la disponibilidad de un posible encuentro con menores y a sus diferentes opciones. Las cantidades eran muy variadas en función de la edad del menor y el número de veces que ya hubiese participado en algún encuentro. A menor edad y menor número de encuentros, mayor coste.

El contenido de muchos de los vídeos y fotos es tan sumamente duro que la inspectora Bru apenas ha podido visualizar un par de ellos. Y no tiene ninguna duda de que esas imágenes se las llevará con ella a la tumba. La

brutalidad del contenido es muy extrema, y de nuevo piensa en aquel foro de Internet en el que los lectores se quejaban de que los policías de las novelas negras nunca eran personas normales. Ninguna persona puede volver a ser alguien normal después de ver lo que ella acaba de ver. Hay cosas que te cambian para siempre, que te arrebatan la inocencia que pudiese quedar en tu interior y te desplazan a un lado del camino que todos siguen. Es un punto de no retorno. Y entonces piensa: «El mundo está mal, y las buenas personas se están perdiendo».

Aquello que Aoki dijo acerca de que Samuel estaría mejor sin su padre cobra ahora sentido. Y en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos se plantean que el secuestro haya sido una venganza personal. Es posible que el padre o la madre de alguno de esos niños que aparecen en los cientos de miles de vídeos haya decidido pagarle a Ignacio con su misma moneda, o, quién sabe, a lo mejor es algún colega virtual suyo, alguien de esa red que por alguna razón quisiera hacerle daño. Ya han dado con diez posibles integrantes, pero aún tienen que investigarlos más a fondo y continuar buscando pistas y direcciones IP en los servidores.

Todo sería más fácil si Ignacio Durán siguiese vivo, pero no lo está, porque se ha quitado la vida de un modo bastante desagradable, probablemente al ser consciente de lo que le iba a esperar en la cárcel y de la imagen que algún día tendría su hijo Samuel de su padre en el caso de que lo encontrasen.

Víctor Israel, siempre tan frío y distante, parece estar teniendo serios problemas para asimilar el trago. Lo mismo les ocurre a Hacha y a Aitana, que llegaron justo cuando estaba desangrándose Ignacio Durán. Sin lugar a dudas, la peor parte se la ha llevado ella, que ha tenido que ser ingresada en el hospital. Lo que sintió en casa de Ignacio no era ni mucho menos la regla, era un aborto. Estaba de cinco semanas, y, según el médico que la ha atendido, no puede saberse si en otras circunstancias le hubiese pasado lo mismo. Lo importante ahora es que no se sienta culpable por haber perdido a ese bebé que llevaba más de año y medio buscando. Pero aunque nadie lo verbalice, todos piensan, Aitana incluida, que si no hubiese presenciado la desagradable muerte de Ignacio es muy probable que todavía continuase embarazada. Los grandes disgustos son mucho peores que los malos tragos.

Elísabet, que no tenía ni idea de que su agente estuviese embarazada, y que ha pasado dos veces por un aborto, sabe cómo se puede llegar a sentir una mujer en esa situación. Perder a un hijo en el interior de una misma es morirse un poco. Es ser enterrada unos minutos con vida o, quién sabe, unas horas,

semanas o incluso años. Llora a su lado y le pide por favor que se tome unas vacaciones indefinidas, porque ese trabajo desgasta tanto que acaba desdibujando a las personas, porque la vida no espera a nadie y, para cuando te das cuenta, ya ha pasado, y te la has perdido persiguiendo a los malos. Siempre a los malos.

Aitana Enguix, que emocionalmente está en uno de los momentos más bajos de su vida, acepta esas vacaciones y deja en el aire su reincorporación. Y en medio de un desgarrador llanto, le pregunta:

—¿Tú cómo hiciste para superar esto? —Los redondos y bondadosos ojos de Aitana, que se dice de nuevo que nunca debió prometerle a su padre que algún día sería madre, se han llenado de tristeza.

Elísabet piensa seriamente qué responder. Y de nuevo escoge decir algo que pueda serle de ayuda a alguien, aunque no sea verdad.

—El tiempo, Aitana, el tiempo lo cura todo.

—¿De verdad? ¿También esto?

—A veces es el tiempo, y a veces el olvido. Y sí, también esto. —«Y a veces nunca se cura, Aitana, pero no es bueno que pienses en eso ahora. Lo mejor es que mires para otra parte».

La inspectora Bru deja a su compañera abatida en esa fría habitación de hospital y vuelve a experimentar esa sensación de estar desangrándose internamente. El vacío interno es ahora tan grande como el espacio infinito. En la bandeja de entrada de su teléfono móvil ve un nuevo mensaje de Gerard, del centro de menores:

«Ya no hace falta que me llames. Ya está. Ric está ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital General por sobredosis. Gracias por nada».

Elísabet nota un fuerte pinchazo en el corazón. Le falta el aire. Las manos le tiemblan y no se siente con el valor de llamar a Gerard. Pero al final lo hace. Y Gerard le rechaza la llamada. Ric es uno los chicos más difíciles del centro, y ella era la única a quien se abrió emocionalmente. Ahora Ric está en la UCI, y ella no puede dejar de pensar que podría haberlo evitado si hubiese acudido a las repetidas llamadas de Gerard. Pero no lo ha hecho. Como tampoco ha sabido encontrar a Samuel hasta el momento. La ansiedad vuelve a ella con fuerza cuando piensa que, quizá, Samuel podría aparecer en alguno de esos vídeos o fotos de la red de su propio padre.

Y entonces, la inspectora Bru toma una decisión desesperada, una que va totalmente en contra de sus principios y que, por supuesto, toma a espaldas de su superior.

—¿Podemos hablar un momento a solas, teniente Israel?

Él asiente con apatía. El color de su piel y sus pronunciadas ojeras también denotan una fatiga muy grande. La inspectora Bru olvida que quería abrirle un expediente y pedir que lo apartasen de la investigación. Porque en esos momentos su necesidad por rescatar a Samuel es aún mayor que antes, y sus decisiones, más radicales. Solo pensar que ese bebé pueda acabar siendo una víctima más de la red de intercambios que acaban de descubrir hace que pierda la fe en el ser humano.

—¿Qué quiere? ¿Ya ha pedido que me abran el expediente? —dice Víctor en cuanto están los dos a solas.

—No, aún no, y no es de eso de lo que le quería hablar.

—Pues usted dirá. —El teniente se cruza de brazos y mira a la inspectora con arrogancia. Luego recuerda vagamente lo que Sabater y Micó le contaron sobre ella: lo del bebé que perdió en acto de servicio y lo otro. Y entonces relaja un poco la tirantez de sus hombros.

—¿Todavía piensa que usted podría hacerlo mejor con Iván Teruel?

Víctor arquea los labios mientras piensa la respuesta.

—¿Podría ser más concreta? Mejor, ¿en qué sentido?

—En hacer que hable, en que diga la verdad de una vez.

—No le quepa la menor duda.

Los dos se miran sin decir nada. Tal vez pensando en quién es realmente la persona que tienen delante.

—De acuerdo, pues entonces haga que hable, y que nos diga qué hizo con Samuel cuanto antes, ya ha visto lo que la gente hace con algunos niños —dice la inspectora sin mirarlo a los ojos, no quiere ver cómo se refleja en ellos una culpa que ya siente. Nunca antes había permitido que se usaran métodos no oficiales en un interrogatorio—. He dejado firmado el permiso para que los agentes se lo suban a la sala de interrogatorios, pero espere a que el inspector jefe se marche a casa, mejor que no esté presente. Ya sabe lo que dicen, ojos que no ven… Avíseme cuando tenga algo.

Y deja al teniente en medio de la penumbra y se da media vuelta. Necesita un respiro. Necesita no ver qué es exactamente lo que Víctor Israel va a hacer con Iván Teruel. Necesita, sobre todo, escapar de la realidad durante unos minutos.

—Inspectora —dice el teniente antes de perderla de vista.

—¿Qué?

—Puede que tarde, me refiero a que a lo mejor necesito algo de tiempo. Todos terminan hablando, es solo que unos se resisten más que otros.

Bru se encoge de hombros.

—Tómese el tiempo que necesite.

—A lo mejor también necesito hacer algo que no es muy habitual aquí. Y también un par de llamadas a unos amigos míos.

—Haga lo que tenga que hacer, pero que hable de una vez. A partir de este momento, el detenido queda a su disposición.

El teniente de la Guardia Civil hace un par de llamadas a dos amigos que hace tiempo que no ve, pero que son de los que nunca fallan. Luego se quita el reloj de titanio y los dos anillos. Mira su teléfono móvil y comprueba que sigue sin tener noticias de Yasmina. Lo pone en modo silencio y lo guarda en la taquilla que le han dejado en la Jefatura, junto con el resto de los objetos metálicos. Sabe que el tiempo que puede pasar hasta que el sospechoso hable es muy variable, y sabe que no debe permitirse ni una sola distracción, porque en cuanto el interrogado nota una ligera debilidad en el proceso, se acoge a ella y entonces toda la película se acaba.

Apenas lo sacan de su celda y se queda a solas con el teniente, Iván Teruel percibe de inmediato que ese interrogatorio no va a ser como los demás.

—Si fueras hombre, me quitarías las esposas y pelearíamos de igual a igual, pero me temo que no lo eres, que en esta comisaría solo hay putas y maricones. —Iván trata de provocar al teniente, incluso escupe en el suelo cuando termina de hablar.

—Ten, puedes quitártelas tú mismo si quieres, no tengo ningún problema con eso. —El teniente Israel, que ha apagado las cámaras de vigilancia de la sala de interrogatorios, le lanza las llaves de las esposas a Iván, que lo mira sorprendido.

—¿Qué coño significa esto?

—Ya tienes lo que querías. Eres libre.

—¿Libre? —Iván intuye que algo raro pasa. No es que tenga una larga experiencia en ese tipo de situaciones, pero la lógica le dice que no es muy normal que lo suelten sin ni siquiera una vista previa.

—Sí, desgraciadamente tenías razón. El juez ha dicho que te soltemos, pero te aseguro que ya me encargaré yo de que vuelvas por la puerta grande. Y ahora venga, que no tengo todo el puto día. Quiero ir a casa a cenar.

Iván se ha quitado las esposas con desconfianza y las ha dejado sobre la mesa de metal junto a las llaves.

—Preferiría que no fuese usted el que me acompañase hasta la puerta, teniente.

—Y yo no volver a ver tu asquerosa cara en la vida, no te jode el niñato. Venga, delante de mí, no me hagas enfadar, a ver si aún te quedas otra noche, por gilipollas.

Iván vuelve a escrutarlo con la mirada. ¿Qué va a hacer el teniente? Allí, desde luego, no puede hacer nada sin que alguien lo vea. Y en cuanto llegue a la calle, él saldrá corriendo y no volverán a verle el pelo. Así que se dirige a la puerta pasándole por delante.

—Eh, por ahí no, por aquí —dice Víctor Israel señalándole el sentido contrario del pasillo.

—Pero la salida no es por ahí.

—La salida es por donde yo diga, coño. Y ahora camina, joder, o te quedas aquí hasta Nochevieja.

Iván se dirige hacia donde le indica con una sensación rara en el cuerpo. Recorren un par de pasillos más y atraviesan dos puertas de emergencia. No hay nadie a su alrededor, el teniente lo está llevando por una ruta que no es habitual. Parece una vía de evacuación en caso de atentado terrorista o algo así, algo que se confirma cuando Víctor Israel abre una puerta que da al exterior y empuja a Iván para que salga. Frente a él hay una furgoneta con el portón lateral abierto. Iván trata de echar a correr, pero el teniente lo impide sujetándolo por un brazo. Iván se zafa de un manotazo, pero de inmediato recibe una zancadilla, cae y se levanta. El teniente lo retiene, forcejean, se enredan hasta que lo empuja al interior de la furgoneta y alguien que parece una mancha borrosa no tarda ni un segundo en ponerle una capucha que no le permite ver nada. El portón lateral se cierra y el furgón arranca. También le ponen a la fuerza una brida acolchada en las muñecas, una de las que no dejan marca y que, aparte de maniatarlo, lo ancla al suelo para que no vaya de lado a lado del furgón. Después rematan la faena tapándole la boca con cinta americana. Sin comunicación, toda la película transcurre en su interior.

El trayecto dura aproximadamente una hora y media, tiempo suficiente para que Iván, a quien no le han dicho ni media palabra, se imagine de todo. Cuando la furgoneta se para, lo sacan a rastras y se cae al suelo de rodillas. Intenta gritar, pero solo le salen gemidos inentendibles. No sabe cuántas personas hay a su alrededor, pero haciendo cálculos rápidos, está el teniente, está el que le ha tapado la cabeza y está el que conducía la furgoneta.

—Venga, levántate y camina, o te llevamos a rastras, tú decides.

Iván se levanta y, por primera vez desde que era un niño, siente cómo le tiemblan las piernas. El suelo bajo sus pies está un poco blando, y el ambiente es muy húmedo, incluso siente un poco de frío.

Se cae de boca un par de veces, lo sujetan y lo conducen a empujones hasta un lugar en el que los pies, literalmente, se le hunden en el suelo. Está como en medio del fango, no sabe qué lugar es ese, huele mal, parece una gran ciénaga. Trata de escapar, pero es inútil, tiene las manos atadas y no ve nada. Se vuelve a caer al tercer paso y siente cómo todo su cuerpo se llena de ese barro pestilente. Los hombres que hay a su alrededor ríen con desprecio. Se burlan, y él siente la mayor humillación de su vida. Siente que se acerca el final.

Tras unos cuantos pasos más, en los que sus piernas se hunden hasta la rodilla, le piden que se pare. Y es entonces cuando empieza a percibir que hay más personas en su misma situación. Oye más gemidos como los que él mismo emite.

—¿Por quién empezamos, teniente? —dice una voz grave.

—Por el negro —dice Víctor, cuya voz Iván reconoce perfectamente.

—Estupendo, yo también quería que el negro fuese el primero.

—Pues venga, quítale la cinta y pregúntale si se lo ha pensado mejor.

—¿Quieres decir algo? ¿Quieres hablar? ¿O es que ni siquiera hablas nuestra lengua, gilipollas? A ver si ahora eres igual de hombre. Esta es tu última oportunidad.

—Pero ¿qué están haciendo? ¿Están locos o qué? ¿Qué van a hacerme? ¡Yo no he hecho nada! —La voz tiene un claro acento extranjero.

—Hasta nunca, pedazo de basura.

A continuación suena un disparo. Después el ruido de un cuerpo al caer. Y acto seguido los gemidos de las demás personas que están allí en la misma situación que Iván.

—Joder, pero qué mala puntería tienes, si estabas a dos palmos. Todavía respira. Anda, remátalo antes de que se le llene el cerebro de mierda —dice el teniente con frialdad.

Estas palabras hacen que Iván sienta un pavor distinto, nuevo para él. Su cuerpo, sin su permiso, se retuerce por completo. Quiere gritar, decirles que lo suelten, que se atrevan con él cara a cara si son hombres, pero no es posible. Solo puede escuchar y sentir lo que está sucediendo a su alrededor.

—Y ahora, ¿a quién le toca?

—Al que estaba al lado del negro. A ese no hace falta que le preguntes nada, no va a hablar, además, creo que ni siquiera sabe nada. Pero esta vez apunta bien, cojones, que las balas sin número de serie salen caras.

—Sí, tranquilo.

Un nuevo disparo retumba en el frío lugar en el que se encuentran, y el ruido de un nuevo cuerpo cayendo hace que Iván se empiece a mear encima.

—Ya solo quedan dos. ¿A quién dejamos para el final?

—Me da igual. Al que tú quieras. Ninguno va a decir nada. Date prisa, que me esperan en casa y creo que han preparado cordero —dice el teniente arrastrando la voz.

—Vale, pues detrás del uno, el dos.

Iván empieza a gemir con fuerza, llora como nunca lo había hecho, trata de salir de allí, pero alguien lo sujeta con firmeza. Sabe que todo está a punto de terminar, y está cagado de miedo.

—¿Probamos a este, a ver si habla?

—Venga, a lo mejor suelta algo.

—Dinos lo que queremos escuchar o te mueres aquí mismo, hijoputa.

—Ya les dije que no sé…

Suena un nuevo disparo. Cae otro cuerpo. Después Iván siente cómo alguien le aprieta el cañón sobre la parte posterior de la cabeza.

—Y con este acabamos.

Y entonces Iván gime y se revuelve. Cabecea, llora, moquea, berrea, incluso siente que se caga encima. Está confundido. Mareado.

—Teniente, parece que este sí quiere decir algo.

—¿Quién?

—El alto, el último que queda.

—Buf, joder, con la hora que es. Mátalo ya. Además, siempre miente.

—¿Está seguro?

—Sí, es un pesado. Bueno, venga, quítale la mordaza, pero si no dice nada inmediatamente, lo rematas sin preguntar, como al otro infeliz. Ya estoy hasta los huevos de que la gente se cague en mis muertos.

—Ok.

Y en cuanto Iván siente cómo le quitan la cinta de la boca, hace lo que nunca pensó que haría, suplica por su vida a cambio de una confesión mientras ve los cuerpos abaleados en la ciénaga.

Después le cuenta al teniente todo lo que necesita saber, empezando por lo que ha hecho con Samuel.

Antes de volver a la Jefatura le piden que se desnude, lo lavan con una manguera a presión y le dan ropa limpia. Cuando lo dejan de nuevo en su celda, Iván, que está psicológicamente deshecho, rompe otra vez a llorar. Son casi las cinco de la madrugada, pronto habrá amanecido, y las pocas ganas que le quedaban por empezar un nuevo día se han esfumado.

No tiene ni idea de que esa noche no ha muerto nadie, ni que tampoco había nadie más en su misma situación. Todo ha sido un montaje.

50

STOP CRYING YOUR HEART OUT
Elísabet Bru

Precepto n.º 6. Lo realmente difícil es saber decir que no. La negación es la base de la confrontación, y la confrontación es la base del conflicto. De los conflictos es de donde más aprendemos sobre nosotros mismos.

Elísabet se ha puesto el conjunto de ropa interior de color amarillo, porque ese es el color preferido de Marc. También se ha recortado el flequillo despuntado y recto, igual que el que lleva Diana Palazón en la última temporada de Hospital Central. Ha oído decir que a Marc le encanta ese flequillo, y también esa actriz. Se ha pintado las uñas, a pesar de que se siente incómoda con el color rojo. Lleva puesto un pantalón vaquero tan apretado que puede notar cómo se le clavan todas las costuras en la piel. Unas botas que le impiden mover los dedos de los pies, y un perfume tan intenso que no le deja oler nada más lejos de su propio cuerpo.

—Estás espectacular —dice Marc en cuanto la ve entrar en su coche.

—Gracias, tú también estás muy guapo. —Elísabet se sonroja y dice lo que piensa que se ha de decir en una situación así.

Marc arranca el viejo Ford Cougar de su padre y pone rumbo hacia el restaurante al que irán a cenar. Él acaba de cumplir los dieciocho y tiene mucho más bagaje, ella aún tiene diecisiete, y es el primer chico con el que sale.

—He pensado en ir al Vips en lugar de al Fosters, ¿te parece bien?

—Sí, por supuesto, me parece perfecto —responde Elísabet con una sonrisa, a pesar de que hace tiempo que

tenía muchas ganas de probar las hamburguesas del Fosters Hollywood de las que tanto ha oído hablar.

—Perfecto. Ah, y otra cosa.

—¿Qué?

—¿Te importaría que, en lugar de ir a ver la peli esa de Tim Burton, fuésemos a ver Kill Bill? No sé, me han dicho un par de amigos que está muy bien, y también que las pelis de Tim Burton son muy rallantes, que son una mierda, vamos.

Elísabet, tras una diminuta pausa en la que, más que pensar, digiere lo que está a punto de responder, dice:

—Claro, por mí no hay problema, de Kill Bill también he oído hablar muy bien. —Lo que Elísabet no se atreve a decir es que tenía muchas ganas de ver Big Fish. Desde que vio Eduardo Manostijeras está completamente enamorada del cine de Tim Burton. Pero si a Marc no le apetece ni le gusta…

El trayecto que va desde El Tremolar hasta Valencia se hace bastante corto, apenas hay tráfico, a pesar de ser las ocho de la tarde y de estar transitando una de las entradas a la capital que más se suelen congestionar. Antes de llegar a la rotonda de los Anzuelos, Marc para junto a un área de servicio abandonada sin decir nada. Sube el volumen de la radio con los primeros acordes de Stop Crying Your Heart Out, uno de los últimos éxitos de la banda musical Oasis. Ese será sin duda el mejor momento de la noche para Elísabet. Adora esa canción, no puede evitar pensar que habla de ella misma. Es melancólica y a la vez es bonita, como la mayoría de las cosas que la hacen sentir bien. A veces piensa que recordar, aunque sea algo un poco triste, es mucho mejor que vivir el momento presente. El pasado es sosegado, calmado; en cambio, el presente es atropellado, demasiado rápido.

Marc saca una pequeña bolsa de marihuana que tenía guardada en el interior de los calzoncillos y se la muestra a Elísabet en medio de una sonrisa gamberra.

—No te importa que me haga uno, ¿verdad?

La respiración de Elísabet se acelera. Su padre le ha dicho un millón de veces que no se acerque a las drogas, y eso incluye a los chicos y chicas que las consumen. Su padre le ha dicho infinidad de veces que tomar drogas es tomar el mal camino, y los malos caminos solo conducen a lugares poco recomendables. No hay más.

—No, por supuesto que no, por mí háztelo.

—Pues al lío, ahora verás qué risas nos pegamos.

Marc no tarda ni un minuto en liarse el porro, encenderlo y darle dos intensas caladas. El interior del Ford se llena de un humo espeso, y solo con eso, Elísabet ya siente que se marea.

—Ten, fuma un poco, verás qué bien te sienta.

Elísabet niega con la cabeza por puro instinto.

—Venga, mujer, no seas aburrida, todo el mundo fuma hoy en día. —Marc vuelve a tenderle el porro y Elísabet mira a su alrededor por si hay alguien que pueda verlos. Pero en el lugar en el que Marc ha parado el viejo Ford solo están ellos y el murmullo lejano de la V-30.

Y sabiendo que no debería hacerlo, le da una calada al porro. Y no tarda en sufrir un violento ataque de tos que provoca la risa de Marc.

—Qué bestia eres, mujer, menuda calada le has arreado. Pero no te preocupes porque a partir de las siguientes ya no te pasará lo mismo, las primeras caladas son siempre las peores. A todo se acostumbra uno, incluso a lo malo.

Elísabet asiente empezando a sentir un mareo que no le disgusta del todo. En cuanto se terminan el porro, Marc vuelve a encender el motor del Ford, pero antes de salir de allí decide dar un paso más. Vuelve a girar la llave del Cougar y después se piensa cómo decir sus próximas palabras, luego mira a Elísabet con profundidad. Y las palabras que ha pensado se las guarda porque él siempre ha sido más de actuar y es precisamente para actuar para lo que está allí. Así que, sin previo aviso, se acerca a Elísabet y la besa en los labios. Ella se queda petrificada, nunca ha besado a nadie y no sabe cómo se hace.

—Tranquila, tú solo déjate llevar, confía en mí.

Elísabet asiente y no tarda en sentir las manos de Marc abriéndose paso por la parte delantera de su camisa.

—Joder, qué buenas tetas tienes. Creía que eran más pequeñas, pero las tienes bien puestas. Estás muy buena.

La voz de Marc se acalora y se acerca mucho a la oreja de Elísabet, que está empezando a sentirse bastante incómoda. No le gusta cómo la están tocando, primero porque le están haciendo un poco de daño, y segundo porque hace rato que ha dejado de estar a gusto con ese chico.

—Para un momento, por favor, Marc.

—Espera un poco, mujer, no seas tonta. —Marc tira con fuerza de la copa del sujetador de Elísabet, dejando uno

de sus pechos fuera. No tarda ni medio segundo en lanzarse hacia él con la lengua fuera.

—Marc, de verdad, para. —La voz de Elísabet se eleva, y eso hace que Marc se eche hacia atrás.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa?

Elísabet se recoloca el sujetador y se abotona la camisa.

—No me apetece ahora.

—¿Cómo que no te apetece? Si hace un momento sí querías. —A Marc, que siempre ha tenido dificultades para digerir el fracaso, no le resulta complicado violentarse.

Elísabet piensa en decirle que hace un momento tampoco quería, ha sido él quien ha interpretado lo contrario.

—No te lo tomes a mal, Marc, quizá más tarde, ¿vale? Es solo que ahora mismo no me apetece.

Marc resopla. Se frota la cara con ambas manos y mira hacia el horizonte tratando de invocar la palabra «autocontrol».

—Está bien, como quieras. Bájate del coche. Hemos terminado.

Elísabet lo ve todo negro, oscuro como la noche que se empieza a cernir sobre ellos. No conoce ese lugar, está en medio de la nada, no sabe cómo va a poder volver a casa y, lo peor de todo, no sabe si ha hecho mal rechazando a Marc.

—Que te bajes de mi coche ahora mismo.

—Marc, me parece que no hay necesidad de llegar a esto…

—Que te bajes, coño. —Marc eleva la voz y le señala la puerta con la mano abierta, como apuntando justo al centro de la ventana.

Elísabet vuelve a mirar hacia fuera, coloca sus dedos sobre la manija de la puerta y, justo cuando está a punto de abrir, respira y vuelve a mirar a Marc. Sabe que lo que está a punto de decir no está bien, no es lo que quiere decir, pero tiene miedo, y el miedo siempre ha mandado sobre ella.

—Perdóname, Marc, soy una estúpida, no sé por qué te he dicho que no me apetecía, sí me apetece, es solo que… es mi primera vez, y estoy un poco nerviosa.

Marc la mira con enfado, pero los músculos de la frente se empiezan a relajar. Elísabet pone una mano sobre su hombro y él deja de mirar el oscuro horizonte. Suspira. Luego mira a Elísabet fijamente.

—Desnúdate. Primero la camisa, luego el sujetador, después sigues con el pantalón y las bragas.

Elísabet traga saliva y, tras pensárselo un par de segundos, hace lo que Marc le ha pedido. Se desnuda con torpeza y, cuando termina, agacha la cabeza y tapa sus pechos con timidez.

—No te tapes, mujer, estás muy buena, deberías sentirte orgullosa —dice Marc poniendo una mano en la barbilla de Elísabet y alzando su rostro con decisión—. ¿La has chupado alguna vez?

Elísabet niega con vergüenza. No puede articular palabra.

—Bien, pues entonces tendré el honor de ser el primero. —Marc se baja la bragueta y con los ojos le indica a Elísabet lo que tiene que hacer.

Ella está a punto de sufrir un infarto, no quiere hacer eso, no quiere estar allí, y sin embargo…, duda.

Antes de que vuelva a cometer el error de hacer lo que no quiere hacer, un ruido los interrumpe y hace que ella se pare en seco.

Alguien acaba de golpear con los nudillos una ventanilla del viejo Cougar. Cuando Elísabet se incorpora y ve quién es la persona que hay a tan solo medio metro de ella, se estremece.

—Ya es suficiente, nos vamos a casa —dice Álvaro Bru con el rostro lleno de rabia y consternación tras abrir la puerta del copiloto.

Elísabet, que no tiene ni idea de lo que está sucediendo, ni puede dar crédito a que su padre esté allí justo en ese momento, mira a Marc tratando de buscar una explicación, un sentido a todo aquello.

Pero Marc solo levanta las manos en son de paz, luego baja la mirada y niega con la cabeza dibujando una mueca que finge pesar.

—Lo siento, Elísabet, yo no quería hacer esto, pero tu padre me lo pidió, y… todos conocemos cómo es cuando quiere algo…

—He dicho que ya es suficiente, nos vamos a casa, Elísabet, ya ha quedado claro que no estás preparada, que no has aprendido nada. Y tú calla de una vez si no quieres buscarte problemas. —Álvaro apunta con un dedo a Marc, que vuelve a levantar ambas manos en son de paz.

Elísabet, cuyo rostro se ha empezado a llenar de lágrimas, empieza a entenderlo todo. Su padre ha preparado

toda esa escena para ver cómo reaccionaba ella, cómo se comportaba, para ver, como él siempre dice, si estaba preparada. Preparada para la vida.

—Papá, pero ¿qué has hecho?

—A casa, he dicho. Coge tu ropa, sal del coche y no te atrevas a mirarme a la cara en todo el viaje de vuelta. Me das vergüenza.

Y Elísabet, que quiere gritar, que quiere llorar aún más, que quiere salir corriendo de allí y no volver, hace algo que a partir de ese momento se le empezará a dar terriblemente bien. Cierra los ojos, coge aire y dirige su pensamiento hacia otra parte. Le da la espalda al miedo. Luego hace exactamente lo que le ha dicho su padre.

51

ANTES DE QUE LLEGUE EL MONSTRUO

Cuando Elísabet llega a L'Alquería de Bru en la huerta de Alboraya para tratar de coger algo de oxígeno, ya está anocheciendo. Allí la espera alguien que no imagina. Alguien que está muy desesperado. El coche de su ex está aparcado tras el cobertizo de teja mora.

En el interior del vehículo no hay nadie, pero hay luz dentro de la casa. Así que no hay duda de que Pau está dentro y que no le devolvió todas las llaves cuando lo dejaron, tal y como ella le pidió.

En cuanto entra ve que, efectivamente, Pau está sentado junto a la chimenea, en la que ya hace tiempo que no hay cenizas, solo montones de revistas antiguas. Con una mano sujeta una copa de vino y con la otra una fotografía. A pesar de que él está de espaldas, Elísabet puede distinguir que la fotografía que sujeta Pau, por el tamaño, por su blandura, por la imagen negra central, es la de una ecografía.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Creo que te dejé muy claro que me devolvieras todas las llaves.

Pau responde sin girarse:

—¿Recuerdas cuando nos sentábamos aquí los dos, junto al fuego, y soñábamos con lo que sería de nosotros en unos años, con los nombres que les pondríamos a nuestros hijos y cómo serían sus gustos y personalidades?

Elísabet se acerca un poco más a Pau y ve que ha estado llorando. También es fácil darse cuenta de que ha estado bebiendo porque todo él desprende un fuerte olor a alcohol.

—Creo que no es un buen momento para hablar de todo esto, estoy en medio de una investigación muy importante y lo último que necesito es…

—¿Qué? ¿Qué es lo último que necesitas? ¿Hablar conmigo? ¿Hablar con la persona con la que soñabas? ¿Con la que te casaste y decidiste formar una familia? ¿Hablar de lo que nos pasó? Me parece que ese es tu gran problema,

Eli, tú siempre pensando en todos menos en los que realmente importan, en los que están a tu lado, en los que te quieren.

Ella se pasa una mano por la cara, ya no se molesta en recoger el mechón de pelo rebelde. Para cuando se destapa los ojos, Pau se ha levantado y está frente a ella. Elísabet observa cómo ha evolucionado la cara de su ex. Las arrugas de su frente se han vuelto sinuosas y superpuestas. Algunas son verticales, otras horizontales, y todas parecen cruzarse entre ellas. Signo de falta de objetividad y de haber estado sometido a una gran tensión mental.

—Vete a casa, Pau, de verdad, no es un buen momento, y te recuerdo que no tienes ningún derecho a estar aquí. Duerme un rato, descansa y te prometo que mañana verás las cosas de otra manera. Cuando acabe con este caso, te llamaré y hablaremos de lo que quieras.

Pau se balancea con la copa de vino en la mano y sonríe con ironía.

—Mañana no voy a ver las cosas de otra manera, ni tampoco pasado ni al otro. Porque las cosas son como son, y cerrar los ojos, mirar hacia otra parte y dejar pasar el tiempo no las van a cambiar. Ya no, Eli, ya no tenemos veinte años. El tiempo dejó de ser algo intangible. Dime, ¿por qué no has respondido a mi mensaje? ¿Por qué siempre eludes enfrentarte a las cosas?, ¿de qué tienes miedo?

Elísabet siente cómo su respiración se empieza a agitar; de un modo u otro, el miedo siempre ha estado presente en ella. Pau se está acercando cada vez más. Tiene los ojos rojos y la mímica de su cara expresa exceso de rabia. Todos sus rasgos se arrugan y parecen converger hacia el centro, hacia la nariz y la boca.

—No he respondido a tu mensaje porque no he querido, punto, y porque… —Elísabet no quiere hablar del tema, pero como siempre que Pau llega y lo saca, terminará haciéndolo en contra de su voluntad y eso hará que esa herida por la que se desangra se abra un poco más—. Porque ya han pasado más de tres años, joder, ¿qué quieres? Tres años, Pau, tres. Perdimos a nuestro hijo, sí, y ya sabes que yo ya no… —Elísabet está a punto de romper a llorar. El fino caparazón bajo el que se refugia es ahora tan sumamente fino que casi puede transparentarse, es ahora tan frágil que, solo con un suave golpe, se romperá en mil pedazos.

—Que tú no ¿qué? Dilo, quiero oírtelo decir. —Pau quiere escuchar lo que tanto le cuesta decir a su exmujer, no es su intención hacerla sufrir, ya no, pero la quiere justo en ese punto concreto de dolor que necesita para plantearle su oferta.

—¡Que yo ya no puedo tener hijos, joder! ¡Sabes de sobra que ya no tengo útero! ¿Es eso lo que querías oír? ¿Ya estás contento? ¿Es a esto a lo que has venido? ¿A joderme y a recordármelo todo otra vez?

Pau se apresura a negar con la cabeza. Llora.

—Para nada, Eli, yo nunca te haría daño, lo juro. Solo he venido a decirte que sí podemos tener un hijo; si quieres, podemos. Te dije que había encontrado un modo, un modo de enmendar tu error.

Elísabet no puede creer lo que acaba de oír. Tiene la impresión de que Pau ha perdido la cabeza y está volviendo a reincidir en lo de culpabilizarla a ella de lo que pasó.

—Por lo que veo, vuelves a culparme a mí de todo. Me pareció escucharte decir la última vez que nos vimos que habías recapacitado y que reconocías que nadie tuvo la culpa de lo que pasó.

—Vamos, Eli, te lo dije para que te quedases tranquila, para hacerte sentir bien, pero tanto tú como yo sabemos que no hubiésemos perdido a nuestro hijo si tú no hubieses ido tras ese criminal. ¿A qué mujer en su sano juicio se le ocurre ponerse a perseguir a los malos en ese estado? —Pau hace una pausa y observa cómo Elísabet ha empezado a temblar—. Sabes que eso fue un error. Está claro que tú no sabías que ese criminal llegaría a hacerte eso, nadie lo sabía, ni que acabarías perdiendo el útero a causa de las lesiones que te causó, pero aun así…

—¿Qué? —Las lágrimas ya han empezado a brotar del fondo de los cansados ojos de Elísabet.

—Creo que estás en deuda conmigo, perdí a mi hijo por tu culpa, y creo que deberías pensar seriamente en lo que te he dicho antes. Existe un modo de que podamos ser padres, uno rápido y sencillo, tú solo piénsalo, me lo debes. Se lo debes a Albert, al hijo que perdimos.

—Lárgate de mi casa, Pau, por favor, lárgate ya y no vuelvas más. —Elísabet lo mira con fuego en los ojos. Nunca pensó que la persona con la que vivía podría llegar a decirle algo semejante. No puede soportarlo más.

Pau suspira, se termina la copa de vino de un trago y la deja sobre la repisa de la chimenea de la *llar*. Después se dirige hacia la puerta.

—Tú solo piensa en lo que te he dicho. Ahora descansa, duerme un rato, y ya mañana verás las cosas de otra manera —dice Pau parafraseando a Elísabet con aterradora ironía.

Apenas unos segundos después de cerrar la puerta, se oye cómo el motor de su Ford Focus se pone en marcha.

Elísabet sabe que esa herida de su interior que todavía permanece abierta está empezando de nuevo a sangrar con mucha intensidad. En ese momento, como en tantos otros, se dice que tal vez Pau tenga razón y ella fue la culpable de lo que le pasó.

La ansiedad la desborda y ni los dos Lexatines que se acaba de tomar podrán hacer nada por calmar su dolor. Piensa en llamar a Brandon, como tantas otras veces, pero recuerda que ya no está, así que busca otra opción con rapidez porque necesita que alguien esté allí con ella antes de que llegue el monstruo y se la lleve para siempre. El primero en el que piensa es en Julio, pero su jefe está cada vez más lejos de ser esa persona con la que escapar, porque él ya le ha dejado claro que no quiere eso, que quiere algo más. Repasa su entorno con rapidez y piensa en Ángel Císcar, seguro que estaría allí en pocos minutos y le daría todo su apoyo, como siempre, pero eso implicaría una más que probable discusión con su novia Rebeca. Así que lo descarta. Luego piensa en José Raya. Él está separado, igual que ella, y está más solo que la una. Pero justo cuando está a punto de marcar su número hay algo que la detiene. No debería involucrar a nadie de su equipo. El trabajo es el trabajo, y por encima de ella está la vida de ese bebé al que tiene que encontrar como sea.

Y de pronto piensa en otra persona, en Francesc Agulló. Él no es de su Brigada, y no volverá a verlo cuando termine el caso de Samuel. No es que sea su tipo, pero en ese momento no tiene a nadie más.

Lo llama y le pide que vaya hasta su casa para comentar con él algunas cosas del caso. Francesc no tarda ni veinte minutos en salir del barrio del Carmen y llegar hasta L’Alquería de Bru.

El amanecer llegará temprano esa mañana. Y los sorprenderá con una inesperada llamada después de haber dormido apenas tres o cuatro horas.

52

GUILLERMO CUQUERELLA

Precepto n.º 7. Las peores decisiones son siempre aquellas que se toman sin pensar. No pensar en las posibles consecuencias de nuestras acciones nos convierte en seres impulsivos. Y un ser impulsivo es un ser que se equivoca.

Elísabet no puede creer lo que acaba de decirle Alejandro Debón, el abogado que la representó en el caso contra el Estrangulador del Jardín Botánico.

—Yo solo te retransmito lo que me han dicho, Elísabet. Eres libre de decidir lo que quieras, y es totalmente comprensible que no quieras acudir a su llamada.

Las náuseas vuelven a ella con solo imaginarse que está otra vez cara a cara con la persona que le quitó tanto. Ir a la prisión de Picassent y tener una reunión con Guillermo Cuquerella, alias el Estrangulador del Jardín Botánico, es lo último que esperaba hacer esa mañana de lunes.

—¿Crees que puede ser cierto?

—No tengo ni la menor idea, Elísabet, acabo de hablar con su abogado y solo sé que tiene información muy valiosa sobre el secuestro de Samuel y que te quiere ayudar, pero solo hablará contigo.

Elísabet nota cómo el semblante de Francesc, que está sentado sobre un taburete de la cocina tomando café y que, hasta ese momento, rayaba la felicidad plena, se llena de preocupación al ver que ella no para de caminar arriba y abajo. Elísabet no ha recibido ninguna noticia de Víctor Israel, así que lo primero que hace es llamarlo para ver si ha sido capaz de arrancarle esa confesión a Iván, pero tiene el teléfono apagado. Intuye que no debe haber conseguido nada y que se ha ido a descansar. Y eso no hace más que aumentar la terrible necesidad que siente por hacer todo cuanto esté en su mano por encontrar a Samuel, aunque sea una completa locura.

No tiene ganas de entrevistarse con Guillermo Cuquerella; de hecho, no sabe si llegado el caso será capaz, pero si es cierto que tiene información

sobre la desaparición de Samuel y que, por alguna razón que desconoce, quiere dársela, entonces debería plantearse ir hasta Picassent y hacer el esfuerzo. Igual que en la mayoría de las situaciones en las que se ha encontrado últimamente, actúa sin pensar demasiado, lo hace por impulso, por necesidad, y su necesidad en ese momento es encontrar a ese bebé. Ni se ha planteado las posibles consecuencias de lo que está a punto de decidir.

—De acuerdo, Alejandro, iré. ¿A qué hora?

—Si puedes estar allí antes de las nueve sería fantástico, tengo un juicio a las once y no puedo permitirme llegar tarde.

Elísabet mira el reloj y ve que pasan unos minutos de las ocho de la mañana.

—Está bien, salgo para allá.

—Perfecto, ahora nos vemos.

El agente Francesc Agulló pone cara de pasmado cuando la inspectora Bru le dice que va a entrevistarse con uno de los asesinos en serie más famosos de la historia de la ciudad. Alguien que no solo les quitó la vida a cinco mujeres, sino también al hijo que estaba esperando ella. La misma inspectora que acaba de darle una noche algo más increíble que el mejor de sus sueños.

—¿Y cómo se ha enterado ese tarado del secuestro de Samuel? —pregunta Francesc con incredulidad; se siente en el interior de una película de Hollywood.

—Ayer filtró alguien la noticia a CV Radio, y después se hicieron eco *Las Provincias* y *El Levante*, así que toda la ciudad lo sabe. La cárcel de Picassent no iba a ser una excepción. No me preguntes cómo, pero allí dentro se enteran de todo.

—Joder…

—Es lo que hay con tantos medios de comunicación y tanta inmediatez, es imposible mantener nada en secreto. Bueno, yo me tengo que ir ya, cierra cuando salgas.

Francesc se vuelve a quedar medio pasmado viendo cómo Elísabet parece haberse rehecho en tiempo récord después de haber visto el estado en el que se encontraba la noche anterior.

—Espere, inspectora, la acompaño.

—No, agente Agulló, no me acompaña. Usted recibirá órdenes precisas de lo que tiene que hacer. Si le parece bien, desde este momento hasta que termine el caso, hará pareja con el agente José Raya, su compañera está de baja y nos vendría bien alguien como usted.

—Pero…

—Mire, agente Agulló, lo de anoche fue… —La inspectora no quiere ser brusca con él. Va a decir que fue un error, pero no lo dice—. Estuvo bien, ¿de acuerdo? Pero usted tiene su vida y yo la mía, y así debe seguir siendo. Estoy muy agradecida por todo el trabajo que está haciendo y por… haber venido tan rápido anoche. No lo estropee, por favor.

Francesc siente algo que no sentía desde que era un niño. Pero se dice que está más cerca que nunca de su gran oportunidad, de hacer algo bueno de verdad. Y como dice la inspectora, ni puede ni lo quiere estropear. Se queda con lo de que «está haciendo un gran trabajo». Para él ese tipo de refuerzo emocional es básico, sin él se viene abajo.

—Por supuesto, inspectora, gracias por contar conmigo para la vacante que acaba de quedar libre en su Brigada, le prometo que no la defraudaré.

—Gracias a usted, agente, hablamos más tarde.

53

EL ABRAZO

La prisión de Picassent, rebautizada como Centro Penitenciario de Valencia Antoni Asunción Hernández, es la que alberga más presos de toda España. Entre ellos, hay más de cuarenta convictos en régimen de primer grado, que son los de máxima peligrosidad. Dentro de ese primer grado, hay presos en departamentos especiales, y ahí es donde se encuentra Guillermo Cuquerella, en un lugar al que nadie dudaría en llamar «la cárcel de la cárcel».

Guillermo solo sale al patio tres horas al día, siempre solo. No tiene contacto con ningún otro preso, excepto cuando se cruza con alguno en la enfermería o los domingos en la capilla, con la celebración de la misa semanal. Siempre va esposado y acompañado por un celador.

Dos funcionarios lo cachean diariamente, registran su habitación, y salvo un par de excepciones, desde que ingresó en prisión tres años antes no ha tenido contacto con ninguna mujer. Guillermo Cuquerella fue diagnosticado como un caso extremo de caliginefobia, un miedo irracional a las mujeres hermosas. El miedo es una reacción natural del ser humano que, ante una amenaza o peligro inminente, hace que la persona que lo experimenta se prepare para defenderse, para huir o para luchar. La mayoría de las personas, si tienen la posibilidad, reaccionan huyendo. Y así lo hizo Guillermo durante gran parte de su vida cada vez que se encontró delante de una mujer que él consideró hermosa, hasta que su fobia dio paso a un deseo de eliminar la amenaza, en lugar de huir de ella.

La inspectora Bru, a quien acompaña el subinspector Císcar, que pasa de tanto en tanto una mano por su espalda para tranquilizarla, siente cierto desasosiego a medida que va adentrándose en el corazón de la prisión. El ruido que emiten los sistemas de apertura y cierre de puertas a su paso funciona como una descarga eléctrica en el centro de su conciencia. No le

gusta estar allí, y menos en ese momento. Porque en ese lugar, más que en ningún otro, nadie es amable y nadie dice la verdad.

Alejandro Debón, su abogado, la espera en una habitación de seguridad. Vestido de traje con chaleco y corbata. Como siempre, impecable.

Ángel nota cómo Elísabet siente cierta turbación, algo normal teniendo en cuenta que está a punto de ver a la persona que la rajó de parte a parte a la altura de la pelvis, hecho que acabó con la vida del bebé que esperaba y que además hizo que perdiese el útero. Se dice que quizá esa sea una buena ocasión para avanzar posiciones, para tomar el mando.

—¿Necesitas que me quede, Elísabet? Como ya te he dicho, tengo algo de prisa, pero puedo quedarme un rato —dice Alejandro en cuanto ve a su representada.

—No será necesario, estoy bien, y ha venido el subinspector Císcar conmigo.

Alejandro la mira con algo de preocupación y después mira al subinspector, que le dedica una sonrisa amable y encantadora. Asiente y se ajusta las solapas de la chaqueta.

—Como quieras, llámame cuando termines de hablar, ¿de acuerdo?

—Claro. Hasta luego.

En menos de un minuto, un funcionario con llamativos tatuajes en ambos antebrazos, un ojo morado y un semblante gobernado por el hastío y por la complexión del llamado «ciclado» valenciano, llega con Guillermo Cuquerella sujetándolo con brusquedad por un brazo.

—Vamos, camina, Don Juan, te advierto que te estaré vigilando todo el tiempo, y como se te ocurra tocarle un solo pelo a la inspectora te juro que de la primera hostia que te arreo te mando directo al agujero. No quiero ni bromas ni tonterías, *tete*, ya te lo he dicho antes y no lo volveré a repetir, te quiero a más de metro y medio de la inspectora y su compañero, ¿entendido?

Guillermo asiente con solemnidad y dirige su mirada hacia las esposas de sus manos y a sus pies. Después mira al funcionario y sonríe. La comunicación no verbal en prisión tampoco es amable, y mucho menos inocente.

—Tiene quince minutos, inspectora, estaré en la sala de al lado por si necesita cualquier cosa.

—Gracias —responde Elísabet conteniendo la respiración.

—De nada, reina. Ah, se me olvidaba, el pañuelo que lleva al cuello no es por nada en especial, es un maniático de cuidado y, entre otras cosas, está

obsesionado con que tiene un problema en la garganta y que ese pañuelo lo protege. Si quiere, se lo quito.

—No hace falta, no me importa que lo lleve.

—De acuerdo, reina. Hasta luego.

Lo primero que hace Guillermo al sentarse frente a la inspectora Bru es cruzar una pierna encima de la otra y colocar las manos sobre el regazo, dejando a la vista los grillos, como llaman en prisión a las esposas. Coge y suelta el aire con lentitud unas cuantas veces. Después posa sus oscuros y penetrantes ojos negros sobre ella.

Guillermo solo tiene treinta y dos años, pero aparenta como mínimo diez más. Sus hombros se han ensanchado y sus manos se han curtido. El contorno de las uñas se ha engrosado y los pliegues de sus nudillos son profundos como los surcos que deja el arado en el campo. Tiene una boca amable, simétrica, tapada parcialmente por un frondoso y tupido bigote a lo Friedrich Nietzsche. El tono de su piel es cálido y su mirada es firme, una de esas que se clavan con fuerza en aquello que miran.

Elísabet se ha quedado medio paralizada en cuanto se ha sentado frente a ella, que tampoco ha dicho ni media palabra. Los dos se observan en un silencio tenso del cual ninguno se decide a salir.

Ángel, viendo que Elísabet está teniendo dificultades para empezar con el interrogatorio, decide cortar el hielo y hablar por su jefa:

—Bien, usted dirá, Guillermo. Si no me equivoco, nos ha hecho venir hasta aquí porque dice tener información relacionada con el secuestro de Samuel. Si es así, le agradecería que fuese lo más claro y conciso posible. Como debe imaginar, nos espera mucho trabajo y cada minuto que pasa es un minuto que perdemos.

Guillermo se queda un par de segundos evaluando al subinspector Císcar, que a su vez permanece templado como un monje budista. El preso dibuja media sonrisa y echa un poco el cuello hacia atrás; su voz suena como el susurro de una bestia que lleva años dormida.

—Inspectores, en primer lugar, pido disculpas por haber interrumpido su trabajo, sé que no debe haber sido fácil hacerme un hueco con el caso tan importante que están investigando. También quería disculparme personalmente con usted, inspectora Bru; si le sirve de algo, no ha pasado ni un solo día sin que me arrepienta de lo que hice, no ha pasado ni un solo día en el que no haya rezado por su alma y por la de su bebé.

Ángel puede sentir cómo la respiración de Elísabet se acelera. La mira de reojo y ve que sus ojos se han humedecido y que no puede apartar la mirada

de Guillermo Cuquerella. Este, en cambio, mira al vacío, al suelo, al cielo o al propio Císcar. La esquiva a conciencia, como si temiera sudar más de la cuenta, huir o, quién sabe, volver a atacarla. Elísabet sí hace esfuerzos por evitarlo, pero, sin ser consciente, termina llevándose una mano a la cicatriz de su abdomen. Justo cuando Ángel va a responder por ella, lo sorprende y toma la palabra:

—Estamos de acuerdo en que no ha sido fácil hacerte un hueco, así que, si te parece, cuéntanos qué es eso que quieres decirnos y cómo has tenido acceso a esa información. Por lo que sabemos, estás en un departamento especial aislado del resto de los presos, tampoco tienes acceso a los medios ni has recibido visitas en los últimos meses.

Guillermo tiene que hacer otra vez el ejercicio de respiración y relajación. Se lleva una mano al pañuelo del cuello. Se masajea la garganta con un movimiento tosco.

—No puedo concretar de dónde he obtenido la información, pero puedo asegurar que lo que voy a contarles es cierto. Ustedes ya saben cómo funcionan las cárceles, siempre se producen filtraciones, hay conversaciones a altas horas de la noche y hay encuentros dominicales en la capilla. También están la enfermería y la biblioteca, y hay funcionarios que intercambian un favor por otro, pero qué importa todo eso. Lo que les interesa saber es que el secuestro de Samuel no es un simple secuestro.

A la inspectora Bru se le hiela la sangre al escuchar la tranquilidad con la que Guillermo musita sus palabras. Antes de que responda, dan dos golpecitos a la puerta y asoma la cabeza el funcionario de los tatuajes.

—Les quedan diez minutos. —Vuelve a cerrar la puerta sin esperar a que alguien responda.

—Ya has oído, el tiempo se agota, así que dime de una vez lo que sabes, ya decidiré el grado de credibilidad que mereces.

Guillermo asiente con una amabilidad que asusta. Carraspea. Se frota la garganta. Sigue con la mirada perdida en la nada.

—Las personas que se han llevado al pequeño Samuel son muy peligrosas. Forman parte de un grupo que se hace llamar El Abrazo, y entre sus miembros hay personas que pertenecen a diferentes esferas de la sociedad, algunas a esferas muy altas, quizá de las más altas.

Ahora es Elísabet la que no se atreve a mirar a Guillermo a la cara. Hay algo en su interior que no deja de repetirle que ha cometido un error, que nada de lo que le está diciendo es cierto.

—Nunca había oído hablar de El Abrazo, ¿tiene algo que ver con una red de pornografía infantil? —Elísabet piensa, por supuesto, en Ignacio Durán y su estudio secreto.

Guillermo, en esta ocasión, no se frota la garganta, no habla, solo niega con la cabeza.

—¿Se han llevado a más niños aparte de Samuel? ¿O este es el primero?

—Inspectora, si fuese el primero, me parece que usted y yo no estaríamos hablando aquí y ahora, ¿no cree?

—¿Y qué hacen con los niños?, ¿a dónde los llevan?

Guillermo hace otra pausa. En su rostro se dibuja un gesto de dolor, acaricia el pañuelo de su cuello alzando sus manos. El tintineo de los grillos resulta cada vez más molesto.

—Inspectora Bru, no sé muy bien qué hacen con la mayoría de los niños que se llevan, pero tampoco le voy a mentir, y de ahí la importancia de haberla llamado con tanta urgencia. A veces, a algunos de esos niños desaparecidos… se los comen.

La inspectora Bru y el subinspector Císcar se miran con incredulidad, asombro y, sobre todo, miedo. Un miedo que tiene una razón muy real. Tanto el uno como el otro, igual que muchos otros policías, saben algo que ni los medios de comunicación saben, cosas tan sumamente horribles que ni tan siquiera hablan de ello, nadie quiere creer que algo así pueda ser cierto.

No ha sido una vez, ni tampoco dos, han sido varias veces las que se han topado en algún registro o en el transcurso de otra investigación con restos humanos cuya procedencia era desconocida y cuyo caso ha sido cerrado. «Restos humanos sin identificar», así es como los han llamado siempre. Ni que decir tiene que esos restos, algunas veces, pertenecían a niños y, también, algunas otras veces, parecían haber pasado por las mandíbulas de alguna especie de bestia, de devorador. Por eso se sobrecogen al pensar que lo que les acaba de decir Guillermo, en un mundo horrible, roto y lleno de personas malas, es algo posible.

La sombra del Saginer sobrevuela como un mal presagio por la sala y, especialmente, sobre la cabeza de la inspectora.

—Permite que dude de eso, Guillermo, y más sin concretar de dónde has sacado esa información. De hecho, me parece una aseveración de mal gusto, aborrecible y fuera de lugar. —La inspectora Bru trata de imprimir vehemencia a sus palabras, pero se queda a medias. Su voz pierde fuerza con rapidez. Se pregunta de nuevo qué hace allí hablando con ese monstruo como si tal cosa.

Guillermo se encoge de hombros y, por primera vez, clava su mirada en la inspectora. Hace un extraño ruido con la garganta, luego tose y su rostro enrojece tímidamente.

—Usted sabe que estoy diciendo la verdad. Que de niña habrá escuchado la historia del Saginer, el Butoni o el Hombre del Saco, y eso por no hablar de aquel a quien llamaban el Ogro, que a pesar de no comerse a los niños, sí los mataba. —Toma aire con lentitud una vez, dos, tres veces. Clarea la vista y mueve su cuello en círculos. Luego vuelve a clavar la mirada en el suelo. Intenta controlar el tono y la cadencia de su voz, que no suene muy alta, tampoco temblorosa—. Podría pensar que son solo viejas leyendas, pero debe saber que toda leyenda, por oscura y siniestra que sea, tiene su base real, y que no es la primera vez que en esta o en otras culturas se da esta forma de canibalismo extremo. No sé si ocurre esto con todos los niños que desaparecen, pero sí con algunos. No sé si con Samuel ha ocurrido ya o está cerca de ocurrir, solo que nunca lo sabrá si no encuentra pronto a esas personas, porque, como puede imaginar, se les da estupendamente bien eliminar todo tipo de pruebas. El Abrazo es una organización muy sólida, sin fisuras, tanto como para que apenas nadie haya escuchado nunca hablar de ellos.

Elísabet mira su reloj y comprueba que solo queda un minuto del tiempo que le han dado para estar con el recluso. Sabe que en Picassent andan escasos de personal y está todo tan apretado que cuando dicen «tiene quince minutos» es porque tienen doce como mucho.

—¿Podría saber qué razones tiene alguien como tú en querer hablarle a la Policía de una organización tan secreta y peligrosa como la que dices que está detrás del secuestro de Samuel?

Guillermo mueve su frondoso bigote. Sus gestos son exagerados, van del pasmo y la timidez extrema a una extraña superioridad. Como si temiera morir o matar y, de inmediato, quisiera demostrar que sabe muchísimo más de lo que cuenta.

—No se lo estoy contando a la Policía, inspectora, se lo estoy contando a usted en concreto. Y antes de que lo pregunte, lo hago porque me siento en deuda. Lo que le hice es algo imperdonable y quiero compensarla de algún modo, quiero ayudarla a salvar esa vida, si aún es posible. Tiene que saber que la persona que le hizo eso tan horrendo ya no existe, esa persona está muerta, me he encargado de matarla varias veces. Todos los días la asesino. Me veo en el espejo y la estrangulo. Por aquel entonces estaba muy confundido, pero ahora soy plenamente consciente de la gravedad de mis

actos, y es por ello que quiero ayudar. Equilibrar la balanza. Nada más. ¿Usted nunca ha pensado que las cosas en equilibrio funcionan mejor? Equilibrio, inspectora, he aquí uno de los grandes secretos de la vida, de todo cuanto nos rodea.

Elísabet se llena de odio y rabia al escuchar hablar al Estrangulador del Jardín Botánico de arrepentimiento y de equilibrio. Ángel coge aire con elegancia, y cuando lo exhala, vuelve a poner una mano sobre la espalda de su jefa. Por el momento logra que ella no pierda la calma del todo.

—De acuerdo, lo que tú digas, y ahora dime cómo puedo encontrar a esas personas.

Guillermo baja un poco la mirada, de nuevo esa sonrisa. Los grillos frotando el pañuelo de su cuello.

—En cuanto le hable de esas personas, mi vida estará amenazada, en grave peligro, así que espero que entienda que primero me gustaría que usted se comprometiera a algo.

Elísabet suelta una carcajada nerviosa.

—Lo sabía, sabía que en el fondo todo esto no era más que un engaño. Ahora viene la parte en la que dices que no tuviste la culpa de lo que hiciste y quieres que se renegocie tu condena, ¿no es así?

—Se equivoca, inspectora. No quiero que se renegocie mi condena, tampoco niego lo que hice, soy cien por cien responsable de mis actos y sé que no merezco estar libre. Lo único que le estoy pidiendo es que recomiende mi traslado a otra prisión para evitar que sufra algún daño y también que, tanto aquí como allá donde me lleven, pueda colaborar con la iglesia algunas horas al día. Mi intención en la vida no es otra que la de ayudar, inspectora, no quiero nada más. Ayudar a que otras personas atormentadas puedan encontrar la paz, la redención espiritual.

La inspectora Bru vuelve a reír con nerviosismo. El subinspector Císcar la mira, arquea las cejas un poco y trata de retransmitirle un «¿Y por qué no?». Para él, toda negociación bien llevada es siempre una oportunidad para obtener algo a cambio. La cuestión es que aquello que se adquiera tenga más valor que aquello que se otorga. Entonces se ha ganado algo. Y eso siempre es bueno. Para él, nada hay tan importante como para que no se plantee siquiera la negociación. Si el preso que tienen delante quiere pedir un traslado, que lo pida. ¿Por qué no?

—Lo siento, pero no, por ahí sí que no paso. Si quieres decirme algo, dímelo ahora. Si de verdad estás arrepentido y quieres ayudar, hazlo, pero ni

te vas a mover de aquí ni vas a estar más horas fuera de tu celda, no mientras yo esté con vida.

La puerta de la sala se abre y el funcionario de los tatuajes entra sin preguntar.

—Tiempo. Les he dado un minuto más. Nos vamos a descansar, *tete*. Andando —dice cogiendo a Guillermo por un brazo y levantándolo con increíble facilidad.

El subinspector Císcar mira a su jefa con urgencia, busca una respuesta, trata de establecer contacto con ella cogiéndola de la mano con sutileza, como tantas veces ha hecho, pero la inspectora, casi como si, de forma subconsciente, quisiera evitar la influencia que Ángel trata de ejercer en ella, evita dicho contacto.

—Inspectora —dice Guillermo dándose la vuelta junto a la puerta.

Elísabet lo mira y vuelve a sentir una fuerte náusea que bate con fuerza el interior de su abdomen.

—¿Qué?

—Piénselo, por favor, es importante. No se imagina cuánto. El Saginer, si usted no lo impide, se lo va a comer. —Ahora Guillermo ya no sonríe. Está serio.

—Vamos, coño, que me están esperando en tres sitios distintos desde hace más de media hora —dice el funcionario llevándose a rastras a Guillermo.

Elísabet y Ángel apenas hablan de camino hasta el coche. Ella está abatida, tanto por haber estado compartiendo un espacio tan pequeño con la persona que le arrebató lo que más quería como por la historia que le ha contado del Saginer, a quien pudo ver que dedicaban una canción en la trastienda del supermercado Pepita. Por no hablar de la oportuna mención al Ogro, alguien a quien ella sí conoció; por un momento se plantea si no podría ser posible que fuese él otra vez, que hubiese vuelto del lugar en el que podría haberse ocultado durante casi treinta años para llevarse a Samuel, pero rápidamente aparta esa idea de su cabeza. Demasiados problemas tangibles, como la red de Ignacio Durán o como Iván, Aoki y Claudia, para centrarse en un fantasma del pasado del cual jamás se ha sabido nada desde que desapareció.

Ángel, a diferencia de Elísabet, no deja de pensar en lo que les ha propuesto el Estrangulador. Piensa que podría haber hecho algo más ahí dentro para que su jefa accediese a esa negociación, aunque todavía no ha jugado su última carta.

—Creo que deberíamos reconsiderarlo, Eli, ¿qué podemos perder? Ha pedido un traslado, pero no ha dicho a dónde, podríamos enviarlo a otra cárcel de la Comunidad, y seguirá en régimen de primer grado. ¿O qué me dices de lo de colaborar en la capilla? Podrías darle eso al menos, quizá sea suficiente.

—Parece mentira lo que me estás diciendo, Ángel, ni de coña voy a negociar con ese monstruo. Y no hay más que hablar.

En cuanto el subinspector enciende el motor del Toyota, el móvil de Elísabet recibe una llamada. El inspector jefe está increíblemente enfadado. Lo primero que le pregunta es si es cierto que ella autorizó al teniente Israel a interrogar a Iván Teruel. La inspectora Bru, tras llenar el pecho de aire pesado, le responde que sí, y entonces Julio March le comunica que en cuanto llegue a comisaría quiere hablar con ella a solas. A pesar del enfado, le dice que el teniente de la Guardia Civil sí ha conseguido que Iván confiese, aunque no le adelanta nada, y eso la hace pensar que no ha dicho dónde está Samuel. Su superior también le informa de que han encontrado el cuerpo sin vida de Jaime Benavent, el joven que según la confesión de Aoki los ayudó a entrar al piso de Ignacio y que huyó cuando la Guardia Civil llamó a su puerta. Todos los indicios apuntan a que ha sido un suicidio, que se ha tirado desde un octavo piso. Entre sus pertenencias no se encuentra su teléfono móvil, algo raro en los tiempos que corren.

Elísabet nota de nuevo el suave tacto de la mano de Ángel sobre la suya. Y entonces se tranquiliza un poco porque, como siempre que su compañero hace eso, siente que tampoco está tan sola como a veces cree. Que la persona que tiene al lado la apoya. Y que a lo mejor el trato que le ha propuesto Guillermo Cuquerella, si es que Iván no ha confesado dónde está Samuel, tampoco es tan malo.

54

JULIO MARCH

Precepto n.º 8. Se ha de terminar siempre aquello que se empieza. Dejar las cosas inacabadas es abandonarnos a nosotros mismos. Aquello que hacemos es lo que somos.

Julio March hace pasar a la inspectora Bru a su despacho en cuanto la ve entrar en la Jefatura. La espera de pie junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos y la frente arrugada. Ella pasa junto a él tratando de obviar las señales de hostilidad que provienen de su cuerpo.

—Entonces, ¿el teniente Israel ha hecho que Iván hable? —pregunta tratando de que cambie el enfado por las buenas noticias.

—¿Estás de broma?

—¿Por?

—Pero tú ¿de qué vas, Elísabet?

—No te entiendo, Julio, ¿qué ocurre?

—No te hagas la idiota conmigo, dejé bien claro que yo sería quien autorizaría los interrogatorios. Y no solo me has pasado por encima como si fuese un don nadie, sino que lo has hecho cuando yo no estaba presente y aun a sabiendas de que el teniente emplearía formas prohibidas en esta comisaría. ¿A ti qué te parece? ¿En qué posición me dejas? ¿En qué posición te dejas a ti?

Nunca lo ha visto tan enfadado. Sus orejas se reorientan hacia atrás y sus párpados se retraen. Ha estado hiperventilando. Está pálido y, por la textura rugosa de su piel, probablemente deshidratado.

—Lo siento, Julio. Anoche me encontraba un poco sobrepasada por el caso, por lo que le había pasado a Aitana y por el suicidio de Ignacio Durán tras haber sido descubierto por el teniente Israel. —Hace una pausa, se encoge de hombros—. Así que me pareció buena idea que el teniente interrogara de

nuevo al detenido, pero te prometo que soy consciente de que fue un error, y puedes estar seguro de que no volverá a ocurrir.

—Desde luego que no.

Ella arquea un poco las cejas, agacha la cabeza y guarda silencio, no le gusta nada el camino por el que transcurre esa conversación.

—Y según tengo entendido, también acabas de tener un encuentro con el Estrangulador del Jardín Botánico en Picassent, ¿verdad? Algo de lo que yo tampoco tenía ni idea.

Antes de responder, la inspectora se pregunta cómo es posible que su jefe se haya enterado tan pronto.

—No me jodas, Julio, eso ha sido algo improvisado, ¿desde cuándo te informo de cada paso que doy?

—¡Desde que soy tu jefe, hostia! —Julio March se levanta de la silla de un salto—. ¿Acaso me has tomado por un idiota? ¿Acaso te crees que puedes hacer lo que te dé la gana sin consecuencias?

Ella suspira y trata de reordenar su mente. Y le da por pensar que esa mañana, antes de salir de casa, tal vez no debería haberse tomado los dos Adderalles de rigor. Siente algo de mareo. Su corazón late con más fuerza de lo normal. Y lejos de estar activa, se siente acelerada. Todo su cuerpo, igual que su cabeza, está sufriendo una especie de desorden incontrolado.

—Te prometo que no volverá a ocurrir, Julio, tienes mi palabra. Y te pido perdón otra vez, no estoy en mi mejor momento.

Su superior da un par de pasos y se aproxima a ella. Se muestra algo más sereno.

—Mira, Elísabet, sé que has pasado por cosas duras, y que quizá este caso está siendo muy intenso para ti, tal vez demasiado. Ya sabes, por aquello de reabrir viejas heridas. Quería decirte a la cara que he pensado en relevarte del caso, el subinspector Císcar está al mando a partir de ahora.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—No es ninguna broma, Elísabet, no estás en tu mejor momento, tú lo has dicho, y creo que lo mejor es que descanses. Tómate un par de semanas y, cuando estés un poco más calmada, hablamos. Ángel se desenvuelve como el mejor, conoce a mucha gente, no crea problemas y sabe acatar las órdenes. Y, lo más importante, la Brigada y yo confiamos en él. Durante estos últimos días, ha sido él quien ha estado al pie del cañón cada vez que tú te has tenido que ir a descansar.

Elísabet se lleva las manos a la raíz de su melena rubia. Trata de asimilar lo que acaba de oír. No se esperaba algo así. Pero algo en su interior, quizá

esa poderosa ansiedad que la arrastra con fuerza a lugares a los que nadie quiere mirar, le dice que no puede permitir que eso suceda. Porque entonces, si no encuentra a Samuel, ¿qué será de él? ¿Qué será de ella? ¿Cómo podrá reconciliarse con su hijo Albert? Se encuentra en ese punto de estrés máximo en el que tiene la certeza de que, si no es ella, no va a haber nadie ni con ganas ni con la capacidad para encontrar a ese bebé. Ahora es cuando todo el peso del mundo se asienta por completo sobre sus hombros: si ella cae, todo se cae.

—No puedes hacerme esto, Julio, por favor, te lo ruego.

—La decisión está tomada. —El inspector jefe mira hacia otra parte. Localiza un expediente que hay sobre la mesa, lo abre y pasa un par de páginas a la espera de que la inspectora Bru capte la indirecta y se marche.

—Pasaré más tiempo contigo, Julio, intentaré que lo nuestro… funcione, te lo juro. —Elísabet hace algo desesperado, tratar de tocar esa parte de su jefe desde la que toma decisiones: su inestable corazón. Y eso hace que sienta repulsión hacia sí misma.

Julio emite un suspiro cargado de dolor, de despecho.

—No es eso, joder, Elísabet. Apártate, anda. No compliques más las cosas.

—Sí que lo es, sabes que lo es. Y no me digas que no.

Él cierra la carpeta que había abierto apenas unos instantes antes.

—¿En serio, Elísabet? ¿El agente Agulló durmió anoche contigo? ¿Por qué tenías que tirarte al poli ese? ¿Tanto te molesto? ¿Tanto me aborreces? ¿Tanto asco te doy?

Tampoco tiene ni idea de cómo se ha podido enterar tan pronto de que Francesc y ella han pasado la noche juntos, pero preguntarle por ese detalle a su jefe en ese preciso instante no es ni de lejos la mejor idea, y negarlo sería ponerse aún más en ridículo.

—Eso ha sido… un error, Julio. Anoche me encontraba muy sola, y pensé que si te llamaba a ti…

—¿Qué? ¿Que me iba otra vez a creer lo que no era como un idiota? ¿Que te iba a preguntar de nuevo por qué no te pensabas lo de tener algo más serio, como hacen las personas normales?

Elísabet no sabe qué decir, incluso duda sobre quién es ella, sobre por qué hace las cosas que hace y piensa las cosas que piensa. Vuelve a ser la niña que vivía en El Tremolar bajo las continuas órdenes de su padre, y eso la hace sentir terriblemente perdida. Y muy frágil.

—Lo siento, Julio, solo puedo decirte que fue un error, y que me siento fatal. Quedemos esta noche para cenar y hablemos de todo, ¿de acuerdo? Te lo pido por favor, deja que te prepare esta noche una cena especial para compensarte. —Elísabet acaricia el pecho de su jefe y vuelve a sentir náuseas de sí misma. Pero lo único que sabe en ese momento es que tiene que encontrar a Samuel, cueste lo que cueste. Tiene que acabar con esa búsqueda. Ella siempre acaba lo que empieza, porque, de lo contrario, ¿en qué se convertiría como persona? Y algo en su interior le responde con una voz alta y clara: «Solo los perdedores y los fracasados dejan a medias lo que empiezan». Y esas palabras son la única luz al final del camino que hace que no lo vea todo completamente a oscuras.

Julio se serena y alcanza algo de paz al sentir las manos jóvenes y suaves de Elísabet. Ahora sus cincuenta ya no le parecen algo tan grave. Aún puede ver a lo lejos la luz trasera de ese tren llamado juventud.

—Mira, Elísabet, te doy una oportunidad más, la última, no la estropees, por favor. Y por supuesto que esto no tiene nada que ver con lo que tú y yo hagamos fuera de aquí. No hace falta que me prepares ninguna cena ni que te acuestes conmigo si no quieres.

—No, Julio, de verdad que quiero hacerlo, y muchísimas gracias por darme la oportunidad, te prometo que no te defraudaré.

—Eso espero.

Tras dejar de lado los temas personales, el inspector jefe de la UDEV le cuenta a la inspectora Bru el sospechoso suicidio de Jaime Benavent, y se centra en lo que Iván Teruel le ha confesado al teniente Israel tras haberlo sacado a escondidas de la Jefatura y haberlo devuelto bastantes horas después.

55

LA CONFESIÓN DE IVÁN

Iván Teruel ha confirmado el testimonio de Aoki. Que fue Jaime Benavent, un chico del barrio y trabajador de Domino's, quien le informó sobre el piso y las costumbres del señor Durán; que él se llevó a Samuel tras drogar a Ignacio con la pizza; que Claudia lo esperaba en la red de alcantarillado bajo En Corts; que huyeron en el Seat Córdoba de Aoki, y que se escondieron en el antiguo supermercado hasta que llegase la hora de la entrega.

También ha confirmado que el sábado Aoki salió en busca de un médico porque a él se le cayó el bebé de los brazos y desde ese momento no dejó de sangrar por la nariz y por una herida que se había hecho en la frente, luego se quedó como dormido, completamente callado, y ahí fue cuando se asustaron. Al ver que Aoki no volvía, tuvieron que buscar una alternativa porque, en palabras de Claudia, el bebé se les moría. Fue ella quien llamó a la persona a la que tenía que entregar a Samuel y le explicó la gravedad de la situación. Y entonces enviaron allí a un médico portugués de nombre Ricardo Andrade, quien tras examinar a Samuel durante un buen rato, les dijo que tanto la hemorragia nasal como la de los oídos y la de la frente eran debidas al fuerte golpe que se había dado en la cabeza en la caída y que no podía hacer mucho porque todo indicaba que se había producido una hemorragia intracraneal, solo quedaba esperar a que la propia naturaleza de Samuel fuese quien evacuara ese derrame en las próximas horas o, de lo contrario, no lo superaría. El médico taponó la herida de la frente del bebé con unas Steri-strips y un buen apósito, y les dijo que era muy importante estar atentos a los cambios en las siguientes veinticuatro horas, y que ante la aparición de algún otro síntoma, lo llamasen inmediatamente.

Según Iván, el bebé dejó de sangrar cuando el doctor se fue, y así siguió durante el resto del día.

Ya por la tarde, Iván se enteró de que Claudia no solo mantenía una relación a escondidas con Aoki, sino que también se acostaba con Jaime Benavent, y eso hizo que perdiese completamente el control. Lo supo cuando descubrió que ella tenía un segundo móvil y vio los mensajes que se enviaba con los que creía amigos suyos. Obviamente, también descubrió que lo querían dejar tirado, traicionarlo. Después de eso, él y Claudia discutieron, y ahí fue cuando ella «resbaló y se cayó de espaldas» contra la taza del váter, abriéndose la cabeza.

Iván aseguró que, temiéndose lo peor, cogió ese segundo móvil de Claudia y llamó al mismo número al que ella había llamado por la mañana, le dijeron que llevase a Claudia a un piso abandonado de Benicalap para ver qué podían hacer por ella, que la dejase allí junto con su teléfono móvil para que ellos fuesen quienes se encargasen de eliminar cualquier rastro posible. También le dijeron que dejase a Samuel en la trastienda del supermercado en un lugar seguro para evitar que se cayese o se hiciese daño, y que bajo ningún concepto se lo llevase con él porque alguien podría verlo por la calle. Y eso fue lo que hizo, pero cuando volvió al supermercado Pepita descubrió que Samuel ya no estaba, alguien se lo había llevado. Al verse solo y sin el bebé, tuvo miedo. Así que se escondió en un viejo taller abandonado del barrio, que fue donde lo detuvieron.

Y eso es todo, asegura que no sabe quién se llevó a Samuel, pero, según él, debieron ser las mismas personas a las que Claudia debía entregárselo, son los únicos que sabían que el bebé se encontraría allí solo. Insiste en que él no tiene ni idea ni de quiénes eran, ni para qué querían el bebé, solo que les iban a dar una buena suma de dinero, un dinero que, obviamente, no ha visto.

Así que, tras confirmar la versión de Aoki, lo único que ha aportado nuevo es la presencia de ese médico portugués, el tal Ricardo Andrade, de quien ha dado algunos rasgos físicos.

Lo único que no termina de entender la inspectora es que, si todo eso ocurrió de esa manera, ¿dónde está ese segundo teléfono que Iván dice que dejó junto al cuerpo de Claudia? La Policía no encontró ninguno.

Cuando le pregunta a su superior por el teniente Israel para hablar con él sobre la confesión de Iván, le dice que tiene una mala noticia.

—El teniente Israel ya no estará con nosotros a partir de ahora.

—¿Por lo de Iván? ¿Lo han apartado?

—No, aunque también habría sido un buen motivo. Su mujer ha muerto esta madrugada mientras él le sacaba la verdad a Iván. Se enteró en cuanto lo devolvió a la Jefatura y vio los mensajes que tenía en su móvil. Ni yo he

podido hablar con él personalmente, han sido sus agentes Sabater y Micó quienes me han informado.

Elísabet siente un fuerte pinchazo en el pecho y se queda momentáneamente en estado de *shock*. Su cabeza es invadida con rapidez por un ejército de horribles posibilidades. La mayoría de ellas relacionadas con un ajuste de cuentas por el caso que tienen entre manos. Por el secuestro de Samuel, la red de pornografía que el propio Víctor destapó. La ansiedad vuelve con fuerza y empieza a golpear con contundencia los cimientos de todo su ser. No solo siente pena por el guardiacivil, siente verdadera tristeza. El arrepentimiento y la culpabilidad, dos de sus inseparables compañeros desde que tiene uso de razón, hacen que empiece a decirse que nada de esto habría pasado si ella no le hubiese pedido al teniente lo que le pidió. Víctor hubiese dormido junto a su mujer, y habría impedido que muriese.

Elísabet acaricia la raíz de su pelo y se prepara para conocer con detalle la verdad.

—¿Cómo ha muerto? ¿Qué ha pasado?

Julio hace un gesto de no entender nada, de no entender absolutamente nada de la vida. Mira a Elísabet y cree estar cerca de saber lo que ella está pensando.

—Estaba muy enferma, Elísabet, no ha sido asesinada ni nada por el estilo. Llevaba como diez años en coma, supongo que algún día tenía que pasar.

Elísabet suelta un suspiro y, con él, el débil esqueleto de un llanto mudo. Siente alivio por no ser ella la responsable indirecta de la muerte de la mujer del teniente. Sus hombros se quitan un poco del peso que soportan. El monstruo se aleja tímidamente.

—No tenía ni idea.

—Pues es lo que hay. Por desgracia, no tenemos tiempo de pensar en que detrás de cada uno de nosotros hay una vida y unos problemas que resolver. Por cierto, el teniente ha pedido que las agentes Sabater y Micó ocupen su lugar mientras él esté ausente. Por lo que tengo entendido, son bastante competentes.

—Sí, sé quiénes son. Y el funeral, ¿cuándo es? Me gustaría darle el pésame.

—Mañana. Pero el teniente Israel ha sido muy tajante con ese asunto, no quiere que vaya nadie. Su deseo es que sea algo íntimo, solo la familia. Ya le darás el pésame cuando lo veas, no te preocupes por eso ahora.

Elísabet, ya más serena, se dice que tal vez esa sea la razón que explique parte de su comportamiento. Que explique por qué siempre parece enfadado.

—¿Puedo hablar con Iván Teruel?

—Sí, claro, pero no te explayes demasiado, está hecho polvo, parece que le hayan lavado el cerebro.

Antes de verse cara a cara con Iván, la inspectora Bru le cuenta a su jefe la conversación que ha tenido con Guillermo Cuquerella. Le habla de El Abrazo, de lo que Guillermo dice que hacen con los niños, y el inspector jefe, a pesar de no dejar de repetir que eso no son más que cuentos de vieja, manda a los cuatro miembros de la Brigada y a un par de patrullas más a rastrear toda la ciudad en busca de algún tipo de información que les pueda acercar a ese extraño grupo. También pide que empiecen a buscar desde ya al médico portugués, a Ricardo Andrade. Todo ello sin dejar de investigar la red de pornografía infantil de la que era miembro Ignacio Durán, que a ojos del inspector jefe de la UDEV puede suponer un buen triunfo de cara a la galería. No todos los días se destapa una red así.

56

NADIE HABLA DE ELLOS

Precepto n.º 9. Un buen recuerdo es un lugar al que siempre podemos regresar cuando las cosas van mal. Sin buenos recuerdos, solo se puede hacer una cosa: ir siempre hacia delante sin mirar atrás.

Elísabet Bru, que no ha pasado por alto que Ángel Císcar ha estado a punto de desplazarla del caso ocupando su puesto al frente de la Brigada, piensa que si Julio March había tomado esa decisión, es muy probable que ya lo hubiese comentado previamente con el subinspector. Y ello hace que se sienta traicionada, sobre todo bastante dolida. Se pregunta si Ángel estaba realmente al tanto de que él la iba a sustituir como responsable del caso de Samuel y, en ese caso, por qué no le dijo nada, pero no tiene ni ganas ni fuerzas para pedirle explicaciones cara a cara. En ese momento le resulta tan incomprensible e inesperado que prefiere no pensar más en ello. Aun así, no le apetece tener cerca a Ángel, así que, sin darle ninguna otra explicación, le pide que empiece a interrogar a los primeros detenidos de la Red Durán, nombre con la que ha sido bautizada la trama de pornografía infantil de la que Ignacio era uno de los cabecillas.

Por otra parte, ya han confirmado que la mujer que llevó a Samuel nueve meses en su vientre no era su madre legal, tal y como Ignacio les contó el primer día. Se trató, en efecto, de un vientre de alquiler. Esa parte de la historia era cierta.

En cuanto Elísabet Bru está frente a Iván Teruel, ve que algo en él ha cambiado.

—Hola, Iván, ¿qué tal te encuentras?

El detenido levanta un poco la cabeza y, tras observarla un par de segundos, vuelve a bajarla sin decir nada.

—Por lo que tengo entendido, anoche confesaste por fin haber sido tú quien se llevó a Samuel, entre otras cosas. Y ahora que todas las cartas ya están sobre la mesa, agradecería que hicieses esto más fácil y que respondieses a todo lo que te pregunte. De ti depende que decidamos presentar cargos de homicidio en primer grado por la muerte de Claudia.

Iván coge aire y todo su tórax se expande; de pronto, siente mucho dolor en esa desviación de su columna que no fue corregida porque nadie, aparte de su profesora Lola, le insistió en que se pusiera el corsé que hubiera solucionado el problema.

—Te juro que cuando esto acabe, y cuando vuelva a ser libre, algo que tú y yo sabemos que tarde o temprano acabará siendo una realidad, te buscaré, te violaré y después te mataré. A ti y a tu familia. —Su voz está envuelta en rabia y resentimiento, como si estuviese haciendo responsable a la inspectora de todo lo malo que le ha pasado en la vida.

—Entiendo que estés enfadado, Iván, pero te puedo asegurar que no eres el único, yo también lo estoy, todos lo estamos en esta Jefatura, y no sé si te has enterado, pero el padre del bebé que secuestraste se quitó la vida ayer por la tarde, y eso ya es, como te puedes imaginar, algo irreparable. Todo habría sido más fácil si hubieses hablado desde el principio, pero tenías que hacerte el machito y callarte la boca, ¿verdad?

Iván se balancea hacia delante y hacia atrás. Todavía sufre por la traumática experiencia que le hizo vivir el teniente, algo de lo que Elísabet prefiere no saber nada.

—Usted dirá.

—Está bien, Iván, empecemos. Si no es mucho pedir, agradecería concreción en tus respuestas, sí es sí y no es no. Ni «puede», ni «a lo mejor», ni «es posible». —Elísabet saca su pequeño bloc de notas y repasa las preguntas que le quiere hacer—. En primer lugar, ¿tenía Jaime Benavent alguna otra implicación en el secuestro además de haberte informado a ti de todo lo relacionado con las costumbres de Ignacio Durán y de cómo era su piso y el edificio en el que vivía?

—Copió la llave de la casa.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

—¿Sabes si Jaime había pensado alguna vez en quitarse la vida?

Iván se retuerce al escuchar lo que le acaba de decir la inspectora. Su cara se constriñe, recuerda lo que vivió con el teniente, y de nuevo le flojean las piernas.

—¿Cómo que quitarse la vida? ¿De qué mierdas está hablando? Jaime nunca haría algo así.

—Bueno, pues al parecer lo ha hecho. Pero ya hablaremos de eso en otro momento. Sigamos. ¿Habías visto alguna vez al médico que dices que acudió para atender a Samuel?

Iván todavía está pensando en Jaime, en que no puede haberse quitado la vida; si está muerto es porque alguien lo ha asesinado, y eso hace que él también tema por su vida.

—No.

—Según tengo entendido, has dicho que ese hombre se llama Ricardo Andrade, ¿estás seguro de que es ese su verdadero nombre?

—Seguro no, pero es el nombre que ponía en su tarjeta de visita. Miré en un pequeño maletín que llevaba cuando estaba atendiendo al bebé, y allí me encontré con su cartera, la tarjeta estaba dentro. Siempre me gusta saber algo de las personas con las que trato.

—¿Y él te vio mirando en su cartera?

—En absoluto, el tío tenía puestos unos cacharros de esos de metal en las orejas y solo tenía ojos para el bebé.

—¿Y pudiste ver alguna dirección en esa tarjeta?

—Sí, pero no conocía la calle, y tampoco me acuerdo del nombre, así que…, bueno, espere, creo que Claudia me dijo que la calle estaba por el centro, cerca de la Indiana.

—¿La discoteca?

—Sí, esa discoteca de pijos.

—¿Crees que recordarías el nombre de la calle si volvieses a verlo escrito?

—Puede. Siempre he tenido memoria fotográfica.

La inspectora saca su teléfono móvil y entra en Google Maps. Busca en el distrito Extramuros, amplía la zona que une los barrios de Arrancapins y de La Roqueta. Cuando ha centrado La Indiana, le acerca el móvil a Iván.

—¿Te suena alguna de estas calles?

Iván acerca la cabeza a la mesa y observa con detalle. La inspectora percibe un atisbo de olor a ciénaga.

—Creo que es esta de aquí —Iván señala un punto en el mapa.

—¿La calle Cervantes?

—Creo que sí, Claudia dijo que tenía el nombre de un escritor famoso, y ese era escritor, ¿verdad?

—Sí, así es. Estupendo, Iván. ¿Crees que podrías identificar a ese hombre si lo volvieses a ver?

—Sí.

—¿Podrías describírmelo?

Iván se echa un poco hacia atrás y coge aire. Saca el pecho y después lo lleva hacia dentro, repitiendo el mismo movimiento que podía verse en la grabación de seguridad de Bankia.

—Es un poco más bajo que yo, pero más alto que Aoki, unos cincuenta años, tal vez más, pelo negro ensortijado con muchas canas, un poco feo, bastante feo para ser sincero, con la piel llena de poros y las cejas muy grandes. Y no sé qué más. Parecía que tenía los ojos pintados con rímel.

La inspectora asiente y, tras ver que Iván es alguien bastante observador, le pregunta por los rasgos más característicos del rostro del doctor Andrade, y con esa información hace un retrato robot de una exactitud que roza la perfección. No es demasiado buena con la escultura, pero en dibujo a mano alzada tiene matrícula de honor.

—¿Dirías que se parece a esta persona? —pregunta cuando le muestra el retrato a Iván, quien no puede evitar mostrar una gran sorpresa al ver el dibujo.

Su rostro se llena de fascinación, su hermano adoraba dibujar.

—Era exactamente igual, inspectora, lo ha clavado. Tiene unas manos muy buenas, no imagino lo que puede llegar a hacer con ellas en otra situación…

—¿Te dijo Claudia en algún momento quiénes eran las personas a las que les ibais a entregar al bebé?

—No.

—Iván, te recuerdo que la condena que se te imponga será directamente proporcional al bienestar de Samuel, y por lo que puedo saber, ya tiene un fuerte golpe en la cabeza que se hizo por tu culpa.

—Continúe.

—¿Te dijo Claudia en algún momento para qué querían el bebé las personas a las que se lo ibais a entregar?

—No.

—¿Y habías oído hablar alguna vez de una organización que se hace llamar El Abrazo?

Iván tensa la espalda.

—No, no sé quiénes son.

—Te repetiré la pregunta, Iván: ¿conoces a un grupo de personas que se hace llamar El Abrazo? Te aconsejo que seas sincero por una vez en tu vida, y que hagas algo bueno para variar, joder.

—Vale, sí, he oído hablar de ellos, pero no sé ni quiénes son ni tampoco si eran las personas a las que les íbamos a entregar a Samuel. Solo sé que son gente muy chunga, y que ni usted ni yo deberíamos estar hablando de ellos.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque todo el que habla de ellos termina muriendo, por eso.

Elísabet siente un escalofrío al escuchar esa afirmación.

—¿Y qué has oído de ellos exactamente?

Iván se revuelve un poco en la silla. Se nota que no está a gusto, que tiene miedo de verdad. Y entonces piensa en Jaime, en que está muerto, y se pregunta: ¿habló él de ellos?

—Apague la cámara —dice de pronto.

—No puedo hacer eso, Iván.

—Pues no hablo.

Tras valorar si está mintiendo, la inspectora decide apagar la cámara con la que está grabando el interrogatorio.

—Ya está, ahora cuéntame.

—El Abrazo es como una vieja leyenda, como una puta maldición. Nadie sabe quiénes son, pero todos saben que no deben hablar de ellos. Nadie sabe qué hacen ni a qué se dedican, pero sí que son los responsables de las cosas más chungas, las más jodidas que te puedas imaginar, las que ningún delincuente común se atrevería a hacer.

—¿Como por ejemplo?

Iván suelta otro suspiro, esta vez cargado de ironía. En ese preciso momento le da por preguntarse qué habría sido de su vida si hubiese ido a ese colegio tan bueno en el que la señorita Lola le consiguió una beca completa.

—¿De verdad quiere oírlo? ¿No le basta con que es lo más chungo de lo más chungo?

—Sí, de verdad quiero oírlo.

—Muy bien. Pues…, pues solo le diré una cosa, una de las más chungas de todas. Dicen que entre ellos hay alguien que come personas, como un caníbal o algo así, o tal vez sea una especie de animal, yo qué sé. Solo sé que come personas, sobre todo niños. Así que si El Abrazo tiene a Samuel…, mal se lo veo.

Elísabet se queda parcialmente noqueada al oír eso. Es la segunda vez esa mañana, y eso hace que la teoría cobre fuerza.

—¿Oíste hablar a Claudia de El Abrazo alguna vez?

—No que yo recuerde.

—¿Y podrías nombrarme a alguien a quien hayas escuchado hablar de ellos? ¿Alguien que nos pudiese acercar?

—No, no, no.

—Iván…

—He dicho que no. No conozco a nadie, joder, ya se lo he dicho. Nadie habla de ellos. No recuerdo dónde escuché esas historias, pregunte por ahí, coño, en Valencia hay cien sitios más chungos que mi barrio, seguro que tiene más suerte por allí.

—Está bien, Iván. Y para acabar, en la trastienda del supermercado había escrita una vieja canción de cuna, una canción que hablaba del Saginer, seguro que la has escuchado alguna vez. El Saginer, de hecho, es un comeniños… ¿Quién la escribió?

Iván se queda pensando un instante.

—No sé de qué canción me está hablando.

—De esta —dice Elísabet sacando una foto de la carpeta que tiene con toda la información del caso.

Iván se toma la molestia de acercarse a la fotografía para verla con detalle, hecho que no pasa desapercibido para Elísabet.

—Ni idea, le juro que no había oído esa canción en mi vida. ¿Y dice que estaba en la trastienda?

—Sí, en una pared.

—Pues yo no la vi, no sé, ni tampoco creo que la escribieran Aoki ni Claudia, si apenas saben escribir, coño.

—Está bien, Iván, esto es todo por el momento. Si recuerdas algo más, pide a un agente que me haga llamar, cualquier cosa haría que tu situación a ojos del juez mejorase. —Recoge sus cosas y se levanta.

—Inspectora.

—¿Qué?

—No olvide que ha estado hablando de El Abrazo conmigo, a partir de ahora yo de usted tendría mucho cuidado. Recuerde lo que le he contado que le pasa a la gente que habla de ellos.

La inspectora puede ver en la mirada de Iván que lo dice muy en serio, y eso hace que se estremezca un poco.

En cuanto sale de la sala de interrogatorios, se va en busca de las agentes de la UCO que sustituyen al teniente para preguntarles el lugar y el día del entierro de la mujer de Víctor Israel. Sabater y Micó le dicen que será al día

siguiente a las once de la mañana, pero le reiteran que el teniente ha pedido intimidad, debería dársela.

Elísabet reúne de urgencia a los cuatro agentes de la Brigada y les dice que la máxima prioridad es dar con el doctor Ricardo Andrade, alguien que podría llevarlos directamente hasta las personas que tienen a Samuel y que, según lo que le ha dicho Iván, está domiciliado en la calle Cervantes.

La inspectora tampoco puede evitar replantearse la idea de volver a hablar con Guillermo Cuquerella y hacer un trato con él. Pronto se cumplirán setenta y dos horas desde que desapareció Samuel, la dotación de recursos se reducirá hasta lo ridículo y, lo peor de todo, una vez que el bebé ha perdido ya a su padre, aunque estuviera muy lejos de ser una buena persona, y pudiendo estar en manos de unos criminales con una reputación espantosa, si no consiguen encontrar a Samuel, ¿qué será de él?

Y entonces la inspectora Bru piensa: «Este es un mundo horrible, lleno de gente horrible, en el que pasan cosas horribles».

57

LA RED DURÁN

La Red Durán está dando mucho que hablar en la Jefatura Superior de Policía. Tanto que incluso en algunos estamentos se habla más de ello que del secuestro de Samuel, que ha pasado a ocupar un segundo plano. Hay euforia y alegría. No todos los días se desmantela una red delictiva de ese calibre. No todos los días se ocupa la primera página de los periódicos o la cabecera de los informativos televisivos. Desmantelar la Red Durán, de cuya existencia no tenían ni idea apenas un día antes, ha sido un bálsamo tanto en la Policía Nacional como en la Guardia Civil, dos cuerpos siempre tan cuestionados por la opinión pública y a veces incluso por el propio Gobierno. La Red Durán es algo que todo el mundo aborrece, algo que une porque nadie tolera lo que hacían, todos aplauden que personas así ya no estén por ahí circulando libremente. Pero como todo en la vida, ese estado de euforia y felicidad durará solo un tiempo, así que hay que aprovecharlo mientras exista. Disfrutarlo, como se debe hacer cuando se es consciente de que se tiene algo que se quiere.

Ya son más de diez los detenidos, entre los que se encuentran dos profesores de educación primaria y otro médico, en esta ocasión un pediatra. Lo que más llama la atención es que entre los detenidos hay cinco menores de entre quince y diecisiete años, los cuales, a su vez, habían sido víctimas de abusos sexuales por parte de un familiar o persona cercana cuando eran más pequeños.

Los interrogatorios llevarán bastante tiempo porque lo primero que hacen todos, con excepción de los menores, que han llamado a sus padres, es contactar rápidamente a sus abogados, que les piden que no digan ni una palabra sin su presencia. Los padres de los menores, por su parte, no hacen otra cosa que negar que sus hijos hayan sido capaces de hacer algo así sin ni siquiera haber visto las pruebas con las que cuenta la Policía.

El subinspector Císcar, que está al mando de esos interrogatorios, se desenvuelve bien con los menores. Sabe cómo hacer que se sientan cómodos, receptivos y abiertos a colaborar. Y la mayoría de este tipo de delincuentes con los que habla no tarda en escupir la verdad. Se vienen abajo con rapidez porque nunca se han visto con unas esposas en las manos ni tampoco lo esperaban. Nunca han compartido calabozo con alguien lleno de cicatrices y hasta el culo de caballo. La prisión, las comisarías y su propio delito les viene muy grande, y quieren salvar el pellejo como sea. Porque tienen miedo, mucho miedo. Actuar frente a una cámara era una cosa, vérselas cara a cara con la cruda realidad, con las consecuencias de lo que han hecho, otra muy distinta. El problema es que, a pesar de sus testimonios, no obtienen ningún tipo de indicio que les haga pensar que alguno de ellos haya podido tener algo que ver con el secuestro de un bebé.

La mayoría de los detenidos no duda en señalar a otros miembros y usuarios con tal de conseguir una pequeña reducción de su pena. Y eso hace que la Red Durán cobre aún más fuerza, más importancia, la bola de nieve se hace grande.

También confiesan que dentro de esa red existía una forma de mantener contactos reales con menores. Unos menores que en su mayoría vivían con sus padres, los cuales eran quienes alquilaban el cuerpo de sus hijos por cifras muy variables. Siempre en función de la edad de los niños, del número de encuentros que ya hubieran tenido y de su «potencial atractivo». Y ese es uno de los motivos por los que tanto la UDEV como la UCO de la Guardia Civil y el resto de las unidades de la Policía Nacional se han volcado en la búsqueda y detención de todos los implicados, dejando a los efectivos disponibles para seguir con la búsqueda de Samuel en solo seis personas. La inspectora Bru, el subinspector Císcar y los tres miembros de la Brigada, más el agente Francesc Agulló. Las agentes de la Guardia Civil Sabater y Micó han sido redestinadas al caso de la Red Durán.

Así que los recursos para encontrar al bebé se han reducido mucho antes de lo esperado, y ese recorte no hace más que complicarlo todo.

58

LA CALLE CERVANTES

Ricardo Andrade, de origen portugués pero nacionalizado español hace más de quince años, es médico especialista en cirugía pediátrica y está inscrito en el Colegio de Médicos de la Comunidad Valenciana, aunque al parecer no está registrado como trabajador en ningún centro sanitario, ni público ni privado. Al menos, no en aquellos a los que ha tenido acceso la Policía Nacional. No obstante, el hombre sí paga sus recibos todos los años, con lo cual debe estar ejerciendo en algún lugar. La especialidad médica del doctor Andrade ha disparado todas las alarmas en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Si ese cirujano pediátrico, tal y como Iván Teruel les ha dicho, forma parte del grupo de personas que se ha llevado a Samuel, tal vez el destino del bebé no haya sido el estómago de ningún caníbal ni nada parecido, sino una red de tráfico de órganos. Una red en la que el doctor Andrade podría ser el encargado de la extracción e implantación de ciertos órganos vitales.

Los agentes Francesc Agulló y José Raya, después de haber estado revisando cada uno de los portales de la calle Cervantes en busca de uno en el que hubiese una consulta médica privada, lo único que encuentran es una consulta de ginecología, cuyo médico titular no es precisamente Ricardo Andrade. Aun así, deciden llamar al timbre y hablar con el doctor Manuel Vidal, que es el nombre que está escrito en la placa dorada del portal número 11.

La Roqueta, que es donde se encuentra la calle donde presuntamente el doctor Andrade pasa consulta, es un barrio pequeño y muy exclusivo. Rentas altas, edificios señoriales modernistas rehabilitados y, en su mayoría, con ascensor de nueva incorporación. Calzada adoquinada y aceras anchas y sin bordillo. Se dice que, hace muchos años, en esa zona situada al otro lado de las murallas, solo había un montículo rocoso rodeado de marjales. Tierras

húmedas casi pantanosas donde el barro, las aves migratorias y los labradores con los pantalones subidos hasta las rodillas conformaban su particular paisaje.

Les abre la puerta una mujer joven con un uniforme de uso sanitario color morado bastante ajustado. El pelo recogido en una coleta. Las uñas rojas impecablemente pintadas. Después de quedarse paralizada al ver frente a ella a los dos agentes de Policía, los invita a pasar con timidez.

—¿Tienen cita con el doctor? —pregunta abriendo mucho los ojos.

Francesc, que cree tener una mano especial con las jóvenes, se adelanta a su nuevo compañero.

—De momento no tenemos idea de quedarnos embarazados, ¿verdad que no, *pisha*? —dice sonriendo y buscando complicidad en Hacha, aunque este no muestra simpatía alguna por lo que acaba de escuchar.

La chica en cambio sí sonríe y se pone algo roja.

—Es verdad, qué idiota soy. ¿Buscan al doctor Vidal?

—Efectivamente, ¿podríamos hablar con él?

—Ahora está pasando consulta, pero supongo que podrá hacerles un hueco, esperen un momento que le pregunte. —La joven, que además de ser la secretaria también parece tener funciones de auxiliar sanitaria, desaparece del amplio recibidor por un pasillo. Su coleta se balancea de lado a lado cuando camina. Se ajusta el pantalón a la cintura, y Francesc, que la sigue con la mirada, se concentra en saber si lleva tanga, bragas o no lleva nada.

En cuanto se quedan solos, Hacha mira muy serio a su nuevo compañero. A él en general no le gusta la gente, pero menos aún la gente que trata a las mujeres como si fuesen un objeto.

—Mira, Francesc, tú no sé lo que te habrás pensado, pero a partir de ahora las preguntas las hago yo, ¿estamos?

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque lo digo yo y porque me sale a mí de los cojones, no te jode el niñato este, bastante tengo ya como para que me vengas tú jodiendo ahora con bobadas. Y si no te gusta, te puedes ir yendo por donde has venido. ¿Te vale? Tú no eres de la Brigada, así que te jodes y te aguantas. ¿Entendido?

A Francesc se le escapa una pequeña sonrisa al escuchar al sevillano. A continuación, asiente con muy poco convencimiento. La cuerda se tensa entre ellos, pero antes de que la cosa vaya a más, regresa la joven secretaria del doctor Vidal, a quien todavía le dura el sonrojo.

—Perdonad, me pregunta el doctor que qué quieren, y que si no les importaría volver en otro momento, ahora tiene mucho trabajo.

Hacha observa que no hay nadie sentado en la sala de espera.

—¿Mucho trabajo? Pues yo veo la consulta vacía, reina. Anda, dile a tu doctor que se deje de cuentos y que queremos hablar con él de algo importante ahora, ¿vale, mi niña?

La chica se agazapa ante el tono rudo y enfadado de Hacha. Se humedece los labios.

—Esperen aquí —dice dándose otra vez la vuelta.

Pero en cuanto tuerce por el pasillo, los dos policías oyen algo así como un murmullo, un susurro apagado. Francesc abre los ojos y traga saliva, y Hacha, antes de siquiera pensar en nada, avanza en la misma dirección en la que lo ha hecho la chica, seguido por el agente Agulló.

En cuanto avanzan por el oscuro pasillo se topan de frente con la joven. Junto a ella hay un hombre de unos sesenta años, elegantemente vestido y con una bata blanca por encima de la camisa. Gafas de montura de pasta también blancas. El hombre, que luce una espléndida cabellera gris perla a lo Richard Gere pero con muchas más entradas, se sorprende al verlos, incluso podría decirse que se asusta, pero rápidamente se saca de la chistera una encantadora sonrisa que remata extendiendo su mano derecha con la palma hacia arriba.

—Agentes, soy el doctor Vidal, ahora mismo salía a hablar con ustedes, ¿qué desean? —La mano del doctor se queda suspendida en el aire.

Hacha, que es quien está frente a ella, no la estrecha. Tras él, el agente Agulló avanza un poco y decide darle la mano al doctor, algo que enfada aún más a su compañero.

—¿Le importa si hablamos un momento en su despacho, doctor? No se preocupe, solo serán unas preguntas, es por un colega suyo que trabaja por esta zona. —Francesc, que cada minuto tiene más confianza en sí mismo y se siente más policía de élite, vuelve a adelantarse a José Raya, que lo mira con una ametralladora en el centro de los ojos.

—Claro, por supuesto, acompáñenme —dice el doctor con amabilidad.

El despacho de Manuel Vidal está decorado con elegancia y sobriedad. Muebles caros de corte clásico y sillones de piel con tachuelas brillantes. Fotografías familiares enmarcadas en madera ornamentada y pequeñas esculturas abstractas sobre peanas brillantes. El zumbido del aire acondicionado apenas se siente y la temperatura es muy agradable. Incluso algo fría.

—Ustedes dirán —dice el doctor sentándose tras una imponente mesa de madera maciza.

Sobre ella, los dos agentes pueden ver que hay varios tacos de carpetas que parecen ser historias clínicas, formularios, panfletos publicitarios y formularios de color amarillo.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted aquí, doctor? —pregunta José Raya.

—Unos veinte años más o menos en esta consulta, aunque más de treinta como médico, pero tendría que mirarlo para decírselo con exactitud.

—No será necesario, socio, lo que nos interesa saber es si conoce usted a otro médico que también trabaja o trabajaba por esta zona, si lleva aquí tantos años como dice, seguro que habrá oído hablar de él.

—No me suena otra consulta médica por la zona, pero dígame su nombre, nunca se sabe.

—Ricardo Andrade.

El doctor Vidal mira hacia arriba y junta sus labios.

—No me suena, no conozco a ningún médico con ese nombre. —Y se recoloca la montura de las gafas.

Hacha pone sobre la mesa el retrato robot que Elísabet Bru hizo del doctor Andrade con la descripción que le dio Iván Teruel.

—¿Seguro que no ha visto nunca a esta persona? Haga un esfuerzo, socio. Según nos han dicho, trabajaba por aquí, así que tiene que haberlo visto alguna vez, por cojones. —José Raya habla sin quitarle el ojo de encima. No quiere perderse ni una sola de las reacciones del ginecólogo, el cual no puede evitar que su ojo izquierdo empiece a temblar.

—Sí, es posible que sí, ahora que lo dice, creo que tiene razón, no sé cómo se me había olvidado. Creo que tuvo una consulta hace unos años, no sé de qué rama de la medicina, al ver el dibujo me he acordado de él. ¿Le ha pasado algo?

Los dos policías observan que, a pesar de la potencia del aire acondicionado, el médico ha empezado a sudar un poco.

—¿Y sabría cómo podríamos encontrarlo? ¿Habló alguna vez con él? ¿Lo conoció personalmente?

—No lo conocía personalmente, creo que nunca hablé con él, pero este es un barrio pequeño y nos conocemos todos de vista. Hace tiempo que no lo veo por aquí, como le he dicho antes, ni siquiera recordaba que se llamase así, pero al ver el dibujo…

—¿Y tampoco recuerda dónde tenía la consulta? Los médicos sois buenos con los negocios, seguro que tenía controlada a la clientela del doctor Andrade por si se hacía con parte de la suya, ¿me equivoco? —Hacha saca a

relucir una especie de sonrisa siniestra, algo que provoca que el doctor Vidal no sepa si sonreír o sentirse ofendido por el comentario.

—No se crea que tengo mucho tiempo para estar pendiente de lo que hacen otros, entre la consulta y el hospital, no tengo tiempo para nada. Y por supuesto, no me preocupan temas como la clientela. De todas formas, si no recuerdo mal, creo que la consulta del doctor Andrade estaba en el otro extremo de la calle, en el cruce con la calle Troya, pregunte por allí, seguro que alguien puede decirle algo más.

—Vaya, muchas gracias, socio, parece que al final va a tener mejor memoria de lo que pensábamos.

Manuel Vidal se sonroja y se reajusta la montura con torpeza, no para de resbalársele el puente por el tabique nasal. Cada vez suda más.

—De nada, ha sido un placer hablar con ustedes. Y ahora si me disculpan, me esperan en el hospital para atender un parto urgente. —Manuel Vidal se levanta con elegancia y se quita la bata ante la atenta mirada de los dos policías. Después la coloca sobre un perchero de pared y coge su maletín de piel.

Francesc Agulló, que espera a ver qué hace su compañero, decide levantarse y ofrecer su mano al doctor.

—Gracias por su colaboración, doctor, no quisiéramos interrumpirle más, le llamaremos si necesitamos hablar con usted nuevamente.

—Por supuesto, llámenme para lo que necesitan. Que tengan un buen día, agentes.

Los dos policías salen de la consulta del doctor Vidal y en cuanto están de nuevo en la calle, a Hacha le falta tiempo para decirle al agente Agulló que, si vuelve a ningunearlo y a tomar decisiones sin su permiso, le partirá la cara. Añade que es la última vez que se lo advierte y que podría haber dado al traste con una investigación de alto nivel, todo ello sin obviar que va a dar parte de lo sucedido a la inspectora Bru. Francesc hace lo imposible para no entrar en las provocaciones de su compañero y solo le responde: «Haz lo que tengas que hacer, no tengo ningún problema». Aunque en el fondo, el joven policía nacional piensa en la posibilidad de que, tal vez, el sevillano tenga razón y acabe de tirar por la borda esa gran oportunidad para salir del agujero personal en el que se encuentra.

Apenas media hora más tarde, tras haber estado preguntando a los vecinos de la zona que une las elegantes calles de Cervantes y Troya, por fin alguien

dice conocer al doctor Andrade. Es una mujer mayor, y asegura que ese doctor pasa consulta justo en el otro extremo de la calle junto con otro médico, un tal Manuel Vidal.

A los dos policías se les queda cara de idiotas. Obviamente, cuando vuelven a la consulta del doctor Vidal, no hay ni rastro de él ni de su secretaria. Se han marchado.

Lo único que acierta a decir Hacha es: «Me cago en mi padre».

59

VETE A LA MIERDA

El doctor Manuel Vidal, tal y como les dijo, lleva más de treinta años dedicándose a traer niños al mundo. Lo han podido comprobar con relativa facilidad haciendo una consulta rápida en Internet, igual que también han podido saber que el hospital privado Casa de la Salud es donde asiste los partos, situado entre las calles Doctor Manuel Candela y Santos Justo y Pastor, en el multicultural barrio de Albors. Obviamente, por el hospital no le han visto el pelo y les han informado que tardará un tiempo en volver porque hace tan solo un par de días que se acaba de coger las vacaciones estivales.

Otra cosa que han podido averiguar es que no solo asiste partos en dicho hospital, sino que también lo hace en el domicilio particular de las parturientas a través de la asociación sin ánimo de lucro Alumbramiento en Casa. Según el Tribunal Supremo Europeo de los Derechos Humanos, toda mujer tiene derecho a elegir las condiciones y el lugar donde quiere dar a luz, y ello incluye el propio domicilio siempre y cuando cumpla con los requisitos que exige la Organización Mundial de la Salud. Normalmente en dichos partos está presente una matrona, a veces dos, y a veces, cuando el bebé tarda más de la cuenta en salir, también acude un ginecólogo, incluso en alguna ocasión un pediatra, aunque suele ser la excepción. En dicha asociación, cuando les han preguntado por el doctor Vidal, simplemente les han respondido que no pueden darles ninguna información de sus colaboradores privados, ni tampoco de sus pacientes, porque para ellos la intimidad de todo el proceso es algo muy importante, y si quieren saber algo más concreto, deben volver con una orden firmada por un juez.

La inspectora Bru trata de explicarle a Julio March lo importante que es dar cuanto antes con el doctor Manuel Vidal, que por su forma de comportarse es más que probable que esté relacionado con el secuestro de Samuel, y que si alguien de su posición está implicado en algo así, es posible

que el asunto sea realmente tan feo y peligroso como Guillermo Cuquerella les adelantó, que efectivamente esa gente de El Abrazo exista. Y que, siendo cirujano pediátrico, es posible que estén frente a una red de tráfico de órganos infantiles. Algo demasiado grave y poco habitual en España como para pasarlo por alto.

Pero el inspector jefe no solo le dice que no puede asignarle ni un agente más para buscar al doctor Vidal, al doctor Andrade y a Samuel, sino que le va a tener que retirar los recursos que tiene de forma inmediata por orden de arriba.

—¿De arriba? ¿Cómo que de arriba?

—Lo que oyes, el mismo ministro de Defensa me acaba de enviar un burofax pidiéndome que investigue a fondo la Red Durán, que destine absolutamente todos nuestros recursos a seguir tirando de un hilo que se antoja muy largo. Y nuestros recursos te incluyen a ti, al subinspector Císcar y a los cuatro efectivos que te asigné. Bueno, a los tres de tu Brigada; el policía ese al que acogiste ya puede ir volviendo al lugar de donde ha venido.

—Pero ¿y tú qué le has dicho? —La inspectora está contrariada. Su corazón empieza a palpitar con fuerza. Cada vez soporta menos las órdenes. Es algo que lleva aguantando desde que tiene uso de razón, y ya está cansada.

—¿Cómo que qué le he dicho? Yo no digo nada, yo acato las órdenes de mis superiores, lo mismo que tú.

Ella rompe a reír y su risa parece mezclarse con el llanto.

—No me lo puedo creer, Julio, alucino contigo. Esto es una broma, ¿no?

—El que está alucinando soy yo. Y no es ninguna puta broma. Y deja de reírte de una vez, esto es serio, Elísabet, y por si aún no te has enterado, no todo se reduce a ese bebé. ¿Quieres que te invite a ver los vídeos que movía la Red Durán, los mismos que no te has atrevido a ver? ¿Quieres ver los perfiles de las chicas y chicos que se ofertaban para contactos reales? ¿Quieres ver qué edades tenían? ¿Quieres ver los rostros de esos putos padres que alquilaban el cuerpo de sus hijos por cuatro miserables euros? —Julio se acalora. Se yergue en la silla y se tensa como un palo—. Y por si no lo sabes, la red no solo se limitaba a España, ya se sabe que hay más de quince países implicados y se cree que podrían llegar hasta cincuenta. La cosa es fea de cojones. Así que no, no voy a decirle al ministro de Defensa que tengo cosas más importantes que hacer que intentar atrapar a esas lacras.

Elísabet se lleva las manos a las sienes y trata de relajarse, de encontrar un reducto por donde reconducir la situación, ganar algo de tiempo. En su cabeza solo puede ver el rostro de Samuel llorando desconsoladamente, sangrando

por la nariz y por la frente mientras se lo pasan de brazo en brazo. Lo ve siendo engullido por esa extraña y terrorífica bestia de la que le hablaron tanto Guillermo como Iván, el Saginer, o siendo asesinado a sangre fría por el Ogro después de haber despertado de entre los muertos, o tumbado en una mesa de quirófano a punto de ser abierto en canal por el doctor Andrade. Y no puede permitir que nada de eso pase.

—Me parece muy bien, Julio, pero ¿qué pasa con Samuel? ¿Lo vas a dejar en manos de Dios sabe quién? ¿Vas a permitir que los responsables de algo así queden libres? ¿Que gente como Iván Teruel o Aoki Hayasi se libren?

—Yo no he dicho eso, joder, y no empecemos. Contra el japonés ya hemos presentado cargos por coautor de un secuestro, y contra el otro haremos exactamente lo mismo, coño. —Julio vuelve a elevar el tono de voz por segunda vez en el día. Se levanta de la silla nervioso—. A Samuel se le seguirá buscando, pero de una forma pasiva, como hemos hecho otras veces con otros muchos casos de desapariciones. Nuestros sistemas de alerta seguirán activos por si alguien ve algo, y no descarto destinar más agentes en un futuro cuando todo el tema de la Red Durán se calme, pero ahora mismo no puede ser, y tú lo sabes perfectamente, joder. Y ya está.

La inspectora, viendo que su jefe no va a razonar, y que a ese lunes le quedan muy pocas horas, decide cambiar el tono, la estrategia. Cuando los planes fallan, tácticas nuevas.

—Está bien, Julio, te pido perdón por mi actitud, dame solo un día más, solo uno. Dame el día de mañana y traeré a Samuel de vuelta. Lo juro. Después me dedicaré en cuerpo y alma a la Red Durán y a lo que haga falta, pero, por favor, déjame intentarlo un día más, te lo ruego. Te pido esto como algo personal, te pido esto por mí.

Julio suspira con pesadez, luego la mira con algo de pena.

—Elísabet, sabes que te respeto profesional y personalmente. Entiendo que este caso se ha convertido para ti en una especie de odisea personal, perdiste a un hijo por culpa de este trabajo tan jodido que tenemos y debes pensar que encontrar a Samuel es lo que debes hacer para…, no sé, resarcirte tal vez. Y te entiendo, te lo prometo, pero te aseguro que trabajar en la Red Durán ayudará a que salves a muchos más Samueles, a muchos niños indefensos que están pasando por un calvario en silencio. De verdad, Eli, déjalo correr, si algo he aprendido de este trabajo es que hay que tener la suficiente sangre fría para saber cuándo se gana y cuándo se pierde, cuándo abandonar la partida para volver al día siguiente y ver si la baraja nos trae mejores cartas. —Julio hace una pausa y suelta un suspiro lleno de

condescendencia—. Lo siento, pero sabes que no puedo darte ese día que me pides, no ahora. Ya le he pedido al subinspector Císcar que avise al resto de la Brigada y los informe de la nueva asignación.

Elísabet va a responderle a su jefe que se meta la sangre fría y las cartas de la baraja por el culo. Pero en lugar de eso se levanta sin decir nada. Siente unas irrefrenables ganas de romper a llorar, pero no puede porque hay una infranqueable barrera a su alrededor que se lo impide. Así que se aguanta, como lleva haciendo desde que perdió a su propio hijo.

—Eli, espera —dice Julio cuando ya se dispone a salir por la puerta.

—Qué.

—Esta noche hablamos de todo con calma, ¿vale? ¿Qué prefieres, tinto o rosado?

Elísabet está a punto de hacer lo que hace siempre, guardárselo todo dentro. Pero al final quien habla es esa diminuta parte genuina que aún hay en ella:

—Vete a la mierda, Julio, y ni se te ocurra venir por mi casa nunca más.

Se va dando un portazo y piensa que lo que más le jode es que en el fondo él tiene parte de razón: ella ha contraído una deuda moral y emocional con ese bebé al que no ha visto ni una sola vez. Y eso hace que no sea del todo objetiva, al menos no todo lo objetiva que sería de no haber un bebé que pudiera darle la oportunidad de despedirse del hijo que nunca tuvo.

Pero tiene que elegir si acatar las normas o hacer lo que su corazón le dice que haga. La sensación de estar cada minuto que pasa más perdida se hace grande, insoportable. Y en ese momento, más que en ningún otro, tiene clara cuál es su decisión. Cueste lo que cueste.

Después decide ir en busca de alguien que pueda ayudarla, alguien tan desesperado como ella, alguien a quien ya no le importe nada más que hacer lo correcto o, simplemente, hacer lo que le dé la gana.

Es una de las últimas personas a las que debería llamar, una de las últimas a las que habría llamado en cualquier otra situación.

Víctor Israel.

60

LA HISTORIA DE VÍCTOR

La inspectora Bru ha llamado varias veces al teniente Israel a pesar de que todavía no le han dado sepultura a su mujer. Pero el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

Así que llama a las agentes Laura Sabater y Carolina Micó. Si alguien puede saber dónde encontrarlo son ellas.

—Ya le dijimos que lo dejase en paz, que respetase su espacio. Si tiene el móvil apagado es porque no quiere que nadie lo moleste. —Laura Sabater es una de esas personas que tiene una gran facilidad para decir lo que piensa sin resultar ofensiva ni antipática. Es como si su simpatía eclipsase hasta las verdades más incómodas.

—Le agradezco su sinceridad, agente Sabater, pero por lo poco que he llegado a conocer al teniente Israel, creo estar segura de que le gustaría saber lo que tengo que decirle. —Elísabet le da un trago a la caña que se ha pedido en la terraza de la cafetería Castillo, en la avenida Menéndez y Pelayo.

Tanto la inspectora como las dos agentes de la Guardia Civil recuerdan un pasado cercano en el que a tan solo unos metros, cruzando la acera, se encontraba la mítica discoteca Woody. Si hay algo que caracterice a ese barrio, Ciutat Universitària, es que, tal y como su propio nombre indica, está lleno de estudiantes. Y eso hace que dé la sensación de ser permanentemente joven, de que nunca envejece.

Carolina Micó se está liando un cigarrillo con forma de trompeta, pero a pesar de tener sus ojos puestos en que no se le caigan demasiadas hebras de tabaco, sus oídos atienden exclusivamente a lo que les está diciendo la inspectora Bru.

—Con todos mis respetos, inspectora Bru, pero ¿es usted consciente de la situación del teniente Israel? —dice la agente Micó mientras prensa el cigarro dándole unos golpes sobre la mesa.

—Absolutamente.

—Y entonces, ¿qué es eso tan importante como para interrumpir su duelo? —pregunta Laura Sabater.

—Nosotros respetamos mucho ese tipo de cosas, inspectora Bru, es importante no olvidar nunca quiénes somos, ni lo que somos cada uno de nosotros —añade Carolina Micó encendiéndose el cigarro y dándole una buena calada.

—Lo sé, y estoy de acuerdo con vosotras, pero tenéis que entender que hay situaciones excepcionales en las que hay cosas en juego que están por encima de nosotros mismos, y esta es una de ellas, os lo aseguro.

Carolina y Laura se miran y se preguntan si deben ayudarla o no.

—Mire, inspectora, no le voy a mentir —dice Laura—, usted parece una tía guay, no como la mayoría de sus colegas que nos miran por encima del hombro solo porque llevan un uniforme de otro color, y a lo mejor esa es la razón por la que puede que le echemos un cable, pero como digo, sigo pensando que no es buena idea molestar al teniente, ha sufrido muchísimo con esto, lleva muchísimos años sufriendo en silencio, castigándose por lo que pasó, así que espere cualquier cosa de él cuando lo vea, porque en estos momentos, todo cuanto él es, todo cuanto él era, es puro dolor. —Laura habla de su jefe con veneración, pero también con mucha tristeza. Víctor no solo la rescató de los brazos de la muerte, también la apoyó en los duros momentos que vinieron después. Fue él quien le sugirió que podría ser guardiacivil. Y también fue él quien creyó en ella como persona por primera vez en su vida. Fue él quien la convenció de que, por encima de todo y de todos, estaba ella.

—¿Qué le pasó exactamente? Lo único que sé es que su mujer llevaba en coma varios años, ¿verdad? —pregunta Elísabet algo desinhibida por la caña de cerveza.

—Sí, unos diez años. Ella era una prometedora violonchelista de la Orquesta de Valencia, y él estaba en el máximo esplendor de su carrera. Iban a ascenderlo a capitán y todos veían en él al futuro jefe de la Guardia Civil. Hasta que un día, Elena se empezó a encontrar mal. Primero fueron mareos, luego náuseas, más tarde la visión borrosa, que iba y venía. Tanto ella como él pensaron que a lo mejor estaba embarazada. Tras un par de meses en los que esos síntomas se fueron recrudeciendo, Elena tuvo un fuerte dolor de cabeza. Cuando llamó a Víctor para decirle que a lo mejor acudía a urgencias, él le dijo que no se preocupase, que se tomase un paracetamol y que se relajase, que sería otro síntoma más de ese posible embarazo. Víctor siempre ha sido una de esas personas que apenas le da importancia a las dolencias

físicas, que piensa que todo se cura con analgésicos. Cuando llegó a casa tras haber estado trabajando en un caso muy importante, Elena estaba tirada en el suelo de la habitación y no respondía a ningún estímulo. Probablemente llevaba así unas cuantas horas, y lo que estaba pasando en su interior había tenido tiempo suficiente para hacer que el daño fuese irreversible. Había sufrido un derrame cerebral masivo.

Elísabet siente cómo su corazón se retuerce un poco más. Puede imaginarse perfectamente a Víctor sosteniendo a su mujer entre sus brazos, inmóvil, recibiendo ese duro mazazo de aplastante realidad.

—Pero ese tipo de accidentes no son culpa de nadie, a veces ocurren sin más —dice Elísabet tratando de exculparlo.

—Sí, pero Víctor cree que debería haberla llevado a un hospital. Cree que debería haber estado más pendiente de ella, que la debería haber cuidado más, que podría haberlo impedido. No puede evitar sentirse culpable desde entonces, y se tortura diariamente por ello. También renunció a cualquier tipo de ascenso, es como si una parte de él hubiese decidido esperar a su mujer justo en el mismo punto donde la dejó, si ella no podía avanzar, él tampoco debía avanzar. Y es por eso que a veces tiene un comportamiento raro, o agresivo, o irracional. Lleva mucho tiempo al límite, y eso termina por pasar factura.

Elísabet se dice que ella también lleva al límite mucho más tiempo del aconsejable. Y que también está empezando a ver cómo es esa factura que deja. O quién sabe, a lo mejor la gran factura todavía está por llegar y lo que ella ha visto del monstruo es solo la parte que menos miedo da.

—Sí, ya he podido ver con mis propios ojos cómo se comporta a veces el teniente —dice Elísabet con pesar.

Laura sonríe con los ojos llenos de lágrimas, no puede esconder la gran pena que siente por su jefe, por su ángel de la guarda. Un ángel muy malherido.

—Es solo que está enfadado con el mundo, con Dios, con él mismo. En realidad, no siente ni piensa nada de lo que dice, se lo puedo asegurar, es solo que…

—Es su forma de expresar su dolor, de intentar sacarlo fuera, lo entiendo —completa Elísabet.

Laura se ha emocionado un poco al revivir la historia de Víctor. Carolina le pasa una mano por la espalda y la frota con ternura.

En cuanto se terminan las cervezas, las tres mujeres se van en busca del teniente a los peores bares de la ciudad.

61

BARONA

Sabater y Micó acompañan a la inspectora Bru en un *tour* por donde el teniente suele ir cuando no quiere que nadie lo encuentre, cuando solo quiere sentir ese dolor que lo atraviesa. Conocen esas zonas de sobra porque en muchas ocasiones las han llamado para ir a recogerlo a altas horas de la madrugada antes de que alguien le partiese la cara.

Pasan por Los Bloques de Burjassot, por La Coma de Paterna, las Casitas Rosas de la Malvarrosa, el Barrio del Cristo de Aldaia y el Parque Alcosa de Alfafar. Hasta que por fin ven algo en Els Orriols, concretamente en la antigua zona de Barona, una de las más desfavorecidas y peligrosas de la ciudad.

Carolina Micó para el Nissan Patrol cerca del bar La Peña, en la calle San Juan Bosco. A escasos metros de la puerta hay un grupo de jóvenes que se arremolinan alrededor de una pareja de policías locales. Están muy alterados. Bracean. Blasfeman. Fuman y vociferan invocando a los muertos y a los familiares de alguien que no alcanzan a ver.

Cuando llegan hasta esa maraña de testosterona y rabia, se abren hueco y pueden ver lo que se temían: junto a los dos policías, sentado en el suelo, está el teniente Víctor Israel. Tiene una brecha en la cabeza y se tambalea.

—Vale, chicos, se acabó el recreo, todos a casita —dice la agente Sabater con soltura abriéndose paso entre los jóvenes—. Vámonos a descansar, Víctor, se ha hecho un poco tarde.

El teniente Israel levanta un poco la cabeza y sonríe en un gesto paternal al reconocerla.

Tanto la pareja de policías, que trataba de disuadir al grupo de jóvenes para que no continuase agrediendo a la persona que estaba en el suelo, como el propio grupo de jóvenes se sorprenden al ver aparecer a esa pareja de la Guardia Civil y a la otra mujer que va con ellas.

—Pero ¿qué coño estáis haciendo vosotras? ¡Dejad ahí a ese hijo de puta ahora mismo! —grita uno de los jóvenes repleto de cólera.

El resto parece crecerse al escucharlo y estrecha el cerco.

—Ese a quien acabas de llamar hijo de puta se viene con nosotros, y no hay más que hablar —dice la inspectora Bru plantándole cara al joven. Esa parte de la inspectora que a veces parece tirarse de cabeza al peligro, hacia la muerte, y que está cansada de salir siempre corriendo, acaba de hacerse con el control de su cuerpo. Hay algo en ella que, muy en el fondo, parece decir: «Si me matan, mejor. Se acabó el dolor».

—¿Que no hay más que hablar, puta de mierda? ¿Y quién lo dice? —El joven, que no debe tener más dieciocho años, pega su cara a la de la inspectora. Tiene el pelo completamente rapado. Dos pendientes en cada oreja con forma de aro, no lleva camiseta y apesta a marihuana y a sudor rancio.

—Lo digo yo, soy inspectora de la Policía Nacional, y como no te apartes ahora mismo y te calles la boca, me parece que también nos vas a acompañar a comisaría. —Ha sacado su placa y la ha levantado en alto para que todos la vean, y ha dudado si sacar también la pistola. Finalmente no lo ha hecho. Y no ha sido por falta de miedo, o de valentía, sino porque sabe que, en cuanto lo haga, la cosa se pondrá fea de verdad.

Laura Sabater y Carolina Micó aprovechan el silencio que la inspectora Bru ha generado entre los jóvenes para llevarse con rapidez al teniente hasta el Patrol de la Guardia Civil. Los dos policías locales se hacen a un lado ante la imponente determinación de las dos guardiaciviles y la inspectora de la Policía Nacional.

—Venga, a casa todos, ya habéis oído a mi compañera. —La inspectora Bru, más seria que nunca, hace un barrido por el grupo de jóvenes y ve cómo más de uno agacha la cabeza.

Alguno incluso se aleja un poco. Pero el que lleva la voz cantante, el de los dos aros en cada oreja, parece que todavía no ha tenido suficiente.

—¿Y qué pasa con mis dos colegas a los que ese hijo de puta les ha partido la cara? ¿Eh? ¿Qué cojones pasa ahora? —El joven estira el cuello hacia delante y aprieta los dientes. Sus puños se cierran y su tórax se hincha de odio y rabia. Está a punto de golpear a la inspectora Bru en la cara.

Ella lo sabe, la curva de la agresividad sobre la que tanto ha leído está ahora en su punto más alto, pero no se aparta, porque no le importa que la golpeen y porque sabe que no hay peor forma de defenderse que mostrarle tu miedo a aquello que temes.

—Pasa que, si les han partido la cara, a lo mejor se lo merecían, eso pasa, y si no quieres acabar como ellos, será mejor que te apartes y te vayas a tu casa ya.

La inspectora le aguanta la mirada, algo que para él es más que un desafío, es un reto. El joven le da un cabezazo. La nariz de Elísabet empieza a sangrar con fuerza. Los gritos de aliento y los jadeos lo inundan todo de desconcierto. Ni las agentes de la Guardia Civil ni los dos policías locales saben qué ha pasado, no han podido ver nada porque es verdad que, muchas veces, los árboles no dejan ver el bosque. La inspectora Bru, que ha estado a punto de perder el equilibrio y caer al suelo, cuando intuye que su agresor está a punto de volver a atacarla, lo ve tan claro como el agua cristalina, saca su pistola y la aprieta contra la frente del joven en un rápido movimiento. El chico, que no parece ser la primera vez que ve un arma tan de cerca, sí parece ser consciente de estar a punto de recibir un balazo, así que se detiene en seco, como un corazón al que la vida lo abandona.

—Te he dicho que te fueras para tu puta casa, que todos os fuerais a vuestra mierda de agujero. —La voz de la inspectora está llena de una rabia y un rencor inusual en ella, pero es firme, no tiembla. Su nariz sigue sangrando y ya se ha empezado a hinchar, pero el dolor real todavía no llega.

El joven levanta las dos manos y parece que se calma, que sus pulsaciones bajan, la vena de su cuello ya no se ve tan hinchada.

—Vamos, Migue, déjalo ya, coño, y vámonos a casa, hostia —dice alguien que está tras él.

—¡Llamar al Mandarina! ¡Llamar al Mandarina y decirle lo que está pasando! ¡Y que traiga los hierros! —grita alguien muy cerca de la puerta del bar La Peña.

Elísabet encañona con más fuerza la cabeza del chico y todos pueden ver cómo tensa su dedo sobre el gatillo.

El chico al que llaman Migue llena sus pulmones de aire cálido y por fin empieza a recular con las manos en alto; todos reculan igual que él.

—Vámonos ya, inspectora —dice la agente Micó desde el interior del vehículo de la Guardia Civil, que se ha acercado y desde el que otra compañera, con el motor en marcha, abre la puerta trasera izquierda. Por ahí se asoma Sabater y le indica que suba rápido haciéndole un gesto con su mano. El motor del Patrol ruge como un viejo dinosaurio que despierta con hambre de su letargo.

La inspectora Bru, tras mirar muy fijamente al Migue, hace lo que las dos agentes de la Guardia Civil le piden. Y no lo que en ese momento le estaba

pidiendo su cuerpo. Lanzarse de cabeza contra el miedo.

En cuanto la agente Micó aprieta el acelerador y el coche enfila por la cada vez más estrecha calzada de la calle San Juan Bosco, todas pueden oír cómo alguien grita tras ellas:

—¡Os vais a cagar, hijas de puta! ¡Estáis muertas! ¡Muertas!

Los apretados y descuidados bloques de viviendas que hay a un lado y otro de la calle parece que se les van a caer encima de un momento a otro. Apenas hay lugar para que corra el aire en Els Orriols. Persianas rotas, toldos agujereados, bajos comerciales abandonados, humedad en las fachadas y el cableado eléctrico invadiendo el espacio aéreo. Cuando esas amenazantes voces se apagan en sus cabezas, Laura Sabater le pregunta:

—¿Se puede saber a qué ha venido eso, inspectora?

—¿A qué ha venido el qué?

—¿Es que quería que la matasen? ¿Cómo se le ocurre meterse ahí dentro de esa forma?

Elísabet se queda pensando en las palabras de Laura, pero no dice nada. Después de eso es cuando empieza a sentir el golpe en la nariz.

62

LA PERSONA QUE SIEMPRE FUE

Elísabet apoya la cara sobre la bolsa de hielo que sujeta con la mano derecha. Ahora mismo no siente nada. Sentada en un sillón del salón de la casa del teniente Israel, y oyendo cómo a lo lejos las dos agentes de la Guardia Civil meten en la ducha a Víctor, le da por pensar en todos esos chicos de Barona, tan llenos de odio, de rabia y agresividad, igual que Iván Teruel o Aoki Hayasi, igual que tantos otros con los que tiene que lidiar a diario. Y se dice que algún día también fueron unos bebés sonrosados y sonrientes, llenos de inocencia, igual que lo es ahora Samuel, igual que lo fue ella. Es posible que muchos de ellos, no todos, también fueran bebés amados, acunados, incluso muy deseados, y en cambio ahora…, ¿qué ha pasado? ¿Cómo han podido acabar convirtiéndose en lo que son? ¿Por qué? ¿En qué momento se empezó a estropear todo?

Antes de que se responda a sí misma, y de que eso le haga aún más daño, la agente Sabater interrumpe sus pensamientos como el despertar de un mal sueño.

—Ya está. Duchado y despejado. A ver si Carolina le puede poner el pijama, ella tiene mejor mano para estas cosas —dice Laura Sabater dándole un trago a un botellín de cerveza. Tiene la camisa llena de manchas de humedad y restos de jabón, también el pantalón, que está lejos de lucir las líneas rectas del planchado—. Le ha echado un par de ovarios antes, inspectora, hay que tenerlos bien puestos para hacer lo que ha hecho, o quién sabe, a lo mejor es que está usted completamente loca. Esa gente no se corta ni con la Policía ni con nadie, ya ha visto lo que le habían hecho al teniente y sabe Dios qué más le habrían hecho si no llegamos a tiempo —dice Sabater alzando el botellín en signo de respeto—. Por cierto, cuando la vi apuntando a ese chico, por un momento creí que iba a disparar de verdad.

—Es que iba a disparar de verdad. Y gracias, pero solo hacía mi trabajo.

Elísabet acaba de ser consciente de lo que ha estado a punto de hacer al oír su propia voz. Ha estado a punto de matar a un chico de un disparo a bocajarro. Algo no está bien en ella. Cada vez está más descontrolada y siente que es menos dueña de sus actos, de sus decisiones, es como si estuviese siendo arrastrada por algo, o alguien, que hace y decide cosas que ella nunca haría. Es como si toda esa violencia que ha ido invadiendo a todos esos chicos y chicas que un día también fueron inocentes bebés estuviese infectándola también a ella, como un virus imparable que tarde o temprano todo lo invade.

—Ya sé que hacía su trabajo, pero aun así…

—Nada, que dice que no quiere dormir, que ya está mejor y que ahora sale —dice Carolina encendiéndose un cigarrillo y sentándose en el apoyabrazos del sofá.

Elísabet deja la bolsa de hielo en el suelo y se palpa la nariz. La inflamación ha bajado, parece que no está rota, el tabique sigue en su sitio. A su cabeza llegan pensamientos sin cesar, no los puede parar, parece que ese virus mortal llamado «violencia» ya ha estado llegando hasta el centro de su conciencia. Piensa en Ric, en si seguirá en la UCI; piensa en Iván, en lo que debió hacerle el teniente para conseguir que hablase; piensa en Samuel, en si el golpe en la cabeza le habrá dejado secuelas o, quién sabe, si estará en la mesa de un quirófano a punto de ser abierto. Piensa en lo mayor que se está haciendo su padre, en la horrible relación con su hermano. Piensa en su ex y en el hijo que perdieron. Piensa en sus trabajadores Josep y Miquel y sus dificultades económicas y familiares. Piensa en Ángel Císcar y en si realmente habrá tratado de pasar por encima de ella. Piensa en Brandon y en que también sus extraños encuentros han terminado. Piensa en su relación con su jefe. Piensa en todo lo que es su vida, lo que la rodea. Piensa, piensa, piensa. Y todo son problemas.

Víctor Israel no tarda ni cinco minutos en aparecer por la puerta del salón. Con ropa limpia y el pelo todavía mojado, pero bien peinado. Tiene los ojos rojos como dos tomates, pero la brecha de la cabeza parece que ya no sangra. Elísabet se levanta cuando lo ve y se acerca a él.

—Teniente Israel, siento mucho lo de su mujer, no tenía ni idea. Le acompaño en el sentimiento. Si puedo hacer algo por usted, no dude en pedírmelo. —Elísabet levanta la mano derecha con la intención de rozar el brazo del teniente, pero él se echa un poco hacia atrás.

Observa un momento a la inspectora, pero rápidamente dirige su mirada hacia sus dos compañeras.

—Agentes, lamento lo de antes, lo que han tenido que ver y hacer, agradezco que hayan ido a buscarme, ¿les importa si hablamos mañana?

—Claro, teniente, pero agradézcaselo mejor a la inspectora, ha sido ella quien ha insistido en buscarlo y la que le ha plantado cara a los chicos, ya ve cómo le han dejado la cara. Mañana hablamos —dice Laura levantándose del sofá.

Carolina hace lo propio y las dos abandonan el domicilio de Víctor en menos de un minuto.

Elísabet, cansada, dolorida y muy incómoda, todavía no sabe cómo pedirle al teniente que la ayude a encontrar a Samuel en un momento así, ni tan siquiera sabe muy bien qué hace allí. Observa cómo Víctor se enciende un cigarro y se acerca a la ventana. Apenas hay movimiento esa noche en la calle Bélgica. Todo está en calma. La zona de Mestalla es tranquila los días que no juega el Valencia ni hay fiestas universitarias. Su mujer siempre dijo que ese era el mejor barrio de la ciudad para vivir. Nunca olvidará su cara de felicidad cuando él le dijo que se mudaban allí.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante de lo que quería hablarme? —dice Víctor por fin. Todavía está junto a la ventana mirando hacia la calle. Las hebras de tabaco crepitan y el sinuoso humo gris asciende lentamente.

Elísabet se acerca un poco a él y busca las palabras adecuadas para planteárselo. Sabe que esa aparente calma puede resquebrajarse en cualquier momento. El teniente es como la fina capa de hielo que se forma sobre algunos lagos en invierno. Con cualquier movimiento, con cualquier paso en falso, se puede romper y se puede abrir un agujero en el que, muy probablemente, caerás dentro.

—En primer lugar, debo decirle que gracias a la confesión que le arrancó a Iván Teruel hemos hecho algunos avances bastante importantes. Al menos hay dos médicos implicados en el secuestro de Samuel, el doctor Andrade y el doctor Vidal. El primero es cirujano pediátrico, el segundo ginecólogo. Creemos que podrían estar detrás de una red de tráfico de órganos, tal vez algo peor, todavía está por ver. Cuando los agentes de mi Brigada detuvieron a Aoki, estaba en Ruzafa, muy cerca de donde tenían la consulta esos dos médicos. Según el propio Aoki, en ese momento se dirigía a buscar un médico de confianza, así que todo cuadra. En segundo lugar, también gracias a que usted descubrió lo que Ignacio Durán escondía en el interior de su baño, se ha destapado una de las redes de pornografía infantil más importantes de Europa, una red que también incluye la prostitución de menores y se extiende a

muchos países. —Elísabet hace una pausa a la espera de que Víctor responda algo.

Todavía mira por la ventana. El cigarro se consume entre sus dedos. La columna de humo, aunque cada vez más fina, describe una perfecta línea recta.

—Continúe. —Su respiración es ruidosa como la de un paciente de la sala de neumología.

—Esa red de pornografía infantil, la Red Durán, es de tal envergadura y de tanta trascendencia mediática que el ministro de Defensa ha pedido que destinen todos los recursos a ese caso, con excepción de asuntos de seguridad nacional o actividades terroristas. Su desmantelación se prevé larga, los detenidos no paran de llegar y hay millones de archivos informáticos que analizar.

—¿Y el problema es…?

—El problema es que eso afecta al caso del secuestro de Samuel, mi jefe lo ha paralizado y me ha quitado todos los recursos, están a punto de cumplirse 72 horas desde su desaparición. Por lo que tengo entendido, lo mismo ha ocurrido con los recursos de la Guardia Civil. Ya no hay nadie buscando a Samuel. Ya no hay nada ni nadie que lo proteja, ni tan siquiera su padre. Está solo, en un mundo de locos.

Víctor se da la vuelta y mira de frente a la inspectora. Su expresión es dura como una roca.

—No sé qué quiere exactamente, inspectora, ni para qué me cuenta todo esto. Por supuesto que este es un mundo de locos, ¿no lo sabía? ¿Los recursos se han destinado a otro caso? Bien, eso no es nada nuevo para nosotros. Antes de trabajar en el caso de Samuel también estábamos trabajando en otras cosas que tuvimos que dejar aparcadas. Pero así es nuestra vida, una cuestión de prioridades. Lo hemos buscado y no lo hemos encontrado. En su lugar, hemos encontrado otras cosas muy malas. Seguimos jugando. Como ve, la partida nunca se acaba. —Víctor habla con una frialdad que asusta. Su expresión sigue siendo dura, pero ya no da la impresión de estar a punto de golpear a alguien en la cara.

Elísabet frunce el ceño. Ella no está dispuesta a seguir jugando si no es con sus propias reglas. El juego ya no le gusta.

—Yo no lo veo así, teniente.

—¿No? ¿Y cómo lo ve?

—No podemos dejarlo, no podemos abandonarlo, tenemos que seguir hasta el final. Es una cuestión de prioridades, como usted ha dicho, pero

también de responsabilidad, y creo que somos responsables de lo que le pase a ese bebé, así es desde el momento en el que nos encargaron buscarlo.

—Se equivoca, sí podemos dejarlo, y es lo que vamos a hacer. Y nosotros no somos quienes marcamos las prioridades ni las responsabilidades, eso lo hacen otros.

—Creí que usted siempre encontraba a las personas a las que buscaba, que era el mayor experto de la ciudad en secuestros y desapariciones. Creí que usted hacía lo que debía, lo correcto, aunque fuese contra las normas, y no lo que le ordenaban, como el resto.

La tensa calma en la que se encontraba Víctor parece a punto de llegar a su fin. La fina capa de hielo se agrieta y el suelo bajo sus pies tiembla. Sus labios se contraen con dos o tres espasmos irregulares, igual que los dedos de su mano derecha. Pestañea y sus cansados ojos se anegan de lágrimas.

—¿Sabía que mi mujer agonizaba mientras interrogaba al hijo de puta de Iván? ¿Y que no llegué a tiempo de decirle adiós por culpa de ese puto caso? —Esa expresión en la cara de Víctor llena de ira, agresividad y violencia ha vuelto con fuerza—. ¿Sabía que cuando mi mujer enfermó también estaba dejándome la puta piel por un caso de mierda? ¿Lo sabía?

Elísabet se echa un poco hacia atrás. Suspira. Ve la misma rabia en el teniente que ha visto unas horas antes en la cara del Migue, o en la de Iván Teruel, o en la de Pau, su ex. La rabia de la incomprensión. La peor de todas. Lo que no se puede entender no se puede digerir, ni por tanto superar.

—Siento mucho lo que le ha pasado, teniente, es una verdadera desgracia. De verdad que lo siento.

—El qué siente exactamente, ¿eh? ¿Acaso tiene la más ligera idea de lo que es esto? ¿Tiene idea de lo que es pasar por algo así? ¿Tiene idea de lo que se siente cuando te arrebatan lo que más quieres? —Víctor levanta la voz. Su boca se arruga, igual que sus párpados. Se acerca cada vez más a Elísabet. Su puño derecho ya no sufre espasmos, ya no tiembla, ahora se cierra formando un contundente martillo con forma de rectángulo.

—No es el único que ha pasado por algo parecido, todos hemos perdido algo que amamos con este trabajo, todos. Y pese a ello, aguantamos.

Las palabras de Elísabet no tardan en ejercer en Víctor el efecto que, de un modo cada vez más consciente, parece que ella ha provocado. El teniente la coge por la solapa de la camisa y levanta el puño derecho. Todo indica que la va a golpear, pero ella, como ya le ha sucedido antes en Barona, no siente miedo, no siente el impulso de apartarse, incluso hay algo en su interior que pide ese golpe. Que lo necesita tanto como un abrazo. Pero ese extraño

bálsamo no llega, porque Víctor, que en realidad nunca ha querido hacerle un daño real, de pronto se fija en sus ojos azules. Y eso es algo que no puede evitar recordarle a su mujer, y a los recuerdos, se dice, no hay que hacerles daño, hay que respetarlos.

Los ojos de Elena eran de un tono muy parecido, incluso tenía las mismas pequeñas vetas negras salpicando la periferia del iris, pero hay algo que los diferencia, algo importante: los de Elísabet Bru son más tristes, están más cansados y, sobre todo, dan la impresión de estar mucho más solos. Luego se fija en su nariz hinchada, en su delicada cara y en ese extraño deseo de ser golpeada que cada vez se muestra más evidente. Entonces recuerda lo que Laura y Carolina le contaron acerca de la inspectora, la forma tan cruel en la que perdió el hijo que esperaba. Todo eso hace que el martillo que ha formado con su puño derecho se destense poco a poco. Aun así, al teniente todavía le dura el enfado. Con el mundo.

—Pero ¿quién coño se ha creído usted que es, eh? ¿Cree que tiene derecho a venir a mi casa estando el cuerpo de mi mujer todavía caliente para decirme lo que tengo o no que hacer? ¿Cree que puede venir aquí a insultarme de esa manera como si tal cosa? ¿Eh? ¿Acaso me ha tomado por un gilipollas? ¿Se ríe de mí? —Víctor levanta más y más la voz. No suelta la camisa de Elísabet, su mano derecha sigue en alto, esperando la orden para descargar el puñetazo.

Una orden que ella ya hace rato que le ha dado: «Golpéeme bien fuerte», le ha dicho con la mirada. Pero el teniente, que en realidad ya no le grita a ella, sino a la propia vida, baja definitivamente el puño, le da un tímido empujón y la separa un poco de él.

Elísabet lo mira con lágrimas en los ojos. Su corazón palpita. El cansancio es ahora más grande que nunca. El golpe no ha llegado, pero se siente un poco mejor, lo ha retado, pero también sabe que, cuando llegue a casa, el monstruo estará esperándola. En cuanto la adrenalina desciende un poco, baja la mirada, se da la vuelta y se dirige despacio hacia la puerta de la calle.

—¡Eso! ¡Lárguese de una vez! ¡Y no vuelva nunca más! ¿Me ha oído? ¡No se atreva a venir nunca más a mi puta casa! —Los gritos del teniente son como los últimos rugidos de un león a punto de morir.

Antes de salir, la inspectora Bru mira al teniente a los ojos, que está en la otra punta del pasillo. Y lo que ve es un hombre completamente abatido y desgarrado por el dolor. A punto de desmoronarse para siempre. Se dice que, si él fuese de otra manera, quizá un poco más receptivo, tal vez le diría que le gustaría ayudarlo, que ella está ahí para lo que necesite cuando lo necesite, le

daría un abrazo y le diría que ella también ha visto esa cara fea y oscura de la vida. Pero cada uno es como es, y el teniente no le da la impresión de ser de esas personas que se dejan ayudar con facilidad.

—¡Nunca la traté como se merecía! —grita Víctor antes de que Elísabet salga, y esta se detiene junto a la puerta—. ¡Ni tan siquiera le dije cuánto la amaba! ¡No tuve tiempo de cumplir mis promesas ni de decirle que se pondría bien y que yo cuidaría siempre de ella! —Víctor ha roto a llorar con fuerza—. ¡No fui el marido que debería haber sido! ¡No el que se merecía! Nunca le dije que ella era la verdadera razón por la que me levantaba cada día, nunca le dije que no se fuera, que sin ella mi vida perdía el sentido. —La voz de Víctor pierde fuerza, agresividad y enfado. Ahora solo es llanto. Mira a Elísabet desde la otra punta del pasillo, está cansado. Por primera vez en mucho tiempo, su forma de sacar fuera su rabia ya no es haciendo o haciéndose daño.

Ella no sabe qué debe hacer, pero, como siempre, tiene que elegir, y como siempre, elige lo que cree que es lo correcto.

Vuelve a cerrar la puerta y camina despacio hacia Víctor. Lo mira a los ojos con un nudo en la garganta. Y entonces lo abraza.

Y Víctor, que tarda un par de segundos en reaccionar, se abraza a ella con todas sus fuerzas y descarga en el más horrible y desgarrador de los llantos.

Ninguno de los dos dice nada, tan solo se oyen los aterradores lamentos de ese león que ya ha visto pasar sus mejores años.

En unos minutos, Víctor se encontrará algo más calmado y le dirá a Elísabet que se tiene que ir al tanatorio, que es donde tiene que estar, junto a su esposa, pero que al día siguiente, cuando la haya enterrado, la llamará y la ayudará a encontrar a ese bebé. Y que, cueste lo que cueste, darán con él.

A pesar de la pena, de la tristeza y del increíble dolor, hay algo en el interior de Víctor que ha despertado, que ha vuelto. Es algo bueno. Es la persona que siempre fue.

63

EL SAGINER TIENE HAMBRE

Precepto n.º 10. Lo difícil no es soñar, lo difícil es despertar. Y los sueños grandes, los sueños imposibles, son los más difíciles de superar. Sueña solo aquello cuya pérdida puedas soportar.

Cuando Elísabet sale de casa de Víctor ya es noche cerrada, pero el calor aún aprieta. Esa noche hay luna llena, y todo está iluminado. El aire pesa y en el contorno de las farolas puede verse cómo el alto porcentaje de humedad flota en el ambiente. Cuando desbloquea su teléfono móvil ve que la han estado llamando. La ha llamado su jefe, Julio March, a quien no piensa responder. La ha llamado Ángel Císcar, con quien se siente muy dolida. Y la ha llamado alguien que no lo ha hecho nunca, Rebeca, la novia de Ángel. Y esa llamada sí que la inquieta. Así que es la única que devuelve.

—¿Rebeca? ¿Me has llamado? —Elísabet oye cómo lloran al otro lado del teléfono.

—¿Eres tú, verdad? Tú eres la zorra a la que se está follando, ¿no?

—¿De qué me estás hablando, Rebeca?

—Sabes de sobra de qué estoy hablándote, hija de puta, no eres más que una zorra. Lo sabía, sabía que había algo entre vosotros.

—Rebeca, creo que te estás equivocando, jamás ha pasado nada entre Ángel y yo. Somos compañeros de trabajo, nada más.

—Aléjate de él, o te juro que me las pagarás, y me importa una mierda que seas policía. Eso no se hace, ¿me has oído? Eso no se hace. ¿Qué tipo de mujer le hace eso a otra?

Rebeca cuelga el teléfono antes de que Elísabet, que no entiende nada, pueda decir algo más. Lidiar con la novia celosa del subinspector es lo último que necesita. Pero eso no quita para que esa parte de ella que la martiriza diariamente le pregunte: «¿Qué tipo de mujer eres, Elísabet?».

No tarda ni diez minutos en llegar a la huerta de Alboraya, y no tarda ni un minuto en ver que alguien ha entrado en su casa. Toda esa adrenalina que ha estado segregando durante las últimas horas y que parecía haberle dado un respiro vuelve a invadir su cuerpo, que en esos momentos es como un coche de carreras con las ruedas, los frenos y el motor para cambiar. La vida se ha propuesto no darle ni un solo respiro.

—¿Pau? ¿Eres tú? —pregunta encañonando su arma. Su exmarido no es de los que abandona una mano cuando todavía tiene dinero sobre la mesa. Ya se ha presentado en su casa otras veces, y la última parecía tener algo nuevo en mente. Podría ser él perfectamente. Pero enseguida ve que todo está revuelto en la *llar*. Un sofá volcado, papeles en el suelo, dos cuadros rotos, un par de jarrones hechos trizas…—. ¿Pau? —Continúa avanzando y nombra de nuevo a su ex por decir algo, pero la realidad es que ya no piensa que sea él, no se lo imagina haciendo algo así.

No oye nada en el interior de la alquería, pero eso no quita para que la persona o personas que hayan hecho eso todavía puedan estar allí, y podrían ir armadas. Cuando llega hasta la cocina ve, en la pared que hay junto a la mesa en la que todos los días desayuna, que alguien ha escrito algo en letras muy grandes:

> *El Saginer té gana.*
> *El Saginer encara no ha sopat.*
> *Als xiquets que no dormen bé*
> *el Saginer es portarà*[2].

El corazón empieza a latirle con tanta fuerza que se atropella. Lo primero que piensa es que El Abrazo es real, que han estado en su casa y que, tal y como aventuró Iván Teruel, saben que han estado hablando de ellos y este es el anuncio de las consecuencias. También piensa que no le extrañaría que alguien de la Policía estuviera implicado. Se ha negado a verlo, pero no sería la primera vez que ocurre. Y, por lo general, es la persona a la que tienes más cerca. Luego se pregunta si no se estará volviendo loca. El miedo comienza a apoderarse de ella. Se acerca hasta esas letras y comprueba que, a pesar de estar seca, la pintura con la que han escrito esa canción de cuna todavía desprende bastante olor. Así que no se ha encontrado con el intruso por muy poco. El miedo a que alguien le haga algo, en esta ocasión, no le parece apetecible ni por asomo, es algo completamente aterrador.

Cuando vuelve a la *llar*, todavía con la pistola en la mano, oye un ruido procedente del exterior y todos sus sistemas de defensa se ponen en alerta por si el intruso todavía sigue ahí fuera, y que tal y como dice la canción, haya

venido a llevarse a una niña que hace tiempo que no duerme nada bien. Su corazón se aprieta cuando comprueba que, con la tensión, ha olvidado cerrar la puerta de la calle al entrar. Está entreabierta, y cuando se acerca un poco más para cerrarla, alguien se le adelanta y la puerta se termina de abrir justo delante de sus narices.

—Eli, ¿qué ha pasado?

La inspectora Bru, a pesar de reconocerlo perfectamente, no guarda su arma.

—¿Qué haces tú aquí, Ángel?

El subinspector se encoge de hombros. Sonríe. Sabe sonreír mejor que nadie. Su ondulado cabello rubio brilla como un día de sol en el mejor verano de la infancia.

—Te he llamado varias veces, Eli, y como no me lo cogías, he venido porque estaba muy preocupado por ti. ¿Se puede saber por qué no bajas el arma? —Ángel frunce el ceño y en su frente se dibujan una serie de arrugas que, a pesar de ser muy débiles, parecen ondularse de un modo extraño.

—¿Para qué me has llamado? ¿Qué querías?

—Eli, relájate un poco, anda. Te he llamado porque quería saber qué opinabas de la decisión que ha tomado Julio. Y también porque…, no te voy a mentir, te he notado un poco rara conmigo hoy, y no sé… ¿Estamos bien, Eli?

Como siempre que habla con Ángel, está empezando a entrar en una especie de trance. Cuando está junto a él baja la guardia, porque junto a él, una de las personas por las que más ha velado y por las que más ha hecho últimamente, se siente bien. Pero algo en su fracturado interior, que todavía no acierta a saber qué es, se está empezando a temer algo malo. Se está empezando a temer que esa persona en quien tanto confiaba no es quien creía que era. Ángel se acerca poco a poco a ella. Con esa naturalidad tan agradable, tan cercana. Tiene las manos en los bolsillos.

—¿Podría ver tus manos, Ángel?

—¿Mis manos? Pero ¿se puede saber qué es lo que te pasa?

—Sí, tus manos, y no me pasa nada. Tú enséñame las manos.

Ángel sonríe con cierta condescendencia, se encoge de hombros y saca las dos manos de los bolsillos. Se las muestra con las palmas abiertas hacia arriba, y ella las mira con atención, si acaso buscando algún resto de pintura.

—Dales la vuelta, quiero verlas por el otro lado.

Ángel vuelve a sonreír y le muestra el dorso de sus manos. Elísabet se fija en lo perfectamente recortadas que tiene las uñas. En la rectitud de sus dedos.

En la cálida tonalidad de su piel. Sus manos son viriles y a la vez son delicadas.

—¿Conforme? ¿Qué esperabas encontrar?

—¿De dónde se supone que vienes? —pregunta Elísabet, que no se termina de fiar. Se dice que la presencia de su compañero allí, justo después de que alguien haya entrado, no puede ser casual.

—De mi casa, de estar con Rebeca, ¿de dónde si no?

—Y una mierda, Rebeca me acaba de llamar, y tú no estabas con ella.

Ángel baja un poco la cabeza y se lleva un par de dedos al lagrimal de los ojos.

—¿Y qué te ha dicho esa loca? Porque siempre has sabido que Rebeca está un poco loca, ¿verdad?

—Me ha dicho que te estás follando a otra, y para colmo, cree que esa otra soy yo.

—¿Qué? —Ángel arquea las cejas y sonríe con una expresión que recuerda a Leonardo DiCaprio—. ¿En serio te ha dicho eso? Es alucinante lo de esa chica…

—Sí, eso me ha dicho, y hay algo que sí me he creído.

—Vamos, Eli, me conoces, ¿el qué te has creído?

—Que a lo mejor eres un puto mentiroso, que a lo mejor no sé quién eres. Eso me he creído. Vete de mi casa, Ángel, ahora.

Él vuelve a meter sus manos en los bolsillos. Se muestra tranquilo. Sonriente como siempre. Sabe que su compañera, muy dada a los excitantes para contrarrestar el efecto de los relajantes que toma, los cuales son un perfecto aliado para las técnicas de persuasión, no suele mostrarse tan a la defensiva ni oponer tanta resistencia, pero está cansada, más sensible de lo normal, y tal vez, se dice, insistir más no sea buena idea.

—¿Sabes qué es lo que más me encanta de ti, lo que admiro profundamente desde que te conozco?

Elísabet, que no es insensible a las palabras y a la voz de su compañero, baja un poco la guardia.

—¿Qué?

—Que nunca juzgas a las personas, siempre les das un voto de confianza y, pese a todo, intentas entender el porqué de sus actos. Y eso es algo que no está al alcance de casi nadie, Eli, porque la gente solo piensa en ella, y juzga cuando ve algo que pueda perturbar su aparente calma interna. ¿Sabes? Siempre le he hablado maravillas de ti a Rebeca, supongo que es por eso por lo que ha pensado que tú y yo… En fin, no quiero molestarte más, creo que

esta falta de…, no sé, de confianza no era necesaria. Es posible que no haya sido el mejor novio del mundo, no lo niego, pero a ti nunca te he mentido, eso dalo por seguro. Mañana hablamos con más calma, si quieres, claro.

—Sí, mañana hablamos, Ángel, dalo por seguro.

Ángel la mira antes de salir y vuelve a sonreír, esta vez con un aire nostálgico.

En cuanto Elísabet se queda sola y se asegura de que todas las puertas están bien cerradas, con el corazón en un puño y sin saber muy bien si no habrá sido demasiado dura con su compañero, y si realmente es él quien está detrás de la pintura de la pared de su cocina, toma una decisión muy importante sin apenas pensar en las posibles consecuencias. Pero no puede dejar de pensar en la amenaza de ese comeniños que no sabe si existe realmente o no, en el cirujano pediátrico que no sabe si extrae órganos a niños sanos o no, o en las atrocidades de la Red Durán, de la que sí sabe que existe con seguridad. Cada minuto que pasa es crucial, y si no hace algo extraordinario, ni con la ayuda del teniente podrá encontrar a Samuel.

Así que coge el teléfono y llama a su abogado. Alejandro Debón responde como siempre, al tercer tono.

—¿Puedes preparar un encuentro para mañana a primera hora con Guillermo?

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Y esta vez iré sola.

Alejandro Debón suspira con elegancia desde el caro sofá de piel en su piso de la calle Colón.

—Está bien, no creo que tenga problemas, en cuanto sepa algo te llamo.

—Gracias, Alejandro, buenas noches.

—Buenas noches, Elísabet.

La inspectora Bru necesita saber quién está detrás de El Abrazo más que nunca, y si son ellos los que tienen a Samuel. Necesita saberlo cuanto antes, porque sean quienes sean, saben que ella va tras ellos, han estado en su casa, están enfadados, y tiene que encontrarlos antes de que vuelvan.

64

¿A LOS NIÑOS TAMBIÉN?
Ibai Bengoa y Lorea Zubeldía

Lorea Zubeldía echa a correr con todas sus fuerzas cuando ve, a tan solo unos metros de donde ella está, cómo el Renault 18 explota por fin en mil pedazos. Se ha acercado demasiado porque el detonador a distancia no respondía, y eso ha estado a punto de costarle la vida. Durante unos segundos no puede ver los colores de nada con claridad. El destello de la detonación ha sido mucho más potente de lo que imaginaba y ahora todo a su alrededor brilla con un fulgor desproporcionado y molesto. Espera que no se le haya dañado la vista de forma permanente, ni que sus bonitos ojos azules hayan sufrido alguna lesión. También el ruido, algo más fuerte que un millar de truenos juntos, la ha dejado temporalmente sorda. Tan solo es capaz de oír un pitido continuo y, de fondo, sus propios latidos.

A pesar de no haberse quedado para comprobar el alcance de los doscientos cincuenta kilos de amonal, sí ha podido ver perfectamente cómo gran parte de la fachada principal de la casa cuartel de la Guardia Civil de la calle Calamocha se ha venido abajo por completo. Ibai tenía razón: «Se vendrá abajo como un castillo de arena en la playa un día de marea», le dijo. Quiere pensar que la operación ha sido todo un éxito. Quiere pensar que el Comando Valencia acaba de entrar en la historia y que el número de muertos se cuente a manos llenas.

Cuando tuerce por Lladró y Malli y después por Callosa d'En Sarrià, muchos vecinos del tranquilo barrio de Patraix han salido a la calle. Se han asomado a las ventanas. Nadie sabe qué ha pasado, pero todos, a muchas manzanas de distancia, lo han oído.

Lorea tropieza con una mujer que viene del mercado, en cada mano sujeta dos bolsas llenas: verduras, algo de carne y fruta fresca. La mujer se cae al suelo y cuando se gira, quejándose de un fuerte dolor en la cadera derecha, puede ver cómo esa joven, melena de trigo al viento, tuerce por la calle Jesús como alma que lleva el diablo.

Ibai Bengoa, sentado al volante de su Seat Fura Crono con el motor en marcha, ve por el espejo retrovisor cómo Lorea se acerca a grandes zancadas. No tarda ni diez segundos en ocupar el asiento del copiloto.

—Arranca, vamos —dice Lorea entre jadeos.

Ibai la observa durante un par de segundos, tiene la boca seca. Vuelve a mirar por el retrovisor, y no ve a nadie.

—¿Ya está hecho?

—¿Es que no lo has oído?

—Sí, pero… ¿a los niños también…?

—Sí, a los niños también los ha cogido dentro, acababan de llegar del colegio. Y ahora arranca, venga.

Ibai hace chillar las ruedas del Fura Crono tratando de pensar fríamente en lo que acaban de hacer. En esa casa cuartel viven diez familias. Diez guardiaciviles con sus respectivas mujeres. Trece niñas y diez niños. Siete ancianos y seis jóvenes en prácticas. En el mejor de los casos, podrían haber muerto más de cincuenta personas, eso sin contar a los posibles civiles en las inmediaciones. Cuando se incorpora a la avenida Gaspar Aguilar, no ve que el espejo retrovisor izquierdo refleja una imagen que se acerca con rapidez. Es un vehículo de la Guardia Civil, y su conductor, con lágrimas en los ojos y la sangre cubriendo su rostro, cuando observa el tipo de conducción del Seat y comprueba su matrícula, no duda en sacar el brazo por la ventanilla, el mismo con el que sujeta su arma reglamentaria.

Al principio solo se oyen gritos. Nadie puede ver nada aparte de un denso y ardiente humo negro. Todo ha sido muy rápido, casi instantáneo. Después esos gritos dejan paso a más gritos, el vivo reflejo del horror. Luego suenan sirenas. De Policía, de bomberos, de ambulancias. Todo está lleno de sangre, todo está lleno de piedras, el forjado de paredes y estructuras se retuerce y deja a la vista un sinfín de varas de hierro y acero, convirtiendo

el escenario en una trituradora de carne humana. La gente pide ayuda, socorro, auxilio. La poca gente que puede llama a los suyos. Casi nadie responde.

Un hombre con el rostro ensangrentado y un par de varillas de acero atravesando su espalda no tarda en identificar el cuerpo de sus dos hijos sin vida bajo un montón de escombros; su niño y su niña, también los de muchos compañeros; uno de los chicos que está en prácticas, su alumno predilecto, está malherido, pero parece ser que se ha salvado. Lo ve todo negro, todo oscuro, su vida se acaba de partir en dos. En ese momento preferiría estar muerto, pero no lo está, y a partir de ese día tendrá que vivir con ello. Ese hombre, tras asegurarse de que el arma reglamentaria continúa en su cintura, se saca las dos varas de acero de la espalda y, sin saber muy bien por qué, sale corriendo hacia su coche patrulla. No sabe hacia dónde ir, solo que los responsables deben estar cerca, porque no le cabe ninguna duda de que lo que acaba de suceder es un atentado terrorista, y que ninguna distancia está lo suficientemente lejos para el que sabe cuál es su auténtico propósito. El suyo ahora es dar con los responsables del horror que acaba de presenciar y del cual se acaba de librar no sabe muy bien por qué horrible capricho del destino.

Tras abandonar la calle Calamocha y seguir el sentido obligatorio de la marcha hacia Lladró y Malli, y luego hacia Callosa d’En Sarrià, ve a una mujer tirada en el suelo que está siendo socorrida por un par de vecinos. Esa mujer, al ver el vehículo de la Guardia Civil, no tarda en decir: «Por allí, se ha ido por allí, era una chica rubia».

El guardiacivil acelera y divisa un Seat Fura que conduce por encima del límite de velocidad y en cuyo asiento del copiloto va una joven rubia. Se dice que los dos ocupantes deben ser, casi con total seguridad, los responsables del brutal atentado. Así que, sin dudarlo ni un segundo, se acerca un poco más y, a pesar de estar en plena vía pública y de que podría haber civiles que resultasen heridos, saca su brazo por la ventana, apunta bien y dispara.

La luna trasera estalla en mil pedazos y tanto Lorea como Ibai tienen el instinto de girarse hacia atrás. Por suerte, no les ha dado, pero tienen un coche de la Guardia Civil muy próximo al culo de su Seat. Su conductor asoma un brazo por la ventanilla, trata de apuntar bien y no tarda en disparar otra vez. En esta ocasión, el disparo alcanza a Ibai. Le ha dado en el hombro derecho, y eso provoca un par de volantazos que casi los sacan de la calzada. Están cruzando la avenida Tres Cruces sin mirar. Un par de coches chocan entre sí. Se oyen pitos y frenazos. Faros rotos, colisiones. Pero ellos siguen adelante. La idea es llegar a la V-30 para coger la A-3 en sentido Madrid.

Lorea ve que el hombro de Ibai sangra abundantemente y, aunque parezca mentira que haya tenido que llegar a esto para saberlo, es consciente por primera vez de que la violencia solo llama a más violencia. Algo en su interior le dice que ese es su fin. Y empieza a hiperventilar, a sufrir una de sus crisis de ansiedad.

El siguiente disparo es el más certero, va a parar a una de las ruedas traseras del Fura Crono, y eso hace que Ibai pierda el control ya a las afueras de la ciudad, muy cerca del cementerio municipal. El Seat da varias vueltas de campana y se detiene cuando choca contra la pared de una vieja barraca abandonada.

Las ruedas traseras derrapan al frenar y está a punto de volcar. Se apresura a bajar, pero el cinturón se atasca. Se dice que no se le pueden escapar, no ahora, no estando tan cerca. A unos diez o quince metros puede ver cómo una de las puertas del Seat se abre y alguien sale. Es un hombre, está sangrando, y con la mano derecha sujeta una pistola. Dispara hacia él y sale corriendo para esconderse tras la barraca.

Cuando por fin consigue quitarse el cinturón y salir del coche patrulla, ve cómo el hombre que le ha disparado se aleja campo a través. En esa parte de la ciudad solo hay huerta. «Por suerte —piensa—, todavía está la chica rubia. Ella sigue dentro del coche».

Se acerca sin ningún tipo de precaución hasta el Seat y, justo cuando llega, ve cómo se abre la puerta del copiloto con el chirrido que hacen la chapa y las bisagras dañadas. Una joven, que no debe tener mucho más de veinte

años, sale a duras penas, jadea, está completamente aterrorizada, su primer impulso es huir, pero en cuanto lo ve, es consciente de que ya no tiene nada que hacer, así que tan solo se arrodilla, y espera.

El dedo le tiembla sobre el gatillo, nunca ha matado a nadie. Y lo que está a punto de hacer es una ejecución en toda regla, pero debe hacerlo, porque esa mujer es la responsable de la muerte de sus dos hijos y de muchos de sus compañeros. Entonces, una voz dulce, aniñada y llena de miedo lo sorprende con unas palabras que no espera:

—No lo hagas, por favor, te lo ruego, no lo hagas. Estoy embarazada…

Y ese hombre, tras dudar muy seriamente y sin saber bien si hace lo correcto, baja el arma.

La mujer, que no siente el disparo previsto, abre los ojos. Frente a ella está la viva imagen del dolor. Se levanta y sale corriendo en la misma dirección que ha seguido Ibai, su novio desde que tenían quince años. Está segura de que en cualquier momento oirá un disparo a su espalda, está segura de que ese hombre la va a matar, pero tras más de diez minutos corriendo sin parar, se da cuenta de que la ha dejado escapar. Ya llegará el día, cuando menos lo espere, en que tenga que pagar un precio muy alto por su libertad.

65

LO QUE NO PUEDE SER NO PUEDE SER

«Lo que no puede ser no puede ser. ¿Cómo te encuentras, hija? El domingo te vi muy cansada, me gustaría que hablásemos, hay algo que te quiero contar. ¿Cuándo te viene bien?».

Pleonasmo. Figura literaria que consiste en emplear expresiones o palabras redundantes para reforzar el mensaje.

Elísabet siente un pinchazo en el pecho al leer el mensaje de su padre. Había olvidado lo que le dijo en el cumpleaños de Jorge, aquello de que fuese más a verlo y que nada dura eternamente. Ahora le dice que le quiere contar algo, y que lo que no puede ser no puede ser; sin duda alguna, el sello personal de su padre para hablarle de algo entre líneas, y en su cabeza se dibuja con claridad una palabra: «cáncer». Le parece obvio que se está muriendo, y que se lo ha ido dejando caer en los últimos días con todas sus figuras retorcidas, pero hasta que no ha usado una forma más explícita, ella se ha dado cuenta de lo que le ocurre. Y eso no hace más que reforzar el duro concepto que tiene de sí misma.

Le contesta que irá en cuanto pueda. Si no es ese día, al siguiente. Trata de coger aire profundamente, pero no llega al final y experimenta con mucha intensidad un colapso pulmonar, esa ansiedad que a veces la invade.

Se ha planteado muchas veces qué pasará cuando su padre ya no esté. Cuando las dos personas que la trajeron al mundo hayan dejado de existir. Ella tampoco dejará descendencia. Así que ese momento se avecina duro, se avecina como ese astronauta al que se le corta el cable en mitad del espacio y viaja en solitario en el más oscuro vacío hasta que se queda sin oxígeno. Hasta que muere. Y luego desaparece para siempre.

Pero no es momento para pensar en eso ahora porque Alejandro Debón le ha conseguido un encuentro con Guillermo Cuquerella a primera hora. Debón es bueno para lograr que ese tipo de trámites, que para cualquier otro serían

una pesadilla, parezcan menudencias. También le ha conseguido otra cosa que ella le ha pedido, una que, según él, le traerá muchos problemas.

En cuanto entra al centro penitenciario ve que Julio March la ha vuelto a llamar. También le ha escrito un mensaje:

«Te recuerdo que en un rato se cumplen las setenta y dos horas de la detención de Aoki. A las once tenemos una vista con el juez. Te espero allí».

No le responde, todavía está muy enfadada con él. Aun así, sabe que tiene que llegar al juzgado como sea. Si no se presenta, el juez podría dejar libre al detenido en régimen de libertad vigilada o bajo fianza. Y tanto ella como su jefe, en eso sí están de acuerdo, tienen la intención de pedir la prisión preventiva sin derecho a fianza para evitar que Aoki Hayasi pueda escapar.

Un funcionario la hace pasar a una sala de seguridad. Guillermo Cuquerella ya está allí, esposado de pies y manos, con el pañuelo al cuello y una mirada que, tiene la impresión, se clava en ella y trata de ser cercana. Con él está su abogado, Manuel Leal, pero Guillermo le pide que espere fuera. Quiere entrevistarse con Elísabet Bru sin interferencias.

—Qué alegría volver a verla, inspectora, permítame que le diga que ha tomado la mejor decisión. Ha hecho lo correcto.

—Al grano, no tengo todo el día. Dime de una vez quiénes son El Abrazo y cómo puedo llegar hasta ellos.

—Primero me gustaría saber si acepta las condiciones que le planteé, me gustaría saber si va a haber trato.

La inspectora Bru resopla mientras saca una hoja doblada en cuatro del bolsillo trasero del vaquero. Es el documento que le ha conseguido Alejandro Debón. Es una falsificación casi perfecta. Es lo que le ha dicho que le traería muchos muchos problemas. Falsificar una orden judicial puede estar penado hasta con cárcel. Sin olvidar que también podría perder su trabajo para siempre.

—Aquí está la orden del juez. Cuando me digas lo que necesito saber, se la entregaré a tu abogado para que haga con ella lo que le dé la gana.

Guillermo se queda mirando la hoja doblada que la inspectora sostiene en alto.

—Inspectora, si no es mucha molestia, me gustaría ver esa hoja.

—Faltaría más.

Tras desplegarla con cuidado, Guillermo observa cada detalle de esa orden judicial para que sea trasladado de inmediato a la cárcel de Villena, en Alicante, manteniendo el régimen de primer grado en un departamento especial. También dice que dispondrá de tres horas diarias para tareas

religiosas, entre las que se incluirán el mantenimiento y la limpieza de la capilla, la colaboración con el cura en los actos litúrgicos y la participación en grupos de trabajo destinados a fomentar la vida espiritual y religiosa de los presos.

Guillermo se queda mirándola. Apenas pestañea. Resulta perturbador. Elísabet teme que se haya dado cuenta del engaño, y en ese caso, obviamente, no habrá trato y no encontrará a El Abrazo.

—Está bien, inspectora, hablemos. Lo primero y más importante de todo, quiero que entienda que yo no conozco a nadie de El Abrazo personalmente, así que no seré yo quien la conduzca hasta ellos.

—Pero qué coño…

—Espere, no se altere, que aún no he terminado. Que no vaya a ser yo quien la dirija a El Abrazo no significa que no la vaya a ayudar a que los encuentre, es solo que no estoy seguro de que el encuentro vaya a hacerse del modo que usted piensa.

—¿Ah, no? —Elísabet no deja de sospechar que el Estrangulador la va a engañar. Que la quiera ayudar porque se arrepiente de lo que hizo es tan falso como su orden judicial, puede verlo en el fondo de sus ojos. La persona que le quitó a su hijo sigue ahí, tras ese bigote grande, por mucho que él se empeñe en decir que murió, que la asesina a diario y que ya no existe.

—Inspectora, nadie encuentra a El Abrazo, es El Abrazo quien encuentra a la gente. Y eso es precisamente lo que le ofrezco, que sea El Abrazo quien se acerque a usted.

—Eso ya lo ha hecho, anoche mismo alguien entró en mi casa y me dejó escrita una amenaza en la pared.

El rostro de Guillermo se contrae. Carraspea. Introduce un par de dedos por el pañuelo de su cuello y lo afloja un poco.

—No le voy a mentir, me temo que va a tener que darse mucha más prisa de la que pensábamos. Si El Abrazo sabe que usted va tras ellos y ha estado en su casa es porque de alguna forma se han sentido amenazados, y eso no solo la pone a usted en peligro, sino que acelerarán lo que vayan a hacer con el bebé raptado. Así que esto es lo que le propongo: El Abrazo es una organización que ofrece una serie de servicios a cambio de una gran suma de dinero. Primero reciben la cantidad, y después facilitan un encuentro con el beneficiario para llevar a cabo el intercambio. Antes de que lo pregunte, debe saber que ellos no tendrán ni idea de que usted será la beneficiaria, la que los esté esperando, porque ese encuentro se gestiona mediante un tercero, un intermediario de seguridad. Usted solo deberá acudir a donde se le diga

cuando se le diga, ni antes ni después. Y ahí se encontrará con El Abrazo. —Guillermo hace una pausa para coger aire. Da la impresión de que hablar le agota, su voz es cada vez más susurrante—. Es la única manera, inspectora, y entiendo que es una situación de riesgo para usted, de vulnerabilidad, pero le aseguro que no existe otra forma, lo toma o lo deja.

La inspectora siente cómo en su interior se está llevando a cabo una gran lucha por ver qué decide. Qué es lo correcto en esa horrible situación. Y se dice que, aunque es una completa locura, debe intentarlo.

—¿Y qué servicios estaría contratando? —pregunta pensando en el tráfico de órganos.

—No sé qué tipo de servicios son esos, aunque supongo que usted puede imaginárselo incluso mejor que yo, inspectora.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Doscientos mil euros.

La inspectora estalla en una risa nerviosa.

—¿En serio? Esto ya es demasiado —dice levantándose de la silla—. Lo siento. La reunión ha terminado. No hay ni habrá ningún trato. —Se guarda la orden judicial falsa y se dispone a salir.

—Inspectora. —Guillermo alza la voz. El susurro se vuelve grave. Ella lo mira desde el miedo, el desconocimiento—. Tiene mi palabra de que es verdad.

—¿Y qué? Yo no tengo ese dinero, doscientos mil euros es muchísimo.

—Le recuerdo que esta es la única oportunidad que tiene de encontrar al niño. Sé que usted tiene tierras que puede vender. Pero debe decidirse ahora, el intermediario de seguridad que podría facilitar ese encuentro solo estará disponible hasta mañana.

Vuelve a mirar al Estrangulador del Jardín Botánico preguntándose si dice la verdad. Hay algo en él que la confunde, que no la deja pensar con claridad, y no es solo por lo que le hizo, es algo más. Doscientos mil euros es mucho dinero. Es una locura en la que no debería ni pensar. Si todo es una estafa y ese dinero va a parar a alguna cuenta del propio Estrangulador, no se lo perdonará a sí misma en la vida. No podrá vivir con ello. Aunque también es cierto que algunos de los órganos vitales pueden acercarse a esa cifra en el mercado negro, así que tampoco sería descabellado pensar en un intercambio que tenga como objeto la compraventa de uno o más órganos.

—Si todo esto no es más que un engaño, y además de perder ese dinero no encuentro ni a El Abrazo ni a Samuel, tienes mi palabra de que dedicaré el resto de mi vida a humillarte, a aplastarte, a borrarte poco a poco esa sonrisa

macabra hasta que me pidas perdón en voz alta todos los días de tu vida; lo vas a pasar terriblemente mal, peor de lo que tu imaginación pueda llegar a alcanzar.

Guillermo Cuquerella asiente y, por un momento, la inspectora Bru ve en sus ojos sinceridad, cree o quiere creer que le está diciendo la verdad. Luego ella le entrega la orden judicial para que se la dé a su abogado. Con la hoja doblada en cuatro entre las manos, Guillermo le dice que en las próximas horas recibirá en su teléfono móvil un número de cuenta y, una vez haya hecho el ingreso, las instrucciones del encuentro. Lo que pase a partir de entonces y el modo en el que ella decida acudir al intercambio son cosa suya, serán de su responsabilidad. Cuanto antes pague, antes se hará el intercambio y antes los encontrará.

Guillermo también le dice que quiere hacerle un regalo personal por todo lo que le quitó. Según ha podido saber, hay alguien de su entorno que no es quien ella cree que es, que no es quien dice ser. Y ese alguien de quien no sospecha tal vez termine traicionándola cuando menos lo espere.

La inspectora Bru no da crédito a esa última revelación del Estrangulador, pero no puede evitar preguntarle quién es esa persona. El Estrangulador, con esa sonrisa de superioridad que ya le mostró en la anterior entrevista, elude la respuesta y se despide.

Lo primero que hace la inspectora Bru al salir del centro penitenciario es llamar a su abogado y pedirle que haga lo imposible por conseguirle un crédito por valor de doscientos mil euros, y que lo avale con sus campos y su alquería.

Alejandro le responde que puede conseguirle ese dinero sin problemas, pero que está cometiendo la locura más grande de su vida, que no lo haga, que está a punto de perder todo cuanto tiene, todo su capital. Le insiste. Le insiste. Le recita, como si se tratara de una oración aprendida, todas las posibilidades negativas. «Por favor —le dice—. Recapacita. Ten en cuenta que… Haré lo que me ordenes, pero esto no es sensato». Elísabet Bru no escucha ninguna de sus advertencias.

El regalo personal del Estrangulador del Jardín Botánico no hace otra cosa que aumentar aún más el tamaño de los dientes y las garras del monstruo que vendrá a llevársela. Ella solo piensa en una persona como ese posible traidor, alguien en quien solo unos días antes confiaba ciegamente: Ángel Císcar.

66

SOLO QUEDA ESPERAR

«¿Se puede saber dónde coño estás, a qué estás jugando? Para tu información, Aoki ya está en la calle por tu puta culpa. El juez le ha concedido la libertad bajo fianza hasta el día del juicio, y a sus padres les ha faltado tiempo para pagarla. Estarás contenta, ¿verdad? Eres una cría, Elísabet, no me esperaba esto de ti, creía que eras una profesional de verdad, pero estaba equivocado. Ven inmediatamente a mi despacho, tenemos que hablar muy seriamente».

El inspector jefe de la UDEV echa fuego por la boca, y es normal, pero que Aoki Hayasi esté en la calle no es ahora mismo el peor de los males de la inspectora Bru. No es que le haga gracia, pero tampoco lo considera un gran peligro. Simplemente es uno más que anda por ahí en libertad, uno de tantos, las calles no van a ser menos seguras porque él esté en ellas, porque el mal, y eso es algo que cada vez tiene más claro, siempre persiste, como una mala pandemia que no da tregua.

No obstante, lo último en lo que piensa la inspectora Bru es en obedecer las órdenes de su jefe, ya le dejó claro lo que había, y no necesita que se lo repitan a gritos. Lo único que quiere es conseguir cuanto antes el dinero para reunirse con El Abrazo y dar como sea con los doctores Andrade y Vidal. Para lo primero necesita que su abogado ponga a su disposición el crédito que le ha pedido, y para lo segundo, algo de ayuda extra porque Valencia es una ciudad demasiado grande como para enfrentarse ella sola a esa tarea.

El teniente Israel todavía no la ha llamado, y eso hace que tema que tal vez se esté arrepintiendo de lo que le prometió la noche anterior, y en cuanto a su Brigada, no quiere tratar de convencer a nadie de que no deben acatar las órdenes por seguirla a ella y a su propósito. Así que vuelve a echar mano de alguien de quien ya cree que está abusando demasiado: el agente Francesc Agulló.

En cuanto Francesc ha escuchado la voz de la inspectora, esa diminuta llama que creía apagada tras la paralización de la búsqueda de Samuel, la llama de su gran oportunidad, se ha vuelto a encender con fuerza. Así que, tras darse una ducha fría ultrarrápida, sale disparado a su encuentro. Ni se molesta en decirle nada a su compañera Yolanda Bernisz, quien ya le dejó bien claro que para ella encontrar a ese bebé no supone ninguna gran oportunidad. Para ella solo es estar acatando las órdenes de una mujer a la que no soporta.

Alejandro Debón no tarda ni una hora en poner a disposición de la inspectora Bru el crédito de doscientos mil euros. Casi al mismo tiempo, a su teléfono llega un mensaje de texto de un número desconocido con un número de cuenta. Bajo él se especifica que dicha cuenta solo estará activa cinco minutos. Elísabet entiende que quieren borrar los rastros de la operación en tiempo récord y decide hacer una transferencia exprés. Se consuela diciendo que el dinero dinero es, ¿qué son doscientos mil euros si se compara con la vida de un bebé de siete meses? «Nada —se dice—, no es nada». Así que siente cierto alivio porque solo queda esperar a que El Abrazo le diga que la quiere ver, lo más difícil ya está hecho. Confía en que no se den cuenta de que es policía y todo termine antes de empezar. Pero eso ya es cosa de Guillermo Cuquerella y ese intermediario de seguridad que dice tener.

Cuando el teléfono móvil de la inspectora Bru empieza a sonar y ve que el nombre reflejado en la pantalla es por fin el del teniente Israel, siente algo extraño: por primera vez desde que empezó a buscar a Samuel, cree estar cerca de encontrarlo.

67

ALUMBRAMIENTO EN CASA

Precepto n.º 11. El sentido de la moral es algo muy relativo. Lo bueno y lo malo, en realidad, no existen. Al final, lo único que importa, lo único que cuenta, son las decisiones y las acciones.

Las buenas noticias son que, además de aparentar estar en plena forma a nivel emocional, Víctor Israel trae consigo a sus dos agentes predilectas, Laura Sabater y Carolina Micó. Según ellas mismas, están en sus dos días libres semanales, y en sus días libres pueden hacer lo que quieran, como rescatar a un bebé de siete meses. El teniente también tiene permiso para ausentarse unos días debido a la defunción de su mujer, así que los tres agentes de la Guardia Civil están a la entera disposición de la investigación.

Para completar el nuevo equipo, Francesc Agulló no ha tardado en acudir a la llamada de la inspectora, aun a sabiendas de que la investigación de la que va a formar parte no tiene carácter oficial. Pero acepta porque cree en Bru, es la primera persona que confía en él. Su aspecto no pasa desapercibido para nadie, todos saben distinguir los primeros síntomas del adicto a la cocaína y al alcohol. El agente Agulló, que creía haber perdido para siempre esa gran oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando, se ha pasado la noche metiéndose en el cuerpo cosas que no debía, aunque todos deciden hacer la vista gorda.

Tras evaluar los puntos más relevantes de la investigación, la inspectora Bru y el teniente Israel coinciden en que la mejor forma de encontrar a Samuel es dar con los dos médicos que parecen estar implicados directamente con su secuestro. Pero encontrar al doctor Andrade, de quien no conocen su domicilio ni un número de teléfono, va a ser complicado. Es como un fantasma cuyo único registro es su número de colegiado. En cambio, del doctor Vidal sí conocen más cosas: aparte del hospital privado y de la asociación en la que trabaja asistiendo partos, han podido averiguar dónde

vive, saben que ha colaborado con varias ONG a lo largo de su carrera, que está casado y tiene dos hijas, la pequeña fue fallera mayor hace casi una década. A simple vista, parece un ciudadano ejemplar, pero la forma en la que ha desaparecido, tras mentir a dos policías acerca de su colega, no deja duda: está involucrado en esa trama criminal.

Así que se centran en Manuel Vidal. Las dos agentes de la Guardia Civil se van junto con el agente Agulló al hospital de la Casa de la Salud para intentar hablar con algún compañero de trabajo que pueda darles alguna pista de dónde encontrarlo, dado que en su domicilio habitual no está, como tampoco están su mujer e hijas. El teniente Israel y la inspectora Bru volverán a probar suerte con la asociación Alumbramiento en Casa.

Elísabet Bru, quizá por miedo a la reacción del teniente y del resto a qué pensarán de ella como profesional, o simplemente por puro terror a contar lo que le pasó tres años atrás y no soportar las preguntas o condolencias, no les cuenta lo que ha pactado con Guillermo Cuquerella. Decide esperar a ver si halla un espacio en el que se sienta a gusto, segura de sí misma. Pero sí les habla de El Abrazo, de lo que Iván le confesó que hacían con los niños. Los tres agentes de la Guardia Civil dicen haber escuchado alguna vez ese nombre, pero jamás llegaron a pensar que ese grupo existiese de verdad o que, en caso de existir, tuviese una relevancia real en el mundo criminal. A todos se les revuelven las tripas cuando piensan en que pueda haber alguien por ahí que come niños. Víctor Israel reconoce que miembros de la Guardia Civil han encontrado huesos de personas con signos de haber sido mordisqueados, pero jamás lo han sacado a la luz porque han sido casos muy aislados, en partes muy alejadas unas de otras, y que siempre lo han asociado con los restos de personas que desaparecieron en el bosque y acabaron siendo pasto de los lobos u otros animales.

Antes de llegar a las oficinas de Alumbramiento en Casa, la inspectora Bru vuelve a recibir una llamada de Julio March, que rechaza de forma automática.

—¿Problemas con tu jefe? —pregunta Víctor con amabilidad. Da la impresión de haberse quitado toneladas de culpa y pena de encima. Es como si, por primera vez en la última década, se hubiese dejado en casa una pesada chaqueta tejida a base de rabia, agresividad e impotencia. La tristeza está ahí, en algún lugar de su interior, pero esa herida que lo lleva consumiendo durante años ya no huele a podrido.

Elísabet suspira y recoge ese mechón de pelo que le hace cosquillas en la mejilla. Se lo pasa por detrás de la oreja y recuerda que no ha comido.

Tampoco la noche anterior. Lo peor es que no tiene hambre. Es como si su cuerpo ya no quisiera alimentarse. Cuando no come, las náuseas y las ganas de vomitar se tranquilizan.

—Paso de hablar con él, es un cabrón lameculos.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno, inspectora, nunca se sabe.

—Como este no, créame.

Víctor sonríe.

A continuación Elísabet recibe un mensaje de su jefe. Es un enlace a la versión digital del periódico *El Levante*. Acaban de publicar una noticia de última hora. Ha habido un accidente en la calle San Vicente Mártir, a la altura de la discoteca Moon Valencia. Un camión ha arrollado a un joven que arrastraba una maleta y que al parecer se dirigía a la estación de tren Joaquín Sorolla. Ese joven es de origen japonés y se llama Aoki Hayasi.

Los dos agentes se miran y, aunque no lo dicen, piensan: «La cosa se está poniendo fea y hay alguien que ya ha empezado a eliminar pruebas». Primero fue Jaime Benavent, ahora Aoki. No se creen ni de lejos que haya sido un accidente. Está claro que las personas a las que buscan no se andan con remilgos.

Antes de salir del coche, Víctor se queda mirando a la inspectora y hace ademán de decirle algo que necesita sacarse de encima, como una esquirla de acero en un ojo, algo de lo que se arrepiente. Ella, que percibe la intención, asiente y espera a que hable. Pero la esquirla en el ojo está bien dentro, y no sale. Víctor cambia el rictus y le dice que no hay tiempo que perder. Y la inspectora Bru, que ha observado cómo su rostro ha virado de uno a otro estado emocional, entiende que todavía no está preparado. Ella sabe que a veces hay cosas que son difíciles de expresar. Normalmente son las más importantes, las trascendentales, las que más se necesitan contar.

La sede de Alumbramiento en Casa está en el barrio de Campanar, en una de sus grandes arterias, la avenida Pío XII. Justo enfrente de la sede y a unos diez carriles de distancia, se puede ver el centro comercial más antiguo de la ciudad.

—Lo siento, pero la Ley de Protección de Datos es muy clara. No podemos dar información sobre nuestros profesionales y pacientes, lo siento, lo siento, lo siento —remata con antipatía la coordinadora de matronas de la asociación desde la butaca de su despacho.

Tanto Víctor como Elísabet se quedan mirándola durante media fracción de segundo pensando que esa mujer es como una pared de hormigón. Lleva puesta una bata blanca abotonada hasta el cuello y que le llega un poco más

abajo de las rodillas. Debajo, un vestido de gasa con un estampado apagado, demasiado oscuro para estar en verano. El vestido, a pesar del calor, también le llega hasta el cuello y casi hasta los tobillos. El pelo va engominado hacia atrás con fijador extrafuerte a lo Jamie Lee Curtis en *Mentiras arriesgadas*. Una base de maquillaje de gama baja. Y una edad comprendida entre los cuarenta y los sesenta. Elísabet trata de fijarse en sus rasgos. Y llega a dos conclusiones: su frente alta y sus ojos hundidos le dicen que es una persona un tanto obstinada, pero su mentón redondeado le dice que también es una persona muy emocional, y esa es la parte de ella que la inspectora quiere aprovechar.

—Señora Mónica Esplugues, ¿tiene usted hijos? —pregunta con determinación.

—Sí, un hijo. ¿Por qué lo pregunta? —La coordinadora de matronas arruga los labios. Su voz es como la de un grillo. Se agudiza al final de cada palabra y de cada frase.

—Porque, si tiene un hijo, coincidirá conmigo en que para usted es lo más importante del mundo, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, pero ¿qué tiene eso que ver con la Ley de Protección de Datos?

—Mucho. No debería estar diciéndole esto, y es muy probable que me abran un expediente disciplinario si alguien se entera, pero estamos llevando a cabo una investigación en la que el doctor Vidal podría estar implicado. Esa investigación tiene como objeto a un niño indefenso que ha desaparecido, uno como podría ser el suyo.

La coordinadora abre los labios ante tal revelación. Se lleva una mano al pecho.

—No habrá desaparecido el suyo, ¿verdad, inspectora? Qué horror.

Elísabet traga saliva con dificultad.

—No, el mío no, no tengo hijos, y de hecho tampoco puedo… —Se lleva una mano al vientre de forma inconsciente; el teniente Israel repara en el detalle.

—¿Están investigando esa locura de la Red Durán de la que no paran de hablar? ¿Es eso? ¿Está el doctor Vidal implicado en algo tan abominable? —pregunta la coordinadora interrumpiendo la improvisada confidencia.

—Es un poco de todo, señora Esplugues —interviene el teniente viendo que la inspectora acaba de palidecer—, pero de momento debería bastarle con saber que es un caso muy feo que nos urge resolver.

Mónica Esplugues, que sigue con una mano en el pecho, mira al teniente y después a la inspectora. Se ve a la legua que su corazón late con fuerza. Internamente algo le dice que a lo mejor el corazón es como el motor de un coche, o de otro tipo de máquina, que hay que ponerlo al límite de vez en cuando porque, si no se estropea, la inactividad lo acaba matando todo.

—Ni yo he estado aquí ni ustedes han hablado conmigo. ¿Qué quieren saber? Aunque les adelanto que no traspasaré ciertas barreras —dice afinando su voz.

Elísabet y Víctor suspiran de alivio. Se miran de reojo y sonríen como dos viejos conocidos que lo saben todo el uno del otro.

—Nos gustaría saber cómo funcionan los partos en casa, si tienen algún tipo de registro de los partos que asisten, qué ocurre cuando hay algún tipo de problema, pero sobre todo, con qué personas suele trabajar el doctor Vidal y si conoce usted algún tipo de información relacionada con él que le haya podido hacer sospechar algo raro. Entienda que el motivo de que estemos aquí, hablando con usted y no con él, es que el doctor Vidal no da señales de vida desde ayer.

—Para empezar, los partos en casa siguen un protocolo muy estricto. Bastante mala fama tenemos ya como para arriesgarnos a que algo salga mal. Hay por ahí gente tildando de locas a las mujeres que quieren dar a luz en casa, y el día que pase una desgracia, esa gente dirá que la culpa la tiene Alumbramiento en Casa. En primer lugar, deben saber que solo atendemos partos de riesgo bajo. Las mujeres se deben hacer revisiones mensuales durante toda la gestación, y en el momento en el que el ginecólogo o la matrona que tienen asignados detectan algún tipo de problema, la embarazada es derivada a un hospital.

—¿Problemas de qué tipo? —pregunta Víctor.

—Placenta previa, tensión alta, incompatibilidad con el grupo Rh, que el bebé venga de nalgas o tenga varias vueltas de cordón…, ese tipo de cosas. Nosotros trabajamos desde la sensatez, incluso en el momento del parto ha habido veces que hemos llamado a una ambulancia porque la cosa no estaba clara. Para nosotros, la seguridad del bebé y de su mamá es lo principal.

—¿Y cuántas personas suelen participar en cada parto? —pregunta la inspectora Bru.

—Normalmente son dos matronas las que se encargan de todo, pero si la cosa se alarga y se requiere instrumental, interviene un ginecólogo, que suele estar de guardia localizada. A veces también puede participar un pediatra, pero eso es solo en muy contadas ocasiones. Las matronas y el ginecólogo

cumplimentan todo el papeleo para inscribir al bebé en el Registro Civil, como la partida de nacimiento y el informe clínico.

Tanto la inspectora como el teniente piensan que el domicilio particular de una persona es un lugar ideal para que sucedan cosas en la más absoluta privacidad, en el anonimato. Lejos de los focos y las miradas curiosas.

—¿Han tenido en los últimos tiempos algún tipo de incidencia con algún parto? —pregunta Víctor.

—¿Como cuál?

—No sé, alguna complicación con algún bebé o alguna madre, o que os hayáis visto obligados a llamar a una ambulancia urgentemente…

Los labios de Mónica Esplugues se frotan entre sí. Luego levanta la vista con ojos de cordero degollado.

—¿Podrían darme su palabra de que no dirán nada de esto a nadie?

—Por supuesto.

—Como les he dicho, siempre atendemos partos de bajo riesgo, pero eso no significa que el riesgo de que pase algo no exista. Así que, lamentablemente, sí, a veces pasan cosas, pero les puedo asegurar que jamás han sido por negligencia, eso seguro.

—En ningún momento hemos pensado en nada de eso —dice la inspectora—. ¿Podría ser más concreta?

Mónica vuelve a suspirar.

—En el último año han fallecido tres mujeres, y otras tres tuvieron que ser hospitalizadas de urgencia, pero jamás por mala praxis.

—¿Y algún problema con algún bebé? —Víctor no quiere perder la oportunidad de tirarle de la lengua ahora que ha empezado a abrir la boca.

—Sí, en el último año también han perdido la vida cuatro bebés, pero tienen que saber que no fue durante el parto, sino después. Es que a veces ocurre la desgracia de la muerte espontánea. Nadie sabe por qué pasa, pero pasa, da igual que el parto sea en casa o en el mejor hospital del planeta, es algo que sucede sin esperarlo.

—No me cabe ninguna duda de eso, señora Esplugues, y para terminar, ¿podríamos ver el registro de esas incidencias?

—No, eso sí que no, por ahí sí que no paso.

—Por favor, Mónica, tiene mi palabra de que no estamos buscando culpables, solo saber si el doctor Vidal se ha visto implicado en alguna de esas incidencias. —Elísabet suaviza el tono de su voz y ruega con la mirada.

Mónica siente que de pronto le sobran los últimos botones tanto del vestido como de la bata.

—Espere que consulte la base de datos —dice muy seria. Mientras trastea en el ordenador no deja de pensar en la horrible estadística que está a punto de darles a los dos agentes. Ella sabe de sobra que, estando el doctor Vidal de servicio, han muerto una mujer y cuatro niños durante el último año, pero no puede decirles que jamás pensó en que algo malo podía esconderse detrás. Porque entonces a lo mejor queda en muy mal lugar—. Una mujer y cuatro niños.

—¿Quiere decir que han perdido la vida una mujer y cuatro niños en manos del doctor Vidal? —pregunta Víctor alarmado.

—Sí, pero ha estado todo muy bien informado y documentado, el doctor Vidal jamás ha tenido que defenderse ante un juez, simplemente ha tenido mala suerte, créanme, es una buena persona, un buen profesional, y me consta que un padre ejemplar.

—Si no es mucho pedir, ¿podríamos ver los nombres de esas personas? —pregunta Elísabet.

—De eso ni hablar, ya les he dicho que hay ciertas barreras que no iba a traspasar, y esta es una de ellas. Ya he dicho demasiado.

Elísabet mira a Víctor preguntándose si hay algo más que puedan hacer para convencerla.

—Mónica, escúcheme con atención —dice Víctor—. Delante de usted están las dos personas más cualificadas de esta ciudad para encontrar al bebé de siete meses que alguien se llevó hace unos días. Le puedo asegurar que no me resultaría muy complicado conseguir una orden judicial para que usted me dé la información que amablemente le estoy pidiendo, pero tampoco le voy a mentir, eso nos haría perder un valiosísimo tiempo, quizá este centro tendría que responder ante un juez, algo que no suele ser del agrado de nadie y que podría tener consecuencias legales poco recomendables, y tenga en cuenta que esto no lo hago por mí, tampoco mi compañera, sino por un niño indefenso que necesita nuestra ayuda, que no tiene a nadie más. Así que se lo voy a pedir por favor, señora Esplugues, ¿sería usted tan amable de ayudarnos a encontrar a ese niño?

Mónica mira a la inspectora Bru buscando alguna especie de complicidad femenina. Elísabet intenta transmitirle que elija bien, porque la vida es eso, una cuestión de decisiones.

—Voy a ir un momento al servicio, no creo que tarde más de cinco minutos en volver, espero que al menos me avisen cuando hayan encontrado a ese bebé —Mónica se levanta de la silla y sale del despacho dejando a los dos agentes dentro.

Tienen tiempo de sobra para tomar buena nota de lo que aparece en la pantalla del ordenador.

Por primera vez desde que lo conoce, Elísabet ve en Víctor a ese hombre del que tan bien le habían hablado las agentes Sabater y Micó.

En menos de cinco minutos, salen de ese despacho con los nombres, direcciones y números de teléfono de esa mujer y esos cuatro bebés que perdieron la vida estando el doctor Vidal de servicio; de paso se imprimen todos los registros médicos del doctor durante el último año. Todavía no saben qué puede significar exactamente esa horrorosa estadística, pero no hace otra cosa que aumentar sus sospechas de que están frente a algo que no augura nada bueno.

Por su parte, las agentes Sabater y Micó, en compañía del agente Agulló, no encuentran ni un solo borrón en la estadística del doctor en el hospital Casa de la Salud, pero por si acaso se llevan una copia de los registros del último año y, tras hacerles unas fotos, se las remiten al teniente Israel. Tampoco encuentran a nadie que pueda decir ni media palabra mala sobre él, solo les sacan que es un gran profesional y un padre ejemplar, muy comprometido con darles a sus hijas una buena educación. La mejor de todas.

68

¿TE LO CREES?
Jorge Bru

Esperó a que no hubiese nadie mirando, y cuando se aseguró de que el resto de los niños y de los padres se habían marchado, lo interceptó de camino a su casa. Andaba solo por el arcén de la carretera, jugaba con la rama seca de un árbol y apenas levantaba la vista del suelo. Estaba triste. Y un niño triste, sin amor a su alrededor, es un árbol que crece torcido. Y un árbol que crece torcido es un árbol que crece mal, que nunca se podrá enderezar, y que algún día habrá que cortar. Le dijo que podía acercarlo a casa, que tal vez incluso lo podía invitar a un helado. El niño, que no estaba acostumbrado a que nadie le hablase y lo tratase con tanta amabilidad, se encogió de hombros y se subió al coche.

—¿Te gustan los helados?

—Sí.

—¿Y tu sabor preferido es…?

—El de menta.

—Pues estás de suerte, porque a donde vamos sirven los mejores helados de menta que hayas probado nunca.

—¿De verdad?

—De verdad. Créeme, yo nunca te mentiría.

Tomó el desvío que los conducía al bosque, le dijo que antes de ir a por el helado quería enseñarle algo, algo divertido. El niño volvió a encogerse de hombros. Paró el motor cuando llegaron.

—¿Te gusta jugar?

—No sé…, supongo.

—Pues en el lugar al que vamos está el juego más maravilloso del mundo, ¿te lo crees?

El niño se encogió de hombros con la vista clavada en sus pies, después asintió con timidez.

Salieron del coche y se adentraron en la arboleda. Caminaron en silencio hasta que llegaron a un paraje bien alejado de la carretera. Primero pasaron por un claro, después todo a su alrededor ya era bosque.

—Ahora cierra los ojos, quiero que te concentres en una imagen bonita, en algo que te haga feliz. Después cuentas hasta tres. Y te prometo que cuando vuelvas a abrirlos, todo será diferente, todo será tal y como deseas que sea. ¿Te lo crees?

—No sé…

—Vamos, inténtalo, no tienes nada que perder.

El niño cerró los ojos con fuerza. Se concentró en su imagen de la felicidad, en una vida completamente distinta a su día a día, y luego empezó a contar con la esperanza de que los sueños, solo por una vez, se hiciesen realidad.

—Uno… dos… y tres.

69

LA FUENTE DE SAN LUIS

José Raya no lleva una buena racha en lo emocional. Está cada vez más disperso, todo a su alrededor empieza a perder el sentido. Tal vez se encuentre a las puertas de una nueva crisis existencial, como la que tuvo de niño cuando su padre alcohólico le partió la cara por defender a su madre. O como la que tuvo cuando se separó de su mujer por miedo a estar convirtiéndose en la persona que más odiaba. Ahora, en cambio, la crisis es de otro tipo. Una de esas en las que ya no hay un motivo, una en la que hasta los cimientos que parecían más firmes y seguros se resienten.

Ni las tres horas que se ha pasado cortando árboles han sido suficientes para sofocar ese incendio que lo está arrasando todo por dentro.

Hacha está empezando a arrepentirse de haberse alejado tanto de su mujer e hijas, de haber aceptado el traslado. Entonces se dijo que era lo mejor, que tal vez la distancia haría que las cosas cambiaran, que sus problemas de ira y de control de las emociones mejorarían. Pero está empeorando y necesita hacer algo rápido. El tiempo no siempre lo cura todo. A veces, de hecho, es precisamente el tiempo el que hace que las cosas empeoren.

Carlos Gallach acaba de terminar la partida de ajedrez que ha sido dueña de todo su tiempo libre durante la última semana. El Niño ha perdido, y eso hace que se sienta muy frustrado, porque la última partida que perdió fue cuando tenía doce años. Ninguna desde que fue calificado como Gran Maestro según la FIDE. Pero hay algo que no lo deja concentrarse al cien por cien. Algo que lo ha desestabilizado.

Su madre lo ha notado especialmente nervioso durante los últimos días, sobre todo esa mañana. Ella sabe cuándo algo no va bien en él.

—¿A dónde vas con el uniforme, Carlos? Creía que te habían dado un par de días libres.

—Cambio de planes, hay mucho trabajo por hacer, cabos sueltos, pero no te preocupes, mamá, estoy bien.

Su madre es la única persona con la que Carlos no tartamudea, con la que puede expresarse sin miedo a que se rían de él.

Lamenta haberle tenido que mentir, porque la verdad es que no está bien. Que hace mucho tiempo que no lo está, y que no lo estará hasta que todo termine.

Hacía tiempo que Eduardo Boj no salía a correr por la playa del Cabanyal. Y le ha venido bien. Demasiada tensión acumulada. Para terminar la sesión de *running*, el Viejo se ha tomado una cerveza bien fría en La Fábrica de Hielo, un espacio ubicado en el interior de una antigua nave industrial. A Eduardo le gusta ese lugar porque le hace sentir que no todo está perdido, allí carga las pilas.

Quizá debería haberlo dejado hace tiempo, tal y como le han insistido quienes lo conocen. Hay algo en su interior, quizá ese algo que hace único y diferente a cada ser humano, que lo empuja a continuar, a seguir levantándose cada mañana para trabajar por que el mundo sea mejor. Un poco. Un poquito mejor. Eso y hacer que sus hijos hayan podido tener la mejor educación posible ha sido el auténtico motor de su vida.

Pero esa mañana en particular se ha sentido más cansado de lo normal, esa mañana ha sentido que tal vez el momento de dejarlo ha llegado. «Lo que hace falta —se dice— es sabia nueva».

Tras darse una buena ducha, le dice a su mujer que ha tomado una decisión, una que hará que la familia esté más unida que nunca, y que podrán disfrutar por fin de todo su tiempo juntos, lo que siempre han soñado. Después de eso sale de casa, se sube al coche y pone rumbo hacia su último día de trabajo. El más importante.

Álvaro Bru acaba de salir del hospital La Fe con el corazón herido de gravedad. Apenas hace un mes que le diagnosticaron un avanzado cáncer de colon, y desde entonces las malas noticias no han parado de llegar. Los resultados de las últimas pruebas indican que el cáncer está muy extendido y que tiene afectados varios órganos vitales. El médico que lo ha visitado ha

sido muy claro en el pronóstico: el tratamiento en su caso es meramente paliativo.

Ahora Álvaro se debate entre si llamar a su hija y contárselo todo o seguir esperando a que sea ella quien lo descubra. Lo que tiene claro es que no se puede ir de este mundo sin que ella sepa ciertas cosas de su propia boca, sin que sepa la verdad.

De momento decide enviarle un nuevo reto, uno muy fácil pero a la vez difícil, y en esta ocasión recurre a una de sus figuras literarias preferidas, el hipérbaton, la alteración del orden normal de las palabras en una frase:

«De la verdad el momento siempre llega. Te quiero, pásate cuando puedas, necesito ayuda para darle la vuelta a un par de *albuferencs*, yo solo no puedo».

Julio March no da crédito a lo que le acaba de decir el director del centro penitenciario de Picassent. El peligroso asesino en serie Guillermo Cuquerella se acaba de evadir aprovechando que había sido autorizado por el juez para pasar tres horas al día realizando tareas relacionadas con la capilla, donde no había ningún funcionario custodiándolo. El padre Inocencio, que es quien estaba con él y a quien han encontrado maniatado y amordazado, dice que desconocía sus intenciones y que todavía no sabe cómo lo ha hecho, pero no encuentra por ningún lado el pase acreditativo que utiliza para moverse por la prisión, tampoco aparece el del hermano Daniel, que se encuentra realizando tareas de voluntario. El verdadero problema es que la orden judicial que le otorgaba al preso esa licencia, según acaban de comprobar, es falsa, y la responsable de ella no es otra que una de sus inspectoras, Elísabet Bru.

Así que el inspector jefe March, totalmente fuera de sí, no la llama como ha hecho las otras veces, ni le envía ningún mensaje: ordena que la detengan. Ahora es su propio cargo el que está en juego, algo que no se puede permitir después de estar paladeando el éxito de haber acabado con una de las mayores redes de pornografía infantil del planeta. El subinspector Císcar, que es quien mejor la conoce y alguien que nunca se ha opuesto a una orden ni tampoco a negociar un posible ascenso a cambio de algún que otro favor personal, ha sido el seleccionado para tal misión.

El teniente Israel y la inspectora Bru tienen cinco direcciones a las que hacer una visita: las de los padres de los cuatro niños fallecidos y el marido de la

mujer que perdió la vida dando a luz en casa. Les han pasado dos a las agentes Sabater y Micó y al agente Agulló, y ellos se han quedado con las otras tres.

La primera visita ha sido a Vicent Forés, cuya mujer falleció hace solo un mes. Pasear por las calles peatonales del barrio de Benimaclet ha hecho que la inspectora Bru volviese de nuevo a la infancia. Su madre era de allí, y el recuerdo de las múltiples visitas dominicales a casa de sus abuelos, paella incluida, se cuela entre las rendijas de su memoria para arrancarle una sonrisa.

En Benimaclet todavía se puede respirar el aire tradicional de la cultura valenciana. Calles empedradas y estrechas se entrecruzan en un acogedor entramado de fachadas. Con balcones con forja de acero, muchos de ellos con macetas y azulejo de cerámica de Manises. Sillas en la calle, vecinos que remojan las aceras con agua fresca cada mañana, incluso puntos de venta casera donde comprar auténtica fruta y verdura fresca recién traídas de la huerta.

Desde la calle Arquitecto Arnau, pasando por el Kaf Café, hasta el mítico Glop, el paseo hasta la calle del Poeta Asins, que es donde se encuentra la vivienda a la que se dirigen, es lo más agradable que tanto el teniente como la inspectora han vivido durante los últimos meses.

Vicent Forés, que es crítico gastronómico y vive rodeado de los que, a su juicio, son los mejores restaurantes del barrio, el Tallafocs, L'Amagatall y el Clandestí, dice que no vio nada raro en la muerte de su mujer. Insiste en que conocían el riesgo, pues ella padecía una grave enfermedad cardíaca. A pesar de su negativa, para su mujer ser madre era vital y tenía que intentarlo.

Ahora está por ver qué ocurrió con su bebé, pero Elísabet y Víctor intuyen que el doctor Vidal se encargó de dejarlo todo bien documentado. Aun así, se dicen que debe haber algo por algún lado que no cuadre, porque la verdad siempre termina dando la cara.

Cuando están decidiendo a cuál de las dos siguientes direcciones ir primero, Elísabet nota la vibración de su móvil a través del vaquero y vuelve a caer en la cuenta de que ese pantalón le está demasiado grande. Se trata de un SMS, el resto de las notificaciones las tiene silenciadas, y antes de verlo ya intuye que son las instrucciones de su encuentro con El Abrazo.

Con el teniente Israel observándola de reojo, lee el mensaje de un número desconocido:

«La Plata, 35. 16:00. Gris morado».

Elísabet comprueba que son las 15:40, así que tiene veinte minutos para cruzarse media Valencia, muy justo. Si Guillermo no la ha engañado, está a

un paso de conocer a alguien de El Abrazo. Alguien que supuestamente le va a dar algo a cambio de los doscientos mil euros que ingresó en una cuenta que ya no debe existir. No tiene ni idea de a qué se refieren con «gris morado», tal vez sea una prenda de ropa con la que identificar a la persona con la que se va a encontrar.

Sin tiempo para pensar ni calcular las posibles consecuencias, Elísabet le propone a Víctor dividirse durante un rato. Es lo único que se le ocurre para no contarle la verdad. El teniente, aun con toda su buena voluntad y su renovado carácter, podría echarlo todo al traste. Por primera vez en mucho tiempo, la inspectora Bru no tiene nada claro que esté eligiendo bien.

El teniente Israel sabe que la inspectora Bru le oculta algo importante, algo que la preocupa mucho. También sabe que hay algo de su pasado, quizá ese bebé que perdió estando de servicio, que la tiene cogida, como una mano invisible que no le permite avanzar, que la obliga a estar sumergida en el dolor, en esa herida que continúa abierta. Él lo sabe porque llevaba diez años atrapado por la enfermedad de su mujer. Ahora que ha muerto, el dolor sigue siendo intenso, quizá incluso haya aumentado un poco, pero de algún modo siente que ya es libre para avanzar hacia algún lado. Esa herida, a pesar de su profundidad, ya ha empezado a cerrar. Y ahora que por primera vez en muchísimo tiempo se encuentra sereno para ver las cosas con claridad, sin esa omnipresente urgencia vital, es consciente de los muchos errores que ha cometido. Empezando por quienes siempre han estado ahí, como sus compañeros y compañeras de trabajo, y terminando por personas a las que acaba de conocer, como la inspectora Bru.

Duda entre si respetar la decisión de su nueva compañera y dejarle el espacio que le acaba de pedir o hacer caso a su instinto y seguirla por si se ha metido en un buen lío y necesita su ayuda. Y con esa gran duda en la cabeza se dice que debería encontrar cuanto antes el momento para disculparse con ella por cómo la trató y cómo le habló los días previos. Porque eso no estuvo bien. Luego decide hacer algo a lo que no ha dejado de darle vueltas desde que tuvo conocimiento de ello: investigar a fondo esa parte del pasado de la inspectora sobre la que le informaron sus dos rastreadoras. Sabe que esa información está clasificada con el mayor nivel de confidencialidad, pero a lo mejor esconde algo clave acerca de Elísabet Bru. De la persona que realmente es.

Elísabet ha tenido que saltarse unos cuantos semáforos para llegar a tiempo. Las náuseas han vuelto acompañadas de una gran debilidad. Desde la paella en casa de su padre un par de días antes, apenas ha probado bocado y sigue sin tener hambre. «A este paso —piensa—, no va a hacer falta que el monstruo me coma, me voy a morir yo sola». Aparca el Prius a unos doscientos metros del punto de encuentro, a la altura de Mas Blayet, una antigua masía rehabilitada que alberga uno de los restaurantes mejor valorados de la ciudad.

Quedan cinco minutos para las cuatro. Acelera el paso. No hay nadie en la amplia acera de la avenida de la Plata. A esas horas, en verano y un martes, Valencia está desierta.

El corazón de la inspectora Bru late con más fuerza que nunca porque no tiene ni idea de con qué se va a encontrar, y aquello que se desconoce es siempre lo que más miedo da. Pero ya está allí, en el número 35, y no hay nadie. Son las cuatro en punto, así que, si no ha sido víctima de un engaño, quienquiera que acuda a ese encuentro no debería tardar. Mira a su alrededor de forma disimulada, no quiere que sus formas policiales la delaten. Ni un alma a su alrededor en la amplia avenida, a excepción de una mujer sentada en un banco de madera a unos cuantos metros. Está hablando por teléfono y no para de reír a carcajada limpia. Lleva gafas de sol y una pamela. Rondará los cincuenta y se le intuye una buena forma física. En la mano derecha sujeta la correa de un perro, uno muy pequeño pero con porte de ser de buena raza. Elísabet se fija en si lleva alguna prenda gris o morada, pero viste un pantalón negro ajustado y una camisa verde sin mangas metida por dentro de la cintura.

Pasan tres minutos de las cuatro y los nervios de Elísabet van en aumento, igual que su miedo. Se ha dejado la pistola, las esposas y la placa en el coche, por si alguien la cacheara antes del intercambio. Pero ahora está dudando de si ha hecho bien. Ella no es buena peleando, su aspecto quebradizo tampoco inspira temor, menos ahora, con la cantidad de peso que ha perdido y el color de su piel. Su espalda se empieza a mojar. Mira el reloj, el teléfono móvil, y se dice que si a las cuatro y diez no ha llegado nadie, se marchará. Hay algo en su interior, tal vez ese miedo a que la descubran y le hagan algo muy malo y no pueda encontrar nunca a Samuel, que desea que no vaya nadie a ese encuentro, que desea marcharse de allí y continuar con la investigación en modo seguro, junto al teniente Israel. Todo se queda en pausa cuando ve cómo la mujer que estaba hablando por teléfono, con la correa del perro en la mano, se levanta del banco y se dirige hacia ella con decisión.

—¿Espera a alguien, señorita?

Elísabet trata de analizar el rostro de esa mujer, pero entre las grandes gafas de sol y la pamela apenas percibe nada.

—Sí. ¿Es usted?

—No sé, puede. ¿Ha visto qué color más curioso tiene el cielo hoy?

Elísabet se queda un momento en blanco, pero enseguida reacciona y recuerda el mensaje que le han enviado. Mira al cielo, no hay ni una sola nube. Despejado y de un azul celeste uniforme, como suele ser normal en Valencia.

—Sí, hoy el cielo está gris morado.

La mujer asiente y tira de la correa del perro, que se quiere ir corriendo detrás de un gato.

—¿Dónde lo tiene? —pregunta la mujer con algo de prisa.

Elísabet vuelve a dudar: ¿dónde tiene el qué? No sabe si detener a esa mujer o seguirle el juego un rato más. El problema es que tampoco tendría demasiado de qué acusarla; de hecho, no tiene nada de nada. Así que tiene que ver hasta dónde la lleva ese invisible hilo por el que ha pagado doscientos mil euros. También echa de menos a Ángel Císcar. Él sí sabe jugar, sobre todo con mujeres.

—En el coche —responde lo primero que se lo ocurre para ganar tiempo.

—¿En el coche? —pregunta la mujer alarmada.

—Sí, no sabía que…

—No importa. Imagino que está solo, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —responde Elísabet.

—Joder. —La mujer se rasca el cuello. Tiene las uñas pintadas de un bonito color rojo—. ¿Está muy lejos?

—No, qué va, a unos doscientos metros.

—Pues vamos, la sigo, es un poco tarde, y con la que está cayendo, dejarlo solo en el coche…, joder —dice la mujer con indignación.

Elísabet empieza a andar hacia el Prius y no deja de preguntarse qué va a pasar cuando estén frente a Mas Blayet. Esa mujer que camina tras ella parece estar esperando recoger algo, cuando se supone que la cosa tenía que funcionar al revés, ¿para qué si no eran los doscientos mil euros que ha pagado? No entiende nada e internamente maldice a Guillermo Cuquerella. Al menos, el encuentro sí ha tenido lugar.

—¿Puedo preguntarle algo? —dice Elísabet tratando de averiguar algo más.

—¿Qué?

—En cuanto obtenga lo que ha venido a buscar… —Elísabet deja la frase en el aire y espera a que sea la mujer que tiene detrás la que la termine. Es un principio básico de todo intercambio que las dos partes dan y reciben algo. Si ella se supone que va a darle algo a esa mujer, se supone que va a recibir otro algo.

—En cuanto compruebe que está bien, usted recibirá sus treinta mil, no se preocupe por eso.

En ese preciso momento, como una estrella fugaz, atraviesa el cerebro de la inspectora el recuerdo de la cifra que iban a percibir Aoki, Iván y Claudia por el secuestro de Samuel.

—¿Podría verlos? —Elísabet decide arriesgar un poco más.

—No, no puede, no los tengo encima, los tiene un compañero mío que está muy cerca. En cuanto lo avise, no tardará ni medio minuto en llegar con su dinero. Y ¿dónde se supone que está su coche?

Elísabet levanta la vista. El Prius está frente a ella, pero en su interior no está lo que esa mujer espera encontrar. No obstante, si va a proceder a detenerla, al menos necesita las esposas y quién sabe si la pistola.

—Es este de aquí, espere un momento —dice Elísabet mientras desbloquea el cierre. Se apresura a abrir la puerta del piloto. La pistola, las esposas y la placa están bajo su asiento.

La mujer se acerca y mira a través de las ventanillas de atrás, ya ha visto que en los asientos delanteros no está lo que esperaba encontrar.

—Eh, ¿qué significa esto? ¿Dónde está el bebé? —pregunta nerviosa.

La inspectora Bru, que palpa la culata de la pistola, ya no tiene duda de que el intercambio que le ha preparado el Estrangulador consiste en la entrega de un bebé a cambio de treinta mil euros. Las preguntas se suceden en su cabeza: ¿Qué bebé? ¿Y para qué? ¿Para darle de comer al Saginer? ¿Para una red de tráfico de órganos? ¿De pornografía infantil? ¿Para venderlo en el mercado negro?

Cuando Elísabet se dispone a salir del coche, percibe la presencia de esa mujer frente a ella, y antes de que pueda pensar en nada ve cómo le cierra la puerta en la cara con suma violencia. La inspectora recibe un fuerte impacto en el brazo y la cabeza que la deja aturdida, la pistola cae al suelo y la mujer se apresura a darle una patada que la envía hasta la acera de enfrente, después sale corriendo y suelta la correa del perro, que empieza a ladrar.

Elísabet, dolorida, ve cómo enfila la avenida de la Plata a una velocidad endiablada. Sus posibilidades de encontrar a El Abrazo están a punto de derretirse en el asfalto valenciano. Y sale corriendo detrás de ella sin tiempo

para buscar dónde ha ido a parar su arma reglamentaria. Tampoco puede pararse a observar que alguien que está por allí, alguien muy cercano a ella y que es quien tiene los treinta mil que le iban a entregar a cambio de un bebé, recoge el arma con disimulo y se la guarda. Quizá la utilice más adelante contra su propia dueña.

La mujer goza de una condición física espectacular. A pesar de la diferencia de edad, a Elísabet le cuesta seguirle el ritmo. Cada vez le resulta más difícil no perderla de vista, y ya ni siquiera oye los ladridos del perro. Atraviesan el barrio de Na Rovella y tras cruzar la avenida Antonio Ferrandis sin mirar, aun a riesgo de ser atropelladas, entran de lleno en el barrio de la Fuente de San Luis.

Elísabet atraviesa el barrio a marchas forzadas, hasta que llega un punto en el que definitivamente pierde de vista a la mujer. Apenas puede respirar. Se detiene en mitad de la calle Músico Chapí, una de las calles más apartadas, apoya las manos en las rodillas y trata de recuperar la respiración, de que sus pulsaciones bajen antes de que las paredes de su corazón se agrieten. Levanta la vista, no hay nadie en la calle. Reina una quietud casi molesta. Las moscas han empezado a zumbar a su alrededor. El sol abrasa. Y empieza a asumir que ha perdido a la persona que podría haberla conducido hasta El Abrazo. Recupera la postura y al torcer a la calle Lucena del Cid, que limita ya con la huerta, ve que bajo un frondoso naranjo hay reunidos un grupo de jóvenes que no deben pasar de los dieciocho.

Escuchan rap a través de un altavoz, ríen y fuman, probablemente algo prohibido, y mueven las manos contorsionando los dedos en el aire. Se dirige hasta ellos para preguntar si han visto pasar a una mujer corriendo, pero para su sorpresa no solo no le dan la información por la que les ha preguntado, sino que uno de los jóvenes la reconoce.

Casualidades de la vida, es el chico al que apuntó con la pistola en el barrio de Barona la noche anterior. El mismo al que llamaban el Migue. El mismo que amenazó con matarla y le dio un cabezazo que a punto estuvo de partirle el tabique.

—Joder, esto sí que es una sorpresa. Si no lo veo, no lo creo, ¿dónde está la cámara? Esta es la hija de puta que me puso ayer una pipa en la cabeza, la piba de la historia que os acabo de contar —dice el Migue a los otros, que sonríen y se miran de reojo.

—¿Qué dices? Está más buena de lo que decías —dice uno.

—Lo que oyes, Chema, y qué va a estar buena, es una puta pava, una pija de mierda que, por lo que veo, tiene ganas de jaleo. Te aseguro que esta no ha

hecho una mamada en su vida. Además, está demasiado flaca.

Elísabet, que todavía no ha recuperado el aliento, tampoco da crédito. Piensa en correr, pero no le quedan fuerzas ni para respirar, razonar con ese chico tampoco parece algo plausible. Y antes de que pueda pensar en nada más, el Migue pasa a la acción. Se acerca hasta ella con chulería, nuevamente va sin camiseta, y le da un fuerte empujón en los hombros que casi la tira al suelo.

—Ayer te dije que estabas muerta, ¿te acuerdas? Nadie en esta ciudad le pone una pipa al Migue en la cabeza. Y menos una pava.

Elísabet mira a su alrededor, el resto no ha tardado en rodearla. Ríen presos de una insana excitación. Y ella, lejos de darle la espalda al miedo, lo reta con la mirada. De nuevo esa parte suya que no elude los golpes, sino que les planta cara, se activa.

—Te aseguro que si me vuelves a poner una mano encima te vas a meter en un buen lío, todos os vais a meter en un buen lío como no os apartéis inmediatamente. Soy inspectora de Policía, así que dejaos ya de gilipolleces y largaos a vuestras casas antes de que lleguen mis compañeros. —Elísabet sabe que, si se muestra débil, lo van a aprovechar y se van a ensañar.

Entre los siete u ocho chicos que la rodean puede ver miradas perdidas, de incertidumbre, miedo, algunas de excitación. Hay tres o cuatro que no deben tener ni quince años. Sus caras tienen un denominador común: la tristeza en el fondo de los ojos. Como la aplastante realidad de aquellos hechos que nunca podremos borrar.

—¿Ah, sí? ¿Tus compañeros van a llegar? Qué miedo —dice el Migue alardeando de hombría.

Sin previo aviso, se vuelve a acercar a la inspectora y lanza un puñetazo con fuerza, pero Elísabet lo esquiva con facilidad. Los chicos se ríen y eso hace que el Migue se ponga serio. Vuelve a atacar y Elísabet lo vuelve a esquivar. Al tercer intento, uno de los chicos que cierra el círculo detrás de ella la coge por la cintura y, entonces sí, el puñetazo del Migue impacta en la cara de la inspectora, la deja medio aturdida. Sus encías se cubren de sangre. A ese puñetazo lo siguen dos más. Los dos pómulos se le abren.

—Suéltala ya, Tomás, que luego dirá que he ganado con trampas —dice el Migue tomándoselo cada vez más en serio. Mueve los pies adelante y atrás, a izquierda y a derecha, como un púgil—. ¿Sabes quién es Conor McGregor, putilla? Pues yo soy mejor que él —añade refiriéndose a su ídolo número uno, el polémico luchador irlandés de la UFC.

Vuelve a acercarse a Elísabet y se lanza contra la cintura de la inspectora. Los dos se van al suelo. El Migue se sienta a horcajadas sobre ella y empieza a soltarle puñetazos en la cabeza. Elísabet se cubre con los antebrazos y consigue detener la mayoría, aunque alguno va a parar a su cuello, a su oreja derecha, al lateral de su cara, al mentón. Los chicos que forman el círculo no paran de animar y vitorear a su amigo.

El Migue, que ha visto todos los combates de McGregor, trata de encajar la cabeza de la inspectora entre sus piernas para intentar una famosa técnica de estrangulamiento, pero él no es McGregor, ni tan siquiera ha practicado en serio las artes marciales mixtas. La inspectora aprovecha esa inoperancia y le da un fuerte mordisco en la entrepierna, lo que tiene más a mano y aprovechando que el Migue lleva puesto un bañador y no hay tela que se interponga entres sus dientes y la piel.

El grito que suelta el chico es desgarrador. Aúlla de dolor y agarra a Elísabet del pelo.

—¡Suéltame, hija de puta! —grita con el rostro desencajado. Luego le da dos fuertes puñetazos que impactan en los ojos de la inspectora.

La piel de una de sus cejas se desgarra y empieza a sangrar. Lo suelta cuando percibe que le ha clavado toda la dentadura en la carne. La sangre ha empezado a resbalar por su boca y se entremezcla con la suya propia. El chico empieza a llorar de rabia mientras observa la fea herida que tiene en la entrepierna, muy cerca del lugar donde terminan los muslos y empiezan los testículos.

La inspectora, aturdida y con el rostro cubierto de sangre, trata de aprovechar el desconcierto del Migue para levantarse a duras penas y salir de allí lo antes posible, pero los chicos que cierran el círculo se lo impiden empujándola a uno y otro lado como si fuese una muñeca de trapo. Completamente desorientada, siente un fuerte golpe en la zona lumbar que hace que se retuerza de dolor, su espalda se curva hacia atrás. A ese golpe le sigue otro en la parte trasera de las piernas que la arrodilla con violencia. Las rótulas impactan contra el alquitrán de la desierta calle Lucena del Cid. Y entonces recibe un fuerte golpe en la sien izquierda que la tumba y la coloca justo al borde de perder la consciencia.

Cuando trata de levantarse de nuevo, rota por el dolor y sin saber ni dónde está, recibe un par de patadas en las costillas que la dejan sin respiración. Siente cómo una de ellas se astilla.

—¡Vamos, puta! ¿Ya no te levantas? Ayer te dije que estabas muerta, y ahora te vas a enterar —dice el Migue cogiéndola por el pelo y levantando el

puño derecho.

Elísabet, que apenas puede abrir los ojos, espera el golpe sin fuerzas para detenerlo, el golpe que hará que pierda el conocimiento, que hará que toda su lucha acabe para siempre, y eso hace que se sienta más triste que nunca, no por ella, sino porque está volviendo a suceder, lo va a volver a perder, y esta vez no habrá más oportunidades. La gran herida, lejos de cerrarse, se ha abierto más. Pero antes de que ese golpe llegue, oye la detonación de un disparo. Todo se queda en silencio durante un segundo. Solo se oyen jadeos.

—Atrás, alejaos todos o empiezo a disparar hasta que me quede sin balas, hijos de puta.

Tanto Migue como el resto de los chicos levantan las manos cuando huelen el regusto amargo de la pólvora. Sus cuerpos, casi de forma automática, empiezan a recular. Uno de ellos se orina encima.

Elísabet sube como puede la cabeza y ve quién es esa persona que acaba de salvarla cuando todo estaba perdido.

—Vámonos de aquí, Eli —dice Ángel Císcar levantándola de un brazo.

70

TODOS LOS DEMONIOS ESTÁN AQUÍ

—¿Tú cómo lo ves, Carol? —pregunta la agente Sabater cuando salen de la segunda de las direcciones que les ha dado el teniente Israel.

—No lo tengo claro —reconoce la agente Micó—. Esta pareja y la otra están atravesando el duelo cada una a su manera, aunque esta ya está otra vez esperando un hijo. No sé si eso puede significar algo importante.

—¿Pues sabéis qué pienso yo? —interviene el agente Agulló.

Las dos guardiaciviles lo miran con reticencia. Francesc representa todo lo que critican y les molesta de la Policía Nacional. Y ahora lo tienen que aguantar con el añadido de que el chico carga con un mono de tres pares de narices. Sus ojeras, su excesiva salivación y su arrítmica respiración lo delatan.

—¿Qué? —pregunta Laura Sabater con educación.

—Que ni esta pareja ni la anterior parecen estar sintiendo verdadero dolor.

—¿Qué quieres decir?

—Da la impresión de que se han tomado lo que les pasó con una filosofía demasiado positiva, ¿no os parece? La primera pareja perdió a su bebé hace cuatro meses y la segunda hace un mes y medio. No digo que deban estar llorando todo el día, pero no sé, conozco a una pareja que le pasó lo mismo hace un par de años y os puedo asegurar que todavía no se han repuesto. En cambio, estas dos parejas, joder…, tampoco tienen pinta de ser las mejores personas. A mí no me han dado buenas vibraciones.

Sabater y Micó se miran esforzándose por darle algo de crédito. Pero no lo consiguen.

—Bien, agente Agulló, esa es su opinión, pero cada uno supera este tipo de cosas a su manera. De todas formas, agradecemos su aportación, nunca se sabe —dice Carolina Micó.

Francesc asiente con excesivo ímpetu.

—¿Llamas tú a Víctor para ver por dónde seguimos ahora? —pregunta Laura a su compañera.

—De acuerdo, agentes, buen trabajo. Nosotros tampoco hemos visto nada que nos llame la atención, aunque la pareja que acabo de visitar también tiene un perfil parecido. Esta era de clase alta, pero no se veía afectada por la pérdida. Y por la forma en que tratan a las dos empleadas que tienen en el hogar, tampoco me ha dado la impresión de que fuesen lo que se dice buena gente. ¿Os importaría pasaros por la comisión fallera de Na Jordana para ver si os pueden decir algo más del doctor Vidal? Según tengo entendido, es miembro de honor de la comisión desde hace veinte años. A lo mejor hay suerte y anda por allí probándose el traje de fallero de este año —dice Víctor Israel con algo de humor negro.

—Claro, teniente, vamos hacia allá inmediatamente.

En cuanto Víctor cuelga el teléfono, piensa de nuevo en Elísabet. Se dice que debió hacer caso a su instinto y seguirla. Al final decidió darle ese espacio que ella le había pedido, pero ahora está convenciéndose de que no hizo lo correcto, como tampoco lo hizo en su día no escuchando las señales de peligro que le mandaba el cuerpo de su mujer. Ha llamado un par de veces y la inspectora no coge el teléfono. Se está empezando a preguntar a dónde fue. Teme que le haya podido pasar algo. Sobre todo, se está empezando a temer que no sea realmente quien dice ser. Víctor ha tenido tiempo de llamar a un antiguo compañero y pedirle uno de esos favores que no se olvidan, que por favor acceda a la información clasificada sobre el pasado de Elísabet Bru, necesita conocer todos los detalles, porque hay algo que no le cuadra. Y su amigo, que es uno de esos que nunca falla, le dice que muy pronto recibirá una llamada con la información.

El teniente se sobresalta cuando alguien golpea con los nudillos el cristal de su ventanilla.

—¿Y tú qué quieres? —pregunta con cierto enfado. Más por el susto que se ha llevado que por otra cosa.

—Ho-ho-hola, teeeeniente Israaaaael. Ne-ne-ne-cesito hablar con uuuuusted.

—¿Se puede saber en qué andas metida, Eli? El otro día no sé qué pasó en tu casa, pero está claro que has enfadado a alguien con bastante mal humor. Y

ahora por poco te mata un grupo de críos, tienes la cara hecha un mapa, estás sangrando por cinco sitios distintos. No sé, quizá si volvieras a confiar en mí, a lo mejor podría echarte una mano, como acabo de hacer ahora. —El subinspector Ángel Císcar conduce y habla a la vez.

Elísabet oye su voz con algo de distorsión y se dice que hasta cuando miente resulta elegante. El Migue debe haberle roto un tímpano. Con una mano se tapona el pómulo derecho, el que presenta el corte más feo, y con la otra se presiona la ceja izquierda, que también la tiene abierta. Abre y cierra los ojos a la espera de que deje de verlo todo borroso. Le duele todo, acaban de darle la paliza de su vida, pero algo en su interior le grita que todavía tiene espacio para un par de golpes más. A pesar del mareo y de la desorientación, no puede dejar de pensar en que la persona que tiene al lado es el traidor del que le habló Guillermo Cuquerella. La misma persona que entró en su casa para asustarla con la pintada del Saginer y, probablemente, la misma que esperaba cerca del número 35 de la avenida de la Plata con treinta mil euros en el bolsillo para intercambiarlos por un bebé.

—¿Cómo sabías que estaba en esa calle? ¿Cómo me has encontrado? —pregunta Elísabet. Al hablar, el dolor costal se intensifica.

—¿Cómo te voy a encontrar? Tu coche, te recuerdo que lleva un localizador GPS precisamente para evitar que sucedan este tipo de cosas. He encontrado tu coche y después te he visto correr como una loca detrás de una mujer, os he intentado seguir, pero he tardado un poco en dar contigo. ¿Quién era esa mujer?

—Eso a ti no te importa. ¿Y se puede saber por qué has usado el localizador para encontrar mi coche? ¿Acaso te ha dado alguien permiso para hacerlo? ¿Por qué me buscabas?

Ángel trata de leer en ella. Va a decir algo, pero rompe a reír. Su risa tiene la inocencia de un niño. Es una risa bonita. Contagiosa. Aunque Elísabet está para pocas risas.

—Perdona que me ría, Eli, pero me está pareciendo que sospechas algo raro de mí. ¿Estoy en lo cierto? Alucino contigo, de verdad, después de tanto tiempo trabajando juntos…, creía que tenías mejor ojo para las personas, pero te hacen falta unas vacaciones en las Bahamas. Nadie me ha dado permiso para usar el GPS, lo he usado yo por mi cuenta y bajo mi responsabilidad. Denúnciame si eso te hace feliz. Lo he hecho porque estoy muy preocupado. Lo del otro día en tu casa fue… muy extraño, la verdad. No solo creo que estás en peligro, sino que estás muy asustada y eso te hace sospechar de quien no debes. Has perdido mucho peso, saltas a la mínima, te he visto escaparte

para vomitar unas cuantas veces, vas hasta arriba de excitantes que a su vez contrarrestas con tranquilizantes. ¿Crees que no sé todo eso? ¿Crees que no sé que no estás bien? Pues lo sé, y por eso estoy aquí. Porque me preocupo por ti.

Elísabet suelta un suspiro cansado. No tiene fuerzas para responder. La vista parece que se le está aclarando, pero las costillas le siguen doliendo muchísimo. Se mira las manos y ve que las tiene llenas de sangre. Toda su cara es como una gran herida.

—Piensa lo que quieras, desconfía lo que te dé la gana, pero después de que me hayas apartado de tu lado de esa manera, y también después de enterarme de que has vuelto a ver a Guillermo Cuquerella tú sola y de que Julio haya paralizado el caso de Samuel para que nos volquemos en la Red Durán, ¿qué pensarías tú? Yo al menos he pensado que habías seguido investigando por tu cuenta, que te habías metido en algo muy feo y que, al no dar señales de vida, podría ser que te hubiese pasado algo malo, por eso te he buscado. Y menos mal que lo he hecho. De nada por salvarte la vida, por cierto. ¿Crees que si tuviese algo contra ti habría ido a rescatarte? ¿Tiene eso algún sentido?

Elísabet trata de concentrarse en un pensamiento que lleva un par de días incrustado en su cabeza y que se está haciendo más grande. Por un lado, están las personas como Iván, Claudia, Aoki, o el propio Ignacio Durán, en cuyo rostro cree estar segura de poder leer cómo son y cómo han sido. Pero, por otro lado, hay otro grupo de personas, como el subinspector Ángel Císcar, el doctor Vidal, el doctor Andrade o el propio Ogro, aquel que se la intentó llevar de niña y de quien no puede recordar apenas nada, solo que no le pareció que sus intenciones fuesen realmente malas. Y entonces se dice que hay algo que se le está escapando, algo muy importante. Se ha pasado media vida tratando de interpretar las caras, las expresiones, las miradas, quizá debido a que nunca terminó de entender por qué no vio venir al Ogro, qué había en él que fuera distinto al resto, por qué hacía lo que decían que hacía, por mucho que su padre le dijese que lo llamaban así por lo que simbolizaba. Y después de tantos años de búsqueda, cree estar a punto de dar con la respuesta, una que no es justo la que espera. Pero necesita algo más de tiempo para pensar detenidamente en ella.

—La única persona que a ti te preocupa eres tú mismo, Ángel. Déjate ya de cuentos y quítate esa máscara de niño bueno que llevas siempre. Ya sé cuál es tu verdadero rostro.

Ángel vuelve a sonreír con cierto sarcasmo.

—Eli, estás muy dispersa ahora mismo, no sé qué te ha pasado, pero no ves las cosas con claridad, creo que estás empezando a delirar.

—Ya, como también deliraba el otro día tu novia Rebeca, ¿verdad?

—Mira, lo que pase entre Rebeca y yo es asunto nuestro. Reconozco que no he sido el mejor novio del mundo. Y sí, tengo una amante. Tengo un pequeño problema con la fidelidad, me encantan las mujeres, no lo puedo remediar, me gustan todas, como me gustas tú, Eli. Pero no busques nada más allá. Eso no tiene nada que ver con mi trabajo ni con mis compañeros.

—Ya, claro. ¿Por qué lo haces, Ángel? ¿Por dinero? ¿Cuánto te pagan? ¿De verdad crees que merece la pena?

—Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? Estoy empezando a pensar que tienes problemas de salud mental. No sé qué estás insinuando, pero no me gusta.

—Sí, vale, lo que tú digas. ¿Dónde se supone que vamos ahora? —A pesar del dolor costal, de que uno de sus oídos no deja de pitarle y de que siente toda la cara como si fuera de corcho, la inspectora Bru está bastante más despejada.

—A que te vea un médico, ¿a dónde si no? Ya te he dicho que tienes la cara destrozada, ¿o también piensas que me estoy inventando eso? Mírate en el espejo.

Elísabet asiente sin decir nada más y trata de orientarse. Una parte de ella, esa parte que ha confiado en él y que ha tratado de cuidarlo y de ayudarlo siempre que ha podido, quiere creerlo, quiere que sea cierto lo que dice, pero otra parte de ella no deja de pensar en que, si su intención fuese realmente llevarla a un médico, tal y como dice, la hubiese llevado al hospital La Fe, que está prácticamente al lado de la Fuente de San Luiz, donde la ha rescatado. En cambio, está atravesando toda Valencia: Na Rovella, En Corts, Ruzafa, El Ensanche… Así que…

Tras localizar el botón del cierre de seguridad en el salpicadero del coche, y sentir cómo el motor se vuelve a poner en movimiento después de haber parado en un semáforo en rojo en la calle Convento de Jerusalén, Elísabet desbloquea el sistema de apertura del Toyota C-HR, abre la puerta y salta antes de que Ángel tenga tiempo de frenar.

—¿¡Qué coño estás haciendo, Eli!?

Piensa en salir corriendo tras ella, pero está interrumpiendo el tráfico y no puede dejar su coche en medio de la Gran Vía Ramón y Cajal, una sinfonía de pitidos ha empezado a sonar tras él. Maldice su mala suerte y reanuda la marcha muy a su pesar. Y no es hasta después de recorrer treinta metros

cuando pierde su imperturbable calma y, golpeando el volante con fuerza, estalla en un grito de pura rabia.

> Siento lo de los doscientos mil, inspectora, pero era lo que me pidió mi contacto para organizar un intercambio con El Abrazo, ese dinero era para él algo así como su pensión de jubilación, ya que tiene que dejar de trabajar para ellos tras ese falso intercambio. Espero que haya podido servir de algo. Le aseguro que yo no me he quedado nada. Soy un hombre de palabra y mi intención era solo ayudarla. De todas aquellas personas a las que hice daño, usted es con quien más en deuda me encontraba, tengo mis razones. Quizá algún día se las cuente, y puede que hasta lo entienda. Mucha suerte con su búsqueda, yo ya soy libre para seguir mi propio camino, y cuidado con las personas que la rodean. Ahora le toca a usted, yo ya hice mi parte, solo recuerde aquella frase de Shakespeare: «El infierno está vacío, todos los demonios están aquí». Yo nunca he negado ser un monstruo, es lo único que he sabido ser. Tampoco he querido nunca hacerle daño a usted en particular, espero que algún día lo llegue a entender.
> Atentamente,
>
> GUILLERMO CUQUERELLA

Elísabet lee el mensaje que acaba de recibir mientras se pierde por las calles del Ensanche y siente un ataque de náuseas. Se pregunta cómo le ha podido enviar eso desde la cárcel y qué es lo que ha querido decir exactamente, pero cuando vuelve a leerlo tiene un mal presentimiento: eso de que ya es libre para seguir su propio camino no lo dice en sentido figurado, sino literal. Y entonces piensa: «Si por mi culpa Guillermo Cuquerella ha escapado de la cárcel y ahora está en libertad, y eso hace que alguna mujer sufra algún tipo de daño, habré cometido el error más grande de mi vida».

Porque la inspectora Bru no tiene la menor duda de que el Estrangulador del Jardín Botánico volverá a atacar. Ella no tiene ninguna duda de que está muy lejos de estar curado, es más, cree que ha empeorado, sus frías palabras dirigiéndose a sí mismo como un monstruo así lo demuestran. El problema es que cuando los asesinos como él reinciden, suelen hacerlo a lo grande.

Lo siguiente que hace Elísabet, sin tiempo para analizar el resto del inquietante mensaje, es llamar al teniente Israel, no sin antes ver que él la ha estado llamando varias veces. También lo ha hecho Gerard, el supervisor del centro de acogida.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —dice Julio March cuando baja a los calabozos de la Jefatura y se dirige hacia la celda en la que se encuentra Iván Teruel. Sus gritos se pueden oír desde bien lejos.

—El subnormal este, que no para de gritar como un loco diciendo que quiere hacer un trato —dice el agente que custodia los calabozos.

—Subnormal lo será tu puta madre, a ver si tienes huevos y me lo dices en la calle, maricón —responde Iván.

—Vale ya, parar los dos. ¿Qué pasa? —dice el inspector jefe con el peor aspecto que ha tenido desde que cumplió los cincuenta años. Son más de las cinco de la tarde y desde que se ha levantado de la cama solo se ha alimentado a base de cafés. Está sudado, cansado y tiene un horrible sabor de boca.

—Pasa que se han cepillado a Aoki esta mañana, y a mí nadie me ha dicho ni mierda. Me cago en mi puta vida. El otro día, Jaime, y hoy, Aoki —responde Iván con agresividad.

—Tranquilízate y no me levantes la voz, que yo no soy tu padre, ¿estamos? Por lo que sabemos, a tu amigo lo ha atropellado un camión. Y el otro se tiró de un octavo, o un séptimo, o de donde mierdas fuera.

—Y una mierda. A Aoki se lo han cargado los mismos que ya sabéis, la hija de puta de la inspectora me obligó a hablar de El Abrazo, que según ella son los que tienen al *nano*, y ahora mira lo que ha pasado. Y a Jaime…, venga, no me joda, lo mataron los mismos.

—¿Crees que esos que se hacen llamar El Abrazo están detrás de la muerte de tus amigos?

—¿Quién si no?

—No lo sé, ¿un camionero borracho tal vez?

—Y una mierda, cabrón, tú sabes igual que yo que esto es un ajuste de cuentas.

—Pero tu amigo Aoki no habló de El Abrazo, y de Jaime no puedo decir nada porque ni siquiera lo conozco, en cambio tú sí hablaste de El Abrazo, y por lo que veo estás perfectamente, ¿me equivoco?

—Mira, no me toques más los huevos y no me vengas con esa retórica barata, no sé si ha sido El Abrazo, los hijos de puta que tienen al bebé, o si unos y otros son los mismos, como decía la inspectora. Lo único que sé es que se los han cargado y van a hacer lo mismo conmigo en cuanto salga de aquí.

El inspector jefe, que se ha metido las manos en los bolsillos con cierta apatía, mira al detenido con cansancio. Es obvio que la muerte de Aoki y de Jaime distan mucho de ser algo casual. El camionero que atropelló a Aoki se dio a la fuga y el accidente se produjo en una calle muy tranquila y con buena visibilidad. Y del otro chico, nadie en su círculo dice que tuviese motivos para suicidarse.

—Si me vuelves a levantar la voz, te aseguro que te vas a tomar por culo y te encierro en el peor agujero que tenemos, ¿estamos? Tú solito te has metido

en este lío, nadie te obligó a llevarte el bebé de nadie, así que ahora te jodes y aguantas el chaparrón. —Iván asiente con el rostro constreñido—. Y en cuanto a lo de tus amigos, no sé si hay alguien detrás de lo que les ha pasado, pero tampoco sé qué quieres exactamente, mañana se cumplen 72 horas de tu detención y tienes una vista con el juez, él es quien va a decidir lo que pase contigo. Me parece que tú no vas a tener tanta suerte como el japonés, si eso es lo que te preocupa. El juez no va a ser tan benevolente teniendo en cuenta que tú fuiste el autor material de los hechos y que el bebé aún no ha aparecido, y a tu familia le importas menos que una mierda, sería un milagro que se planteasen pagarte una fianza.

Iván niega con la cabeza y agarra con fuerza los barrotes de la celda.

—Quiero hacer un trato, no puedo arriesgarme a ir a la calle ni tampoco a ir a prisión. Van a venir a por mí igual que han hecho con Aoki, esté donde esté.

—¿Un trato, dices? ¿Qué te crees que es esto, la noche de Halloween? ¿Un trato de qué tipo?

—Quiero que me incluyan en algún programa de protección de testigos, ni calle ni cárcel, protección.

El inspector jefe se ríe y el agente también. Ese es quizá el momento más divertido que han vivido en la última semana.

—Lo siento, Iván, pero eso no va a poder ser. Ya dijiste lo que tenías que decir, ahora toca esperar al juez.

—No. No dije todo lo que tenía que decir. Me guardé un as en la manga, ¿qué se cree, que soy idiota?

—¿Un as en la manga? ¿Qué as en la manga? ¿De qué hablas?

—Hablo de la persona que me ayudó a recorrer las alcantarillas cuando me llevé al bebé, la que me enseñó el recorrido para no perderme. Hablo de la persona que seguro que os puede decir algunas cosas de las personas que tienen a Samuel, hablo de alguien que os la ha metido hasta el fondo todo este tiempo.

—¿Quién es esa persona? —pregunta el inspector muy serio acercándose a los barrotes de la celda.

—Ya se lo he dicho, quiero entrar en un programa de protección de testigos. Si hay trato, le cuento lo que sé.

Julio March sabe que lo que le está pidiendo es una locura: es el ejecutor del secuestro de un bebé que no ha aparecido y que, por experiencia, duda mucho que aparezca algún día, pero si lo que dice es cierto y conoce a alguien

que podría acercarlo hasta los responsables y ese alguien además es un traidor que está subordinado a él, entonces puede que haya que valorar el trato.

—Lo que pides es un imposible, además tiene que autorizarlo un juez. Puedo ofrecerte un departamento especial en prisión, allí estarás seguro.

—Protección de testigos o no hay trato. La pelota está en su tejado, comisario, usted decide.

—No soy comisario.

—Me da igual lo que sea. Usted decide.

Y Julio March piensa si llamar al juez asignado al caso del secuestro de Samuel o ignorar la información que dice tener y dejar que la calle, la prisión, El Abrazo o quien sea haga lo que tenga que hacer con un secuestrabebés.

En menos de un minuto toma una importante decisión.

—¿Y por qué me estás contando todo esto a mí? Eso es lo que no termino de entender, ¿no tienes más compañeros? ¿Y cómo me has encontrado? ¿Cómo has dado conmigo? —pregunta el teniente Israel después de escuchar lo que acaba de contarle el agente Carlos Gallach, que es quien lo ha sorprendido junto a su ventanilla.

—Heee se-seguido los últimos movimientos que han dado usted y la inspectora, tenía claro que-que-que habían se-se-se-guido investigando. Y no-no-no puedo confiar en miiis compañeros ahora, no sé si-si-si hay aaalguien más metido. Y uuusted… ti-ti-ti-tiene un cooorazón ingobernable.

El teniente se queda pensando en las palabras del Niño. Lo que acaba de decirle le recuerda a algo que le decía Elena, su mujer: «No he conocido a nadie con un corazón tan fuerte y puro como el tuyo, Víctor, no dejes nunca que nada ni nadie lo pare».

Sus ojos se humedecen. Luego recuerda aquella canción de Extremoduro que él y Elena solían cantar abrazados con quince años, la de *romperás con tu voz*.

—De todas formas, lo que me acabas de contar es solo una impresión, no tienes pruebas de que esa persona sea quien dices que es. No sabes si es un traidor y trabaja para los secuestradores de Samuel.

—No te-tengo prueeebas, pero soy bueeno estu-tu-tu-diando el compoortamiento de las personas, sus mooovimientos. —Carlos piensa en decirle que es Gran Maestro de ajedrez, que solo ha habido veintiocho en España y unos quinientos en todo el mundo, que su mayor especialidad es prever los movimientos de los demás, saber por qué se mueven en una u otra

dirección. Pero no lo dice. Porque la timidez siempre ha reinado en él. Ha estado viendo cosas muy raras en un policía, reacciones que no esperaba, y cree que podría ser la persona que ayudó a Iván Teruel a escapar con el bebé por las alcantarillas.

Y Víctor, tal vez porque ya no siente esa losa de dolor y rabia sobre su espalda, decide confiar en él.

—Está bien, chaval, supongamos que tienes razón, ¿cómo lo demostramos?

—Si-si-si-guiéndolo, estaaando peeendientes. Si se enteeera de que sospechamos, eliminará tooodas las huellas que haya poodi-di-dido dejar. Es muy bueeeno en eso, y conoce a mu-mucha gente.

El teniente se rasca la perilla pensando en el modo de seguir a ese sospechoso sin dejar de buscar a Samuel, sin dejar de tirar del hilo que ha dejado a su paso el doctor Vidal. Apenas tienen recursos, pero al menos ahora parece que van a ser uno más.

—¿Pu-pu-pu-puedo? —dice el Niño señalando los registros médicos del doctor Vidal sobre el salpicadero del Patrol—. A lo me-mejor veo algo.

—Claro, por qué no —dice el teniente dejando que el joven policía le dé un vistazo a esos registros que, tiene el pálpito, pueden contener alguna pista.

El móvil del teniente empieza a sonar y, cuando ve que es la inspectora Bru, no puede reprimir una sonrisa de alegría. «Por fin —se dice—, aún sigue ahí, inspectora».

—Elísabet, ¿todo bien? —pregunta Víctor.

—Bueno, más o menos —responde ella pensando que, cuando Víctor vea cómo tiene la cara, va a tener que explicarle un par de cosas.

—¿Fue a la dirección del cuarto bebé? ¿Dónde está ahora?

Elísabet se muerde la lengua mientras se pregunta a sí misma exactamente eso: «¿Dónde estoy ahora?». A pesar del dolor y la debilidad, y de su cada vez más lento caminar, no ha dejado de recorrer calles desde que saltó del coche del subinspector Císcar. Pero justo en ese momento pasa por delante del restaurante de cocina vegetariana La Casa Viva.

—Estoy en Ruzafa, en la calle Cádiz, y no, no pude ir a esa dirección, me surgió un imprevisto, Víctor, lo siento, si no le importa vamos juntos ahora. ¿Dónde está usted?

De pronto, a Víctor le resulta incómodo que Elísabet lo trate de usted.

—En plena plaza Cánovas del Castillo, frente al Baobab Gastronomía, ¿lo conoce?

—Aún no he tenido el placer de probar su cocina.

—Pues recuérdeme que cuando todo esto acabe la invite a cenar allí.

El móvil de la inspectora emite el sonido de una nueva notificación.

—¿La recojo?

—No, enseguida llego yo. Por cierto, mi móvil está a punto de apagarse.

—Tranquila. Aquí la espero. No se va a creer con quién estoy.

—¿Con quién? —pregunta la inspectora acelerando el paso a lo largo de la calle Carlos Cervera. Luego cruza Ruzafa y avanza por San Valero.

—Con Carlos Gallach. Tampoco se imagina lo que me acaba de contar. —Víctor observa al Niño en el asiento del copiloto absorto en los registros médicos.

En ese momento, su rostro, parcialmente contraído por las secuelas de la parálisis facial, parece contraerse todavía más. Algo en los registros parece haberle llamado la atención.

—¿Con Carlos? ¿Y eso?

—Se ha topado conmigo, no sé si por casualidad o andaba siguiéndome, el caso es que dice que cree estar seguro de que alguien de su Brigada es un traidor.

El corazón de Elísabet late con fuerza.

—Sí, ya lo sé. De hecho, acabo de verlo hace un momento. Yo también sospechaba, y mis sospechas acaban de ser confirmadas.

—¿Cómo que ya lo sabe?, ¿desde cuándo? ¿Y cómo que ha estado con él?

—Le prometo que iba a contárselo en cuanto lo viese, teniente. No he dicho nada antes porque… en el fondo tenía la esperanza de que fuese una paranoia mía.

Víctor odia que lo ignoren, que le oculten información, y en la inspectora Bru, a pesar de que quiere confiar en ella, cada vez ve cosas más raras, ahora resulta que tenía algo mejor que hacer que ir a la dirección del cuarto bebé fallecido. Está claro que oculta datos, lo que no sabe es si podría estar relacionado con esa triste historia de su pasado, su amigo aún no lo ha llamado para contarle los detalles. De todos modos, esas ganas de estar enfadado con todo el mundo parece que se le han ido, y la inspectora Bru…, quiere pensar que ella no tiene la culpa de nada, que ella solo es alguien que sufre, igual que él. De fondo puede escuchar cómo el Niño susurra: «Creo que-que-que he encontrado algo, creo que-que-que lo tenemos».

—No se preocupe, inspectora, ahora me cuenta.

—Perfecto, teniente, enseguida nos vemos.

En cuanto Elísabet cuelga, recibe otra llamada. Es Gerard, del centro de acogida, y a pesar de que la fatiga y las heridas de su rostro y su tórax apenas

le permiten hablar y caminar a la vez, acepta la llamada. Algo en su interior le dice que ya está bien, que no puede con más reproches.

—¿Se puede saber qué quieres ahora? ¿Vas a decirme otra vez que Ric está mal por mi culpa? ¿Lo mala persona que soy por no haber podido ir el sábado? Pues ¿sabes qué, Gerard? ¡No puedo más! ¿Me oyes? ¡No puedo más! ¡Estoy harta de ser siempre yo la responsable de todo!

Elísabet, que apenas tiene fuerzas para respirar y que ve cómo a su alrededor todos se fijan en su aspecto, jadea a la espera de que Gerard responda. Parpadea y su vista se nubla. Se asusta. Se ha desahogado con él, pero como le ha dicho, no puede más.

—Yo…, lo siento, Elísabet…, no tenía ni idea de que estabas tan…, solo te llamaba para decirte que Ric ha salido de la UCI, y también para disculparme por mi comportamiento contigo, no he estado bien. Nadie tiene la culpa de estas cosas, menos tú, bastante haces ya. Yo solo…, en fin, lo siento, no sabía que estabas tan… al límite, entenderé que no quieras volver a venir, pero quiero que sepas que todo el mundo te valora muchísimo en el centro y que te echaremos de menos, eres una de las mejores personas que he conocido.

Elísabet coge aire, un par de lágrimas están a punto de romper en su lagrimal, pero se retraen.

—Siento haberte hablado así, Gerard, perdona, he descargado contigo y tampoco lo merecías. Gracias por contarme lo de Ric, ya hablaremos con más calma, ¿de acuerdo? Me coges en medio de una investigación…

El teléfono móvil se apaga. Elísabet maldice su mala suerte, y a la altura del cruce entre Gregorio Mayans y la Gran Vía Marqués del Túria, una voz la sorprende a su lado. Procede del interior de un coche.

—Inspectora Bru, ¿qué le ha ocurrido? Suba, la llevo —dice el agente Boj invitándola a que ocupe la plaza de copiloto de su Jeep Patriot.

—Eduardo, no sabe el día de mierda que llevo —dice su jefa aceptando la invitación del Viejo. Está tan cansada que si le puede ahorrar unos minutos andando a paso rápido, mejor. Su vista vuelve a nublarse y piensa: «Aguanta solo un poco más, no puedes rendirte justo ahora. Porque si te rindes, nada habrá valido la pena». Y «nada» incluye todo cuanto es ella. Todo cuanto ha hecho.

—Ya veo, tiene usted la cara llena de heridas, ¿qué le ha pasado? Vamos a que la vea un médico mientras me cuenta qué tipo de coche fue el que le pasó por encima.

—No, no, no, ya habrá tiempo de ir al médico, ahora vamos a la plaza Cánovas —dice Elísabet recordando de pronto las grandes fiestas universitarias que vivió en los alrededores de esa plaza.

—Nada de eso, primero a un hospital, y luego a donde quiera.

—Que no, Eduardo, tranquilo, me duele mucho, pero no es tan grave. Hágame caso. Puedo esperar. Vamos a la plaza.

—Pero…

—Pero nada. Ya decidiré yo cuándo es el momento de ir al hospital, pero desde luego no ahora.

—Como quiera, inspectora —dice el Viejo poniendo el Patriot en movimiento.

71

NA JORDANA

Las agentes Sabater y Micó lamentan haber dejado que el agente Agulló las guiara a través de las estrechas calles del barrio del Carmen. Argumentando que lleva viviendo allí unos años, Francesc ha insistido en que no es lo mismo callejear andando que en coche. El traqueteo que supone transitar por el histórico adoquinado medieval limita la velocidad.

—Conocer El Carmen de verdad implica conocer las callejas, el sentido de la circulación, las calles peatonales y las calles sin salida, que hay unas cuantas. Por si no lo sabéis, como la cagues en una calle clave, te toca salir fuera del barrio y volver a entrar. Es una putada, porque de pronto se te han ido quince o veinte minutos tontamente. —Francesc Agulló habla a la vez que indica a Carolina Micó por dónde ir para llegar a Salvador Giner, que es donde la comisión fallera Na Jordana tiene el *casal*. El problema es que llevan un buen rato dando vueltas alrededor de la plaza Santa Cruz, la plaza del Árbol y la que da nombre al barrio.

Al final, Carolina decide obviar las indicaciones del policía nacional y tomar la dirección correcta.

—Eh, agente, se ha equivocado de calle, le he dicho que siguiera recto por Roteros —dice Francesc metiendo la cabeza entre los dos asientos delanteros.

Ninguna de las dos guardiaciviles responde y en menos de un minuto están aparcadas sobre la acera del número 9 de la calle Salvador Giner. El agente Agulló no hace mención alguna.

Los tres entran al *casal* fallero sin preguntar.

El local es un espacio diáfano de unos doscientos cincuenta metros cuadrados. En un extremo hay una tarima de madera en cuyo fondo pueden verse un par de *ninots* de grandes dimensiones. Ahí es donde la comisión fallera debe hacer sus presentaciones y donde sus improvisados artistas deben contribuir a sus tradicionales noches de variedades.

En otro extremo del local hay una barra de bar y un montón de mesas y sillas a su alrededor. Los *casals* falleros no dejan de ser una especie de club social donde la gente se reúne para celebrar sus festejos, cenar los viernes por la noche o comer los domingos al mediodía. A veces simplemente para pasar la tarde, como si fuese su segunda casa.

Una mujer de unos cuarenta y largos muy bien llevados sale de lo que parece ser un trastero o almacén.

—¿Qué desean? —Va muy maquillada y con el pelo recogido en un bonito moño. Lleva puesto un blusón negro con el símbolo de la falla Na Jordana en el pecho.

—Buenas tardes, señora, disculpe las molestias. Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre uno de sus miembros de honor —dice Laura Sabater tomando la iniciativa.

—¿Sobre qué miembro? —Los bonitos rasgos se ensombrecen ligeramente. Una comisión fallera no es solo un club social, es un grupo de amigos, es familia, es una hermandad.

—Sobre el doctor Manuel Vidal.

La mujer trata de conservar una sonrisa que ya está empezando a parecer artificial.

—No lo he visto, no sé dónde está.

—No le hemos preguntado si lo ha visto, señora. De hecho, aún no le hemos preguntado nada —añade Carolina Micó.

La mujer pestañea un par de veces y asiente.

—¿Y qué querían preguntar?

—¿Conoce usted al doctor Vidal personalmente? —pregunta la agente Sabater.

—Sí, claro, todos lo conocemos. —Los ojos de la mujer siguen al agente Agulló, que se ha puesto a husmear como el que no quiere la cosa por el local.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —pregunta la agente Micó muy seria.

—La semana pasada, creo.

—Ya, y entonces hoy no lo ha visto, ¿verdad?

La mujer abre los ojos y no puede esconder que está asustada.

—¿Hoy?

—Sí, hoy, y le recuerdo que obstaculizar una investigación oficial puede considerarse un delito.

El agente Agulló se ha colado en el interior de la barra y está mirando las fotografías que hay en la pared.

La mujer se mira los pies y se cruza de brazos. Se levanta un poco el pecho. Durante un par de segundos se queda callada.

—Se lo volveré a repetir una vez más, señora, y por favor, diga la verdad. ¿Ha visto hoy al doctor Vidal? ¿Sabría decirme dónde se encuentra ahora mismo? —Carolina Micó, que ha percibido la duda y algo parecido al miedo en la mujer que tiene delante, está abriendo esa brecha de temor que les ha enseñado, la misma por la que suele esconderse la verdad.

De pronto, el aparatoso ruido de unas cajas cayendo al suelo hace que todos lleven su vista hacia esa puerta por la que ha salido la mujer momentos antes.

Sin tiempo a que nadie diga nada, el agente Agulló, para quien desde hace mucho tiempo todo ha adquirido un cariz de vida o muerte, sale como un rayo de detrás de la barra y abre la puerta de ese pequeño almacén. Ante él ve a la figura del doctor Vidal abriéndose paso entre montones de cajas y saliendo disparado por una puerta trasera.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Se escapa! —grita Francesc con todas sus fuerzas mientras comienza a correr detrás del médico.

—Ya hablaremos usted y yo más tarde —dice Carolina Micó antes de seguir los pasos del agente Agulló.

—¡Yo no he hecho nada, lo juro! ¡Solo me ha dicho que no le dijese a nadie que estaba ahí! ¡Nada más! —La mujer grita con lágrimas en los ojos viendo cómo las dos agentes de la Guardia Civil salen a la carrera.

La parte trasera del *casal* de Na Jordana da a un solar vacío y extenso, cubierto de piedras y matorrales. El doctor Vidal lo atraviesa a grandes zancadas seguido de cerca por el agente Agulló. Tras ellos, Laura y Carolina. El solar está delimitado por un muro de hormigón de un par de metros; el doctor se cuelga de él y consigue saltarlo a duras penas. El agente Agulló hace lo propio. Los dos están sudados de arriba abajo. Son más de las seis de la tarde, pero el calor sigue apretando, no corre ni una brizna de aire.

Están en la calle Liria, y el doctor Vidal parece desorientado. Al grito de «Alto» del agente Agulló, que está a punto de caerle encima, el doctor sale corriendo y no ve el Renault Megane que acelera hacia el Paseo de la Pechina. No debe ir a más de veinte kilómetros por hora, pero el doctor sale despedido y se golpea la cabeza contra la pared de enfrente, que está decorada con un monumental grafiti con motivos de la Cruz Roja.

Cuando Francesc Agulló se acerca hasta el doctor Vidal siente cómo su corazón se encoge al ver que el médico ha perdido la consciencia: un fino hilo de sangre procedente de su cabeza empieza a manchar la acera. Francesc

piensa que la suerte no lo acompaña, que las cosas jamás le salen bien a la primera, que siempre tiene que dar el doble o el triple para conseguir llegar al cinco. Y ya hace tiempo que empieza a estar muy cansado. Para él, la vida ha sido como una travesía a nado con el mar picado. Y cuando sus piernas y sus brazos le fallen, se hundirá justo en el lugar más oscuro y profundo del océano. Así es como ve su día a día, pero en ese momento todavía más.

—¿No tendrá por casualidad un cargador de móvil, verdad, Eduardo? —pregunta la inspectora Bru terminando de recuperar la respiración.

El Viejo la mira de reojo y no deja de hacerse preguntas. Está claro que acaba de recibir una paliza, pero… ¿cómo ha quedado la otra persona?

—No, lo siento. Lo único que le puedo ofrecer es la caja de pañuelos que encontrará bajo el reposabrazos central, creo que debería taponar bien esas heridas, no tienen buena pinta. Perdone que insista, ¿está segura de que no quiere ir a un médico? ¿Y quién es el animal que le ha hecho eso?

—Enseguida le cuento detalles, pero estoy mejor de lo que parece. —Siente un fuerte dolor costal al girar su cuerpo hacia la izquierda para coger la caja de pañuelos que le ha ofrecido el Viejo. Maldice al Migue. Se tapona la ceja izquierda y despliega el espejo del parasol. Se sorprende. Su aspecto es peor de lo que imaginaba.

De pronto, el Viejo da un fuerte frenazo que casi hace que se golpee la cabeza contra el salpicadero. Han estado a punto de chocar contra una moto. Sus rodillas, en cambio, no tienen tanta suerte y chocan contra la guantera, cuyo compartimento se abre con violencia. Cuando la inspectora se dispone a cerrarla, ve el extremo de un cable que, si no se equivoca, pertenece a un cargador de móvil.

—Al parecer, sí tenía uno —dice tirando con suavidad del cable.

—¿Sí? —responde Eduardo con la voz blanda.

—Mire… —La inspectora tira del cable hasta conseguir sacarlo del todo, y al hacerlo arrastra sin querer un sobre de papel con un buen grosor que se entreabre ligeramente. El contenido que se atisba llama la atención de Elísabet, su corazón palpita, con disimulo abre un poco más el sobre y ve que en su interior hay un buen fajo de dinero. No tiene ni idea de cuánto, pero sí que los billetes son de los verdes, de cien euros, y que está lleno. Ese instinto que no se sabe muy bien cómo funciona, pero que a veces nos protege como un ángel de la guarda, hace que se calle y no diga nada. Solo le muestra el cable al Viejo y vuelve a cerrar la guantera—. ¿Dónde lo conecto?

—Bajo el freno de mano tiene un enchufe. —El Viejo suena ahora seco.

—Perfecto. —La inspectora conecta su teléfono y espera a que empiece a cargar.

Lo enciende al minuto. En su cabeza empiezan a surgir un torrente de preguntas. ¿Qué hace ese fajo de billetes en la guantera del agente Boj? ¿Y por qué le ha dicho que no tenía cargador si tiene uno? ¿No quería que abriese la guantera? No se le ocurre ninguna respuesta buena a esas preguntas. Mira al Viejo y lo nota cansado, apagado, serio, como decepcionado con la vida. Las arrugas de su cara de pronto le parecen más pronunciadas. Sus rasgos, en general bien formados, armónicos y acordes con una persona de su profesión, le recuerdan a los de alguien que se entrega a muerte a una causa en la que cree fervientemente, y eso hace que piense de nuevo en esa respuesta que tiene en la punta de la lengua y que lleva tanto tiempo buscando, la misma que une los semblantes del doctor Vidal y del doctor Andrade, incluso del subinspector Císcar. La respuesta a la pregunta que se hizo cuando el Ogro se la intentó llevar, o que lleva tantos años haciéndose a sí misma cada vez que se mira al espejo: las personas cuyo rostro no refleja lo que son, ni lo que hacen ni lo que realmente piensan, ¿es porque no tienen alma? ¿Y es por eso por lo que no tienen conciencia de lo que está bien y lo que está mal?

—Todavía no me ha dicho qué le ha pasado. ¿Ha conseguido detener a la persona que le ha hecho eso?

—He tenido un pequeño percance con unos pandilleros de Barona, y no, no he conseguido detenerlos, pero sé quiénes son y volveré a por ellos.

Eduardo Boj resopla y cabecea con fastidio. En su cara se ha instalado una expresión amarga. No sabe si la inspectora está hablando con segundas. Está rara. Y eso no es bueno.

—El mundo está cada vez peor, ya no hay nadie que lo remedie, ni siquiera hay nadie ya que lo intente. Cuando yo tenía unos catorce o quince años estas cosas no pasaban, los críos no golpeaban a los adultos, la gente tenía un respeto por la autoridad, educación, en cambio ahora…

—Los tiempos cambian, Eduardo.

—A peor.

—Es posible.

El Viejo carraspea. No habla del día que todo cambió para él. El día del atentado en la casa cuartel. Esas cosas, en su tiempo, sí pasaban.

—Es posible, no, es seguro. El problema es que la gente ya no se compromete como antes, no se implica lo suficiente, cada uno va a la suya, y así es imposible. Y las buenas personas, las pocas que quedan, se están

perdiendo. Pero esto no es nada, en unos años estaremos sumidos en el pleno caos, ¿no cree?

Ella se encoge de hombros. En su cabeza está cogiendo forma una idea horrible. El fajo de billetes no es cosa buena. El discurso del Viejo tampoco. Y ahora conduce más rápido de lo que debiera.

—Espero que se equivoque, agente Boj.

—Lo dudo mucho. Ya nadie respeta nada, ni siquiera su propia sangre, ni siquiera a sus padres, ni siquiera a sus hijos. Ahora solo hay egoísmo, egocentrismo, a la gente solo le importa su propio ombligo, nadie piensa en las consecuencias de nada, y así no hay quien pueda.

El Viejo, más nervioso de lo que acostumbra, vuelve a frenar en seco cuando el coche que tiene delante se detiene al ver que el semáforo se ha puesto en ámbar. Hay algo que lo perturba, y ese algo es el miedo a que todo por lo que ha trabajado se venga abajo. La inspectora, que ha sentido algo que ha tocado la parte de atrás de las botas, lleva con disimulo una mano hacia abajo y lo palpa sobre la red que cuelga bajo el asiento del copiloto. No tarda en reconocerlo, ese objeto es una pistola, y la sangre se le hiela cuando sus dedos recorren el relieve con el que, en uno de los laterales, están grabadas sus iniciales. No es consciente de que sus movimientos y reacciones están siendo supervisados al milímetro por el veterano agente de la Policía Nacional.

En un fogonazo ata los cabos: Eduardo Boj es la persona que esperaba en La Plata con los treinta mil euros que supuestamente iban a servir para comprar un bebé. La misma persona que, al ver quién era ella y ver que su pistola salía despedida rodando por el asfalto, la recogió y se la guardó cuando ella salió corriendo detrás de esa mujer. Tras saber que ella conoce la existencia de El Abrazo, y que incluso ha sido capaz de fingir un intercambio, debe haberla seguido para tenerla controlada, por miedo a ver hasta dónde sabía o, quién sabe, para acabar con ella.

El cerebro de Elísabet, que se ha puesto a trabajar al doscientos por ciento y ha empezado a trazar posibles líneas de coincidencia entre los cabos sueltos y el comportamiento de Eduardo durante el transcurso de la investigación, también recuerda una cosa muy importante: según la confesión que Iván le hizo al teniente Israel, cuando dejó el cuerpo sin vida de Claudia en el piso de Benicalap, también dejó con ella un teléfono móvil, presuntamente el mismo que utilizaba para ponerse en contacto con El Abrazo. Pero dicho teléfono no ha aparecido, y casualmente los agentes que encontraron el cuerpo de la joven fueron el Viejo y el Niño.

También recuerda que todavía no saben cómo conocía Iván Teruel la red subterránea, y Eduardo Boj, en su largo historial policial, podría haber estado destinado durante un tiempo en la Unidad de Subsuelo.

Con el corazón palpitando y sin despejar su desconcierto, piensa: «Eduardo Boj me ha recogido porque me ha seguido, sabe que estoy cerca de desenmascararlo, y la única razón por la que me ha permitido entrar en su coche aun a riesgo de que descubra lo que acabo de descubrir es aniquilarme. Me va a matar si no se lo impido».

Ahora solo es cuestión de agacharse disimuladamente, coger la pistola, apuntar al Viejo a la cabeza y pedirle que se entregue, que lo sabe todo. Fácil, ¿verdad?

La inspectora Bru se agacha, recoge la pistola y, cuando está a punto de incorporarse, el agente Boj pisa el freno de golpe. La cabeza de Elísabet impacta con violencia contra la guantera.

A continuación, lo ve todo negro. Pierde el conocimiento.

Julio March no sabe si ha hecho bien haciendo un trato con Iván Teruel. No solo tiene a Guillermo Cuquerella evadido por culpa de la que era su inspectora predilecta, sino que acaba de tramitar una orden judicial para que el secuestrador de un bebé ingrese en un programa de protección de testigos, algo del todo inaudito. Pero había algo en el Repartidor que le decía que ese as en la manga del que le hablaba era real, y lo que le ha contado es que la persona que le enseñó la ruta que debía seguir cuando huyese es el agente Eduardo Boj, alias el Viejo.

Normalmente, el inspector jefe de la UDEV no dudaría de uno de sus hombres en los que más confía, pero Iván ha firmado una declaración con todo tipo de detalles, y le ha dado la impresión de que no se estaba inventando nada. Ha llamado a Eduardo Boj para hablar con él cara a cara y darle el beneficio de la duda, pero el Viejo anda desconectado en su día libre, así que ha mandado a buscarlo a la persona a la que lleva prometiéndole un ascenso desde hace tiempo, a la persona que lleva haciéndole de recadero los últimos meses, el subinspector Ángel Císcar. A su lado ha puesto al agente José Raya, que no ha podido reprimir su fastidio al tener que compartir misión con alguien a quien no soporta desde hace tiempo. Hacha se dice que ese es su último caso en la UDEV; cuando termine, volverá a Sevilla y hará lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo: estar cerca de sus hijas y tratar

de recuperar a su mujer, el único amor que ha tenido. Tratar de recuperar su vida.

Ángel Císcar, amante declarado de la tecnología más innovadora, pide a Tráfico que busquen a través de sus cámaras un Patriot negro con el techo panorámico y un montón de pegatinas en el portón trasero, tipo «Teruel existe», «Ven a la Costa Brava» o «Conoce Albarracín». Ese es el coche personal del Viejo, adora viajar y dar buena muestra de ello, y normalmente, en los días de fiesta, Eduardo Boj está donde está su coche.

Víctor Israel ha repasado los registros médicos de la Casa de la Salud y los de Alumbramiento en Casa. Y tal y como dice Carlos Gallach, hay distorsiones que no pueden ser casualidad. Hasta en dos ocasiones se ha registrado que el doctor Vidal estaba asistiendo un parto en la Casa de la Salud y al mismo tiempo en un domicilio privado por mediación de Alumbramiento en Casa. Algo obviamente improbable a no ser que el doctor Vidal tenga el don de la teletransportación.

Para mayor seguridad, Víctor Israel ha comprobado en el Registro Civil las partidas de nacimiento de esos dos niños y no hay lugar a dudas: ambos nacieron el mismo día. Así que o bien el doctor Vidal estuvo en dos sitios al mismo tiempo o bien ha falsificado uno de los registros, el de la Casa de la Salud o el de Alumbramiento en Casa.

La teoría de Carlos Gallach es que los registros de la Casa de la Salud son correctos, dado que en un hospital sería complicado falsificarlos teniendo en cuenta que en un parto hay mucho personal que podría sacar a la luz la verdad. En cambio, en un domicilio privado solo están la parturienta, su pareja, la matrona y, en su caso, el médico. Todo más sencillo de manipular. Solo se necesita la hoja amarilla firmada por el médico que refleja la partida de nacimiento indicando lugar y hora, el informe sobre cómo ha ido todo y la firma de los padres. Solo con esos documentos se puede inscribir, exista o no, a una persona en el Registro Civil.

En el primero de los registros falsos, hace un mes, nació un bebé en la Casa de la Salud a las siete de la mañana, y una hora más tarde nació otro bebé en su domicilio, solo que ese domicilio se encuentra en otra ciudad, concretamente en Segovia, a unas cinco horas de Valencia. Es imposible que el doctor Vidal pudiese asistir ambos partos.

El segundo, y más importante, de los registros presuntamente falsos data de siete meses antes, mediados de enero, el doctor Vidal también «estuvo» en

dos sitios al mismo tiempo, y ese es el primer detalle que ha hecho saltar todas las alarmas del Niño, porque Samuel Durán, el bebé que están buscando, tiene siete meses exactos, y según la teoría del joven policía, El Abrazo o las personas para las que trabaja el doctor Vidal podrían haber falsificado los papeles clínicos necesarios para poder inscribir a un niño que nació presuntamente hace siete meses, para lo cual, muy probablemente, también tengan algún contacto en el Registro Civil que ayudaría a oficializar la inscripción de un bebé como hijo o hija de otras personas unos cuantos meses después de haber nacido. El otro detalle que le ha hecho pensar a Carlos que ese bebé de siete meses al que han llamado Jon Ander es en realidad Samuel Durán es que junto a la hora y lugar de nacimiento se indica que el bebé nace con una pequeña herida superficial en la cabeza. Dicha herida, si todo cuadra, podría hacer referencia a la herida que sufrió Samuel cuando a Iván se le cayó en el supermercado Pepita y tuvo que ser atendido por el doctor Andrade. Un sencillo reajuste del informe médico para que todo parezca más real, tanto como la vida misma. Para terminar de cerrar esa teoría, Víctor Israel, a través de un contacto suyo, comprueba que los datos de ese niño de nombre Jon Ander que figuran en el Registro Civil han sido actualizados por última vez apenas unas horas antes, casualmente el primer día laborable tras la desaparición de Samuel.

El problema es que el domicilio donde nació Jon Ander se encuentra en el País Vasco, concretamente en Bilbao. Así que comprobar *in situ* si Samuel es ese bebé no va a ser cosa de un rato.

Si la teoría de Carlos Gallach es cierta, y Samuel es ese bebé cuyo registro ha sido falsificado, su destino, al contrario de lo que habían pensado, podría no ser una red pornográfica, de tráfico de órganos o el plato principal de la cena de un caníbal, sino sencillamente otra familia. Podría ser que estuvieran frente a una trama de compraventa de bebés. Podría ser que algunos de esos bebés, que según los registros de Alumbramiento en Casa murieron tras complicaciones en un parto asistido por el doctor Vidal, no hubiesen muerto realmente y hubiesen sido vendidos a otras familias. Faltaría por ver si los padres de esos niños lo sabían y recibieron una compensación económica, o si fueron engañados y les hicieron creer que sus hijos habían muerto. También podría ser que dicha organización llevase a cabo acciones de todo tipo, desde la venta de bebés con el consentimiento e implicación de los padres hasta el fingimiento de sus muertes o el secuestro de alguno de ellos, como en el caso de Samuel.

El corazón de Víctor Israel late con fuerza. Algo le dice que esa es la respuesta, que lo han encontrado, a Carlos Gallach no le cabe ninguna duda. Pero hay un problema, la inspectora Bru, que se supone que estaba a punto de llegar, no lo ha hecho. Y tampoco responde al teléfono.

—Te-te-tenemos que coger un vuelo a Bilbao inmediatamente, te-te-teniente —dice el Niño viendo la duda y la preocupación en los ojos de Víctor Israel—. Si hay un modo de sa-sa-saber que nu-nu-nuestras sospechas son ciiiertas, es ir hasta allí y comprooobarlo pe-pe-personalmente. No hay ti-ti-tiempo que perder. Si el Viejo o algunas de las personas que deben trabajar con él se dan cuenta de que los heeemos descubierto, pu-puede que pongan en preaviso a la familia que ha comprado a Samuel.

—Está bien, pero déjame que llame una vez más a la inspectora, no es normal que aún no haya llegado, ha dicho que esperásemos aquí.

Víctor mira su reloj mientras el teléfono le da el primer tono y comprueba que ya hace más de quince minutos que la inspectora debería haber llegado a la plaza Cánovas del Castillo. O está metida en algo muy muy raro, o le ha pasado algo.

Al cuarto tono, Elísabet descuelga el teléfono.

72

LA CANYADA DELS PINS

—Dime, teniente. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? Llevamos más de media hora esperándola junto al Baobab Gastronomía.

—Discúlpame, como te dije, me había quedado sin batería y no he podido avisarte, ha habido un imprevisto. Lo siento. Poneos en marcha, luego os encuentro.

La inspectora lo está tuteando, algo pasa.

—¿Seguro que va todo bien, inspectora?

Elísabet Bru, que no está acostumbrada a sentir el frío metal de las esposas que ahora tiene en las muñecas, se apresura a responder al sentir cómo Eduardo Boj aumenta la presión del cañón de la pistola sobre su cabeza mientras escucha su conversación a través del manos libres. Él ha sido quien le ha exigido que descolgara para no levantar sospechas.

—Sí, sí, Víctor, va todo bien, de verdad, no te preocupes, estoy metida en una cosa personal, pero enseguida termino, en un rato te llamo.

De fondo oye al Niño. Está diciéndole algo al teniente. Algo así como que, si quieren coger ese vuelo, tienen que salir ya.

—Inspectora Bru, es posible que gracias a su compañero Carlos hayamos dado con la clave de todo el misterio.

—¿En serio? ¿Sabéis dónde está Samuel? —Elísabet no puede reprimir llenar de alegría y entusiasmo su voz, algo que tranquiliza un poco al teniente.

—Ese es el problema, tenemos que ir a Bilbao para comprobarlo, pero acabamos de ver que el único vuelo que queda libre para hoy sale en menos de dos horas. Tenemos que salir ya hacia al aeropuerto si queremos llegar.

—Eso es genial, Víctor, gran trabajo. Haced una cosa, reservadme un billete y haré lo posible por llegar; en caso contrario, salid sin mí, ¿de acuerdo?

Elísabet siente cómo el Viejo se pone nervioso y tensa el gatillo.

—Inspectora Bru, ¿hay alguien más con usted? Si la respuesta es sí, respóndame con otra cosa totalmente diferente.

—En absoluto, qué tontería es esa, no hay nadie más conmigo. Ya te he dicho que está todo bien. Y por favor, prométeme que, si no llego al avión, saldréis igualmente sin mí, por favor, no dejéis de ir a Bilbao por nada del mundo, tenéis que traer a Samuel de vuelta.

—De acuerdo, inspectora, se lo prometo, pero solo si usted me promete que hará lo posible por llegar.

—Tienes mi promesa de que así será. —Elísabet se inclina hacia delante y sube el volumen del reproductor de CD del nivel uno al diez. La música que suena es *country*, la preferida de Eduardo Boj.

En cuanto la inspectora cuelga el teléfono, mira al agente Boj y se le escapa una sonrisa al ver la cara de pavor que se le ha quedado. El Viejo, lleno de rabia y frustración, presiona el cañón de la pistola sobre su cabeza. Su dedo se tensa sobre el gatillo. Luego lo aprieta.

—La tiene él. Como le he dicho antes, es el Viejo, es el policía implicado. Al final se ha oído perfectamente cómo subía el volumen del reproductor de audio, y la música que estaba sonando era *country*, la que siempre escucha Eduardo —dice el Niño sin tartamudear.

Víctor Israel mira al joven policía y se dice que todo apunta a que la inspectora está retenida. De todos modos, le ha hecho una promesa, le ha prometido ir hasta Bilbao y encontrar a Samuel, y él siempre encuentra a las personas.

De camino al aeropuerto llama a Sabater y Micó para que lo dejen todo y se pongan a buscar ya a la inspectora Bru, que la geolocalicen por su teléfono móvil porque es posible que esté secuestrada.

Las dos agentes le informan de que han encontrado al doctor Vidal, el problema es que está inconsciente con una buena brecha en la cabeza, los médicos dicen no saber qué va a pasar con él.

—Cojonudo, lo tenemos —dice el subinspector Císcar viendo las imágenes que le acaban de pasar desde Tráfico.

Hacha lo mira con desconfianza. En una de las imágenes, además, se puede apreciar que hay alguien sentado en el asiento del copiloto. Es una

mujer, y por su fisonomía, los dos piensan en la inspectora Bru; a lo mejor su jefa no es quien pensaban que era. O también que, tal vez, haya desenmascarado al Viejo y esté secuestrada.

Las imágenes de Tráfico les dicen que Eduardo Boj ha atravesado Arrancapins, Patraix y ahora se encuentra en el barrio de La Luz. Tienen que darse prisa antes de que el Viejo coja la V-30 y salga de Valencia, que es lo que parece que va a hacer. Si eso sucede, será muy complicado seguirlo.

Elísabet todavía está intentando que sus pulsaciones vuelvan a bajar. La jugada del Viejo para dañarla psicológicamente casi hace que le dé un infarto. La pistola tenía el seguro puesto, al contrario que ahora. Está muy mareada, le duele todo, pero no puede abandonar porque esa búsqueda es lo único que le queda, a ella, a Samuel. «Abandonar los propósitos significa abandonarse a sí misma, ¿verdad, papá?», se dice tratando de exprimir hasta la última gota de su vida.

—No lo van a encontrar en Bilbao. Ni en Bilbao ni en ningún otro lugar —dice el Viejo con solemnidad.

—¿Por qué hace esto, Eduardo? Usted, que también es padre, debería saber el horror que puede suponer que te quiten lo que más quieres.

—Precisamente por eso, porque soy padre, y eso hace que sea consciente de ciertas cosas que no están bien, inspectora, pero eso es algo que usted nunca podrá saber, porque usted nunca será madre.

El comentario hace que todas las heridas de Elísabet se reabran, pero no las de las costillas o las de su cara, sino esas otras que provienen de su interior, esas otras que nunca se han cerrado, que nunca han dejado de sangrar. Las que más duelen. El Viejo insiste en la tortura psicológica, esta vez de forma verbal.

—Eduardo, no sé para quién trabaja, ni tampoco por qué hace todo esto, pero por su forma de hablar me está pareciendo que cree que hace lo correcto, como tantos otros a los que hemos encerrado durante estos años, se me está ocurriendo que se le ha ido la cabeza, compañero, y que si de verdad quiere a su mujer e hijos, creo que debería entregarse, porque le puedo asegurar que esto ya ha llegado a su final, y que, haga lo que haga conmigo, primero van a encontrar a Samuel, y después van a ir a por usted.

La boca de Eduardo Boj dibuja una mueca cansada. Se vuelve a repetir que no deberían haber confiado en esa chica, en Claudia, mucho menos haber tratado de ayudarla o de intentar darle un trabajo, por mucho que se sintieran

en deuda por lo que le pasó a su madre. Aunque él tampoco fue quien tomó esa decisión. Pero el caso es que entre ella y sus amigos lo han estropeado todo.

—Nadie sabe lo que va a pasar, aunque creo que es poco probable que usted pueda ver cómo termina todo; es una pena, las cosas podrían haberse hecho de otra manera, pero ya es tarde para lamentarse. En cualquier caso, no sé si se ha parado a pensar en el tipo de persona que era Ignacio Durán, era un monstruo, uno de verdad. ¿Qué tipo de futuro habría tenido su hijo con un padre así? ¿En serio piensa que arrebatárselo de los brazos está mal? Yo solo soy una persona que hace lo correcto.

Elísabet se detiene un par de segundos en digerir las reflexiones del Viejo.

—Algo que no entiendo es por qué le sacasteis la información al Gato sobre quién era el chico de la foto que se tomó con la cámara de seguridad de Bankia. Si no hubieseis ido a ver al Gato, es posible que Iván Teruel nunca habría sido identificado y, tal vez, la investigación se habría parado.

—¿Me ha tomado por un idiota? Yo no dije de ir a ver al Gato, sino a Raimunda o a Josele, fue Carlos quien lo propuso y usted quien lo ratificó, y fue el estúpido del teniente Israel quien le sacó a golpes la información. Pero, en fin, las cosas no siempre salen como a uno le gustaría, inspectora.

Justo cuando Eduardo está a punto de coger la V-30 para salir de Valencia, ve por el retrovisor cómo se acerca a mucha velocidad un Toyota C-HR. No tarda en identificar a su propietario. El Viejo aprieta el acelerador a fondo cuando el subinspector Císcar, acompañado de Hacha, le empieza a hacer señales para que pare. Intuye que lo han descubierto o que alguien lo ha delatado.

Elísabet, que ha podido ver a sus dos compañeros por el retrovisor, aprovecha que el Viejo se ha puesto nervioso para intentar quitarle la pistola que sujeta con la mano derecha. El forcejeo hace que el Jeep empiece a dar bandazos a más de ciento cuarenta kilómetros por hora.

Tras pasar por el término de Mislata, el Viejo consigue quitarse de encima a la inspectora de un fuerte empujón; estando ella tan débil no le resulta muy complicado.

—Le advierto que, como vuelva a intentar algo parecido, le pego un tiro. —Eduardo Boj suelta su amenaza acompañada de un violento golpe con la culata de la pistola en la frente de Elísabet.

Los dos coches abandonan la autovía a la altura de la Canyada dels Pins, una zona de chalés cercana a Paterna y rodeada de bosques.

A pesar de estar en agosto, atravesar Valencia y llegar al aeropuerto les ha costado más de lo esperado. Cuando el teniente Israel y el agente Gallach compran los billetes para Bilbao, solo faltan cinco minutos para el cierre de la puerta de embarque. Y la inspectora Bru no aparece por ningún lado.

El tiempo pasa muy rápido cuando no quieres que pase. Una voz femenina inunda la zona de embarque a través de la megafonía dando el último aviso a los pasajeros del vuelo 7373 con destino Bilbao.

Tanto Carlos como Víctor entran en el avión con un nudo en la boca del estómago. Ahora sí, es obvio que a la inspectora Bru le ha pasado algo. El teniente tampoco tiene noticias de Sabater y Micó. La hora que dura el vuelo, con el teléfono móvil sin conexión, se le hace eterna.

Laura Sabater y Carolina Micó, con el agente Agulló en la parte de atrás del Patrol, están siguiendo el rumbo del GPS del móvil de la inspectora Bru. Y ese rumbo las ha dirigido hasta las afueras de Valencia, a la Canyada dels Pins. Allí la señal se vuelve débil. Tras abandonar la zona de chalés, se meten de lleno en el bosque, y la señal GPS desaparece.

La inspectora Bru siente el traqueteo que la vía rural transmite al Jeep Patriot del Viejo como una pequeña sala de torturas. Le duele todo, sobre todo la cabeza tras el culatazo, y a eso hay que sumarle los golpes que le dio el Migue. Nunca imaginó que fuese capaz de soportar semejante paliza.

No tiene ni idea de dónde están, está más desorientada de lo que lo ha estado nunca, aunque es consciente de que la persecución continúa. El Viejo trata de dejar atrás el Toyota del subinspector Císcar, y a veces está casi seguro de haberlo conseguido, pero de nuevo ve que todavía está pisándole los talones.

Esquivar los árboles y matorrales en pleno Barranc Fondo no es fácil si además te están persiguiendo. El Viejo está a punto de colisionar en un par de ocasiones contra un árbol, pero el Patriot responde bastante mejor en zonas montañosas que el Toyota del subinspector.

—Ángel, ¿cómo vas? ¿Los has encontrado? —La voz de Julio March suena con fuerza a través de la radio del subinspector.

—Afirmativo, jefe, están en el Barranc Fondo, en la Canyada dels Pins, pero van muy deprisa. No me vendría mal que me enviase refuerzos.

—No tengo a nadie disponible, así que acelera, coño, ni se te ocurra perderlos. Tengo al comisario colgando del cuello. Y recuerda que los quiero a los dos, ¿me has oído? Al Viejo y a Elísabet, los quiero entre rejas antes de que anochezca, y mañana tendrás lo que te prometí.

Ángel Císcar puede sentir la dura mirada de Hacha clavándose en sus armónicas facciones. También puede oír cómo la respiración del sevillano se atropella. Su jefe está tan nervioso que ha metido la pata al hablar de su trato a través de la radio del coche. No ha caído en la cuenta de que José Raya estaría escuchándolo.

—Afirmativo, jefe. Corto y cierro.

Ángel se gira para asegurarse de que la expresión de Hacha es la que se imagina que es.

—Sé lo que estás pensando, José, y no es lo que parece…

—¿Ah, no? Mira, chaval, yo no sé qué mierda de trato habrás hecho con el jefe, pero te puedo asegurar que, si le pones una mano encima a la inspectora, te arranco todo el pelo de la cabeza, ¿lo has entendido?

Ángel mira a su subordinado y no puede evitar que se le escape una sonrisa infantil.

—Afirmativo, Hacha, aunque si me dejas que te lo explique, estoy seguro de que pensarás igual que yo, porque tú y yo, en el fondo…

—Pues si lo has entendido, acelera y déjate de hostias, no los vayas a perder de vista, y entonces el problema no lo tendrá tu jefe, lo tendrás tú conmigo. Como a la inspectora le pase algo, ve preparándote. Y ya hablaremos tú y yo cuando esto acabe.

El subinspector asiente con una sonrisa mientras acelera para no perder de vista el coche del Viejo, que toma cada curva como si le fuese la vida en ello. Y entonces, desde su interior emerge algo que suele tener bastante controlado, el uso de otro tipo de técnicas para conseguir lo que quiere. Cuando mira nuevamente de reojo a Hacha y nota que, como siempre, no lleva puesto el cinturón de seguridad, lo ve claro. En la siguiente curva cerrada que toma, aprieta con fuerza el acelerador y, en dos segundos, acciona el botón de apertura de la puerta del copiloto y empuja con violencia a José Raya, quien no ha tenido tiempo de verlo venir y sale despedido del coche.

Pero la alegría no le dura demasiado al subinspector. Hacha, a pesar de su aparatosa caída y sus múltiples heridas y magulladuras, reacciona con rapidez y amartilla su arma reglamentaria desde el suelo. Apenas unos cuantos metros

después, suenan unos disparos; a continuación, revienta una de las ruedas traseras del Toyota, que se va directo contra un pino enorme. A pesar de que saltan los *airbags*, el subinspector Císcar se queda completamente aturdido.

La inspectora Bru, que ha visto por el retrovisor cómo Hacha salía despedido del coche y después cómo el Toyota de Ángel se estrellaba, entiende que sus opciones de ser rescatada acaban de desaparecer; así que, a pesar de sus escasas fuerzas y de las amenazas de muerte del Viejo, lo intenta desestabilizar por enésima vez.

Acaban de dejar atrás la zona más boscosa del barranco y atraviesan un claro con dirección al gran embalse, que está a unos cincuenta metros. Luchar hasta el final es lo único que puede hacer; de lo contrario, no será el monstruo de su interior ni El Abrazo, será el Viejo quien la acabará matando.

Elísabet saca todo lo que le queda dentro y arremete con fuerza contra su subordinado. Tras varios golpes y forcejeos, un impacto de bala perfora el techo y Eduardo pierde el control de su Patriot, que se estrella con violencia contra la pequeña presa de ese gran embalse que lleva años abandonado.

Ninguno es consciente de dónde están exactamente. El Patriot empieza a hundirse rápido en el agua. Los dos han perdido la consciencia.

Tanto el teniente Israel como el agente Gallach notan el drástico cambio en la temperatura al aterrizar en Loiu, donde se ubica el aeropuerto de Bilbao. Son las ocho de la tarde, y el sol pronto se habrá escondido del todo.

Lo primero que hace Víctor al pisar tierra firme es conectar el teléfono móvil con la esperanza de recibir alguna notificación procedente del móvil de Elísabet. No solo no se ha presentado en el aeropuerto, sino que tampoco ha tratado de ponerse en contacto con él, y ahora tiene el móvil apagado. Al menos sí tiene noticias de las agentes Sabater y Micó. Le informan de que han seguido el geolocalizador hasta una zona boscosa de las afueras de Valencia, pero que allí han perdido la señal y no la encuentran por ningún lado. El teniente les pide que sigan buscando, dice que si la señal GPS no vuelve es porque la inspectora debe estar en algún lugar muy apartado de ese bosque, en algún lugar de difícil acceso.

Víctor y Carlos cogen un taxi y le indican la dirección en la que ha sido registrado Jon Ander Goyeneche Larrea. Tardan poco más de media hora en

llegar al número 18 de la calle del Correo, una de las más importantes del Casco Viejo. Es peatonal y el taxista los deja lo más cerca posible.

Se dirigen con paso firme hacia esa dirección en cuyo interior no saben con qué se pueden encontrar, ni si los están esperando. Cuando llegan, llaman a la puerta y, tras unos minutos de espera en plena calle, aparece una mujer que destila elegancia por los cuatro costados cargada con un par de bolsas de compra. Los dos entran tras ella cuando abre el portal.

La familia compuesta por Joseba Goyeneche e Itziar Larrea vive en el último piso, en el quinto B, pero tras aporrear el timbre y la puerta tampoco obtienen respuesta.

—Joder, no me digas que ahora resulta que tienen una segunda residencia. Me cago en la puta. —El teniente dice lo que le sale del alma.

Carlos Gallach pega su oreja a la puerta por si percibe algún tipo de movimiento en el interior. No parece oír nada; en cambio, la puerta de enfrente se abre y por ella sale una mujer de unos ochenta años con un pequeño perro. Cuando los ve, les dice que la familia Goyeneche Larrea se ha ido una temporada fuera por cuestiones de trabajo. Y entonces el teniente le hace una pregunta importante:

—Disculpe, señora, ¿sabría decirme si el matrimonio Goyeneche Larrea tiene algún hijo?

La señora, que no parece oír demasiado bien, tarda un poco en responder.

—Pues mire, sí, tienen un hijo de unos cuantos meses. Itziar me contó en una ocasión que les estaba resultando muy complicado tener familia, pero al final ella se quedó embarazada. Se fueron de la ciudad antes de que diese a luz, así que todavía no he podido ver al pequeñín.

Víctor y Carlos sienten el pálpito de que están a punto de encontrarse frente a frente con la verdad.

—Pero, entonces, si dice que no ha visto al bebé, cómo sabe que finalmente lo tuvieron.

—Joseba sigue viniendo por aquí con frecuencia. No sé si lo sabe, pero es registrador de la propiedad, viaja mucho, y este no es el único piso que tienen. Pero él sigue viniendo por razones de trabajo, así que, cuando lo veo, me pone al día de cómo están Itziar y el pequeño Jon Ander, un niño precioso, me enseñó una foto hace muy poco.

—Muchísimas gracias, señora, ha sido usted de una gran ayuda.

—A mandar.

En cuanto la mujer desaparece con el pequeño perro, ellos se miran y parecen estar pensando lo mismo: puesto que en ese portal no parece que viva

nadie más, y que puede que hayan viajado hasta Bilbao para nada, no pierden nada por intentar entrar y ver si encuentran algo importante, a pesar de que eso es un allanamiento de morada en toda regla y que es más que probable que pudiera costarles el cargo. Pero, si Joseba Goyeneche continúa yendo a ese piso, puede que allí encuentren lo que necesitan para hallar a Samuel.

En menos de un minuto y sin hacer apenas ruido, el teniente Israel consigue abrir la puerta del quinto B.

Cuando la inspectora Bru recupera la consciencia, tarda unos segundos en identificar el lugar en el que se encuentra. A su alrededor solo hay agua, está en el interior del Jeep Patriot, en lo más profundo del pantano del Barranc Fondo. A su lado, Eduardo Boj continúa inconsciente.

No tiene ni idea de cuánto tiempo llevan ahí, tampoco la distancia que hay hasta la superficie. Solo sabe que, si no sale pronto, se ahogará, porque el interior del Patriot se está empezando a llenar, no es un coche precisamente estanco. Enciende la luz del techo para ver algo mejor; la luz natural, la que proviene del cielo, se empieza a apagar.

Las puertas están atascadas, pasa lo mismo con el elevalunas eléctrico de las ventanillas, no funciona. Trata de evaluar sus opciones mientras ve cómo el agua ya le llega hasta casi el cuello.

No tiene demasiado donde elegir, bajo sus pies ve flotar su pistola, que aún estaba en la rejilla bajo su asiento; instintivamente la coge. No sabe muy bien lo que ocurrirá cuando dispare contra el cristal, se imagina que el agua entrará en tromba, algo preferible a esperar a ver qué pasa cuando el agua cubra su cabeza por completo.

Sin pensárselo más, llena sus pulmones de aire, pone el cañón de la pistola sobre el cristal y aprieta el gatillo. Tal y como había previsto, el agua entra en tromba, pero lo que no se había parado a pensar es que los cristales de la ventanilla también entrarían tras el estallido. Se tapa como puede con los brazos, pero sus reflejos no están en su mejor momento y no logra evitar que algunos trozos de vidrio le corten la cara, también la piel de manos y antebrazos. Espera a que el torrente de agua que se ha generado con el disparo se estabilice y, después, tras haberse guardado la pistola en la cintura, se impulsa hacia fuera cogiéndose con fuerza del marco de la puerta. Justo cuando está a punto de abandonar el interior del Jeep Patriot, una mano se agarra a su tobillo.

Eduardo Boj ha despertado con el ruido del disparo y la posterior corriente de agua y cristales dándole en la cara. Debe haber pensado que, si él no sale de allí, ella tampoco.

Elísabet, que empieza a notar cómo se agota el oxígeno de sus pulmones, trata de soltarse lanzando patadas con su otra pierna, pero las manos del Viejo parecen raíces milenarias que se agarran con toda la fuerza de la vida, como el gran Ficus del Parterre.

Elísabet, que ya ha sentido dos veces el impulso de abrir la boca para respirar, termina de pensar que su muerte está a segundos. Cada vez que parpadea, ese cristal se le clava aún más en el ojo. Recuerda las manos de Guillermo Cuquerella estrangulándola, dejándola sin aire, y se jura que no puede permitir que le pase otra vez algo así. Encañona su arma y apunta al Viejo a la cabeza. Mentalmente se despide de él y se pregunta una última vez el verdadero porqué de lo que ha hecho; después dispara.

La bala impacta en el hombro izquierdo de Eduardo. La puntería bajo el agua no funciona igual que en la superficie, menos aún cuando se hace con unas esposas puestas, es más bien como estar dentro de un sueño, las cosas no suceden como se supone que deberían suceder. La sangre colorea el agua formando una pequeña nube roja que aumenta de tamaño con rapidez. El Viejo sigue sin soltarla, así que la inspectora Bru vuelve a apuntar, y vuelve a disparar. Esta vez ni siquiera le da, Eduardo no deja de moverse como una lombriz.

Justo cuando va a efectuar el tercer disparo, el Viejo suelta su pierna, y Elísabet, debido a la inercia, se golpea en la parte posterior de la cabeza con el marco de la puerta, y de forma automática, ahora sí, su boca se abre, y sus pulmones se llenan.

Hacha odia más que nunca al subinspector Císcar. No sabe si su intención era matarlo o simplemente dejarlo fuera de juego. Lo que sí sabe es que tiene el cuerpo lleno de heridas y que, en cuanto le ponga las manos encima, se va a arrepentir de muchas cosas. No tarda en localizar el Toyota del subinspector al que él mismo ha conseguido disparar. Pero en cuanto llega a él, ve que Ángel ya no está.

Trata de encontrar algún rastro en el suelo, tanto de Ángel como del coche del Viejo, pero no es fácil, a pesar de que José entiende bastante de bosques y de árboles. Mira al cielo y se dice que en un rato tendrá que salir de allí y esperar a que lleguen refuerzos, la luz del sol está empezando a desaparecer, y

cuando eso pase ya no podrá orientarse, y entonces no solo no podrá encontrar a la inspectora Bru, ni siquiera podrá salir del bosque. Sigue caminando hasta que descubre al fin las huellas del Patriot.

Ángel Císcar tiene abrasiones en el pecho y en uno de sus brazos, pero al menos su cara, su mejor carta de presentación, sigue intacta. Él conoce de sobra la zona del Barranc Fondo, como también sabe que la conoce el Viejo. Y se imagina que debe haberse dirigido hacia el claro para después rodear el gran embalse y abandonar el bosque lo antes posible. Así que pone rumbo hacia esa dirección.

Las dos rastreadoras predilectas del teniente Israel se han rehecho con rapidez y, después de observar la trayectoria de la señal y las huellas de neumáticos más recientes, han conseguido llegar hasta el pantano del Barranc Fondo. Han empezado a bordear el embalse hasta que ya no era posible, y entonces se han planteado que el vehículo está ahora en el fondo del agua, el mismo en el que debe estar el teléfono de la inspectora Bru y, como consecuencia, también ella misma.

Tanto las dos agentes de la Guardia Civil como el agente Agulló se temen lo peor, temores que se han confirmado cuando han visto el lugar por el que, si no se equivocan, el coche que seguían ha entrado en el pantano derribando parte de un pequeño muro. Cuando han oído el débil ruido de algo parecido a un disparo bajo el agua, las dudas se han terminado de despejar. Y sin estar del todo seguro de con qué se podría encontrar, el agente Agulló se ha lanzado al pantano, directo hacia esa gran oportunidad, quién sabe si también hacia su propia muerte.

El piso del matrimonio Goyeneche Larrea tendrá unos ciento cincuenta metros cuadrados. Ni el teniente Israel ni el agente Gallach saben exactamente lo que buscan, quizá en sus cabezas crean que puedan encontrar una fotografía de Jon Ander, así que les extraña no ver ninguna, ¿qué padres no tendrían a la vista en un bonito marco aunque solo fuese una foto de su hijo recién nacido? Esa ausencia no hace más que confirmar sus sospechas.

El sentido ajedrecista del Niño se está aguzando, y de pronto se dice que estaría bien encontrar una copia de ese parte facultativo firmado por el doctor

Vidal que acredite que estuvo presente en el nacimiento de ese niño o cualquier otro tipo de documento médico que pudiese corroborar o desmentir ese hipotético embarazo que tanto les costó conseguir, o ese parto en esa casa que, a todas luces, no tuvo lugar. A continuación, se pregunta en qué sitio de esa casa podría guardar el matrimonio Goyeneche Larrea los documentos importantes, y se responde que no estaría de más empezar por los muebles de la habitación de matrimonio y del elegante estudio.

El Niño le cuenta al teniente su idea y le parece bien. Carlos se va a la habitación de matrimonio y empieza por las mesillas de noche, después sigue por la antigua cómoda del siglo XIX. No ve nada.

Víctor, que se ha centrado en el estudio del registrador de la propiedad, revisa los cajones del escritorio y sigue por un mueble acristalado en cuyo interior hay decenas de volúmenes de lo que parecen ser libros jurídicos. En la parte inferior también hay cajones, y tras remover su interior a toda prisa, por fin encuentra lo que busca. Aunque no es exactamente lo que espera.

Es una carpeta azul con el símbolo de un hospital privado en el exterior. Está llena de informes médicos a nombre de Itziar Larrea, en algunos de ellos también figura el nombre de Joseba. Son informes ginecológicos, de pruebas médicas cuyos diagnósticos no pueden ser más claros: Itziar Larrea es estéril. Así que ahora ya no hay ninguna duda de que el doctor Vidal jamás asistió un parto suyo. Todo apunta a que Jon Ander es en realidad Samuel Durán, y que lo que hizo Itziar fue fingir un embarazo para no levantar sospechas hasta el supuesto momento de dar a luz, algo que debió ocurrir hace siete meses, los mismos que tiene ahora Samuel. Aumenta la presunción de que El Abrazo estaría llevando a cabo actividades que incluirían la compraventa de bebés, el secuestro, la simulación de embarazos y alumbramientos falsos e, incluso, la simulación de fallecimientos que tampoco tuvieron nunca lugar. La cuestión ahora es: ¿dónde está el bebé? Y… ¿dónde están todos?

El teniente Israel, invadido por la emoción tras el importante hallazgo, llama al Niño y le enseña lo que acaba de ver, su rostro se ilumina. En su cabeza se dibujan dos palabras: «jaque mate». Después de revolver ese mueble un par de veces más, y revisar cada uno de los informes médicos contenidos en la carpeta azul, detrás de uno de ellos ven algo escrito a lápiz. Son tres grupos de números. El primero de ellos parece ser una hora, las 21:30; el segundo, una fecha que corresponde al mismo día en el que se encuentran; el tercero, por los signos que acompañan a los números, tiene toda la pinta de ser las coordenadas de una localización GPS. El teniente Israel introduce dichas coordenadas en el mapa de su teléfono móvil y ante él

aparece una histórica calle de Ciutat Vella, el distrito número 1 de Valencia. La calle Trinquete de Caballeros.

Tanto Víctor como Carlos atan cabos y lo ven claro: la familia Goyeneche Larrea no tiene ninguna foto del hijo que hay registrado a su nombre porque ese hijo todavía no lo tienen, dado que fue secuestrado hace apenas tres días. Y por último y más importante, todo parece indicar que la entrega de ese hijo al matrimonio Goyeneche Larrea va a tener lugar en el centro de Valencia en menos de una hora.

El problema es que ellos están en Bilbao, y no podrían llegar ni montados en un cohete espacial. Necesitan que alguien los ayude antes de que Samuel desaparezca para siempre.

El Niño propone llamar a su inspector jefe, pero Víctor le dice que espere, que prefiere intentarlo con alguien de la máxima confianza. Alguien que se ha dejado la vida en ese caso. Vuelve a llamar a la inspectora Bru con la esperanza de que responda, de que le diga que está bien y que va para allá. Pero su teléfono ni tan siquiera da línea. Así que llama a las únicas personas en las que confía de verdad: Laura Sabater y Carolina Micó.

Cuando Francesc Agulló ha visto el cuerpo de la inspectora Bru flotando en el fondo del pantano del Barranc Fondo, ha sentido algo parecido a un navajazo en el centro del corazón. Lo ha visto claro, se dice que ha llegado tarde, que está muerta, que una vez más no ha conseguido llegar a tiempo.

Pero aun así ha cogido su cuerpo y lo ha llevado hasta la superficie lo más rápido que ha podido. Y con lágrimas en los ojos, y ante las miradas de miedo y desconcierto de las agentes Sabater y Micó, ha empezado con las maniobras de resucitación cardiopulmonar.

Hacía tiempo que no le pasaba, pero cuando la inspectora Bru ha empezado a toser y a escupir agua, ha sentido una irrefrenable necesidad de llorar, de reír, de gritar. Nunca antes se había sentido tan feliz, nunca antes se había sentido tan orgulloso de sí mismo. Y a pesar de que sus padres no están allí para verlo, tiene la absoluta certeza de que lo ha hecho, de que ha llegado por fin a conocer a la persona que quiere ser. Aunque todavía es pronto para que lo interiorice y lo verbalice, acaba de firmar la paz con ese niño que llevaba años buscando algo que, ahora lo entiende, se encontraba en su interior: el amor a uno mismo.

Elísabet tarda unos minutos en saber qué ha pasado y orientarse de nuevo. En sus manos ya no hay puestas unas esposas. Ese está siendo de lejos el día

más largo y duro de su vida. Cuando es consciente de todo, y tras agradecer que la hayan encontrado y que la hayan sacado del agua, pregunta por el agente Eduardo Boj. Y Francesc, que es quien ha estado allí abajo, dice no haber visto a nadie en el coche. Ni tampoco en el pantano.

Pero ese día aún está lejos de terminar y no hay tiempo para buscar al Viejo. Laura Sabater recibe una llamada del teniente Israel. A pesar de que la cobertura no es buena y de que se oye todo muy entrecortado, no tiene problemas para recibir el mensaje que le está transmitiendo; ella aprovecha para contarle que han rescatado a la inspectora Bru, que está bastante malherida, pero que ya está con ellos de nuevo. Tienen media hora para llegar a un punto de Valencia que está a casi tres cuartos de hora de allí. Así que se dicen que ya habrá tiempo de curar heridas, han de salir inmediatamente, aun a sabiendas de que es posible que no lleguen. Pero hay algo que los detiene.

—Qué bonito, si hasta parecéis un grupo de viejos amigos, ¿y dónde está el Viejo si se puede saber? No os lo habréis cargado, ¿verdad?

Ángel Císcar, arma reglamentaria en mano, está apoyado junto al Patrol de la Guardia Civil.

—Pero ¿qué estás haciendo, Ángel? Baja el arma. Ya sabemos dónde está Samuel, pero tenemos que salir de aquí inmediatamente. —Elísabet, con el rostro herido, cortado, inflamado y ensangrentado, da un paso al frente sin saber qué trama su subordinado, aunque parece obvio que sus intenciones están lejos de ser las mejores.

Y Ángel lo ve todo claro como el agua cristalina. Por un lado, detiene a la inspectora, tal y como su superior le ha pedido, y por otro, encuentra a Samuel. La jugada no le puede salir más perfecta.

—Coincido en lo de salir de inmediato para rescatar al bebé, pero me temo que tengo que ponerte unas esposas, Eli. Por si no lo sabes, hay una orden de detención contra ti, y no me pienso mover de aquí sin cumplirla. —Ángel levanta su mano derecha y apunta al pecho de la inspectora.

Tanto las dos agentes de la Guardia Civil como Francesc Agulló hacen ademán de sacar sus pistolas, pero el subinspector ve venir sus intenciones y se anticipa. Dispara al aire y todos se quedan quietos.

—Os puedo asegurar que, como alguien saque su pistola o dé un paso más, no dudaré en disparar, y lo digo muy en serio. Elísabet Bru está acusada de colaborar en la fuga de uno de los presos más peligrosos de la ciudad, Guillermo Cuquerella, podéis preguntárselo a ella misma si queréis. Así que, sintiéndolo mucho, por la seguridad de todos, tengo que ponerle unas esposas a la inspectora.

Los tres agentes miran de reojo a la inspectora, que tras el mensaje que le envió Guillermo ya intuía que algo así podía haber pasado. Quiere gritar, quiere decir que lo siente, que ella nunca podría haber tenido algo que ver con el criminal que tanto le quitó. Pero no tiene fuerzas ni para defenderse, ni lamentarse. Solo se calla. Su silencio habla por sí mismo. Y eso no es bueno.

—Mira, Ángel, ya estoy cansada de todo, ¿quieres ponerme las esposas? Adelante, pero hay que salir ya porque, de lo contrario, es posible que perdamos al niño para siempre.

Ángel sonríe, puede hacer y pedir cuanto quiera, porque no arriesga nada, solo gana.

—De acuerdo, Eli, ponte las esposas y vayamos a por el bebé. El resto os quedáis aquí. Lo siento, pero no puedo asegurar que no seáis cómplices de lo mismo de lo que se acusa a la inspectora, en cuanto llegue a la ciudad llamaré para que vengan a recogeros.

Francesc hace ademán de sacar de nuevo su pistola, no ha llegado hasta allí para ver cómo alguien echa por tierra todo su esfuerzo en el último momento, pero Ángel vuelve a disparar al aire y después apunta a la inspectora a la cabeza.

—Es la última vez que lo digo, como deis un paso más, os juro que disparo.

—Quietos todos, por favor —pide la inspectora—. Vamos a hacer lo que dice el subinspector.

—Me parece perfecto, Eli. Ten, póntelas, y que alguien me pase las llaves del trasto este de coche —dice Ángel refiriéndose al Patrol de la Guardia Civil tras lanzarle las esposas a su superiora.

Y justo cuando la inspectora se va a poner las esposas, llega José Raya. Parece un animal salvaje a punto de dar caza a su presa. Está lleno de arañazos y magulladuras, y eso no hace más que conferirle un aspecto aún más feroz.

Cuando Ángel se gira, ve que apenas hay unos pocos metros entre él y Hacha. Va a decirle que se detenga, pero no hay tiempo, así que dispara. Pero ni eso impide que José Raya caiga sobre él como una maldición. Una lluvia de puñetazos cae con fuerza sobre el inmaculado rostro del subinspector, hasta que la inspectora Bru le da el alto.

—José, no, por favor. No. —Acompaña sus palabras con una cansada expresión cercana al desfallecimiento—. Ya es suficiente.

Cuando Hacha deja de golpear al subinspector y se echa para atrás para coger un poco de aliento, todos pueden ver cómo su camisa está empapada de

sangre, y no precisamente de la que procede del rostro del subinspector.

73

CIUTAT VELLA

Precepto n.º 12, y último. Lo más importante en la vida es conocerse a uno mismo. Saber quién eres, lo que quieres y a dónde vas es, en definitiva, lo verdaderamente fundamental. Si no sabes eso, no sabes nada. Y eso te convierte en nadie.

Si todo hubiese ido bien, las agentes Sabater y Micó, acompañadas por la inspectora Bru y el agente Agulló, ya deberían haber llegado a esa dirección en la que, si su teoría era cierta, iba a tener lugar la entrega de Samuel al matrimonio Goyeneche Larrea. Pero, tras más de media hora desde que llamó a sus dos rastreadoras, el teniente Israel todavía no ha recibido noticias. Y se está empezando a temer lo peor: que no hayan llegado a tiempo o que, habiendo llegado, les haya podido pasar algo.

A su lado está el joven policía Carlos Gallach. Los dos están sentados en el avión que está a punto de salir en dirección a Valencia. La azafata de vuelo ya les ha pedido hasta en tres ocasiones que deben apagar sus teléfonos móviles durante el despegue, y justo cuando el teniente va a cumplir con sus obligaciones como pasajero, recibe una llamada.

No es de ninguna de sus agentes predilectas, es de esa otra persona a la que le pidió que investigase ese cruel suceso del pasado de la inspectora Bru. Y lo que le cuenta lo deja completamente aturdido. La conversación apenas dura un minuto, la azafata de vuelo le está pidiendo, cada vez con menos amabilidad, que cuelgue el teléfono de una vez. Y el teniente, tras agradecerle a su amigo el gran trabajo que acaba de hacer, mira lleno de contrariedad al Niño, que no tarda en entender que algo no va bien.

—¿Desde cuándo conoce a la inspectora Bru? —La piel del teniente está pálida, blanca como la pared de una fachada recién pintada.

—U-un par de años, más o-o-o menos. ¿Po-po-por qué?

—¿Sabías que su padre fue guardiacivil?

—No.

—Pues lo era. Pero eso no es lo más importante.

—¿No?

—No. Lo más importante es que, oficialmente, tanto Elísabet Bru como su hermano Jorge, hijos de Álvaro Bru, exteniente de la Guardia Civil, murieron hace algo más de treinta años en el famoso atentado terrorista contra la casa cuartel de la calle Calamocha.

—¿Qué?

—Que me parece que la persona a la que conocemos como Elísabet Bru no es quien dice ser. Es una impostora.

Antes de apagar el móvil, Víctor, viendo que no le van a permitir hacer una llamada, le envía un mensaje a Laura Sabater y le pide que detenga a Elísabet inmediatamente. No tiene tiempo de explicarle nada más.

La calle Trinquete de Caballeros se alarga desde la plaza San Vicente Ferrer hasta la de Nápoles y Sicilia. Las agentes Sabater y Micó, el agente Agulló y la inspectora Bru entran en ella a las 21:45 horas, quince minutos más tarde de la hora a la que presuntamente se iba a realizar el intercambio. Han dejado a José Raya en el coche, quien no ha querido de ninguna de las maneras que lo llevasen a un hospital. Ha dicho que aguantaba, que ni se les ocurriese llevarlo porque entonces lo verían realmente enfadado. Todos saben que la herida de bala de su estómago no tiene buena pinta, que lo hace porque quiere encontrar a ese bebé y sabe que no hay ni un minuto de tiempo que perder. No obstante, sí han tenido tiempo de llamar a una ambulancia para que vaya cuanto antes hasta el lugar donde se encuentra aparcado el Patrol de la Guardia Civil. En el maletero está Ángel Císcar, esposado y con la cara llena de feas heridas.

La dirección GPS no es exacta, tiene un margen de error de diez metros. Justo en el lugar donde se encuentran hay tres edificios señoriales muy juntos entre ellos, el número 10, el 11 y el 13. En cada uno hay cuatro viviendas, una por planta.

Sabater y Micó proponen hacer una batida rápida todos juntos, pero la inspectora Bru sugiere que lo mejor es dividirse; si queda alguna posibilidad de que hayan llegado a tiempo, no pueden ir juntos y dejar un edificio u otro para el final, tienen que entrar a los tres a la vez. A nadie le parece una buena idea dejar que la inspectora, con lo débil que está y la cantidad de golpes que ha recibido y las heridas que tiene, entre sola en ningún sitio. Pero ella es la jefa, quien está al mando, y la operación se lleva a cabo como dice. Insiste en

que no hay tiempo para discutir. Sabater y Micó entran al número 10, el agente Francesc Agulló al número 11 y ella al número 13. El plan es buscar a un bebé, su llanto, tocar a todas las puertas y esperar a que Samuel esté tras una de ellas.

Cuando Elísabet entra al edificio que le ha tocado siente que le tiemblan las piernas. Está muy cansada, bastante malherida, y tiene miedo. Tiene miedo de El Abrazo.

En la primera planta nadie abre.

En la segunda le sale al encuentro una pareja de ancianos que apenas se sostiene de pie.

En la tercera abre la puerta un matrimonio que sobrepasa los sesenta y detrás asoman un par de adolescentes, un perro y tres gatos. No parece el escenario de ningún intercambio.

Pero en la cuarta planta, tras tambalearse durante unos segundos, todo su mundo se resquebraja.

Durante un par de segundos la inspectora Bru tarda en asimilar lo que están viendo sus ojos, su padre es la última persona a la que esperaba encontrar en ese piso.

Ninguno de los dos dice nada, el silencio es quien manda.

—¿Qué haces tú aquí, hija? —La cara de asombro de Álvaro Bru lo dice todo, tampoco contaba con ver a su hija esa noche. Su voz está llena de culpabilidad, incluso ha levantado ligeramente las manos al ver una pistola apuntándole a la cabeza.

—No, papá, ¿qué haces tú aquí? —Por más que lo intenta, Elísabet no consigue entender nada.

Álvaro relaja el cuello y suelta un suspiro lleno de cansancio. Se lleva una mano al pecho y su boca dibuja un rictus amargo.

—¿Te parece si entras y hablamos? Creo que ya va siendo hora de que sepas algunas cosas. —Álvaro alza el rostro con vergüenza y, cuando ve las múltiples heridas de la cara de su hija, las siente una a una con toda su alma, se dice que no es así como deberían haber salido las cosas. No la educó para terminar de esa forma.

Por mucho que le cueste asimilar a Elísabet la presencia de su padre en ese piso, a esa hora, solo puede significar una cosa: su padre forma parte de El Abrazo.

—Por supuesto que vamos a hablar, pero ¿cómo es posible que tú…? ¿Dónde está? ¿Dónde lo tenéis?

Álvaro entra en esa majestuosa vivienda. Su hija lo sigue sin dejar de apuntarle, toda ella tiembla, sobre todo sus brazos y piernas. Siente los pulmones encharcados. Cada vez que respira, se enfrían. En el embalse del Barranc Fondo tragó mucha agua, durante unos minutos estuvo ahogada.

—¿Dónde está? —Vuelve a preguntar con lágrimas en los ojos cuando llegan al salón.

Está nerviosa. Ve que al lado de una ventana vestida con elegantes cortinas color turquesa hay un par de bonitas cunas de madera antigua. También hay una zona forrada con suelo de goma-espuma y algunos juguetes tirados. Parece el patio de recreo de una guardería exclusiva.

Álvaro vuelve a negar.

—¿Dónde está quién, hija?

—El bebé, Samuel. ¿Dónde lo tienes? Todavía no puedo creerlo…, papá. ¿Y tú…? ¿Qué pintas tú en todo esto?

—Ya no está aquí, hija, se ha marchado.

—No me llames hija, joder, nunca más. No eres más que un puto monstruo, dime dónde cojones está, ¿qué habéis hecho con él? —Las piernas empiezan a fallarle. Podría haber soportado algún que otro golpe más, pero no lo que está descubriendo en ese momento. Su padre, la persona en quien se supone que más debería confiar, es quien ha estado detrás del secuestro de Samuel, sin olvidar al Viejo.

Álvaro se acerca hasta un mueble bar y se sirve un whisky solo.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No. Quiero que me expliques qué está pasando aquí y que me digas dónde está Samuel de una vez, joder.

—Ya te he dicho que no está, se ha ido, pero te lo puedo explicar si quieres, hija.

El corazón de Elísabet, más que con fuerza, late mal, como el motor de un coche que anda renqueando y que de un momento a otro se va a parar. Mira hacia un lado y a otro por si hay alguien más en esa vivienda, pero no oye ni ve nada. La pistola se le resbala entre las manos. Esa ansiedad que lleva años acechándola vuelve a ella. Si antes creía que no sabía quién era, ahora ya no tiene ni la más remota idea.

—Habla —dice Elísabet mientras se acerca hasta una bolsa de aseo que hay sobre una cómoda. En su interior ve pañales, toallitas húmedas, un par de bodis. Su mente de inspectora no deja de procesar datos; ante todo, quiere cerciorarse de lo que a todas luces parece ese lugar, una guardería de niños robados, de niños secuestrados.

—Para empezar, me gustaría que bajases esa pistola, soy tu padre.

—Para empezar, me gustaría que me dijeses la verdad.

—Es más complicado de lo que parece, hija, y muy largo de contar, no sé si tendremos tiempo suficiente…

—¡Que me digas la verdad de una puta vez, joder! —Elísabet estalla en un grito desgarrador. Su corazón sigue latiendo mal. Normalmente alguien no debería notar cómo se retuercen las paredes del músculo cardiaco, ni aun haciendo un gran esfuerzo, pero ella lo nota. Y eso no es bueno.

—Me hubiese gustado contártelo con más calma, en otra situación, pero me temo que eso ya no va a poder ser. —Álvaro saca del bolsillo del pantalón un par de hojas dobladas y las lanza a los pies de su hija, tal vez las mismas hojas que Elísabet vio cómo se guardaba con rapidez en el cumpleaños de su hermano—. Ahí tienes tu verdad.

Tras preguntarse qué puede haber tan importante tras ese par de hojas, Elísabet se agacha y las recoge. Cuando las despliega, ve que cada una es algo así como la ficha policial de una persona, aunque no ve el sello de la Policía ni de ningún otro cuerpo de seguridad por ningún lado. La primera de las personas es un hombre de aspecto desgarbado que le resulta extrañamente familiar, aunque todavía no alcanza a saber por qué; el pelo largo y pajizo, los rasgos duros y afilados, y una mirada clavada que le recuerda mucho a la de Guillermo Cuquerella. Ese hombre se llama Ibai Bengoa. La segunda ficha policial es de una mujer. Comparte con ese hombre el mismo aspecto desgarbado. Ella se llama Lorea Zubeldía. El pelo rubio poco cuidado. Dos pendientes en cada oreja. Los rasgos delicados y armónicos, la piel fina, bonita, y los ojos de un azul claro que a la inspectora Bru le recuerdan a alguien, aunque no sabría decir a quién. Toda ella transmite frialdad y, por encima de todo, mucha tristeza.

—¿Quiénes se supone que son estos dos? ¿Qué significa esto? ¿Qué tienen que ver con Samuel?

Su padre coge aire y la mira con el rostro cubierto por la culpa y el miedo. Pocos miedos hay tan intensos como el miedo a decepcionar a una hija.

—Esas dos personas son tus verdaderos padres, Elísabet, y también los responsables de uno de los atentados más conocidos de este país, el atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de la calle Calamocha. Formaban parte de ETA, concretamente del comando Valencia, y en el año 1986, el año que tú naciste, asesinaron a veinte personas, incluidos mis dos hijos. —Álvaro hace una pausa al sentir cómo se contrae su corazón. Revivir ese pasado nunca le ha sentado bien. No es un buen lugar al que regresar. Recuerda a sus

verdaderos hijos y el dolor que siente es prácticamente el mismo que el que sintió el día que los perdió—. Para mí esto nunca ha sido fácil, pero siempre he sabido que era lo correcto. Supongo que sabes de lo que te hablo, ¿verdad, hija? En cuanto a saber cuándo algo es lo correcto.

Elísabet traga saliva y siente una horrible náusea que parece estar arrastrándola hacia el lodazal más oscuro, profundo y tenebroso que jamás ha podido imaginar. No solo acaba de descubrir que su padre es un secuestrador de bebés, sino también que ella no es hija suya, sino la hija de dos terroristas.

—No es cierto…, estás mintiendo, mi padre eres tú, y mi madre… —Su respiración se agita y no termina la frase. Las paredes de su corazón se estrechan un poco más.

—Elísabet, hacía mucho tiempo que también quería contarte otra cosa, me estoy muriendo de cáncer, y necesitaba que supieses la verdad antes de que me fuera. Siempre supe que algún día lo averiguarías por ti misma, pero también que, cuando ese día llegase, te costaría entenderlo.

Escuchar que se está muriendo, a pesar de estar en *shock* por haber descubierto que no es su padre, no hace otra cosa que acrecentar aún más su nivel de ansiedad. Ella ya sospechaba que algo le pasaba, pero ahora a su cabeza solo le quedan fuerzas para una sola preocupación: conocer toda la verdad.

—¿Te refieres a que me costaría entender que me secuestraste igual que has ordenado secuestrar a Samuel? ¿Qué hiciste, sustituirme por tu verdadera hija? ¿Qué es todo esto, papá?, ¿quién eres tú?

Álvaro tiembla, igual que sus prominentes cejas.

—Llámalo como quieras, hija, es normal que te cueste verlo, pero estoy seguro de que acabarás entendiéndolo cuando te lo explique todo. Y no, tú no eres la sustituta de nadie, tú solo…, quise que llevases su nombre para no olvidarla nunca. Todo empezó en 1986, por aquel entonces yo era teniente de la Guardia Civil, tu madre y yo teníamos un hijo y una hija, Elísabet y Jorge. Dos jóvenes que no tenían más de veinte años detonaron un coche bomba delante de la casa cuartel donde vivíamos. Murieron veinte personas, entre las que se encontraban, además de algunos de mis mejores amigos, mis dos hijos. Creo que te puedes imaginar la rabia, el dolor y la desesperación que sentí, te juro que mi único deseo en ese momento era estar muerto, pero por alguna razón sobreviví, como también sobrevivió tu subordinado, Eduardo Boj, que en aquel entonces era un chaval en prácticas.

»Fui tras los responsables del horror que acababa de presenciar y los estuve persiguiendo por la ciudad hasta que logré dar con ellos a la altura del

cementerio. Ibai empezó a disparar contra mí y logró escapar, pero Lorea… A ella sí la detuve. Por un instante estuve a punto de dispararle, la iba a ejecutar allí mismo, igual que ella había ejecutado sin piedad a veinte personas, diez de las cuales, te recuerdo, solo eran niños. Pero justo en el último momento dijo algo que hizo que todo cambiase para siempre, al menos para mí, y bueno, también para ti.

»Me dijo que estaba embarazada y me rogó que no la matara. Y en ese instante aprendí algo muy importante. La violencia solo engendra más violencia, ¿y qué sería de alguien nacido en un ambiente así? ¿Con unos padres capaces de cometer una atrocidad de tal calibre? Siempre te he dicho que es importante saber quiénes somos, a dónde vamos. Pues bien, entonces supe quién iba a ser yo. Dejé escapar a esa mujer, pero me prometí que volvería a por ella y que me llevaría a su bebé cuando naciera, igual que había hecho ella con mis dos hijos. Y fue lo que hice, y así empezó todo. Así fue como me convertí en eso a lo que muchos no dudarían en llamar un monstruo. Aunque como puedes ver, yo no doy miedo ni hago cosas malas, hija, solo aquello que nadie más está dispuesto a hacer. Solo trato de corregir ciertas distorsiones y desviaciones de la vida.

Álvaro le da un buen trago al whisky. Elísabet siente el frío en cada rincón de su pecho. Siente dolor al respirar. Quiere hablar, pero no le salen las palabras. La historia que acaba de contarle su padre es aterradora, pero, sobre todo, es su historia. Y está impregnada de lágrimas, de mentiras, de odio, de dolor. Y hay algo más, algo que acaba de entender. Vuelve a mirar la foto de Ibai, y lo recuerda todo.

—Dime la verdad, ¿fue mi verdadero padre la persona que me intentó secuestrar a los siete años y a la que tú identificaste como el Ogro? ¿Fue esta persona de aquí? —Elísabet señala la foto de Ibai.

Álvaro asiente con un nudo en la garganta.

—Sí. Ibai volvió a por ti unos años después, quería recuperarte, pero yo se lo impedí, ya te he dicho que no era una buena persona, y tú ya no eras su hija. Aunque no lo creas, le ofrecí dinero para que no volviese nunca más, para que se olvidase de ti para siempre, y tanto él como Lorea lo aceptaron, y nunca más volvieron. Además, tanto ella como él se han pasado gran parte de su vida en la cárcel, ¿cómo se iban a hacer cargo de nadie estando entre rejas? En el fondo creo sinceramente que una parte de ellos se convenció de que lo mejor para ti era que no estuvieses con ellos.

Álvaro no le dice que Ibai no solo volvió porque quería recuperarla a ella, pero contarle esa parte…, eso no lo soportaría.

Elísabet siente cómo todo le da vueltas, a cada minuto que pasa su mundo se resquebraja más y más. Es como si todo el decorado de su realidad se estuviese viniendo abajo.

—Y así fue como te inventaste toda esa mierda de las figuras literarias, al fin y al cabo solo querías desviar mi atención, no eran más que las mentiras de un demente.

—Las figuras retorcidas no fueron ninguna mentira, hija, era nuestro juego, y lo sigue siendo, empezó como empezó, pero se convirtió en lo que fue como una muestra más de mi verdadero propósito en la vida: darte la mejor educación, darte la oportunidad de que tuvieses una vida y una familia de verdad, evitar aunque solo fuese mínimamente que la violencia y el odio continuasen perpetuándose a través de ti. Siento no haber encontrado el valor ni el momento para contarte antes todo esto, te juro que nunca fue mi intención dejar pasar tanto tiempo. Pero quiero que tengas claro por qué lo hice. Te esperaba un futuro horrible con esos padres, igual que el que le esperaba a Samuel al lado del suyo. ¿Acaso no has visto quién era Ignacio Durán? ¿Acaso no has visto todo el daño que estaba haciendo? Solo hace falta que veas un par de vídeos de su red para entenderlo. Por Dios, si hasta abusaban de bebés, ¿qué tipo de monstruo es capaz de hacer algo así?

Elísabet niega con la cabeza. No quiere hacer ningún esfuerzo por entender los argumentos de su padre.

—¿Y con Jorge también hicisteis lo mismo?

—Jorge vino más tarde, cuando ya tenía unos años, a él lo rescató Eduardo Boj, que tras el atentado de Calamocha, algo que unió tristemente nuestras vidas y propósitos para siempre, decidió cambiar la Guardia Civil por la Policía. El padre de Jorge lo maltrataba desde que tenía un año y su madre vendía droga a menores, ella misma era cocainómana, incluso estuvo consumiendo durante todo el embarazo. Jorge tenía unos cinco años cuando lo trajimos, era muy pequeño, aunque no lo suficiente. Es muy difícil enderezar un árbol que crece torcido, y él ya llevaba un tiempo creciendo al lado de gente mala. Ese es el motivo de que el resultado no haya sido tan bueno como contigo. Aun así, tampoco está tan mal, ¿no? En el fondo solo necesita algo más de atención… y más abrazos.

—¿Él lo sabe?

—Sí, por supuesto. Se acordaba de cosas cuando empezó a crecer, y le dijimos la verdad, y la entendió. Lo que no recuerda bien es que tenía tres hermanos mayores, y ya te puedes imaginar cómo han acabado, ¿verdad? Dos de ellos murieron por sobredosis, el tercero está en la cárcel acusado de

violación. ¿Dónde crees que estaría Jorge ahora si no lo hubiésemos rescatado? ¿Dónde crees que estarías tú?

—No lo sé, Álvaro, no sé dónde estaría yo, ni tampoco Jorge. Pero, por lo visto, eso ya no lo podré saber porque tú decidiste por nosotros. Tú decidiste robarnos, robar nuestras vidas. Ahora entiendo el porqué de esa educación tan severa que nos diste y esos preceptos que ahora mismo me dan asco. ¿Es a eso a lo que te referías con lo de que supiste quién eras? ¿A creerte capaz de moldear a las personas a tu antojo? ¿A creerte capaz de decidir quién puede ser padre y quién no? Pues, para tu información, te diré que no sé quién sería yo de haberme quedado con mis verdaderos padres, pero lo que sí sé es que aún no sé quién soy, papá. Empleaste todo tu tiempo en decirme qué tenía que pensar, qué tenía que elegir, cómo tenía que vivir, pero nunca me diste la oportunidad de conocerme, de enseñarme a vivir conmigo misma, nunca tuviste el menor interés en descubrir qué era lo que quería yo, qué era lo que de verdad me preocupaba o necesitaba. Y mírame ahora, soy solo lo que tú siempre quisiste que fuese.

Álvaro intenta frenar sus lágrimas. Su hija es el trabajo de toda su vida, debería ser su obra maestra; en cambio, ya cometió un gran error con otra persona, un error que supuso graves consecuencias. No podría soportar un nuevo fracaso, no con su Elísabet. Porque entonces todo dejaría de tener sentido.

—Este mundo está hecho un asco, Eli, ya no es lo que era. Hay una gran plaga que algún día acabará con la especie humana, pero creo que tú sabes eso mejor que yo. Y me parece que en el fondo no somos tan distintos. Tú cazas a los malos, yo evito que haya malos. Tú eres el medicamento de esta gran plaga, pero yo soy la vacuna. Los niños son la única esperanza, todos nacen inocentes y ninguno merece crecer al lado de monstruos así. Por el amor de Dios, hija, mírate, mira qué te han hecho estos últimos días, mira tu cara, ¿crees que las personas que te han hecho eso serían iguales de haber tenido una buena educación, de haber crecido en una familia que los quisiese, que los abrazase de vez en cuando? ¿Crees que todos esos críos que detienes a diario tienen algún tipo de futuro que no sea el de seguir delinquiendo y perpetuar la violencia en la que se han criado? ¿De verdad crees que tú serías quien eres ahora de haber crecido junto a esos dos asesinos? Siento si alguna vez fui demasiado duro contigo, de verdad que lo siento, mi intención nunca fue hacerte daño ni forzarte a ser de ninguna manera. Mi intención siempre fue que fueses la mejor persona que podías ser, nada más. Siempre te he querido con todo mi corazón, y siempre te querré.

Elísabet apenas puede contener las lágrimas que fluyen de su interior, tampoco puede evitar pensar en los chicos de Barona, el Migue a la cabeza, en los de la Fonteta de Sant Lluís, en Iván Teruel, en Aoki Hayasi, incluso en Claudia Gascó. Pero tampoco puede olvidar la gravedad de los actos que está confesando Álvaro.

—Ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora, si no te importa, confiesa de una vez dónde está Samuel. Siempre has dicho que es importante saber quién eres, ¿verdad? Pues lo único que sé yo es que soy inspectora de Policía, detengo a delincuentes y rescato a víctimas inocentes. No hagas esto más difícil y dime dónde está. —Elísabet empuña su arma con fuerza.

Álvaro, que no es impasible a sus palabras y siente cómo todo su interior se reblandece, tampoco está dispuesto a dar su brazo a torcer, no puede traicionar lo que ha defendido durante tantos años. No puede traicionarse a sí mismo. A las personas que trabajan para él. Pero, sobre todo, no puede traicionar a las personas que, como Samuel, ha rescatado del lado malo de la vida.

—Hija, por favor, sé razonable, te he dicho que Samuel ya no está aquí. Ahora está con otra familia, con una buena familia, una que no podía tener hijos y que era lo que más quería en este mundo. Yo solo trato de equilibrar un poco las cosas, y me parece que tú llevas haciendo algo parecido toda la vida, sabes de lo que te hablo; encontrar el equilibrio en todo es la clave, así que deberías entenderlo. Esta es mi contribución, y lo siento si no te gusta, pero no puedo dar marcha atrás, es demasiado tarde para cambiar ciertas cosas. Cada uno aporta su granito de arena, y este es el mío. Esto es lo que soy, hija, lo que hago, soy lo único que he sabido ser para sobrevivir. Todo el mundo necesita un abrazo, el mundo está cada vez peor y ya no hay nadie que haga nada por arreglarlo.

Elísabet, que cada vez es más consciente de que Álvaro no va a confesar dónde está Samuel, siente la necesidad de saber qué hacen en ese grupo de monstruos, cosas que la perturban.

—¿Y qué tienen que ver con todo esto las alusiones al Saginer, y qué es exactamente El Abrazo? —Elísabet no ha olvidado al comeniños, ni tampoco todo lo que Guillermo Cuquerella e Iván Teruel le contaron de El Abrazo.

Álvaro está muy cansado. Su habitual figura erguida parece a punto de desplomarse. Remata el whisky y se sirve otro.

—Lo del Saginer…, en fin, no sé si habías oído alguna vez aquello de que la mejor herramienta de promoción es el boca oreja, pues te diré que eso no es cierto. La mejor es el miedo, y el Saginer da mucho miedo, créeme. Es bueno

que la gente crea que pasan ese tipo de cosas, que hay fuerzas que desconocen contra las que no pueden luchar. Créeme, hija, y espero que no lo olvides nunca, es bueno que la gente siga creyendo en esas leyendas, que nunca mueran. Solo que, en este caso, los que deberían estar asustados no son los niños, sino sus padres; pensar que, como se pasen de la raya, en algún momento un ser atroz, mucho más atroz que ellos, vendrá y se los comerá. Es bueno que la gente mala también tenga miedo.

»Lo de El Abrazo…, tampoco te creas que son ciertas las barbaridades que le atribuyen a ese grupo, lo que de verdad importa es que esa es la razón por la que hacemos lo que hacemos. Cambiamos las drogas, la delincuencia o el maltrato por los abrazos, eso es todo, ese es nuestro lema. Ya te lo he dicho, todo el mundo necesita un abrazo de vez en cuando, con eso se solucionarían muchas cosas. Nosotros abrazamos a todas esas personas a las que la vida ha condenado antes siquiera de nacer. No solo rescatamos a todos esos niños de los brazos de la muerte, de la cara mala de la vida, muchas veces son los propios padres los que nos los venden por una ridícula cifra. Dinero que se gastarán en drogas, armas, alcohol, juego. ¿Qué tipo de padres hacen eso? ¿De verdad sigues pensando que esos niños estarían mejor con ellos que con las familias a las que se los cedemos? Si te quedas más tranquila, te puedo asegurar que controlamos muy bien a dónde van a parar cada uno de esos chicos y chicas, incluso hacemos un seguimiento periódico para ver cómo van. Y te puedo asegurar que todos van bien, todos tienen una buena vida. Al principio éramos un grupo reducido, pero hemos ido creciendo con los años. Cada vez somos más y apuntamos más alto. Soñamos con un mundo mejor, hija, un mundo en el que los árboles crezcan rectos, y no torcidos.

Álvaro, que no se quita de la cabeza que no todos esos niños fueron bien y al menos uno de ellos no salió como esperaban, cree haber visto cómo su hija empezaba a bajar la guardia, y se acerca despacio hasta ella. Pero en cuanto Elísabet lo ve a solo un par de metros, vuelve a sujetar el arma con firmeza. Su dedo sobre el gatillo se tensa. A pesar de la historia que acaba de contarle, todavía hay ciertas cosas que no entiende. Si todas las alusiones al Saginer no eran más que una forma de generar miedo en la sociedad, de crear una terrorífica figura imaginaria sobre la que recayesen no solo las desapariciones de niños, sino también otro tipo de delitos no esclarecidos por la Policía ni, por tanto, atribuidos a nadie, entonces, ¿quién es el responsable de esos huesos que han encontrado en alguna ocasión que parecían haber sido

mordisqueados? ¿Y qué fue del Ogro realmente? Si aquel que se la intentó llevar era su verdadero padre, ¿dónde está ahora?

—Perdona, pero me resulta difícil creer ciertas cosas. Porque, para empezar, hemos encontrado en más de una ocasión restos humanos sin identificar que parecían haber sido devorados por alguien, ¿quieres decir que también os habéis encargado de ir por ahí poniendo pistas falsas, que no eran de verdad, como las pintadas que hicisteis en mi casa o en la trastienda del supermercado?

Álvaro resopla y se lleva sus dedos al lagrimal.

—No sé qué decir, aparte de que no soy ningún monstruo capaz de hacer una atrocidad semejante. No sé de dónde han salido esos restos que dices, pero desde luego te puedo asegurar que nosotros no somos responsables de algo así. Ya te he dicho lo que hacemos y por qué. Jamás nos hemos planteado dañar a ningún niño, y menos de ese modo. Y en cuanto a las pintadas de las que hablas, es posible que sí haya sido alguien de los nuestros.

Álvaro aprovecha que Elísabet ha vuelto a bajar la guardia para intentar acercarse otra vez. Cree estar seguro de que, si consigue tocarla una vez más, aunque solo sea un roce, ella empezará a ver las cosas de otra manera.

—No te acerques más o te juro que disparo. Me da igual lo que digas. No tienes ningún derecho a hacer lo que haces. En mi idioma eso se llama secuestro, compraventa ilegal de bebés, tráfico de personas.

—Llámalo como te dé la gana, pero sabes que lo que te estoy diciendo es cierto, y también lo correcto. Tú mejor que yo sabes cómo está la calle, tú mejor que yo sabes que todos esos chicos y chicas no tienen ningún futuro aparte de la cárcel o de un nicho antes de que cumplan los dieciocho. ¿Has visto lo que hacían Ignacio Durán y las personas de su red de pornografía? ¿Me quieres decir que no es correcto lo que hecho? ¿Has visto quiénes formaban parte de esa red? ¿Sabías que la mayoría eran personas que también sufrieron ese tipo de abusos de pequeños? ¿Lo sabías? ¡No hay otra forma de cortar con este círculo de violencia y depravación! ¿No te das cuenta? —Álvaro se altera y acaba en un ataque de tos que parece no tener fin—. Lo de Samuel no es habitual, no en estos tiempos. No es nuestro estilo secuestrar a un bebé tan pequeño, pero había que hacerlo, y no solo por él, sino por la monstruosidad de su padre, él es quien merecía un escarmiento. ¿O qué piensas? ¿Que lo habríais encontrado de no ser porque nosotros os condujimos hasta él?

Elísabet se dice que, efectivamente, y aunque le pese, eso es cierto. Si no llega a ser por el secuestro de Samuel, tal vez todavía hubiese pasado mucho

tiempo hasta dar con la Red Durán, y eso es algo que, aunque no pueda reconocerlo en voz alta, sí le agradece a El Abrazo. En eso tiene toda la razón del mundo. La Red Durán albergaba a lo más horrible de la sociedad, y las calles están ahora mejor sin ellos.

—Está bien, Álvaro, estoy cansada, creo que ya he oído suficiente. Me parece que lo mejor ahora será que continuemos hablando en comisaría. Como tú dices, me has enseñado muy bien a discernir qué era lo correcto, y lo correcto ahora es que vengas conmigo y confieses lo que has hecho donde tienes que hacerlo, ante la Justicia. —Elísabet le hace un gesto con la cabeza indicándole la puerta.

Pero Álvaro no parece estar por la labor de colaborar.

—No voy a ir a ningún sitio, hija, lo sabes de sobra, apenas me queda un mes de vida y tengo unos cuantos asuntos que cerrar. No puedo ir a prisión.

El ruido de un tintineo de llaves junto a la puerta hace que la inspectora Bru se alarme. Alguien más llega. A continuación, la puerta se abre y puede oír a dos hombres que acaban de entrar.

—No sé cómo te puede gustar tanto el helado de menta, yo no lo trago.

—¿Qué quieres que te diga? Es mi preferido desde que era un niño.

Cuando Laura Sabater y Carolina Micó terminan de buscar en el edificio que les ha tocado sin haber encontrado nada, Laura mira su teléfono móvil y ve que ha recibido hace unos minutos un enigmático pero a la vez muy claro mensaje de texto. Es del teniente Israel:

«Detened a la inspectora Bru inmediatamente. No es quien dice ser. Luego os cuento».

Y entonces las dos agentes de la Guardia Civil se dan toda la prisa del mundo en ir hasta el edificio en el que presuntamente está la inspectora Bru. En ningún momento cuestionan a su teniente.

Las voces masculinas que se han oído al abrirse la puerta pertenecen a Jorge, el hermano de Elísabet, y a Braulio, su tío. Los dos se alarman al verla. Braulio saca una pistola con rapidez y apunta a Elísabet, quien deja de apuntar a Álvaro y apunta a su tío.

—Pero ¿qué coño significa esto? —grita Braulio muy nervioso.

—Baja la pistola, Braulio. Enseguida te lo explico —dice Álvaro levantando las manos para apaciguar a su hermano.

—Y una mierda, que la baje ella primero, ¿qué cojones hace aquí? Se suponía que no sabía nada.

—Por favor, Elísabet, baja la pistola —dice Álvaro tratando de que sea su hija quien entre en razón.

A Jorge se le está derritiendo el helado de menta en la mano. Está asustado, si acaso como el día que Eduardo Boj se lo llevó, cuando lo invitó a que subiera a su coche y lo trasladó hasta lo más profundo del bosque.

—No voy a bajar ninguna pistola, que la baje él primero —dice Elísabet con determinación.

Braulio está sudando. Y cada vez más nervioso.

—Que bajes la puta pistola o te pego un tiro, joder —grita con un gran temblor de manos. En el fondo sabe que, si su sobrina adoptiva está ahí, con una pistola en la mano, es porque los han descubierto, y eso significa que todo está a punto de llegar a su fin. Y él no quiere que eso pase.

—Nadie va a disparar aquí, ¿me habéis oído los dos? Por encima de todo, somos una familia, y la familia es lo único que nunca se termina. Así que bajad las pistolas de una vez y resolvamos esto hablando, como una familia. —El nerviosismo también se ha trasladado a Álvaro, que se está temiendo lo peor.

—No voy a ir a la cárcel, hermano, te lo dije el día que empezamos con esto, antes me pego un tiro —dice Braulio con sobriedad.

Ahora es Álvaro quien parece estar perdiendo los nervios.

Jorge está en *shock* y no se mueve ni un milímetro.

Ni Braulio ni Elísabet se quitan el ojo de encima.

Alguien aporrea la puerta con determinación.

El ruido hace que todos se sobresalten y, de inmediato, suena un disparo.

Y con apenas milésimas de separación, se oye el segundo.

Un cuerpo cae al suelo, después cae otro.

Las agentes Sabater y Micó no tardan en echar la puerta abajo y entonces ven lo que acaba de suceder.

74

TOLOSA

Lo primero que siente la inspectora Bru al despertar es una gran arcada que hace que su cuerpo se incline. Le sigue un fuerte ataque de tos y se prepara para un nuevo vómito de sangre, pero por suerte solo se queda en eso, en una tos seca que irrita sus vías respiratorias.

Mira a su alrededor en busca de su padre, de su hermano, su tío… Pero no ve a nadie. Está ella sola, y muy desorientada. Todavía no sabe lo que ha pasado, aunque no tarda en apreciar que está tumbada en una cama. Un cable se conecta a su brazo y otro a su muñeca. Le duele el pecho. Las paredes son blancas y todo a su alrededor está decorado de un modo aséptico e impersonal. Está en una habitación de hospital. Una enfermera no tarda en entrar.

—Hola, Elísabet, ya veo que ha despertado, ¿cómo se encuentra?

Y ella, que lo último que recuerda es a su tío apuntándole con un arma, trata de atar cabos.

—No te preocupes por nada, cariño, no hace falta que me respondas. Si te parece, voy a llamar al médico para que te vea.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta Elísabet antes de que la enfermera se marche con su bonita sonrisa.

—Te dispararon en el pecho y llegaste aquí en muy mal estado. Entraste directa al quirófano. Por suerte, la bala era de un calibre muy pequeño y no te dañó ningún órgano importante. Después de eso te pasaron a la UCI y, tras un par de días allí, te trajeron aquí, a la Unidad de Cirugía. Tu médico nos advirtió que estabas tan cansada que podrías tardar un poco en despertar, pero por lo que veo ya estás bastante recuperada, apenas llevas aquí cinco horas. Al parecer, aparte del disparo y las múltiples heridas de tu cara, tenías una descompensación del equilibrio ácido-base muy grande. No imagino las náuseas y los vómitos que deberías tener, ¿me equivoco? Además, tienes el

esófago lleno de pequeñas erosiones, no me extrañaría que también hubieses tosido algo de sangre en más de una ocasión.

Elísabet traga saliva y mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Lo que acaba de escuchar le produce un gran alivio, en su fuero interno estaba convencida de que tenía alguna enfermedad grave, pero la enfermera que tiene delante le acaba de explicar la verdadera causa de su pérdida de peso y sus continuos vómitos con sangre, y no parece que sea algo irrecuperable.

—Todos tus niveles metabólicos están ahora estabilizados, pero vas a tener que cuidarte más desde ya. Y eso incluye empezar a comer mejor, descansar, dormir y dejar de ingerir sustancias que no siempre son lo que parecen. Al principio ayudan, pero después solo hacen daño.

Elísabet asiente y acepta de buen agrado el sermón que la enfermera le está soltando. No ve en ella ni maldad ni ganas de meterse en su vida, solo buenas intenciones. Se toca el pecho y comprueba que, bajo el pijama azul, lleva un aparatoso vendaje. Siente dolor al respirar, pero esa sensación de estar respirando agua ya no está.

Alguien toca a la puerta con los nudillos.

—¿Se puede? —La voz es masculina.

Elísabet mira a la enfermera buscando una respuesta.

—Ese debe ser tu amigo, no se ha despegado de ti desde que ingresaste —dice la enfermera.

—¿Qué amigo? No sé de quién me está hablando.

De pronto, en la cabeza de la inspectora aparece una imagen horrible, la del Estrangulador del Jardín Botánico, que está en libertad por su culpa.

Antes de que la enfermera se levante para abrir la puerta, el teniente Israel entra despacio.

—¿Todo bien? —Víctor no puede esconder una inmensa alegría al verla despierta.

—Teniente Israel…, hola… —La inspectora Bru se sonroja un poco. De pronto, siente algo de vergüenza por si el pijama de hospital deja a la vista más de lo aconsejable.

—Bueno, yo os dejo solos un momento, en un rato vuelvo con el médico. Llámame si necesitas cualquier cosa, cariño.

Víctor y Elísabet se miran sin decir nada nada. Ese extraño silencio se prolonga hasta que el teniente Israel coge aire, se acerca a la cama y, sin previo aviso, hace algo que llevaba mucho tiempo deseando hacer: se abraza a ella con fuerza. Elísabet tarda en reaccionar, pero enseguida se deja llevar. Después, ella también lo abraza.

—Es usted muy fuerte, inspectora, por un momento llegué a pensar que no lo superaría, que nos abandonaría en este… mundo de locos. —Víctor se ha emocionado; sus ojos se humedecen con rapidez.

—No soy fácil de convencer cuando algo no me gusta. Siempre he sido un poco cabezota —dice Elísabet con ironía.

Víctor sonríe con su comentario. Se ha afeitado la perilla y su piel parece tener más color, más vida. No lleva uniforme. Solo una camiseta blanca y un pantalón vaquero. Le sienta bien ese *look*. Hace ademán de sentarse sobre el colchón.

—¿Le importa?

—En absoluto, teniente, puede sentarse. ¿Sabe qué ha sido de…? —Elísabet no termina la pregunta. La angustia vuelve a ella con fuerza, aunque esas horribles náuseas, tal y como le ha adelantado la enfermera, ya no están. Al menos, parece ser que no se está muriendo, que su cuerpo solo necesitaba un buen respiro.

—¿Se refiere a qué ha sido de Álvaro Bru?

—Sí.

—Está en la cárcel de Picassent a la espera de juicio, ha confesado algunas cosas y el juez ha ordenado su ingreso preventivo, aunque no tenemos la certeza de que llegue hasta el día del juicio, se está…

—¿Muriendo? Sí, lo sé. ¿Y qué hay de mi tío y de mi hermano? —Elísabet se guarda para el final la pregunta que más le importa.

—Su tío murió en el acto cuando usted le disparó, su hermano Jorge también está en prisión provisional, aunque la Fiscalía no tiene nada contra él. Su padre ha cargado con todo y es muy probable que Jorge quede libre. Eduardo Boj, por cierto, se encuentra desaparecido. Igual que el doctor Andrade. Los están buscando, pero con mucha calma, ya sabe cómo funcionan las prioridades. En cuanto al doctor Vidal, estuvo un par de días ingresado por una fuerte contusión en la cabeza, pero está bien. El juez le concedió la libertad bajo fianza y su familia no tardó en pagarla. Ahora mismo está libre, a la espera de juicio. Y por si le interesa, y antes de que lo pregunte, quien tampoco ha dado señales de vida es Guillermo Cuquerella, a ese sí se le está buscando con más prioridad.

—¿Y habéis encontrado a… Samuel?

Víctor la mira con pena y le acaricia el brazo con cariño. Niega con la cabeza en un gesto cercano, paternal. Se nota que a él también le duele.

—Ahora lo importante es que se recupere, inspectora, no solo es el disparo, ha sufrido muchos daños y está viva de puro milagro. Tiene fracturas

en las costillas, contusiones en la frente, la nariz, el pómulo y el mentón, y un montón más de heridas que todavía tardarán en curar.

A Elísabet no le importa nada de eso, sigue viva, sí, pero ha fracasado. Sus ojos se apartan del teniente y miran hacia la ventana. Al parecer, el calor les está dando por fin un respiro y se acerca una de esas tormentas de verano. El cielo está gris y lleno de nubes negras.

—Ha hecho un gran trabajo, teniente, muchas gracias por todo —dice ella con un nudo en la garganta.

—No, qué va, es usted quien ha hecho un gran trabajo, es usted quien ha creído hasta el final, quien ha luchado más allá de lo imaginable y ha tenido que enfrentarse a todo tipo de adversidades. —Víctor, que ve que los ojos de Elísabet se están llenando de lágrimas, le vuelve a rozar con ternura el brazo. Cuando todavía estaba en Bilbao, llegó a pensar que era una impostora, pero en cuanto habló con Álvaro Bru tras su detención y le confesó el verdadero origen de Elísabet, se le rompió el corazón. Era una víctima, alguien engañada, a quien robaron de pequeña—. Quisiera decirle algo, inspectora.

—¿Qué?

Víctor vuelve a coger aire. Nunca ha sido bueno expresando los sentimientos, sobre todo con los que proceden de más adentro.

—Cuando la conocí, los primeros días que nos vimos… no fui precisamente lo que se dice…

—No es necesario, teniente, no importa —dice Elísabet interrumpiéndolo. Ya sabe que está arrepentido, no necesita oírlo.

—Sí es necesario, inspectora, y sí importa. Fui un completo gilipollas. —Víctor cabecea y resopla—. La traté fatal, le hablé peor, y no hay ni un solo minuto en el que no me arrepienta de cómo me comporté con usted. Solo quería decirle que lo siento, que la aprecio mucho y que me alegro no sabe cuánto de que en este horrible mundo existan personas como usted.

A Víctor le tiembla la voz, a Elísabet se le anegan los ojos.

—Agradezco sus palabras, teniente, sé que es usted una gran persona, y también que ha pasado por cosas horribles. ¿Le importaría hacerme un favor? —pregunta Elísabet con una bonita sonrisa mientras se enjuga las lágrimas.

—Claro, faltaría más, ¿qué quiere?

—¿Me traería un café caliente y un buen cruasán? Pero no de la máquina, sino de los que hacen en el bar.

Víctor asiente con cariño.

—Por supuesto. ¿Azúcar o sacarina?

—Azúcar, ya puestos…

—Enseguida vuelvo.

En cuanto Víctor sale de la habitación, Elísabet se levanta y, tras sentir un fuerte mareo, va al cuarto de baño. Y lo primero que hace es mirarse en el espejo. Observa los múltiples golpes y heridas de su cara, los acaricia despacio, con cuidado de no hacerse más daño. Y lo primero que piensa es que, por fin, está frente a ella misma, su verdadera cara: un montón de heridas que, tal vez, algún día, estarán cerradas. Lo único que sabe a ciencia cierta es que, de un modo u otro, su verdadera cara está muy cerca de estar terminada.

Tras quitarse la vía de medicación del dorso de la mano derecha y ver que alguien se ha tomado la molestia de dejar en el armario una muda de ropa limpia, se viste lo más deprisa que puede y sale del hospital con cuidado de no ser vista, dejando una nota a su paso.

«Perdóneme por lo del café, teniente, pero he tenido que salir y necesitaba que nadie me intentase convencer de lo contrario, prometo llamarlo en cuanto haya terminado. Es usted un cielo, y sé que lo entenderá. Elísabet».

Víctor sonríe al ver la nota que le ha dejado sobre la cama. Sabe perfectamente a dónde ha ido. Sabe perfectamente que no parará nunca, hasta el final.

Le da un buen bocado al cruasán y un trago al café. Luego pone rumbo a Picassent.

Alejandro Debón apenas ha tardado unos minutos en preparar un encuentro con Álvaro Bru, solo que en esta ocasión no es una habitación de seguridad, sino a través de un cristal. «Lo que no puede ser no puede ser», se dice Elísabet cuando lo ve llegar.

Durante un instante siente pena por él. Su estado ha empeorado muchísimo. Ha adelgazado varios kilos en los cuatro días que debe llevar allí. Su piel está pálida y la cuenca de sus ojos morada. Sonríe al verla.

—Hija…, estás bien, por un momento pensé que… te había perdido. —Álvaro sufre un ataque de tos. Su rostro se congestiona.

—¿Cómo estás? —pregunta Elísabet, que, a pesar de todo, tiene ante ella a la persona a la que ha reconocido como padre durante toda su vida.

—No muy bien, hija, ya lo ves, pero lo importante eres tú. Lo importante ahora es que tú te recuperes, y que vivas la vida a tu manera, la vida que tú quieras. No he dejado de pensar en aquello que me dijiste acerca de que no

sabías quién eras. No he dejado de preguntarme si debí hacer las cosas de otro modo. Después de todo, lo único que siempre quise es que fueses feliz. Nada más.

Elísabet baja la mirada y, aunque no era su intención apenas unos minutos antes, se emociona. Pone una mano sobre el cristal de seguridad y siente ganas abrazar a su *padre*, de pedirle que se lo cuente todo otra vez para ver si así lo consigue entender, y perdonar, y volver a querer…, pero no hay tiempo, se está muriendo y todavía no le ha dicho lo que necesita saber.

—Todavía hay muchas cosas en las que tengo que pensar, Álvaro, no sé qué va a pasar ahora, ni qué voy a hacer con mi vida, supongo que primero tengo que asimilar unas cuantas cosas, digerir otras tantas y… —Elísabet está cansada de siempre lo mismo. De la gente que no es amable, que no dice la verdad, que te hace sacar lo peor de ti, pero tiene que intentarlo una vez más —. No te voy a mentir, papá, no he venido a verte a ti, sino a que me digas una cosa. Necesito cerrar esto, cerrar una herida que lleva muchos años jodiéndome la vida, y te juro que ya no puedo más. —Su rostro se llena de sufrimiento, de dolor.

Álvaro no soporta verla así. A su cabeza vuelve la imagen de los hijos que perdió en el atentado. Esa herida, para él, nunca estará cerrada.

—No puedo decirte dónde está Samuel, hija, si es a lo que te refieres. Estaría traicionándome a mí mismo, a todas esas personas que confían en mí…

—Sí puedes —dice Elísabet interrumpiéndolo—. Si quieres, puedes. Y me parece que me lo debes. Creo que no te he pedido nunca nada en mi vida, papá, pero ahora te voy a pedir algo. Te voy a pedir, o mejor, te voy a suplicar por favor que me digas dónde está Samuel. Si tanto dices que me quieres, dime dónde está. Te lo ruego. Es lo único que te pido y que te pediré en la vida, no quiero nada más, solo eso.

Álvaro la mira con dolor. Y durante unos instantes se pregunta otra vez qué debe hacer. Piensa en alguna figura retórica que vaya bien con ese momento, pero luego se dice que la cosa no está para bromas. Vuelve a toser y vuelve a sentir cómo un millón de alfileres se clavan en su pecho. El final está más cerca.

—¿Tienes papel y boli? —dice Álvaro por fin.

El rostro de Elísabet se llena de esperanza.

—Claro.

—Apunta.

Cuando Elísabet sale de Picassent ya se ha desatado la tormenta de verano que llevaba amenazando toda la mañana. Vuelve a palpar con la mano la hoja que tiene en el bolsillo y todavía no termina de creerse que sea verdad.

Álvaro le ha dado dos direcciones; la primera es la de sus verdaderos padres, Ibai Bengoa y Lorea Zubeldía. Tras haber estado casi toda su vida en prisión, ahora viven en un lugar que poca gente conoce. Ese lugar está en el País Vasco.

La segunda de las direcciones es la de la actual residencia de Joseba Goyeneche, Itziar Larrea y su *hijo* Jon Ander. También viven en el País Vasco, en una zona difícil de encontrar.

Antes de llamar a Alejandro Debón para pedirle que le saque el primer vuelo con destino a Bilbao, alguien se acerca a ella.

—Muy buena la jugada del café y el cruasán, inspectora.

Elísabet también sonríe al escuchar la voz del teniente.

—Lo siento, pensé que si le decía a dónde iba…

—Pensó bien, pero no pasa nada… ¿Ha conseguido lo que quería, lo que ha venido a buscar?

Elísabet ríe y la expresión de su cara responde por ella. Asiente como la niña que un día fue. Irradia felicidad.

—El único problema es que hay que ir al País Vasco, nada es fácil en este trabajo.

—No, nunca lo es.

—¿Sería demasiado pedirle que me lleve al aeropuerto? Podría llamar a mi abogado, pero… me gustaría llegar cuanto antes.

—Claro, no hay problema. ¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, por supuesto.

—¿Sería mucho pedir que me dejase acompañarla también durante el vuelo?

Elísabet suspira. No sabe cómo decirlo sin ofenderlo.

—Teniente, esto es algo que tengo que hacer sola, y antes de que me pregunte el porqué, le adelanto que ni yo misma lo sé muy bien, solo que tiene que ser así. No sabría cómo explicarlo, pero…

—Pero no hay más que hablar, voy a ir con usted, inspectora, por lo que pueda pasar, creo que ya la he dejado sola bastantes veces. Y no hace falta que me explique nada, usted tiene que encontrar a ese bebé, protegerlo, lo sé, y yo tengo que… —Los ojos de Víctor se empañan—. Yo tengo que protegerla a usted, y tampoco sabría cómo explicarlo.

Tras un momento de duda, la inspectora Bru vuelve a sonreír con dulzura.

—De acuerdo, teniente. En ese caso, será un placer que venga conmigo.

Víctor llena sus pulmones de aire fresco. De vida.

—Perdone otra vez, inspectora, y discúlpeme si soy muy pesado. ¿Sería demasiado si le pidiese algo más? —pregunta Víctor antes de que suban a su coche.

—En absoluto, dígame.

—Si no le importa me gustaría que… dejase de llamarme teniente y me llamase por mi nombre, y de paso que dejase de tratarme de usted… No sé, me resulta incómodo que alguien cercano, que alguien a quien aprecio, se dirija a mí de ese modo tan frío, tan distante.

Elísabet se sonroja un poco. La niña que hay en ella está contenta.

—No hay ningún problema con eso, Víctor, pero solo con la condición de que tú hagas lo mismo.

—Me parece perfecto.

El vuelo hasta Bilbao es tranquilo. Y la emoción y las ganas por llegar hacen que parezca más largo de lo que realmente es. Al bajar del avión alquilan un coche.

La primera visita que hacen es al lugar donde residen ahora los verdaderos padres de Elísabet; la casa más apartada de Arantzazu, un pequeño pueblo de cuatrocientos habitantes perteneciente a la provincia de Vizcaya. No estaba segura de hacer esa visita justo en ese momento, pero necesitaba comprobar una cosa.

Cuando llegan a la dirección, la inspectora Bru prefiere esperar un poco antes de entrar, observar desde el interior del coche los alrededores de esa vieja casa medio derruida y rodeada de verde.

Un perro sale ladrando y tras él aparece una mujer que sostiene una taza de café en las manos. Se sienta en una mecedora y se enciende un cigarro mientras observa cómo el perro corre y salta tratando de cazar alguna mariposa.

Un hombre muy tripón y con la barba descuidada sale de la casa, también se enciende un cigarro. Se rasca la cabeza, escupe en el suelo y vuelve a entrar.

Elísabet quería saber si sentiría algo especial al estar cerca de sus verdaderos padres, si vería algo de ella en ellos, y la realidad es que sí siente algo, pero no lo que ella imaginaba. Siente rabia por quienes son y lo que hicieron, por haber aceptado ese dinero a cambio de renunciar a una hija. Pero

no aprecia nada parecido al apego o al amor. No siente nada de eso por ellos. Observa que comparte algún que otro rasgo con su madre, pero eso es todo. No tiene ni el deseo ni la necesidad de ir más allá, tal vez algún día se decida a conocerlos, pero ese día tardará en llegar.

La segunda visita los lleva hasta una de las mejores zonas de Tolosa, en Guipúzcoa.

La dirección que Álvaro le ha dado los conduce hasta una vivienda señorial rehabilitada, rodeada de césped y árboles de copa ancha: jacarandas, arces y chopos que parecen gozar de una inagotable fuente de vida.

Hay un jardinero podando un seto que tarda en advertir su presencia. Víctor y Elísabet le enseñan sus placas y el hombre se encoge de hombros, no sabe qué pasa. Le preguntan por los dueños de la casa y él responde que están dentro, y que la puerta está abierta.

El corazón de Elísabet ha empezado a latir con fuerza. No sabe con qué se va a encontrar, ni tampoco qué tipo de personas son Itziar y Joseba, aunque, si su padre le ha dicho la verdad, no deberían ser gente violenta. Por si acaso, empuña su arma cuando cruza el umbral, Víctor la sigue de cerca y observa con atención todo cuanto ve a su paso.

La primera persona con la que se encuentran es una mujer que al parecer trabaja allí como empleada del hogar. Lleva puesto un elegante uniforme color negro y sujeta una fuente de comida. Son las ocho de la tarde y eso debe ser la cena. La fuente se le cae al ver a Elísabet frente a ella empuñando una pistola. A continuación se le escapa un grito.

—¿Todo bien, Carmina?

De fondo se oye la voz de una mujer. Es una voz bonita, llena de melodía.

Apenas un segundo después aparece esa mujer acunando en los brazos a un bebé que duerme plácidamente. La mujer abre mucho la boca y los ojos, pero no dice nada, se acaba de quedar sin palabras. Quisiera gritar, o salir corriendo, pero tampoco puede.

La inspectora guarda su pistola al ver al bebé, lo último que quisiera es que se le disparase por accidente. El rostro de la mujer se ha llenado de pavor, sabe que esa mujer y ese hombre que tiene delante han venido a buscarla, a ella y a su marido. Es plenamente consciente de que lo que han hecho es un delito, que ese bebé no es suyo y que si esos dos policías están allí es porque los han descubierto.

Elísabet se acerca hasta la mujer, que no solo se ha quedado petrificada, también ha empezado a temblar. Observa al bebé más de cerca y su corazón se llena de vida al ver que tiene una diminuta mancha de nacimiento en la

frente. Un poco más arriba tiene una herida que, aunque parece reciente, ya está casi cerrada, es la que se debió hacer cuando a Iván se le cayó y tuvo que ser atendido por el doctor Andrade. Elísabet piensa en lo rápido que se curan los niños y lo mucho que a veces les cuesta a los adultos, sobre todo cuando las heridas no son visibles a simple vista. No le cabe ninguna duda de que ese bebé es a quien han ido a buscar, es Samuel Durán.

La mujer, embargada por el miedo y la culpa, le ofrece el bebé a Elísabet, que, tras pensárselo durante medio segundo, no duda en cogerlo. Y lo que siente, muy distinto a todo lo que ha sentido en la vida hasta ese momento, hace que rompa a llorar de felicidad. El llanto hace que el bebé despierte y la mire fijamente a los ojos. Elísabet tiene la impresión de que incluso le sonríe, de que se alegra de verla. Y entonces lo envuelve entre sus brazos y descarga el llanto que tantos años lleva acumulando.

No solo está abrazando a Samuel, se está abrazando a ella misma, a la niña que un día fue. También está abrazando al hijo que perdió y que se llevó para siempre una parte de ella, una de las mejores. Pero, sobre todo, por primera vez en muchísimo tiempo, a quien está abrazándose es a la vida. Su vida.

75

EL JUEGO NUNCA TERMINA

Cuando vea por las noticias lo que ha pasado, la red de tráfico de bebés robados que su exmujer acaba de destapar, Pau cogerá el número de contacto que alguien le pasó y lo tirará al contenedor. Se suponía que a través de ese número podría negociar con alguien a quien no conocía la adopción no oficial de un bebé a cambio de una suma de dinero, un bebé que en su imaginación criaría junto a la mujer a la que nunca ha dejado de amar. Y entonces entiende por fin que hay ciertas cosas que no se pueden forzar, que llegan cuando tienen que llegar, si es que llegan. Y lo que sí ha llegado es el momento de pasar página, por muy duro que le resulte de asimilar, nunca tendrá un hijo con Elísabet Bru.

José Raya no ha tardado mucho en adaptarse al calor de Sevilla. Después de todo, tampoco es tan distinto al de Valencia.

Acaba de pasar tres horas con Luis y Esteban, sus dos mejores amigos de la infancia. No ha sido como cuando quedaban para pasar la tarde jugando al Spectrum, ni mucho menos, pero los tres han vuelto a sentir aquello de estar justo en el único lugar y el único instante en el que quieren estar, sin importar nada más. José usa como tres tallas más de pantalón. A Luis apenas le queda pelo. Y Esteban tiene que usar unas gafas de culo de botella para ver bien de lejos y de cerca. Pero, por lo demás, los tres siguen siendo los mismos. Aunque parezca que todo ha cambiado, en el fondo todo sigue igual.

Ni las dos cervezas que se ha tomado con sus amigos han sido suficientes para que se le vaya el miedo a enfrentarse a las tres personas que más quiere: su mujer y sus dos hijas. Porque la realidad es que el valor no es algo que se pueda fingir ni camuflar, es algo que se tiene o no se tiene.

Sus dos hijas han crecido como mínimo un palmo cada una y, no es porque sean suyas, están realmente preciosas. Su mujer, en cambio, está igual que como la recordaba, igual de hermosa, igual de imponente.

Al principio todo es muy frío, luego la cosa tampoco mejora mucho. Sus dos hijas se sientan en la terraza de una cafetería para que él y su exmujer puedan hablar, a solo unos cuantos metros de distancia.

—¿Qué día vuelves a Valencia? —La pregunta de Rocío lo coge un poco desprevenido.

José niega con la cabeza antes de responder.

—No vuelvo, he pedido el traslado a otra unidad, aquí en Sevilla.

Rocío ríe con sarcasmo.

—¿Y eso? ¿Qué se te ha perdido a ti por aquí?

José sabía que su exmujer no se lo iba a poner fácil, y con razón. Dejarla sola con las dos niñas es una metedura de pata insuperable. Por un momento piensa en darse la vuelta y marcharse por donde ha venido, pero no lo hace, se queda.

—No se me ha perdido nada, pero aquí están las tres personas que más me importan, aquí es donde tengo que estar, donde quiero estar.

Rocío vuelve a reír. Luego mueve el cuello a izquierda y derecha.

—No te lo van a poner fácil.

—Eso no me importa.

—Es posible que no te quieran ni ver.

—Lo sé.

—Yo tampoco quiero verte.

José coge aire. La herida de bala de su abdomen todavía le tira.

—Lo entiendo.

Rocío se cruza de brazos. Quiere seguir atacando, está muy enfadada, pero no se le ocurre por dónde seguir. Y la verdad es que tampoco le apetece.

—Bueno, pues ya nos veremos. —Rocío se da la vuelta.

—Rocío.

—¿Qué?

—Cuando quiera ver a las niñas, ¿cómo lo hacemos? ¿Te llamo yo o me llamas…?

—Me llamas tú, por supuesto, y eso no significará que las veas, primero tendrán que poder, y después tendrán que querer.

—Claro, faltaría más. Así será.

—Bueno, pues hasta luego.

A pesar de haber permanecido inalterable, por dentro José está a punto de derrumbarse. No ha sido el mejor de los reencuentros. No ha dado ni tres pasos cuando vuelve a oír la voz de la que para él siempre será su mujer.

—José.

Cuando se gira ve en su rostro que algo ha cambiado.

—Dime.

—Lo de que vas a quedarte aquí, ¿va en serio?

José separa los brazos mostrando todo cuanto tiene, todo cuanto es él.

—Nunca he dicho nada más en serio en la vida.

Rocío baja la mirada. Las manos le han empezado a sudar. Un débil cosquilleo se arremolina en su pecho.

—Me ha alegrado verte.

—Y a mí también.

—Has engordado.

—Tú en cambio estás más bonita que nunca.

Rocío se sonroja. La realidad es nunca ha querido a nadie que no sea José. La realidad es que todavía lo quiere. Pero todavía es pronto, los grandes edificios se construyen despacio.

—Ya hablamos, ¿vale?

—Claro, hasta luego.

Y es justo en ese instante cuando José vuelve a conectar con ese niño que no tuvo miedo a enfrentarse a alguien cuatro veces más grande que él. Es en ese momento cuando sabe que nada ni nadie lo van a volver a apartar de su camino, el mismo en el que están su mujer y sus hijas. Se queda con ellas, y esta vez es para siempre.

Francesc Agulló no se tomará la molestia de ir a ver la reacción de sus padres tras haber sido condecorado con la Cruz con Distintivo Blanco al mérito policial. Serán ellos los que lo llamarán una infinidad de veces al ver su rostro en las noticias como miembro destacado del operativo que recuperó al bebé secuestrado y que ayudó a destapar una red de pornografía infantil. Él les dirá que esa distinción no tiene la menor importancia, que lo importante es que el mundo es hoy un lugar un poco mejor, pero ellos seguirán sin entender nada, solo verán la cruz en su pecho, no a su hijo.

Tanto Elísabet como el propio Julio lo recomendarán para formar parte de la UDEV, algo que Francesc todavía se está pensando. Lo que sí tiene claro es que a partir de ahora, esté donde esté, estará bien. La sensación de no llegar

nunca ya se ha ido, ahora solo le preocupa una cosa, el más simple y genuino sentido de la vida: vivir.

Ni los múltiples golpes en la cara que recibió Ángel Císcar de José Raya afearán su cara. Como un camaleón, se adaptará a su nuevo rostro y, lejos de abandonar su particular estilo de vida, se volcará en cuerpo y alma en perfeccionar sus técnicas.

El disparo a bocajarro a un compañero de trabajo le costará su puesto de trabajo y será expulsado del Cuerpo inmediatamente, pero tampoco eso alterará su equilibrio interno. No lo verá como un paso atrás, sino como una nueva oportunidad para mejorarse a sí mismo. Para ir a más. La Policía no era lo suyo, tal vez probando en otro sector encuentre su verdadero nicho.

Laura Sabater y Carolina Micó seguirán combatiendo el crimen codo con codo. Laura, al contrario de lo que predijo su padre, verá cómo un chico se fija en ella, aunque no sea ni guapa ni tenga una carrera universitaria. Ese chico se llama Francesc Agulló, y aunque solo han quedado un par de veces, la cosa promete.

Rafaela Iturbi, la madre de Ignacio Durán y abuela de Samuel, es a quien correspondería por derecho reclamar la custodia del pequeño. Pero dice que no quiere saber nada de él. No quiere nada que tenga que ver con el monstruo de su hijo. Así que la custodia de Samuel está ahora en manos del Estado.

Encontrar a una familia que lo adopte legalmente llevará un tiempo, más por el papeleo que por la falta de candidatos. Mientras el proceso dura, Samuel debe ir a una casa de acogida, pero no lo hace, porque la inspectora Bru pide su custodia mientras termina el proceso de selección de su nueva familia. Nadie se opone a eso y el pequeño se va con ella a la huerta de Alboraya.

El único problema es que, después de dos semanas de convivencia… Es Julio March quien se lo propone, tal vez porque se siente un poco en deuda con ella por todo lo que pasó en los últimos días. Y lo que le propone es que, si ella quiere, aunque no será un camino simple ni rápido, él puede mover unos hilos para que adopte a Samuel de forma legal, para siempre. Pero solo si ella quiere, claro.

Elísabet tiembla de arriba abajo con solo plantearse esa posibilidad. Algo en su interior le dice que no puede ser, que no está preparada, pero por otra parte…, hay otro algo en su interior que… tampoco sabría explicar muy bien cómo funciona. Ese otro algo es su corazón, donde reside la auténtica fuerza que mueve el mundo, y en ese momento habla por ella, y le dice a su jefe que arregle esos papeles, que Samuel se queda con ella.

El teniente Israel se ha tomado unas vacaciones. Necesita tiempo para rehacerse, para redirigir su vida. Ha dejado de beber y de fumar. A veces se pregunta qué va a pasar a partir de ahora, pero todavía no se ha sentido con el ánimo de responder, prefiere que sea el tiempo quien lo diga. Tiene la impresión de que, a veces, buscar algo concienzudamente no siempre es la mejor opción para encontrarlo. A veces es mejor dejar que sea el destino quien te encuentre a ti.

Todavía no ha decidido qué hacer con la cantidad de dinero que había conseguido reunir jugando al póker por Internet y que iba a destinar al experimental tratamiento para su mujer. Se plantea si donarlo a algún centro de menores, a casas de acogida o a algún tipo de organización que trabaje para sacar a los niños de la calle, para brindarles la oportunidad de un futuro mejor.

Aplaude la decisión de Elísabet de adoptar a Samuel; no imagina una madre mejor para ese bebé. Además, él tampoco ha podido evitar establecer un vínculo especial. Si el niño vive ahora con Elísabet, tal vez…

—¿Le importaría si alguna vez… vengo a verlo? —Víctor se llena de vergüenza tras esa pregunta.

Elísabet sonríe y lo mira llena de felicidad.

—Me encantará que vengas a verlo todas las veces que quieras, Víctor, y a Samuel también, y deja ya de llamarme de usted, me parece que tú y yo habíamos llegado a un trato.

Víctor se ha quitado un peso de encima. En realidad, no solo quiere seguir viendo a ese bebé, también quiere seguir viéndola a ella.

—Además, vete buscando fecha porque me parece que me debes una cena en el Baobab, ¿o tampoco te acuerdas?

—¿Qué te parecería este fin de semana? —responde Víctor con un brillo en los ojos.

Elísabet mira a Samuel, que duerme plácidamente en su cuna y suelta un diminuto suspiro que llena de amor todo cuanto hay a su alrededor.

—Me parece bien, pero ¿qué te parecería si hiciéramos esa cena en casa? Samuel todavía es muy pequeño, y no tengo a nadie a quien dejárselo, ni tampoco ganas…

Víctor siente de nuevo las ganas por seguir viviendo, por volver a ser quien realmente era. Es como una fuerza imparable que hace que las paredes de su corazón tiemblen.

—Me parecería estupendo.

Y Elísabet Bru, por fin, siente que, cuando roza esa gran herida interior, por primera vez ya no siente dolor, incluso tiene la impresión de que ya ha dejado de sangrar, de que por fin se está empezando a cerrar.

Apenas un par de días después, el estado de Álvaro Bru empeora y el director de la cárcel llama a una ambulancia para que lo lleven de urgencia a un hospital. Le quedan horas, y Álvaro pide como última voluntad que alguien llame a su hija, que hay algo que le quiere decir.

Elísabet se lo piensa antes de acudir, no quería volver a verlo, pero termina haciéndolo porque algo en su interior le dice que, aunque le duela, es lo correcto.

Lo primero que le dice su padre es que hay algo que quiere darle, algo que se perderá cuando él muera si ella no va a buscarlo. Es algo importante, y está escondido en el interior de su *albuferenc*, en su casa de El Tremolar. Elísabet no quiere saber qué es, al menos no en ese momento, tampoco le dice si irá o no. Álvaro hace un último esfuerzo, pero no le llega para alcanzar el valor que necesita para contarle a su hija algo que descubrirá si finalmente va a ese *albuferenc*; el error más grande de su vida.

Lo segundo que le hace Álvaro es una petición: que le prometa que va a andarse con mucho cuidado, porque en el océano hay peces más grandes y más feroces que él, mucho peores de lo que llamaban El Abrazo.

—¿Quieres decir que el Saginer existe de verdad? ¿Que hay un caníbal comeniños por ahí suelto? ¿De quién se supone que debería tener miedo?

Álvaro ni asiente ni desmiente.

—La verdad es algo con muchas capas, hija, conocerla en profundidad lleva tiempo. A veces creerás estar segura de algo, pero solo hasta que descubras lo que hay debajo. Y así todo. Solo digo que vayas con mucho cuidado, porque todos los monstruos, los más horribles y temibles que puedas imaginar, están aquí, entre nosotros, tú solo…, si alguna vez ves alguno, no lo mires demasiado a los ojos.

Tras las palabras de su padre, Elísabet se queda durante unos segundos observando sus majestuosos rasgos y vuelve a ella esa extraña e inquietante respuesta que llevaba años buscando: ¿podría ser que haya personas en cuyos rostros nunca vio ni verá reflejado el mal porque, sencillamente, solo hacían lo correcto? ¿Hacían su padre, el Viejo, el doctor Vidal o el doctor Andrade lo que debían hacer para tratar de corregir lo que estaba mal? ¿Por eso nunca pudo ver nada sospechoso en sus caras? ¿O simplemente, como en el caso de Ángel Císcar, hay personas que son capaces de esconderse bajo una máscara perfecta? Tras darle unas cuantas vueltas más a ese asunto, se dice que no está capacitada para responder a nada de eso, ahora tiene otra cosa más importante en la que centrarse.

Sale del hospital con la duda de si ir o no a El Tremolar a buscar eso que su padre quería darle, eso tan importante. Siente inquietud al pensar en sus últimas palabras, pero también cierta responsabilidad. Casi en piloto automático se dice que el pueblo en el que se crio tampoco queda muy lejos de allí, a unos diez minutos si se da prisa.

La nostalgia la invade a medida que rodea la casa y llega hasta la parte de atrás, donde está anclado su *albuferenc*, el mismo en el que, en uno de sus laterales, se puede leer claramente su nombre: «Elísabet».

Tras observarlo a distancia, se acerca a él y lo recorre con la mirada. En ese momento recuerda a su padre pidiéndole ayuda para darle la vuelta. Preguntándole de qué color quiere que lo pinte cuando lo termine. Enseñándole lo bonitas que han quedado las letras que dan forma a su nombre en el lateral. La emoción del tiempo pasado vuelve a ella con la fuerza del viento de poniente.

Y es justo bajo las letras de su nombre donde ve el lugar donde su padre ha escondido lo que le quería dar. Hay un listón en cuyo contorno no se aprecian las huellas del calafateado. Elísabet tiene que ayudarse de un par de destornilladores del banco de herramientas de su padre para hacer la fuerza necesaria para sacar ese listón de madera. Cuando lo hace, ve que tras él hay escondida una vieja caja de metal.

Las palpitaciones de su corazón las siente en cada terminación nerviosa. No tendría por qué tener miedo de una simple caja, y sin embargo…

Lo primero que ve cuando la abre es un sobre en cuyo exterior está escrito su nombre. Lo coge y, antes de abrirlo, ve que en esa caja también hay una elegante agenda de piel, un disco duro externo y unas cuantas fotografías en las que puede ver a su padre y a su madre con un niño y una niña. Esos niños

no son ni ella ni Jorge. Los ojos se le llenan de lágrimas al reconocer quiénes son. Luego abre el sobre y encuentra una carta.

Los siguientes dos minutos, el tiempo que Elísabet tarda en leer lo que su padre le tenía que decir, son quizá de los más duros e impactantes de su vida.

Ahora entiende por qué ha esperado a estar muerto para contárselo. Ahora entiende el porqué de esa extraña familiaridad en la mirada de…

Dos años después de que Álvaro fuese al País Vasco para llevársela a ella, Ibai y Lorea, que estaban cumpliendo condena en prisión, concibieron a un segundo hijo en uno de sus encuentros vis a vis. A ese segundo hijo, al poco de nacer, también se lo llevó Álvaro. Se dijo: «Ellos me quitaron dos, yo les quito dos». Tardó unos pocos años, pero al final Ibai descubrió quién estaba detrás del secuestro de sus dos hijos y trató de recuperarlos. Álvaro «lo impidió» y llegó a un trato económico con él. Ese segundo hijo, al contrario que Elísabet, no lo crio él, sino una de las familias que escogían en El Abrazo. A ese niño, su auténtico hermano carnal, le pusieron de nombre Guillermo Cuquerella, y la verdadera razón por la que el Estrangulador del Jardín Botánico le arrebató el hijo a su propia hermana fue porque, según él, el mal pasa de padres a hijos, y lo único que quería era que esa línea genética terminase con ellos. Lo mismo ocurrió con el resto de las mujeres a las que asesinó, no fue por su belleza, como siempre se dijo, sino porque todas ellas habían sido bebés robados por Álvaro y El Abrazo a unos padres con un largo historial delictivo a sus espaldas.

Ahora entiende por qué Guillermo conocía tan bien El Abrazo, sabía quiénes eran desde hacía muchos años y trató de hacerles daño a su manera: asesinando. También entiende el porqué de sus extrañas miradas y sus enigmáticas palabras, tanto las que le dijo estando en prisión como las que le escribió en un mensaje cuando consiguió escapar.

Lo que no entiende es por qué, conociendo la existencia de El Abrazo y lo que hacían, nunca los delató.

De pronto piensa en una cosa y siente mucho miedo: «¿Y si Guillermo vuelve para llevarse a Samuel?». Él es un bebé robado cuyo padre hacía cosas horribles, así que entraría dentro de ese perfil a quien asesinar. ¿Y si esa fue la única razón por la que la ayudó y por la que ha escapado?

Esas y un millón más de dudas y de preguntas la asedian y amenazan con hacer que ese monstruo que durante tantos años se sentaba en el alféizar de su ventana a esperar a que se durmiera vuelva. Pero antes de que eso pase, se centra en quién es ella ahora, en lo que quiere, en quién va a ser. Abre los ojos y mira el miedo a la cara, ella ya no es esa persona que huye y que se

esconde, ahora se siente fuerte, más que nunca, para enfrentarse a lo que sea y a quien sea.

Y entonces piensa en aquello que le dijo una vez el teniente Israel: aunque quiera dejar de jugar, la partida nunca se termina.



DAVID ORANGE nació en Valencia en 1982. Es Licenciado en Comunicación Audiovisual y Diplomado en Fisioterapia. Desde hace más de una década trabaja en el campo de la Ergonomía para los trabajadores de los centros sanitarios públicos. Actualmente compagina su actividad profesional con su gran pasión, contar historias.

Tras muchos años de escritura de guion y de realización de diversos proyectos audiovisuales en entre los que se encuentran dos cortometrajes, en 2017 publica su primera novela, *Género de violencia*. Una impactante y dura historia sobre la desaparición y asesinato de unas mujeres. Una cruda novela negra que profundiza en las influencias del entorno socio cultural de los años noventa en la población.

A principios de 2018 publica su segunda novela, *La chica del semáforo y el hombre del coche*. Una original historia que mezcla elementos propios del *thriller* y de novela negra. Todo un reto para los lectores que amen poner a prueba su capacidad de deducción y que adoren esos finales tremendamente sorprendentes.

En mayo de 2018, publica su tercera novela, *La tumba de Eva Goth*, una historia llena de misterio, intriga y muchas sorpresas que mantendrán al lector pegado al libro de principio a fin.

Notas

[1] Sacamantecas, Sacamantecas, aquí no vengas que ya no hay ningún niño. / Sacamantecas, Sacamantecas, aquí no vengas que los niños ya duermen bien. / Sacamantecas, Sacamantecas, aquí no vengas que los niños ya comen bien. / Sacamantecas, Sacamantecas, vuelve por donde has venido, que aquí ya no eres bienvenido. <<

[2] El Saginer tiene hambre. / El Saginer todavía no ha cenado. / A los niños que no duermen bien / el Saginer se llevará. <<